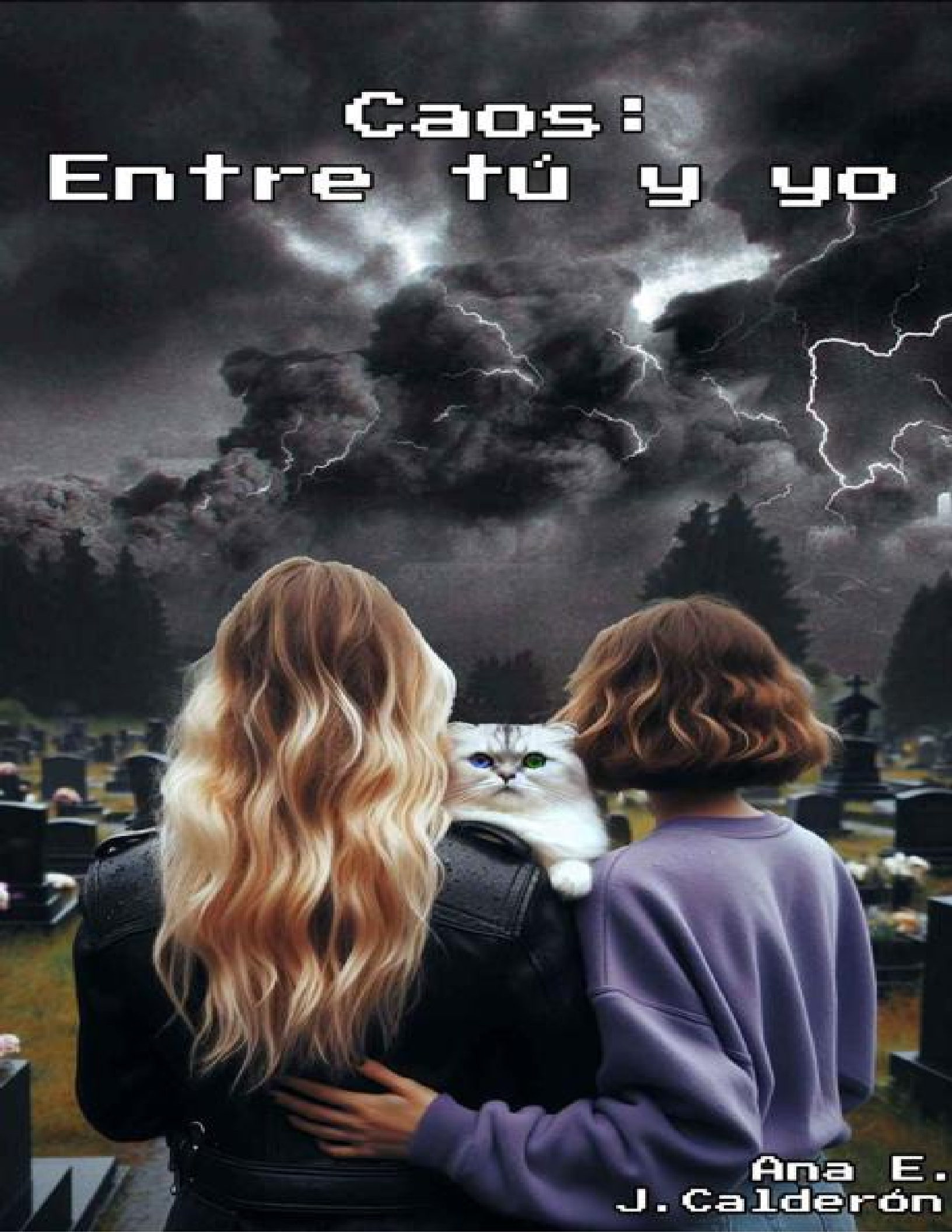

Caos:
Entre tú y yo
Ana E.
J. Calderón

© Ana E. y J. Calderón, 2024.
© Ana E. y J. Calderón, por la corrección.
© Ana E., por la portada.

1ª Edición. Junio de 2024
Todos los Derechos Reservados.

Todos los derechos reservados. Nada de este libro puede ser
reproducido sin la autorización expresa de las autoras.
Todos los personajes, situaciones y sucesos
que aparecen en el libro son ficticios.
Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

Aviso ⚠: Este libro trata temas delicados de salud mental, fallecimientos y contenido sexual.

Caos: entre tú y yo

Ana E.
&
J. Calderón

Índice

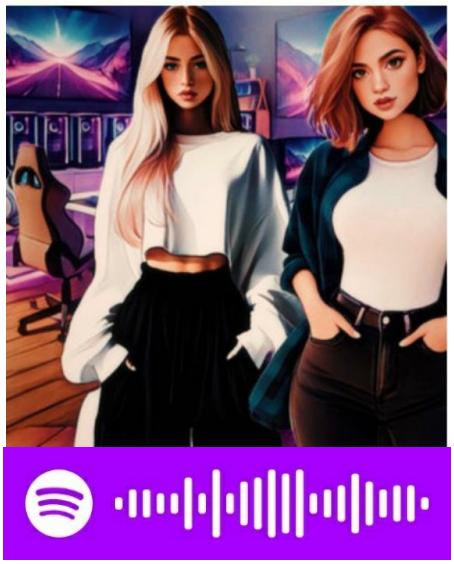
Prólogo
Capítulo 1: Volver a empezar
Capítulo 2: Herencia conjunta, vida compartida
Capítulo 3: Dudas y favores
Capítulo 4: La ciencia de la convivencia
Capítulo 5: No te vayas
Capítulo 6: Ruptura del equilibrio emocional
Capítulo 7: ¿Cómo te atreves?
Capítulo 8: Nuestro drama es vuestro drama
Capítulo 9: Quien tiene un vicio…
Capítulo 10: Heteros y peros
Capítulo 11: No hagas eso
Capítulo 12: No iba a ser tan fácil
Capítulo 13: Sentimientos encontrados, redes creadas
Capítulo 14: Presa del Caos
Capítulo 15: (Des)vínculos afectivos
Capítulo 16: ¿Ángeles o demonios?
Capítulo 17: Se acabó
Capítulo 18: ¿No te jode?
Capítulo 19: Claro que jode
Capítulo 20: ¿Por qué te largas?
Capítulo 21: Una Lola en el balcón y un tío en el salón
Capítulo 22: Follaje: a Argentina de viaje
Capítulo 23: Cuatro besos y una noticia
Capítulo 24: Sueño Americano
Capítulo 25: Decepciones médicas
Capítulo 26: Sexo científico y asistencia lumínica
Capítulo 27: Sentimientos desbloqueados
Capítulo 28: Punto de no retorno
Capítulo 29: Documentación para tres
Capítulo 30: Qué cuadro de familia
Capítulo 31: La cita
Capítulo 32: Calcetines y ordenadores rotos
Capítulo 33: Abuela, seguimos siendo hermanas
Capítulo 34: En casa con pingüinos
Capítulo 35: El agua y las rubias son intocables
Capítulo 36: Sorpresas y veterinarias conocidas
Epílogo
Agradecimientos

Sabedor de las grietas que ensucian las emborronadas paredes,
viste con cortinas lo que a toda mirada alcanza.

J. Calderón

Antes de comenzar:

Ya que nos vas a acompañar en este viaje, puedes hacerlo completamente. A veces, se crean *playlists* de lectura para que la persona lectora se sumerja en la historia de lleno. Sin embargo, nosotras hemos decidido compartir contigo la que nos inspiró para crear cada capítulo que estás a punto de leer. Aun así, el caos no siempre requiere orden y te recomendamos darle amor al botón de *aleatorio* o seguirla al pie de la letra, hazlo como quieras, pero disfrútala mientras te dejas llevar por Cloe, Eva, los sentimientos y Caos.



Prólogo

Queride lectore,

Me veo en la obligación de avisar de que este libro es una «continuación» de algo que empezó el año pasado. ¿Y por qué las comillas, Ana?, te preguntarás. Fácil: porque se puede leer solo o pasarte por «Y si… ¿jugamos?», donde nuestras niñas principales son secundarias. Yo te lo agradecería, pero el orden de los factores no afecta al producto. Lee a tu manera y disfruta del Caos.

Esta historia está cargada de drama y temas que te harán reflexionar. Que no te asuste la muerte, ni los miedos reales de unos personajes inventados. Recuerda que, tras la tormenta, llega la calma o no. En este caso, sobre todo, las risas. La vida es demasiado corta para no tomársela con humor… y con amor. Te invito a aprender de los errores de Cloe, de la madurez de Eva, de la pasión de Claudia y de la mente analítica de Carla. Espero que todas ellas te enseñen algo y se queden grabadas en tu piel como tatuajes en la mía.

De nuevo, disfruta de esta aventura que salió de dos mentes caóticas a tu ritmo, a tu manera y con tus condiciones porque, entre tú y yo, así es como se vive.

Ana E.

Capítulo 1: Volver a empezar

El invierno había llegado con aquella lluvia tan intensa que aumentó al perder de vista el cartel con las letras «Comunidad de Madrid» tachadas. Eva contempló las gotas golpear la ventanilla del coche con la misma fuerza en la que su corazón latía en su pecho al saber que la iba a ver de nuevo. El agua, dividida en miles de infinitas partículas que resbalaban por el cristal, le recordó las muchas cosas que habían sucedido y lo poco que le parecían ahora.

—¿Es esta o la siguiente? —Rodri la sacó de sus pensamientos.

—¿Qué? —dudó ella.

—La salida. Que si es esta o la siguiente —su amigo le señaló el móvil en sus manos—. Nena, espabila. Eres la peor copiloto de la historia.

—La siguiente —le indicó Eva suspirando—. Lo siento. No… estoy. No dejo de pensar en cómo estará.

—Mal. ¿Cómo va a estar? Vamos a un funeral, no a su cumpleaños —el chico rodó los ojos—. ¿Tú cómo estás? Vas a volver a ver a la tía que te mola después de un año sin cruzar ni una palabra con ella.

—No sé qué ocurrió, pero no es la tía que me mola —mintió la castaña—. Eso ya pasó.

—Mhm. Lo que tú digas, bonita —Rodri subió el volumen de la radio—. Anda, Lucía ha entrado otra vez en el top diez. Esta niña no hace más que sacar éxitos moñas.

La voz de su amiga llenó el coche de una dulzura que los envolvió y la tristeza volvió a Eva mientras seguía la línea de olivos que se extendían a su derecha. Habían entrado en Andalucía y solo le quedaba una hora larga para reencontrarse con la mujer por la que perdió la cabeza.

Un año atrás, Cloe, la pelirroja de sus sueños, se había marchado a Corea del Sur para continuar con su carrera como pro *player* de *Impact* allí. El juego las había unido en un equipo de Madrid y también las había separado. Eva fue la única de las cuatro integrantes que se quedó porque Max estaba recorriendo el mundo con su novie y Cora seguía en Los Ángeles con Lucía, que estaba triunfando en la música y la televisión. Sin embargo, la castaña duró una temporada más solo en las *Red Titans* antes de dedicarse a ser streamer también. Además, Rodri y ella habían montado un podcast que estaba entre los más escuchados y conllevaba mucho trabajo. «Dramáticas y ya», como lo habían llamado, los hacía hablar de relaciones y sexo constantemente, por lo que Cloe jamás salió de su mente, a pesar de haberlo intentado acostándose con medio Madrid.

La pelirroja continuaba en su cerebro y su móvil, a pesar de todo. Era culpa de Cora. Su amiga peliazul fue la que le pasó aquellas fotos de ambas liándose en una fiesta. Aunque no hubiese ocurrido nada más entre las dos, la castaña seguía acudiendo recurrentemente a esa imagen y a la del equipo para acordarse de cada detalle. Ese viaje en coche no fue una excepción. *Hace un año y un día que no la he vuelto a ver… como Pimpinela*, suspiró ampliando la foto para contemplar a la pelirroja, solo a ella, en la pantalla.

Conforme se acercaba, Eva iba poniéndose más nerviosa. Cuando vivían juntas, ya pasaban cosas entre ellas, pero, por algún motivo que nunca le explicó, Cloe decidió que lo suyo no iba a funcionar y huyó a Corea sin darle ni una sola oportunidad. La castaña estaba segura de que había sido porque le repitió hasta la saciedad que se parecía a su artista favorita, Lola Índigo. Sin embargo, ni siquiera la dejó llevarle la contraria. Su excompañera le había gustado… le gustaba por ella misma y no la pudo olvidar, aunque pusiese miles de kilómetros de distancia. A pesar de eso, ciertas cosas le molestaban aún.

—Todavía no me sigue —comprobó entrando en Instagram.

—Ay, maricona, deja eso ya —Rodri rodó los ojos—. Qué pesada con el temita. Lo miras todas las semanas.

—Es que me parece muy fuerte, después de todo lo que vivimos juntas… —Eva se indignó—. Ganamos hasta la liga y no me sigue.

La streamer se había dado cuenta de ese pequeño detalle cuando fue a abandonar su antigua casa, tras irse a vivir con su colega, y encontró la primera camiseta oficial de las *Titans*. Su corazón se llenó de nostalgia y quiso subir una foto, antes de mudarse de aquel lugar para siempre. No obstante, al intentar etiquetar a sus compañeras, le fue imposible hacer lo propio con la excapitana porque Cloe no la seguía. Obviamente, Eva fue a decírselo a Rodrigo inmediatamente, pero él ya lo sabía porque seguía en contacto con la pelirroja. Aun así, ella publicó aquella imagen, llena de rabia y tristeza, en uno de los días más solitarios de su vida.



Su amigo aparcó el coche a escasos metros del tanatorio de Jaén, ciudad natal de la mayor del grupo, y caminaron hasta la puerta.

—¿Estás lista? —le preguntó el chico.

—No mucho —se sinceró la castaña—, pero, si pasa algo, me salgo a la parada de autobús esta de la entrada y tiro para Granada.

—Muy conveniente, la verdad, pero… si te cuesta estar dentro o lo que sea, dímelo y nos salimos fuera, ¿vale?

Eva asintió. Entendía que los ánimos no iban a estar para bromas, su punto fuerte, y la incomodaban muchísimo los velatorios. Además, la muerte doble de sus abuelos había tenido que afectar bastante a su «algo más que un *crush*» y tampoco estaría para sus tonterías. Nunca llegó a conocer casi nada de su pasado, pero sí lo suficiente como para saber que se le acababan de morir las dos personas más importantes de su vida y ella se había enterado por Cora, a la que se lo dijo Lucía porque se le escapó a Rodri sin querer. Básicamente, Cloe pretendió llevarlo en silencio y no tenía ni idea de que se iba a presentar con su amigo. *Esperemos que no se enfade. Y, si lo hace, ¿qué le digo? ¿Que pasaba por aquí? Técnicamente, de Granada a Jaén no hay tanto y podría colar. ¿Qué dices? ¿Eres tonta? ¿Cómo iba a colar que pasabas por delante del*

tanatorio si tu casa está en la dirección opuesta? No, Cloe, yo es que venía al Mercadona que hay en la calle de detrás porque, en Granada, no tenemos… ni en Madrid, que es de donde vengo en realidad. Eres imbécil, Eva.

Una chica morena la distrajo al entrar. Le pareció muy curioso que llevase traje de chaqueta, pero cada cual con su estilo. Ni siquiera llegó al mostrador a preguntar porque le llamó más la atención que unas grandes cristaleras diesen a una especie de patio con una maldita fuente y hasta dos esculturas de lo que parecían diosas romanas a sendos lados.

—¿Seguro que esto es un tanatorio y no un monasterio? —bromeó sin darse cuenta—. Tienen la misma distribución.

—Qué moderno y antiguo todo —asintió Rodri—. Vamos a preguntar dónde está —él caminó hacia la recepcionista—. Hola, buenas. ¿La familia…?

—Álvarez —completó Eva, como si fuese obvio.

—Sala cinco —les indicó la muchacha—. Seguid este pasillo y, a mano derecha, justo al pasar la cafetería.

Los dos le dieron las gracias y siguieron sus instrucciones hasta llegar al sitio correcto. La sala era bastante grande, lo suficiente para tener dos sofás de cuatro plazas enfrentados con una mesita de café entre ambos. Aparte de eso y la decoración mínima, había una ventana, tras la cual pudo ver la caja de madera cerrada. *¿Una solo? Pero ¿no se habían muerto los dos? ¿Los van a enterrar por tandas o qué?*

Todos los pensamientos abandonaron su cabeza en cuanto la reconoció, y lo peor fue que estaba abrazando a la chica del traje. Por su mente, pasó la historia completa de cómo Cloe se había echado novia en su ausencia y estaba siendo consolada por la dominatrix de su vida: aquella morena de ojos azules con un estilo impecable y unos centímetros más alta que la propia Eva. *¿Cómo voy a competir yo con ese monumento? Si está buenísima y es guapísima*.

A pesar del pequeño colapso nervioso que estaba sufriendo, consiguió sentarse mientras observaba a la afectada darse la vuelta para saludar a Rodri con un abrazo. Sabía que era ella hasta de espaldas porque su cuerpo la había vuelto loca desde todos los ángulos. Aun así, ya no era pelirroja, sino rubia tirando a castaña clara. *Está… tan guapa. Ahora, ¿se parece más a Lola Índigo o es cosa mía?* La chica suspiró hasta que se dio cuenta de que se había quedado mirándola como el sediento al oasis en medio del desierto. Con el pelo rojo fuego le gustaba, pero había conseguido molarle más con tan solo cambiárselo o, quizás, sería que la había echado demasiado de menos. Lo único que permanecía igual eran sus sentimientos por ella y los ojos de la mayor, que seguían escondiendo cierta tristeza tras ese verde que la hizo perder la cabeza un año atrás.

***

Cloe observó a la gente del tanatorio cerrar la caja, antes de permitir que entrase nadie. Sin embargo, ella sabía que no tendría mucha compañía en el velatorio de su abuela. Desde la muerte de su marido un par de años atrás, previos al fichaje de su nieta en el equipo de *e-sports Red Titans*, la mujer se había vuelto solitaria como ella y apenas salía de su piso. Básicamente,

fue una de las vecinas la que llamó a la jugadora y la avisó de que se llevaban a su abuela al hospital. Para cuando regresó en ese eterno vuelo desde Corea del Sur, donde seguía trabajando como pro *player*, a la señora solo le quedaban unas horas de vida.

Ahora, en el tanatorio, se estaba cuestionando sus decisiones y se culpaba de no haber pasado más tiempo con la persona que la crio. No obstante, ya no lloraba. Se había secado en la planta del hospital universitario, donde su fe en la humanidad terminó de morir junto a una mujer tan importante en su vida. *Tendría que haberme vuelto directamente de Madrid y no irme más lejos*. Lo peor era que no había conseguido lo que pretendía al marcharse y siguió pensando en su antigua compañera de las *Titans* a diario mientras tenía dificultades con un idioma que no entendía y un equipo que era demasiado serio para su gusto. Solo la salvó contar con Rodri y Lucía para desahogarse mediante mensajes o videollamadas. Por eso, volver a casa era bastante agridulce ese año.

—Cloe —una voz suave la sacó de sus pensamientos—. Siento la tardanza, pero mi vuelo ha sufrido un retraso. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor que la abuela —intentó bromear ella con una media sonrisa triste—. ¿Has solucionado lo de tu investigación?

—Sí, pero eso da igual ahora.

Como siempre, fue la chica quien tuvo que dar el primer paso hacia ella y abrazarla con fuerza. Cloe le acarició la espalda, sabiendo que tampoco estaba muy bien. Ninguna lo iba a mostrar, pero ella era la mayor y tenía que ofrecerle el consuelo que ambas buscaban.

Cuando se separaron, la observó un poco mejor. No había cambiado nada, a pesar de llevar un año sin verla. Seguía teniendo ese pelo negro, largo, haciendo unas ondas impecables y las gafas amplificaban unos ojos azules que escondían una curiosidad infinita. Tampoco había crecido nada y Cloe seguía sacándole unos cuatro centímetros, pero era lógico para estar a punto de cumplir los treinta. Otra cosa que no fallaba era que, para acabar de bajarse de un avión y haber estado una hora sentada en un coche desde el aeropuerto, su traje no tenía ni una sola arruga. *Tienes que haber sacado toda la perfección de tu padre, niña*.

—Cloe, lo siento mucho —Rodri le tocó el hombro y procedió a abrazarla—. ¿Cómo estás?

—Bien —mintió devolviéndole el abrazo—. No hacía falta que vinieses.

—¿Cómo que no? Eres mi amiga y lo estás pasando mal. No te voy a dejar sola. Ni ella tampoco —él le señaló a su acompañante con la cabeza—. Lucía y Cora llegan esta tarde también. Los Ángeles es muy guay hasta que no tienes vuelos directos a España en dos días. Llegaran para el entierro y…

Ella dejó de prestarle atención desde el momento en que la vio. Eva se quedó junto a la puerta con cara de no saber qué hacer. Parecía extremadamente incómoda o, quizás, nerviosa. Si no la conociese bien, hubiese pensado que no quería estar allí. *A lo mejor, ya no la conozco tanto como creo y ha cambiado. Yo lo he hecho… y puede que ella también*.

En aquel año, se habían intercambiado los papeles, prácticamente, e iba más allá de que

se hubiese pasado a su color de pelo natural intentando conseguir lo imposible. La, ahora, rubia estaba mucho más centrada y había dejado de buscar llenar un vacío con los cuerpos de otras mujeres. Cosa que Eva parecía haber reclamado como suya. La castaña había trascendido en su propio caos natural y se liaba con todo lo que se movía, apuñalando su corazón con cada nueva historia que publicaban ella o Rodri en Instagram. Al final, Cloe no pudo soportarlo más y dejó de seguirla, pero también tuvo que silenciar a su amigo en el proceso.

—¿Quién es la princesita de la mafia? —le preguntó el chico distrayéndola—. Lucía y yo tenemos una apuesta no oficial desde que subiste una foto con ella hace dos navidades.

—Ah, mi hermana pequeña, Carla —le contestó la rubia sin estar demasiado centrada aún.

—¿Hermana? —Rodri elevó una ceja, incrédulo—. Os parecéis como un huevo a una castaña.

—Misma madre, distinto padre —ella volvió a contemplar a Eva—. No hacía falta que vinieseis, en serio.

—Deberías hablar con ella —él se giró para seguir la dirección de sus ojos—. Sé que no es el mejor momento, pero tenéis una conversación pendiente. Te largaste casi sin darle tiempo a procesarlo.

—Fue lo mejor para las dos…

La puerta la salvó de seguir dando explicaciones. Ni siquiera esperó ver a las dos mujeres que entraron. Su antigua entrenadora la buscó con la vista, tras saludar a la castaña, y soltó la mano de su esposa al encontrarla. Alma la abrazó dándole el pésame y Mei hizo lo mismo al unírseles. *Espero que la gente se canse, en algún punto, de decirme que lo siente. Qué pesadilla…*

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó Cloe con una sonrisa forzada.

—Me ha avisado Max —le respondió la entrenadora—. Tenía que venir a ver cómo estabas. ¿Necesitas algo?

Ser yo la que está en la caja.

—No, estoy bien —le dijo mintiendo, antes de dirigirse a Mei—. Enhorabuena. Ya se te nota el embarazo.

—Normal, salgo de cuentas en pocos meses —la cálida risa de la mujer inundó la sala—. ¿Qué le ha pasado a tu pelo en llamas? Estás muy guapa.

—Gracias. Necesitaba un cambio —ella se encogió de hombros—. ¿Dónde está la enana, entonces?

—Le ha pillado una nevada en Islandia y no podía despegar —le comunicó Alma—. De todas, Max es la que más ha hecho este año, ¿no?

—Es lo que tiene que se echase novie y se fuese a recorrer el mundo —asintió Cloe—. Hace dos semanas estaba en Tailandia.

—Igual no es el momento, pero me gustaría hablar contigo sobre las *Titans* —la mujer la miró bastante seria.

—Lo he dejado, Alma —le explicó—. No tengo intención de volver a jugar en ningún equipo.

—¿Y ser entrenadora? Necesito una ayudante y, cuando acabe la temporada, mi puesto es tuyo. Mi nivel de estrés no va a ser tolerable con un bebé.

—No sé… Quería dejar lo de *Impact* para siempre.

—Bueno, piénsalo. Tienes futuro, Cloe. La vida no se te acaba, aunque sea lo que estás pensando ahora mismo —su exentrenadora le apretó el hombro con cariño—. No tienes por qué volver a irte tan lejos, si es lo que quieres. Aquí, siempre hay sitio para ti.

—Me lo pensaré…

Alma le dio un par de palmadas en la espalda antes de dejarla sola de nuevo. Se tuvo que contener mucho para no caminar hacia Eva, que estaba hablando con Rodri en voz baja. *Quizás, sigue cabreada porque me fui.*… En lugar de eso, se sentó junto a su hermana. Sus tres años de diferencia ni siquiera se notaban y la menor se mantuvo callada un buen rato.

—¿Cómo te va en Boston? —fue Cloe quien inicio la conversación.

—Bien. La investigación avanza adecuadamente —le contestó Carla como si fuese un robot.

—¿De qué era? —dudó la mayor.

—ADN —dijo simplemente la pequeña.

—Mmm… ¿Tienes que volver?

—Eventualmente, lo haré. Por el momento, no.

Saber que no iba a perder a su hermana de vista tan pronto, la tranquilizó un poco. Sin embargo, entendía que era cuestión de tiempo. La vida de Carla estaba en Estados Unidos y nada la ataba a España. Ni siquiera ella. Ese barco había zarpado y, prácticamente, se estaba hundiendo en dos continentes a la vez.

—Has hecho muchas amistades en Madrid, ¿no? —la menor observó al grupo.

—Mhm. No esperaba que viniesen —comentó ella agradecida.

—¿Es esa la chica? —Carla miró a Eva.

—¿Qué chica?

—Por la que decidiste alejarte de tu vida de en sueño y huir del problema, en vez de afrontarlo. Corea está a diez mil kilómetros y no comprendes el coreano; es lógico que sea por una mujer.

—No todas podemos ser como tú y hablar cuatro idiomas a la perfección.

—Cinco —la corrigió la morena.

—Lo que sea —la rubia rodó los ojos—. Sí, es ella. Eva, se llama.

—Un nombre muy bíblico —asintió Carla—. ¿Sabes que significa «la que da vida»? Es curioso que, según las sagradas escrituras del cristianismo, Eva fuese la primera mujer y también sea la primera de la que te has enamorado.

—No estoy enamorada y… ¿tú no eres científica? ¿Cómo sabes tanto de religión? —Cloe no le dio tiempo a responder—. Qué pregunta más tonta; tú lo sabes todo.

—Saberlo todo es improbable. El conocimiento es infinito. Si lo supiese…

—Vale, lo pillo. Cierra tu cerebro ya —la mayor resopló—. Vamos a hablar de otra cosa, por favor.

A pesar de intentarlo, la conversación murió pronto y se hizo el silencio. Ambas hermanas eran totalmente diferentes. Carla era todo orden y ella saludaba al caos como a un viejo amigo. Sin embargo, no pudo evitar observarla. La morena tenía la manía de buscar arrugas inexistentes en su ropa cuando se sentía incómoda y, en ese momento, estaba encontrando más imperfecciones de las que su pantalón podía albergar. La estaba poniendo nerviosa. Por eso, Cloe puso la mano encima de la suya para que dejase de alisárselo y allí la mantuvo. Iban a ser unas horas muy largas hasta que llegase el entierro. *Estaba mejor anoche, velándola yo sola*.

No le gustaba nada la pena con la que la miraban cada vez que sus ojos recorrían la sala, así que optó por contemplar la caja en la que yacía su abuela hasta que la gente del tanatorio entró para avisar de que el cura había llegado y estaba preparando la capilla que tenían en el sitio. *Con suerte, ya mismo estás en el cementerio, abuela. Y yo en casa*.

La misa se le hizo interminable y no le prestó atención a ese señor que aseguraba que su abuela era una persona maravillosa por ser hija de un dios en el que ella había dejado de creer desde pequeña. Carla también pareció estar más interesada por el material de la tela que cubría el altar que por las palabras que reverberaban en la sala. *Supongo que en las creencias religiosas es en lo único en lo que nos parecemos Miss Boston y yo. Una pena*.

El cementerio estaba vacío cuando llegaron. Fue Cloe quien condujo detrás del coche fúnebre, seguida por Rodri y Alma en sus respectivos coches. Su hermana se pasó el camino mirando por la ventanilla. Jaén no había cambiado nada desde que se marcharon y la nostalgia, que venía con regresar a la tierra que las vio nacer, se hizo presente. Sin embargo, bajarse del vehículo y ver un par de caras conocidas, le dio hasta más melancolía.

—Lo siento mucho —Lucía fue la primera en abrazarla.

—Gracias, rubia —Cloe le devolvió el gesto.

—Le vas a quitar el puesto. Ya no te puedo llamar sirenita metalera con esta melena —Cora fue después—. Lo siento.

—Tú sigues igual de pitufa —ella se rio sin ganas—. ¿Cuándo te vas a cambiar el pelo azul?

—Nunca, es parte de mí —le respondió su excompañera—. Perdona por perdernos la misa y eso.

—Ya me ha contado Rodri lo del vuelo, no os preocupéis —la mayor negó con la cabeza —. Además, ha sido un rollazo y seguro que hubieses entrado en combustión espontánea al pisar la capilla, pecadora.

—Dijo la santa… —la peliazul le dio una palmada en la espalda.

—Nos vamos a quedar unos días en casa de Cora, antes de irnos a la mía —le comentó Lucía—. Si necesitas algo o quieres venirte…

—No, gracias. Tengo piso aquí, pero os aviso y quedamos. Tenemos que ponernos al día.

En cuanto terminó la parte más ritual del entierro, las ex *Titans* se fueron marchando poco a poco. Alma tenía que volver con su nuevo equipo a Madrid y Cora había prometido al suyo que se conectaría para entrenar a las diez de la mañana de Los Ángeles, por lo que contaba con el tiempo justo para llegar a Granada. Obviamente, no se fue sin Lucía, que le recordó que estaban a una llamada o una hora de distancia por si las necesitaba.

—Yo también me voy —su hermana suspiró—. Tengo que deshacer mi maleta aún. Te veo en casa de la abuela.

—De la abuela —repitió Cloe cuando Carla se alejó—. Supongo que, ahora, nos pertenece. Éramos su única familia. Y ella la nuestra.

La menor había permanecido impasible desde que llegó y se estaba marchando como la que hace un simple trámite. *Si no la conociese, pensaría que no le ha afectado nada la muerte*. Ninguna de las dos era muy fan de mostrar sus sentimientos, pero la mayor estaba segura de que Carla había llorado tanto como ella, en privado. Probablemente, ya no volviesen a hacerlo en mucho tiempo. O eso pensó la rubia.

Mientras estaba observando cómo cerraban el nicho, una mano se posó en su hombro y la giró. Al instante, sintió sus brazos rodeándola y una oleada de perfume aniquiló sus sentidos. Después de tanto tiempo, seguía usando la misma colonia y la abrazó un olor familiar a chocolate, que le dio ganas de llorar. Lo había echado tanto de menos que hasta tardó en saber dónde poner las manos. Además, estaban tan pegadas que pudo notar los latidos de Eva acompasando los suyos propios. Cloe contuvo la respiración como si no fuese a olerla nunca más. Sin embargo, al separarse, notó cierta incomodidad y evitó mirarla a los ojos.

—¿Estás llorando? —le preguntó la castaña de repente.

—No. Yo no lloro —ella frunció el ceño cruzándose de brazos—. Antes, ni me has saludado y, ahora, esto.

—Lo siento —Eva se miró los pies.

—¿Por lo de mi abuela o por…?

—Por todo —la interrumpió fijando la vista en sus ojos—. No sabía si querías que viniese.

La mayor la observó confundida. ¿Cómo que no lo sabía? No era ella la que se había pillado un cabreo tremendo un año antes porque se largaba, sino la propia Eva, que casi la asesina en el acto por decirle que tenía un vuelo dos días después de la cena de año nuevo que

hicieron. Le parecía increíble. *¿A qué juega? Me voy Corea y ni me escribe… y, ahora, se disculpa por todo. ¿Qué es todo? Ah, no. Seguro que solo está pensando en follar conmigo y añadirme a su interminable lista*. Sus pensamientos la hicieron retroceder, alejarse de la chica.

—Si necesitas algo… —comenzó la castaña.

—No. Estoy bien —la detuvo Cloe—. No necesito nada.

—Bueno, voy a estar unos días en mi pueblo, antes de volver a Madrid —le explicó Eva —. En una hora, puedo estar aquí si…

—Mhm. No hace falta —volvió a cortarla sin piedad.

La mayor vio como algo en la mirada de la que fue su compañera de equipo se apagaba y la chica se daba por vencida. No iba a poder derribar el muro entre ellas que acababa de construir la rubia, con los ladrillos que sobraron de la tumba de su abuela, y ambas lo tenían claro.

—Siento lo de tu abuela —fueron las últimas palabras de Eva.

Cloe la observó alejarse hasta que se reunió con Rodri en la puerta y se quedó un instante más mirando el hueco, cerrado, donde descansaba la mujer, sin ningún tipo de identificación por el momento. *Abuela, ya te traeré las flores cuando te pongan la lápida. Por fin, estás con el abuelo. Perdón por dejarte sola estos años, pero te vas a reír cuando yo esté así a partir de ahora… Te quiero, aunque no te lo dijese. Volveré.*

Capítulo 2: Herencia conjunta, vida compartida

Hacía veinte días que había enterrado a su abuela y le hubiese gustado quedarse más en Jaén, pero se le estaba acabando el dinero ahorrado con tanto papeleo y tanto notario. Por suerte, Alma le había ofrecido ser su ayudante de entrenadora para las *Red Titans* y se lo estaba pensando seriamente. *De vuelta a Madrid, al equipo y a… Eva. ¿Por qué sigue jugando allí? Se podría haber ido al que le diese la gana, pero no, ella tenía que seguir siendo una Titan. Y, encima, Alma va y la nombra capitana. ¿Tengo otra opción? Alma me prometió que sería yo la entrenadora a full cuando se retirase y es un buen puesto…*

Cada segundo que le daba vueltas, se convencía más a ella misma. Después de tantas idas y venidas, su abuela solo les había dejado el piso que estaban ocupando, lo único que tenía, y la mitad era de Carla. No sabía qué planes tendría su hermana, pero ella quería conservar la vivienda, aunque le doliese caminar por los pasillos llenos de recuerdos. Aun así, no se veía atrapada en Jaén. *¿Qué voy a hacer aquí sola? En Madrid, al menos, tengo un trabajo seguro y gente a la que conozco. Alma, Rodri… Eva. ¿Por qué no te vas un rato de mi cabeza, goblin hiperactivo?* Ni la castaña, ni el abrazo que le dio en el cementerio, ni siquiera su olor la habían abandonado un solo instante desde el día del entierro. *¡Fuera!*

En el poco rato de tregua que le dio su mente, consiguió dormirse, aunque no lo suficiente. Aun así, Eva se negó a dejarla en paz y se apareció en sus sueños:

—La culpa es tuya —le reprochó la chica con rabia—. Te fuiste y, ahora, haces como si no hubiese pasado nada.

—¿Mi culpa? ¡Una polla! —estalló Cloe—. Si no me hubiese ido, habría sido peor para las dos.

—No me diste ni una sola oportunidad. Lo dejaste todo a medias y huiste como la cobarde que eres. No tienes derecho a reclamarme nada. Me gustabas de verdad, pero ya lo he superado. Me has perdido para siempre. No quiero ni ser tu amiga.

La castaña se dio media vuelta y se encaminó hacia el hombre sin rostro que la esperaba en la lejanía. Eva lo besó con furia, caóticamente. No fue el único. Detrás de él, aguardaba una infinita lista de posibilidades para que la chica eligiese y todas ellas eran mejores que Cloe.

La rubia se despertó tremendamente aturdida, tanto que pensó que seguía en Corea. En parte, el problema estaba en la habitación contigua. Más bien, la persona que estaba hablando en ella. *Coño, la abuela tenía razón con lo de que las paredes son de papel en este piso. ¿Qué le pasa a esta? ¿Qué hora es?* Cloe alcanzó su móvil en la mesita para comprobar que eran las cinco de la mañana. *Qué cojones… ¿Con quién habla tan temprano?* Se levantó y salió de su cuarto para dirigirse al de su hermana y averiguarlo. Sin embargo, se detuvo antes de llamar a la puerta porque cayó en que quizás era importante.

—I don’t know, James. The research is… Yes, I understand, but I am considering the offer so far. No! It’s okay. It is not necessary that… No, no, I’ll call you back. Thanks, bye.

Hasta en inglés suena repipi, la mayor de ambas negó con la cabeza y se retiró de la puerta al ver que se abría. Carla dio un bote del susto al encontrársela de frente.

—No padezco ninguna enfermedad cardiovascular, pero me podrías haber provocado un infarto de miocardio —su hermana resopló—. ¿Es necesario que te sitúes, a oscuras, delante de mi puerta?

—Infarto de miocardio el que me has dado tú —Cloe rodó los ojos—. Son las cinco y me despierto escuchando una clase de *Magic English* con la doctora Mouse. ¿Qué te pasa, Duolingo?

—Disculpa, era prioritario y, en Boston, aún es de noche —la morena no parecía muy contenta.

—¿Problemas con tu investigación? —le preguntó la rubia con genuino interés.

—Solo irregularidades subyacentes.

—¿Desayunamos mientras me lo cuentas? Prefiero no volver a irme a dormir.

—Concuerdo. Tus síntomas son notorios —señaló Carla—. La hipercromía idiopática de tus anillos orbitarios te da un aire de *ursus lotor*.

—¿Qué? —ella la miró boquiabierta—. En español, por favor.

—Que pareces un mapache con esas ojeras —le aclaró inocentemente la menor—. No da la sensación de que tus fases REM hayan sido reparadoras.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para descansar, ni bien ni mal.

El momento del desayuno se convirtió en una sesión de terapia, a pesar de lo incómodo que era. Llevaban demasiado tiempo sin verse y su relación tampoco era la más estrecha antes de eso. Carla siempre había sido extremadamente correcta y contrastaba con la personalidad de Cloe. La mayor se encargó de ayudar en todo lo que podía a sus abuelos y en casa mientras la menor se centraba en estudiar y apenas abandonaba su cuarto. La rubia lo prefirió así porque tenía la esperanza de que su hermana llegase lejos. *Yo ya estaba perdida, pero la pequeña Miss Boston ha conseguido ser una científica de la hostia*.

Cloe le contó que se estaba planteando aceptar la propuesta de su antigua entrenadora y volver a Madrid. Después de todo, en Corea ya no tenía nada que hacer y el tiempo que había pasado, hasta entonces, en Jaén les había dado para dejar solucionado todo el tema de la herencia. Además, sabía que se volvería loca si se quedaba. Siendo ayudante de Alma, por lo menos, se mantendría ocupada. Ya lidiaría con ver a Eva en los entrenamientos… a diario.

—¿Quieres deshacerte del usufructo de los abuelos? —Carla no parecía conforme.

—No, quiero quedármelo. Ahora mismo, no puedo, pero, si tú no lo quieres, te compro la mitad —la mayor suspiró—. Dependiendo del sueldo, igual para el año que viene…

—Lo siento, pero yo también deseo conservar mi parte. No contemplo esa opción.

—Por una vez en la vida, ¿estamos de acuerdo en algo? —se sorprendió la rubia—. Pues nada, herencia compartida.

—De hecho, y dadas las circunstancias, tengo una propuesta que quiero que sopeses.

La menor examinó a su hermana muy seria. Sin saberlo, Cloe le había ofrecido una ruta

de escape a su inminente problema. La morena no tuvo más remedio que ponerla en contexto antes de ofrecerle un trato. Su cerebro siempre contemplaba las infinitas posibilidades antes de hallar la solución y, en ese instante, la tenía delante.

No tardó demasiado en contarle que le habían hecho una oferta para dirigir una de las escasas investigaciones genéticas que se realizaban en España, en el Hospital Universitario La Paz de Madrid. En la que estaba ahora, todo iba más avanzado y la inversión era mucho mayor, pero había meditado bastante acerca del cambio y pretendía quedarse. Así, escapaba de su vida en Boston y podría encontrar información nueva sobre el portador de sus genes. Cloe tenía a su padre en la cárcel, pero ella no sabía mucho del suyo y necesitaba encontrarlo. Había elegido marcharse a la capital de Massachusetts porque descubrió que era su ciudad natal. Sin embargo, llevaba dos años sin información nueva sobre él y tenía la certeza de que podría hallarse donde ella había tenido que volver a toda prisa.

—¿Te vas a quedar, entonces? —dudó Cloe—. Pensaba que ya tendrías billete de vuelta.

—Es una buena oportunidad. En Boston, estoy a las órdenes de otra persona, pero, aquí, puedo encaminar la investigación como desee —le explicó Carla—. Creo que me puede aportar mucho profesionalmente.

—¿Y la propuesta que me ibas a hacer? —la rubia la observó entrecerrando los ojos.

—Ya que vamos al mismo sitio y, teniendo en cuenta que no han surgido particularidades de convivencia durante estos veinte días, te propongo que extendamos nuestra coexistencia a la capital.

—¿Quieres que compartamos casa en Madrid? —la mayor pestañeó incrédula.

—Por beneficio mutuo —asintió la menor.

—Beneficio mutuo… —la exjugadora lo consideró unos segundos—. Lo de encontrar un piso decente allí, que no cueste un ojo de la cara, está complicado. Mmm… podría ser mucho peor, así que trato hecho.

—Excelente. Puede ser de tu preferencia, pero me agradaría sobremanera que mi habitación estuviese orientada al sur y la cocina ocupase el norte de la vivienda, gracias —su hermana se levantó de la silla—. Y, ahora, voy a redactar un mail al hospital para comunicar mi conformidad con el contrato.

Cloe se arrepintió al verla salir por el pasillo. *¿Me acaba de cargar todo el muerto? Con perdón, abuela… Debería ir a llevarle flores. Luego, buscaré el dichoso piso. Maldita Carla. Todavía sabe cómo liármela…* En realidad, en los treinta años de vida de su hermana, siempre había sido parte de sus prioridades desde que nació y no podía negarle nada. Con apenas tres años y la morena estando recién llegada al mundo, la rubia supo que iba a ser su responsabilidad, por culpa de su madre. Aquella señora que prefirió las drogas a darle el pecho a su bebé de padre ausente.

No parecía que el drama cesase en su vida, tan solo se lo llevaba a otra parte. En esa ocasión, la perseguía lo suyo con Eva. Nada, porque eso era lo que tenían. Cloe lo había decidido así y no iba a cambiar, por más que su cerebro se empeñase en recordárselo de camino al

cementerio. Por suerte, era tan temprano que acababa de abrir y no había nadie, así que estaría sola con los difuntos y sus fantasmas personales.

Conforme avanzaba hacia la tumba de su abuela con las flores de plástico que le iba a dejar indefinidamente, pensó en cuánta gente había enterrada allí. *La vida se acaba para todo el mundo. Da igual lo que hagas mientras vives. ¿Se acordarán sus familias de todas estas personas? Quizás, la mayoría ha tomado la misma decisión que yo y les han puesto plantas artificiales porque no se plantean volver pronto a hacerles una visita. Es tan triste…*

Al llegar a la tumba en la que yacían sus abuelos, se quedó parada. *Yo había dejado aquí las violetas favoritas de mi abuela y se han convertido en una bola peluda*. Encima de la lápida, un gato blanco con rayas grises muy sutiles y las orejas dobladas, como si tuviese miedo, estaba iluminado por el único rayo de sol que daba en todo el cementerio. Probablemente, había ido a parar allí para estar calentito. Por eso, Cloe no quiso perturbar su paz y se sentó en una esquina con cuidado, antes de dejar las flores falsas a los pies del sepulcro familiar. El minino no perdió detalle y la observó fijamente, con sus ojos de diferente color. Tenía uno azul, como su hermana, y otro verde, como ella misma.

—La sutileza nunca fue lo tuyo, abuela —la rubia se rio con tristeza—. Te veo capaz de reencarnarte en un gato con esos ojos para decirme que cuide de Carla.

A pesar de todo, la exjugadora no pretendía ni acercarse. Aún recordaba que su amiga Lucía recogió de la calle a uno negro precioso, Mori, y casi se lo robó en varias ocasiones cuando vivían todas en la misma ciudad. Lo último que necesitaba era ser responsable de un felino también.

—¿Y quién me cuida a mí? —se preguntó mirando al minino—. ¿Qué hago, abuela? Le he dicho a Carla que sí a lo de irnos a Madrid, pero ¿es buena idea? Con lo de Eva… La voy a tener que ver a diario, prácticamente. Me va a volver loca, lo sé —la rubia suspiró—. Hice lo correcto, ¿verdad? Me fui para no joderle la vida. Bastante lo está la mía… Se iba a ilusionar con algo que no soy. Le gustaba, o lo que fuese, porque me parezco a Lola Índigo, según ella, pero ni de coña. Abuela, ¿debería volver?

Obviamente, le contestó un silencio sepulcral. No esperaba oír una respuesta de la mujer y tampoco que el gato se hubiese estado acercando mientras le contaba sus dilemas a un trozo de piedra con sus abuelos debajo. El felino puso una patita en su pierna con desconfianza y tanteó al terreno, antes de subirse sobre ella y acomodarse en su regazo. Cloe lo observó un segundo y lo acaricio muy despacio para no asustarlo.

—¿Por qué no? Más caos en mi vida.

La exjugadora rodó los ojos sonriendo. Le pegaba el nombre de Caos al bicho. Sobre todo, porque así se sentía ella: en mitad de una tranquilidad, que era una tormenta interior. Entre la muerte de su abuela, el desastroso reencuentro con Eva y el regreso de su maniática y querida hermana, iba a perder la cabeza. Sin embargo, saldría de esa, siempre lo hacía.

***

Carla leyó atentamente el mail que se hizo esperar tres eternas horas. El jefe del

departamento de investigación de La Paz la invitaba a acudir al hospital una semana después para la bienvenida al equipo y mostrarle su nuevo puesto de trabajo. Había conseguido quedarse en España con éxito y así lo comunicó, por mensaje, a las personas pertinentes que la esperaban en Boston. Necesitaba el cambio y no la habría podido detener nadie, a pesar de no ser adepta a que las circunstancias transmutasen si no las podía controlar como deseaba.

Su mente racional la llevó a preguntarse cómo le estaría yendo a Cloe con la búsqueda de una nueva vivienda para las dos. Sin embargo, la invadió pánico al no encontrar a su hermana por ninguna parte. *Debería estar contemplando nuestras opciones. Tenemos que mudarnos para la semana que viene, sin falta. ¿Dónde está?* Sus neuronas acabaron agitándose a la velocidad de la luz y la llevaron a centrarse en encontrar algo ella misma.

A decir verdad, había notado a Cloe un poco transformada. Era una reacción normal al paso del tiempo y a la sucesión de coyunturas vitales. Aun así, nunca previó que la mayor cambiaría lo que creía uno de sus rasgos más significativos. Era indudablemente extraño que, en veinte días de convivencia, la rubia no hubiese llevado a ni una sola mujer al piso que compartían. Carla la recordaba más… promiscúa. Los últimos años que cohabitaron juntas en aquella vivienda, su hermana mantuvo relaciones sexuales con tantas chicas diferentes que no llegó a cruzarse con ninguna más de dos días seguidos. *¿Será porque su cerebro se siente atraído por la muchacha del tanatorio y le impide fijarse en otras? Interesante. Necesitaría hacerle más preguntas para llegar a una conclusión certera*.

La morena retomó su tarea de buscar un sitio habitable y decente para ambas, hasta que oyó la puerta de la entrada y aguardó impacientemente a que Cloe llamase a la suya. El piso no era tan grande, por lo que no tardó demasiado. No obstante, la imagen que esperaba hallar, no fue la que se presentó ante sus ojos.

—Carla, ha entrado un hombre en nuestras vidas —la rubia le sonrió con malicia.

—¿Un qué? —ella observó a la bola de pelo en sus brazos.

—Se llama Caos —su hermana lo alzó a la altura de sus ojos—. Mira.

—No, no, no. No quiero a ese *felis silvestris catus* en mi cuarto —la menor entró en pánico—. ¿Tú sabes la de bacterias que tienen los felinos? Además, son una de las especies más peligrosas porque exterminan la fauna.

La mayor dirigió la vista hacia su recién adquirida mascota, que se la devolvió al instante. Animal y humana acabaron mirando a la científica, que ya estaba calculando cuánto daño podría hacer aquel ser vivo en su cuidado ecosistema.

—Pero ¿qué dices? —cuestionó Cloe, observándola como si estuviese loca—. Si me cabe en una mano. Soy más violenta yo que él.

La criatura maulló, dándole la razón.

—Lo que tú digas, pero en mi cuarto no lo quiero ver —Carla lo contempló una vez más con algo que no llegaba a ser asco, pero tampoco terror—. Ve al salón en diez minutos, tenemos que analizar viviendas en Madrid. Nos marchamos el fin de semana —la chica le cerró la puerta en la cara.

Cloe se quedó unos segundos parada delante de la habitación, procesando la información. La mayor miró al gato, que le devolvió el gesto, casi tan confuso como ella. Y, por fin, reaccionó:

—¿Qué?

Capítulo 3: Dudas y favores

Eva caminó hacia ella, repasando mentalmente todo lo que le quería decir. Ni siquiera le había dado el pésame aún. La había evitado en el tanatorio, pero, verla tan sola frente a la tumba en la que acababan de enterrar a su abuela, le dio el valor necesario para hablarle. Sin embargo, comenzó por abrazarla con todas sus fuerzas. Cloe se lo devolvió enseguida.

Tras separarse, quiso decirle que la entendía, pero la mayor se inclinó cogiéndole la barbilla y la besó con suavidad mientras ella se sujetaba en sus hombros para no perder el equilibrio de puntillas. No recordaba que fuese tan alta; solo le llevaba unos pocos centímetros. Sin embargo, descubrió que Cloe estaba levitando al soltarla y se alejaba hacia el cielo, más y más, con el paso de los segundos. A medio metro del suelo, el estruendo de una sirena empezó a reventarle los oídos, hasta que no pudo oír ni su propia voz llamando a la rubia.

Eva se dio la vuelta y fundió su móvil con la mirada adormilada, antes de apagar la alarma. *¡Maldita sea! ¿Por qué acepté irnos tan temprano? Seguro que no han puesto ni las carreteras todavía*. La castaña se desperezó y remoloneó un rato en la comodidad de su cama. No tenía ganas de abandonarla, pero, si no estaba lista para cuando llegase Rodri, su amigo la iba a matar. Por eso, cogió sus gafas de la mesita y se dirigió al baño.

Su madre le dio un infarto al entrar en la cocina y verla trastear en la despensa. No sabía por qué había intuido que ya se habría ido a trabajar, pero era demasiado pronto. La mujer se llevó su susto de vuelta cuando se giró y se encontró a su hija medio zombi en el quicio de la puerta.

—¡Eva, por dios! —su progenitora se llevó la mano al pecho—. ¿Qué haces despierta?

—He quedado con Rodri a las seis para irnos —le recordó la chica.

—¡Ay, es verdad! Que te volvías a Madrid hoy —su madre la miró con pena—. ¿Seguro que no te quieres quedar unos días?

—Ya he perdido una semana de entrenamiento. Voy a meter a Alma en un lío si no vuelvo ya.

—Bueno, te he dejado táperes en la nevera para que te lleves. Que no se te olviden.

—Mamá, tengo treinta y un años —la castaña rodó los ojos.

—Sí, y casi quemas la cocina haciéndote unos macarrones el otro día —la mujer negó decepcionada—. Se te darán muy bien las maquinitas esas, pero no te acerques a ninguna vitrocerámica.

—¡Me despisté un segundo! —se defendió Eva.

Su madre asintió, dándole la razón como a las locas, y se marchó por el pasillo sin escuchar sus excusas. Había echado de menos a sus padres, pero también tenía ganas de volver a Madrid. Por suerte, en unas horas, estaría allí de nuevo. Solo tendría que aguantar unos cuantos kilómetros de carretera insoportable. Granada era mucho más bonita y su pueblo era inigualable en su corazón, pero quería retomar sus directos, el podcast con su mejor amigo y sus entrenamientos con las *Titans*.

Rodri llegó puntual, pero no iba solo. Ni siquiera le costó reconocer el coche que seguía al del chico, a pesar de no haberlo visto en un año. Por eso, corrió hacia él, olvidando su maleta en la entrada, y le abrió la puerta a la copiloto, muy emocionada. Cora se rio de su euforia cuando la vio y se bajó del todocamino de Lucía.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó Eva abrazándola—. Os hacía en Los Ángeles ya.

—Qué va —su amiga le dio una palmada en la espalda para que la soltase—. Lu tiene que hacer unas cosillas antes de irnos. Nos volvemos a Madrid con vosotros.

—¿En serio? —se emocionó la castaña.

—Hasta la semana que viene, no tenemos el vuelo a L.A. —le comentó Lucía saludándola con un abrazo—. Por cierto, Rodri me ha invitado a vuestro podcast.

—¿Lucía Gómez en nuestro podcast? ¡Qué bombazo! —Eva asintió contenta—. La estrella revelación de España al otro lado del charco.

—De nada por ser la mente brillante de las dos —el chico cerró el maletero de su vehículo con las maletas dentro—. ¿Te queda algo por coger, chocho?

—No, no, eso era todo. ¡Gracias!

—Pues vámonos —su amigo le señaló la puerta—. Cada una a su asiento. Lucía, tira tu primero. El azul ese de tu coche es difícil de perder entre el tráfico.

—Bien bonito que es —Cora se encogió de hombros—. Como sus ojos.

—Y tu pelo —él suspiró—. Súbete ya, maricona.

Su amigo se concentró en la carretera al poco de salir y la dejó a solas con sus pensamientos, un rato. Lo que se tradujo en imágenes de Cloe rondando por su cerebro libremente. La rubia no la había llamado siquiera. Tampoco esperaba que lo hiciese. *Podría hacerlo yo. Preguntarle cómo está por lo de su abuela… No, que seguro que se la recuerdo y se pone triste. Además, ¿por qué tengo que ser yo la que vaya detrás de ella siempre?* El sueño que había tenido, le recordó lo que pasó de verdad en el cementerio y cómo la trató la mayor. *Quizás, fue porque tiene novia, de verdad. La morena esa del tanatorio no separó de ella…*

—Estás muy callada —Rodri la trajo de vuelta al presente—. No me gusta eso porque o te estás rayando como una cebra o planeando algo que no va a acabar bien.

—Pues ninguna de las dos, listo —mintió ella—. Estaba pensando en lo borde que fue Cloe conmigo. Vale que hace mucho que no nos vemos, pero vivimos juntas un año entero cuando era parte del equipo. ¿Tanto le costaba tratarme como una amiga, por lo menos? —se indignó—. Seguro que es por la tía esa que estaba con ella. Eso o que la Cloe pelirroja era más simpática. Bueno, tampoco lo era mucho con ese color, ahora que lo pienso. Y rubia está tan guapa…

—*Cucha*, chocho, deja de comerte la cabeza. Esa tía es su media hermana y es tan siesa que no le llamaría la atención ni a heteros ni a nadie.

—Pero si ¡es guapísima! —Eva lo miró hasta ofendida.

—Sí, y también tiene un palo metido por el ojal, además de ser híper, mega correcta —su amigo rodó los ojos, exasperado.

—Pues yo le daba…

—Últimamente, tú le das a todo lo que se mueve, cariño, menos tías…

Rodri tenía razón, pero ella tenía sus motivos. Seguía buscando a alguien que le quitase a Cloe de la mente y, como ninguna unidad de hombre lo conseguía, pasaba un rato entretenido con ellos. La mayoría estaban bastante buenos y se defendían en la cama. Aun así, a todos los acababa viendo como a su excompañera, a pesar de saber que, lo que tenía dentro, era un pene y no los dedos de la rubia a la que tanto deseaba. Eva lo seguía intentando, pero no había manera.

La conversación con su mejor amigo solo consiguió que le diese tantas vueltas al asunto. Si la morena era su hermana y Cloe no tenía novia, ¿por qué tanta mala leche contra ella? No le había dicho nada malo, que supiese. Tampoco tenía derecho a estar cabreada. La que se había largado a Corea sin casi ni avisar era la propia rubia. Aún seguía enfadada con ella, pero era verla y olvidarse de todo. Por suerte, sus interacciones se limitarían al estar a trescientos kilómetros de distancia. *A ver si me la quito de la cabeza de una vez.*

El camino las llevó directamente a casa de Lucía. La cantante la había conservado, a pesar de no pisarla mucho. Como no tenían prisa, Rodri y Eva se quedaron un rato allí. Hacía unos meses, muy largos, que no se veían y tenían muchas cosas que contarse. Sin embargo, no le gustó que el chico le pidiese algo de privacidad con la antigua influencer. *¿De qué tendrá que hablar con ella? Bueno, por lo menos, aprovecho el rato con Cora*. Su mejor amiga pensó lo mismo y se salieron al jardín.

—¿No tenéis planeado volver a vivir aquí? —le preguntó la castaña—. Lo pasamos tan bien en esta piscina, antes de que os fueseis…

—Lo hemos hablado, por Lucía —asintió la peliazul—. No paran de salirle ofertas, pero me va bien en California y quiere apoyarme hasta el final.

—Qué buena novia. Va todo bien entre vosotras, ¿no?

—Genial. Siempre surgen cosillas, pero se solucionan hablando. No se lo digas a nadie, bocazas, pero me estoy planteando lo de pedirle matrimonio.

—¿En serio? —Eva saltó de la emoción—. ¿Puedo ser tu madrina, padrina o lo que sea? ¿Cuándo se lo vas a pedir? ¿Tienes ya el anillo? ¿Os casáis aquí o allí?

—Relájate. He dicho que me lo estoy planteando —Cora rodó los ojos riéndose—. No quiero precipitarme.

—¿Ya estamos? ¿Con la que liaste la última vez por pensar tanto las cosas? A que se lo digo a Rodri y Cloe… a Rodri, solo, para que te lo planee todo.

—Oh, hablemos de esto —su amiga la miró con malicia—. Cloe ha vuelto.

—Me he dado cuenta, gracias —la castaña resopló—. No cambies de tema.

—Me interesa más este. ¿Cómo fue el reencuentro?

—Pésimo…

Eva la puso en situación. Hasta le contó el sueño tan horrible que había tenido. La peliazul la escuchó atentamente, pero se quedó callada cuando terminó y ella supo que era la única que podía sacarle hasta el último detalle de todo, nadie la iba a comprender mejor.

—No he podido olvidarla y mira que lo he intentado —le confesó la menor—. Todavía me gusta.

—No, todavía estás enamorada de ella —la corrigió Cora acariciándole el brazo con empatía—. Cloe es gilipollas…

—Sí, pero no puedo evitar sentirme así. Cuando la vi en el tanatorio, no sé qué me dio, casi lloro. No me acerqué a ella por lo mismo —la castaña negó con la cabeza recordando el momento—. Lo quiero todo con ella, pero, a la misma vez, me da miedo.

—¿Por qué?

—Porque ya se largó una vez cuando las cosas empezaron a ponerse… intensas entre nosotras, porque me dijo que lo nuestro era imposible y, ahora que ha vuelto, parece que me odia —Eva suspiró abrumada—. Lo peor es que sé que, si se me acerca, no voy a poder controlar mis putos sentimientos y acabaré haciendo una locura tras otra hasta que me rompa el corazón de nuevo.

—¿Preferirías que volviese a Corea? —le preguntó su amiga.

—¡No! Soy una masoca, lo sé. ¿Crees que se me pasará si no la veo durante otro año?

—Lo dudo. Si no ha pasado ya… Quizás, necesitas un par más. El primer amor es jodido, pero también se cura. Dale tiempo a tu corazoncito.

—¿Tiempo para qué? —Lucía abrazó a su novia por la espalda—. ¿De qué habláis?

—Cloe —le respondió Cora escuetamente.

—¡Ay! El problema pelirrojo… —Rodri rodó los ojos al pararse junto a ellas.

—Es el problema rubio, ahora —le recordó Eva.

—Lo que sea. ¿Nos vamos ya, chocho? —el chico le enseñó las llaves del coche—. Tenemos un podcast que grabar.

—Mhm. ¿Salimos algún día antes de que os vayáis? —propuso la castaña.

La pareja aceptó y su amigo se emocionó montándose, imaginariamente, la fiesta del siglo de camino al estudio donde grababan. Eva también lo estaba porque le recordaba a los viejos tiempos. El grupo pasaba por las situaciones más dramáticas cuando se emborrachaban, pero, en una de esas ocasiones, fue la primera vez que Cloe la besó. *Podríamos haber seguido haciéndolo. ¿Por qué no quiso? No debí llamarla Lola Índigo del Hacendado tanto… Quizás, todavía piensa que me gusta solo por el parecido. Bueno, da igual, seguro que no nos vemos tanto. ¿Se volverá a Corea o se quedará en Jaén? ¿Qué más da? Está claro que no va a pasar nada entre nosotras. Ese barco zarpó el año pasado y se perdió en Busan.*

—Tengo que contarte algo, pero no te enfades —le dijo Rodri mientras preparaban los

micrófonos en el estudio.

—Ninguna frase, que termine por «pero no te enfades», ha conseguido que alguien no se cabree —ella lo miró frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa?

—He estado hablando con Lucía para ver si cabe la posibilidad de que me quede unos días con ella y con Cora en L.A. —le soltó él sin contemplaciones.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Sin mí? —Eva entró en pánico.

—Me han ofrecido grabar un reality allí y me tienen que hacer unas pruebas antes. Bueno, es uno de esos para encontrar el amor. Muy gay. Iba a decir que no, pero un grupo de maricones en *streaming*, las veinticuatro horas en la misma casa… —su amigo se atusó los rizos por inercia—. Yo eso no me lo pierdo. Además, es mucha pasta. Nos podría comprar un casoplón al lado de Lucía, con solo estar tres semanas allí y que no me echen. Y, si encuentro a mi medio kiwi, mejor, ¿no?

—¿Me vas a abandonar por un puñado de penes y billetes? —la castaña lo miró patidifusa—. ¿Y la casa? ¿El podcast? ¿No has pensado en eso?

—¡Claro que sí! Tía, le he dado muchas vueltas y lo tengo todo planeado. Dura máximo un par de meses y, mientras, tienes toda la casa para ti —la intentó convencer el chico—. No te preocupes, cariño. He buscado a alguien que me sustituya en el podcast y vas a estar contentísima.

—No, me niego. Cloe vuelve, tú te vas… pero ¿esto qué coño es? —exclamó Eva indignada—. ¡Ni me lo has consultado!

—¡Sí, mujer! Para que me quites la idea de la cabeza. Ya sabes lo que pienso de esos programas; son todo drama falso, lágrimas de cocodrilo y ninguna pareja dura, pero el dinero… Nos va a venir bien a los dos.

—Rodri, nos va de lujo con esto y con los directos. ¿Para qué quieres más pasta?

—Para comprar una casa. No quiero vivir de alquiler toda la vida —él la miró como si fuese obvio—. Además, puedes comentar los episodios en el podcast y te ahorro pensar en contenido.

—¿Por qué todo el mundo me deja sola? —la castaña suspiró angustiada.

—No te pongas dramática, chocho —su amigo negó con la cabeza como si no tuviese remedio—. Voy a volver en unos meses y te dejo en muy buena compañía, ya verás.

—Te odio.

—No, me quieres y, por eso, estás enfadada —Rodri le pasó el brazo por los hombros—, pero me lo acabarás agradeciendo.

El chico siguió preparando el podcast mientras le contaba sus planes. Lo peor era que se marcharía, prácticamente, a la vez que Cora y Lucía. Eva lo pensó mejor porque aún le quedaba Alma y sus nuevas compañeras de equipo, pero no eran muy de salir de fiesta. Se las apañaría… ¿no?

La angustia regresó a ella cuando terminaron de grabar el episodio y se dio cuenta de que sería el último en el que tendría a Rodri al lado. Su amigo se negó a decirle quién lo iba a sustituir, pero le dejó como recado el subir una foto con ambos a la cuenta oficial cuando se publicase la grabación, porque él ya estaría en Los Ángeles. *Unos meses se pasan corriendo, ¿verdad? No va a suceder tanto sin que él esté por aquí. Total, no voy a salir mucho yo sola…*

De vuelta en su casa, se dedicó a contemplarlo mientras hacia las maletas. Sin embargo, su móvil la distrajo brevemente y se centró en contestar los mensajes.

—Oye, ¿a ti te importaría que se venga una amiga un tiempo? —le preguntó a Rodri—. Tenemos la habitación de invitados vacía.

—Está llena de chismes —le recordó él—. Ahí, va a parar todo lo que no sabemos dónde meter. La podemos vaciar antes de que venga y lo ponemos en la mía, pero ¿qué amiga te vas a traer? Eh, pillina.

—Clau. Ha terminado el tour con Lali Espósito y se va a quedar en Madrid mientras prepara el siguiente disco —le explicó Eva—. Se ve que quiere ir a unas clases en un estudio de aquí.

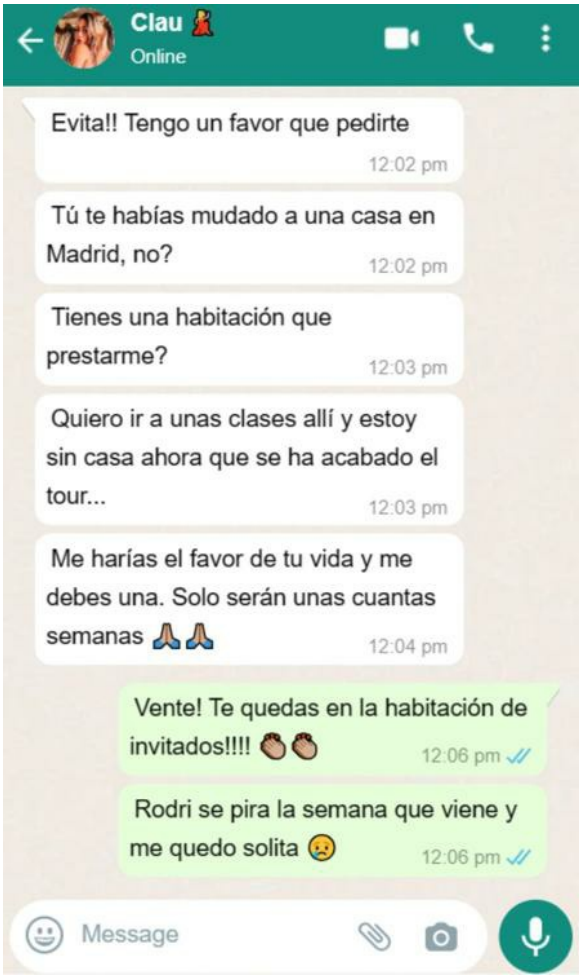
—¿La bailarina de tu pueblo?

—Mhm. Es mi amiga desde hace mil. Buena gente, lo prometo.

—Mira, te dejo en manos conocidas. ¿Me dará tiempo a verla?

—Viene un día antes de la fiesta que quieres hacer. Me la puedo llevar.

—¡Dale! Así, nos la presentas a todas. Dile que sí.



Algo bueno tenía que salir de toda aquella situación. Por lo menos, no iba a estar tan sola y, aunque no hubiese convivido con ella, sabía que Claudia iba a ser una compañera tan divertida como Rodri y se moría de ganas de verla.

***

Estaba cansadísima del viaje en avión desde Argentina, pero podría descansar unos días antes de acudir a la primera clase de baile. Además, Eva le había prometido que iría a recogerla al aeropuerto y su mejor amiga no le había fallado nunca. Por eso, Claudia la buscó arrastrando la pesada maleta junto a ella. No tardó en localizarla porque seguía igual que el año anterior, cuando se vieron brevemente. La contempló echarse su pelo castaño hacia un lado hasta que se dio cuenta de estaba caminando en su dirección y echó a correr.

—¡Clau! —la chica la estrujó—. ¿Qué tal el vuelo?

—Bien, largo —se rio ella devolviéndole el abrazo.

—¿Y el tour con Lali?

—Genial, la verdad. Hubo un show en Brasil que nos llovió un montón y casi nos matamos en el escenario —le comentó—. Una compi se torció un tobillo, de hecho, pero ya está

bien.

—Bailar lloviendo tiene que ser jodido —la castaña frunció el ceño.

—No es lo ideal, pero somos profesionales —Claudia se encogió de hombros.

—Venga, que Rodri se ha quedado grabando un vídeo para YouTube —su amiga tiró de ella—. Tengo unas ganas de presentártelo… Te va a caer de puta madre.

La bailarina se soltó la rubia melena al llegar al coche y comprobó las ojeras bajo sus negros ojos en el pequeño espejo dentro del parasol. Eva le explicó mil y una cosas a la velocidad de la luz, como siempre que se veían. Le hacía mucha gracia cuando su amiga se ponía así y le interesó bastante el tema de su excompañera de equipo. Se le notaba demasiado que estaba loquita por ella.

—Max tiene que venir también, pero se ha quedado atrapada en… ¿Noruega? ¿Finlandia? No sé, un sitio con muchas ventiscas —la castaña se encogió de hombros al terminar de aparcar en el garaje—. Esta niña… Lleva quince días sin poder venirse, pero nos dijo que, probablemente, hoy sí puedan despegar los aviones porque ha dejado de nevar. A ver si, mañana, ya está aquí.

Claudia la siguió cuando se bajaron del coche, dándose cuenta de que eran muy parecidas. Después de todo, tenían hasta la misma edad. Eva no paraba quieta, cual cría nerviosa, y ella era prácticamente igual. *Quizás, por eso, nos llevamos tan bien*. Desde luego, la hacía reírse bastante.

La castaña entró por la puerta que había al final del garaje subterráneo y subieron unas escaleras hasta el pasillo de la planta baja. Allí, empezó el tour por la vivienda. A la izquierda, le enseñó un salón enorme muy moderno, con dos sofás formando un ángulo, una mesita de café entre ambos, otra más grande y ovalada en la esquina y la televisión colgada en la pared. A la derecha del corredor, estaba la cocina. Un poco más pequeña, pero completamente equipada, con todo nuevo y una mesa de comedor para cuatro personas. Al final del pasillo, había una puerta hacia el jardín y la piscina. Aquella casa era impresionante.

En el piso superior, había tres habitaciones de un tamaño más que decente, una de las cuales tenía baño incluido. Claudia se iba a quedar en esa porque la que estaba enfrente era de Rodri y la del final del pasillo, que pegaba al otro cuarto de baño era la de Eva. Todas se parecían bastante, con su cama de matrimonio y un armario que pillaba la pared de enfrente. Sin embargo, la de su amiga y la del chico contaban con un escritorio mientras la suya tenía dos mesitas y una butaca. Además, su baño personal tenía ducha, pero el que compartían ellos contaba con bañera.

Su amiga llamó a la puerta del chico y esperó a que él le indicase que podía pasar. Claudia observó al muchacho desde fuera mientras ellos hablaban de su vídeo en YouTube o lo que fuese. Era muy guapo, de piel bronceada y pelo castaño oscuro, rapado por los lados, pero con una mata de rizos impecables por arriba. Además, tenía una gran sonrisa y unos ojos marrones claros muy expresivos. También se le veía bastante fuerte.

—¡Clau! —Eva le llamó la atención—. Este es Rodrigo Rodríguez. Ella es Claudia Guerrero, mi amiga de toda la vida.

—Encantado, chocho —él se levantó a darle dos besos.

—Igualmente, picha. Eva me habla mucho de ti.

—Más le vale que sean cosas buenas —Rodri se rio—. ¿Estás lista para la fiesta?

—¿Qué fiesta?

Capítulo 4: La ciencia de la convivencia

La hecatombe ecléctica era perceptible en su nueva vivienda. Carla exhaló sonoramente al esquivar las cajas en el pasillo. Era indescriptible lo que la alteraba ese desorden. Ya ni siquiera entendía la excusa transitoria que le había puesto Cloe para no haber terminado de acomodar sus pertenencias en su propia habitación. Llevaban tres días en el piso y no poseía tantos enseres como para ocupar la mitad de las zonas comunes.

La morena estaba complacida con su hogar de alquiler en la capital, aunque no contase con demasiado tiempo para deleitarse con la sencillez del salón, compuesto por una mesa de cuatro comensales, un sofá decente y una televisión que no le interesaba. La cocina tampoco le resultaba trascendental. Era pequeña, con lo imprescindible, y solo había usado la cafetera, pero no le apasionaba que la lavadora estuviese dispuesta frente al fregadero. Sin embargo, no contaban con otro espacio donde ponerla. Lo que sí la congratulaba era que su cuarto se situase justo opuesto al lugar donde descansaba la comida. La cama de matrimonio no envidiaba que su hermana dispusiese, además, de una butaca en la suya, al otro lado del baño que las separaba. Compartirlo con la rubia le había supuesto, ciertamente, un motivo de ansiedad. No obstante, Cloe le estaba demostrando ser más pulcra de lo que recordaba.

El inconveniente era otro, y se lo encontró en el pasillo. No se acostumbraba a ver a aquel ejemplar de *felis silvestris catus* merodear sigilosamente por la vivienda. Caos hacía honor a su nombre y se lo cruzaba en los lugares más insospechados, recibiendo una mirada penetrante y una contracción de arterias causada por las catecolaminas. Aun así, era el único que la esperaba despierto cuando regresaba de madrugada porque sus tareas diarias en el laboratorio se alargaban.

Aquel día, no fue diferente. El felino doméstico la observó semioculto tras una caja, mientras ella abría la puerta de su habitación. Estaba exhausta y solo eran las dos de la mañana. Al menos, la investigación era la única información que enviaban sus neuronas a través de un complejo proceso electro-químico, conocido comúnmente como «pensar».

Se preparó para irse a dormir, en el silencio sempiterno de un piso al que aún no se había habituado, sabiendo que sus horas de sueño se limitarían a trescientos escasos minutos, si su cerebro se desconectaba con prontitud.

No fue tan afortunada y su descanso programado se redujo en un veintidós por ciento porque su hermana mayor decidió interrumpirlo. Su fase REM era tremendamente sensible a las cacofonías externas y aquellas paredes eran tan conductoras de acústica como las del piso de sus abuelos. Era consciente de que Cloe no pretendía despertarla a las seis de la mañana, pero fue el resultado de hacerse un café lo que la hizo abrir los ojos.

Como siempre, se bebió un vaso de agua y se dirigió al baño. *Este infortunio me dará más tiempo para avanzar con la investigación yo sola. Si hallo la solución a la separación de la adenina y consigo que no se aparee con uracilo en una secuencia dúplex, estaría exenta de ir al laboratorio el fin de semana*.

—Buenos días —su hermana la contempló, en un estado de seminconsciencia soporífera, al entrar en la cocina—. ¿Te he despertado?

—Buenos días —ella tomó una taza para su chute de cafeína matutino—. Me has hecho un favor. Tengo muchas secuencias genéticas que replicar en las bases de datos del laboratorio.

—Trabajas demasiado. Ayer, me acosté y no habías llegado —Cloe la miró preocupada.

—La investigación está en ciernes y precisa de atención continuada. Tú has abandonado la cama muy temprano. ¿Ya comienzas a trabajar?

—No, la semana que viene, pero no podía volver a dormirme y quiero ir a nadar al gimnasio, antes de que se pasen por allí las *Titans*.

—Mmm… No me extraña que tus medidas antropométricas hayan cambiado desde la última vez que te vi —la menor asintió analizando a la mayor—. La natación utiliza la mayoría de los grupos musculares corporales. Así que explica el desarrollo de las intersecciones aponeuróticas de tu *musculus rectus abdominis*.

—Cada vez que me hablas, me siento como en un episodio de *House*, pero con menos gracia —la rubia frunció el ceño—. Doctora Álvarez, ¿me lo repites como si fuese tonta?

—Que te han salido abdominales de tanto ejercicio —la morena suspiró rodando los ojos.

—Ya los tenía hace un año. ¿No me podías decir que estoy buena como una persona normal?

—Esa no era la anotación que deseaba hacer. Solo estaba analizando tu estado corporal, científicamente.

—Que sí. Tú también estás buena —Cloe se levantó—. Debe ser la genética.

—Compartimos un exiguo veinticinco por ciento de ADN. La genética no…

Carla se detuvo al observar cómo su hermana se había marchado de la cocina. Exasperada, exhaló y continuó tomándose su café. Después, fregó la taza, la secó con extremado cuidado y la volvió a colocar en su sitio, perfectamente alineada con el resto de vasos. Tras eso, se dirigió a su habitación y planchó su traje hasta que no fue capaz de visualizar ni un solo pliegue.

—Miss Boston —su hermana la detuvo antes de que saliese del piso—. ¿Te dejan salir a comer o las cadenas de ADN te atan al microscopio?

—¿Acabas de hacer una referencia científica? —se impresionó la menor—. Precisa, además.

—Mi coeficiente intelectual no será el mismo que el de Einstein, pero di biología en el insti —la rubia negó con la cabeza.

—Técnicamente, mi coeficiente intelectual se aproxima más al de Newton, pero sí, puedo salir a almorzar contigo.

—Estupendo, genio. Me da coraje comer sola —Cloe le revolvió el pelo—. Me paso por el hospital luego.

La rubia salió por la puerta y la dejó volviendo a peinarse. Detestaba que hiciese eso y que la llamase «Miss Boston» también, pero prescindía del arrojo para decírselo. Entendía que

no lo hacía con mala intención, podría ser incluso de afecto. Sin embargo, seguía siendo enervante.

El laboratorio estaba desierto cuando accedió a él y se mantuvo así una hora, en la que trabajó en completo silencio. Sus compañeros eran irrisoriamente escandalosos con sus intercambios verbales y, aunque Carla poseía una capacidad alarmante para bloquear el ruido externo, anhelaba la paz de su antiguo puesto en la «ciudad intelectual» americana. *No obstante, ahora, puedo dirigir la investigación a una cadencia adecuada y no dependo de nadie que me apruebe los aportes a la misma. Es una buena prerrogativa*.

A la una y cincuenta exacta, recibió un mensaje de Cloe para indicarle que acudiría a por ella en un cuarto de hora. Aun así, su hermana se retrasó un minuto, por lo que, entretanto, la obligó a declinar la oferta para ir a almorzar con tres doctores que se encargaban de analizar muestras de ADN tardías. La morena sentía cierta apatía por ellos y su forma de procrastinar en los momentos cumbres de la disección diaria. *Haraganes. Espero que no pretendan llevarse el mérito, a posteriori*. Además, la observaban como si fuese un espécimen de orangután en un laboratorio prohibido. No se le había pasado la forma en la que secreteaban cuando intuían que ella no podía escucharlos.

—¡Carla! —Cloe la salvó de enervarse—. ¿Qué haces en la puerta? Te vas a helar.

—Es más favorable que hacerte entrar en un ecosistema de agentes patógenos a los que podrías no haber desarrollado inmunidad —la menor se encogió de hombros como si fuese obvio.

—Muy amable por tu parte, supongo —la rubia frunció los labios—. ¿Nos vamos a comer?

—Por favor y gracias.

Su hermana la dejó escoger restaurante y no puso impedimentos a su elección. Sin embargo, no parecía animada a compartir semejante ágape con ella. Indudablemente, la afligía alguna cuestión de la que no era consciente. Aun así, no debió aguardar demasiado para que Cloe desistiese en su silencio autoimpuesto:

—Oye, mi amigo Rodri se pira a Los Ángeles con otro par de amigas y va a ¿celebrarlo? O despedirse… lo que sea, haciendo una mini fiesta en un club ultra exclusivo que conoce. Obviamente, Eva va a estar allí y… ¿Me haces de apoyo moral?

—Me halaga que hayas pensado en mí como tu soporte ante la probable incomodidad —la menor elevó una ceja ante la invitación—, pero sabes que detesto los eventos sociales en locales con música elevada a un nivel de decibelios perjudicial para las células ciliadas.

—¿Qué coño hablas de células? —la mayor frunció el ceño, confusa—. Es solo una reunión de colegas en una discoteca. Beber, bailar, cosas de gente normal…

—Prefiero no participar en esa intoxicación etílica. Mi tejido hepático se resiente y los mecanismos inhibidores en mi cerebro sufren una depresión que afecta a mi percepción y dicción.

—Carla, sácate el diccionario de la boca y habla como una puta persona de a pie, coño.

Eres menor que yo y no has dicho ni una sola palabra de alguien de tu edad —Cloe suspiró como si no tuviese remedio—. Además, he entendido lo suficiente para saber que no te quieres emborrachar, pero no es obligatorio. Lo único que te pido es que me acompañes un rato. Te va a venir hasta bien para despejarte de tanto laboratorio.

La morena se detuvo a contemplar el argumento expuesto por su hermana. No interactuaba con sus compañeros de trabajo, a no ser que fuese estrictamente necesario, y, hasta ella, precisaba socializar para no perder la cordura. Pensando en su cerebro, le haría un favor.

—Sopesando esa opción, puede que tengas razón —aceptó Carla—. Si estoy en un ambiente distendido, mis neuronas reposarán lo suficiente como para rendir al doble de su capacidad el lunes. De acuerdo, te acompaño.

—Muy bien, Marie Curie. Ponte algo… distendido —la rubia rodó los ojos, exasperada.

—Marie Curie era física y química; yo soy doctora, especializada en genética. La comparación que estabas buscando es con Barbara McClintock, aunque ella era científica genetista.

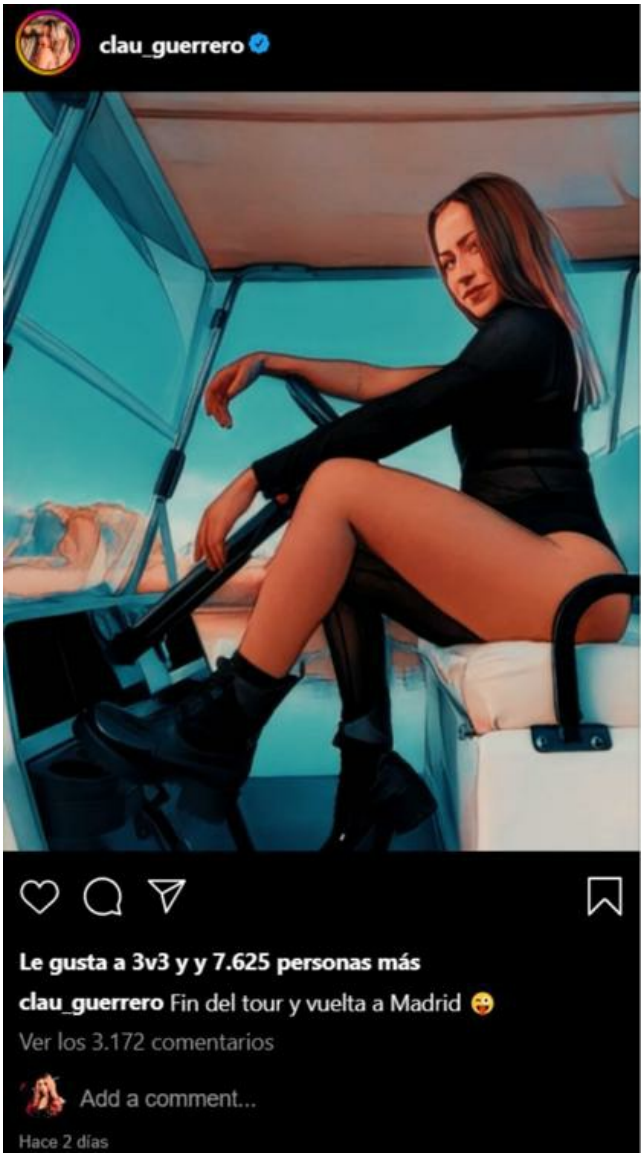
—Lo que sea. Con que no te vistas como una monja de clausura ni la jefa de oncología en una revista médica, me vale.

***

No había sido su mejor día. Su entrenamiento en la piscina del gimnasio le había vaciado la mente de preocupaciones, pero se le volvió a llenar en cuanto salió del agua. En realidad, estaba repleta de un solo pensamiento: Eva. Estaba a unos días de volver a verla, continuamente. Lo bueno era que había conseguido que Carla la acompañase a la fiesta de Rodri. Con su hermana allí, no haría ninguna tontería, ¿verdad?

A pesar de haber hablado con él por teléfono esa misma mañana, su amigo se empeñó en ir a su piso para comentarle unas «cosillas», lo que se traducía en que estaba tramando algo. Sin embargo, había quedado más tarde con él y se estaba aburriendo sola en casa. Así que, simplemente, se tumbó en su cama y se dejó absorber por las redes sociales.

Obviamente, acabó en el perfil de Instagram de Eva, pero Caos la entretuvo saltando sobre su espalda, aprovechando que estaba boca abajo. El minino se paseó tan campante por su columna y le dio un masaje para demandar su atención. Sin embargo, su dueña estaba ocupada mirando la foto de la castaña con una chica que no conocía. *¿Esta quién es?* Cloe no tardó en pinchar sobre el nombre etiquetado para investigar a la colega de su excompañera. Entró en la primera foto sin leer nada.



Se arrepintió en seguida. *¡Joder! Qué buena está la tal Claudia. ¿De dónde has salido tú?* Volvió al perfil de la chica para cotillear y no tardó en descubrir a qué se dedicaba. *Buah. Bailarina. Yo con eso no puedo competir ni harta de vino…* Salió de allí derrotada y regresó al de Eva para revisar todas las fotos que se había perdido esos días. No eran muchas porque, a pesar de haberla dejado de seguir, revisaba las redes sociales de la castaña a menudo. Así que la imagen más reciente era la única que no había visto.



Cloe se detuvo a contemplar la foto el tiempo necesario para aprendérsela de memoria. *Qué guapa es…* No podía negar que, al conocerla, Eva le había parecido una tía corriente, pero empezó a serle muy atractiva a los pocos días de convivencia. Y eso no había cambiado.

Caos volvió a demandar su atención pasando por delante de ella y pisoteando su móvil. El gato la miró mientras le rascaba la cabeza para intentar apartarlo cuanto antes. Sin embargo, casi le da un infarto al conseguirlo. Haciendo honor a su nombre, se la lio parda cuando su patita trasera le dio a «Me gusta» a la imagen que estaba viendo.

—¿Qué has hecho? ¡Maldito!

—Miau.

—Eso ya lo veo —ella cogió el teléfono con pánico.

—Miau —Caos se sentó observándola.

—Pues no lo pienso dejar —Cloe pulsó el corazón rojo.

—Miau, miau —la juzgó el animal.

—Lo que tú digas, bola de pelo.

Por un instante, miró la pantalla. *Ya está hecho. Si lo vuelvo a poner, se lo va a notificar y ya me he arriesgado bastante. Seguro que lo ha visto… ¿Se estará preguntando qué coño me pasa?* El felino se tiró de la cama y caminó por el pasillo a paso ligero, como si no tuviese culpa. Cloe tuvo que seguirlo al escuchar el timbre porque el bicho era muy listo para usar Instagram por ella, pero no sabía abrir la puerta aún.

—¿Qué pasa, maricona? —la saludó Rodri con un abrazo.

Su amigo observó a Caos, sentado tras la rubia, y, luego, a ella.

—¿Qué os pasa a las bolleras con los gatos? —le preguntó retóricamente con cara de asco.

—Se llama Caos —lo presentó Cloe—. Anda, pasa. ¿De qué querías hablar?

El animal no pudo aguantarse y, tras asegurarse de que el humano recién llegado era bienvenido, se restregó contra sus piernas en busca de mimos.

—¿Puedes controlar a tu pelusa? —Rodri lo contempló disgustado.

—No es una pelusa —la rubia lo cogió en brazos—. Es un bicho del infierno. Marica, como tú. No sabes la que me ha liado.

Cloe procedió a contarle el incidente con la foto de Eva y su amigo se partió de risa, tras mencionar que eso le pasaba por tener a «esa cosa peluda». Jamás iba a comprender esa aversión que tenía el chico por los gatos. *Si son adorables… Menos cuando le dan «Me gusta» a tu crush… a tu excompañera. La misma que vas a ayudar a entrenar en unos días. Yuju…* La ironía en su mente trascendió a sus palabras. Por suerte, Rodri fue, casi, al grano.

—Tú sabes que hago un podcast, ¿no? —le preguntó su amigo.

—Primera noticia que tengo —ella se encogió de hombros—. Sinceramente, no te he estado siguiendo mucho porque lo haces todo con… Eva.

—Es que eres de lo que no hay —él negó con la cabeza—. Si no te hubieses largado, te habrías pegado una pechada de follar con ella.

—No era lo que quería, precisamente. Bueno, un poco sí, pero tú me entiendes.

—Nunca es tarde, chocho —la animó el youtuber—. Encima, ahora, vais a pasar un montón de tiempo juntas, ayudante de entrenadora.

—No me lo recuerdes —Cloe suspiró con cansancio—. En fin, ¿qué te pasa con el podcast?

—Pues que me voy al reality, como te dije esta mañana, y allí no lo puedo hacer. Así que tengo un trato que proponerte.

—No —la rubia se negó a toda prisa.

—Pero si no sabes de qué va.

—Seguro que me metes en un lío.

—Que no —exclamó su amigo—. Mira, si es muy fácil. Vas, enchufas el micro y te pones a cascar. Tengo ayudantes de producción que se encargan del resto.

—¿Por qué no se lo pides a Lucía? —sugirió la chica—. Tiene la voz más bonita.

—Está demasiado ocupada con su nuevo disco —Rodri le puso cara de cachorro—. Venga. Es un par de horas a la semana y te puedes quedar con lo que gano. Además, van a ser unos meses solo. Es un sobresueldo muy interesante —le movió las cejas con picardía—. Por sentarte a hablar de mariconadas y dar consejos.

—Mmm… Bueno, pero me debes un favor —la exjugadora aceptó—. Y me lo pienso cobrar en cuanto vuelvas.

—¡Lo que quieras! —él le dio una palmadita en el hombro—. Vas a estar contentísima de haber aceptado, te lo prometo.

Cloe tenía un presentimiento extraño, pero nunca podía decirle que no a Rodri. El chico era muy persuasivo cuando quería y sus grandes ojos castaños daban hasta miedo con tanta determinación. Ella hubiese hecho cualquier cosa para que dejase de mirarla fijamente. Hasta aceptar hacer algo de lo que no tenía ni idea. *No será tan diferente a streamear, ¿no? Eso lo controlo bien.*

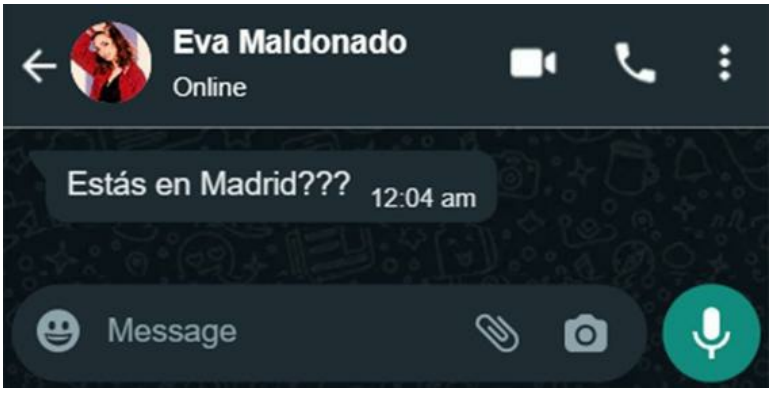
Su amigo se marchó de noche, tras conversar sobre la convivencia con la tiquismiquis de su hermana, evitar el tema de Eva y prometerle que iría a la fiesta de despedida sin falta. Así que la rubia se quedó sola nuevamente y se preparó la cena en silencio. Le daba la sensación de que Carla regresaría tarde de trabajar y le tocaría comer sola. Por eso, cuando terminó, le guardó un túper y fregó los platos ella misma.

El resto del tiempo lo empleó en ver una película, con Caos dormitando sobre sus piernas. La situación la aburría. *Con las Titans, siempre me entretenía.*… Echaba de menos vivir con ellas, las locuras de Max, los piques con Cora y discutir con Eva por cualquier tontería, solo para divertirse con las reacciones de la castaña. *Ojalá Carla no trabajase tanto. Quizás, cuando avance más con su adorada investigación y se relaje, podemos salir por ahí.* En realidad, no recordaba haber visto a su hermana tranquila en todos sus años de existencia. La menor nació estresada, correcta y lista. Por lo que Cloe se preguntaba si se parecería a su padre en eso. *Porque a nuestra madre no le ha salido.*… Ninguna lo había hecho, por suerte.

A medianoche, decidió irse a la cama e intentar dormir. Mientras observaba a Caos subirse al colchón a esperarla, su móvil sonó insistentemente y lo desbloqueó para ver los mensajes, antes de responderlos.



Lo que no esperaba era que Eva contestase a la misma vez. Max tendría que escoger entre una de las dos. Su teléfono sonó nuevamente y pulsó sobre la notificación pensando que aún sería la pequeña del grupo. Por decimonovena vez ese día, se arrepintió de ir tan acelerada por la vida.



Capítulo 5: No te vayas

Le parecía increíble que su mejor amigo no la hubiese informado de que Cloe estaba en Madrid. Para quedarse, encima. Aun así, peor había sido ofrecerle, impulsivamente, a la rubia ir con ella a recoger a Max al aeropuerto. Ahora, se estaba comiendo unos minutos de silencio incómodo muy ricos en el coche de la tía que le molaba. Además, quería estar enfadada con ella por cómo la había tratado en el cementerio, pero no le salía. Tampoco sabía qué decirle ni de qué hablar para que se pasase antes ese mal rato.

Por otra parte, su cerebro la saboteaba cada vez que la mayor movía los dedos sobre el volante o agarraba la palanca de cambios porque quería esas manos por todo su cuerpo y no lograba tener ni un pensamiento puro e inocente. *Eva, relájate. Hace un año, te dijo que no iba a pasar nada entre vosotras y eso no ha cambiado. No seas ilusa. Pero está tan guapa… Le chupaba hasta la cabeza, como a las gambas. ¿Qué? Estás delirando y todo… Para. Piensa en… Lola Índigo. ¡No! Que se le parece… En lasaña. Piensa en lasaña. Uff, Cloe la hacía tan rica… ¡Eva, no!*

La rubia también daba la sensación de estar incómoda. Nunca la había visto tan tiesa, ni siquiera durante la primera y única final de la liga de *Impact* que vivieron juntas. Su juego favorito las había unido y separado, así que no sabía si adorarlo u odiarlo. *Probablemente, lo mejor que hizo, fue irse. Aunque no me solucionó nada… Sigo exactamente igual de pillada que cuando se marchó.* No se lo iba a decir y tampoco lo admitiría, pero no podía negárselo a sí misma.

—Hemos llegado —la avisó Cloe con seriedad al apagar el motor.

Eva asintió y se bajó del coche a toda prisa. Esperaba que algo cambiase al salir del claustrofóbico espacio en el que se habían visto atrapadas más de media hora, pero no sucedió. Siguieron caminando calladas hacia la terminal y no cruzaron ni una palabra mientras buscaban a Max entre los pasajeros que salían. *¿Por qué le insistí en venir? He madrugado, en mi día libre, para nada. Me tenía que haber quedado en casa con Clau.*

Por suerte, la pequeña del grupo no tardó en aparecer por la salida y la castaña sintió un alivio tremendo. Pudo jurar que hasta sus hombros dejaron de estar tensos. Además, Max no estaba muy cambiada. Seguía siendo la chica un palmo más baja que ella, con el pelo corto negro y los ojos azules, llenos de alegría.

—Mamá, papá, me han roto el corazón —anunció Max nada más pararse junto a ellas—. Me he hinchado de follar, pero me han dejado y duele aquí —se señaló el lado izquierdo del pecho.

—¡Nuestra niña ha vuelto! —Eva se lanzó a abrazarla.

—Es niño, ahora, en realidad —su excompañera sonrió deshaciéndose de las manos alrededor de su cuello.

—¿Qué? —Cloe frunció el ceño observándola de arriba abajo con extrañeza.

—Viajando por el mundo, me he conocido más a mí… mismo —Max se encogió de hombros—. Siento que el término «mujer» no me identifica.

—¡Nuestro niño ha vuelto! —la castaña se corrigió y lo abrazó nuevamente con el mismo entusiasmo.

—Sigues siendo igual de enano —la rubia se rio revolviéndole el pelo juguetonamente—. Da igual si eres mujer, hombre, no binarie o armario.

—Eso, te vamos a querer lo mismo —la aún jugadora de las *Titans* le dedicó una gran sonrisa—. ¿Tienes hambre? Cloe, ayúdalo con las maletas, corre.

—¿Por qué yo? —protestó la más alta.

—Cuéntame más sobre tu vuelta mundial —ella la ignoró y se llevó al chico por los hombros hacia el coche.

Básicamente, quería evitar más incomodidad entre Cloe y ella. Max era la excusa perfecta. Ni siquiera le dio la oportunidad a la rubia de protestar y hasta le cedió gustosamente el asiento delantero al pequeño del grupo. En parte, estaba sorprendida de que ya no se identificase como chica, pero no le importaba. Era su vida y, por ella, podía sentirse ornitorrinco si eso lo hacía feliz. Seguía teniéndole el mismo cariño de siempre y nunca dejaría de ser el enano con quien tanto se había divertido durante su primer año en las *Titans*.

—Oye, bicho, ¿lo sabe Cora ya? —le preguntó Cloe al montarse en el coche.

—Qué va. Sois las primeras a las que se lo he dicho —Max se encogió de hombros—. Bueno, y a mi madre.

—¿Cómo se lo ha tomado? —se preocupó Eva.

—Dice que le da igual, que solo le preocupa mi felicidad y que no se tiró dos días de parto para enfadarse por eso —el menor se rio—. Es una mujer muy *chill*, así que no esperaba menos. Además, soy su único hijo.

—Me alegro, entonces —la castaña coló la cabeza entre los asientos delanteros—. Me cuentas lo del corazón roto. ¿Hay que pegarle a alguien?

—No. Es una estupidez —el chico suspiró—. Le chique con quien estaba me dejó porque dice que no es bisexual y no le gustan los hombres.

—Pero le gustas tú… —ella no lo comprendía—. ¿Qué más dan sus gustos sexuales si se ha pillado por ti? No voy a entender esas cosas nunca.

—Porque eres bi —señaló la mayor—. A mí no me atraen los hombres y no voy a estar con uno, trans o no.

—Pero…

—¿A ti dónde te llevo? ¿A tu casa? —la interrumpió la rubia—. Max se viene conmigo. Tú tienes *overbooking* en la tuya.

No le gustó el tono que usó, pero asintió mientras la miraba mal. ¿Qué quería decir con eso? Probablemente, ya se había enterado de que Claudia estaba viviendo en su habitación de invitados. *Se lo ha dicho Rodri, fijo. Aunque, si él se va, Max puede ocupar la suya. ¿Por qué lo ha dicho así? Está… ¿Cloe? ¿Celosa de Clau? Imposible. Es una tontería.*

Pasó de darle importancia cuando el chico comenzó a contarle alguna anécdota sobre su paso por Indonesia. Sin embargo, dejó de prestarle atención a los cinco segundos. En realidad, su mente se distrajo sola al percatarse de que, inconscientemente, se había ido inclinando hacia la rubia. Estaba tan cerca que podía sentir el calor que emanaba y tuvo que echar la espalda contra el asiento para evitar tocarla en una curva. *Eva, aléjate de ella. ¿Se habrá dado cuenta?*

—Goblin, abajo —Cloe la observó por el retrovisor.

—¿Qué? —dudó ella confusa.

—Hemos llegado a tu casa.

—¿Vives ahí? —se sorprendió Max—. Qué casoplón. Es casi como el de Lucía.

—No exageres —la castaña rodó los ojos—. Es mucho más pequeña, pero Rodri eligió bien, eh.

—Si lo sé, me quedo Eva —el chaval puso cara de cachorro.

—Estás a tiempo —la mayor rodó los ojos.

—No, no, me voy contigo —él sonrió—. Va a ser como en los viejos tiempos.

—Eva, quédatelo —bromeó la más alta, demasiado seria—. Compartir cuarto con tu yo adolescente fue un suplicio.

—Pero ¿qué dices? —Max se hizo el ofendido—. Te encantó, no mientas.

Había echado de menos aquella dinámica. La mayor peleándose con el pequeño en broma le había alegrado muchos días cuando compartían equipo y casa. *Ojalá poder volver a esa época. Parece que fue hace un millón de años, pero ha pasado solo uno*. Al menos, con Max podría recuperar la complicidad que habían perdido por la distancia. Quizás, hasta dejaría de estar tan tensa con Cloe. El chico se iba a quedar por allí un tiempo y sabía que rellenaría un poquito el hueco que iba a dejar Rodri.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? —la rubia sonó impaciente.

—¿Qué? —dudó ella.

—Sigues en mi coche —le indicó la mayor rodando los ojos.

—Qué manía con echarme de todas partes —Eva sonó más resentida de lo que pretendió —. Veo que no has cambiado nada. Max, tienes cuarto en mi casa si te cansas de… Cloe.

Cerró con fuerza la puerta, tras abandonar el vehículo, y resopló de camino al interior de la vivienda. No iba a conseguir nada de su excompañera, no con esa actitud. *Es la misma de siempre y tú sigues intentándolo. ¿Por qué? Olvídate de ella de una maldita vez. Te va a romper el corazón… de nuevo. Esta noche, tengo que tirarme alguien.*

Entró en su casa renegando entre dientes como una viejecilla indignada y se chocó con Claudia saliendo de la cocina. Su amiga la observó confusa y ella le devolvió una mirada de arriba abajo. *¿Esta por qué va tan fresca? ¿Se ha traído el calor de Argentina? ¿Hará frío allí o…?*

—¿Qué te pasa? —la chica interrumpió sus pensamientos—. Me vas a desgastar con los ojos.

—Te veo los abdominales con ese top —soltó Eva—. ¿No tienes sudaderas? ¿Quieres una?

—No, gracias —Clau frunció los labios—. Estaba grabando un tiktok. ¿De dónde vienes tú?

—Del aeropuerto. Max, mi otro excompi de equipo, ha vuelto por fin. Ahora, es un tío y su novie lo dejó tirado en… ¿Noruega? ¿Suecia? —la castaña seguía sin acordarse del país exacto—. Bueno, que he ido con Cloe a recogerlo.

—Has ido al aeropuerto a por tu colega… ¿con la tía que te mola? —su amiga la miró como si estuviese demente.

—Sí, y ha sido una experiencia muy… rara en mi vida.

—¿En qué sentido?

Eva le contó cómo la había hecho sentir Cloe durante su mini excursión. Le resultó hasta extraño compartir espacio con la mujer a la que consideró su amiga meses atrás. Desde luego, el silencio no fue agradable y su mente le jugó varias malas pasadas al tenerla tan cerca. *Efectos secundarios de que te guste*.

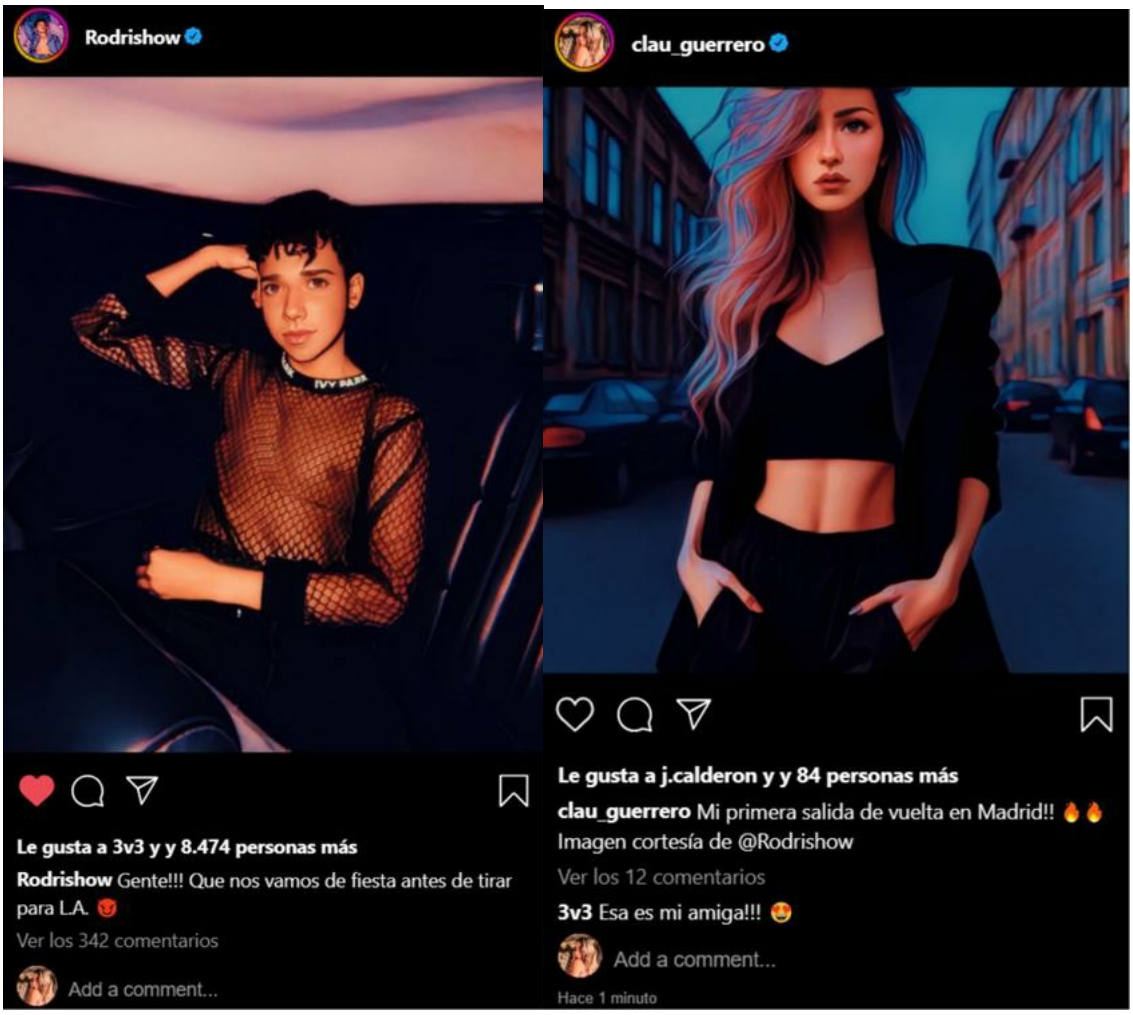
—¿Qué hacéis paradas en medio del pasillo? —Rodri se detuvo en las escaleras—. Ay, chocho, que me voy a tener que hacer hetero con tanta tía buena en mi vida. ¿De dónde has salido tú, bailarina sexy y semidesnuda en mi casa?

—Ignóralo. Es así todo el tiempo —le recomendó la castaña a su rubia amiga—. ¿De dónde va a salir? De la cocina. Le estaba contando lo incómoda que me he sentido con Cloe al ir a buscar a Max.

—Pues verás esta noche en la fiesta, bonita…

***

Esperar se le daba de pena, pero, al menos, lo estaba haciendo en compañía y Rodri la entretuvo un poco echándoles fotos. A él le habían hecho una en el coche de camino, que ya estaba en su Instagram. Así que se ofreció para hacer lo mismo y Claudia fue a subir la suya, tras seguirlo y darle «Me gusta».



—¿Estáis de sesión fotográfica en la cola de una discoteca? ¿Tanto os aburrís? —se rio una muchacha recién llegada.

Eva se lanzó a abrazar a la chica peliazul que se había parado junto a ella. Era guapetona, con los ojos como la miel y lo mismo de alta que la bailarina. La chavala rubia que iba de su mano sí que era una cabeza más bajita, pero apenas se le notaba por los taconazos. La conocía. Lucía Gómez: de influencer a cantante de éxito. Obviamente, la del pelo llamativo tenía que ser Cora. Su amiga le había hablado mucho de ellas y así mismo se las presentó.

—¿Vamos entrando? —preguntó la cantante.

—Sí, sí, que me congelo —Rodri la empujó—. Os estábamos esperando.

—¿Y Cloe? ¿Max? —dudó la peliazul.

—Viene luego —respondió el chico—. La hermana de la sirenita salía tarde de trabajar o no sé qué.

—¿Viene tu novia? —Claudia elevó una ceja mirando a la castaña.

—No es mi novia —Eva rodó los ojos—. Y sí. Era parte del equipo.

—Y es nuestra amiga —le recordó Cora pasándole el brazo por el hombro—. Que no se te olvide.

—Es lo único que quiero. Borrarla de mi mente y mi vida.

—En realidad, no quieres eso —negó la bailarina siguiéndolas al interior—. Estás deseandito de comértela, que te coma o ambas.

—Me cae bien tu colega. Te la tenías que haber traído antes —se rio la mayor de todas.

—Estaba ocupada con el tour y enseñando el culo —señaló la castaña—. Y ¿las dos diciéndome que haga esto y aquello? Me tiro por un puente.

Con la primera copa, Claudia descubrió por qué Cora le caía tan bien a su amiga. La muchacha era graciosa y contrastaba un poco con su adorable novia. Lucía parecía ser de otra forma sobre los escenarios y en los vídeos que la había visto, pero era mucho más dulce e introvertida en persona. *Ojalá hubiese estado con este grupo el año pasado. Entre Rodri y Cora, lo hubiésemos pasado de puta madre*. Aunque, por su culpa, quería conocer a la tal Cloe cuanto antes…

La chica que agobiaba a Eva en sus pensamientos se presentó media hora después, con un chaval canijo y menos pelirroja de lo que la había visto en el Instagram que le compartió su amiga. La bailarina le echó un buen vistazo al monumento rubio que, probablemente, medía cinco centímetros más que ella y asintió para sí. *Coño, así me pillo yo también por ella. Está más buena que en las fotos*. Contempló los anchos pantalones negros con cadenas y se miró el top al darse cuenta de que llevaban el mismo, al igual que las zapatillas blancas. *Tiene buen gusto, por lo menos*. Sin embargo, su atención se desvió a la morena de ojos azules que iba tras Cloe. *¡Hostias! ¿Las tías tan guapas son reales de verdad?* La muchacha no parecía muy contenta de estar allí y llevaba un traje demasiado formal, con camisa abrochada hasta el último botón. *¿Se la ha traído directa del trabajo o qué? Es la barbie empresaria, solo que de pelo negro*.

—Esta es Claudia —fue Rodri quien la devolvió a la Tierra—. La amiga de Eva, de su pueblo, y la que la va a cuidar mientras no esté.

—¡Eh! Que no soy una cría —protestó la castaña.

—Encantada —Cloe la saludó con la cabeza y cara de pocos amigos.

No lo estaba. Se le notaba que lo decía por cumplir y ella se preguntó qué mosca le había picado. *Para que, luego, digan de las granadinas… Qué mala follá, tía*.

—Esa es mi hermana pequeña, Carla —la rubia presentó a la morena guapa—. Miss Boston, ven. Saluda, por lo menos.

La chica le tendió la mano a Eva muy cordialmente y un poco incómoda.

—Es un placer conocerte, aunque sea en un ambiente viciado y repleto de condensación por la transpiración que permuta el oxígeno.

—Carla, apaga tu cerebro científico un ratito —su hermana rodó los ojos—. Estamos de fiesta.

—No puedo desconectar mi cerebro o perecería —contestó la menor de las hermanas

Álvarez—. El sistema nervioso está diseñado para nutrir de O2 a nuestras células y…

—Para —la advirtió la mayor—. Vamos a buscarte algo para hidratarte las células repipis esas que tienes, genio.

Claudia se quedó mirando como se dirigían hacia la barra. No entendía por qué, pero escuchar a la morena, aunque no la comprendiese, le había revolucionado las hormonas. Y, verle el culo fijamente, no estaba ayudando. *Otra que está …*

—Me siento más tonta que un ficus —Eva suspiró interrumpiendo su contemplación del arte humano—. ¿Qué acaba de decir esa mujer?

—Ni idea, pero yo le daba fuerte y flojo —la bailarina se encogió de hombros—. Está muy buena.

—Y tú salida.

—Le dijo el cazo a la sartén —la rubia rodó los ojos riéndose—. Oye, ¿a tu novia qué le pasa? Por poco me saca una navaja.

—¡Y dale! Que no es mi novia y no lo repitas, te vaya a oír y me eche la bronca —su amiga observó a las dos chicas volviendo—. Además, yo no la he visto tan… agresiva. Es un poco así. Bueno, es muy borde hasta que la conoces.

—Espero que sea pronto o le voy a tener que partir la cara, y ya me jodería porque es guapísima.

Estaba de broma, más o menos. No le gustaba tanta hostilidad hacia su persona sin venir a cuento y no se lo iba a permitir. Tendría que hablar con ella. Sin embargo, acabó junto a la hermana listilla, que estaba tan tensa como las cuerdas de un violín. *Tiene que ser una crack haciendo el robot. A esta la soltaba yo en dos días. Unas clasecitas privadas de hip-hop y acaba twerkeando, fijo*.

La estuvo observando un buen rato sin prestarle atención a nada más. De repente, habían dejado de interesarle las conversaciones del resto. La morena se cruzó de piernas tras sentarse muy tiesa, con una copa en la mano. Básicamente, Cloe había luchado para que se bebiese algo y disfrutase de la fiesta privada.

—¿Es imperativo que me escrutes de esa forma? —Carla cambió de postura, incómoda —. Los diafragmas regulados por tus iris van a tener un impacto negativo en tu humor vítreo y tus globos oculares se van a precipitar de la cavidad orbitaria.

—Tía, no se te entiende una polla, pero me pones tela.

—Disculpa, pero no es necesario ser soez y soy heterosexual, gracias.

Auch. A tomar por culo mis posibilidades. Aunque se es hetero hasta que se deja de serlo… La palabra «heterosexual» no iba a impedir que intentase ligar con ella porque sus sentidos arácnidos y su *gaydar* se estaban encendiendo como las luces de una feria de pueblo granadino. Esa tía no era muy hetero y lo sabían hasta los alienígenas. *Ya veremos cuánto te dura la tensión, guapa*.

Capítulo 6: Ruptura del equilibrio emocional

Sus células nerviosas estaban identificando con precisión el proceso que la hacía estar incómoda ante la presencia de Claudia. La chica se había aproximado a ella demasiado y se encontraba interrogándola a pesar de sus decadentes monosílabos. *Objetivamente, sus rasgos faciales están equilibrados y su estructura esqueleto muscular bien proporcionada. Es fascinante…* Inconscientemente, analizando la presencia de la bailarina, había ingerido hasta la última gota del cóctel al que la había invitado su hermana. Sin embargo, Max, al que había conocido una hora antes, le entregó otra reluciente copa.

Carla dirigió sus orbes, refractando el tono lapislázuli en sus iris, hacia Cloe. La mayor de las Álvarez estaba sumergida en una conversación con Lucía. La morena la recordaba del cementerio, igual que a su novia de cabello metamorfoseado por agentes químicos. Cora había sido compañera de su hermana un año atrás, pero tan solo le había dado pormenores insignificantes de ella. Sobre ambas, en realidad. A causa de eso, la doctora se sentía como dos enlaces de hidrógeno rotos en las hélices de ADN: desnaturalizada. Pese a que su destierro era autoimpuesto, y no debido a las altas temperaturas, prefirió desistir en el intento de entablar más diálogos con las aún desconocidas. Extrañamente, se hallaba sosegada junto a Claudia.

—¿Eso es un mojito de fresa? —la bailarina le indicó su vaso con el índice derecho.

—Mhm —ella contempló el líquido rosáceo.

—Muy rico. ¿Es tu bebida favorita?

—Prefiero no consumir etanol, pero esta es mi elección habitual.

—¿Y qué bebes de normal? —la rubia frunció el ceño.

—Agua.

—Ah.

La conversación no continuó durante centenas de segundos, hasta que Claudia le planteó una nueva cuestión:

—¿Qué libros te gustan? Tienes pinta de leer mucho.

—Tiendo a priorizar los artículos que ilustran hallazgos trascendentales para la ciencia.

—Tiene sentido —los labios de la chica se curvaron expresivamente en lo que interpretó como una sonrisa embarazosa—. ¿Las pelis también te molan científicas?

—Primordialmente, sí, pero no son demasiado certeras. Asimismo, considero que los romances son tremendamente irreales en sus infinitos encuentros improbables —Carla negó con la cabeza—, y las de terror se las cedo a mi hermana. No comprendo la necesidad de someter al cerebro a ese estrés y revertirlo a su base primigenia.

—Supongo que tiene que ver con que te das cuenta de que es una peli, pero se activan tus mecanismos de supervivencia igualmente y acabas disfrutando de las endorfinas que se liberan sin sentirte en verdadero peligro, ¿no? —Claudia se detuvo a meditar su teoría—. Es como con las pelis de risa. La mayoría son patéticas, pero, si te hacen reír dos veces, cuando los adultos nos

reímos una media de 17 al día, ya ha aumentado un 11,76 por ciento tu sensación de bienestar.

La respuesta de la rubia hizo que la doctora elevase una ceja. Sus cálculos eran extraordinariamente certeros y no estaba equivocada en su hipótesis. La bailarina había llegado a una conclusión que ni ella se había planteado. Parcialmente, por su falta de interés en el cine de terror y en el cómico.

—Fascinante. Obviamente, los opioides endógenos tienen bastante importancia en la respuesta cerebral que se produce en el sistema límbico, ante el sentimiento de miedo —analizó la morena—. Sin embargo, eso puede provocar un efecto adverso si se incrementa demasiado el suministro de oxígeno al cerebro porque la hiperoxia produce un daño morfológico.

—Ya me has perdido —la chica se rio cautivadoramente, suscitando un placentero cosquilleo en sus tímpanos—. No he entendido la mitad de lo que has dicho, aun así… Tía, en serio, no te ofendas, pero qué ganas de comerte la boca.

—Te reitero que no siento la misma atracción que tú hacia las mujeres, aunque…

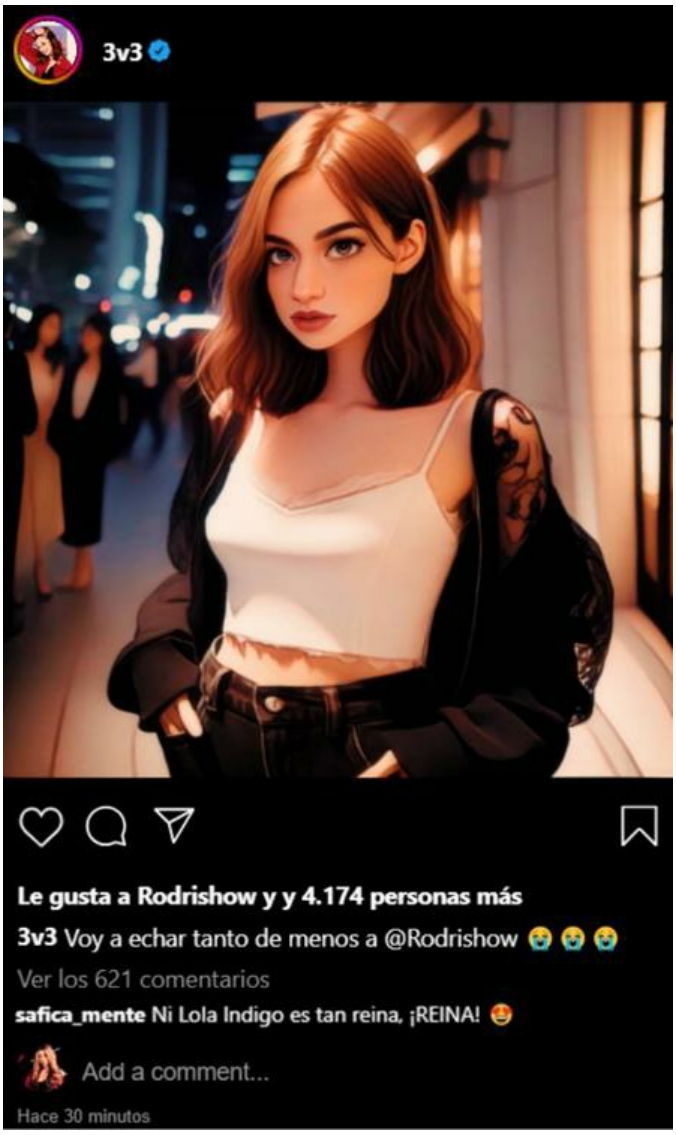
—Aunque… ¿qué? —Claudia se aproximó intimidándola.

—Nada. Olvídalo.

Carla ingirió el resto de líquido rosado de su copa mientras ponía distancia entre ellas. *No me importaría que lo intentases. ¿Mmm? ¿Qué le pasa a mi cerebro? ¿Qué ha sido ese pensamiento intrusivo? Sería conveniente que pare de beber. Ipso facto.*

***

Le era prácticamente imposible dejar de mirarla. Lo estaba haciendo disimuladamente por encima del hombro de Lucía, pero ella no se daba cuenta. *Cloe, para*. Por más que se intentó controlar, Eva no se lo estaba poniendo fácil. En realidad, ni siquiera estaba haciendo nada especial. Sin embargo, le había revolucionado las hormonas incluso antes de entrar en la discoteca. La rubia supo que era mala idea y, aun así, se metió en su Instagram mientras esperaban a su hermana.



Ahora, esos vaqueros negros, que tanto le había visto cuando convivían juntas, la estaban sacando de quicio. Sobre todo, cuando la castaña decidió que no se iba a sentar como una puñetera persona normal y estaba de medio lado en un sofá junto a Rodri.

—¿Puedes dejar de mirarle al culo? —Lucía rodó los ojos—. No estás ni disimulando.

—Es que tengo unas ganas de cogérselo a dos manos que flipas —Cloe no fue capaz de detener su boca a tiempo y se arrepintió.

—No, ya lo has dicho —la cantante parecía divertida—. ¿Por qué no hablas con ella?

—Es… no va a ser agradable para ninguna. Lo hago por su bien —la más alta intentó evitar el tema—. Me encanta esta canción y la pista me llama. ¿Te animas, rubia?

—No, que nos conocemos y Cora ya se me declaró —su amiga se rio adorablemente.

—Yo voy contigo —la otra rubia, aparte de las dos, apareció de la nada.

No tenía ni idea de dónde había salido porque, hasta un segundo atrás, la vio hablando con Carla. Tampoco es que le hiciese mucha ilusión bailar con Claudia. Su nombre sonó con retintín en su cabeza. Desde que se la presentaron como «amiga» de Eva, la había mirado con recelo sin comprender por qué. *Bueno, sí. Está buena y es imposible que no se la haya tirado. Probablemente, le gustará más que yo y me ha cambiado por ella. Estas dos no son solo colegas, fijo*. Al final, que se ofreciese a acompañarla, iba a tener sus ventajas. *Puedo preguntarle por Eva*.

La bailarina la distrajo momentáneamente desabrochándose la americana para hacer lo que mejor se le daba. Cloe tenía esperanzas de competir con su cuerpazo y se acercó lo suficiente a la chica para intentar hablarle por encima de la música. Básicamente, acabó pegada a la chavala, perreando sin tapujos, y se le olvidó hasta su plan. Incluso se lo pasó bien con Claudia durante un buen rato. No acabó agarrándole el culo a ella de milagro. Sin embargo, la rubia no se cortó y le dio una palmada para llamarle la atención, antes de gritarle en el oído:

—¿Tienes sed? Voy a la barra.

La exjugadora la siguió muy de cerca. Su compañera de perreo pidió por ambas y se apoyó a esperar las copas. Así que ella aprovechó para contemplar bien. Objetivamente, era guapísima, pero seguía prefiriendo a Eva. Claudia no era su tipo. *Nos parecemos demasiado, más allá del físico*. Probablemente, era la confianza que desprendía la muchacha lo que le recordaba a ella misma.

—Pues bailas bien, eh —comentó la chica—. Si quieres, vamos otro rato después. Eva es una sosa y nunca le apetece.

—Cuando quieras —Cloe le sonrió inconscientemente—. Os conocéis desde hace mucho, ¿no?

—Toda la vida. Huétor Tájar no es muy grande —Claudia se rio—. Nos hemos criado juntas.

—Sois buenas amigas, entonces.

—Ya ves. La he visto llorar, mearse de la risa y hacer cada gilipollez que flipas. Y ella a mí, ojo.

—Seguro que hasta os habéis liado en una borrachera tonta —la más alta intentó pescar una confesión, camuflándola en broma—. Eva está loquísima… o estaba.

—¡Qué va! Una vez nos dimos un pico jugando a la botella, pero no se deja —Claudia se echó a reír—. Tampoco es que yo lo haya intentado. Es mi mejor amiga y la adoro, pero no me pone. Me gusta más tu hermana —soltó elevando las cejas.

—¿Carla? Buena suerte con eso —Cloe frunció el ceño y negó con la cabeza—. No consigo sacarle el palo del culo.

—¿Me das tu bendición para que lo intente?

—¿Tengo pinta de cura para bendecir nada? —la exjugadora rodó los ojos—. Ya es mayorcita, que te rechace ella solica.

—Ahora, entiendo por qué le molas a Eva, aparte de por estar tan buena —la bailarina alzó su copa para brindar—. Me caes bien.

—No te acostumbres. Tu amiga me odia y vas a tener que hacerlo tú también por ella.

—Nah. No te odia. Está enfadada porque te largaste al culo del mundo sin darle explicaciones, pero eso se arregla follando. Es una tía más simple de lo que parece. Se conforma con poco y no le dura mucho el cabreo, pero le hiciste daño.

—Lo sé. Fui gilipollas, pero lo hice por el bien de las dos —la alta se entristeció y bajó la cabeza—. En fin, lo hecho, hecho está.

—¡Eso! Ahora, a hacerlo bien o te parto la cara —su acompañante le sonrió siniestramente—. No quiero verla llorar y, menos, por ti.

La chica le dio un par de palmadas en el hombro y caminó en dirección al reservado, dejándola sola mientras procesaba su amenaza poco pasiva y muy agresiva. *Coño con la simpatía psicópata de esta mujer…* A pesar de su impresión inicial, Claudia se la estaba ganando. Era una tía genial y le había despejado todas sus dudas sin darse cuenta. Aunque lo de que le gustase Carla… *Qué hostia se va a dar si lo intenta. Bueno, ella sabrá. No soy quién para meterme en la vida de ninguna de las dos.*

Rodri le devolvió su móvil a Lucía cuando la vio aproximarse y fue a sentarse junto a ella en cuanto Cloe soltó su vaso en la mesa. A decir verdad, no habían hablado mucho en toda la noche. Principalmente, porque él había estado con Eva y la rubia no quería ni acercarse a la castaña. Bastantes horas iba a tener que pasar a su lado a partir de ese lunes. ¿Le habría contado ya Alma que sería su ayudante de entrenadora el resto de temporada? La chica no lo había mencionado y era una bocazas, así que estaba segura de que no, pero no se fiaba.

—¿Qué pasa contigo? —le preguntó retóricamente su amigo—. Menudo espectáculo tú y Claudia, eh.

—Es lo que se hace en las discotecas, ¿no? Bailar, digo —la rubia se encogió de hombros —. Lucía no ha querido.

—No la líes —él frunció el ceño.

—No he hecho nada malo —se defendió ella—. La muchacha se ha ofrecido y hemos echado unos bailes.

—Pero no estás intentando… —el youtuber lo dijo todo con la mirada.

—¿Qué? ¡No! ¿Estás loco?

—Más te vale porque es muy colega de Eva y tú imbécil, a veces.

—Rodri, no me mola Claudia. Para nada.

—¿Y Eva? —el chico la miró intensamente con sus grandes ojos.

—Rodri… —Cloe suspiró negando con la cabeza—. Ya hemos pasado por eso.
Solo le gustaba por parecerme a su cantante favorita y no va a ocurrir nada entre nosotras.

—¿Por qué no? —insistió su amigo—. Creo que ambas habéis madurado un poquito este

año y…

—Ya. Déjalo. No estamos aquí para que hagas de Cupido ni de celestino.

—Bueno, no te pongas así. Solo digo que, si no te has vuelto a ir, es por algo y los dos sabemos que quedarte por lo de tu abuela es una excusa.

Rodri fue a sentarse al lado de Max y se puso a darle conversación como si nada. La rubia se quedó contemplando la escena un instante. En parte, tenía razón, pero no lo iba a admitir. Nunca lo haría.

Su vista recorrió el reservado para que se diese cuenta de la ausencia de Eva. No obstante, la distrajo el hecho de que Claudia estaba hablando con su hermana y Carla no parecía irritada. Si no la conociese, había jurado que se lo estaba pasando bien. *No, si, al final, va a tener hasta posibilidades con ella. A ver si se suelta un poco y, por lo menos, hace amigas. Una, con una le vale*. La bailarina no estaba mal. Llegase a ser lo que pudiese de la pequeña de los Álvarez, pero algo. *Si no, la adopto yo como colega*.

El último sofá de la zona estaba ocupado por Cora y Lucía. La peliazul parecía entretenida con la conversación de las dos chicas mientras sus dedos descansaban en la pierna de su novia. La cantante estaba embobada mirándola y casi podía verle los pensamientos. Cloe se alegró de que, al menos, a una de sus excompañeras y amigas le fuese bien en el amor. *Con la que lio, liamos, como para que lo hubiesen dejado al primer mes. La mato*.

Sus ojos buscaron a Eva tras escanear la parte superior y se escabulló hacia la barra, tras localizarla allí. Conforme se fue acercando, le dio la sensación de que era una equivocación, pero su cuerpo ya no le respondía y siguió andando en esa dirección. Sin embargo, se detuvo a dos pasos cuando un tío *random* le tocó el hombro a la castaña y se apoyó junto a ella.

—¿Cómo te llamas? —lo oyó, porque le estaba gritando por encima de la música.

—Eva. ¿Y tú? —la chica le sonrió inocentemente.

—Ojalá fuese Adán —él le guiñó un ojo descaradamente.

El chaval se estaba pegando cada vez más a la chica y eso hizo que le hirviese la sangre. Por un instante, se preguntó si ella lo mandaría a tomar viento, pero él le echó el brazo por los hombros y comenzó a bajar la mano por su espalda no muy sutilmente. No tenía buenas intenciones y esa fue la gota que colmó el vaso de su no paciencia.

—Pues yo soy dios y te expulso de este Edén —Cloe se interpuso entre ambos y cruzó los brazos—. Deja a mi novia en paz, cavernícola.

El estúpido levantó las manos en señal de rendición y se alejó lentamente al ver su gesto de enfado. Si se quedaba allí, le iba a partir la cara.

—No soy tu… —Eva cerró la boca en cuanto se dio la vuelta para mirarla.

—¿Me vas a decir que te ha gustado la gilipollez esa de Adán? —ella negó con la cabeza —. Ha sido patético.

—¿Lo puedes hacer mejor? —la desafió la bajita.

La castaña se acercó demasiado para el gusto de su cerebro, pero su cuerpo lo disfrutó y tuvo que concentrarse mucho para no lanzarse. Eva no la estaba tentando, ni una gota.

—Cualquiera podría —le acabó respondiendo con fingida calma.

—Eso es que no —la provocó la chica—. ¿Por qué le has dicho que eres mi novia?

—Porque no querías que ligase contigo un neandertal como ese.

—¿Yo? Tú no sabes lo que quiero —replicó Eva más seria de lo que la había visto nunca —. Y, si lo sabes, te haces la tonta muy bien —terminó mirándole los labios directamente.

Sin apenas darse cuenta, acabaron pegadas y su pulso se aceleró al ver el color marrón de sus ojos ser engullido por sus pupilas. Incluso pudo notar un poco de cabreo en ellas. *No entres en su juego o vas a terminar fatal*. Ella ya había hecho aquello: provocarla hasta que saltase una chispa que iniciase una discusión absurda. Estuvo unos meses así antes de marcharse. Todo para que la odiase, le diese de lado y no enamorarse de una chica a la que solo le gustaba por un absurdo parecido.

Cloe respiró hondo y evitó su mirada, consiguiendo que Eva se riese sarcásticamente.

—Ya decía yo —la castaña negó con la cabeza, visiblemente decepcionada—. Sigues sin terminar lo que empiezas… cobarde.

La punzada en su corazón fue de puro dolor. Otra cosa no, pero su excompañera sabía meter el dedo en la llaga. Tanto que se tuvo que quedar allí parada, recomponiéndose, mientras la veía alejarse.

La rubia tardó más de lo esperado en reponerse del golpe y acabó perdiéndole la pista. Sin embargo, no podía estar muy lejos y se había marchado en dirección al baño. Era obvio dónde estaría. Eran pocas las veces que caminaba tan decidida hacía algo, aun siendo consciente de que era un error absoluto. Tampoco sabía qué iba a hacer cuando llegase, pero su impulsividad lo tenía clarísimo.

No encontró a Eva en el baño, solo una chica pelirroja que la miró extrañada por el ímpetu con el que entró. *Quizás, está meando en uno de esos*. Se esperó, de brazos cruzados, apoyada en los lavabos y observó a un par de mujeres salir y lavarse las manos. Alguna estaba claramente perjudicada, pero no le importó. Lo único que tenía en mente era Eva. Eso no había cambiado en un año, por más que intentó centrarse en su trabajo y su nuevo equipo. Corea nunca tendría lo que ella deseaba porque se había quedado en España.

En cuanto la chica salió del cubículo, la volvió a empujar al interior y la apresó contra la pared. No perdió ni un segundo en atrapar sus labios con toda la rabia que había contenido. Eva se lo devolvió al instante y el instinto de Cloe la llevó a recorrer su espalda con las manos hasta poder agarrarle el culo como lo había deseado. Sin embargo, algo cambió y la castaña la apartó levemente, sin mucha determinación.

—¿Qué haces? —su excompañera parecía tan confusa como enfadada.

—No lo sé —admitió ella con la mirada fija en su boca.

—Quita. Estás borracha —Eva terminó de apartarla para ir hacia el lavabo.

—Más quisiera yo.

Capítulo 7: ¿Cómo te atreves?

Fue decepcionante que Cloe no la detuviese y la dejase volver junto al resto cuando se encaminó hacia la puerta del baño. Ese beso le había acelerado el corazón y calentado hasta el último trozo de piel. Sin embargo, la rubia acabó el resto de la noche frente a ella, sin mirarla siquiera. Al final, iba a pensar de verdad que no era capaz de terminar lo que empezaba. Lo peor fue que la desesperó tenerla tan cerca y no poder hacer nada para que se espabilase.

Cuando decidieron terminar la fiesta y, cada una volvió a su respectivo hogar, Eva casi se dio cabezazos contra la pared por la oportunidad perdida. *¿Por qué la apartaste? Estás tonta, tía. Podría haber pasado de todo y tú vas y la empujas. ¡Deshonra sobre tu vaca!*

Por si fuera poco, un par de horas después, tenía que levantarse para llevar a Rodri al aeropuerto, tras recoger a Cora y Lucía también. Su cerebro, recordándole lo estúpida que había sido, no la dejó ni echar una cabezadita y las ojeras le llegaron hasta el suelo. *Tenía que haberla dejado seguir. ¿Qué habría hecho si no la paro? ¿Estaba borracha de verdad? No lo parecía, pero…*

—¿De verdad te tienes que ir? —le preguntó a su mejor amigo—. ¿Y vosotras?

—Tengo un show que grabar —el chico se encogió de hombros—. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

—Mi equipo me espera —la peliazul la abrazó—. Estamos a una videollamada de distancia, ya lo sabes.

—Además, pronto estaréis de vacaciones y pienso arrastrar a Cora o su madre me va a matar —se rio Lucía haciendo lo que su novia—. En unos meses, estamos todas aquí otra vez.

—Os voy a echar de menos —Eva puso cara de cachorro—. ¡Me dejáis sola!

—No te va a dar tiempo, dramática —Rodri rodó los ojos—. Claudia se queda contigo.

—Y Max —añadió Cora.

—Y Cloe —la rubia elevó una ceja—. Más te vale haberlo arreglado con ella para cuando volvamos.

La castaña se quedó con lo que sonó a amenaza mientras desaparecían en la inmensidad del aeropuerto. ¿Cómo iba a solucionar nada con Cloe si era todo un caos? Aún, no sabía si la chica estaba borracha cuando la empotró en el baño, ni por qué demonios la detuvo si era lo único que quería desde que la vio. Así se pasó todo el domingo también. Intentando recordar algún detalle que le indicase que Cloe estaba como una cuba cuando le comió la boca.

Lo único que pudo distraerla en su demasiada temprana mañana de lunes fue la entrada de Claudia en la cocina. Su amiga presumió de sangre caliente apareciendo en tanga y unos calcetines con aguacates felices que le llegaban hasta la rodilla. Nada más. Eva la miró boquiabierta con sus cereales a medio comer y la cuchara goteando sobre la taza. *¿Qué coño?*

—Pero Claudia, tía… Ponte algo… o no.

—¿Para qué? Estoy bien así —su amiga se encogió de hombros—. Total, si las bailarinas

bailamos semidesnudas. Están más vestidos mis pies que el resto del cuerpo… —le señaló sus calcetines molones sonriendo—. Es en lo único que tengo frío.

—A ver, que, si yo tuviese tu cuerpo, también me pasearía desnuda, pero se te van a resfriar las peras.

—Nah. Estoy acostumbrada. Pero… ¿tú dónde vas tan temprano?

—Alma necesita que vaya a recoger a mis compis al gimnasio, al que paso de ir, porque las ha llevado ella, pero tenía reunión hoy —la jugadora resopló—. ¿Y tú?

—Tengo que aprenderme una coreo para el viernes, que vamos a grabar un vídeo para YouTube en la academia —la rubia se sentó a desayunar tranquilamente—. Sabes los típicos en que salen todos los alumnos haciendo su versión del baile por grupos, ¿no? Pues algo así.

—No sé para qué te apuntas a eso si ya eres profesional.

—Ni yo para qué entrenas si tú también lo eres —Claudia la miró como si fuese tonta.

—Para mejor… Ah, vale. No he dicho nada —Eva se echó a reír—. Me tengo que ir, pero llama si necesitas algo. Pásalo bien y ponte algo más para ir al estudio. Estás muy buena, pero al frío madrileño le importa una mierda y te vas a resfriar.

—Sí, mamá.

Se marchó escuchando la risa de su amiga. Probablemente, sus compañeras de equipo estarían a punto de terminar el entrenamiento físico diario y estaba feo que la capitana llegase tarde. Por suerte, seguían usando la misma casa en la que ella estuvo con Cora, Cloe y Max, la cual no se encontraba demasiado lejos del gimnasio. Estarían allí antes de que Alma acudiese.

Las nuevas *Titans* aún seguían dándole duro a las sentadillas cuando entró y se aburrió de esperar. Además, no tardó en perder la atención cuando reconoció a una rubia de camino a los vestuarios. Al parecer, Cloe seguía teniendo la costumbre de nadar por las mañanas y el cerebro de la castaña petó como una palomita al verla. *¿Cómo coño me resistí a eso? Esta mujer cada vez está mejor…* Sacudió la cabeza intentando sacarla de sus pensamientos, pero falló.

—¡Eh, pardilla! —fue una de sus compañeras la que la devolvió a tierra firme—. ¿Qué miras?

Roxy, la más mayor del equipo nuevo con sus treinta años, le pasó la mano por delante de la cara y Eva observó a aquella chica morena de pelo semi-rizado y ojos negros como el carbón. Sin duda, era con quien mejor se llevaba. Quizás, porque sus otras colegas de las *Titans* eran unas chavalas de apenas diecinueve años.

—¡Capitana! —Belén le hizo un saludo militar sonriendo—. ¿Nos vamos ya? Tengo hambre.

—Pero si casi nos vacías la nevera desayunando —Azu rodó los ojos—. Hola.

—Venga, todas para el coche —Eva las apremió con un par de palmadas—. Alma me mata si llegamos tarde.

—Entonces, yo sería la capi —dijo Roxy picándola—. Vamos a quedarnos un ratito.

—¡Ni hablar!

—Era broma, guapa. Eres irremplazable —la morena le guiñó un ojo caminando hacia la salida—. Hasta que te retires. Entonces, me quedo tu puesto.

Las dos más pequeñas la siguieron discutiendo sobre si eso llegaría a suceder. La castaña mentiría al decir que no se lo había planteado durante el último año. Le encantaba ser jugadora profesional, pero también la hacía feliz su podcast con Rodri y sus *streams*. Ambas cosas eran incluso menos estresantes. Quizás, había perdido el gusto por las competiciones, aunque *Impact* continuase siendo su juego favorito. Algo había cambiado, definitivamente, y no era Cloe de gimnasio. *¿Tenía que venir a este cuando yo ni lo piso ya? A lo mejor debería volver. Sí, unirme al equipo en su sesión diaria. He perdido un poco la forma…*

El trayecto a la casa de las *Titans* fue como las prácticas diarias. Las jóvenes estaban distraídas con sus móviles en el asiento trasero y Roxy se dedicó a cantar partes de heavy metal que puso, haciendo pausas para hablar con ella. No era una pesadilla, pero, ese día, agradeció llegar pronto porque su mente estaba llena de una sola persona y no era ninguna de las presentes. Cloe en bañador era todo lo que ocupaba su cerebro y se resistía a abandonarla como el agua estancada de la piscina. Al menos, no eran pensamientos sucios, solo quería saber qué hacía en el gimnasio.

—¡Buenos días! —Alma seguía tan enérgica como siempre—. Vamos yendo a la sala de entrenamiento, que tengo una sorpresa para vosotras. Sobre todo, para ti, Eva.

—¿Para mí? —dudó la castaña.

Tan solo le había pedido un teclado nuevo, que ella recordase. *¿Nos habrá cambiado todos los periféricos de golpe? Sería un detalle, vaya*. Al entrar, no descubrió ningún cambio en su mesa, que seguía en el mismo sitio en el que empezó con las *Titans*. Lo único diferente era que, en lugar de Cora, Roxy ocupaba la que estaba a su derecha. Sin embargo, no tardó en notar la presencia de la muchacha ajena al grupo.

—Chicas, esta es Cloe Álvarez —la presentó Alma—. Antigua defensa del equipo y mi ayudante de entrenadora, a partir de hoy.

—¡Hostia! ¡Strix! —Belén brincó hacia la rubia para darle la mano—. Es un placer. ¡Empecé a jugar viéndote!

—Encantada —su excompañera le sonrió—. Siempre es bueno inspirar a alguien. Supongo que tú ocupas mi puesto, ¿no?

—No, no, yo soy la DPS. Roxy es nuestra defensa, casi tan buena como tú —le indicó la pequeña de las *Titans* y pasó a señalar a la otra menor—. Y, esa de ahí es Azu, es soporte, aunque no nos soporta mucho a diario.

—No le hagas caso —la aludida rodó los ojos—. A la única que no soporto es a ella, por pesada.

—¡Anda ya! Si me quieres muchísimo —Belén fue a achucharla y se vio rechaza—. Qué arisca eres…

—Siempre igual. Sois las Cloe y Max de esta temporada —Alma suspiró—. Venga, a vuestros puestos. Empezad con una partida de práctica para que mi querida ayudante os vea.

Eva se sentó en su silla sin decir nada. Aún estaba en completo shock. La rubia iba a entrenarla… *Voy a tener que verla todos los días. Universo, ¿por qué? Empiezo a pensar que te estás cachondeando de mí, perro. ¿No había otra persona en el planeta? ¿En serio?* Obviamente, le fue imposible concentrarse. Se sentía observada hasta dándole la espalda y, cada vez que su monitor se ponía en negro al morir, veía el reflejo de Cloe con los ojos clavados en ella y los brazos cruzados. *Está mirando a Roxy. Sí, eso. Comparten rol y quiere saber cómo de buena es. No te emociones. ¿Por qué se iba a fijar en ti, estúpida?*

—¡Madre mía! Hoy, estás pillando de lo lindo —la morena de pelo rizado le dio un codazo invadiendo su puesto—. ¿Problemas en el edén, Evita? ¿Necesitas un nuevo Adán para que te quite la tensión? Porque puedo ser tu serpiente… o tu manzana, lo que te mole más.

—Roxy, déjate de biblias y de desconcentrarla —la advirtió Alma tras el carraspeo de Cloe—. Bastante mal lo está haciendo ya.

—Perdona, jefa. Es que me lo pone a huevo con ese nombre —la defensa volvió a lo suyo.

—Te quedan cinco de vida. Retírate —la voz de Cloe la sobresaltó sonando muy cerca—. Te he avisado.

—¿Otra vez has muerto? —Azu resopló—. Te he revivido nueve veces ya…

—Lo siento —Eva respiró hondo—. Ya me centro.

No sucedió porque la rubia se quedó detrás de ella como un portero de discoteca. Aun así, ganaron gracias al resto. Sin embargo, Alma no estaba tan contenta con el desastre de partida que había hecho. *Yo también espero que no sean todas así, pero Cloe… ¿Por qué la ha tenido que elegir a ella? Podría haberse traído a Cora de Los Ángeles o buscar a otra persona. Yo así no puedo*.

Durante el almuerzo, sus compañeras se sorprendieron de que no estuviese tan habladora como siempre, pero ¿qué iba a hacer si la mayor se había sentado a su lado? Aquella mesa no estaba diseñada para seis personas y una de sus piernas permanecía atrapada entre la pata y la rodilla de Cloe, a la que rozaba de vez en cuando. Al notarlo, se estremecía y se erguía al instante, haciendo que la ayudante de entrenadora la mirase extrañada. *Qué temporada más larga*.

Al menos, agradeció los cinco minutos de paz en los que todas se la dejaron comiendo sola con Azu, por ser unas lentas. No obstante, su compañera también acabó abandonándola al poco rato y se quedó con sus pensamientos. *Le pega lo de ser entrenadora. Está tan guapa cuando se pone seria… y cuando no. ¿Para qué mentir? Eva, no. Deja de pensar en lo guapa que es o te pierdes. De verdad, necesito acostarme con alguien porque estoy a la que salto. Pero, si fuese ella, mejor. ¡Que no! Vale ya. Voy a recoger y volver a entrenar. Céntrate, mema*.

No pudo. Se quedó paralizada en la puerta cuando encontró una escena que apuñaló su cerebro con más dudas. Azu estaba muy pegada a Cloe en medio del pasillo. La rubia le estaba

enseñando algo en su móvil y su compañera le susurró al oído. Cuando notó la presencia de Eva, la soporte del equipo se rio levemente y consiguió que la odiase momentáneamente.

—¿Qué haces ahí parada? —Alma le pasó la mano por la espalda—. Vamos a entrenar.

—¡Voy al baño, primero! —saltó la castaña cuando Cloe la miró—. Al de arriba. Un minuto.

—No tardes —la apremió la entrenadora—. Solo faltáis tú y Belén. ¿Dónde se ha metido esta niña?

—Está en el baño… el de abajo —se rio Azu.

¿Se estaba burlando de ella? La capitana la miró mal y salió corriendo de allí, ignorando a Roxy diciéndole algo sobre ser un borrón muy sexy por las prisas que llevaba. Tan solo lo procesó cuando cerró la puerta frente a su antigua habitación y se apoyó en el lavabo. *¿Por qué me he puesto así? No, ¿por qué se ha reído Azu? ¿Qué le estaba enseñando? ¿Tiene aún ese vídeo nuestro que hizo Cora? Seguro que no era eso. La perjudica a ella también, que es la que me besó… como siempre*.

Su mente iba más rápido que su personaje favorito de *Impact*, el cual se desplazaba gracias a rayos. Literalmente, no había ninguno tan veloz. Bueno, sí, su cerebro en ese momento. Estaba dándole vueltas a todo y casi ni se dio cuenta de que la puerta su abrió. Sin embargo, ¿cómo iba a perderse a la dueña de sus pensamientos entrando y cerrando tras ella?

—¿Estás bien? —le preguntó Cloe acorralándola contra el lavabo.

—Perfectamente, pero podrías haber llamado.

—¿Para qué? —cuestionó la alta—. ¿Pensabas que era tu novia?

—¿Qué novia? —dudó Eva con un tono de enfado que no reconocía.

—Roxy. ¿Me has cambiado por otra defensa bollera? Un poco predecible…

—¡No te he cambiado por nadie! —la castaña cerró la boca como si hubiese dicho algo malo—. Roxy no es mi novia. Solo le gusta picarme.

—Ese es mi trabajo —la rubia miró sus labios fijamente—. No me gusta esa tía.

—Pero Azu sí —replicó la menor con irritación.

—¿La niña esa? Es guapa, pero no es mi tipo y no juego con crías —Cloe puso una mano en el lavabo acercándose demasiado a ella—. Le estaba enseñando una foto de Caos.

—¿Caos? ¿Qué tipo de caos?

—El nuestro.

La nueva ayudante terminó de pegarse contra su cuerpo y no la dejó hacer preguntas cuando empezó a comerle la boca. A la castaña se le olvidó la necesidad de pedir explicaciones. Estaba demasiado ocupada buscando la lengua de la rubia con la suya. Ni siquiera fue consciente de la mano que serpenteaba por debajo de su sudadera y le agarró un pecho sin contemplaciones hasta que un suspiro escapó de sus labios cuando Cloe se separó levemente.

—Estás muy tensa y no rindes bien —la vibración de la boca de la mayor contra su cuello le provocó un escalofrío—. Céntrate en el juego —sus dientes le rasgaron la piel y la cordura—. Ahora, eres la capitana.

A la mente de Eva le estaba costando procesar algo que no fuese el nudo en la parte baja de su estómago y el rastro de mordiscos que la estaban poniendo cachonda. Sensación que solo incrementó al notar una mano adentrándose en sus vaqueros sin desabrocharlos siquiera.

—Como pares esta vez, te mato —se atrevió a decirle cediendo a la locura.

—¿Tú y cuántas más?

La rubia le demostró que aún tenía el control haciendo que se sacudiese al notar sus dedos frotando su clítoris sin cuidado alguno. La castaña agarró la muñeca que se perdía en sus pantalones y clavó sus cortas uñas cuando Cloe frustró su intento de gemir al besarla nuevamente. Ni siquiera le dio tiempo a reaccionar. Tan solo la dejó hacer lo que quisiese. Si le apetecía morderle la mandíbula mientras aumentaba la velocidad de la mano en su sexo y le tiraba del pelo con la otra para que echase la cabeza hacia atrás, bienvenido era. Ella ya no tenía ningún tipo de pensamiento que no fuese lo mucho que había esperado ese momento. Su cerebro y su vagina eran charcos de placer al servicio de la mayor. En cinco minutos, se había corrido y sus gritos se ahogaron en la boca de la rubia, que se retiró, dejándola echa un flan desintegrándose.

—Podrías intentar ser un poquito silenciosa —le recriminó Cloe—. Alma nos va a echar la bulla.

—¿En serio? —Eva la miró incrédula—. Eres tú la que ha entrado aquí y ha decido que le apetecía follar, sabiendo que el resto está abajo.

—Follar no… follarte —la excapitana le echó una mirada de arriba abajo—. Date prisa. Vas tarde al entrenamiento… como siempre.

—¿Yo? —exclamó confusa al verla marcharse—. Pero… ¿qué coño?

***

Apiló la última caja en el pasillo y entró como pudo en su nuevo cuarto, también lleno hasta los topes. Había pedido un poco de ropa y su madre se pasó tres pueblos mandándole cosas, aparte de las que había enviado ella desde Argentina. En la oficina de correos, fliparon cuando les dijo que iba a recoger un par de paquetes para Claudia Guerrero y sacaron cinco de golpe. Por suerte, Rodri fue tan amable de dejarla usar su coche mientras él se montaba sus dramas californianos. Aun así, estaba reventada de mover cosas a la planta superior tras llegar del estudio. A pesar de ser profesional, las clases allí eran bastante intensas, y lo agradecía, pero cometió el error de tumbarse en la cama al terminar de ducharse.

—Tienes una forma de bailar fascinante —le dijo Carla—. ¿Cómo flexionas las extremidades inferiores de esa manera sin luxarte la rodilla?

—Practica y talento —se rio ella medio bromeando.

No sabía qué hacía la menor de las Álvarez en el estudio, pero estaban allí solas y era lo

único que le importaba. La chica estaba apoyada contra la pared, de brazos cruzados, mientras ella la observaba a través del gigantesco espejo en el que analizaba sus movimientos al bailar. Sin embargo, no tardó en encaminarse hacia la morena. La doctora no pareció afectada por mucho que se le acercase y sus ojos azules eran mucho más bonitos de lo que los recordaba.

Claudia le miró los labios descaradamente. Tenía unas ganas tremendas de besarlos y no se veía capaz de aguantárselas. Carla la observó, tan analítica como la noche en que la conoció, la única que la había visto. No obstante, la muchacha no se cortó ni un pelo y respondió su insolencia con atrevimiento. La morena se le quedó a tan solo un centímetro y notó su aliento. Prácticamente, le estaba rozando la boca. Así que la rubia le tomó la mejilla con su mano dominante y la científica inclinó la cara para sumergirse en el suave tacto de sus dedos. Tenía que besarla. Era su momento y lo iba a aprovechar. Ni se lo pensó cuando buscó sus labios lentamente. Tan despacio que…

—¡Me cago en San Pito Pato y la brújula dorada! —la voz que siguió al estruendo vino del pasillo.

Cuando el sobresalto la dejó levantarse y paró de maldecirlo mentalmente por sacarla de un sueño tan vívido en el que casi le come la boca a Carla, salió a ver qué había pasado. Se encontró a Eva derramada en el suelo junto a una caja volcada y los calcetines de su interior desperdigados por el pasillo.

—¿Qué haces ahí tirada? —dudó frunciendo el ceño.

—Buscando hormigas en el parqué. ¿Tú qué crees? —la castaña rodó hasta poder mirarla de frente—. ¿Qué coño es todo esto?

—Mis cosas —la rubia se encogió de hombros—. Le dije a mi madre que me mandase ropa, que tengo poca y he tenido que ir a recogerlas después de salir del estudio. No veas cómo se ha pasado la mujer…

Claudia le tendió la mano para ayudarla a levantarse. La castaña no parecía nada contenta, pero intuyó que no era porque se había tropezado con sus calcetines y se había pegado una hostia. *Le habrá pasado algo en el entrenamiento, fijo, o… quizás, ha hablado con Cloe. Tiene que ser eso porque el cabreo que lleva no es de una caída tonta*.

—¿Qué te pasa? —le preguntó siguiéndola a su habitación.

—¿Por qué es así? —soltó Eva dejando su mochila en la cama—. Se le va la olla, te lo juro.

—¿A quién? —dudó la bailarina sentándose junto a ella.

—¡A Cloe! ¿A quién va a ser? Primero, me besa y, ahora, esto.

—Espera, espera. ¿Te ha besado? —se sorprendió Claudia.

—En la discoteca, en el baño. Es como una tradición de equipo o algo porque Cora y Lucía… —la castaña suspiró—. En fin… Lo de hoy ha sido peor… mejor. No sé, estoy cabreada.

Su mejor amiga de toda la vida le contó lo ocurrido en el entrenamiento y le dieron ganas

de reírse por lo confundida que estaba. No sabía si, que Cloe fuese la nueva ayudante de entrenadora, era bueno o malo. Claudia lo veía como una casualidad estupenda porque Eva estaba pilladísima por su antigua compañera de las *Titans* e iban a tener que pasar mogollón de tiempo juntas. Además, de primeras, ya se había llevado un polvo como saludo.

—Es que, luego, no me dijo ni mu —se quejó la chica—. Se dedicó a ayudar a Alma y se fue cuando acabamos de entrenar.

—Porque es ayudante de entrenadora —se rio ella—. Está en el nombre. Tú no dejes que haga lo que quiera contigo. Se merece sufrir un poquito por largarse. Hazte la dura.

—Pero es tan guapa… Tiene unos labios tan suaves y unas manos que… —su amiga sacudió la cabeza saliendo del trance.

—No, no, Carla es más guapa y lista —la interrumpió la rubia—. Qué diosa griega de la inteligencia… Ya existe una, creo, pero le podría quitar el puesto con los ojos cerrados.

—Pero si Carla es más fría que chupar un cubito de la nevera de un pingüino ártico, es sosísima y *heterísima* —la provocó Eva—. Es que es tan hetero que, buscarías dentro del armario de *Harry Potter*, y no la encontrarías.

—¿Qué dices? —Claudia se hizo la ofendida—. A ver, que yo entiendo que prefieras a Cloe, pero es demasiado… como yo, pero con mala *follá*, y borde.

—No hace falta que te guste a ti también, conmigo es suficiente, gracias. Quédate a la hermana rancia.

—¿Rancia de qué?

Las dos acabaron echándose a reír porque aquel pique era de broma. Obviamente, ambas hermanas tenían muy buena genética. *A Carla le habría hecho gracia eso. Para gustos, las Álvarez, ¿no?*

Capítulo 8: Nuestro drama es vuestro drama

Después de su pequeño… lapsus, había estado evitando a Eva todo lo que el entrenamiento diario le permitió. En toda la semana, le dirigió la palabra lo mínimo y siempre era algo sobre *Impact* o su *performance*. Además, salía pitando de la que, un día, fue su casa compartida y no daba opción a que la castaña intentase conversar con ella. Dormía poco, incluso menos de lo normal, y nadar tampoco le despejaba la mente. Estaba llena de Eva, de sus gemidos y de esos dos lunares, a cada lado de su garganta, que había mordido mientras se corría en el baño. Sabía que lo había hecho por los celos, provocados por Roxy, y se arrepentía, aunque no del todo. *Debería ser madura y dejar de esquivar el enfrentamiento. Va a acabar ocurriendo. No tengo ninguna explicación racional que darle, pero pasó así y ya no lo puedo deshacer.* En algún punto de su noche, hasta escuchó a Eva en su cabeza diciéndole: «Qué feo, Cloe, qué feo».

—¿Dónde vas tan temprano? —le preguntó a su hermana al verla entrar en la cocina distrayéndola.

—Al trabajo —respondió la menor escuetamente—. ¿Y tú?

—Es domingo —se extrañó ella—. Le prometí a Rodri que lo cubriría en su podcast.

—No importa el día que sea —Carla se sirvió el café—. El equipo es arcaico y no me conceden fondos para renovarlo. A causa de esto, la investigación se demora y tengo que ir hoy también. No puedo consentir que agentes externos o tecnológicamente extemporáneos lo malogren.

—Venga mandar cohetitos a Marte y no os dan dinero a las que investigáis cosas para nuestro bienestar… Estamos locos —Cloe rodó los ojos—. ¿Vas sola o con tus compis?

—Sola. Los recursos humanos escasean de igual forma. Uno de ellos está pasando una enfermedad respiratoria infecciosa aguda… gripe —se corrigió la morena al ver la preocupación en el rostro de la mayor—, y el otro está asistiendo al parto de su primogénito.

—Vamos, que te comes el marrón enterito.

—Es una forma elemental de decirlo, sí.

Ambas terminaron el café en silencio, pensando en sus cosas. Su hermana insistió en fregar su propia taza, pero se marchó sin que ella la dejase hacerlo. Cuando terminó con el resto de platos de la noche anterior, se fue a su cuarto porque Max estaba ocupando el sofá cama en el salón y seguía durmiendo. Se suponía que grababan el podcast a las once y no eran ni las diez. Así que se dedicó a revisar sus redes sociales.

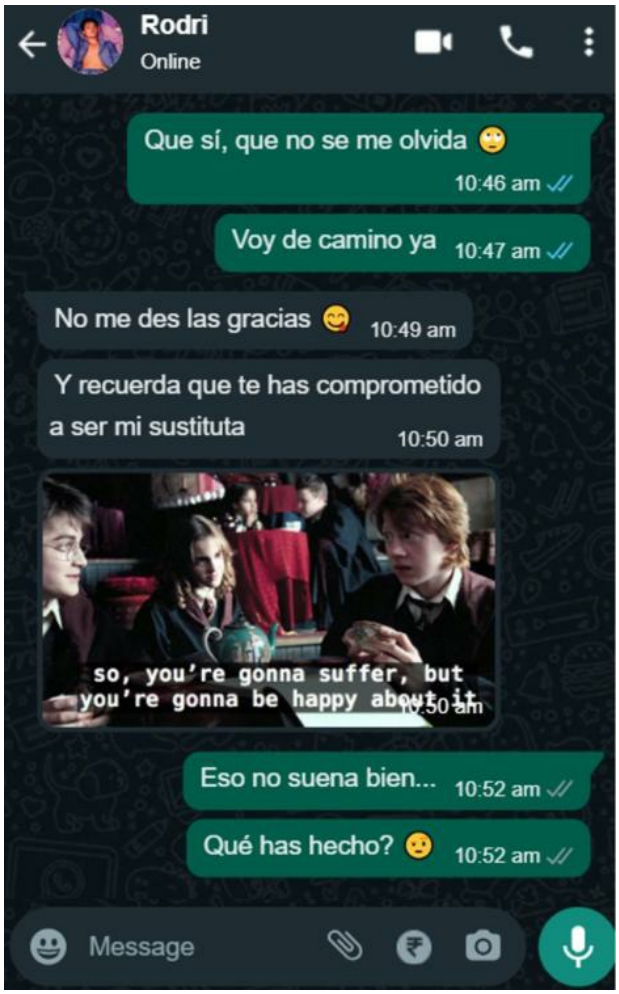


Yo también quiero algo así. Con Eva. ¡No! Te has portado fatal con ella, gilipollas. No te la mereces, imbécil. Seguro que, con Roxy, sufre menos. Déjala en paz. Después de lo del baño, su cerebro seguía riñéndole. Tenía razón y la había cagado con la castaña. Su comportamiento no tenía excusa y era mejor que no se acercase mucho a Eva o no se iba a poder controlar. La chica sacaba lo peor de ella. *En algún momento, también lo mejor. ¿Qué pasó? Te entró miedo y huiste. Es tu culpa si, ahora, no te quiere ni ver.*

Salió de Instagram suspirando porque no quería ni llegar al perfil de su excompañera. Lo único que hizo fue seguir a Claudia. La chavala lo hizo en cuanto salieron de la discoteca y Cloe se lo había pensado mucho. No necesitaba que su móvil le recordase la sexy bailarina con la que

vivía temporalmente la castaña, pero la rubia ya le había dicho que no iba a pasar nada entre ellas. *La gente cambia de opinión y Eva tiene pinta de ser de las que se enamoran de su amiga de la infancia y no se lo dice hasta que se va a casar o algún cliché del estilo. Claudia… se casaría igual. ¡Hostias! No le he preguntado a Carla qué opina de ella. A lo mejor le gusta también y deja de ser… hetero… confusa*.

No dejó de pensar en qué iba a hacer al día siguiente, cuando se tuviese que presentar en el entrenamiento, hasta que llegó a la dirección que le había pasado Rodri. El estudio no le pillaba demasiado lejos y se fue andando, a pesar del frío. Creyó que el aire y el paseo la despejarían, pero se equivocó. Aunque, al leer el mensaje que su amigo le envió antes de entrar, se dio cuenta de que su mayor error fue aceptar hacerle ese favor.



Por un instante, se temió lo peor. El chico le había dicho que no lo haría sola y ella ni siquiera le dio importancia. A decir verdad, se olvidó por completo del maldito podcast hasta que él se lo recordó el día anterior. Rodri le insistió muchísimo y tampoco hacía falta ser un genio para darse cuenta del porqué. La rubia no cayó hasta que la puerta se cerró tras ella y se encontró con lo inevitable.

—Rodri, cuando vuelvas, te estrangulo —le dijo en un mensaje de voz.

Pero ¿cómo no sospeché que lo hacía con Eva? Si son las gemelas Olsen del sur… Más

tonta y no nazco. Caminó despacio hacia la mesa donde estaba la muchacha mirando su portátil y se paró al alcanzarla. La castaña tardó unos segundos en notar que estaba allí plantada, más tiesa que un cactus, y la miró como si fuese un fantasma.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó la menor al fin—. No me digas que… ¿Rodri?

—Rodri —asintió ella resoplando.

—Puto Rodri —Eva rodó los ojos—. Ese es… era su sitio. Siéntate y te explico cómo lo hacemos.

Definitivamente, la castaña no estaba muy contenta de verla. *Es mi culpa. Llevo una semana sin hablarle, después de… ¿Puedes centrarte en lo que te está diciendo?* Le costó horrores no interrumpirla, pero se contuvo hasta que acabó su breve explicación.

—Lo siento —le dijo entonces—. Por lo del lunes. Bueno, por la semana que te he dado. Y…

—Luego te disculpas todo lo que quieras por follarme —la castaña escupió la última palabra con rabia—. Tenemos un podcast que grabar y me toca hacer la introducción porque Rodri no está.

—Chicas, cuando queráis —la avisó una de las productoras en la cabina de grabación.

—¡Dale! —Eva tomó aire—. Bienvenides, *miembres* de la mafia del abecedario. Nuestro drama es vuestro drama y, cada día, el de más gente —la chica la miró brevemente acercándose el micrófono—. Como ya sabéis, Rodrigo Rodríguez nos ha abandonado fabulosamente. Se ha ido a buscar el amor a un reality californiano, pero eso ya lo comentaremos en el próximo programa. Hoy, os presento a su sustituta. Una mejora considerable. Quizás, la conocéis porque estuvimos juntas en las *Red Titans* antes de que se fuese a Corea. O, a lo mejor, alguna oyente ha tenido el placer de acostarse con ella, dado su historial… —murmuró recostándose en la silla como una niña enfurruñada—. Cloe «Strix» Álvarez. Saluda, rubia.

—Hola —la mayor la observó casi sin palabras—. Preciosa tu presentación y el ataque gratuito, pero a ver quién tiene el historial kilométrico ahora, bonita.

—Seguro que tú o Rodri, que nos ha dejado con este marrón. Pero no nos toca hablar de él. ¿Por qué no les cuentas a nuestras oyentes cómo te fue en Corea? ¿Ligaste mucho? Dicen que, en Asia, son un poco cerrados con lo de la homosexualidad, y el tema de hoy es, casualmente, ligar siendo parte del colectivo.

—Pues, la verdad, es que no te puedo decir mucho de allí porque no salía apenas y las únicas personas que conocí eran parte del equipo —replicó Cloe.

—Me sorprende que no dejases embarazadas a una decena de coreanas —su compañera frunció el ceño—. Bueno, volviendo a España. ¿Cuáles son tus métodos para enamorar cuando sales de fiesta?

No sé. Dímelos tú. Estuvo a punto de liarla, pero se detuvo al ver que Eva solo estaba siguiendo el guion en su portátil. Probablemente, ella y Rodri hubiesen preparado unos cuantos programas por adelantado y la mayor de las Álvarez se había incorporado en el peor. Por eso, se

portó bien e ignoró las pullitas de la castaña, que eran dardos envenenados a su corazón.

—Lo vamos a dejar por aquí, pero la semana que viene hablamos de sexo hetero *versus* lésbico, después de ver cómo le está yendo a Rodri en el show —concluyó la jugadora—. Gracias, Cloe, por sustituirlo. Nos escuchamos en siete días, *bitches*.

La mujer de la cabina les hizo un gesto indicándoles que habían terminado de grabar y Eva se levantó tan rápido que apenas le dio tiempo a alcanzarla cuando salió fuera. Cloe la agarró por el brazo e ignoró su suspiro al girarse.

—¿Qué quieres? —le preguntó molesta—. Tengo que ir a recoger a Claudia antes de volver a casa y quiero comer.

—Te acompaño. No creo que a Max le importe que se retrase el almuerzo —la rubia la siguió—. Me has dicho que me disculpase luego y tenemos que hablar.

—No tengo nada que decirte, Cloe, y tú tampoco en la última semana.

—Lo sé. Soy imbécil y no sé gestionar… nada —la mayor se apresuró a subirse al coche —. Lo siento mucho, de verdad. No tengo excusa y no te puedo explicar por qué lo hice. No quería que pasase así.

—Ah, pero ¿querías que pasase? —Eva la miró más cabreada que sorprendida.

—Te besé en la discoteca, ¿no?

—Estabas borracha.

—No bebí nada, Eva. Era la conductora oficial ese día.

—Entonces, ¿por qué me comiste la boca en el baño? —la castaña empezó a parecer confusa—. No te entiendo.

—No me entiendo ni yo, pero lo hice porque era lo que quería en ese momento —se sinceró ella—. Te vi y… yo qué sé. Tenía ganas de besarte.

—Tú lo que quieres es volverme loca, ¿no?

—Eso ya lo estabas de antes —la ayudante de entrenadora quiso relajar el ambiente bromeando—. No me eches a mí la culpa.

—Muy graciosa —la jugadora rodó los ojos—. Madura un poquito.

—Lo estoy intentando —la rubia le puso la mano en el muslo inconscientemente—. No quiero estar jugando al gato y al ratón contigo, pero fue divertido, ¿no?

—Lo dirás por ti —la castaña le quitó los dedos de su pierna—. Yo me he estado comiendo la cabeza días porque te dio un puto arrebato.

—Ya te he pedido disculpas. Sé que no estuvo bien.

—¿El qué? —Claudia la sobresaltó abriendo la puerta—. Estás en mi sitio.

—Perdón.

—Nada, quédate ahí —se rio la bailarina—. Me voy para atrás.

Cloe ni siquiera se dio cuenta de que Eva había detenido el coche y la chica siguió mirando al frente, no muy contenta, mientras su amiga se montaba. La rubia suspiró ante la repentina sensación de tensión que la invadió. Otra vez, estaba deseando quedarse a solas con la castaña y no era el mejor momento. *¿Cuándo coño vamos a poder hablar tranquilas? Ni siquiera me ha dicho que me perdona*.

***

Al llegar a su vivienda compartida, Carla solo halló a Max. El chico estaba en el sofá descifrado un cubo de Rubik en una posición poco ergonómica para su columna vertebral y los nervios de su cuello. *Debería sentarse en un ángulo recto o tanta presión va a desgastar los discos. Una radiculopatía cervical duele mucho*.

—¡Hola! —el muchacho se levantó al verla—. Cloe no ha vuelto aún.

—Se habrá retrasado la grabación —la doctora lo observó—. Interesante estímulo para tu memoria.

—¿Qué? —Max fijó la vista donde ella—. Ah, el cubo. La memoria no sé, pero se me da bien, supongo.

Cloe, apareciendo por la puerta, la rescató de una conversación trivial iniciada por el pequeño inquieto y ella se sintió libre de ir a cambiarse su ropa de trabajo mientras su hermana charlaba con él. Le fascinaba el hecho de que alguien de su edad se interesase por aquel rompecabezas tridimensional de los años 70. *Puede que lo haya subestimado ínfimamente y su coeficiente intelectual sea más elevado de lo que aparenta*.

Durante el almuerzo, el chico la observó fijamente lo suficiente como para incomodarla. Cloe continuó narrándoles su experiencia en el podcast hasta que se hizo un silencio. Carla le mantuvo la mirada al muchacho. *¿Serán sus pupilas así de grandes o se encontrarán en un estado de dilatación ante algún estímulo cerebral? ¿Habrá heredado los irises azul índigo de su progenitora? Genéticamente, compartimos más genes maternos*. La doctora contempló a su hermana una fracción de segundo. La mayor de las dos sí tenía un color de ojos parecido a la madre biológica de ambas. Sin embargo, la menor llevaría más carga genética de su padre y deseaba averiguar qué singularidad de ADN común aún les daba para tener similitudes físicas. *¿Será imperceptible?*

—¿Por qué te fuiste a Boston? —Max la descentró de su búsqueda científica—. Está muy lejos y hay hospitales en todas partes.

—Es investigadora, no médica —intervino Cloe—. Necesita un laboratorio, no un hospital.

—Ah, sí, lo del ADN, me lo dijiste —el chico frunció los labios—. ¿Por qué te dedicas a eso si estudiaste medicina? ¿No te gusta la sangre?

—Técnicamente, no podría ejercer mi profesión si tuviese aversión a la sangre, ya que trabajo con nuestras de la misma a diario.

—¡Hostias! Es verdad —el pequeño asintió demasiado rápido para el bien de sus

vértebras cervicales—. En las pelis, siempre sacan muestras de ADN de las gotitas de sangre del asesino o de un pelo *random* que tiene la víctima en la ropa. ¡Mola!

—Igualito a lo que hace Carla, enano —la mayor se echó a reír—, pero a ella le interesaba todo el tema por su padre. Por eso, acabaste en Boston, ¿no? Nos enteramos que el señor era de allí por unas cartas.

—Realmente, preferí Boston por la calidad de sus investigaciones en el ámbito genético —concluyó Carla—. Sin embargo, existe una correlación positiva con el hecho de poder saber quién es mi padre biológico, aunque ha resultado ser infructuoso hasta la fecha.

—Se pone interesante la telenovela —se rio Max—. Quiero saber lo de las cartas. Bueno, la historia entera, pero te puedo ayudar a encontrar a ese señor si quieres. Se me da bien buscar gente.

¿El demonio hiperactivo este me asistirá en una tarea tan compleja? La doctora cuestionó sus capacidades colaborativas mentalmente. No conocía demasiado del chico, pero no le generaban confianza ciega los humanos que dormían hasta mediodía. *Aunque es más activo de noche y los infantes de coeficiente intelectual excelso son propensos a preferir horarios nocturnos en su etapa adulta. Eso explicaría su maestría con el cubo de Rubik*.

—Capaz es el gremlin de solucionarte la vida y encontrarlo antes que tú —las carcajadas de Cloe no le quitaron seriedad a sus palabras—. No lo parece, pero es muy listo y se le dan bien los ordenadores.

—Por intentarlo, no perdemos nada —el muchacho se encogió de hombros—, pero, si lo encuentro, me lleváis de fiesta e invitas tú a las copas.

La científica ponderó detenidamente la oferta. Deseaba hallar al sujeto con el que compartía una insignificante carga genética, pero se arriesgaba a una desilusión infructífera o a conseguir datos a cambio de contribuir a la intoxicación etílica del joven veinteañero. Tenía que sopesar ambas opciones.

Mientras lo hacía, Cloe procedió a contarle a Max el hallazgo que hicieron ambas hermanas en su adolescencia. Técnicamente, la menor tenía la misma edad que el chico ahora cuando todo ocurrió. Veinte años. Habían pasado diez y ninguna era capaz de olvidarlo. ¿Cómo se deshace el recuerdo de una madre drogadicta que, alcoholizada, se precipita por un puente?

—Nos complicó más la vida —suspiró la mayor—. Desde que nació Carla, fue peor. Yo tenía como tres años y, si no llega a ser por nuestros abuelos, la hubiese tenido que cuidar sola. Iba tan drogada que ni el pecho le dio. En fin, que averiguando papeles cuando se murió, encontramos unas cartas del señor americano este diciendo que él no podía volver a España a hacerse cargo de una cría y, menos, sin tener pruebas de que fuese suya —Cloe se encogió de hombros—. Quien quiera que fuese, le decía que su trabajo en Boston era muy importante y lo necesitaban en el hospital. Así que creemos que era médico. Lo sorprendente es que mamá se entrase y le respondiese porque había cosas en inglés y tenía el cerebro frito hasta para entender español.

Carla observó a su hermana. La mayor de las Álvarez trató la situación con condescendencia en su momento y, ahora, relataba lo sucedido con apatía, como si fuese la

historia de otra persona. Sin embargo, la menor vivió su encierro de manera distinta. Ambas desviaron su atención de lo ocurrido para enfocarla en intereses diferentes. Cloe apenas salía de su habitación y se pasaba horas en los mundos virtuales de los videojuegos mientras Carla concentraba todos sus esfuerzos en los estudios y en ser su mejor versión. No quería ser como aquella mujer que había abandonado a sus hijas cometiendo aquel acto deleznable. Jamás olvidaría la forma en que la relación con su hermana y toda su existencia cambió por su culpa. Sobre todo, tras ver la tristeza en los ojos de la mayor transformarse en rabia al enterarse de que no fue un mero accidente, sino un suicidio. Y tampoco se lo perdonaría a su progenitora fallecida.

—Acepto tu oferta —dijo firmemente—. Si encuentras información de mi padre, te costeo la bebida un día que salgamos.

—¡Hecho! —Max extendió la mano hacia ella.

El pequeño la contempló con una gran sonrisa al estrechársela. Probablemente, había errado al imponerle tremendo reto, pero sintió un impulso irrefrenable que la llevó hasta un puente de respuestas sin contestar.

Capítulo 9: Quien tiene un vicio…

Su semana fue de lo más normal o lo pretendió. La cosa seguía rara con Cloe, obviamente, y sus conversaciones eran vacías, sin sentido. Aún estaba un poco cabreada con ella, pero intentaba que no se le notase. La mayor no le había dado ninguna explicación razonable por lo que hizo. Sin embargo, ese viernes, ya estaba harta de tener que verla ser muy simpática con el resto del equipo. En el fondo, hasta deseó que, por lo menos, se metiese con ella como cuando vivían juntas un año atrás. Además, le tocó subir la foto promocional que también había editado ella misma para el Instagram del podcast y no le quedó más remedio que estar un rato viendo su preciosa cara:



Con tanta saturación de Cloe, tan solo se le ocurrió recurrir a quienes las conocían a ambas:

—Me pillas de milagro, chocho —la cara de Rodri ocupó toda la pantalla de su móvil—. En una hora, empieza mi vida temporal en *Californication*. ¿Te puedes creer que vaya a entrar en un reality?

—Al final, ¿te quedas? —Eva lo miró como un cachorro triste.

—Sí, pero casi no lo hago porque no voy a poder usar el móvil hasta que salga. Así que

esta va a ser nuestra última llamada en meses. Aprovecha, *bitch*.

—Pero tengo demasiados problemas como para comprimirlos todos en una hora.

—Empieza por Cloe. Me llamas por ella, ¿no? —el chico le leyó la mente—. Venga, suéltalo.

Le faltó tiempo para contarle todo el drama con la rubia. Las reacciones no tenían precio, pero Rodri se alegró de los dos encuentros que habían tenido en diferentes baños. Sin embargo, cuando terminó, puso una cara de villano de película que no le gustó nada. Como siempre, su cabecita ya estaba planeando algún desastre, que no iba a ser bonito, y la iba a incitar a cometer una locura.

—Lo que tienes que hacer es provocarla a tope hasta que estalle y te vuelva a empotrar.

—Sabía que ibas a decir algo por el estilo —Eva rodó los ojos—. Eso nunca sale bien. Lo sabes. A Lucía le costó una pelea con Cora antes de empezar.

—Fue porque estaba Cloe de por medio. Ahora, solo sois tú y ella —el youtuber se encogió de hombros—. Es una buena idea y lo sabes. Además, quieres que lo haga, no lo niegues.

—No sé, Rodri. No lo veo —negó ella—. Bastante tensa está la cosa.

—¡Por eso, tía! Rompe la tensión ya. Hazme caso.

—Bueno… A lo mejor, lo intento.

Una vez más, acabó convencida por el demonio gay al que llamaba amigo. Sin embargo, cuando él se retiró, tras desearle suerte, su mente repasó el plan sin sentido y no lo vio nada claro. *Necesito una segunda opinión, como con los médicos*. Por eso, acudió a la persona que seguía haciéndole de voz de la razón y llamó a Cora. Su colega peliazul tardó en cogérselo porque la pilló en su descanso para comer. Siempre olvidaba la diferencia de horario con Los Ángeles y solo quería que volviese a estar a una cama de distancia.

—¿Qué te pasa, Eevee? Tienes mala cara —la chica frunció el ceño con preocupación—. ¿Te has peleado con Cloe?

—¿Por qué todo el mundo piensa que tiene que ver con ella? —cuestionó la castaña ligeramente ofendida.

—Ah, ¿no es por ella? —se sorprendió su amiga.

—Sí, lo es, pero podría ser otra cosa.

—¿Qué ha hecho ahora entonces?

Por segunda vez en un par de horas, le contó todo a la pantalla de su teléfono mientras evitaba distraerse con el ajetreo de gente que pasaba tras Cora. Por suerte, ninguna de las nuevas compañeras de equipo de la peliazul hablaba español y le dio igual darle hasta el más mínimo detalle. Sin embargo, la cara de la mayor fue muy distinta a la de Rodri cuando terminó de narrarle lo sucedido. No la supo interpretar muy bien.

—Esta mujer siempre igual —su amiga resopló—. ¿Por qué no puede discutir las cosas

como la persona adulta que es?

—Pues eso digo yo —Eva suspiró también—. Me va a volver loca.

—Bueno, tú también tienes lo tuyo, eh. No estás muda y puedes decirle algo perfectamente. Le dices: «Oye, necesitamos tener una conversación en serio. Déjate de tonterías». Y empiezas a contarle cómo te sientes.

—Mmm —la castaña no estaba muy convencida.

—Hazme caso. ¿Te acuerdas la que se lio con lo de Lucía por no querer hablar con ella? —Cora negó con la cabeza—. Conociéndoos, vosotras vais a acabar peor.

—Quizás, tienes razón…

—Y, si no, pues ya le pongo yo las pilas y le digo que se deje de gilipolleces o la cuelgo de un olivo.

La risa de la peliazul no la hizo sentir mejor, ni tampoco sus bromas. *¿A quién le hago yo caso? O la provoco o hablo con ella, pero las dos no pueden ser*. Tras su segunda videollamada, estaba hasta más confusa. Ninguna de las opciones le hacía mucha gracia. Normalmente, era ella quien les daba consejos a sus amigos sobre su vida amorosa a pesar de que la suya iba como el culo. *Necesito de un mes de vacaciones… de mi cerebro. ¿Habrán inventado algo para desconectarlo? ¿Un coma? Eso igual funciona*.

Tan solo consiguió desesperarse más con las soluciones de ambos. Eran completamente opuestas. Básicamente, necesitaba un desempate y Claudia se lo dio al entrar. La bailarina había presenciado la tremenda tensión que se gastaba con Cloe en su corto trayecto en coche del domingo anterior. Sin embargo, no habían comentado el tema, a pesar de que tuviese todos los detalles.

—Yo creo que Rodri tiene razón —la rubia se sentó en su cama—. ¡Buah, tía! ¿Y si te pones algo súper sexy y nos vamos de fiesta? Podemos subir historias a Instagram y que se infarte al verlas. Seguro que te llama.

—Pues Max me ha invitado a una disco, pero creo que Cloe estará allí también porque el enano dice que paga Carla —Eva aún no entendía cómo lo había conseguido el chico—. Encima, es esta noche…

—¡Dile que vamos! Así, es mucho mejor, que te vea en persona. Dios, cómo echaba de menos esto.

—No sé, Clau. Yo no tengo cuerpo para vestirme espectacular. Hace mucho que no voy al gimnasio… Además, tampoco tengo ropa sexy. Sabes que soy muy cómoda.

—Yo te dejo algo, no te ralles.

Era tarde para no hacerlo, pero se dejó convencer. Si su colega de toda la vida apoyaba a Rodri, no debía ser mal plan, ¿no? *A lo mejor, sale algo bueno y todo. No me importaría que Cloe me empotrase otra vez… y las que quiera, pero bien. Con que me dé tiempo a verlo venir, yo contenta. No pido tanto*. Aun así, no lo vio tan fácil cuando se puso frente al espejo con un vestido de la bailarina al que le faltaba tela por todos lados. Hacía mil años que no se ponía nada

por el estilo y no tenía mucha confianza.

—Me encanta que vayas a cambiar a los cavernícolas que te has estado tirando por Cloe —se rio Claudia terminando de retocarle el maquillaje—. Me cae bien, la verdad. Si fuese mi tipo y no me gustase su hermana, te hacía la competencia por su amor incondicional… o por unas cuantas noches locas de sexo con ella.

—Menos mal que no es tu tipo entonces —la castaña la miró de arriba abajo—. No te gano ni aunque te vistas de monja y te internen en un convento.

—Sabes que me echarían a los dos días —se rio la chica.

—Por hacer pecar al resto de monjitas inocentes —Eva le siguió la broma—. Te las tirarías a todas. Orgia en el convento.

—Eso tiene que ser una peli porno, fijo —asintió la rubia.

—Sí, dirigida y protagonizada por ti.

Bromas aparte, tenía claro que no podría hacer nada contra la bailarina si le hubiese gustado Cloe. *Me rendiría al minuto uno y las vería desde la barrera, más triste que una ameba. ¿Las amebas sienten tristeza? ¿Qué da más pena que eso? ¿Un perrito pidiendo comida? ¡No! Una canción del musical aquel… ¿Cómo se llama? Qué pechá de llorar, por dios. No vuelvo a ir*.

—¡Eh! —Claudia le pasó la mano por delante de la cara—. ¿Nos vamos ya o te vas a quedar pensando en…? ¿En qué pensabas?

—En el musical al que fuimos en el insti.

—¿Por qué estabas…? No, no quiero saberlo. Vámonos. Necesito ver la reacción de Cloe ya.

—Y a Carla —la conocía demasiado.

—Y a Carla —su amiga le sacó la lengua—. Venga, tira.

Estaba incluso nerviosa y no consiguió calmarse de camino a donde las había citado Max. Además, algo entre ir sexy y el frío invernal no terminaba de casar. Tenía claro que se iba a congelar, pero Claudia no la dejó que volviese a cambiarse y le tocó aceptar las consecuencias de hacerle caso a las dos personas más alocadas de su vida. *Tenía que haber escuchado a Cora. Va a explotarme todo en la cara por tonta. No, no va a funcionar y ya será tarde para hablar. ¿Yo para qué me meto en estas movidas?* A pesar de lo que su cerebro le dijese, sus dudas se disiparon y emergieron con más fuerza en los cinco segundos que los ojos de Cloe estuvieron recorriendo su cuerpo. Empezó bien, con la rubia sorprendiéndose, pero después se quedó mirándola con el ceño fruncido, como si fuese una alienígena. *¿Qué estará pensando? Solo hay dos posibilidades: o me quiere comer o cree que soy una ridícula. Lo segundo, fijo. Sabía que era demasiado ajustado. No le gusta*.

Cloe la observó extremadamente bien mientras entraban en la discoteca. La alta disfrutó de las vistas todo lo que quiso. Al principio, le pareció que estaba rara y que no le pegaba vestirse así, pero Eva la atraía muchísimo y no pudo impedir que se le escapase un comentario

sobre lo «tremenda» que estaba. Por suerte, solo la escuchó Max, que se rio como un *shipper* adolescente.

—Necesito una copa —admitió la exjugadora al llegar al reservado.

—¡Yo voy! —se ofreció la castaña—. ¿Qué queréis?

—No, tú te quedas aquí —Claudia la obligó a sentarse junto a Cloe—. ¡Hey, Max! ¿Me acompañas?

—Sí, pero Carla me invita. Mi parte la paga ella.

—Luego pedimos la cuenta conjunta y la dividimos entre todas —la bailarina cogió al muchacho de la mano—. Vamos, guapetón. Que tengo sed. Tú también —dijo tirando igualmente de la doctora—. A ver qué queréis.

—¿Dónde vais tod…? —la saboteadora de las *Titans* se quedó con la palabra en la boca —. Solo se necesita una persona para pedir.

—Se ve que, si eres Claudia, no —Cloe se encogió de hombros—. Le dará vergüenza.

—No, no, Clau no estaba el día que repartieron la vergüenza —le aseguró ella—. Es lo único que le falta.

—Te has buscado una buena sustituta para Rodri, entonces.

—En realidad, tengo dos —Eva no pudo contenerse lo suficiente y le miró el perfil de los labios—. Una en casa y otra en el estudio.

—Una para bien y otra para mal —la rubia suspiró.

Su vista seguía puesta en la barra porque era consciente de que, dirigirla hacia la castaña, era una trampa mortal. Ya no podría despegarla de su cuerpo en toda la noche y la situación no estaba como para calentones que tendría que resolver sola… en un piso compartido, con su hermana en la habitación de al lado. Por lo menos, quería aclarar las cosas con Eva primero y volver a disculparse si era necesario. Su suerte fue que el resto regresó para rescatarla de sus propias ganas de empotrar a su excompañera de equipo.

—¡Eva, Eva! —Claudia se sentó junto a ella y señaló la dirección por la que acababa de llegar—. Llevo un rato dándole vueltas porque me sonaba la chavala que tenía al lado, pero ¿esa no es la única tía que te tiraste el año pasado, la que te hizo cosas raras? Me la enseñaste por Insta.

Ella entrecerró los ojos para enfocar a la pelirroja que le estaba señalando, pero la vio claramente cuando se giró. Efectivamente, fue el primer desliz que tuvo cuando Cloe apenas llevaba unas semanas en Corea. La chica tenía el pelo del mismo color que la exjugadora y, al verla estando borracha, se le cruzaron los cables. No obstante, después, se sintió fatal y comprendió que nadie podría reemplazar a la, ahora, rubia. Por otra parte, Rodri le preguntó si solo se iba a acostar con tías que se le pareciesen, como una obsesa, y buscó una solución mejor para olvidarse de ella: los hombres, que no se le asemejaban en absoluto. Obviamente, no le había funcionado muy bien.

—¡Sí, es esa! —la castaña le dio a su amiga un par de veces en el brazo—. Qué mal rollo.

Es que me acuerdo y…

La conversación que se inició con Max preguntando la definición exacta de «cosas raras» no le gustó nada a la sangre de Cloe, que empezó a hervir. Así que agarró a su hermana y la arrastró a la pista sin dar ni una sola explicación.

—Yo no bailo —le comunicó Carla al verse rodeada de cuerpos extraños no patógenos.

—Ahora, sí —proclamó la mayor centrándose en el ritmo de la música.

Eva se quedó estupefacta, siguiéndolas con la mirada. No entendía el arranque que le había dado a la rubia y dejó de escuchar lo que estaban diciendo sus amigas sobre la pelirroja, de la cual no recordaba el nombre. Bastante la distrajo Cloe bailando como si no existiese nadie más en el mundo. La mayor no necesitaba hacer mucho para que se le cayese la mandíbula al suelo y su lengua hiciese una alfombra, como en los dibujos animados. *Si no me come ella, me la como yo. Ese cuerpo tiene que ser ilegal*.

—¡Que se te van los ojos! —Claudia la empujó devolviéndola a la realidad—. Ve allí y…

La bailarina se descentró un instante cuando vio a Carla regresar más incómoda de lo que se había ido. La jugadora también miró a la doctora, antes de devolver la vista al centro de la pista de baile. Cloe ya no estaba girando alrededor de su hermana, sino que se había pasado a perrearle a la pelirroja rara que se le parecía mucho más cuando Eva no estaba sobria. Para colmo, se le estaba acercando demasiado y le vio las intenciones desde lejos.

—Que se la va a comer —Claudia se encargó de confirmar sus sospechas con un codazo —. Haz algo, que el menú del día deberías ser tú.

La castaña se levantó impulsada por un pensamiento que no terminó de formarse en su cerebro y caminó a toda prisa hacia la única persona que podía ver en toda la discoteca. Llegó llena de rabia y justo a tiempo para detener el caos mental que le iba a provocar verla besarse con otra. Ni siquiera estaba perjudicada, alcohólicamente hablando, como para soportarlo.

—¿No quieres nada conmigo y le vas a comer la boca a esta? —le gritó por encima de la música.

—¿Esta? ¿Perdona? —se ofendió la pelirroja.

—Yo me lio con quien quiero —le respondió Cloe ignorando a su acompañante.

—Con ella, no —Eva se cruzó de brazos—. Te lo prohíbo. Me la tiré yo antes y no puedes.

—¿Desde cuándo eres un machirulo de mierda? —la rubia frunció el ceño, cabreada—. No me puedes prohibir nada porque no soy de tu propiedad. Además, ¿qué más da con quién se haya acostado antes? Es libre de decidir lo que hace y deja de hacer, con su coño o con el resto de su cuerpo.

—¡No me jodas, Cloe! Me da igual lo que haga ella, pero lo que hagas tú…

—Que no me comas la cabeza —la rubia echó a andar hacia la salida—. Si eres tú la que no me ha puto hablado en casi toda la semana.

—¿Yo? —la castaña la siguió enfadada—. Pero si has sido tú la que se pone súper simpática con las demás y a mí me tratas como si tuviese COVID —intentó detenerla, aunque se soltó de su agarre—. Yo es que no te entiendo.

—¡Ni falta que te hace! —la mayor quiso esquivarla metiéndose en el callejón junto a la discoteca—. Empezaste tú con la gilipollez del cabreo.

—Tenía todo el derecho a estarlo. Primero, te largas y, cuando vuelves…

—Eres como un disco rayado. O te callas o te callo —Cloe la amenazó atrapándola contra la pared y mirándola muy seria.

—Que me callas… ¿cómo? —Eva contempló sus labios, ligeramente fruncidos por la ira.

La alta entró al trapo y, tras posar los ojos en su boca una milésima de segundo, pasó a comérsela con todas las ganas que ya no podía ocultar. Su excompañera pegó el cuerpo al suyo tanto como su lengua acarició la de ella. La tenía justo donde la quería, o viceversa. No estaba para pensar en nada, solo necesitaba que los largos dedos de la rubia siguiesen recorriendo su torso y no dejasen de agarrarle un pecho con fuerza mientras le mordía el cuello. Se olvidó hasta de dónde estaba.

La menor dejó que la mayor hiciese lo que le diese la gana con ella mientras disfrutaba de esos suaves labios que la dejaban más tonta de lo que se creía. Aun así, no se estuvo quieta ni un minuto. Sus uñas delinearon los abdominales expuestos de la chica y buscó su boca con impaciencia. Quizás, por eso, ninguna de las dos escuchó la puerta que se abrió al volver la esquina, ni los pasos que buscaron a la castaña.

—Eva, sé que estás ahí —la voz de Claudia cortó de raíz el calor en su vientre—. Deja de liarte ya con el tío *random* de la semana y ven. Te espero dentro.

Cuando se aseguró de que su amiga no caminaba hacia ellas, sino que regresaba a la discoteca, halló los ojos de Cloe mirándola como si se hubiese dado cuenta de que tenía un motivo para estar furiosa con ella. No entendió muy bien si era por las ganas que le tenía o enfado real, pero decidió que necesitaba continuar con lo que estaban haciendo antes de la interrupción. *Si me deja así, me da algo. Por favor, que no nos haya jodido la noche*. Sin pensarlo más, la cogió por la cara con ambas manos e intentó besarla. Intentó solo, porque la rubia la empujó con el ceño fruncido.

—No me beses —le soltó con asco—. A saber qué pollas has chupado con esa boca.

—¿Qué? —Eva la observó aturdida, sin entender nada.

—Ya me he enterado de tu historial este año.

—No me jodas, Cloe —la menor estaba completamente perpleja con lo que estaba oyendo y se empezó a enfadar—. Si eras tú la que siempre presumía de todas las tías con las que se acostaba.

—He cambiado —la rubia bajó la vista con un gesto que no reconoció.

—No lo suficiente —la castaña sintió el cabreo recorrer cada pedacito de su cuerpo—. Sigues siendo igual de gilipollas.

Eva la apartó de su camino bruscamente y se dirigió hacia la entrada del local. No sabía si estaba más indignada o decepcionada. Probablemente, lo segundo. *¿Cómo se atreve a ir de santa ahora? Yo no sé ni para qué lo intento…*

Mientras tanto, Cloe dio con la cabeza en la pared. Era absoluta y completamente imbécil. ¿Por qué había dicho eso? No le importaba nada con quien hubiese estado antes, solo quería ser la última persona con la que saliese. Perdía la cabeza con la castaña y no hacía más que cagarla. Por un instante, la siguió para disculparse, pero la menor estaba realmente cabreada. Iba a ser mejor que la dejase enfriarse antes de cometer otro error. Su cerebro la hizo mirar hacia la entrada del callejón. Eventualmente, tendría que regresar al interior y enfrentarse al terror de perderla. ¿Por qué no era capaz de decirle lo que sentía realmente? Estupidez y miedo, seguro. No merecía a Eva. Le hacía más mal que bien y, al final, tiraría la toalla con ella.

Capítulo 10: Heteros y peros

Le costó horrores convencer a Eva para que se quedase un rato más. Su amiga no le quiso contar lo que le sucedía, pero volvió del exterior llorando, disimuladamente. La conocía de toda la vida y nunca la había visto derramar ni una sola lágrima. De hecho, habría jurado que era imposible, hasta el momento, porque era una chica demasiado alegre para eso. *Algo muy chungo le ha tenido que pasar*.

Se la llevó a la barra y pidieron un par de chupitos. Claudia estaba segura de que, con un poco de alcohol en el cuerpo, se le pasaría. En realidad, estaba siendo egoísta. Solo quería que no se marchase, por no tener que irse con ella, y poder continuar sus avances con Carla. Hasta que entró su amiga, estaban manteniendo una conversación de lo más interesante y la bebida estaba soltando a la morena. Empezaba a pensar que su heterosexualidad iba con «pero» y sus posibilidades eran altas. En otra ocasión, lo hubiese dejado estar, pero la doctora era, irónicamente, como una droga para su organismo.

—No quiero verla en la vida —Eva se tragó el chupito de una e hizo un guiño.

—¿A quién? —dudó Claudia medio perdida en una Carla a la distancia.

Su amiga señaló el reservado con la cabeza y vio a Cloe sentarse junto a su hermana. *¿Otra vez se han peleado? Madre mía. Si follasen a menudo, esto no pasaba*.

—Sabes que entrenas con ella a diario, ¿no? —la rubia rodó los ojos—. Se te va a dificultar lo de no verla.

—No me lo recuerdes. Ponme otro —le dijo la castaña al barman—. La odio tanto.

—Creo que la palabra que buscas es «gustar», no «odiar» —la bailarina intentó quitarle hierro al asunto riéndose.

—No, no. Ahora mismo, es odio.

—Bueno, pues yo odio muchísimo a Carla.

—Es hetero. Déjalo antes de que te haga sufrir.

—Hetero con pero, en todo caso —Claudia miró a la morena nuevamente—. Me ha tocado la rodilla tres veces y creo que me ha llamado guapa, en su idioma de científica.

—Bienvenida a *Delulu Land* —Eva alzó su segundo chupito a modo de brindis—. Aquí, recibimos a todo el mundo con delirios amorosos sin importar su sexualidad —se lo tomó de un trago—. Disfruta de tu estancia. Voy al baño.

—¿Quieres que vaya contigo? —se preocupó la rubia.

—No, gracias, pero hazme un favor. Si a Cloe se le ocurre ir hacia allí, no la dejes.

—Mmm… ok —ella la miró confusa—. Se me da bien ser perro guardián.

Observó a su amiga caminar un poco más perjudicada de lo que estaba cuando regresó y no pudo evitar quedarse intranquila. Sin embargo, le había dejado una misión y fue a sentarse justo enfrente de la mayor de las Álvarez. La otra rubia frunció el ceño cuando lo hizo.

Probablemente, porque la estaba mirando como el poli malo de las películas.

—¿Dónde vas? —le preguntó en cuanto se levantó.

—A por agua —Cloe sonó defensiva—. ¿A ti qué te pasa? ¿Tienes complejo de madre?

—No, solo de buena amiga.

—Uff… ¿Nos podemos ir pronto, por favor? —la alta resopló mirando a su hermana—. No salgo de aquí con vida hoy. Si no me mata esta, me pego un tiro yo solita.

—¡No quiero! —Carla negó, claramente borracha—. Mis neurocircuitos están inxoti… inxo… intoxicados por químicos y me siento… —se paró a analizar la sensación correcta— eufórica. Me hacen cosquillas en el cerebro.

—¿Cosquillas en…? ¿Cuánto has bebido? ¡Max! —la mayor se dirigió al chico.

—Ha sido ella —el chaval levantó las manos, ebrio también.

—No os puedo dejar solos ni un minuto…

Cloe se fue con paso firme hacia la barra, cabreada con el mundo, y regresó con tres botellas de agua. Claudia observó la escena entretenida. Ella nunca bebía mucho por el tema del baile y, cuando se pasaba, se le iba la pinza. Así que el único chupito en su cuerpo la mantenía lo suficientemente racional como para seguir hablando con Carla. Sin embargo, la doctora las informó de que iba al baño y la bailarina tuvo que retener a su hermana para que no la acompañase. Al menos, le sobró con un «Eva está allí».

Ambas esperaron impacientemente a que alguna de las dos regresase, pero no pasó en un buen rato. Claudia vio la desesperación reflejarse en la pierna de Cloe, que no paraba de moverse y la estaba poniendo extremadamente nerviosa. Por si fuese poco, Max no ayudaba diciendo que se habrían entretenido con alguien. *¿Y si les ha pasado algo? Eva no estaba bien mentalmente y Carla iba más borracha que una cuba*.

—Voy a buscarlas —avisó levantándose de golpe.

—Voy contigo —la exjugadora la imitó.

—No, quédate aquí. Se nos vaya a perder este también —ella señaló al muchacho, medio tirado en un sofá, con la cabeza—. Si seguro que se han encontrado en el baño y están haciendo el pollas. Ya vuelvo.

La mayor aceptó, no muy convencida, y se sentó otra vez junto al chico. La verdad era que ni ella misma confiaba mucho en que hubiese ocurrido eso, pero era la explicación más razonable. Con suerte, las hallaba a las dos juntas y se quitaba la preocupación de encima. Sin embargo, lo único que no esperaba que pasase fue lo que sucedió, y se llevó una sorpresa inesperada.

Se quedó parada en la entrada del pasillo que daba al baño porque su cerebro cortocircuitó al ver a Carla darle un pico a una chavala que estaba apoyada en la pared. La chica pareció tan asombrada como la propia Claudia. *¿Qué coño? Esto es surrealista, tío*. La rubia repasó la escena un segundo mientras la morena se acercaba contenta. Sin duda, la doctora había salido y le había plantado un beso en la boca a una desconocida, por toda la cara.

—¡Claudia! —la científica se lanzó hacia ella y le rodeó el cuello con las manos—. Qué espécimen humano tan perfecto eres. Tienes unos rasgos muy site… simétricos —la miró de cerca tocándole el rostro—. Asimismo, eres más *simtápica*… sim-pá-ti-ca, eso, que la chica que me ha dejado pasar. ¿Se lo he *adegracido*… agradecido ya?

—Ma da que sí —la bailarina la observó perpleja—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué hablas… más raro de lo normal?

—Es que soy *disxélica*. Disléxica. Qué palabra tan complicada —la morena se rio.

—Claro. Cuando bebes, se te lengua la traba y te cambias de acera —ella rodó los ojos y suspiró—. Y debes ser muy disléxica porque te gustan todas las tías menos yo y eso sí que es un trastorno… para mí.

—No. A mí no me gustan las tías —Carla intentó negar con el dedo.

—Y no eres disléxica tampoco…

—Que sí lo soy —la chica hizo un puchero como si fuese una niña pequeña.

—Bueno, lo que tú digas. ¿Has visto a Eva?

—¡Sí! Está sentada en el lavabo —la doctora hizo una mueca de desagrado—. Le he dicho que no es higiénico y me ha mandado a los excrementos de las aves de corral.

—Ya… Quédate aquí —la rubia la cogió por los hombros para que se centrase en lo que le decía—. No te muevas, ¿vale?

Carla asintió un poco fuera de sí y Claudia corrió el riesgo de dejarla otra vez. Se lo pensó dos veces, pero necesitaba cuidar de su mejor amiga. La castaña no se encontraba bien y tenía que sacarla de ese baño antes de que cometiese una locura de las suyas. Afortunadamente, seguía donde la doctora la había dicho. Tenía la mirada perdida en el suelo y sus pies colgaban moviéndose levemente, con desgana.

—Tía, te estaba buscando —la bailarina se paró delante de ella—. ¿Te vas a quedar ahí toda la noche?

—Hasta que se vaya Cloe, por lo menos —le respondió Eva sin mirarla.

—¡Venga ya! ¿Vas a dejar que te arruine la noche lo que sea que te haya soltado?

—Ya me la ha arruinado. La vida entera.

—Eso se remonta. Te invito a una copa.

—No, gracias —su amiga observó el camino de una chica saliendo del baño.

—Eva, tía —la rubia la cogió de la mano—. Ya mismo estamos en casa, pero vamos a despedirnos por lo menos. Nos ha invitado Max y tenemos que dividir la cuenta.

La jugadora resopló y se bajó del lavabo como si le pesase todo. Se tiró del incómodo vestido hacia abajo y dejó que la arrastrase hasta la puerta. Por suerte, Carla era obediente y la estaba esperando como un perrito a su dueña. Al verla, Eva suspiró.

—Voy a por la cuenta y, ahora, lo dividimos —la avisó su amiga—. Llévatela con su

hermana, que va peor que yo.

—No tardes o mando a la poli en tu busca —la advirtió Claudia—. Te espero en el reservado.

***

Las cosquillas en su cerebro la estaban haciendo percibir unas luces demasiado brillantes para sus órganos oculares. Por eso, fijó la vista en otra parte. Comenzó en la mano que sostenía la suya para no perderla en la masa de cuerpos *traspirantes*. *Ese adjetivo no existe, ¿verdad?* Sentía la calidez recorriendo sus palmas y la suavidad inundando las terminaciones nerviosas que componían sus huellas dactilares. Sin embargo, sus pupilas dilatadas se posaron en un conjunto de músculos más interesantes.

—Tienes el tejido adiposo muy bien sobrepuesto en la superficie externa de tu *gluteus maximus* —dijo a modo de observación, más alto de lo que fue consciente.

—¿Qué? —Claudia se giró a la vez que se detenía.

—Me gusta la esfericidad de tu *gluteus maximus* —repitió asintiendo, como si fuese una obviedad.

—¿Mi *gluteus*…? —la rubia tuvo un momento de lucidez—. ¿Me estás mirando el culo?

—Ya no porque te has dado la vuelta —la doctora se encogió de hombros—. No obstante, si te volteas nuevamente, puedo seguir haciéndolo.

—Me molas borracha —la risa de la chica acaricio sus oídos produciendo cierto agrado en su corteza prefrontal lateral.

La bailarina continuó tirando de ella hasta que se reunieron con su hermana y Max. Cloe se puso a echarle una bronca a demasiados decibelios para su estado de embriaguez, pero su mente seguía en el trasero de la rubia. *Desearía poder posar la cara palmar en él y cerrar las fagan… falanges distales a su alrededor. Tiene que sentirse realmente bien. ¡Uff! Mis neuronas vestibulares están de fiesta también. Debo tener insuficiencia sanguínea en el cerebro… ¿Puede parar este sitio de dar vueltas?*

—¿Me estás escuchando? —su hermana mayor la cogió por las clavículas.

—No —se rio la menor—. ¿Qué decías?

—Que te bebas el agua, que nos vamos ya mismo.

—Mmm… H2O. ¿Sabes por qué es transparente? —la científica dio un trago largo a la botella que le ofreció—. Sus *molélucas*… moléculas son tan pequeñas, diminutas, que no son capaces de interactuar con la luz.

—Muy interesante —Cloe rodó los ojos—. Bebe.

—Si mis mo-lé-cu-las fueran así —Carla pretendió medir un tamaño inexistente con los dedos—, yo sería transparente y verías a través de mi persona.

—Lo que me faltaba, que tus moléculas borrachas fuesen invisibles.

—Transparentes —la corrigió apoyándose en ella—. Trans-pa-ren-tes. Del latín, *trans* y *parere*. Literalmente, significa «aparecer de un lado a otro». El latín es hilarante.

—Suena a invocación demoniaca —aportó Max algo más sereno.

—Eso es imposible. Los romanos no creían en demonios. La etimología de la palabra, que se refería a los espíritus sobrenaturales, sugiere que los seres malignos a los que nombras con ese término provienen de la Edad Media cristiana.

—¿Cómo las brujas? —dudó el chico.

—No, son celtas —la científica parpadeó lentamente rebuscando en sus conocimientos—. Técnicamente…

—No, para —Cloe la interrumpió—. Enano, deja de preguntarle mierdas y sentaos mientras viene Eva.

Carla se acomodó junto a Claudia, casi encima de ella y fijó la vista en un punto de su pierna. Acabó con el ceño fruncido y dándole vueltas a la pinta tan dura que tenía. *Es lógico. Como bailarina, debe fortalecerlas a diario. Quizás, va al gimnasio también*. Se lo pensó dos veces antes de tocar, pero acabó posando los dedos sobre su muslo y, luego, la mano entera. La chica la miró extrañada un instante, sin decir ni una palabra.

—Tienes el cuádriceps sumamente firme —le confesó la doctora.

—Gra-gracias —la rubia tensó el músculo bajo su mano.

—Carla, deja de toquetear a Claudia —Cloe resopló.

—No estoy toqueteando —negó la morena—. Esto es toquetear.

Sus manos se movieron antes que su cerebro y palpó cada trozo de piel que tenía la bailarina a la vista, mientras miraba a su hermana mayor con arrogancia. Básicamente, tocó casi todo el cuerpo de la mujer. Incluso le rozó un pecho sin pretenderlo. Fue un descuido inocente, pero su mente iba con efecto retardado y no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde. Afortunadamente, Claudia no lo mencionó y fingió que no había pasado nada. *Mmm… Curioso. No me importaría auscultarlo mucho más tiempo. Por motivos científicos, claro. Pero, ¿qué estoy pensando? Esto no funciona así. Tengo las neuronas ebrias ya.*

—No es por quejarme, pero avisa para la próxima y nos metemos mano a medias —la rubia se rio adorablemente—. Cuando quieras, eh.

—Pues… —comenzó ella.

—Ya tengo la cuenta —Eva apareció como un ente—. He pagado yo. A dividir 85,50 entre todas.

—Pero, ¿la copa no era a ocho euros? —cuestionó Claudia antes de que ninguna pudiese reaccionar.

—Sí, justo. Y el agua a dos diez —asintió su amiga.

—Nos han timado —la bailarina frunció los labios—. Te han cobrado siete veinte de más.

—¿Qué? —se enfadó la castaña—. Esto lo reclamo yo ahora mismo.

—Voy contigo y le ajusto yo las cuentas —se ofreció la rubia de muslos firmes.

—¿Cómo has calculado tan rápido? —cuestionó Max irguiéndose en el sitio con interés.

—Es así desde siempre —Eva suspiró rodando los ojos—. En la escuela, siempre sacaba sobresalientes en matemáticas.

—Otra cerebrito no, por favor —Cloe se llevó la mano a la cara.

Carla la observó estupefacta. *Uy, hay vida inteligente dentro de esa cabeza. Al final, va a ser interesante, además de estar muy buen… ¡Cerebro! No seas obsceno. Como para no serlo con semejante mujer delante, señorita. ¡Cállate ya! Estás ebrio*.

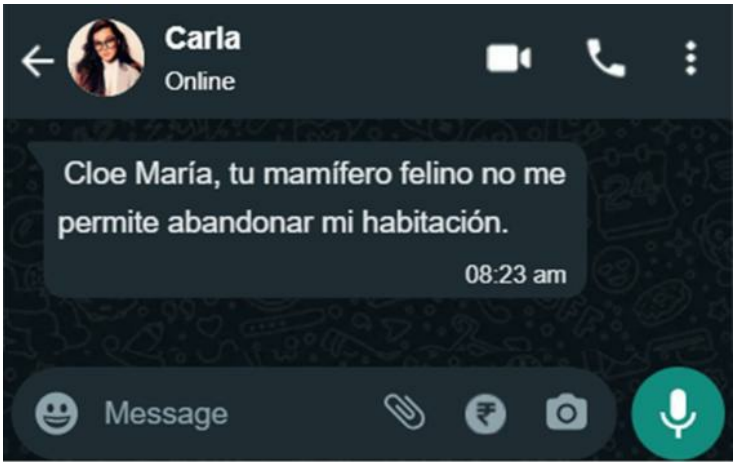
Capítulo 11: No hagas eso

Quería morirse. *¿Por qué le dije eso? Qué gilipollas soy, colega. Si me da igual con quién se haya acostado. Bueno, no. Me importa, y mucho. No quiero que se tire a nadie. A mí y ya está… De verdad que soy imbécil. No hago nada más que cagarla*. ¿Cómo le iba a pedir perdón? No se lo aceptaría, de nuevo. Encima, tenía que ir a grabar el maldito podcast y enfrentarse, otra vez, a las malas caras de Eva. No soportaba que estuviese enfadada con ella, pero tampoco sabía cómo hacerlo todo de forma diferente. Le encantaba la jugadora y se ponía tan nerviosa cuando la tenía delante que era incapaz de tratarla bien. Lo único para lo que valía era para liarla. Lo peor era que no podía dejar de mirar la maldita foto de la chica que Claudia había subido a su Instagram y quería hacerle de todo. A Eva, no a la imagen. A pesar de que aquel conjunto de píxeles en su pantalla le había dado una noche muy interesante consigo misma y sus propias manos, no era lo mismo que estar con la de verdad y tocarla a ella.



Se le estaba yendo la cabeza y no había dormido casi nada, cosa que llevaba sin ser novedad desde que volvió a Madrid. *¿Qué le puedo decir para que me perdone? Que lo siento, que me puede estrangular si quiere y que voy a hacer lo que haga falta para que no me odie. ¿Y si le confieso que me gusta, pero solo sé provocarla para que se enfade y surjan roces? ¿Qué mierda de estrategia es esa? Necesito un descanso de tanto pensar*.

Su móvil la salvó de darle más vueltas al tema y lo agarró a la velocidad de la luz por si era Eva. Obviamente, se llevó una decepción, pero no perdía la esperanza. Sin embargo, tan solo era su hermana, dando por culo de buena mañana.



—Ya estamos…

Salió resoplando de su habitación para ir a recoger a su gato y se encontró a Carla mirando con asco al animal, a tres pasos de su propia puerta.

—Caos, bonito, precioso, guapísimo ven con mamá —al levantarlo del suelo, el felino le maulló tiernamente—. De verdad, Carla Sofía, no entiendo que te ha hecho esta cosita tan blandita.

—No sé cómo le puedes haber tomado cariño a ese felino silvestre —la menor frunció el ceño.

—Y yo no sé cómo tú no lo quieres aún —negó la mayor con tristeza.

—¿Qué te sucede?

—¿Qué no me sucede? Esa es la pregunta adecuada —Cloe suspiró—. No quiero ir a lo del podcast.

—¿A qué se debe? —Carla elevó una ceja—. ¿No deseas ver a Eva?

—Sí y no. Claro, como estabas pedo, no sabes qué coño pasó.

—Me dejaste sola y Max me insistió con las bebidas alcohólicas que le debía.

—Ya, seguro —la rubia rodó los ojos—. Resumen rápido: le dije que no me besase porque no sabía qué pollas había chupado.

—¿Por qué fuiste tan impertinente con ella? —la morena la miró escandalizada—. Es

repulsivo mentar los miembros masculinos que haya podido pasar por su cavidad oral.

—Lo sé, lo sé. Si no me importa una mierda las pollas que… No, no quiero pensar en eso —la alta sacudió la cabeza asqueada—. Es una imagen perturbadora y mi corazoncito sufre.

—Podrías serle sincera sobre tus sentimientos —le propuso su hermana.

—¿A Eva? —Max apareció tras la menor—. Deberías, antes de que la cagues nuevamente.

—Gracias, enano. Das unos ánimos que flipas —la mayor de las Álvarez se fue con Caos en brazos—. Y, eso, no lo había pensado —ironizó.

Por suerte, tenía un par de horas, contando lo de grabación, para pensar en qué demonios le iba a decir a Eva. Seguramente, estaba que echaba chispas y no iba a querer hablar con ella. Sin embargo, se las ingeniaría y conseguiría el perdón de la jugadora. *Si no hoy, tengo toda la semana de entrenamientos. Solo necesito meditar bien mis palabras, para no volver a liarla. Facilísimo.*

Su bendita cabeza la hizo tomar la misma táctica que el domingo anterior y se fue andando al estudio. Quizás, se podría colar en el coche de la castaña como la última vez. Así, no le quedaría más remedio que escucharla. *Por las buenas, las malas o las que haga falta*. No obstante, al llegar, su voluntad disminuyó considerablemente al verla sentada en su silla con mala cara.

—Buenas —la saludó suavemente—. ¿Qué tal? —ante la falta de respuesta, se acomodó a su lado—. Oye, ¿podemos…?

—¿Empezamos o qué? —Eva casi le gritó a su productora.

Cloe se puso todo lo recta que pudo en el asiento. Algo en el tono comandante de su voz hizo que su estómago diese un vuelco y se le escapó un suspiro indeseado. *¿Cómo me puede poner cachonda que sea una borde de mierda? No estoy bien de la cabeza. La que no está bien es ella. Un día súper happy y, al siguiente, es Maléfica. Maléfica está muy buena, en realidad… No, céntrate. No puedes coger un calentón porque es tu maldita culpa que no sea unas castañuelas como siempre. Estúpida*. Aun así, le fue imposible no echarle una mirada de arriba abajo a la castaña. De hecho, la contempló tanto que la hizo sentir incómoda y acabó por abrocharse la camisa de cuadros que llevaba puesta sobre un top de tirantes, que acentuaba mucho ciertas partes de su anatomía que la rubia deseó agarrarle a dos manos. *Soy un señoro… ¿Por qué me pone tanto?*

La mujer, detrás del cristal de la cabina, dio una señal con la mano y su compañera empezó con la introducción. Cloe la escuchó atentamente, esperando a que interactuase con ella.

—Hoy, vamos a hablar de sexo, vuestro tema favorito. Pero, primero, ¿vemos cómo le va a Rodri en el show? —la jugadora consultó su portátil—. Parece que genial. Yo que no daba un duro por que se enamorase y tiene a todos los chorvos detrás de él.

—Lógico, Rodri es un partidazo —asintió la mayor.

—Cierto, pero lo mejor es que, a él, parece que le gusta el surferito rubio.

—Se lo quiere traer para España ya —se rio Cloe bromeando—. Te va a echar de casa para que sea su nidito de amor.

—Si pasa eso, te ocupo la casa —Eva la desafió con la mirada.

—Te hago hueco en mi cama encantada.

—¿Solo para dormir? —la menor la miró fijamente—. Aunque se pueden hacer más cosas en la cama y… ¿hablamos ya de sexo? Supongo que te posicionas de parte de que las mujeres lo hacen mejor, ¿no?

—Obviamente. Mucho mejor que el hetero, seguro.

—Pero ¿tú lo has probado? —la castaña frunció los labios.

—Ni falta que me hace. Las tías son superiores —argumentó la sub entrenadora—. ¿Tú qué opinas? Que tienes ambas experiencias…

—Pues hay algo en las mujeres que me vuelve loca.

—¿Por qué presiento un «pero»?

—Porque algunas —la jugadora recalcó mucho la palabra sin quitarle los ojos de encima — me vuelven loca para mal y las odio.

—Bueno, pero eso se puede arreglar con una disculpa y un buen gesto —la rubia le puso cara de cachorro—. Hay tías que la cagan continuamente porque no saben cómo comportarse delante de las chicas guapas, graciosas y tremendamente sexis.

—Entonces, me tocan todas las que solo saben liarla o soy tremendamente sexy —Eva negó con la cabeza—. Volvamos al tema sexo, que es lo que toca hoy. ¿Ventajas de ser lesbiana?

—No quedarse embarazada —Cloe se encogió de hombros.

No supo muy bien cómo trascendió la conversación, pero acabó aprendiendo que, a la castaña, no le importaba insistirles a las chicas si quería una relación, mientras que sus preferencias con los tíos eran todo lo contrario y optaba por que ellos tomasen la iniciativa. Básicamente, la jugadora iba a saco con las mujeres, aunque eso ya lo sabía. El problema de la rubia era aceptar sus avances. *Si no fuese gilipollas… ¿Por qué lo tengo que complicar todo tanto?*

Cuando acabaron, la simpatía de Eva se evaporó y volvió a estar borde con ella. Por suerte, la productora se tuvo que marchar corriendo y le dio la oportunidad de estar a solas con la muchacha mientras su compañera recogía sus cosas. Así que, nuevamente, le pidió disculpas. Solo que, esa vez, la menor la ignoró por completo.

—Eva, en serio, lo siento muchísimo —la mayor la giró, cogiéndola por el brazo, para que la mirase—. Me cabreó pensar que era solo otro tío para ti.

—Eso es problema tuyo —le contestó la chica, más cortante de lo normal.

—Lo sé y, por eso, te estoy pidiendo perdón. No soporto estar así contigo.

—¿Y cómo quieres estar? —le preguntó enfadada, sin dobles sentidos.

—Se me ocurre alguna idea —Cloe la atrapó contra la mesa con su cuerpo.

—No estoy de cachondeo —Eva las separó unos centímetros, empujando sus hombros—. No lo puedes solucionar todo así.

—Ya… Tampoco puedo pedirte perdón cada tres días y aquí estamos.

—Es tu culpa. Deja de portarte como una imbécil y no tendrás que disculparte conmigo.

—Pues tienes razón, pero no puedo evitarlo. Me pones mala —la rubia se pegó a ella, tras mirarla de arriba abajo—. No sé qué me pasa, te lo juro.

—Que estás salida, pero yo no soy el juguete de nadie —la castaña intentó escabullirse —. Cómprate un vibrador.

La jugadora fijó la vista en sus labios y ella supo que no fue por la sonrisilla maligna que se apoderó de ellos. Principalmente, se debía a que no era la única que estaba caliente como una plancha. Otra cosa no, pero le encantaba lo pronto que se le pasaban a Eva los cabreos. La menor se encendía en un instante como una cerilla, pero el fuego de su enfado se extinguía en cuestión de segundos. Teniendo en cuenta lo propensa que era Cloe a hacerlo todo mal, no encontraría a nadie mejor para ella. Estaba claro.

La sub entrenadora observó su boca también. Se la conocía de memoria y hasta soñaba con ella. Sin embargo, descubrió una obsesión nueva cuando la castaña se mordió el labio inferior. Aun así, no le pareció justo. Iba a volverla loca y ni siquiera lo estaba haciendo a posta. Tenía que remediarlo o la acabaría subiendo a la mesa para no hacerle nada bueno… o sí.

—Para —le ordenó sin apartar la vista—. No hagas eso.

—¿El qué? —dudó Eva confusa, sin saber a qué se refería.

—Deja de morderte el labio o lo haré yo también.

—¿Morderme los labios? —cuestionó la menor con cierto tono juguetón.

Lo había conseguido. Cloe explotó y no pudo aguantarse las ganas que tenía de comérsela entera. Así que empezó por devorar su boca sin miramientos. Afortunadamente, la castaña le dejó claro que era un gesto más que bienvenido cuando le metió la lengua hasta la garganta. Como le había prometido, no olvidó darle un mordisco en el labio.

Al final, sí que la subió encima de la mesa y se colocó entre sus piernas mientras sus manos le apretaban los muslos. Esa vez, fue Eva quien la encarceló clavando los pies en su culo y la pegó a ella todo lo que pudo, buscando su boca desesperadamente. Sin embargo, Cloe tenía otros planes y le dio un tirón de la camisa para abrírsela de golpe. Algún botón saltó por los aires, pero le dio exactamente igual. No quiso evitar recorrer su torso con los dedos de manera descendente y acabó desabrochándole los vaqueros. Le quitó los pantalones en un segundo, antes de acercarla al filo un poco.

La jugadora la observó arrodillarse con intenciones nada puras. En un instante, sus bragas acabaron en el suelo y la lengua de la rubia recorrió todo su sexo lentamente. Aparentemente, la mayor la tenía lo suficientemente grande como para abarcarlo entero y hacer que se quedase sin aliento. En cuanto rozó su clítoris lo más mínimo, casi vio las estrellas. Por eso, perdió las manos

en su pelo y lo empuñó con ganas. La sub entrenadora se aguantó la punzada de dolor y continuó haciendo movimientos rápidos en la zona que estaba arrancándole gemidos a la castaña. No tardó en escucharla maldecir repetidamente y pedirle que parase, cosa que no hizo hasta que Eva no pudo sostenerse a sí misma. La chica se desparramó en la mesa con la respiración acelerada. *Ha sido más fácil de lo que pensaba. Esto sí que es una buena forma de hacer las paces.*

—¿Quieres algo? —Cloe se sentó junto a ella.

—Un inhalador —bromeó Eva con los ojos aún cerrados—. Alucinante… ¿Vamos a follar cada vez que discutamos?

—También podemos hacerlo sin pelearnos —se rio la rubia contemplando su pecho subir y bajar.

—¿Estás proponiendo que seamos…? —la castaña la miró elevando una ceja—. ¿Follamigas?

Capítulo 12: No iba a ser tan fácil

No era ni miércoles y le estaba costando sobrevivir a otra semana. Sobre todo, porque Alma ya le había echado la bronca cada uno de los días de entrenamiento. Prácticamente, no era ella. Ni se centraba, ni daba instrucciones como capitana. De hecho, apenas hablaba con las demás y se iba a casa en cuanto terminaban. Le parecía increíble que Cloe le hubiese dicho que sí a lo de ser follamigas, sin ni una sola protesta y más seria de lo que la había visto nunca. Ella lo había propuesto medio en broma y harta de sentirse como un simple alivio para la rabia de la chica. Sin embargo, le había salido mal el no-plan y no sabía cómo gestionarlo. Así que se dedicaba a rehuirla mientras se pensaba qué hacer y qué decirle. *En realidad, todo son ventajas. Sexo con Cloe y sin complicaciones*. Para empezar, le tocó interrogatorio de Alma bien temprano:

—¿Qué te pasa? —le preguntó la mujer apartándola del resto—. Estás como Cora cuando se peleaba con Lucía.

—Nada —mintió como solía hacer su amiga peliazul—. Estoy perfectamente.

—Eso decía ella. ¿Qué es, Eva? ¿Te encuentras mal?

—¿Estar rayada mentalmente es un malestar? —soltó sin pensar.

—Sí, y muy grave —la entrenadora se cruzó de brazos con seriedad—. Te voy a mandar a la psicóloga de cabeza, y no es un chiste.

—¡No! Si estoy bien…

—No te lo crees ni tú. El martes pedimos lasaña y no la tocaste. Es impropio de ti. Además, tus compañeras hablan y solo asientes. Ni Belén te hace reír ya.

—Tengo la mente en otra parte —admitió la jugadora—. Necesito… meditar algunas cosas.

—¿Quieres que llame a la psicóloga de verdad? —le ofreció Alma, visiblemente preocupada.

—Por favor y gracias. Me vendría estupenda la terapia.

—Te pido cita ahora mismo, pero no puedes estar yendo cuando te convenga. Tienes que ser constante, eh.

—Sí, sí, seré buena.

—Más te vale. Anda, vete a tu puesto. Vamos a empezar ya.

Al sentarse en su silla, vio a Cloe caminar hacia ella. No obstante, la rubia se detuvo cuando Roxy se dejó caer en su sitio y se puso a hablarle de la noche que le había dado Azu pegando gritos en su stream. Era la quinta vez ese mes que la mayor del equipo le decía que se quería ir de esa casa y que le alquilase una habitación en la suya. No sabía si era en serio o no, pero prefería mantener su espacio privado separado de su trabajo y la morena solo le recordaría los fallos que cometía durante los entrenamientos.

—¡Chicas! Os traigo un regalito —Belén entró con la fuerza de un ciclón—. No es mucho, pero he subido dos puestos en el ranking mundial y hay que celebrarlo.

—Dios, dos puestos. Qué buena eres —ironizó Azu—. El equipo está salvado contigo.

—Pues te quedas sin chuches, por tonta —la menor le sacó la lengua—. Tomad.

La chica les dio una bolsa transparente con chucherías varias y Eva tuvo que luchar contra Roxy para ganar el único tiburón de gominola que había. También pudo pillar un chicle de hierbabuena, que le encantaban.

—¡Entrenadora dos! Coge tú también —Belén les arrebató la bolsa en un instante—. Ha sido gracias a ti.

—Yo no he hecho nada, bicho —Cloe le sonrió cogiendo una piruleta azul en forma de corazón—. Ha sido tu esfuerzo. Y vete a tu sitio antes de que venga Alma o se va a enfadar. Corre.

La menor le hizo caso de inmediato, pero se volvió a levantar a ofrecerle chucherías a la entrenadora número uno, como la llamaba ella, en cuanto Alma entró en la sala. La mujer rechazó el ofrecimiento y les explicó en qué iba a consistir el entrenamiento. Eva no escuchó ni una sola palabra porque su mente implosionó al ver a su ayudante mover el palo de su piruleta con la boca. Su cerebro imaginó que estaba girando el caramelo con la lengua y su estómago dio un vuelco al pensar que, probablemente, había hecho eso mismo con su clítoris el domingo anterior.

—¡Venga! —Roxy la empujó sacándola del trance—. Acepta la invitación ya.

—Eva, céntrate —Alma resopló—. Entra para que le dé a empezar.

—¡Voy! —exclamó ella fijando la vista en la pantalla—. Estoy.

La capitana se metió el chicle que le había pillado a Belén y lo mascó fuertemente para clamar sus nervios y que sus neuronas no se volviesen locas pensando en Cloe chupando la piruleta muy lentamente. Le funcionó solo regular los primeros minutos, pero, luego, se entregó a *Impact*. Consiguió no dar pena y hasta se llevó una felicitación de Alma.

Su alegría dejó paso a la intranquilidad cuando la sub entrenadora se le acercó para chequear sus movimientos. La rubia se inclinó junto a ella, apoyando una mano en su mesa, y observó el monitor atentamente. El palito del caramelo acaparó su atención hasta que se la robó un aroma floral con toques amaderados. Le costó enfocarse en él, pero, sin duda, provenía de Cloe. La mayor la tomó por la barbilla y giró su cara hacia la pantalla para que dejase de admirarla y Eva tragó saliva viendo a su personaje parado en la base. Ni siquiera se había movido porque su corazón no bombeaba sangre hacia su cabeza. Más bien, la tenía toda en el centro de su cuerpo.

—Concéntrate —le susurró la sub entrenadora—. Vais perdiendo.

—Sí, sí, ya… me muevo —la castaña intentó recobrar la cordura.

Le resultó una tarea imposible porque Cloe se puso a jugar con la piruleta y la distrajo de nuevo. La capitana imaginó todo lo que podía hacerle con aquella lengua tan inquieta que se

estaba tiñendo de azul. En un instante, revivió cada segundo que pasó con ella entre sus piernas. Fantaseó con esos labios tan suaves rodeando su clítoris y lamiéndolo sin cesar hasta que se corriese, rasgando sus cuerdas vocales en el proceso. *Lo de ser follamigas, igual tiene sus ventajas, ¿no? La puedo llamar y que me coma el coño.*

Por suerte, Alma les dio un descanso y pudo separarse un minuto del demonio hecho mujer. La rubia se puso a hablar con las pequeñas del equipo, dándoles un par de consejos parar mejorar, mientras ella se paró a que la entrenadora le dijese cuándo tenía su cita con la psicóloga.

—¡Tienes la lengua azul! —se rio Belén—. Mira, capi, la tiene como el pelo de tu mejor amiga.

—Soy medio pitufo, como Cora —Cloe le sacó la lengua y le guiñó un ojo.

Ni siquiera se había percatado de lo grande que la tenía, pero, por poco, no se le cayó la mandíbula al suelo. Necesitaba que se la pasase por todo el cuerpo y le bajase el calentón… o se lo subiese, ya le daba igual. *Tengo que salir de aquí.*

—Alma, voy a por agua —la avisó tras resoplar, a punto de estallar—. Ahora vuelvo.

—No tardes mucho —le pidió la entrenadora—. Quiero que echéis un dos contra dos antes del almuerzo.

La castaña se marchó a la cocina para llenarse un vaso y se lo bebió de un trago, intentando relajarse. Aparentemente, la rubia no era la única que estaba salida. Sus hormonas también se habían revolucionado y necesitaba sentir los dedos de la rubia tocándola por todas partes. Aun así, cuando su deseo se hizo realidad, la pilló por sorpresa y reaccionó con un gemido callado a las manos que le agarraban las tetas. Cloe pegó el cuerpo a su espalda y le besó el cuello despacio.

—¿Por qué me rehúyes, follamiga? —la mayor le susurró al oído, antes de morderle la oreja.

—Cloe, aquí no —ella intentó apartar sus dedos, sin querer hacerlo de verdad—. Nos van a pillar.

—¿Y? —la mayor hizo vibrar su tímpano riéndose bajito—. No estamos haciendo nada malo.

—Nos pueden acusar de favoritismo —fue lo primero que se le ocurrió a la menor.

—La que toma las decisiones es Alma, no yo. Además, eres mi favorita y lo saben.

—Da igual. Tú la ayudas.

—Para eso me pagan, sí —Cloe la giró poniéndola de frente—. Bueno, ¿qué te pasa? ¿Por qué llevas tres días haciendo de Correcaminos? No me va lo de ser el Coyote. Era muy tonto.

—Me pega más a mí, ¿no? —Eva bajó la cabeza avergonzada.

—Un poco, pero no me cambies de tema —la rubia la tomó por la barbilla y le subió la cara—. ¿Te has arrepentido? Con lo de ser… ya sabes.

—¡No! No. No —negó la menor sin mucha intención—. No sé. Puede.

—¿No quieres…? —la sub entrenadora paseó la mano por su torso acompañándola con los ojos llenos de lujuria—. Porque yo… Te hacía de todo aquí mismo.

—Joder, Cloe —ella suspiró mordiéndose el labio—. Para. No necesito distracciones. Alma me va a matar.

—Vale, paro, pero no salgas corriendo luego. Le he dejado mi coche a Max y me tienes que llevar a casa. A la tuya, si puede ser.

La rubia le miró la boca un segundo, antes de lanzarse a besarla. Eva reaccionó enseguida y se perdió en los suaves labios de ella. El leve sabor a mora que, aún seguía en la lengua azul de la mayor, se pegó a la suya cuando la acarició lentamente. La castaña dejó que la dominase por completo, pero recobró los sentidos cuando una mano se deslizó por debajo de su camiseta. Quizás, se pasó un poco empujando a Cloe para apartarla, como si tuviese lepra.

—No, no, no. No tientes, que la liamos y todavía nos queda entrenamiento —la capitana resopló para intentar enfriarse—. Luego. Te lo prometo.

—Tienes razón. Entrenar primero, follar después —la sub entrenadora gruñó—. Anda, vamos ya o no me voy a controlar.

No lo dudó dos veces y salió de la cocina a toda prisa. Ella tampoco se iba a contener si seguía en presencia de aquel pibón con pantalones anchos llenos de correas y un top demasiado corto para ser legal. Quedarse con las ganas era la única solución y ya tendría tiempo de hacerlo luego. Total, iba a aceptar la propuesta de Cloe de llevársela a su casa porque Claudia no estaría. *Quizás, hasta podemos follar en el coche, de camino.*

La capitana se unió a sus compañeras, que estaban discutiendo el último parche del juego e intentó no prestarle atención a la segunda entrenadora. La rubia se detuvo delante del ordenador que le habían asignado para analizar las partidas y se inclinó sobre la mesa para desbloquearlo. *Qué culo tiene… ¿Cómo puedo ser la amiguita con derechos de una tía tan buena? Ojalá ser algo más, pero me conformo con saber que la puedo ver desnuda cuando quiera… por ahora.*

—Chicas, he estado hablando con los directivos —Alma la devolvió a la Tierra entrando en la sala—. Ahora, se creen que somos un equipo de fútbol y quieren presentar a Cloe en sociedad como sub entrenadora. Señoros arcaicos… En fin, este viernes, terminamos antes para que os dé tiempo a prepararos. Tenemos una mini cena, cóctel formal o llamadlo como queráis, y una fiestecilla, después de una rueda de prensa. Podéis llevar acompañantes, si queréis.

—¿En serio? —la ayudante no parecía muy contenta—. ¿Qué soy? ¿Un trofeo?

—Técnicamente, sí —a la entrenadora tampoco le gustaba la situación—. Una ex *Titan* que regresa como segunda entrenadora es importante para el equipo. Vas a tener que saludar a un montón de señores con mucho dinero y, por algún motivo, necesitan que sea todo súper elegante. Se han creído que somos americanas… Nos faltan los antifaces con encajitos y beber champán —rodó los ojos exasperada—. Así que nada de tops que dejen poco a la imaginación —la mujer la miró de arriba abajo—, ni camisetas con muñequitas japonesas ligeras de ropa. Eso va por ti,

Belén.

—¿Y qué me pongo? —la chica puso cara de cachorro—. No tengo trajes.

—Eva, nada de vaqueros rotos tampoco. Y, Roxy, las chaquetas de cuero con pinchos déjalas en el armario, como mi yo de hace veinte años —Alma ignoró a la menor—. Azu, tú… tú estás bien con tu ropa de siempre. El vestido tirando a largo, si puede ser. No queremos infartos en la sala. Por mí, como si vais desnudas, pero son requisitos de los de arriba.

—Tengo uno perfecto —la aludida sonrió—. Roxy, ¿me lo planchas?

—¿Cuándo vas a aprender a hacerlo tú solita? —la mayor rodó los ojos—. Te lo hago si me ayudas con lo que me voy a poner.

—¡Hecho! Pero te peino también.

La entrenadora tuvo que poner orden porque se dedicaron a discutir sobre sus posibilidades de vestuario y las exigencias de unos señores anticuados. Las mandó a sus lugares para seguir con el entrenamiento antes de hacer otro descanso para comer. Cloe hasta le hizo el gran favor a Eva de no moverse de su puesto y evitar distraerla. Así, no se le dio tan mal lo de meterse en su papel de saboteadora. Debía centrarse en el juego y no en el cuerpo de la rubia. Esa era la parte difícil. *Tranquila. Ya mismo lo disfrutas. Primero, ganar la partida*.

Se le pasó el tiempo volando y la comida llegó enseguida. Tan solo tuvo que aguantar a Cloe, con la rodilla dando en la suya, una hora entera y eterna. Eva fijó la vista en la lasaña para no pensar en recorrerle el muslo con los dedos muy despacio y meterlos por debajo de una de esas tiras inútiles. Hasta se imaginó clavándole las uñas en la pierna con todas sus ganas.

—¿Te gustan? —la rubia le sonrió con malicia.

—¿Qué? —dudó ella confusa.

La mayor le indicó con la vista a qué se refería. La castaña bajó la cabeza para darse cuenta de que estaba jugueteando con una de las correas de sus pantalones. La soltó como si quemase y la miró con culpabilidad. Ni siquiera sabía cómo había llegado a hacer eso. De forma inconsciente, seguro.

—Te los puedo dejar si quieres —se rio la segunda entrenadora—. Cuando me los quite, claro.

—No le van a entrar —dijo Azu más pendiente de su móvil que de ellas—. Tiene las caderas muy anchas y tú estás más buena.

—Cállate, niñata —Eva le echó una mirada fulminante—. Y no, no quiero tus pantalones. Estaba distraída y…

—Era broma —Cloe le puso la mano en la rodilla—. No te rayes. Puedes seguir entreteniéndote con los… adornitos estos. No me importa. Mientras no me los rompas…

La capitana dejó las manos quietas encima de la mesa para no caer en la tentación. Por lo menos, no tuvo que preocuparse de eso porque Roxy se puso a hablarle sobre el evento obligatorio del viernes y ella participó en la conversación. No le apetecía nada ir, a ninguna en realidad, aunque estaba deseando ver qué se iba a poner Cloe. *Estará tan guapa con cualquier*

cosa… No le va a quedar remedio que usar traje. Si tira de corbata, me da un chungo, fijo. ¿Y yo qué? Ya encontraré algo en el armario. Lo que sea que me entre en estas caderas anchas… ¡Maldita cría! Un día, la asesino. Claro, como ella es un palo de fregona…

El resto de tarde se concentró en entrenar y darlo todo para conseguir subir de nivel. Sin embargo, su móvil sonó justo al terminar y tuvo que decirle a Alma que necesitaba cogerlo. Claudia la había llamado cinco veces en la última media hora. Su amiga le pidió que fuese a por ella cuanto antes porque se había hecho daño en su clase de baile. Le dio un paro cardiaco, detrás de otro, y salió corriendo en busca de la bailarina. Ni se despidió de sus compañeras.

—¿Qué te ha pasado? —exclamó entrando a toda prisa en el estudio vacío—. ¿Estás bien? ¿Te llevo al hospital?

—Tranquila, estoy bien —Claudia le sonrió tranquilizadoramente—. Me lo he torcido un poquito de nada.

—¡Pues vamos a urgencias ya! —Eva tiró de ella.

—Que estoy bien, exagerada —le insistió la rubia—. Solo necesito hielo y reposo. Me ha pasado un par de veces.

—En mi presencia, no. Nos vamos a que te vea un médico. Ahora.

Acabaron entrando por la puerta del hospital más cercano. No iba a permitir que su amiga sufriese una lesión peor por descuidarla. Así, tuvo tiempo para que Claudia le contase cómo había ocurrido aquella desgracia y ella le pidió que fuese su acompañante a la cena el viernes, si se encontraba en condiciones. Al parecer, la había pisado un compañero durante una coreografía y, cuando intentó hacer el movimiento que tocaba, le jodió el pie.

—Eva, esto es una pérdida de tiempo —se quejó la bailarina—. Solo tengo que ponerlo en alto un ratito.

—Trae —ella le cogió la pierna y se la puso en su rodilla—. En alto está, mientras nos atienden.

—Nos vamos a morir esperando.

—No seas exagerada. No nos…

—¿Claudia? ¿Eva? ¿Por qué estáis ocupando esos asientos? —no pudo ser otra que Carla quien la interrumpió—. ¿Estáis aguardando algo en especial? ¿Pruebas, quizás?

—A que nos vean —le respondió la castaña—. La vean. A ella.

—¿Qué sucede? —la morena mostró cierta preocupación.

—Clau ha tenido un accidente bailando. Se ha torcido un tobillo o lo que sea.

—¿Puedes caminar? —la científica le echó un vistazo al pie que tenía en su rodilla—. Dadme un minuto. Consigo una consulta y te reviso.

—Qué maravilla conocer a personal médico —se rio Eva—, pero ¿no es investigadora?

—Estudió medicina primero para llegar a donde está —Claudia se encogió de hombros

—. Puede ejercer supongo… y hacer lo que quiera conmigo también, aunque no tenga licencia médica.

—Ay, no seas sucia —la jugadora rodó los ojos.

La capitana de las *Titans* se negó a abandonar a su amiga y le ofreció su hombro para que se apoyase de camino a la consulta, aunque la bailarina caminaba perfectamente por sí sola. Aun así, ella se quedó de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados como un portero de discoteca, mientras la doctora le echaba un vistazo.

—Tienes una distensión en el *extensor hallucis longus*, pero no es grave —Carla le recorrió el empeine con el pulgar—. Cubre la zona con hielo durante veinte minutos, cada dos o tres horas a lo sumo. Evita bailar, obviamente —observó a Claudia como si supiese que no le iba a hacer caso—, porque requiere reposo, y mantenlo elevado por encima del nivel de tu corazón, especialmente de noche. Voy a vendártelo y recetarte analgésicos por si te causa molestias continuadas.

—Gracias, doctora —la rubia le sonrió ampliamente.

—No tiene importancia —la científica se dedicó a envolverle el pie con una venda elástica—. No la ajustes demasiado cuando te la vuelvas a poner. Puede hacer presión en el tendón y ser contraproducente.

—No te preocupes, yo la cuido —intervino Eva—. Y gracias por mirárselo tan rápido. No veas el susto que me ha dado.

—Habéis contado con una suerte remarcable —les aseguró la menor de las Álvarez—. Me marchaba ya a casa y podríais haber estado esperando durante horas. Las urgencias de este hospital son extremadamente lentas —la chica la miró entrecerrando los ojos—. A propósito, ¿no os ha acompañado mi hermana? Esta mañana, le comentó a Max que regresaría al piso contigo y le cedió voluntariamente su coche.

—¡Hostias! Cloe… —el corazón de la jugadora se detuvo un segundo—. Me va a matar. No le he dicho nada. He salido corriendo en busca tuya y me la he dejado allí.

—Sí, te va a asesinar —se rio Claudia—. Yo que tú, se lo compensaba en persona.

—Mmm… Te dejo en casa y voy a pedirle disculpas.

Consiguió no llegar muy tarde a la dirección que le había dado Carla. Sin embargo, tenía miedo. Si Cloe estaba tan enfadada como creía, se volverían a pelear y no acabarían bien. Le había prometido sexo y se la olvidó en la sala de entrenamiento. Ni siquiera se había despedido de ella. *Me va a estrangular y sin que sea nada sexual. A lo mejor si me presento desnuda… No, no, no. Con mi potra, seguro que abre su hermana o Max. Mejor le pido disculpas como una adulta responsable y me enfrento a las consecuencias.*

Respiró hondo antes de llamar a la puerta y se preparó para el impacto. Fue mucho peor de lo que esperaba, para sus ovarios, porque la rubia la recibió en sujetador. Era deportivo, pero no dejaba de ser su perdición con ese escote tan marcado.

—Vaya, el Correcaminos —la mayor se cruzó de brazos, no muy contenta.

—He venido a…

Una bolita de pelo adorable miró a Eva desde los pies de Cloe y la castaña se distrajo, como siempre.

—¡Hola! ¿Tú quién eres? —cuando quiso tocarlo, el gato retrocedió—. ¡Qué guapo!

Sin pensarlo, aprovechó que la rubia se había apartado un poco de la puerta y siguió al minino precioso por un piso que no conocía. Terminó en una de las habitaciones, sentada en la cama y esperando a que el felino se quisiese cercar a ella. Le costó veinte segundos que aceptase hacerlo, pero el bichito se acomodó en su regazo y ronroneó cuando le acarició la cabeza.

Cloe la observó desesperada. Se había metido en su cuarto, persiguiendo a su gato, y la había ignorado por completo. No sabía ni por qué estaba allí. Intuyó que era para disculparse por haberla plantado, aunque no necesitaba hacerlo. Carla ya le había contado el accidente de Claudia. Sin embargo, prefería escucharlo a la jugadora y que le suplicase el perdón, como ella hizo en un par de ocasiones. Por eso, cerró y caminó decidida.

—Niña, ¿me vas a decir a qué narices venías y dejar de sobar a mi gato? —Cloe le quitó al minino y lo dejó en la cama—. Si es que has venido a verme a mí. No creo que sea a Caos porque no lo conocías —se le sentó encima a horcajadas—. Hazme caso ya.

Los ojos de Eva cobraron vida propia y fueron a parar al pecho de la mayor, sin que ella quisiese evitarlo ni se quejase por las vistas. *Hola, señoritas bonitas. Os comería ahora mismo…* Tampoco fue consciente de la risa tonta que se le escapó junto a las babas figuradas, ni de la cara de la rubia ligeramente cabreada. Cloe tomó su barbilla con su índice y pulgar, después de unos segundos de infinita paciencia.

—Es un topicazo, pero tengo los ojos más arriba, imbécil —le dijo la alta subiéndole la cara.

Y bien bonitos que son también. Eva se perdió en sus irises verdes un instante, antes de reaccionar. Sin embargo, no fue capaz de controlarse del todo y contempló lo cerca que tenía sus labios. *¿A quién voy a engañar? Me la comería enterita*. La mayor de las Álvarez se relamió con los mismos pensamientos y la sacó del trance. *¿Me ha llamado imbécil?* Eso tenía que rebatírselo.

—Pues no te me subas encima. Tus tetas me quedan justo enfrente de la vista y es imposible no mirar.

—No, si la culpa la tendré yo —la rubia rodó los ojos.

—No, la culpa la tienen tus buenos genes —la castaña desvió la mirada hacia su boca.

—Ajá —Cloe se levantó de repente.

La chica caminó hacia su puerta, cortándole el rollo en el acto, aunque seguía con el calentón. Eva la siguió, extrañada, hasta la cocina. A la mayor le había cambiado la cara, pero ella no entendía nada. *¿Qué le pasa? ¿Va a pasar así de un polvo? ¿He dicho algo malo? No creo, ¿no? Estaba yendo bien la cosa, pero… Lo de echarle la culpa ha sido una tontería. No ha podido ser eso.*

—Cloe, eh —la jugadora la agarró por el brazo al alcanzarla en la cocina—. Lo siento. Venía a pedirte disculpas.

—Ya me ha dicho Carla lo de Claudia —le dijo la rubia muy seria.

—Perdón por no avisarte —la menor le acarició la cara con cariño—. Clau me llamó y no sabía qué hacer, pero ya me la he dejado en casita con los calmantes tomados —deslizó los dedos por su cuello—. Tengo todo el tiempo del mundo para…

—¡Eva! ¿Qué hacéis? —Max la abrazó por la espalda, empujándola contra Cloe—. ¿Has venido a verme?

—No. De hecho, ya se iba —la sub entrenadora se apartó—. Dile adiós.

***

—¡No te creo! —oyó gritar a su amiga—. Pero ¿qué coño…?

—¿Qué te pasa? —Claudia se asomó a su habitación—. Te estoy escuchando desde el baño… el de abajo.

—¡Mira esto!



—¿Qué estoy viendo? —la bailarina se apartó de la pantalla—. Aparte de a una Cloe muy cañón con ese vestido.

—Se la ha mandado a Lucía preguntándole si es un buen atuendo formal para la cena de hoy —le explicó la jugadora.

—Y a ti te la ha pasado Cora, ¿no?

—Sí, para rematarme porque ¿cómo voy a aguantarla toda la noche, vestida de esa forma? —la castaña empezó a pasearse por su cuarto, desesperada—. No sé si estamos bien o qué.

—Ella está muy bien —Claudia repasó la imagen de nuevo.

—¡Eh! Tú a tu doctora, que te parto el otro pie —Eva le arrebató el teléfono—. ¿Qué hago?

—Meterle fichas toda la noche hasta que se le pase el enfado. O arrancarle el vestido con

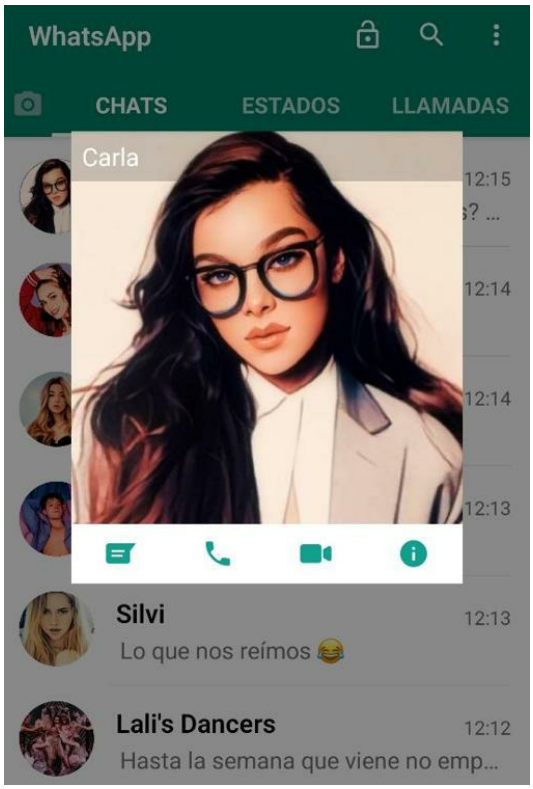
la boca, eso también funcionaria.

—Lleva un poco distante dos días, como cabreada, pero sin ser eso exactamente.

—Ya verás que se le pasa hoy, si haces lo que te he dicho —insistió la bailarina—. Un poquito de sexo lo arregla todo. Venga, ve a ponerte guapísima. Ese traje negro y el top con el escotazo de corazón te quedan genial. La vas a conquistar.

La bailarina la dejó sola de nuevo y fue a prepararse ella misma. No entendía muy bien el juego del gato y el ratón que se traía su amiga con la segunda entrenadora. Cuando no estaba enfadada una, lo estaba la otra y, entre medias, se acostaban para hacer las paces. Además, ¿cómo demonios le había propuesto Eva ser su follamiga si estaba tan pillada por ella? *Es que no tiene sentido. Esto parece un drama tailandés de tías, pero más sexual. De esos en los que, cuando una es bollera, el resto también lo es. Como Carla… aunque lo niegue. Bisexual, mínimo*.

Estaba contenta de haberse hecho daño en el pie porque la doctora tuvo los santos ovarios de pedirle a su hermana mayor que le preguntase su número para «hacerle un seguimiento». Así que Cloe se lo había pedido por Instagram y ambas Álvarez se interesaron por su estado. Obviamente, Claudia le había respondido a la menor de las dos que notaba molestias para que su conversación no muriese de inmediato. Quería seguir hablando con la científica, aunque implicase llevarse una riña diaria por no tener la «extremidad inferior derecha a un nivel superior a su corazón». El único problema era que se le iba el tiempo muerto contemplando su imagen de perfil y, esa ocasión, no fue una excepción. Tenía un rato mientras Eva le lloraba a Cora, antes de ir al cóctel del equipo.



Qué guapa es. Luego, dice Eva que Cloe tiene unos ojos bonitos, pero su hermanita no se queda atrás. Madre mía, Carlita. ¿Llevará lentillas cuando no usa las gafas? Si tiene que mirar por un microscopio, igual le molestan, ¿no?

—¿Nos vamos? —su estresada amiga la sacó de sus pensamientos—. Conduces tú. Voy a necesitar beberme hasta el agua de los floreros si Cloe sigue igual de rara.

—Tranqui, seguro que tiene la cabeza en otras movidas y, por eso, está así —ella intentó tranquilizarla—. A lo mejor es por la presión. Ahora, se va a fijar todo el mundo en ella como sub entrenadora.

—¿Cloe? ¿Presión? Esta mujer no sabe qué es eso —se rio la castaña—. Aunque ha estado más seria de lo normal en los entrenamientos también…

—¿Ves? No te rayes. Fijo que vuelve a comerte con los ojos… y la boca, cuando se pase la movida esta de la presentación.

—No sé, pero se me va a complicar hoy lo de no quedarme mirándola.

—Lógico. Yo, en tu lugar, me la llevaba al baño en cuanto la viese y, de allí, no salíamos.

La rubia se rio y tiró de ella mientras su amiga le aseguraba que hacerlo en los baños estaba pasado de moda. No obstante, sabía que lo decía porque su primer polvo con Cloe, en el de la casa de las *Titans*, había acabado en completo desastre. Ni siquiera le prestó demasiada atención a su lista de razones. Lo único que le preocupaba era que Carla no le hubiese confirmado que iba a la cena, acompañando a su hermana.

Para su suerte, la morena estaba en aquella sala de celebraciones cuando llegaron y, efectivamente, le paró un poquito el corazón. La doctora había cambiado la bata por un traje, como los que acostumbraba a llevar a las discotecas a las que habían ido. *Vive en un estado formal constante*. Sin embargo, no dejaba de fascinarla el hecho de que le quedase tan bien una americana y unos pantalones negros con una camisa azul tan oscura que resaltaba sus ojos claros. *¿Quién fuese corbata? Esta tía tiene de hetero lo que yo de piloto de aviones… las ganas de serlo.*

—¿Os vais a quedar ahí toda la noche? —una muchacha morena de pelo rizado se paró delante de ellas—. Eva, ¿me presentas a tu amiga?

—Roxy, Claudia. Presentadas —la castaña apartó a su compañera para seguir mirando a Cloe descaradamente.

—Encantada —la chica le dio dos besos—. Va a ser una buena cena, después de todo. Tú y Cloe os habéis traído unas acompañantes muy guapas —la *Titan* la miró de arriba abajo—. Espero que muy gay también.

—Lo siento, Roxy. Me gusta otra morena en estos momentos —la bailarina señaló a Carla con la cabeza—. Llegas un poquito tarde.

—Una pena, pero, si te aburres… No me importa que te guste otra —la chavala se rio con picardía.

—Deja de intentar tirarte a mi amiga —Eva se la llevó con el resto del equipo—. ¿Dónde

está Alma?

Claudia cuestionó el repentino interés de su colega en la entrenadora, pero lo comprendió al ver que Cloe se estaba acercando con su hermana. *Cerebro, no me falles ahora, ¿eh? Tenemos que parecer inteligentes o Carla no nos va a querer*.

—¿Qué tal tu pie? —le preguntó la mayor de las Álvarez.

—Bien. Ya ni me duele —ella sonrió—. Estás impresionante con ese vestido. Sé de una a la que le has dado un infarto.

—Era mi intención —la alta se rio con malicia—. En realidad, ha sido idea de Alma.

—¿Estás nerviosa? —dudó la bailarina.

—Harta, más bien. Creo que he repartido una docena de besos y estrechado otras cuantas manos de señoros interesados en mis tetas que en mis capacidades de sub entrenadora.

—Eso te pasa por estar tan buena —Claudia recorrió a ambas hermanas con la vista—. Debe ser cosa de los genes.

—Otra —Cloe suspiró rodando los ojos—. Voy a preguntarle a Alma cuándo viene la bebida.

—¿Qué le pasa? —ella la observó alejarse.

—No es orgullosa portadora de su herencia genética —le respondió Carla—. Veo que has optado por vestir zapatillas.

—Me dijiste que evitase los tacones y zapatos muy ajustados —la rubia se encogió de hombros—. Me estoy portando decentemente.

—Esos cordones no estarán extremadamente apretados, ¿cierto? —la doctora elevó una ceja con seriedad.

—Para nada —la bailarina movió el pie enseñándole cómo se sacudían—. Están bien flojitos.

—No hagas esos movimientos, por favor. Tu tendón se puede resentir con tal brusquedad.

—No te preocupes, Carlita. Me curo rápido.

—No me llames así —la morena la fulminó con una mirada.

—¿Carli? —la provocó ella aguantándose la risa.

—Menos.

Tuvo que echarse a reír con la cara de desagrado que le puso. Le había dado una forma de provocar alguna reacción en ella y la iba a aprovechar. *En los dramas tailandeses, las discusiones acaban con las protas comiéndose la boca. Podría poner a prueba esa teoría con ella*.

Se apoyó en una mesa alta junto a la doctora y tomó un par de copas de champán para

ambas de un camarero que pasaba. Carla dio un pequeño sorbo muy elegante, antes de hacer un comentario sobre la cantidad de señores que había en el mundo *gamer*. A Claudia no le extrañaba mucho, en realidad. Era consciente de que manejaban suficiente pasta como para comprar un equipo de chicas que les diese más aún. Hombres aprovechándose del talento de mujeres. *Qué típico*.

Al menos, pudo disfrutar de la compañía de la pequeña de las Álvarez, sin interrupciones. Se preocupó un poco cuando vio a Eva hablando con Cloe, tan cerca que parecía que se la iba a comer. Sin embargo, le dio la sensación de que no se estaban peleando ni discutiendo tan intensamente como para acabar odiándose de nuevo. *Esas dos follan hoy otra vez.*

—¿Crees que terminarán juntas? —le preguntó a la científica.

—¿Mi hermana y Eva? —dudó la chica fijándose en ellas—. Las posibilidades no son inexistentes y ambas poseen sentimientos para con la otra. Sería interesante conocer el grado en que siente cada una.

—¿Tienes que analizarlo todo científicamente? —Claudia se rio levemente—. Me gusta, pero me molas más borracha, menos… pensante.

—No es mi mejor estado. Mi cerebro no está bien calibrado cuando consumo alcohol.

—Calibrado no sé, pero te vuelves muy lesbiana… y te gusta mi culo.

—¿En qué momento he hecho yo tal comentario? —se sorprendió Carla.

—La última vez. ¿No te acuerdas? —ella no se lo creía del todo—. Fui a buscarte al baño y…

—No tengo ningún recuerdo sobre eso, lo siento.

—Pues yo sí y no se me va a olvidar en la vida. Tú también lo tienes estupendo, eh.

—Prefiero hablar de otros temas —la morena se terminó su copa.

La conversación cambió con el champán y algún cóctel. El alcohol siguió paseándose por su lado y llegando a su mesa, solo para la doctora porque ella tenía que conducir, hasta que Carla estuvo borracha como una cuba… otra vez. *Le sube muy rápido. Qué mierda de tolerancia para tenerlo todo tan controladito siempre*. Claudia la vigiló de cerca mientras buscaba a su hermana para avisarla. Sin embargo, Cloe le dijo que tenía que quedarse por obligación y le pidió que le echase un vistazo o la llevase a casa si podía.

—¡Me voy contigo! —Eva la agarró del brazo y le susurró al oído—. Sácame de aquí.

—Carli, ¿tienes llaves? —le preguntó la rubia.

—Mhm, pero yo no soy Carli. Mi nombre es Carla —la científica le sonrió—. ¿Para qué quieres mis llaves?

—Para dejarte en tu piso. Vámonos.

La morena ocupó la parte de atrás de su coche, medio ida, mientras Eva se sentó a su lado contándole lo mal que estaba Cloe. Al parecer, se habían vuelto a pelear intentando arreglarlo y ni siquiera sabía por qué. Claramente, a la sub entrenadora le pasaba algo y nadie entendía el

qué.

—Tu hermana está loca —la castaña suspiró mirando a la doctora—. Muy buena, pero chalada de remate.

—Las dos lo estáis —se rio Claudia aprovechando la oportunidad para tirarle los tejos—. Tenéis buenos genes.

—La verdad es que no. Ni Cloe ni yo los tenemos —Carla se rio como una boba—. Cloe, quizás, peores porque yo no conozco a mi padre y es un factor importante a tener en cuenta. Pero ella, entre nuestra madre y su progenitor, que está en la cárcel por ser un individuo extremadamente violento que apuñaló a un pubes... púber… muchacho durante una reyerta… —la chica negó con la cabeza, mostrando cierta lástima—. Pero ¿sabéis qué? Lo de nuestra progenitora es inexcusable. Yo he evitado parecerme a ella y mi hermana tiene que hacerme de madre, previniendo no ser como ella también, aparte de no tener ni un api… ¿ápice? Ápice —asintió—. Ni un ápice de semejanza con su padre. A veces, creo que ambas tenemos miedo de hacerle daño a las personas que nos importan, de la misma forma en la que nos marcaron nuestros ascendientes —concluyó mirando a la nada—. Solo hay que pensar en la figura materna que no hemos tenido. Bueno, yo sí porque tenía a Cloe, pero ella no ha contado con una decente. Asimismo, nos es una carga llevar solo el apellido de esa mujer como recordatorio de sus fallos.

Una historia y varios kilómetros después, las dos amigas entendieron perfectamente el problema con la mayor de las Álvarez. Una madre borracha, suicida y que las descuidaba por una botella y un padre violento eran suficiente razón para odiar hasta la palabra «genética», la cual había mencionado Eva en un momento poco apropiado.

—Es un milagro que las dos hayáis salido normales —la bailarina miró por el retrovisor.

—¿Qué es la normalidad? —contempló Carla en su borracha profundidad.

—Buena pregunta, doctora Álvarez —la jugadora asintió—. Me lo explicas cuando lo descubras.

—¿Se lo vas a decir a Cloe? Creo que preferiría que le dijeses que te gusta tanto como tú a ella, o como a mí el trasero de Claudia, que todo va a estar bien y que no la vas a abandonar.

—¿Ves? Te mola mi culo —se rio la rubia—. Hemos llegado, Carli. Te ayudo a bajarte del coche si prometes no tocarme mucho el culo.

—No prometo nada —la científica sonrió ampliamente—. Lo tienes bonito.

—¿Podéis dejar de ligar en mi triste presencia? —Eva rodó los ojos.

—No estés *sad* —la morena le acarició la cabeza como a un cachorro—. A Cloe le gustas feliz, porque ella no puede serlo sin ti.

—Clau, llévatela, por favor.

La bailarina le hizo caso y acompañó a la borracha a su piso antes de que su amiga la ahorcase con el cinturón de seguridad. Prácticamente, la tuvo que sujetar durante el viajecito en ascensor, como si estuviese en el metro. Así que la chica se lo agradeció al llegar a su planta y pararse frente a su puerta. *Un segundo B, de bollera*. Estaba tan perdida en su propio chiste

mientras ella abría la puerta que no se lo esperó y se quedó paralizada cuando los labios de Carla colapsaron con los suyos. Fue ultra rápido y terminó antes de que empezase.

—Buenas noches, Clau. Gracias por traerme. Espero ver tu hermoso trasero pronto.

Capítulo 13: Sentimientos encontrados, redes creadas

Su cerebro estaba a punto de explotar, si eso fuese posible sin la presión atmosférica propicia. *No debería haber consumido tanto alcohol. ¿Cuál es el problema con mi autocontrol últimamente?* La situación requería hidratar el órgano de vital importancia que ocupaba su cabeza, pero debía levantarse de la cama para inundar sus células con agua en la cocina. Sin embargo, su mente tenía planes propios. Jamás creyó que acabaría desestimando su rutina matinal en pro de indagar en las redes sociales, en una en concreto.



Esta mujer solo tiene fotos… no vestida. Interesante. Tras desplazarse un par de filas de imágenes, Instagram le prohibió que siguiese avanzando e, incluso, que visualizase un vídeo de la rubia haciendo lo que mejor se le debía dar: bailar. Sus neurotransmisores cerebrales aportaron cierta negatividad a su habénula lateral y la decepción se hizo visible en su rostro. La científica estaba convencida de que las redes sociales eran una forma gratuita de expresarse. Por eso, no entendía la imperiosa necesidad de hacerla registrarse para continuar con su investigación. *Voy a necesitar ayuda*.

—Buenos días, doctora durmiente —su hermana la observó por encima de su taza—. ¿Cómo va la resaca?

—Persistente, por si no lo has notado en mi velocidad psicomotora. O falta de, en este caso.

—Yo te veo tan bien como siempre —Max la señaló con su cuchara llena de cereales perfectamente balanceados—. Estás muy guapa hasta recién levantada.

—Deja de intentar ligar con mi hermana, enano —Cloe le dio un ligero golpe en la nuca —. ¿Quieres café?

—Ya me lo sirvo yo —Carla les dio la espalda al tomar un vaso y llenarlo con agua—. ¿Me podéis asistir con un… asunto?

—¿Qué necesitas? —cuestionó la mayor.

—Pretendía registrarme en Instagram —explicó ella brevemente.

—¿Para qué quieres *Insta*? —dudó el muchacho.

—Por… la ciencia —simuló no muy convincentemente—. Aprendizaje científico. He encontrado una cuenta muy científica que quiero seguir —no se le daba debidamente eso de mentir.

—Mhm —el chico frunció el ceño, con incredulidad.

—Tuve una compañera en Corea que empezó exactamente igual, con estas vainas, pero ella estaba muy fuera del armario —insinuó la rubia.

—Yo no tengo intención de abandonar ningún mueble. Solo deseo leer noticias sobre genética. Me gusta estar al tanto de los hallazgos de la comunidad científica en mi campo.

—Claro, claro. Di otra vez la palabra «científica», a ver si nos lo creemos más —su hermana asintió irónicamente—. Te interesan muchísimo los genes. Los de Claudia, en concreto.

—No sé a qué términos anatómicos te estás refiriendo, particularmente —negó la menor de las Álvarez.

—Max, ¿le haces tú la cuenta y sigues a Claudia por ella? Me estoy meando.

—Bueno… Se la creo, si me llevas donde Eva luego —él le sonrió inocentemente—. He quedado con ella para ir a comprarme ropa. Dice que Clau tiene buen gusto para eso.

No será porque tiene mucho fondo de armario. Su cuenta personal de Instagram la delata. ¿Cómo? Cerebro, tal afirmación es irrelevante. ¿Estaré alcoholizada aún? Afortunadamente, Max comenzó a pedirle datos para su nuevo perfil y la distrajo de la bailarina. Cosa que no se extendió demasiado en el tiempo porque la tuvo lista en apenas dos minutos. Por eso, agradeció que Cloe le hiciese de chófer al chico y le concediese un momento a solas con el vídeo de Claudia. Era más sexual de lo que esperaba y la rubia sabía perfectamente lo que quería provocar en el espectador, aunque ella no entendía la necesidad de bailar semidesnuda. *¿Qué se sentirá al recorrer su «rectus abdominis», justo a lo largo de su línea alba, con el músculo lingual? De nuevo, cerebro, ¿puedes no hacerte preguntas obscenas y completamente inapropiadas? No estoy intoxicada por el alcohol, claramente. ¿Será el oxígeno del laboratorio alterando mi composición química cerebral? Improbable. Debería estudiar si alguna especie de bacteria es capaz de afectar a mi glándula pituitaria. Necesito darme un paseo hasta el departamento de neurología el lunes y preguntar si me pueden hacer un chequeo.*

—¿Cómo puedo ser tan gilipollas? —Cloe regresó visiblemente alterada.

—¿Qué sucede? —Carla fue a su encuentro.

—Discutí con Eva ayer… otra vez. Fue por una tontería, porque no sé hacer otra cosa con ella, pero sigo haciendo el imbécil y ni la he saludado.

—Tu comportamiento con la mujer que te apasiona me fascina y me decepciona a partes iguales. ¿Es imprescindible que continues siendo tan pueril? —la menor la contempló con una ceja elevada—. Me empieza a parecer primordial que le digas lo que sientes, que te gusta. Es probable que, de dicha forma, termine el sufrimiento de ambas.

—No es tan fácil, Miss Ciencia —la mayor resopló—. No lo entiendes porque nunca te ha gustado nadie tanto.

—Puede que tengas razón. No obstante, te recomiendo que…

—No, no quiero saberlo. No quiero nada. Seguir con mi vida en solitario, por favor.

—¿Por qué? —Carla no lo comprendía—. Tienes sentimientos por Eva y estoy convencida de que te haría muy feliz estar con ella.

—Carla, mis sentimientos se pasarán. Todo se acaba y todo el mundo se marcha. El amor el primero —los ojos de Cloe se entristecieron—. Es absurdo pensar en eso. Sí, me gusta Eva. ¿Y qué? La he cagado tanto con ella que solo me quiere para follar. Es suficiente, aunque se termine en algún punto. Se echará novia, novio o lo que sea, y desaparecerá de mi vida —su hermana tragó saliva, con la ira enmascarando su verdadera aflicción—. ¿Para qué hacerme ilusiones?

La doctora la observó un instante. Hacía años que no notaba tanto pesimismo en la mayor. La última vez que vio ese miedo en su mirada eran unas adolescentes sin sentido común ni madre a la que acudir. Empezaba a entenderla. Sin embargo, su intuición y el análisis que había estado haciendo a la capitana de las *Titans* le decían que estaban hechas la una para la otra. *Aunque eso no sea posible, científicamente hablando*.

—No te haces una idea de lo que duele —Cloe suspiró, rompiéndose por dentro—. Creer que tienes algo por lo que vivir, que te hace feliz, y perderlo por miedo a que se… volatilice en un segundo, en dos frases o una discusión sin sentido —miró hacia el techo intentando calmarse, claramente para no llorar—. Por más que lo pienso, no quiero que Eva sienta nada por mí, porque no va a durar. Y, la única forma de evitarlo, es peleándome con ella. También es lo único que sé hacer. Ya se cansará. Mejor temprano que tarde, cuando ya no pueda sacármela de aquí —se llevó la mano al lado izquierdo del pecho.

A Carla le estaba doliendo verla así. Su hermana mayor era un ser sentiente. Después de tanto tiempo, era capaz de mostrar algo que no fuese apatía, desidia o una falsa prepotencia. Comprendía que el sarcasmo se había convertido en su mecanismo de defensa ante los infortunios existenciales. No obstante, no llegó a percibir el trauma y el temor inherente al que la había subordinado la pérdida de sus padres y sus abuelos. La impasible y resiliente Cloe era tan solo una niña herida falta de cariño y con miedo a perder un amor del que había sido privada. Y Carla la entendía tan bien que creyó estar delante de su reflejo futuro en otra dimensión. *Si no fuese por la ciencia, en tres años, podría sentirme así. No puedo dejar que se vea sola. Está enamorada y Eva la quiere también*.

—Deberías abrirte con Eva —le insistió—. Expresarle tus sentimientos. No la veo marchándose, como tú crees.

—Yo tampoco te veía a ti yéndote y te largaste a Boston —le recriminó la mayor muy seria—. Mi padre en la cárcel, mamá y el abuelo… muertos los dos… Eras lo único estable en mi miserable vida y no te lo pensaste dos veces para aceptar una oferta en la otra punta del planeta.

—Tú también te fuiste, ¿no? A Corea. Y te la dejaste aquí por un temor irracional a enamorarte de ella cuando, claramente, ya lo estabas… estás —la menor no reconoció el tono de reproche en su propia voz—. Somos iguales, querida hermana. Compartimos la misma carga genética materna.

—Por desgracia… —Cloe la miró, sin ningún ápice de enfado—. No me voy a pelear contigo, Carla, porque tienes razón. Yo hui de unos sentimientos por Eva que se han vuelto contra mí como un puto bumerán afilado, pero tú pretendes ocultarte tras la ciencia y una falsa heterosexualidad con tal de no admitir que te mola Claudia. Deberías dejar de decirme qué hacer con Eva y comerte a su amiga de una vez.

—Qué obsesión tienes con que me guste Claudia. Eso es improbable porque soy heterosexual.

—Ya, claro, como aquella vez que te pillé en el insti.

—No sé de qué me hablas —negó la menor confundida.

—¿Tanta borrachera te ha borrado la memoria? Porque yo me acuerdo como si fuese ayer.

***

La joven Cloe de 19 años estaba harta. Llevaba una semana, prácticamente, sin ver a su hermana pequeña. La menor se había vuelto más estudiosa de lo normal al comenzar el bachillerato, pero, con aquel viaje del IMSERSO que habían hecho sus abuelos, se había recluido demasiado en su cuarto. Su pobre abuela se merecía un descanso de las dos adolescentes que aún no superaban la muerte de su madre, el abandono más bien, y su querido marido se la llevó a pasar unos días a la playa aprovechando la oferta. Así que, la mayor no iba a joderles las vacaciones. Por eso, les preparó una buena cena a ambas y fue a buscar a la cerebrito de su hermana.

Se quedó con el pomo de la puerta en la mano y la mandíbula inferior a un centímetro de dar en el suelo. No estaba segura de qué estaba viendo, pero parecía ser que su hermana, la hetero de las dos, estaba comiéndole la boca a una tía morena de ojos negros. La menor de las Álvarez la observó como si la hubiese pillado cometiendo el peor delito conocido por la humanidad.

—¿Por qué nunca llamas a la puerta? —le gritó Carla.

—Porque jamás pensé que tu lengua iba a estar en esa —la mayor pronunció el pronombre muy claro— boca ajena.

—No estaba…

—Yo me voy a ir yendo —la chica se escabulló pasando junto a Cloe—. Nos vemos mañana.

—¿Mañana? —ella la miró confusa—. No me digas que tienes novia. ¿Antes que yo? Impresionante.

—No es mi novia y mi lengua no estaba en su boca —Carla resopló indignada—. Es solo una compañera de clase, Jessy… con «y» griega.

—¿«La Jessy»? Madre mía, qué bajo has caído en la escala *bolleril*.

—¡Que no soy… lesbiana! ¡Sal de mi cuarto! —su hermana la intentó echar a empujones.

—No, he hecho la cena y me ha quedado bien. Ven a comer.

—Tengo que estudiar.

—No pienso cenar sola —Cloe se apalancó en la puerta, impidiendo que la sacase de la habitación—. O vienes o…

—¡No eres mi madre! Está muerta. Deja de intentarlo.

—Llevo 16 años siendo más tu madre que la señora que nos parió —le recordó la mayor —. Deja de hacerte la gilipollas y ven a comer. He hecho tus fajitas favoritas.

Por mucho que Carla se negó y pataleó como la adolescente que era, consiguió arrastrarla a la cocina y la obligó a sentarse para cenar. Le dio un par de minutos en silencio antes de preguntarle por «la» Jessy. Aparentemente, no eran nada y ese beso había sido el primero. La menor le aseguró que su compañera se lanzó a por sus labios, pero Cloe no se lo terminó de creer. Su querida hermana no tenía cara de haber odiado cada segundo en que la otra chica le comió la boca. Algo le decía que tampoco iba a ser la última vez que la pillaría siendo menos hetero de lo que pretendía ser.

***

—Fue ella la que me besó —insistió la Carla de treinta años—. Yo era heterosexual. Soy.

—Mhm. A día de hoy, hasta tú lo sigues dudando —Cloe rodó los ojos—. Quizás, deberías comerle la boca a Claudia. Por confirmar, por supuesto.

—Estábamos conversando sobre ti y Eva. No cambies de…

Su móvil las interrumpió justo a tiempo para evitarle a la rubia continuar con una charla que no quería escuchar. Contempló unos segundos la pantalla porque el número empezaba por el prefijo de su ciudad natal. Era extraño, pero podría ser algo relacionado con la muerte de su abuela.

—¿Diga? —lo descolgó mirando a su hermana.

—¿Cloe Álvarez? —la voz de un desconocido la descolocó del todo.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Mi nombre es Jesús Mesa, el director del centro penitenciario de Jaén. Al parecer, es el

único contacto de Gabriel Álvarez.

—Sí. Por desgracia, es mi padre —ella suspiró—. ¿Qué ha hecho ahora?

—Lamento informarla de que ha fallecido —respondió el hombre, no muy apenado.

—¿Qué? ¿Cómo? —le preguntó la rubia, incrédula.

—Desafortunadamente, los reclusos se han amotinado y su padre ha sido víctima de un apuñalamiento durante la reyerta. Aun así, necesitamos que venga a hacer el reconocimiento del cadáver, recoger sus efectos personales y firmar unos papeles para decidir cómo procedemos. ¿Puede pasarse por aquí?

—Estoy en Madrid, pero podría llegar esta tarde —su cerebro no dio para más.

—Perfecto, gracias. La esperamos.

El señor se despidió cordialmente y la dejó aturdida mirando su teléfono. Tardó en reaccionar y procesar la información que acababa de recibir. Su padre estaba muerto. Se habían cargado al cabrón que llevaba desde su infancia en la cárcel. No sabía si entregarse a la rabia de no haberle podido decir muchas cosas o estar triste porque no sabía prácticamente nada de él. Lo que no sentía era alegría, como creyó que pasaría cuando por fin falleciese.

Carla esperó pacientemente hasta que su cerebro decidió funcionar con normalidad y contarle lo que había sucedido. Su hermana la escuchó sin mostrar ninguna emoción. *No lo conocía ni siquiera. Es absurdo*.

—No te preocupes —le dijo la menor—. Yo te acompaño y le podemos echar un vistazo al informe médico.

—Te lo agradecería porque no tengo ni idea de estas cosas —Cloe seguía en shock—. Menudo sábado se ha quedado, ¿no?

La pequeña le apretó el brazo con cara de lástima y la invitó a sentarse un momento. Sin embargo, ella solo quería ir ya y acabar con todo de una vez. *Ese señor me abandonó siendo una cría y, ahora, me toca comerme el marrón de su muerte. Llevo más de veinte años sin saber de él*. Incluso recordaba haberlo visitado, por insistencia de su madre, con unos diez años o así. Esa fue la última vez que lo vio. Desde entonces, sus abuelos evitaron que pisase la cárcel de nuevo. Cuando cumplió la mayoría de edad, decidió que no le quedaba nada que tratar con ese hombre y, hasta el momento, se había olvidado de su progenitor. Así que, definitivamente, estaba enfadada. *Se lo cargan y me cae a mí el muerto. Estupendo*, ironizó mentalmente.

—¿Quieres que…? —su tono de móvil interrumpió a Carla—. Hoy, es el día de los avisos telefónicos. Discúlpame un segundo —dijo cogiéndolo—. ¿Sí? Mhm. No, no. Es mi día libre y tengo asuntos personales que atender. ¿No hay…? Lo entiendo. No obstante… De acuerdo, voy en seguida.

La menor la miró con preocupación tras colgar. De hecho, no tenía cara de estar muy contenta con la llamada y algo le decía a Cloe que le acababan de joder todos los planes. *Me va a tocar ir sola a la cárcel. Cada vez, se pone más divertida la cosa. Con suerte, me apuñalan a mí también…*

—Me han convocado para atender en urgencias… de nuevo —su hermanita rodó los ojos, harta—. No creo poder acompañarte. ¿Estás segura de que tienes que asistir de inmediato?

—No te preocupes —ella fingió que no le daba importancia—. Bajo, hago el reconocimiento o lo que sea, firmo lo que tenga que firmar y me vuelvo.

—Ah, no. No te puedo permitir que cometas esa insensatez —analizó la pequeña frunciendo el ceño—. No estás cabal si consideras que te voy a consentir conducir tanto, que regreses con poca visibilidad nocturna y, adicionalmente, estando afectada psicológicamente.

—No estoy…

—No. Es una irresponsabilidad.

—Carla, tengo que ir —Cloe no tenía ganas tampoco—. ¿Te parece mejor si me quedo en la casa, que para eso la tenemos, y me vuelvo mañana? De todas formas, me toca estar para lo del podcast.

—Mejor, pero presta atención a la conducción y, si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme.

—Que sí, que iré a diez por hora si hace falta. Voy a pillarme una muda y avisar a Max de que no podré recogerlo luego.

Le costó un par de argumentos absurdos más convencerla, pero consiguió que se marcharse a trabajar. Si, encima, le arruinaban el esfuerzo que había puesto en su investigación por no atender en urgencias, se iba a culpar toda la vida. A sí misma y al señor muerto. *Es que lo podían haber matado otro día. ¡Joder! Todo son problemas…*

Le habían prometido a Carla que descansaría esa noche en su casa recién heredada y se paró un momento a apreciar el silencio de su piso. Sin embargo, no tenía tiempo que perder y necesitaba preparar una mochila con ropa para cambiarse, por lo menos. No tardó mucho, pero alguien llamó al timbre cuando estaba a punto de marcharse. *Más complicaciones no, por favor*.

—¿Qué haces aquí? —Cloe la contempló confusa.

—Siento lo de tu padre —Eva le puso cara de cachorro.

—¿Cómo…? Carla.

—Carla —asintió la castaña—. Me ha pedido que no te deje sola y te acompañe a Jaén. Eso hago aquí. No te preocupes por el podcast, ya lo he cancelado para esta semana. Y Max se queda en mi cuarto esta noche. Claudia se encarga de él.

—No hace falta que…

—Sí, hace falta —la jugadora la interrumpió muy convencida—. Prefiero no levantarme con un bisturí en el pecho. O lo que sea que use tu hermana para diseccionar cosas.

—Carla no disecciona… Da igual. Me voy a quedar allí y seguro que tienes…

—Todo solucionado y nada que hacer —la chica le enseñó una bolsa de gimnasio de las *Titans*—. ¿Conduces tú o…?

—Supongo que sí, pero… —la rubia seguía completamente atónita por todo.

—¡Vámonos, átomos! —la menor no la dejó ni terminar.

Si le hubiesen dicho que su día, demasiado surrealista, era un sueño, se lo creería sin dudar. Casi se pelea con Carla por una tontería sentimental, la llaman por su padre fallecido y se presenta Eva en su casa para acompañarla, aunque ella pensaba que seguía enfadada. *Esto tiene cero sentido, de verdad. Se me va a pirar la pinza y los manicomios no salen en el GPS…*

La realidad la golpeó cuando se subió al coche con Eva. Quizás, fue el sol, próximo al mediodía. Contempló a la castaña cambiarse las gafas por unas de cristales opacos. Ni siquiera había reparado en ese pequeño detalle con tanto estrés. ¿En serio iba a pasarse algo más de tres horas metida en un vehículo con ella? *A lo mejor, Carla tiene razón y no es de las que se largan tan fácilmente. Qué tontería. Todo el mundo se acaba pirando.*

—¿Pasa algo? —le preguntó la jugadora—. ¿No nos vamos todavía?

—Sí, sí. Estaba pensando en… dónde he dejado mis gafas de sol —fue la única excusa que se le ocurrió.

—Las tienes en la mano —Eva le sonrió adorablemente.

—Ah, sí —la rubia las miró—. Las cabezas, ¿eh?

—Es normal. Te han dicho que tu padre ha muerto y no hace tanto de lo de tu abuela —la menor le frotó el brazo consolándola—. Puedo conducir yo si quieres.

—No, no, estoy bien.

En parte, era mentira, pero su acompañante no la cuestionó y se entretuvo buscando una canción que le gustase entre sus listas. Eva se estuvo quieta al llegar a un tema de Lucía, donde hablaba sobre la impaciencia y lo rápido que se enamoró, probablemente de Cora. Le encantaba. Sin embargo, al llegar a su parte favorita aguantó el silencio mientras su amiga resonaba por los altavoces:

—No hacía falta que vinieses —dijo.

—No te iba a dejar sola —Eva la miró frunciendo el ceño—. Y, menos, ahora. Tú harías lo mismo por mí.

—No lo tengo tan claro.

—Yo sí y no me vas a hacer cambiar de opinión —la jugadora negó con la cabeza—. No sabía que tu padre estaba en la cárcel. Bueno, sí, pero me enteré hace… un día.

—¿Un día? —a Cloe no le cuadraban las cuentas.

—Mhm. ¿Cómo es posible que entienda a tu hermana mejor cuando está borracha que sobria? También habla por los codos y dice cosas muy interesantes.

—¿Qué te ha contado ya? —la rubia rodó los ojos—. No le hagas caso.

—Tienes… tenías unos padres muy…

—¿Ausentes? ¿Pésimos? ¿Dañinos? ¿Traumatizantes?

—Sí a todo —la risa de la menor nubló la música de fondo—. Siento que tu vida haya sido tan difícil, pero todo mejora. O eso dicen.

—¿Quién lo dice? Que le parto la cara por mentir.

—La psicóloga del equipo me ha asegurado que los malos momentos pasan. Solo hay que aceptar tus emociones y no esconderlas a la gente que te importa.

—¿Estás yendo a terapia? —dudó la mayor.

—Mhm. Y tú deberías también. No te va a solucionar la vida, pero te puede enseñar a que no duela tanto. O a enfrentarte a ese dolor, por lo menos —Eva observó el paisaje por la ventana con demasiado desinterés—. A mí, me está ayudando a entender mis propios pensamientos y sentimientos.

—Me he venido de excursión con *Mr. Wonderful*. Yuju —ironizó Cloe exasperada.

—¡Claro! ¿Quieres una taza que diga «No sabía qué ponerme y me puse contenta»? —la castaña le siguió el rollo.

—Dos. Por si una la estrello contra la pared, sin querer queriendo —ella rodó los ojos—. Odio esas mierdas y lo sabes.

—Lo sé. Te conozco mejor de lo que crees.

¿Qué quiere decir eso? ¿Se piensa que yo a ella no? Debería seguir conduciendo en silencio o esto no acabará bien. Sin embargo, su acompañante tenía unos planes diferentes y continuó hablándole de sentimientos y terapias.

—¿Cómo es vivir con Claudia? —Cloe intentó cambiarle de tema.

—La he visto desnuda más que en veinte años de amistad, pero es ordenada, no como Rodri… o como yo —se rio Eva—. Me la voy a quedar para siempre.

—¿Por las buenas vistas? —la rubia procuró no sonar celosa.

—Por la organización. Son vistas que no me interesan —la castaña la observó fijamente.

—¿Quién no quiere ver a Claudia desnuda? Está buena.

—Yo. Prefiero verte a ti sin ropa.

Por algún motivo, sintió la necesidad de pegarle un pisotón al pedal de freno y no fue por el tráfico al salir de Madrid. *¿Le gusto o solo quiere follar conmigo? Técnicamente, lo propuso ella, pero… ahora no está pensando en eso, ¿no? Estaría loca. ¿En mitad de la carretera? No. Aunque… ¡Cloe, no! Recuerda por qué vas a Jaén. ¿Cómo vas a pillar un calentón en estas circunstancias? Se han cargado a tu padre en la cárcel.*

—¿No tienes ningún comentario ingenioso de los tuyos? —se sorprendió la jugadora—. Sí que está grave la cosa.

—Un poco, sí.

—Perdón…

Por el rabillo del ojo, pudo ver la cara de vergüenza de Eva. Desde entonces, la chica no dijo mucho, solo algún que otro apunte sobre el trayecto. Cloe hasta hubiese preferido que le lanzase indirectas, o directas, sexuales. Incluso se decepcionó consigo misma por no haberle seguido el juego. Sin embargo, tenía que mantener el control cuando estaba con ella. Solo pensaba en decirle cuánto deseaba tocarla y era una locura. *Carla, sal de mi puta cabeza. No te voy a hacer caso ni a ti ni a tus consejos de robot que no se ha enamorado en la vida*.

Llegar a Jaén, le supuso un alivio. No estaba del todo preparada y necesitó unos minutos frente a la entrada de la cárcel, al salir del coche. Respiró hondo, poco decidida a entrar, pero tenía que hacerlo. *Cuanto antes lo solucione, antes vuelvo a mi vida. Es un trámite más, Cloe. Solo eso*.

—¿Estás bien? —Eva se paró junto a ella.

—Sí. Tú no tienes por qué entrar conmigo si no quieres —la rubia la miró con la esperanza de que no aceptase su oferta—. Lo entendería.

—No, quiero estar contigo —la castaña buscó su mano con la vista y, después, con la suya propia—. Pase lo que pase.

Capítulo 14: Presa del Caos

Había varias cosas que le daban mucho mal rollo, pero la cárcel jiennense se estaba colando en su lista por todo lo alto. Nunca había estado en ninguna por mucho tiempo y tampoco sabía si tantos controles eran por el motín. Sin embargo, las hicieron pasar por demasiados hasta llegar a ver al médico forense. Otra cosa que le daba escalofríos: estar en una morgue. Por eso, se había agarrado al brazo de Cloe, en cuanto atravesaron la primera puerta de hierro con las dos manos, y no la soltó.

—Afortunadamente, no ha sufrido lesiones graves en la cara —les explicó el doctor—. Aquí está.

Eva jamás pensó que fuese tan raro lo de ver a un muerto de cerca fuera de un tanatorio, pero se preocupó al notar cómo se tensaba la rubia. La mayor simplemente asintió y le hizo saber al forense que sí era su padre. Antes de que lo volviese a tapar, la castaña le echó un buen vistazo para comprobar que el difunto era un hombre bastante guapo, a pesar de las circunstancias. No había conocido a su madre, pero le daba la sensación de que Cloe lo había sacado de él.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras las guiaban a otra estancia.

—Sí. Pensaba que sería peor, pero… no siento nada —la segunda entrenadora se encogió de hombros—. Sé que es él por las fotos y porque me acuerdo un poco de su cara. Llevo un siglo sin verlo.

—¿Nada? —dudó Eva—. ¿Ni odio?

—Indiferencia, supongo. Es que, de verdad, es un señor más en mi vida. Solo nos conectan los genes…

La jugadora la observó sin soltarla. Le inquietaba bastante la falta de sentimientos de la mujer que acababa de ver, en una fría mesa de acero, al hombre que la engendró. Era alarmante el gesto tranquilo que se había fijado en el rostro de la rubia. *Yo estaría llorando como una magdalena, aunque no supiese ni que existía. A lo mejor se está haciendo la fuerte*. Fuese lo que fuera, no tenía ningún sentido.

—Esto es lo que llevaba encima cuando lo encontramos —el doctor le entregó una cajetilla de cigarros y una foto.

Eva le echó un buen vistazo a la imagen. Tenía un borde manchado de sangre seca y era realmente sobrecogedor pensar de dónde venía. Por todo lo demás, era una fotografía de una mujer con una niña pequeña en brazos. Cloe la sujetó sin darle importancia al filo sucio y rascó unos cuantos puntitos, más marrones que rojos, que habían salpicado en la figura de la cría. No le hizo falta demasiado para reconocerla. La pequeña era clavadita a la rubia, aunque la cara de la chica se había afinado. A pesar del leve cambio, sus ojos seguían siendo preciosos, pero carecían de la alegría que tenían en el pasado. La sub entrenadora no era muy de sonreír y, aun así, le vio todos los dientes en la foto. *Oh, era adorable. Parece una niña feliz y todo. ¿Sería… menos seria si no le hubiesen pasado tantas cosas? Ahora, es más sexy, desde luego, pero me dan ganas de achuchar a esa chiquilla. Supongo que me da igual cómo sea, la voy a querer lo mismo.*

—Eras muy mona —le señaló la jugadora sin tocar la imagen.

—Lo perdí dos semanas después de esta foto —le respondió Cloe con la mirada perdida —. La monería y a mi padre.

—Bueno, antes estaba vivo —Eva apretó los dientes abochornada al registrar sus propias palabras—. Lo siento.

—Vivo sí, pero estar… no estaba. Para nada. Ni cumpleaños, ni fiestas de fin de curso, ni graduaciones… —la risa siniestra de Cloe, cargada de dolor, le provocó un escalofrío—. Mi mamá dice que tu padre está preso y, por eso, no viene a verte bailar. Pues la mía dice que ha matado a alguien y que no lo van a soltar nunca —recordó imitando la voz de un crío sin consciencia—. Siempre fui la niña con el padre en la cárcel. Hasta que empecé a ser la hija de una drogata. ¿No ha venido nadie a verte? No te preocupes, seguro que tus padres están muy orgullosos de ti. Sí, orgullosísimos —ironizó—. No creo ni que fuesen conscientes de que seguía existiendo.

—Ni me lo imagino. Tuvo que ser muy duro, ¿no? —la castaña le pasó la mano por la espalda suavemente—. Al menos, tenías a Carla.

—Hasta que murió mi madre, sí. Después, era como mi padre. Estaba viva, pero no estaba —la mayor desvió la vista un segundo, luchando contra sus demonios internos—. A lo mejor, la que nunca ha estado, he sido yo.

—¿Cómo que no? Yo te veo perfectamente —la menor intentó sonreírle ampliamente para animarla—. Estás aquí conmigo. No es un sitio muy agradable, pero eres tangible.

—¿Y el año pasado? —los ojos de la rubia posándose en los suyos le dieron miedo por primera vez en mucho tiempo—. ¿También estaba?

—Bueno, estabas en Corea, pero…

—Pero no estaba —terminó por ella.

—¡Claro! Porque no puedes duplicarte. ¿O sí? ¿Tienes ese poder? Porque me vendría bien, a veces —el cerebro de Eva activó el modo payaso para evitar tanta tensión insana en su compañera—. Aunque imagina tener dos como yo… Te vuelves loca. Más.

—Ojalá el mundo tuviese dos como tú y cero como yo.

—Cloe, no digas eso. Si no existieses, yo estaría muy triste y te prohíbo que me pongas *sad*, como dice tu hermana —la jugadora la miró muy seria.

—Ya lo he hecho antes. No puedes impedírmelo. Se me da demasiado bien.

—La verdad es que sí, pero eso no significa que no puedas dejar de hacerlo de ahora en adelante.

—Va a seguir pasando, Eva. Asúmelo —la rubia le puso la foto delante de la cara—. Soy su hija. Suya y del señor que acabamos de ver muerto. Está en mis genes.

—Carla no estaría de acuerdo contigo. ¿O sí? No sé, no entiendo de genética, pero yo sé que tú no eres como ellos. Eres mejor persona. Eres mi… amiga, o lo que sea, porque no te pareces a esas dos personas. Tienes tus cosillas, como todo el mundo, y sí, te fuiste un año, pero ¿qué más da? Has vuelto. Estás aquí —la castaña la cogió por los hombros—. Lo importante es

regresar y ser consciente de lo que has hecho mal. No pasa nada, de verdad. Puede que me haya pasado un poco con tanto echártelo en cara, pero eso ya está olvidado, ¿vale?

—He vuelto, pero ¿qué te impide a ti marcharte? —Cloe se tragó todo el dolor que salió a flote en sus pupilas—. Todo el mundo que me importa, importaba, lo hace.

—Hay un pequeño detalle que sí me lo prohíbe, pero estás puto ciega… o sorda… o sordociega, porque no te das cuenta de que lo ves a diario. ¿Cómo para no verlo? Que mide alrededor de metro setenta y es más rubio que una bombilla cálida de esas de bajo consumo. Vamos, es que te va a comer cada vez que te miras al espejo —la menor empezaba a desesperarse—. Déjate de tonterías, hazme el favor. No me voy a ir a ninguna parte ni te voy a abandonar, imbécil.

—Pero yo seguiré teniendo miedo a que sí lo hagas. Siempre lo he tenido. Por eso, me fui antes que de pudieses marcharte tú. Pensaba que, así, sería todo sencillo, pero no lo es. Ha sido peor. Yo no… —los ojos de la segunda entrenadora se llenaron de lágrimas, pero parpadeó para exterminarlas—. Lo siento. Soy incapaz de hacer las cosas bien. Ni abrirme ni pollas. No sé para qué le hago caso a Carla.

—Cloe, que no… ¿Estás segura de que este es el mejor sitio y momento para que hablemos de esto? La psicóloga me ha recomendado hablar de mis sentimientos, pero no creo que debamos hacerlo aquí, precisamente —ella estaba flipando—. Cuando vayamos a tu casa y estemos tranquilas, me dices todo lo que quieras, ¿vale?

La mayor asintió disculpándose nuevamente. Ni siquiera se habían dado cuenta de que el forense se había esfumado. El médico había vuelto a la morgue para darles privacidad, o para continuar con las mil cosas que tendría que hacer, y solo quedaba un guarda en la puerta, que las estaba observando a través de una ventana redonda. Eva tiró de su compañera hacia él para continuar con la desagradable visita a la maldita cárcel. No entendía por qué se había puesto de esa forma y, quizás, lo desencadenó la dichosa foto que tenía su padre. Sin embargo, estaba convencida de que no era ideal soltarle, en aquel sitio, que le gustaba y quería estar el resto de su vida con ella porque no se la sacaba de la cabeza ni a tiros, aunque se fuese a Corea o a la Conchinchina. *Esta mujer no está bien. Le está afectando esta movida más de lo que quiere aparentar y va a explotar por todas partes. Tengo que decirle a Alma que la mande a la psicóloga, pero ya*.

El guardia las condujo hasta la sala en la que Cloe tuvo que revisar el papeleo para firmar. La rubia no estaba muy centrada. Llevaba sin estarlo desde que pusieron un pie en el centro penitenciario, pero había empeorado con su «amena conversación» a dos pasos de la morgue. Así que la castaña tuvo que intervenir al notar algo extraño entre tanta letra pequeña.

—Ahí dice que eximes de toda responsabilidad a la cárcel —la avisó deteniéndole la mano con el bolígrafo—. ¿Te vas a hacer cargo del entierro? Debería ser cosa de ellos porque están obligados a asegurar la integridad física de los reclusos —la informó frunciendo el ceño—. Legalmente, fue un error del centro y tienen que correr con los gastos de todo.

—¿Te has comido a Carla de repente? —la sub entrenadora la miró impresionada y confusa a la vez.

—Empecé a estudiar Derecho —ella se encogió de hombros—. Yo también tengo un pasado antes de *Impact*, eh.

—¿De… Derecho? ¿Tú? —Cloe pestañeó incrédula.

—Sí. ¿No te lo había dicho? —Eva la vio negar con la cabeza y la boca entreabierta—. Ya te lo contaré entonces. Ah, Clau es educadora social. Para que no te sorprendas tanto si lo dice.

—¿Qué…? —la mayor resopló intentando asimilarlo—. Da igual. Supongo que esto no lo firmo, ¿no?

—No te lo recomiendo —la menor se acordó de soltar su mano.

—Pues una cosa menos. ¿Ahora, qué? —le preguntó al señor que le había dado los papeles.

—Dado que tu amiga es muy lista y está muy atenta, nosotros nos encargamos del resto —el hombre puso una bolsa sobre la mesa—. Estos son los efectos personales de tu padre. El libro se lo trajeron, supongo que tu madre, una vez dentro y la cadena se la confiscamos al ingresar en prisión. Puedes hacer lo que quieras con ellos, pero, como sabrá tu amiga —clavó la vista en Eva sin ninguna simpatía—, tienes que llevártelos obligatoriamente.

Cloe se guardó la medalla de oro en el mismo bolsillo en el que había escondido la foto y tomó el libro con desinterés antes de salir. Eva se alegró muchísimo de abandonar aquel lugar tan hostil, pero también la asustaba el exterior porque tenían una conversación pendiente. Sin embargo, no vio a la rubia en condiciones de seguir hablando sobre cómo se sentían. Además, sabía que no era el momento de confesarle nada. Por lo menos, se había librado del señor al que, claramente, no le había caído bien que no dejase a la mayor firmar.

—Podemos volver a Madrid —le dijo Cloe subiendo al coche—. Nos da tiempo de llegar antes de medianoche.

—Le prometiste a Carla que descansarías —se negó ella—, pero lo que tú quieras.

La castaña mantuvo la esperanza de que la segunda entrenadora no decidiese regresar a la capital porque no estaba mentalmente capacitada para un viaje de tres horas con tremenda tensión, de la mala. Por suerte, la rubia las llevó hasta la casa que heredó de su abuela. *A lo mejor sí que quiere hablar seriamente y aclarar las cosas*. Le seguía pareciendo increíble todo lo que le había dicho sobre su miedo… ¿a perderla? Eso no lo tenía muy claro. Aun así, era consciente de que la chica no tendría ganas de nada. *Se murió su abuela hace poco. Ahora, su padre. La prisión la ha afectado demasiado y, quizás, solo necesita descansar un rato*.

Se le hizo eterno el camino desde la cárcel hasta el piso, pero sobrevivió. El par de plantas en ascensor fue incluso más duro. Cloe estaba tan cerca y tan lejos a la vez, que notaba el calor emanando de su cuerpo. Se iba a volver loca. Sobre todo, pensando en sus palabras. *Siempre ha tenido miedo a que me vaya y, por eso, se largó a Corea. ¿Qué excusa es esa? Puede que no lo sea… ¿Qué era lo de abrirse conmigo? Quizás, debería ser sincera también. ¿Y si le digo lo mucho que me gusta? Seguro que me sale con la tontería de que me voy a pirar*.

—Oye… —comenzó siguiéndola al interior de la vivienda.

No pudo pronunciar ni una sola palabra porque la rubia la empotró contra la pared del pasillo y le tapó la boca con la suya propia. La jugadora se quedó en shock, sin saber cómo reaccionar. *¿Esta mujer no está ni un poquito triste? ¿Cómo puede estar pensando en…?* Su cerebro se detuvo cuando la mano de Cloe le recorrió el pecho y le agarró una teta. Su estómago dio una voltereta al sentir los dientes de la mayor en su cuello. Le daba igual todo. Solo le quedaba la necesidad de tocarla.

Su ropa voló por los aires mientras ambas recorrían el pasillo hacia el salón, entre besos. La lengua de la rubia se paseó por su garganta en cuanto la tiró sobre el sofá y sus suaves labios acariciaron cada centímetro de su torso hasta vibrar su abdomen. Un instante después, le cubrió los muslos de mordiscos y el dolor se mezcló con el placer. Fue incapaz de distinguirlos desde el momento en que la rubia se empleó con su clítoris. Todos los pensamientos se borraron de su mente. No quería saber qué le pasaba por la cabeza a la mayor, ni si se encontraba mal o si se le estaba pirando la pinza por lo de su progenitor. Básicamente, se encontraba en otro plano astral.

Eva sumergió las manos en su pelo, al igual que hizo la mayor con dos dedos dentro de ella, y la empujó contra su cuerpo, elevando las caderas. Estaba a punto de explotar y le ordenó que aumentase el ritmo hasta que se corrió en su boca. La castaña soltó todo el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta y observó a la sub entrenadora pasar su enorme lengua por una esquina de sus labios. *Que esté como quiera y tenga el miedo que le dé la gana. Tengo que ser buena follamiga*.

—¿No crees que estaríamos mejor en tu cama? —le preguntó insinuante.

Cloe elevó una ceja antes de mostrarle una sonrisa llena de pura malicia y tirar de su mano para levantarla del sofá. Prácticamente, la arrastró hasta la cama a toda prisa y la arrojó contra el colchón. La menor se dio cuenta de que aún estaba vestida y se quedó mirándola.

—¿Por qué tienes tanta ropa? —cuestionó no muy contenta.

La rubia no tardó en quitarse la chaqueta y la camiseta, tirarlas al suelo y ponerse encima de ella. *La última y única vez que le chupé esos abdominales no los tenía tan marcados, ¿no? Debería mirar la profundidad actual con la lengua. Sin tequila de por medio y con…* Se le quedó la mente en blanco en cuanto Cloe la besó nuevamente. Sin embargo, recordó su necesidad de comérsela enterita y le agarró el culo a dos manos para rodar por la cama hasta que la tuvo debajo. Era su turno de hacerla gemir. La jugadora fue directa a su pecho con los dientes y los clavó justo al filo de su sujetador.

Antes de que pudiese recorrer su torso con los dedos y desabrocharle los vaqueros, la rubia ya las había devuelto a su posición original y la dejó hecha un sándwich con su cuerpo y el colchón. Ni siquiera supo cómo pasó, pero la segunda entrenadora estaba más fuerte de lo que recordaba. Así que las tornas se invirtieron y fue Eva la que se encontró con una mano entre sus piernas. A pesar de eso, la castaña también podía divertirse e intentó trazar sus abdominales hasta llegar otra vez a sus pantalones. No obstante, Cloe la agarró por el brazo y deshizo el camino lentamente hasta que puedo aferrarse a uno de sus pechos. Después, se le pegó tanto que no le dejó espacio para maniobrar. Volvía a estar atrapada, completamente a su merced para que hiciese con ella lo que quisiese.

¿Por qué no me deja que la toque? Necesito tocarla. La rubia rozó su sexo suavemente y

una oleada de electricidad le recorrió todo el vientre. *Bueno, pero es que eso está muy bien… Un ratito solo. Ya me preocupo luego de los tocamientos y de devolverle el favor*. Ese momento no terminó de llegar. Cloe la penetró con un dedo que no identificó mientras masajeaba su clítoris con el pulgar y, en apenas unos minutos, la tuvo deshaciéndose entre sus manos. Eva creyó que le iba a dar una corta tregua para que pudiese volverla loca de placer también o, por lo menos, besarla. Se equivocó y acabó, horas después, agotada, llena de marcas y jadeando boca abajo en la cama. No le hizo falta ni darle indicaciones. La sub entrenadora conocía su cuerpo y la tocó como quien se sabe un camino de memoria. La rubia había chupado, mordido y rozado cada centímetro de piel que pudo. Estaba deseando hacerle de todo, como la mayor hizo con ella, pero no pudo ni darse la vuelta.

—¿Dónde vas? —le preguntó la jugadora al verla levantarse.

—Duérmete —la mayor le dio una palmada en el culo, que le dolió—. Voy a la cocina. Llevo una hora comiéndote el coño y tengo sed.

—Eres la follamiga más romántica de la historia —Eva se rio con cansancio—. Tráeme un litro a mí también y ven a dormir ya.

La espera se le hizo tan larga que no pudo luchar contra el sueño ni un segundo más y se rindió. Prácticamente, no se enteró de nada hasta que el sol la molestó demasiado. Para su decepción, estaba sola. *¿Soy maga de repente? ¿Me he arropado solita mientras dormía? ¿Se habrá levantado Cloe ya? A lo mejor, no ha descansado mucho. Siempre madrugaba cuando estaba en el equipo. Supongo que algunas cosas nunca cambian*.

La castaña fue recogiendo su ropa por todo el pasillo hasta que llegó al salón. La rubia estaba tumbada en el sofá y ella estaba segura de que había pasado la noche allí, muriéndose de frío probablemente. Se preguntó si no quería molestarla o acostarse con ella en la misma cama. Sin embargo, Cloe se dio la vuelta y la jugadora fijó la vista en su culo. *¿Cómo puede estar tan jodidamente buena y yo tan cachonda, si me duele todo el cuerpo de follar ayer?*

***

En teoría, debería haberse quedado con Max en casa, pero el chaval se había ido de fiesta con un colega y la dejó sola. Eva le pidió que lo cuidase, aunque era un adulto independiente de veinte años. Claudia le ofreció ver una película, antes de responderle a Cloe, y él le dio vía libre para hacer lo que quisiese. Así que aceptó hacerle el favor a la segunda entrenadora. De hecho, el chico hasta le entregó sus llaves.



Obviamente, prefería cuidar del gato que de Max, a pesar de que el muchacho le ofreció acompañarlo en una noche de bailes sin fin. *Tengo que reposar el pie o Carla me va a mirar mal. Bueno, está muy sexy cuando se pone tan seria. Espero que su hermana la avise o van a ser unas risas cuando me encuentre en su casa mañana*.

—Caos, bonito, ¿dónde estás? —la bailarina lo llamó tras cerrar la puerta—. Me toca darte mimos esta noche. Tu dueña se ha ido a… hacer cosas de adulta.

¿En serio acabo de evitar decirle al gato que Cloe se fue a la cárcel? Como si no le chupase un huevo… ¿Tendrá huevos todavía? Se me está yendo la olla. La rubia se rio buscando al minino. Lo encontró saliendo de una habitación y se paró a contemplar lo adorable que era estirándose, antes de entrar en ese cuarto para dejar su chaqueta encima de la cama de Cloe. Iba a ser suya hasta por la mañana de todas formas.

Se sentó con el felino en el salón un rato. Tenía que revisar la coreografía que le había mandado el estudio para aprendérsela cuando volviese tras su «lesión». Estaba muchísimo mejor, pero le quedaba otra semana libre mientras el resto de bailarines grababan un vídeo para el canal

de YouTube. Sin embargo, no pudo concentrarse bien porque se empezaba a preocupar. Eva no le había escrito desde que se marchó. Apenas sabía que llegaron a Jaén y poco más.

—Caos, creo que tu dueña se está tirando a mi amiga fuertemente. Ojalá yo con tu otra dueña —le dijo rascándole cerca del rabo—. Aunque Carla no lo es, ¿no? Seguro que te dice que eres un… Lo siento, no sé latín para llamarte gato en raro.

La bolita de pelo le maulló flojito y se acomodó sobre ella. Básicamente, se hizo una mancha en su regazo y la dejó acariciarlo todo lo que quiso. Con la mano libre, se puso a perder el tiempo en redes sociales. Se rio de un par de memes en X y vio una decena de tiktoks de gente bailando, pero acabó en Instagram. Ni siquiera se había enterado de que Carla la seguía. *¿Desde cuándo tiene esta mujer cuenta? A ver…* Se decepcionó al ver que no tenía ninguna foto aún. *Debería echarse una conmigo para estrenarlo*.

—Oye, gatito, ¿por qué tus dueñas están tan buenas? No, lo que quiero saber es si Carlita es tan hetero como dice —Caos ronroneó pegándose contra su vientre—. ¿Tú tienes información que me ayude? ¿Alguna posibilidad con ella o me rindo? Es guapísima y tan lista… —le rascó entre las orejas después de que le maullase—. Cuando habla, es como oír cantos celestiales. No entiendo un carajo, pero es un ángel diciendo cualquier cosa.

Madre mía, igual me estoy pillando demasiado. La hostia que me voy a pegar con la Álvarez hetero. Le pareció gracioso denominarla así mentalmente porque estaba segura de que no lo era. *¿Quién se come la boca con tías cuando está borracha? Es más bollera que yo, pero le voy a tener que reventar la puerta del armario*.

La bailarina se puso una película para entretenerse y acabó olvidando que no estaba en su propia casa. Por eso, se entregó a su rutina antes de irse a la cama. No podía dejar de estirar, aunque fuesen las dos de la mañana. Por suerte, se había ido cenada y con los dientes lavados, cosa que le ahorraba tiempo. Así que se desnudó para irse a dormir, como siempre hacía, y dejó su ropa limpia bien puesta en el sillón que tenía Cloe en su habitación. Lo dudó un segundo, pero supuso que a la chica no le importaría que durmiese así en su cama. *Los pijamas son un incordio. Probablemente, ella tampoco los use. Eso sí, debería cambiarme los calcetines y… ¿Dónde está el otro?*

Claudia observó confusa uno de los que había llevado y los gatitos sonrientes en él le devolvieron la mirada. Era imposible que se hubiese olvidado la pareja de ese porque los había sacado juntos de su mochila y colocado sobre sus pantalones. Estaba segurísima. Por si acaso, lo buscó en la cama y en el suelo. Lo encontró bajo el sillón… en la boca de Caos.

—¡Oye! Dame eso —la chica alargó la mano para alcanzarlo—. ¡Eh!

El felino arrancó a correr como alma que lleva el diablo y se vio obligada a perseguirlo, pidiéndole que se lo devolviese amablemente. Sin embargo, era como si el minino supiese que se lo iba a quitar para no dárselo nunca más y lo estaba reclamando como suyo.

—¿Qué es este escándalo tan…?

Claudia se detuvo con cara de pánico al toparse de frente con Carla. La morena abrió muchísimo los ojos al darse cuenta de que estaba casi desnuda. Prácticamente, solo llevaba el tanga y un calcetín. El otro lo había soltado Caos a los pies de la doctora. La rubia se agachó a

recogerlo sin vergüenza alguna y se lo enseñó. Sin embargo, la científica estaba más interesada en otras cosas. A la bailarina se le dibujó una sonrisa de satisfacción al ver que la mandíbula se le iba a desencajar y sus ojos azules la recorrían como si fuese una muestra de laboratorio extraordinaria. *Es muy lesbiana y no se puede controlar. Las puertas del armario se abren hoy por mis ovarios.*

Mientras Carla estaba admirando sus buenos genes, fue avanzando hacia ella hasta que la pequeña de las Álvarez quedó pegada a la pared. Entonces, Claudia puso una mano a cada lado de su cabeza y la dejó sin escapatoria. Le dio igual que su mirada descendiese hasta sus tetas. Estaba disfrutando cada segundo de derretirle el cerebro.

—Con que eres hetero, ¿no? —la rubia sonrió mirando sus apetecibles labios.

—Sí, es mi orientación sexual de preferencia —Carla hizo lo mismo y contempló su boca —. Me defino de tal forma, pues.

—Mhm.

La bailarina se acercó muy lentamente. Tenía claro que la morena se moría de ganas de besarla, al igual que ella. Cuanto más se lo pensase, más tregua le daba para arrepentirse. Tenía los labios a escasos centímetros de los suyos cuando cerró los ojos y pudo notar la calidez de su aliento a punto de comerle la boca. Sus ganas y sueños estallaron con un tono básico de móvil, que le sonó muy estridente y le dio a Carla la oportunidad de salir de su hechizo sáfico. *¡Casi!*

—Discúlpame —la chica la apartó y sacó su teléfono—. Tengo que atender la llamada.

Estaba tan confusa por lo que había visto en la pantalla que no le dio tiempo a retenerla y solo la observó alejarse por el pasillo. *¿La está llamando un tío? ¿A estas horas? ¿Qué coño…?*

Capítulo 15: (Des)vínculos afectivos

Se encontraba extenuada y sus funciones cognitivas no se habían despertado muy certeras. Su problema principal radicaba en la falta de descanso nocturno. Como particularidad, no durmió apenas. Concretamente, solo fueron dos horas y ocho escasos minutos. No le gustaba responsabilizar a nadie de sus infortunios. Sin embargo, le atribuyó la culpa a Claudia en cuanto abandonó la comodidad de su cama. *¿Por qué desnuda? Es cierto que tiene una anatomía impecable y me gustaría investigar la firmeza de sus músculos con mis propias manos, además de reconocer la suavidad de su piel y apreciar la calidez de su voz mientras… No, no, no. No puedes estar pensando de esta forma. Has desarrollado una amistad con ella… Improbable. No compartimos ni siquiera un vínculo afectivo interpersonal.*

A decir verdad, su mente se había nublado con los labios de la bailarina a escasos centímetros de los suyos y, debido a esa fantasía, no pudo cerrar los párpados durante una cantidad significativa de tiempo hasta que cayó en brazos de Morfeo. En cuanto lo pretendía, Claudia se deslizaba otra vez frente a ella y la aprisionaba contra el muro de carga del pasillo. *Precisaría saber cómo besa. Da la sensación de ser tan… ¡No! Hoy, debo terminar el análisis preliminar de la tercera muestra que recogí, antes de almorzar a ser posible. Carla, es domingo. El laboratorio está cerrado. ¿Volverán a solicitar mi presencia en el hospital? No me importaría atender urgencias. ¿Se habrá marchado Claudia ya? ¿Sin comentarme nada?*

Salió atemorizada de su habitación y escrutó ambos lados del pasillo en busca de indicios que la llevasen a despejar la incógnita. Tras la absurdez de sus actos, caminó hacia la cocina despacio. *Es plausible que siga durmiendo. Ayer, era extremadamente tarde cuando regresé y ella aún estaba despierta. Persiguiendo a Caos. Desnuda. Con esa región femoral tan firme y… ¡Carla Álvarez! Cabe la posibilidad de estar hormonando. Es desconcertante ponderar tanto sobre la fisonomía de otra mujer. No obstante, soy heterosexual y no me atrae. Es puro interés científico.*

—Buenos días —la voz de la bailarina detuvo sus reflexiones internas—. Qué madrugadora.

—Ídem. Suponía que continuarías descansando —la doctora evitó el contacto visual directo—. Estás vestida.

—No es mi casa. Lo de ayer… Duermo desnuda y estaba a puntito de hacerlo, pero tu gato me robó un calcetín.

—No me pertenece. Su propietaria es Cloe.

—Pues su dueña me dijo que cuidase de él porque no ibas a estar —le explicó Claudia muy serena—. Pensaba que volverías más tarde.

Por eso, estaría tan desnuda y tan… Contrólate, por favor. Carla tomó asiento en la silla, en la cual se sentaba a diario, y contempló la corriente de convención ascendente de aire que salía de su taza, dando lugar a la condensación contra el aire frío invernal. Podría quemarse si lo tomaba en ese instante, pero se arriesgó con tal de no continuar con la conversación ni mencionar lo sucedido la madrugada anterior. Asimismo, no deseaba mirar a la mujer que tenía al lado y se hallaba masticando lentamente unas tostadas.

—Oye, la llamada de ayer… —comenzó la rubia—. Parecía importante. ¿Quién…?

No consiguió centrarse lo suficiente como para comprender su pregunta. El inconveniente fue que Claudia tenía una partícula indefinida, en el labio inferior y la estaba poniendo nerviosa. No pudo dejar de mirar aquel agente externo que, probablemente, fuese una miga de pan. Estaba sintiendo la imperiosa necesidad de quitársela ella misma mientras la bailarina hablaba.

—Disculpa, pero tienes un poco de tostada justo ahí —le indicó tímidamente.

—¿Dónde? —la mayor se limpió, no muy higiénicamente, con el dorso de la mano—. ¿Estás intentando cambiarme de tema?

—No estoy…

La partícula seguía allí, mofándose de ella y de su pulcritud. *No lo hagas. No es correcto tocarla sin su permiso. Sin embargo, no se le ha desprendido aún. Quizás, es menester que intervenga*. Anticipándose a su cerebro, sus falanges dominantes ya se encontraban aproximándose al rostro de Claudia y su pulgar tomó la delantera para deshacerse de la diminuta mota con la que se había obsesionado.

—Continúas teniendo el labio sucio.

—No, sucia está tu mente —la voz de Cloe la sobresaltó—. Más que el suelo de un bufé.

—No pillo esa referencia, pero bienvenida —Carla la observó calmándose.

—Es porque va mucha gente y… ¿Por qué te estoy explicando un chiste? —su hermana rodó los ojos—. Ya veo lo bien que te lo pasas cuando no estoy, eh.

—¿Has tenido complicaciones con lo de la penitenciaría?

—¿Y Eva? —cuestionó la bailarina.

—No, todo ha ido estupendamente —replicó la mayor de las Álvarez—. Y la he dejado en su casa, antes de venir. ¿Cómo se ha portado Caos?

—Genial. Es un poco travieso, pero ha estado durmiendo hasta que me he levantado. Debería ir a ver qué me cuenta Evita.

Claudia se levantó con decisión y abandonó la cocina rápidamente. Por algún motivo inexplicable, la irritó que lo hiciese y estaba enojada con su hermana por interrumpirlas. *Posiblemente, hubiese tenido que mantener la conversación que se nos quedó pendiente ayer. No obstante, cabía la interesante opción de trascender el diálogo y poder acariciar sus labios con los míos… ¿Qué me está ocurriendo? Jamás, en toda mi existencia, he tenido este tipo de pensamientos. ¿Qué me está sugestionando de esta forma? Debo encontrar lo que trastorna mi tálamo porque comienza a ser impropio de una mis procesos hormonales regulares.*

—¿Y ese careto? —Cloe la distrajo—. ¿Os habéis peleado?

—No —respondió ella lacónicamente.

—¿Qué tal las urgencias de ayer?

—Extenuantes. ¿Fue todo correcto en la prisión?

—Pues…

—Hermanitas del alma, me piro ya —las avisó Claudia asomándose a la cocina.

—Gracias por cuidar de Caos —la mayor se despidió con un gesto de cabeza—. Te debo una.

—Ya me la cobraré, rubia. Adiós, Carli.

La doctora resopló ante el impertinente mote y la mirada interrogante de su hermana, que se sentó frente a ella. No le apetecía tener que darle explicaciones de cómo había surgido.

—Le pedí amablemente que no me llamase así y no pareció comprender mi molestia —protestó la menor—. Me estabas contando lo del centro penitenciario. Continúa, por favor.

—Ah, sí. Eva me salvó el culo. Casi firmo un papel para que ellos se librasen de la culpa —recordó Cloe—. ¿Sabías que estudió derecho?

—No tenía conocimiento de ello, no.

—Y Claudia es educadora social —la información que le ofreció era tremendamente interesante—. Me comentó algo de que había empezado Matemáticas y lo dejó por el baile, pero volvió a sacarse una carrera por si acaso… Me quedé flipando.

«Flipando» era una expresión coloquial acertada para el estado de Carla en ese momento. Había alcanzado a descubrir la inteligencia de la bailarina, pero no estaba al corriente de sus estudios ni sus capacidades para obtenerlos. *Fascinante…*

—Creo que Eva se ha cabreado conmigo y no sé por qué —admitió su hermana compungida.

—Eso lo arreglas liándote con ella en alguna fiesta… tía —ironizó la científica intentando imitar la informalidad que la rodeaba.

—No te pega —Cloe hizo una mueca de disgusto—, pero no es mala idea.

—Sí, sí lo es. No puedes solucionarlo todo con sexo —le riñó ella—. No es lo que tú deseas y, probablemente, Eva tampoco. Apelar su perdón sería más efectivo. No obstante, para ello, debes conocer el motivo de su enojo.

—Eso va a estar complicado. Follamos ayer… mucho y, hoy, ni una palabra. Ya veré qué hago, pero el finde salimos. Necesito olvidarme, otra vez, de que ese señor existía.

—¿De nuevo? ¿No te cansas de la insoportable música alta, las cantidades ingentes de alcohol y el reducido espacio personal de las discotecas? —cuestionó Carla.

—No, y tú tampoco. Que te emborrachas la primera y se te suelta la lengua, Miss Boston.

—Técnicamente, el músculo lingual…

—No empieces, por favor. Me duele la cabeza de comérmela estas tres horas de viajecito y no hay droga suficiente para que se me pase.

—Te puedo prescribir algún analgésico —le ofreció la menor—. También tengo Ibuprofeno en mi bolso.

—Te diría cuánto te quiero, pero ninguna de las dos queremos eso. Valga la redundancia. Que rulen esas pastillas, doctora Álvarez.

Dejó que su hermana reposase tras medicarse y se retiró a su cuarto. Debía revisar unos cuantos asuntos del trabajo. Sin embargo, su mente solo quiso centrarse en una imagen muy explícita de Claudia. Todas sus neuronas se estaban enfocando en la zona abdominal de la bailarina y ascendían a cámara lenta hasta sus senos, pequeños y hermosos. *Seguro que se adaptan perfectamente a las medidas longitudinales de una mano como la mía y… ¡Carla! ¿Qué te importa la adaptabilidad de sus…? Tienes informes que estudiar*.

Las letras se le empezaron a agolparse en el monitor de su portátil. Le fue imposible leer más de dos frases seguidas ni encadenar las palabras para entenderlas. Todo, absolutamente todo, era Claudia. Su boca, su cuerpo y el estado de enajenación mental en el que siempre acababa por su culpa. *Debe existir una forma certera de apartarla de mi cabeza. Solo un instante.*

No sucedió. Los días trascurrieron y, aunque puso toda su intencionalidad, no logró su cometido. Asimismo, el malestar de Cloe no ayudó. La mayor no había solucionado sus problemas con Eva y parecía un ánima errante por todo el piso. Su hermana musitaba por el pasillo continuamente. Intercambiaron pocas palabras durante la semana. Casi todas sobre salir el viernes y Carla hasta deseó que llegase el final de su jornada pronto. Lo de la fiesta no le simpatizaba demasiado, pero la mujer que ocupaba su mente estaría allí. Su teoría radicaba en verla para olvidarse de ella. *Es la solución*.

—¿Vas a ir en traje otra vez? —cuestionó Cloe.

—Me resulta cómodo y formal —aseguró ella.

—Deberíamos cambiar eso, pero mañana… o pasado —su hermana resopló—. Déjate las formalidades para el trabajo.

—¿Has decidido cómo iniciar tu conversación con Eva?

—Aún no. Ya se me ocurrirá algo.

—Me mortifica tu falta de preparación.

Probablemente, a la mayor también le inquietaba ese ínfimo asunto, pero no lo mostró durante el camino ni al entrar en la discoteca. Sus nervios solo se hicieron visibles cuando la jugadora de las *Red Titans* caminó en su dirección. No obstante, Carla fijó las órbitas oculares en la acompañante rubia de la chica, la cual le interesaba infinitamente más. Nunca la escasez de la tela le había nublado tanto los sentidos.

—¿Qué tal? —la muchacha se sentó junto a ella—. ¿Cómo está mi doctora favorita?

—¿Te refieres a mí? —dudó ella.

—No veo otra por aquí —se rio la rubia.

—Cierto. Gracias por preguntar. Me encuentro bien.

—Oye, ¿desde cuándo tienes Instagram? —la interrogó Claudia con una sonrisa—. Deberíamos hacernos una foto juntas.

—Pues…

Carla se tensó y las palabras se negaron a abandonar la parte anterior de su cuello porque la bailarina se atrevió a situar la mano en su región femoral, pasada la rótula. No fue capaz de analizar si su piel estaba suave, pero sí notó el calor que emanaba de ella y estaba contrayendo involuntariamente los músculos erectores del vello, inexistente en sus brazos. De igual forma, sentía la rigidez en sus omóplatos extendiéndose hacia su deltoides.

—¿Claudia? —una voz desconocida consiguió que esos dedos se retirasen—. ¿Qué pasa, Clau?

—¡Silvia! ¿Qué haces aquí?

La científica observó a la mujer que se alzaba ante ellas. Era tan rubia como la bailarina, pero contaba con unos irises azules. Técnicamente, eran de un tono parecido a los de la propia doctora. Sin embargo, fue un espejismo causa de la luz artificial del local. La desconocida los tenía más oscuros, lo cual no le restaba belleza. Aun así, no fue suficiente distracción como para que no se enterase de que estaba en Madrid visitando a su familia antes de regresar a Argentina. *Interesante. No tiene acento argentino. Más bien, de algún lugar en Cataluña. ¿De qué se conocen?* Claudia no se demoró en solventarle las dudas:

—Esa es Eva, mi amiga de Huétor de toda la vida. Su excompi y entrenadora, Cloe y… la hermana de Cloe, Carla —la rubia nueva le sonrió ampliamente a modo de saludo—. Silvia trabaja conmigo. Es bailarina de Lali también. ¿Te quedas? Te invito a una copa.

—Una solo. He venido con mi prima —aceptó la muchacha.

Mientras conversaba con el resto, la científica la analizó mejor. Era de la misma altura que Claudia y daba la sensación de tener una tonificación muscular semejante. No obstante, le recordaba levemente a su propia hermana. El parecido se limitaba a un par de rasgos faciales, pero podrían pretender ser familia lejana.

Carla le dio un nuevo sorbo a su bebida alcohólica. Sentía cierta desesperanza o, quizás, alguna emoción más compleja que era incapaz de interpretar. Por pretextos inescrutables, Silvia no le terminaba de caer en gracia. La compañera de Claudia se estaba carcajeando con las dos chicas procedentes de Granada. La doctora dirigió la vista hacia su hermana. La mayor tenía el semblante oscurecido en un gesto de irritación. Por primera vez en mucho tiempo, la comprendía a la perfección. Por ese motivo, siguió sus pasos cuando Cloe se levantó y se alejó. Ambas acabaron apoyadas en la barra.

—No has conversado con Eva aún —le recordó la menor.

—No he tenido tiempo. Está hablando con la bailarina número dos —le respondió la mayor con sorna antes de volcar un chupito en su boca—. Espero tener la oportunidad pronto o me voy a pirar.

—Tendría que marcharme contigo, entonces.

—Mientras tanto, bebe —Cloe empujó varios tragos hacia ella—. Dos para ti y otro para mí.

—¿Intentas alcoholizarme? —Carla frunció el ceño, consternada.

—Para nada —su hermana le ofreció el diminuto vaso—. ¡Salud!

Varios chupitos después, la doctora estaba empezando a sentirse contenta. Obviamente, su estado de embriaguez progresaba adecuadamente por abusar del alcohol en un corto periodo de tiempo. Ese fue uno de los motivos por los que se alegró cuando Claudia se le acercó. Deseó hacerle un comentario sobre haberse dejado a su «amiguita» sola, pero la muchacha seguía con Eva.

—Al final, no me has contestado a lo de la foto —la bailarina le sonrió—. ¿Nos la hacemos mientras viene un camarero? Rubia, toma mi móvil. Luego, te la paso.

La científica cedió siendo poco consciente de lo que deseaba. Esa sensación, que no le era familiar, persistía en su interior. No se trataba de odio hacia Silvia, pero no le fascinaba la presencia de la mujer. Quizás, distinguiría lo que era cuando estuviese sobria. Su mayor problema surgió al continuar ingiriendo alcohol con su hermana porque la bailarina regresó junto a su compañera, que no parecía recordar a la prima con la que había ido. *¿Cuándo se va a marchar?*

Ante la insistencia de Silvia por permanecer junto a Claudia y Eva, riéndose en la distancia, Cloe adquirió otros dos chupitos, que se bebieron las hermanas. Ambas terminaron en la pista de baile, demasiado ebrias como para percatarse de las idas y venidas de las amigas. No obstante, la menor de las Álvarez se perdió entre la marea de cuerpos y quedó separada de la mayor. Sin estar en su sano juicio, se puso a bailar con la rubia borrosa que se le acercó.

—¡Claudia! —le gritó por encima de la música—. ¿Ya te has cansado de tu «amiguita»?

—¿Qué? —dudó la chica—. Yo no…

—¡Es muy guapa! —la interrumpió Carla—. ¿Te gusta más que yo?

—¿Quién? —la muchacha se pegó a ella.

—Soy inteligente y considero que mi fisionomía está bien estructurada. No soy bailarina, pero mi capacidad neuronal es suficiente para aprender en un periodo de tiempo idóneo. Además…

Sin tapujos, rodeó su cuello con ambos brazos y la besó con todas las ganas que llevaba refrenando días. Afortunadamente, fue correspondida un preciado instante hasta que notó unas manos tirando de su hombro. Tuvo que entrecerrar los ojos para reducir el tamaño de sus pupilas, limitando la luz que penetraba hasta sus retinas, y conseguir enfocar mejor a la persona que la había apartado tan bruscamente.

—¿Tienes una gemela? —cuestionó—. ¿Dos Claudias?

—¿Cómo que dos Claudias? —la bailarina se cruzó de brazos—. Cuando bebes, te vuelves disléxica, lesbiana y… ¿ciega también? ¿Y tú quién coño eres?

—Eh, que yo he intentado decirle que no era Claudia —la chica que besó levantó las manos a modo de defensa—. Ha sido ella la que se me ha tirado encima.

—¡No jodas, Carla! Ahora resulta que sí vas a ser bollera con todas menos conmigo —la

rubia enfadada resopló—. ¿Te vas a besar con otras tías o nos vamos?

—Tú estabas con tu compañera —le respondió la doctora con retintín—. Me voy a besar con quien quiera.

Con el raciocinio de un infante molesto, la científica caminó por la pista de baile hasta la mujer más próxima y la besuqueó, a la que tenía al lado y a la siguiente que encontró. Claudia la persiguió asegurando que su comportamiento era digno de una persona trastornada mentalmente. Sin embargo, Carla persistió en su conducta y la extendió por toda la barra. No se detuvo hasta llegar al reservado que adquirieron, no sin antes hacer lo propio con Eva.

—¿Qué coño…? —la jugadora se levantó presa del pánico—. Carla, tía que sabes que me mola tu hermana. ¿Dónde te la has dejado?

Ella se encogió de hombros y se sentó en el incómodo sofá. Se encontraba cansada y sus párpados querían sucumbir al sueño.

—Ve a buscarla y nos las llevamos a las dos —le dijo Claudia a su amiga—. Está borrachísima y se le ha pirado la pinza.

Eva las abandonó y la rubia tomó asiento enfadada, frente a ella. Los dos siguientes minutos se le hicieron eternos a Carla, que luchó por no quedarse dormida. Afortunadamente, la castaña regresó discutiendo con Cloe, que tampoco se hallaba muy sobria, y pudieron marcharse. Como ya era un hábito adquirido, Claudia fue la conductora designada y las dejó en su piso. Lo siguiente que recordaba la menor de las Álvarez fue caer en la cama y la oscuridad de sus propios párpados cerrados.

La luz del día le resultó insoportable en cuanto despertó. Ni siquiera se había deshecho de la ropa de la noche anterior y le tocó arrastrar los pies hasta el baño. Posteriormente, se desplazó a la cocina, se sirvió un café humeante y realizó una búsqueda por el resto de la vivienda. Encontró a su hermana en el sofá del salón y se hundió en sus cojines junto a ella. Estaba absolutamente extenuada. Ambas, en realidad.

—Tengo una cefalea punzante —comentó la menor.

—Yo estoy *defunestada* —Cloe suspiró.

—Eso no es un vocablo.

—La acabo de decir.

—Pero no está contemplada en la Real Academia de la Lengua Española.

—Sinceramente, la RAE me chupa un huevo ahora mismo —la mayor se escurrió más en el sofá—. Qué mierda de noche, colega.

—A decir verdad, no tengo reminiscencia de lo sucedido tras el… ¿tercer chupito?

—Suerte la tuya. Se ve que besaste a todas las tías de la disco, menos a Claudia. Hasta Eva pilló.

—¿Disculpa? ¿Por qué iba a hacer tal cosa? —objetó Carla atónita—. Ese comportamiento es impropio de mí. Especialmente, sabiendo lo que sientes por ella.

—Claudia te dijo que si ibas a morrear a alguien más o ¿yo qué pollas sé? No veas el peleón que me ha montado Eva —Cloe se llevó la mano a la frente—. Me ha mandado un audio de veinte minutos diciéndome lo irresponsable que soy y lo cabreada que está su amiga por tu culpa. Así que ella está enfadada por la mía —le dio énfasis a la palabra— y yo solo quiero morirme.

—Lo lamento. Debería dejar de beber tanto. No tengo idea de qué me sucedió ayer, en concreto.

—Lo mismo que a mí. Se llaman celos y los provocó la maldita Silvia.

—Esa afirmación es improbable, pero tengo que reflexionar sobre mi comportamiento —Carla abandonó el sofá—. Quizás, recuerde detalles de nuestra salida nocturna. Aun así, voy a ir a disculparme con Claudia y Eva. ¿Me acompañas?

—Ni de coña, que nos asesinan a las dos. Mañana, cuando vaya a lo del podcast, hablo a solas con Eva.

Hubiese preferido sentirse resguardada por su hermana mayor, pero le tocó enfrentarse por su cuenta a las dos amigas. La primera con la que confluyó fue la jugadora, que le abrió la puerta separando ampliamente los maxilares en un bostezo.

—¿Vienes a darme un beso de buenos días? —se rio la castaña.

—En realidad, necesito pedirte disculpas por lo ocurrido durante mi estado de embriaguez.

—Legalmente, podría denunciarte y pedirte una indemnización por traumatizarme, pero nadie piensa en las risas —Eva se apartó un poco—. Anda, pasa. Seguro que quieres hablar con Clau.

—Es mi intención, sí. Comprendo que no esté complacida con lo que pasó —Carla entró en la vivienda—. Normalmente, no soy así.

—No hace falta que lo jures, pero ni te rayes. Todas hacemos tonterías cuando bebemos.

—Claudia no —le recordó con un suspiro.

—Porque de una copa no pasa. Se toma muy en serio lo de ser sana, por el tema del baile. Está en su cuarto, por cierto.

Le agradeció a Eva las indicaciones y le imploró que la perdonase una vez más antes de ascender por las escaleras. Estaba ponderando mentalmente los planes de acción apropiados para expresar lo mucho que la avergonzaba su inexcusable comportamiento y, así, lograr que sus disculpas fuesen sinceras. Las estadísticas no le eran demasiado favorables, pero estaba dispuesta a conseguir su propósito.

Tocó sutilmente la puerta con los nudillos y aguardó una respuesta sonora que no llegó hasta unos segundos después, la cual se acompañó de un sobresalto. Sus músculos se contrajeron involuntariamente ante el estímulo inesperado y Carla se giró al calmarse. Claudia la contempló impasible y temió que estuviese más enfadada de lo que había considerado. *No va a ser muy indulgente si no se ha reído de mi estremecimiento. Pese a ese inconveniente, debo intentarlo.*

—¿Te ha comido la lengua Caos? —la rubia se cruzó de brazos—. ¿Qué haces llamando a mi puerta?

—He venido a disculparme por la conducta que exhibí anoche —le explicó ella temerosa —. No estaba en mi sano juicio.

—Me di cuenta. Para no ir en bici, menudo pedal llevabas —la mayor rodó los ojos exasperada—. Tienes que gastarte una resaca flipante.

—Mi hipocampo tiene lapsos y no creo que mi hígado haya metabolizado todo el alcohol. No obstante, eso no hace menos honestas mis palabras. Realmente, lo lamento. Entiendo que mi comportamiento pueril te resultase insultante.

—¿Insultante? Me parece increíble que te puto beses hasta con mi mejor amiga y a mí ni caso —la bailarina se enervó—. Es absurdo que me digas que eres hetero constantemente y, luego, hagas esas cosas. Que llevo pico y pala desde que te conocí y me siento súper estúpida.

—Lo comprendo. No era mi intención hacerte sentir de dicha forma.

—Solo me faltaba que sí quisieses dejarme por tonta —ironizó Claudia, visiblemente más angustiada—. ¿Que me molestó? Pues sí, tía, pero haz lo que te dé la gana con tus borracheras. Yo no me pienso preocupar más.

En parte, su cerebro le estaba gritando que esa indiferencia de la mayor no era buena. Especialmente, porque la doctora necesitaba escuchar otras palabras de la chica. Lo que, en realidad, deseaba oír era que su enfado se debía a que quería que solo la besase a ella. Sin embargo, notaba la insinceridad en su voz.

—Perdón —Carla miró hacia el suelo apenada—. No quiero hacerte sentir como una necia. Te prometo que sé lo inconsciente que fui al besar a todas esas mujeres. Creo que solo pretendía enfadarte y que reaccionases de cierta forma.

—¿Cómo? —cuestionó la rubia.

—No lo sé —se sinceró la científica.

En realidad, sí era consciente de que quiso que la detuviese y la besase. *Eso es improbable. Además, sin recordarlo, no tengo pruebas suficientes.*

—Supongo que la imbécil eres tú —Claudia se encogió de hombros—. Querías cabrearme y no sabes por qué. ¿Qué coño te pasa entonces? ¿Tan mal te caigo?

—¡No! —la morena elevó la voz—. No te tengo ningún tipo de animadversión.

—Pues deja de emborracharte y comerle la boca a toda tía que se te cruce. Estoy harta de ser la espectadora de tu serie *heteroconfusa*. Y, si te estás cuestionando tu sexualidad, cómemela a mí. ¡Coño ya!

—No estoy…

—Y deja de negarlo. ¡Joder! —la bailarina le miró los labios y, luego, elevó la vista hasta la suya—. Me pones mala, de verdad.

Sin más contemplaciones, Claudia la agarró por el cuello de la camisa y procedió a tirar

de ella para besarla. Carla, simplemente, cerró los ojos y se deleitó con el modo en el que ese gesto tan brusco aceleró sus latidos.

Capítulo 16: ¿Ángeles o demonios?

Su corazón estaba a punto de estallar en mil pedazos. Aún no se había separado de Carla y estaba flipando con que la chica no la hubiese empujado para apartarla. Además, sus labios seguían bailando con los de la científica. Los tenía muy suaves y Claudia los estaba disfrutando lentamente. No era para nada como lo había imaginado por la impresión que le daba la doctora de ser bastante tiesa. Sin embargo, le pareció muchísimo mejor. Besaba espectacularmente bien, con un entusiasmo increíble. Cualquiera diría que la educada investigadora se había abandonado a un deseo primitivo que habitaba en lo más profundo de ella. Aun así, tuvo que alejarse un poco para tomar aire.

—Joder… Vaya con la monjita —se rio Claudia—. Si lo sé, te digo que dejes de besar a otras tías antes.

—En última instancia y pensándolo mejor, te odio —le respondió la morena.

—¿Me odias? —la provocó la mayor mirándole la boca descaradamente.

Por segunda vez, no se pudo controlar y volvió a besarla, tan despacio como pudo. No quiso separarse de ella, pero Carla empujó su hombro débilmente. Estaba claro que no quería apartarse tampoco.

—Te sigo odiando —insistió la menor.

—Te puedo hacer cambiar de opinión.

Claudia juntó sus labios agarrándola por la barbilla para que no se le escapase más. Estaba convencida de que la doctora iba a salir de allí confesándole que le gustaba o, al menos, que no le molestaban sus besos y quería más.

—Oye, Clau, voy a poner la serie que… —la voz de Eva sonó demasiado cerca—. Yo no he visto nada. Seguid a lo vuestro.

Su amiga se marchó tapándose los ojos y la bailarina se dio cuenta de que continuaban en mitad del pasillo. Carla la miró con cara de pánico y, luego, a la castaña bajando las escaleras.

—Debería regresar a casa —la científica terminó de poner distancia entre ambas—. Cloe estará nerviosa al…

No entendió el resto de la frase porque la chica caminó hacia la planta baja musitando como una madre indignada. Por más que la persiguió, Carla no se detuvo y salió por la puerta sin decir ni adiós. *¿En serio? Debería haberle dicho que me mola, en vez de andarme con jueguecitos. Igual, si nos hubiésemos metido en mi habitación…* Iba a culpar a Eva inconscientemente, pero sabía que no fue su intención interrumpirlas. Aun así, la buscó para saber qué tenía que decirle. *Total, Carla se ha largado.*

La jugadora estaba viendo la televisión, tirada en el sofá con desgana. La rubia se dejó caer en el otro sillón con fastidio. Contempló la pantalla en la que estaba tan inmersa su amiga porque una de las protagonistas le dio un besito muy suave y casto a su novia, o lo que fuese. Sin embargo, un flashback las hizo presenciar a la misma muchacha enrollándose fuertemente con un chaval.

—Como si las tías no nos empotrásemos así —comentó Claudia indignada.

—¿Así? Y mucho mejor. No veas el dolor de cuerpo que tengo por culpa de Cloe —Eva rodó los ojos sacando un puñado de gominolas de una bolsa que descansaba en su pecho—. Eso sí es follar. No lo que hacen las lesbianas ficticias en la tele. Lo peor es que los cavernícolas se ofenden si dos mujeres se dan un piquito y dicen que pervierten a sus hijos, pero esto no —señaló la pantalla, cabreada—. Un poco más y es porno, pero como son heteros…

—Es absurdo —negó la rubia—. Oye… Lo que has visto…

—¿A Carla comiéndote la boca y viceversa? Sabía que te liarías con ella. Esa niña es tan hetero como la pava de esta serie.

—Intuyo que no lo es —la bailarina miró la pantalla de nuevo.

—Dice que sí, pero se besa con su amiga «por diversión» —Eva hizo las comillas con los dedos—. Carla es científica, lo hará por la investigación —bromeó—. Tranqui, yo no he visto nada, no sé nada y, si me preguntan, Carlita nunca estuvo cerca de ti.

—No me ha matado, tía. Estoy flipando. La he besado como tres veces y ninguna se ha quitado.

—¿En serio? —la castaña levantó la cabeza para observarla boquiabierta—. ¿Le gustas a Miss Perfecta?

—No lo sé, pero me encanta. Me va a volver loca.

—Anda, mira, como Cloe a mí —la jugadora se rio irónicamente—. Las Álvarez son el mismísimo demonio.

—O ángeles de incógnito —Claudia suspiró con una sonrisilla boba—. ¿Los ángeles pueden ser bolleras?

—Se supone que no tienen sexo. Aunque viendo a Cloe… Sí, sí que pueden ser bolleras. Del infierno, pero extremadamente gay.

Fueran lo que fuesen, se iba a volver majara. Si Carla no se hubiese ido, podrían haber aclarado un par de cosas. Sin embargo, la morena parecía haber recordado su supuesta orientación sexual con la interrupción. *Estas hermanas… Se les dan de pena las relaciones. Quizás, debería llamarla o escribirle un mensaje, por lo menos.* Algo le dijo que no era buena idea y que la doctora no podría esquivarla si hablaban cara a cara. *¿Y si voy yo a su casa? Cuanto más lo deje, peor.*

—Clau, tía, ¿crees que debería empezar a hacer más ejercicio? —le preguntó Eva con la boca llena de chuches.

—¿A qué viene eso? —dudó la rubia.

—No sé. Es que Cloe está muy buena y yo he dejado de ir al gimnasio con las *Titans* —la castaña masticó despacio—. El año pasado no estaba tan… fofa. A lo mejor, por eso, solo quiere ser follamigas. Soy un polvo seguro porque sabe que no me puedo resistir a ella y nadie me va a querer con estas hechuras.

—¿Qué dices, tía? —Claudia rodó los ojos—. Eres más tonta que peinar bombillas. No estás fofa ni mierdas. Tienes unas curvas muy sexys a las que agarrarse. No eres un palo de fregona, pero yo te daba fuerte y flojo.

—¿En serio? —su amiga la miró haciendo un puchero.

—Que sí, mujer. Esos muslos piden a gritos que los muerdas y no eres una tabla de planchar, precisamente. Así que doble diversión.

—Entonces, ¿Por qué Cloe no me deja tocarla? —se quejó Eva desesperada—. No será porque no lo he intentado. Que sí, es… celestial, ya que hablamos de ángeles, que me haga todo lo que ella quiere, pero yo también necesito que se corra en mis manos, mi boca… donde sea.

—¿Cómo que no te deja?

La jugadora le explicó el problema y Claudia no entendía cómo era posible que no hubiese sido recíproca ni una de las muchas veces en las que lo habían hecho. Era un completo sinsentido. Además, Eva se estaba rayando con el tema y preguntándose cosas súper absurdas que cabreaban a la bailarina. *A Cloe le tiene que pasar algo. O es gilipollas, que no creo*.

El enfado con la segunda entrenadora le iba a dar la excusa perfecta para visitar su casa. Por eso, se levantó y se dejó a Eva comiéndose las gominolas y la cabeza. Además, aprovechó el viaje en coche para pensar en lo que le iba a decir a Carla de paso. Sin embargo, no esperó que fuese la doctora quien le abriese la puerta.

—Luego, hablo contigo —la avisó al entrar—. ¿Tu hermana?

—En el salón —le indicó la morena—. ¿Qué sucede?

—Movidas con Eva —le explicó la rubia brevemente caminando hacia la sala—. A ver, ¿qué os pasa a las Álvarez? Tan listas para unas cosas y tan tontas para otras…

—Emm… ¿qué te pasa a ti? —la mayor frunció el ceño, confusa.

—¿Por qué no dejas que Eva te toque? —la bailarina se sentó a su lado en el sofá.

—No es asunto tuyo lo que hago o deje de hacer con Eva —Cloe se cruzó de brazos, mosqueada.

—Si mi amiga se siente mal, sí. Te parto la cara si hace falta.

—¿Tú? Te meto una hostia que te mando para Granada y haces noche en el aire.

—Yo preferiría no tener que atender medicamente a nadie —intervino Carla desde la puerta—. Por favor, no os lastiméis físicamente.

—Ha empezado ella —la sub entrenadora la señaló infantilmente.

—No, has sido tú. Le estás jodiendo la cabeza a Eva. ¿Qué problemas tienes?

—Todos, claramente. Pero eso ya lo sabía cuando me propuso follar como amigas.

—Cloe María… —la doctora la miró con reproche—. ¿Qué sucede ahora?

—¿Te llamas Cloe María? —Claudia contuvo la risa.

—Sí, y esta es Carla Sofía. Hechas las presentaciones, ¿me queréis dejar las dos en paz? —la más alta resopló—. Esto es una gilipollez.

—No, te conozco y sé que te ocurre algo para que no disfrutes del sexo con Eva —insistió la menor.

—Ah, no. Lo disfruto mucho. Me encanta cuando…

—No esquives el tema —le riñó la morena interrumpiéndola.

—¡No quiero que me toque para no enamorarme de ella! ¿Os vale? —exclamó Cloe agobiada—. Sabía que lo de ser follamigas iba a salir mal.

La segunda entrenadora se levantó y se fue con todo su enfado. Claudia se quedó muy quieta hasta que escuchó un portazo. Después, miró a la científica, que negó con la cabeza. Se le notaba que estaba decepcionada con su hermana. Sin embargo, ella tampoco era muy sincera con nadie. *¿Qué mejor momento para preguntarle cómo de lesbiana se siente hoy?*

—¿Y tú qué? —la bailarina elevó las cejas mirándola—. Te has pirado como un coche de carreras cuando nos ha pillado Eva.

—Considero que deberíamos mantener esta conversación en privado —Carla le señaló el pasillo con la cabeza—. Pasa a mi habitación, por favor. No queremos repetir errores.

La rubia no se iba a negar y la siguió hasta su cuarto. No estaba muy segura de cómo continuar aquella conversación, pero necesitaban tenerla sí o sí. Por eso, cerró la puerta tras ella y se apoyó, de brazos cruzados, mientras la doctora se sentaba en su cama. *Qué guapa es… No, céntrate. ¿Hetero o no? Que se decida.*

—Entiendo que estaremos de acuerdo en que, lo ocurrido en tu casa, ha sucedido porque, claramente, no estoy mentalmente capacitada para reaccionar. Es lo que se conoce comúnmente como resaca.

—¿Resaca? ¡Venga ya, Carla! —Claudia rodó los ojos—. Déjate de tonterías. Estás más lúcida que yo.

—Estás equivocada —negó la morena—. Simplemente, no he sabido oponerme a tus avances.

—¿Ninguna de las tres veces? —la mayor se rio irónicamente—. ¿Y si te vuelvo a besar ahora?

—Probablemente, sea incapaz de hacerlo también.

La bailarina entendió a la perfección el tono insinuante con el que le dio aquella información y avanzó despacio hacia ella. Sin ningún tipo de aviso, se le sentó encima a horcajadas y la agarró por la cara con las dos manos para besarla. Carla la correspondió nuevamente y la hizo dudar un segundo cuando los dedos de la doctora se clavaron en su cintura. *A que va a estar borracha todavía…*

Claudia evitó pensar en nada que no fuesen esas uñas que esquivaban el filo de su sudadera. Definitivamente, la morena la iba a volver loca, pero ella estaba feliz comiéndole la boca. Aun así, quiso detenerla y aprovechó que la chica se separó de ella para respirar.

—¿No eras hetero? —le preguntó.

—Eres realmente reiterativa —Claudia rodó los ojos—. ¿Tan importante es lo que sea?

—Pues sí, la verdad. Me gustaría saber si te estás tomando esto como un rollo de un día, quieres una follamiga como tu hermana o qué. No estoy para tonterías.

—Yo no hago esas necedades —le respondió la menor muy seria.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo? —la rubia estaba muy confundida.

—No sé. Simplemente, hay una atracción y nos hemos besado, ¿no?

—No me gusta como suena eso. Es igual que si…

Carla la calló cogiéndola por el cuello de la ropa y acercando sus labios a los de ella. Entendió que no debía cuestionarse nada, pero no quería dejar las cosas así. Al besarla, la doctora estaba consiguiendo distraerla. Sin embargo, no pretendía ser solo eso. Iba completamente en serio y lo de ser un entretenimiento no entraba en sus planes. No se podía dejar confundir por la chica, pero tampoco quería apartarse de ella. *Si no besase tan bien…*

La científica detuvo su mano cuando le intentó desabrochar la camisa. *¿Esto qué es? ¿Dónde tienen el cartel de «No tocar» las Álvarez? Que yo no soy Eva…* Cada vez, estaba menos convencida de seguir comiéndole la boca, pero no podía parar. Los labios de la investigadora eran tan adictivos como escucharla hablar y también surtían el mismo efecto. Por eso, su cerebro era un charco que no sabía salir de la movida en la que había acabado.

Por suerte o por desgracia, no tuvo que darle muchas vueltas y el móvil de la menor le dio el empujón que necesitaba. Básicamente, la tiró por un barranco cuando lo vio junto a ella en la cama y reconoció la foto en la pantalla. Ya había visto a ese hombre en su teléfono y era la segunda vez que le interrumpía un beso. En esa ocasión, sí le pudo echar un buen vistazo a la imagen. Era guapísimo, rubio y con unos intensos ojos azules.

—¿Quién es James? —le preguntó Claudia con curiosidad—. Es muy temprano para llamarte un sábado.

—¡Nadie! —Carla agarró el móvil enseguida—. Deberías marcharte —no supo cómo se la quitó de encima—. Tengo que atender la llamada con prontitud. ¿Me permites?

Antes de poder protestar, la bailarina se encontró fuera de la habitación y la puerta casi le dio en la espalda. *Pero ¿qué coño…?*

Capítulo 17: Se acabó

Cloe se tumbó en su cama con la ansiedad por las nubes. Todo lo que pensaba era en Eva y, encima, iba Claudia a recriminarle sus estupideces. *No, si ya sé que soy imbécil. No hace falta que me lo diga nadie*. No la ayudó demasiado rememorar el viaje de vuelta desde Jaén. La castaña no pronunció ni una sola palabra en las tres horas y pico. Simplemente, se dedicó a mirar por la ventanilla con un gesto impasible. La mayor se comió la cabeza durante el trayecto, intentando descifrar si era enfado o tristeza. *Si es que hasta le dije de poner a su querida Lola Índigo y ni mu. Claro, ahora, tiene sentido que estuviese mosqueada.*

La visita de Claudia le había aclarado todas sus dudas y le parecía lógico el cabreo de Eva, o que estuviese desanimada. *Pero, si la dejo, va a ser peor. Ya no me puedo resistir a ella de por sí… Si me toca, aunque sea un poquito, voy a perder la puta cabeza. No, ya está. Se acabó lo de ser follamigas y beber en su presencia hasta ponerme ciega. Así, evito querer hacerle de todo*.

La cosa no se quedó en una visita de la bailarina, que había desaparecido de su casa cuando salió a preparar la comida. Max regresó de donde quisiese que hubiese pasado la noche y, nada más verle la cara, supo que le ocurría algo. Había compartido habitación con él un año entero y sus desventajas debía tener. Probablemente, el chico era quien mejor la conocía de su antiguo equipo.

Carla también salió de su habitación y tampoco tenía pinta de estar de maravilla. *La maldición de las Álvarez no se salta ni una puñetera generación. Qué asco de vida, colega.* Su hermana se dejó caer en la silla junto a ella. La había escuchado discutir con alguien en inglés y no quiso ni pensar en que estaba a punto de decirles que se marchaba a Boston de nuevo. *No, me niego. Para una vez en años que pasamos más de una semana en la misma casa…*

—Cómo están los ánimos, eh —Max frunció los labios, consternado—. Me voy con unos amigos de fiesta y vuelvo para encontraros *defunestadas*.

—Eso no es una palabra —la doctora suspiró—. Os voy a obsequiar con un diccionario, pero lo compartís, como la única neurona que poseéis.

El chico y Cloe miraron a la científica con extrañeza. *¿Acaba de…?*

—¡Has hecho una broma! —el chaval la apuntó con el dedo, entusiasmado.

—No es de buena educación señalar —Carla se lo bajó lentamente con la mano sin dejar de mirar su plato.

—¡Cloe, Cloe! ¡Tu hermana me ha tocado! —Max incluso se levantó de la silla, impactado—. ¿Estoy flipando? Juro que no he tomado drogas y no he bebido tanto.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la mayor a la investigadora.

—Nada.

La menor de las Álvarez solo consiguió preocuparla con su escueta respuesta. No era propio de ella decir ese tipo de cosas. *Es más… ¿Por qué de repente es yo? No, no, no. Le tiene que estar ocurriendo algo muy grave*. No había visto a Carla así desde que la chica era una

adolescente cabreada.

—¿Qué os pasa a las dos? —cuestionó Max volviendo a sentarse—. Estáis raras. Tú tienes cara de haberte peleado con Eva… otra vez —la señaló a ella—. Y tú… No sé, no te conozco tanto. ¿Se ha hecho Caos pis en tu traje de los domingos?

—Lo de ella es acertado —la doctora la miró—. Lo de Caos es improbable, a no ser que haya sido adoctrinado en un circo ilegal para abrir armarios y orinar haciendo equilibrio invertido con sus patas delanteras.

—¿Un chiste estilo Carla? ¿En esta economía? —Cloe estaba, cada vez, más intranquila —. ¿Qué coño ocurre? ¿Te piras de nuevo a Boston o…?

—¡No! —su hermana la miró ofendida—. No me voy a marchar de aquí.

—¿Entonces? —el muchacho no pudo ocultar su curiosidad.

—Son cuestiones… que no puedo discutir. Por trabajo. Por motivos laborales —se corrigió la científica.

La mayor la observó sabiendo que mentía. Habían estado separadas mucho más tiempo del que le hubiese gustado, pero seguía dándosele fatal lo de intentar engañarla. Por eso, repasó mentalmente toda su mañana. *Durante el desayuno, estaba bien, con resaca solo. Luego, se fue a disculparse con Claudia y volvió bastante rápido. Después, ha venido ella y… No, desde que regresó de casa de Eva ya estaba rara*. Se temió lo peor.

—Carla, ¿qué has hecho? —le preguntó la rubia, seria—. Eres tan Álvarez como yo. La has cagado, ¿verdad?

—¿No? —la duda en su voz la delató—. No lo sé. Creo que estoy ebria todavía —se rindió.

—La científica eres tú, pero las dos sabemos que no puedes estarlo —Cloe la contempló intrigada—. Solo tengo dos opciones. O le has dicho algo a Eva que no debías o se te ha ido de las manos la disculpa a Claudia.

—Lo segundo —confesó la menor—. No he conversado mucho con Eva y no parece que su enfado contigo perdure. Deberías…

—¿Por qué se ha cabreado ahora? —curioseó Max interrumpiéndola.

—El sexo no es recíproco —le explicó la investigadora—. Cloe se niega a ser *bottom* con ella, como se designa en la comunidad LGBTQIA+.

—¿Por qué no la dejas que te folle también? —él negó con la cabeza, decepcionado.

—Para no enamorarse de ella. Yo no veo la correlación entre ambos dilemas.

—Tú no te ves una mierda en el flequillo —le saltó la segunda entrenadora.

—No tengo flequillo —Carla la observó con confusión.

—Que eres más bollera que yo y no te das cuenta, Miss Boston.

—¡Nah! Yo creo que es demasiado hetero —el chaval se quedó mirándola fijamente.

—Sí, en un universo paralelo. Estás ciego, tío —la mayor rodó los ojos.

—En fin, no cambiemos de tema —Max imitó su gesto—. Te estás marcando un Cora. ¿Te acuerdas de que no quería ni que se le acercase Lucía para no enamorarse? Era absurdo, porque ya lo estaba. Y tú le dijiste que madurase y hablase las cosas. ¿Quién es la inmadura ahora?

—No, si voy a hablar y ser súper madura con Eva —le aseguró ella—. Mañana, que nos vamos a ver igualmente.

Por suerte, su amigo se contentó con aquel plan y la dejó terminar de comer en paz. Sin embargo, a ella se le olvidó seguir preguntándole a Carla qué había hecho con Claudia y todas se dispersaron. Cloe se quedó con Max viendo una película de miedo para relajarse un poco. Lo necesitaba, aunque el muchacho no parase de hacer comentarios sobre lo absurdas que eran las ideas de la protagonista. El tema de Eva volvió a salir a la hora de la cena, pero se deshizo de ambas bastante rápido, dándoles la razón como a las locas. Además, apenas las escuchó porque estaba manteniendo una discusión mental consigo misma sobre lo que le iba a decir a la jugadora al día siguiente. *No quiero ser ni tu folla ni tu amiga. Bueno, lo primero sí, y mucho, pero no como lo estamos haciendo ahora. Quiero quedarme en la cama mientras te duermes después de hacerlo y despertarme contigo. ¿Qué chorrada es esa? Mejor pienso en otras frases menos… estúpidas. Eva, se acabó lo de ser follamigas. Olvídate de mí. Solo soy tu sub entrenadora y compañera de podcast hasta que vuelva Rodri. Nada más. Mejor. Muy cortante. Si le duele, dejará de intentarlo.*

Pasó de quedarse el resto de noche con su hermana y su colega. Sobre todo, con él, porque no dejaba de recordarle lo que habían vivido siendo *Titans*. Así que, tanto ella como Carla, se marcharon a sus respectivas habitaciones. La rubia se tumbó en la cama, tan ansiosa como esa misma mañana, y se entretuvo con su móvil. Revisar las redes sociales y encontrarse con Eva poniendo comentarios sobre su artista favorita no fue muy agradable, pero la primera foto que había subido la menor de las Álvarez la distrajo unos minutos.



Voy a tener que enseñarle a ponerle texto a las publicaciones. Se rio con cansancio antes de que la castaña inundase su cerebro de nuevo. Era absurdo intentar sacársela de la cabeza. Tampoco la iban a dejar hacerlo porque su teléfono sonó y la cara de Cora apareció en su pantalla al descolgar la videollamada que le estaba haciendo Lucía.

—¿Qué coño te pasa, sirenita del infierno? —su excompañera ni saludó.

—Hola, pitufa. ¿Qué te pica? —ella le rodó los ojos—. Ya no me puedes llamar así. Ahora, soy rubia, como tu novia. ¿Dónde te la has dejado?

—Hola —Lucía asomó la cabeza—. Estoy aquí.

—Uy, las dos llamándome a estas horas —Cloe frunció el ceño—. Qué mal pinta la cosa.

—Te parecerá bonito jugar con Eva —le riñó la peliazul—. ¿Por qué te la estás tirando si no quieres nada serio con ella?

—¿Todo el mundo se va a enterar de que le como el coño a Eva o qué?

—Es que eres gilipollas —Cora negó con la cabeza.

—No eres gilipollas —la cantante la miró mal—. No le hagas caso. Está gruñona porque se le ha enfriado el desayuno mientras hablaba con Eva.

—¡Ay! —se quejó su amiga fijando la vista en su novia—. Lu, córtate las uñas. Me vas a dejar el muslo como un colador. Y sí que lo es. Tengo pruebas.

—Serás exagerada —la menor suspiró—. Ni que fueran las peores marcas que te he

hecho. Y no, no lo es y tampoco tienes cómo demostrarlo.

—¿Me habéis llamado a las once de la noche para que presencie vuestras discusiones de enamoradas? —protestó la excapitana.

—No, ha sido para decirte que dejes de hacer el imbécil con Eva y aprendas de mis estupideces pasadas con Lucía —la peliazul la observó muy seria—. ¿Cómo fue eso que me dijiste una vez? Ah, sí. Sé por qué estás así, pero es culpa tuya. Si te gusta alguien, la tratas bien y se lo dices a la cara. No la tienes perdiendo la cabeza un mes. Madura, Cloe.

—Todas sabemos lo que sientes por ella. Si piensas que no la mereces, estás equivocada y, si crees que le va a ir mejor sin ti, también —Lucía frunció los labios con preocupación—. Portándote así, estás haciendo daño a las dos. Sé que te va a costar, pero déjate ser feliz.

—¡Eso! La vida ya es una mierda de por sí. Con Eva, te la vas a hacer más amena y tú a ella —le aseguró Cora—. No estamos para perder el tiempo, sirenita infer… Tengo que buscarte otro mote. Te puedo llamar Lola Índigo del Hacendado, que me lo has puesto a huevo con ese color de pelo.

—Te puedo partir la cabeza, que me lo pones a huevo con esa cara de Sonic mal hecho —la mayor casi la fulminó a través de la pantalla—. Yo os lo agradezco, pero no necesito vuestras charlitas. No pienso follar más con Eva. Mañana, le digo que se acabó el asunto, que se ha terminado todo… lo que hubiese entre nosotras.

—Esta mujer es tonta —se sulfuró la antigua influencer—. No era eso lo que estábamos intentando explicarte, precisamente.

—¿Sigues pensando que no es gilipollas? Está *apollardá*.

—Cada vez, menos. Deixa de facer parvadas…

—Os voy a colgar, parejita bilingüe —la segunda entrenadora rodó los ojos—. Ni el *granaino* ni el gallego me van a insultar peor que yo misma en jiennense. Dejadme en paz.

—¡No! Haznos caso —los ojos azules de su amiga rubia se enfocaron en ella—. Mi abuelo siempre decía «Nunca choveu que non escampara». Viene a significar que todo lo malo se pasa. Puede que no hayas tenido las mejores experiencias con las relaciones afectivas, pero tú y yo sabemos que eso cambia con Eva —la chica le sonrió adorablemente—. También es obvio que estás por ella y la quieres en tu vida, ¿no?

—Pues mi abuelo siempre decía que era más tonta que una mata de habas —Cloe se encogió de hombros—. Habrá que hacerle caso.

—Como vaya para España, te arrastro de los pelos del coño hasta la Alhambra y te echo a los leones —Cora terminó de cabrearse—. Tengo que irme, que nos toca partido, pero, como me vuelva a llorar Eva, cobras. ¡Deja de ser gilipollas!

La peliazul besó a su novia rápidamente y ambas le desearon suerte, antes de continuar hablando. Sin la hostilidad de su excompañera, la sub entrenadora se desahogó con la cantante y le contó los mil problemas que se agolpaban en su cabeza. Una hora después, incluso acabó contándole el miedo que tenía a perderlas, no solo a ellas, sino a su hermana también. Sin

embargo, las dos eran conscientes de que, mayormente, se refería a la castaña. Por un instante, creyó que Lucía le insistiría en que no mantuviese la conversación que quería tener al día siguiente. No obstante, su amiga compartía su opinión.

—No deberías tener ese tipo de relación con ella —le desaconsejó la menor—. Tú quieres más y, probablemente, Eva también. Lo que necesitáis es hablar de vuestros sentimientos de una vez. Lo sé, es complicado porque la ves y solo quieres desnudarla, pero puedes hacerlo después.

—Complicado no, lo siguiente —Cloe resopló angustiada—. No te haces una idea de lo mala que me pone.

—Me la hago, créeme. Por eso, te digo. Sé sincera. No dejes que tu miedo arruine todos los momentos felices que vas a tener con ella.

Probablemente, a Lucía le sonaba muy fácil hacerlo, pero ella no estaba convencida. *No le voy a joder la vida así a Eva. No se lo merece, ni yo a ella*. La castaña ya estaba yendo a la psicóloga y la segunda entrenadora solo causaba problemas, desde que nació. *Se le pasará el crush que tiene conmigo, o lo que quiera que sea. Ya se enamorará de alguien mejor*.

Su amiga la dejó sola en cuanto dieron las doce. Fue pura coincidencia, pero le pudo hacer un chiste con la Cenicienta y Cora siendo uno de los ratones. La cantante se rio y le prometió que no se lo diría a su novia, antes de colgar. En realidad, le daba igual que se chivase porque su relación con la pitufina se basaba en meterse la una con la otra, pero desde el cariño. Era más divertido así.

Lo que no le pareció gracioso fue pasarse toda la noche sin pegar ojo. Analizó el millón de resultados posibles y lo que podría salir mal en su conversación con Eva. También ensayó su discurso mentalmente, una y otra vez, cambiando y modificando todas las malditas palabras hasta que se quedó vencida. Aun así, solo consiguió dormir dos horas porque Carla decidió teclear como el meme del gato ante el portátil. Su hermana trabajaba hasta tarde normalmente, pero no tanto.

—Intuyo que no has descansado —le dijo la menor al verla entrar en la cocina muy temprano—. Me preocupa la hipercromía idiopática de tus anillos orbitarios.

—¿Mi qué? —la mayor no estaba para jerga médica.

—La alteración de la coloración cutánea bajo tus ojos —la morena contempló su cara de pasmada más tiempo de la cuenta—. Ojeras, Cloe. Tienes unas ojeras horribles.

—¿Y tú? ¿Te has saltado tu rutina de *skincare*? Porque has dormido tres mierdas, que te he escuchado teclear toda la noche.

—Disculpa, *Spiderwoman*, que mi trabajo no te permita conciliar el sueño. Es culpa de la inexistente densidad de estas paredes.

—¡Ni *Spiderwoman* ni hostias! Que ya me dirás las horas de trabajar a las tres de la mañana… —la mayor rodó los ojos.

—De nuevo, debía terminar unas cuestiones profesionales —la menor se encogió de

hombros—. Eran de imperiosa necesidad.

—Mhm. Y yo que me lo creo. Mucho has tenido que meter la pata para ponerte de madrugada. Eso es que te estabas comiendo la cabeza y has intentado distraerte trabajando.

—Prefiero no discutir contigo —cedió su hermana—. Tienes razón y he padecido insomnio por estrés esta noche.

—¿Por lo que fuese que pasó con Claudia? —cuestionó Cloe.

—Principalmente, pero no exclusivamente.

—Qué angustia de existencia. Miedo le tengo a hablar con Eva después de la nochecita que he pasado. Supongo que estás igual.

—Sí. No obstante, es algo que debes hacer. De inmediato.

Era consciente de ello y lo mantuvo en su mente hasta que llegó al estudio de grabación del podcast. Respiró hondo entrando por la puerta y caminó hacia su mayor temor para enfrentarse a lo que la aterraba. Sin embargo, la cara de cabreo de la castaña no fue menos terrorífica. *Dile que lo sientes y… Pero ¿el qué siento? Esta vez, no he hecho nada malo… aún*.

—Buenos días —le dijo bajito, como una niña arrepentida.

—Buenas —saludó Eva sin levantar la vista de su portátil.

—¿Podemos hablar un momento? —casi le suplicó.

—Mhm. Tienes tres minutos, que empezamos ya.

—Me sobran dos —Cloe se armó de valor—. Eva, creo que es mejor que dejemos lo de ser follamigas.

—¿Por qué? —la jugadora la miró entre cabreada y desconcertada.

Cloe, no. No le digas lo que…

—Ya no te necesito —soltó desobedeciendo a su cerebro.

Eres gilipollas, sus neuronas se llevaron la mano a sus cabecitas decepcionadas y decidieron castigarla generando un nudo en su pecho. Definitivamente, de allí, no iba a poder salir porque se había cavado su propia tumba.

—Ah, vale. Estupendo, entonces. Ha sido divertido… entrenadora Álvarez —Eva la terminó de enterrar con una sonrisa irónica y volvió a sus notas para el podcast—. Hoy, solo vamos a repasar cómo le va a Rodri en el concurso y unas preguntas de la gente. Yo tampoco te necesito… para nada.

Capítulo 18: ¿No te jode?

Estaba tan enfadada que ni las lágrimas de dolor le salieron. Las contuvo y aguantó el tipo como una campeona mientras organizaba sus notas.

—¿Cloe se ha ido? —le preguntó la productora por el auricular.

—Mhm —asintió Eva encogiéndose de hombros.

No, la he echado porque, si ella no me necesita, yo tampoco. Pero sí que… ¡No! No la necesito para nada y me importa una mierda que ya ni quiera sexo. Mejor para mí. ¿Qué se cree? No soy un pene de plástico.… La señal de la muchacha la devolvió al mundo exterior.

—*Hello*, bienvenidos a «Nuestro drama es vuestro drama» —comenzó—. Quienes me estáis viendo en YouTube, os habréis dado cuenta de que estoy sola —recalcó mucho la palabra —. Cloe no nos acompaña hoy, por motivos personales.

Claro, de mi persona. A la que ha jodido.

—Pero vamos a hablar de Rodri. ¿Estáis viendo el concurso? ¡Que se nos lía con el surferito californiano, la muy perra! Estoy orgullosa de él, la verdad.

Su amigo lo estaba haciendo muy bien. Incluso parecía que había encontrado el amor con el chico castaño de ojos azules que estaba súper fuerte. Eva lo había investigado un poco en Instagram y le gustaba para Rodri. *Me gusta hasta para mí. Está buenísimo*. Justo pasaron una foto del muchacho por la pantalla que tenía detrás y se quedó mirando. *Cloe es mucho más guapa.… Pero ¿qué dices? Olvídate de ella. No quiere nada contigo, estúpida*.

—Le voy a decir a Rodri que se lo traiga para España cuando salgan del concurso. Seguro que Ethan no echa de menos California ni una mijita —la castaña se rio—. ¿Sabéis lo que pasa? Que el otro se está metiendo por medio. No me acuerdo de su nombre, el chaval de Montana, como Hannah. Pero no le llega a nuestro Rodri ni a la suela del zapato, ¿verdad? ¿Qué opináis vosotros del *ship RodrEthan*? Quiero leeros en los comentarios de Instagram —Eva señaló con el dedo a la cámara principal—. Vamos a pasar al *gaysultorio* con vuestras peticiones y preguntas. La primera viene de sáfica_mente y nos pide confirmación de que *CloEva* es real —se rio sin muchas ganas—. Cloe es real y yo también, por separado. No somos robots ni estamos generadas por una IA. Siguiente pregunta. ¿Cuándo vais a hablar del… *benching*? —leyó con dificultad—. Pues, mira, querida… Nora, no tengo ni idea de qué es eso, pero suena fatal. Por ser tú, lo investigamos para la semana que viene y lo contamos.

Acabó exhausta de ignorar todos los comentarios sobre *CloEva* que les habían dejado en las redes sociales del podcast. Aun así, le tocó meterse nuevamente en ellas para poner la foto de Ethan, el futuro novio de Rodri si tenía suerte, y preguntar por la opinión de sus fans.



Sí, el chaval le parecía guapísimo, pero Cloe era una diosa a su lado. Aun así, era absurdo pensar en eso porque él era gay y ella le acababa de partir el corazón en mil pedazos. No entendía nada, pero las palabras de la rubia rebotaron por todas las paradas de su mente hasta que regresó a casa. Por suerte, Claudia estaba en su habitación y no tuvo que explicarle por qué lloraba. En la soledad de su ducha, se bañó con sus propias lágrimas hasta que se quedó sin agua caliente. Lo peor era que sabía que, ese momento, acabaría ocurriendo. *Soy imbécil…*

—¡Eva! —su amiga llamó a la puerta mientras estaba tirada en la cama—. ¿Vienes a cenar?

—No tengo ganas —le respondió con la angustia oprimiéndole el pecho.

—¿No estarás con la tontería de…? —la rubia entró y se quedó mirándola—. ¿Qué te

pasa?

—Nada —suspiró ella.

—Eva… —la bailarina se sentó a su lado, preocupada.

—Cloe me ha dicho que ya no me necesita y que se acabó lo de ser follamigas.

—¿Cómo? —dudó la chica retóricamente, confundida.

—Estoy enamorada de ella, Clau —la castaña se rompió de nuevo y lloró rodando hasta ocultar la cara en el muslo de su amiga—. La quiero y odio todo esto. ¿Cómo me la quito de la cabeza?

—Ojalá lo supiese —Claudia le acarició la cabeza cual perrito—. ¿Qué te ha dicho exactamente?

Eva le repitió la conversación, que le era imposible de olvidar, palabra por palabra. La rubia se cabreó y le insistió en que Cloe era estúpida. No la consoló mucho el típico «Ella se lo pierde. Eres una tía genial» que le acabó soltando. Tampoco la ayudó demasiado que Claudia la arrastrase hasta la cocina para que se inflase a pizza durante la cena. Por lo menos, le agradeció a su amiga que se quedase con ella hasta que le pudo el sueño y volvió al cuarto de invitados. Sin embargo, la jugadora permaneció con los ojos bien abiertos hasta que sonó su despertador y le recordó que le tocaba ir a trabajar.

Al entrar en la sala de entrenamiento de las *Titans*, la invadió la misma sensación que las primeras veces que lo hizo cuando Cora y Cloe ya no estaban en el equipo. La identificó como vacío y dolor, pero sobre todo lo segundo. En esa ocasión, una de sus excompañeras sí que estaría, aunque no era como ella quería. Por un instante, se cuestionó si debía pedirle a Alma unos días libres. No obstante, era la capitana y las demás no tenían culpa de nada. *Cloe es una cobarde. A lo mejor, la que no aparece es ella*.

Se equivocó. La segunda entrenadora se encaminó hacia su puesto, tras un saludo genérico para todas, y allí se quedó hasta el descanso del almuerzo. Por su parte, Eva se centró en el juego y descargó la poca rabia que la agobiaba. Estaba más triste que otra cosa, pero eso fue lo que la hizo imparable. Sus compañeras la felicitaron y la entrenadora la animó a que siguiese así en el turno de tarde.

—Ha estado genial, ¿eh? —Alma le dio un codazo a su ayudante—. ¿No hechas de menos jugar con ella?

—¿Qué? —la rubia la miró ofendida.

—Sí, mujer, ha mejorado mucho desde que te fuiste —la entrenadora sonrió—. Bueno, no tanto porque ya era de las mejores del equipo.

—Ah, sí —Cloe se relajó—. Jugar en las *Titans* con ella… No sé. Yo no era, no soy, de las mejores. Solo la hundiría en la miseria.

—Si has llegado a ser pro en Corea, no serás tan mala —se rio Belén—. Podrías volver a las *Titans* cuando quieras.

—No, que me quita el puesto —bromeó Roxy muy seria.

—Estás muy callada para lo que te estamos subiendo el ego —Alma se dirigió a ella—. Y no has comido. ¿Qué te pasa?

—Nada —mintió Eva.

—No tienes buena cara —añadió Azu.

—Mhm —la capitana asintió.

Mientras el resto se empeñaba en señalar lo rara que estaba, ella continuó contemplando su plato con desgana. Solo quería salir de allí. Cuanto antes acabase el día, mejor. Si lo podía pasar sin mirar a Cloe, estaría medianamente bien. Por eso, agachó la cabeza hasta poder clavar la vista en su pantalla nuevamente. Tenía claro que podría cabrearse, pero no era lo que sentía. Lo que le dijo a Claudia era cierto. Estaba loca por la segunda entrenadora y no iba a cambiar por más que doliese.

Para su desgracia, Alma mandó a su ayudante a controlar a Roxy de cerca y, como su compañera defensa estaba a su lado, notó la presencia de la rubia tras ella durante media tarde. Eva quiso centrarse en *Impact*, pero su cabeza decidió darse un paseo por cada una de las discusiones con Cloe y explotó al llegar a la última. El «Ya no te necesito» se repitió en su mente hasta la saciedad y se le clavó en el pecho con tanta fuerza que el dolor se hizo físico. Sabía que tras llorar un río andaluz la noche anterior y notar que su cuerpo había sido atropellado por un tren, todo pasaría despacio. La angustia se marcharía con la pena y, cuando lo hiciese, aprendería de ese sufrimiento. Por el momento, lo estaba convirtiendo en el combustible para ser la mejor en algo. Si Cloe no la necesitaba, las *Titans* sí. Era la capitana y eso no se lo podría arrebatar.

—Eva, concéntrate —le pidió la entrenadora—. Ibas bien esta mañana.

Sí, sí, que puede. Puede quitármelo todo y dejarme hecha polvo.

—Alma, ¿me puedo ir ya? —le suplicó media hora antes de acabar.

No aguantaba ni un solo minuto con la rubia tan cerca. Perdería la cabeza, al igual que las ganas de vivir, y solo quedaría un charco salado a sus pies. Así que, cuando la mujer le dio permiso, salió de allí a toda prisa. Ni siquiera consiguió aguantar las lágrimas hasta llegar a su coche. Se derrumbó tras cruzar el umbral de la puerta y ya no pudo parar.

Volvió a casa por inercia, sin recordar muy bien cómo, pero Claudia la estaba esperando allí a conciencia. Un interrogatorio sobre su estado después casi hizo que se deshiciese en un llanto interminable que no era capaz de controlar. Por suerte, su amiga escuchó sus sollozos pacientemente y soportó el chaparrón en silencio. Sin embargo, la bailarina no se contuvo más cuando se calló al fin y se levantó del sofá con ímpetu.

—Vale, se acabó —le dijo con los brazos en las caderas—. No vas a seguir llorando por la imbécil de Cloe. Vámonos.

—¿A dónde? —dudó Eva con cara de perrito abandonado.

—Le he dicho a Silvia que no podía salir a cenar con ella, pero la voy a llamar ahora mismo y tiramos para allá.

—No me apetece —la castaña se refugió más en el sillón—. No tengo el cuerpo para…

—Que sí —la rubia tiró de ella—. Silvi es una tía de puta madre y, en una cenita, te quita la pena. Verás lo que te ríes. Te cayó bien el sábado.

—Sí, pero…

—Ni peros ni peras —su amiga le dio con la mano en una teta—, por muy grandes que sean. Venga, ve a ponerte algo menos… titánico.

Cuando la vio salir de su habitación vestida con lo primero que menos le disgustó, Claudia rodó los ojos y resopló volviendo a meterla dentro. La bailarina revolvió todo su armario y le ofreció dos opciones. La primera decía «Mírame, tengo una confianza en mí misma que flipas» y la segunda «¿Ves todo esto? Se mira, pero te va a costar tocarlo». Eva se negó en rotundo a ponerse ninguna de las dos y tuvieron que llegar a un acuerdo a toda prisa. Al final, su colega le permitió usar unos vaqueros negros simples si se helaba por la parte de arriba enseñando escote. No le hicieron falta detalles para saber que la cena iba a acabar en algún club, donde poder ahogar sus penas en alcohol.

Silvia las estaba esperando en el restaurante y se levantó de la silla para saludarlas a ambas con un abrazo. Eva no estaba en su mejor momento, pero no podía negar que la chica olía muy bien y era muy guapa. *Como Cloe.…*

—¿Qué te pasa? —le preguntó la muchacha cuando ella suspiró.

—Está mustia como la lechuga porque se ha quedado sin follamiga —le explicó Claudia.

—Pero no te preocupes por eso, mujer. Seguro que te echas otra pronto —la rubia de pelo corto se rio—. Las tienes que tener a pares.

—La verdad es que no —negó la jugadora.

—No me lo creo —Silvia frunció el ceño—. A lo mejor es que no estás mirando en la cola de pretendientas correcta.

La compañera de Claudia la dejó un poco confusa, pero una camarera las interrumpió y no volvieron al tema cuando se marchó, tras tomarles nota. La misma chavala volvió con sus platos y a la jugadora le extrañó que dejase una servilleta extra junto a su vaso. Sin embargo, el papel era de otro tipo, más pequeño, y contenía una fila de nueve números que empezaban por seis. La castaña la miró confundida y ella le guiñó un ojo antes de retirarse. *Qué valor, chiquilla.…*

Eva no habló mucho mientras cenaban, pero se entretuvo bastante con la conversación de las bailarinas. Aun así, Cloe seguía ocupando su mente y se preguntó cómo sería salir con ella a un restaurante. *Probablemente, lo odie y sea de cocinar en casa, por su cuenta. Hacía unas cosas tan ricas.… Se le daba tan bien la lasaña.*

—¿Quieres postre o nos vamos? —Silvia le puso la mano en la rodilla para llamarle la atención—. Hay un sitio genial aquí cerca, que no tiene las copas muy caras.

La castaña apostó por el alcohol sin dudar, pero les dijo que no podía beber mucho. Al día siguiente, tenía que ir a entrenar y no rendiría bien si lo hacía. Su amiga la tranquilizó cuando llegó el primer trago. No obstante, para el tercero ya se le había olvidado su promesa. Un poco

más ebria, Eva recuperó su entusiasta forma de ser y estuvo muy habladora, especialmente con Silvia.

Empezó a verlo todo borroso con el sexto chupito, principalmente porque llevaba con las lentillas demasiadas horas y por el tequila en su organismo. A pesar de eso, la chica le estaba haciendo muchísima gracia contándole anécdotas de su último tour junto a Claudia. *Qué ojos tan bonitos tiene, pero parecen azules y no verdes. Será la luz. Aunque… ¿cuándo se ha cortado el pelo?*

—Creo que deberíamos llevarla a casa —su amiga parecía demasiado sobria—. Échame una mano.

—Échamela tú a mí —se rio Silvia, borracha.

—Ya lo hago yo —la castaña intentó tocarle el hombro.

Falló estrepitosamente y acabó a carcajada limpia con la compañera de Claudia, mientras le sujetaba una teta. Su colega resopló y tiró de ambas hacia la salida. Eva dejó de notar la música martilleando sus sienes y el frío en la cara le molestó hasta que se metieron en el coche. En realidad, fue empujada a la parte trasera, donde cayó sobre la chavala de pelo semicorto.

—Silvi, ¿dónde te llevo? —preguntó la conductora.

—No, no, se viene con nosotras —la jugadora hizo un puchero—. La última en casa.

—No, que me va a tocar llevarla a las tantas.

—¡Pues que se quede a dormir!

Claudia no consiguió hacerla cambiar de opinión y acabaron en su salón intentando distinguir botellas casi vacías.

—Tías, yo me voy a la cama. Estoy reventada y, mañana, madrugo para una clase —su amiga se estiró—. ¿Os puedo dejar solas?

—Sí, sí, yo no voy tan mal —le aseguró Silvia—. Te la cuido.

Me va a cuidar, se dijo la castaña con una sonrisa de boba. Eso era lo único que quería de ella. Al final, se le olvidó hasta que estaba a punto de volver a beber. Tan solo esperó a quedarse a solas con la chica y la cogió por la cara con ambas manos. Seguía viéndola borrosa, pero sabía perfectamente dónde estaban sus labios. Su boca sabía a tequila y era embriagadora, aunque no la recordase de esa forma. El problema fue que, los dedos en su cintura, la distrajeron y se perdió.

No supo cómo acabaron en su cuarto, pero la rubia cayó sobre su cama cuando la empujó. Le llevaba ventaja porque seguía vestida, mientras que ella había abandonado su camiseta en las escaleras. La estaba mosqueando y no dudó en tirar de aquellos pantalones anchos con tiras que tanto le gustaban. Tampoco se lo pensó dos veces a la hora de quitarle las bragas. La risa de su acompañante le taladró los tímpanos, más aguda que en su memoria, y rebotó en su cerebro.

—¿Me vas a dejar tocarte ya? —le preguntó la jugadora poniéndose sobre ella.

—Cuando tú quieras —le respondió la rubia agarrando su mano para dirigirla a sus labios

mayores—. Estoy deseando.

—Por fin, Cloe, por fin.

Capítulo 19: Claro que jode

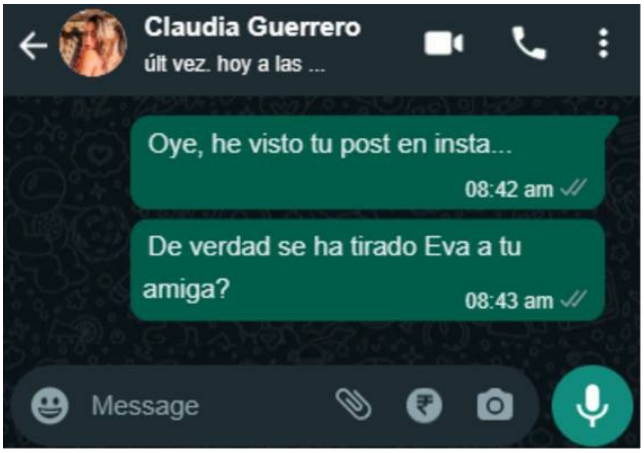
Se levantó reventada, un día más. Entre que Carla se había vuelto trabajadora nocturna y que veía a Eva cada vez que cerraba los ojos, no conseguía dormir nada. Además, se le estaba yendo la olla pensando en si habría hecho lo correcto. *¡Pues claro que no, imbécil! ¿Qué fue eso de que ya no la necesitas? Ni que fuese un trozo de carne*. Estaba harta de tener que reñirse a sí misma, pero se lo merecía.

Por costumbre o mal hábito, se metió en sus redes sociales mientras se bebía el café. Fue así como comprendió que seguir a Claudia había sido un completo error y tendría que silenciarla, al igual que hizo con Rodri mientras estaba en Corea.



Lo sabía. Le ha durado poco el disgusto. Era ella la que no me necesitaba a mí… Seguro que le gustó la bailarina del demonio y, por eso, no le ha dado importancia a que le dijese que se acabó. Soy estúpida. ¿Cómo iba a sentir nada por mí? Está claro que, para ella, solo era sexo de verdad, y porque me parezco a Lola Índigo que, si no, ni se fija en mí. Vaya puta mierda. Ahora, ¿cómo me desenamoro? Me puedo volver a Corea. Poner distancia es la mejor opción, fijo.

Decidió caminar hasta la casa de las *Titans* para despejarse, creyendo en serio que el airecito y el sol calmarían su tormenta interior. Al parecer, todo su raciocinio se había vuelto ilógico. Por suerte, ese martes, no hacía tanto frío. *Pero liarse y acostarse no es lo mismo, ¿no? Quizás, no llegaron a… A lo mejor, quiere ir despacio con la chavala. ¿Serán novias ya o…?* Antes de pensarlo más, su móvil ya estaba en sus manos y sus dedos habían llegado hasta la conversación con Claudia.



Esperó una respuesta, que no llegó, durante varios minutos. Desistió al ver que solo perdía el tiempo y aún le quedaban varias calles para llegar a su destino. *Estoy retrasando lo inevitable. Me voy a tener que cruzar con ella sí o sí. Es la capitana y yo la segunda entrenadora. Puedo darle un poco de lado, sin que dé mucho el cante, y actuar con normalidad. Debería alegrarme si encuentra a alguien mejor que yo, aunque sea la maldita Silvia…* No consiguió convencer a su angustia para que se marchase, pero su cerebro sí estaba dispuesto a seguir con su plan de huida. *Todavía puedo regresar y formar parte del equipo en Busan.*

—Buenos días —saludó con desgana al entrar.

—¡Buenas! —Belén dio saltitos hacia ella—. Cloe, no te lo vas a creer, pero Eva ya se ha llevado la riña de hoy y ni hemos empezado.

—¿Por qué ha sido esta vez? —le preguntó la rubia ante tanto entusiasmo de la chica.

—Ha venido con un resacón que ni el de Las Vegas y Alma dice que así no va a rendir, que si reflejos… Y ya no sé más porque me ha echado de la cocina.

—Te ha echado porque eres muy poco sutil —Azu rodó los ojos desde su sitio—, y te estabas riendo fuerte.

—Es que me ha hecho gracia —protestó la menor—. Le tiene que estar doliendo hasta la última neurona de los gritos de Alma.

—Neuronas las que tú no tienes —Roxy le rodeó los hombros con el brazo y tiró de ella —. Venga, a tu sitio. Que no está el horno para bollos… ni para heteros.

—¿Eva no es bi? —cuestionó Belén.

—Lo que sea —la mayor del equipo suspiró—. ¿Te quieres sentar ya y encender el ordenador? Al final, Alma te va a regañar a ti por lenta.

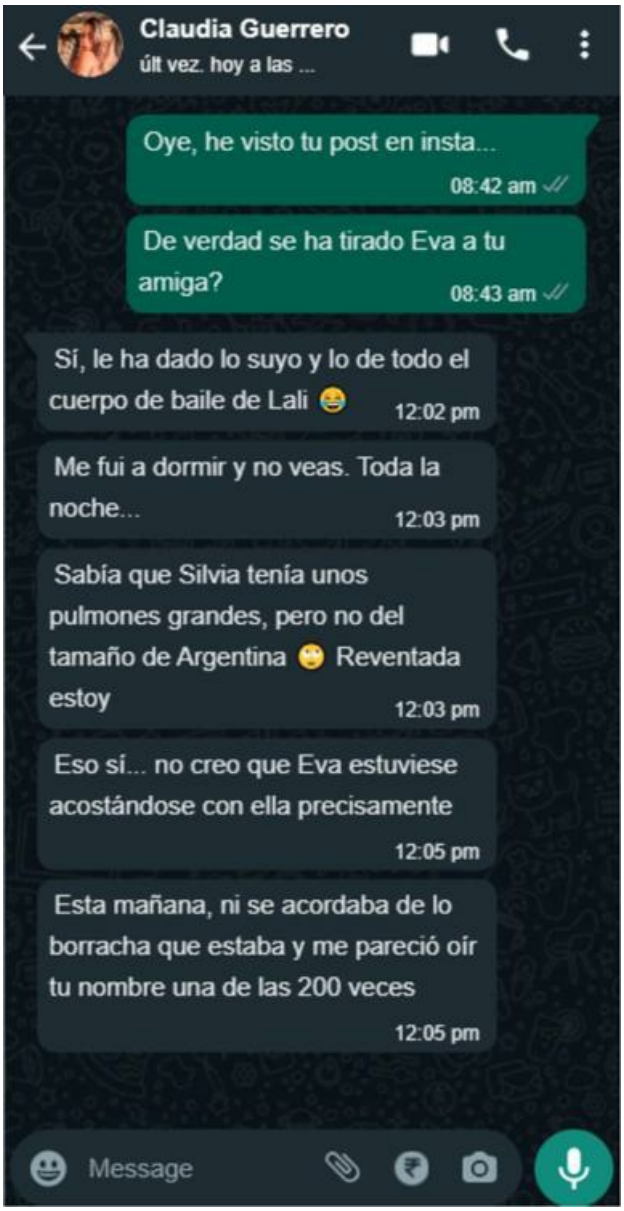
A los pocos minutos de tomar asiento ella también, la entrenadora pasó a la sala con cara de enfado, seguida por una Eva que aún llevaba las gafas de sol. La castaña no tenía muy buena cara y, al cambiárselas por las de ver, Cloe notó sus ojeras desde el otro lado de la habitación. *Definitivamente, ha tenido una noche movidita, pero está guapísima con esas gafas. Parece hasta lista*.

Al comprobar que no daba una en *Impact*, Alma decidió castigarla haciendo test de velocidad y coordinación de los dedos hasta que alcanzase una puntuación que la capitana no conseguía ni en su mejor sesión. La segunda entrenadora la observó apenada porque sabía que se pasaría allí todo el día, sufriendo y agotando cada músculo de sus brazos hasta la extenuación. *Mañana, va a tener agujetas desde las muñecas para arriba. Va a flipar*.

Para colmo, Eva apenas comió y volvió a su puesto la primera. Así que Cloe se tragó su almuerzo y fue a buscar un par de cosas a su mochila. La rubia le dejó, junto al teclado, una botella de agua, un Ibuprofeno y un pedazo de chocolate negro. La castaña la miró interrogante.

—Vivo con una doctora resacosa —ella se encogió de hombros—. Bébete toda el agua, despacito.

Tras el breve consejo, regresó a su silla y sacó el móvil del bolsillo. Cora seguía dándole la brasa y Lucía la estaba fundiendo a preguntas sobre qué había pasado con Eva. Sin embargo, fue directa al nombre de Claudia, que tenía un aviso de mensajes nuevos.



Se arrepintió de la última gota de agua que le había dado, pero no era capaz de ir a quitársela. *Es mi culpa. Si no hiciese el gilipollas…* La observó a través del reflejo de su monitor apagado. La castaña se estaba comiendo el chocolate tranquilamente mientras ella se volvía loca. Eva se había acostado con Silvia tan solo un día después de decirle que se acabó su estúpida relación como amigas con beneficios y el corazón de Cloe se quebraba cada vez que lo recordaba. *Si hubiese aguantado… Si le hubiese dicho que me gusta… Ya está todo perdido. ¿Para qué pensar en eso?*

—Vamos a ver si esta tarde se nos da mejor, chicas —Alma se sentó junto a ella.

—¿Podemos hablar al acabar? —le pidió la rubia.

—Sí, claro —la mujer le sonrió—. ¿Me controlas a Eva? Creo que ha aprendido la lección, pero me da que no está para procesar con rapidez lo que pasa.

No le quedó otro remedio que asentir y dirigirse hasta el puesto de la capitana. Se paró tras ella con los brazos cruzados y contempló sus torpes movimientos. La resaca la estaría matando y no se alegraba, pero tampoco le parecía mal que fuese así. Estaba cabreada a más no poder, consigo misma principalmente. Sin embargo, el dolor se le mezclaba con la preocupación. *¿De verdad estaba pensando en mí mientras se follaba a otra? Como sean cosas de Claudia… Y si… No, estaba borracha. No te emociones.*

Una hora después, Eva se echó hacia atrás y la topó con la silla. Cloe elevó una ceja en lo que la jugadora tardó en reaccionar. Casi se cayó de su asiento al entrar en pánico cinco segundos después. Definitivamente, sus reflejos no estaban al cien por cien. La rubia rodó los ojos y continuó con su trabajo de observación. Sin embargo, no pudo quedarse quieta y se apoyó en la mesa para darle indicaciones. Tampoco se encontraba demasiado centrada y acercarse tanto a ella la hizo imaginar cosas que no quería. *¿Qué le habrá hecho a Silvia? Seguro que… Cloe, no. Da igual, da igual, da… ¡Joder! Es que la tenía que haber dejado tocarme. Así, no se hubiese ido a hacerle a otra lo que me pertenecía a mí. ¿Por qué soy tan imbécil? Podríamos estar tan bien…*

—Oye, rubia —la llamó Roxy—. En el último parche del juego, han disminuido la velocidad de recarga del escudo, pero tiene más vida. ¿Debería usarlo intermitentemente o a menudo?

—Lo mejor es que lo guardes hasta que lo necesites de verdad y no reventarlo del todo —le explicó profesionalmente—. Y no me llames rubia, no soy tu novia.

—Vale, vale, no te enfades —la chica se rio levantando las manos—. No sabía que era algo exclusivo para las churris.

—Tú llamabas así a Lucía y no era tu nada —dijo Eva por lo bajo.

—Para hacerla rabiar y, a ella, no le gusta que Cora la llame de esa forma —Cloe la miró mal—. Cada una, tiene sus preferencias.

—Las de algunas son muy especiales —la capitana siguió con la vista fija en la pantalla.

—Cuánta tensión —Roxy intercambió miradas entre ambas—. Se puede cortar con un cuchillo. Si fuese una peli, acabaríais en la cama.

—¡Cállate! —le ordenaron las dos a la vez.

—¿Qué está pasando ahí? —Alma se giró de golpe.

Las tres volvieron a lo suyo antes de que la entrenadora se enfadase más. A Cloe no le hacía mucha gracia Roxy y le daba la sensación de que era mutuo, pero Eva nunca se había metido en sus conversaciones. Le daba igual. En su mente, la castaña solo se estaba liando con Silvia desde que se enteró. Sabía que era absurdo, pero no podía evitar hacerse mil preguntas. *Soy ridícula, colega. No doy ni una nunca y, encima, me como la cabeza por tonterías. No somos nada y se puede tirar a quien le dé la gana. A mí, que me jodan.*

El resto del entrenamiento lo pasó en silencio, dejando que Eva se manejase sola porque parecía que se había espabilado. La capitana fue la primera en marcharse y le dio la oportunidad de salir con Alma. La rubia acompañó a la mujer hasta su puerta, tan solo un par de casas más

arriba.

—¿Qué querías comentarme? —le recordó la entrenadora.

—A ver cómo te explico esto —su ayudante lo meditó un segundo—. Estoy planteándome volver a Corea.

—¿Por qué? —la mujer la miró frunciendo el ceño con confusión—. ¿No estás bien con nosotras?

—No es eso, sabes que me encanta ser una *Titan*, aunque sea echándote una mano.

—¿Entonces? ¿Te han ofrecido algo mejor? ¿Echas de menos jugar? Podemos hablarlo con la junta directiva y…

—No, tampoco —la detuvo antes de que se ansiase más—. Es porque, aquí, voy a perder la poca cordura que me queda.

—Cloe, eres la única del equipo que no está aprovechando la asistencia psicológica —Alma siguió intentándolo—. Vamos, te llevo yo misma si hace falta. Lo mismo que vas a nadar al gimnasio con nosotras, después te dejo allí o cuando sea.

—Alma, era una forma de hablar —la rubia se rio para liberar la tensión—. Lo decía porque…

Se lo pensó un instante, pero acabó contándole todo lo que había sucedido durante el par de meses que llevaba como su ayudante: las discusiones y el acuerdo sexual con Eva, la rotura de dicho trato, cómo se sentía al respecto y su necesidad de huir de nuevo, a pesar de no querer alejarse tanto de su hermana… otra vez. Salió a relucir hasta su reciente inseguridad por culpa de una Silvia que no sabía ni que le estaba haciendo la competencia imaginaria que ella misma se había inventado. No se dejó ni un detalle, pero tampoco se quitó ningún peso de encima.

—Y todo esto lo vienes arrastrando desde que estabais juntas en el equipo, ¿no? —a la mujer no se le escapaba una.

—¿Cómo…?

—Que estuviese pendiente de Cora haciendo el tonto para no acercarse a Lucía, no significa que no viese lo que os pasaba a las demás —Alma negó con la cabeza, riéndose irónicamente—. Huyendo, como la primera vez, no vas a conseguir nada. No te ha funcionado porque, mira, te fuiste y, aquí estás, coladita por Eva. Más que hace un par de años. Es absurdo, pero, si te quieres marchar a Corea, no soy quién para impedírtelo —parecía que tenía algo que añadir y se tomó su tiempo—. Cloe… ¿de verdad crees que es la solución? Nada te prohíbe estar con ella, ni el contrato ni nadie. Bueno, sí, tú misma. Estás igual que Cora, ¿te acuerdas? Ahora, es feliz con Lucía, después de la que lio.

—Yo no soy Cora y Eva no es Lucía. Es diferente… —la segunda entrenadora suspiró agotada—. Lo nuestro no va a funcionar y solo la voy a hacer sufrir.

—No es una decisión que puedas tomar por ella. Irte a Corea o quedarte es cosa tuya, pero una relación consta de dos personas… o más, si es lo que te gusta.

—Lo sé, pero no quiero llegar a eso.

—Por mucho que lo repitas, no te los vas a creer —Alma le puso una mano en el hombro —. Te estás engañando tú solita. Te vas a arrepentir de no intentarlo más que de hacerlo y darte la hostia, inexistente además porque estoy convencida de que Eva siente lo mismo. Te ha echado mucho de menos, ¿sabes?

—No tanto como yo a ella, seguro —le confesó sin pensar—. Casi me volví la primera semana. Se me hizo insoportable ir a entrenar y no verla.

—Te voy a contar un secreto, pero no se lo digas o me asesina —la mujer se rio—. Estuvo yendo a clases para aprender a cocinar y aguantando las bromas de Max dos meses, con tal de que nadie, y cito textualmente, «mancillase la cocina de Cloe». Cuando entró Roxy y se puso a hacerse de comer, la echó varios días invitando al equipo entero a cenar fuera —la entrenadora se echó a reír—. También se cambió a tu cama en cuanto te fuiste. No la había visto tan callada en mucho tiempo.

—¿Eva en silencio? Imposible —bromeó la rubia.

—Pues sí, lo estuvo un mes enterito casi. Ni alzó la voz ni corrió detrás de Max. Nada. Pero volvió a la normalidad con terapia.

—¿Ves? Necesitaría una bebida energética para salir con ella.

—Te regalo una caja de la marca que nos patrocina, todas las semanas —la entrenadora le sonrió—. Ahora, en serio. No seas tonta. Ella es la que sabe lo que le conviene y eres tú.

La mujer parecía mucho más convencida de lo que la propia Cloe estaría nunca. Sin embargo, su mente se llenó de dudas mientras regresaba a casa. Se había equivocado al ir andando, pero le dio tiempo para pensar. *¿De verdad me echó de menos? Cora se largó a la misma vez. Seguro que era por ella y no por mí. ¿Y lo que me ha dicho Claudia? Eso no tiene sentido. Se acuesta con otra y grita mi nombre. Esto no es una peli*.

Durante el resto de entrenamientos de la semana, se centró poco y Alma siguió empujándola a vigilar cada movimiento de Eva en *Impact*. La capitana no necesitaba ayuda y, claramente, solo la ponía nerviosa al acercarse. Probablemente, la castaña también pensaría que aquello era un castigo y no una ventaja.

***

—¿Cloe? —Carla golpeó la puerta con los nudillos.

—Está en la cocina —Max le provocó una contracción muscular de todo el cuerpo.

—Gracias —ella le sonrió por cortesía.

—Os iba a llamar ya —su hermana las avistó enseguida—. La cena está lista.

—Venía a comentarte una propuesta atípica en mí —manifestó la investigadora con recelo—. He reparado en que, esta semana, has estado tremendamente alicaída. Es incuestionable que se trata de tus recientes rencillas con Eva y…

—Al grano, Miss Boston, que se nos enfrían los calabacines con parmesano —la mayor rodó los ojos, exasperada.

—Disculpa. La propuesta en cuestión es salir esta noche.

—¿De fiesta? —el chico la observó incrédulo.

—No tiene por qué. Simplemente, podríamos acudir a un local intrigante. Mis asistentes en el laboratorio no parecían refrenar sus ganas de ir a uno en concreto —Carla intentó convencerlas—. No he podido evitar retener el nombre en mi memoria.

—¡Yo me apunto! —a él no necesitaba animarlo demasiado.

—No me apetece y ya nos he hecho de comer —Cloe señaló los platos en la mesa.

—Cenamos y vamos —Max hizo un puchero suplicante.

La segunda entrenadora se resistió mientras ingerían los deliciosos calabacines que había preparado. Sin embargo, el muchacho perseveró hasta que logró persuadirla y Carla aplaudió mentalmente la efectividad de su plan. No les había prestado atención a sus compañeros de trabajo en todo el día y sentía un ápice de malestar por haberlas manipulado de dicha forma. En realidad, deseaba acudir a la estulta discoteca que había geolocalizado Claudia en su última publicación de Instagram.



La bailarina se hallaba en aquel local y le estaba generando la necesidad de acudir en su encuentro. *Existe la ínfima posibilidad de que no quiera verme. No obstante, si confluimos fortuitamente, no podrá negarse. ¿Cómo debería iniciar la conversación? Saludando, como una homo sapiens educada y, después, fingiendo sorpresa. Las probabilidades de que Cloe o Max le comenten que era yo quien pretendía ir a ese lugar no son muy elevadas. Saldrá bien*. A pesar de estar convencida del éxito de sus cálculos, necesitaba asegurarlo aún más. Fue por eso que se dirigió a la habitación de su hermana con decisión. La descubrió poniéndose unos pantalones negros, del mismo color que su camiseta y la cazadora que descansaba en su cama. *Está de luto por su corazón roto*.

—¿Qué quieres? —la mayor la observó frunciendo el ceño.

—Ah, sí, disculpa —ella volvió a la Tierra—. He hallado un problema con mi vestuario. La última vez no pareció agradarte la elección de mi *outfit* y no estoy segura de qué vestir en esta ocasión.

—Solo tienes trajes, ¿verdad? —Cloe aguardó a su asentimiento y la contempló de arriba abajo—. Tráete una camisa blanca. Lo demás, te lo presto yo. ¡De manga corta, si tienes!

Acató sus órdenes de inmediato, a pesar de que no la contentó la sonrisa perversa de su hermana. Ese simple gesto la hizo saber que no tenía buenas intenciones. El diminuto top negro que la obligó a ponerse bajo la camisa y que solo le abrochase los botones del cuello se lo confirmó. Después, le ofreció unos pantalones oscuros con adornos alrededor de los bolsillos y un cinturón.

—¡Max! —Cloe lo llamó al terminar—. ¿Qué pie tenías?

—Treinta y ocho —el chico parecía confundido—. ¿Por?

—¿Le prestas a Carla las botas tan chulas que llevabas la semana pasada?

—¡Sí, claro!

El muchacho regresó junto a ellas con unas de estilo militar, no demasiado altas, pero con los cordones largos. La científica observó el *look* completo en el espejo del baño e hizo una mueca. Tenía sus reservas.

—¡Hostias! —Max se quedó boquiabierto—. Estás…

—Ni se te ocurra —le advirtió Cloe—. Mi hermana pequeña es sagrada, enano.

—Pero está buenísima —protestó él—. Tú…

—Te he dicho que no —lo interrumpió la mayor tapándole los ojos—. Muy guapa, Miss Boston. Ya nos podemos ir donde quieras.

—No estoy segura de que este atuendo sea… yo —Carla se abrió un poco la camisa para darle énfasis—. Me siento… extraña.

—Bueno, ya iremos de compras cuando no sea de noche —la rubia rodó los ojos—. A ver si te quitamos la manía de los trajes.

No era una situación que le apeteciese demasiado, pero ya se enfrentaría a ella cuando volviese a planteársela. Por el momento, prefería llegar al local sin congelarse. Lo consiguió, a pesar de tener que esperar en la puerta, y buscó a Claudia con la mirada. Era muy difícil no ver a la bailarina profesional entre tantas personas arrítmicas. Sin embargo, Max las distrajo al hallar a Eva caminando muy cerca de ellas. Aun así, Carla enfocó la vista en la pista central una vez más.

—Vamos a pedir algo —la incitó Cloe poniendo sus largas falanges en el trapecio de ella —. Mientras, me puedes explicar por qué coño querías venir aquí concretamente.

—Arriesgándome a sonar reiterativa, ha sido porque mis compañeros de laboratorio han comentado aspectos destacados de esta discoteca que me han resultado muy atrayentes y…

—Claro, claro —la interrumpió la mayor—. Que Eva y Claudia estén aquí es pura coincidencia, ¿no?

—Me hallo tan desconcertada como tú —fingió la menor—. ¿Casualidad, quizás?

—¿Quién es esa? —el chico señaló a una muchacha rubia a la que se acercó la jugadora de las *Titans*—. Me suena de algo.

—Silvia —le indicaron las Álvarez a la vez, con tonos distintos.

—Madre mía. Si tú eres la Lola Índigo del Hacendado, ella es la Cloe del Hacendado —se rio el muchacho apoyándose en la mayor—. Te está sustituyendo por una tú menos… No, es guapa, eh.

—¡Cállate, bicho! —su hermana lo apartó con una mano, antes de dirigirse al barman—. Tres chupitos, por favor.

—¡Es broma! Tú estás más buena —él intentó arreglarlo.

Cloe no cedió a sus súplicas y, simplemente, se dedicó a tomar alcohol con mala cara. Carla y Max se le unieron hasta que el chico se perdió entre la gente de camino al baño. La científica aprovechó para observar a la mayor, que estaba muy enervada. No paraba de hacérselo saber con el movimiento de su pie contra el suelo. Además, sus pupilas habían doblado su tamaño de tanto contemplar a Eva con Silvia. A decir verdad, ambas estaban bailando, extremadamente próximas la una a la otra.

—Es tan sencillo como acercarte a ella y confesarle tus sentimientos —acabó enunciándole al oído.

—Ya, lo mismo te digo —su hermana le indicó a Claudia con la cabeza.

La bailarina estaba poniendo en práctica el movimiento, que Carla reconoció como «perreo» con otra chica desconocida para ella. Aquella circunstancia no le provocó una reacción celosa como la que estaba irritando Cloe, pero no le agradó tampoco.

—Pues, ¿sabes qué? —miró a la mayor con decisión—. Yo voy a ir de inmediato.

No fue hasta que comenzó a esquivar cuerpos sudorosos que se dio cuenta de que se había dejado a su hermana sola. Sin embargo, era demasiado tarde para regresar. Sobre todo, cuando colisionó con la bailarina de frente, recobró la hesitación que la había caracterizado con anterioridad.

—¿Carla? —se sorprendió la mujer—. ¿Qué haces aquí?

—He venido con Cloe y Max. Pretendo animarla por lo de… —ella observó a Eva un segundo—. No esperábamos coincidir con vosotras aquí.

—¡Qué casualidad! —la mayor se mostró animada—. ¿Bailas? Mi colega, Mónica, se pira pronto. Se va de viaje con el novio mañana, antes de que nos vuelvan a llamar para otro tour.

—No, gracias. Mi corteza auditiva secundaria del hemisferio izquierdo no relaciona bien las secuencias de tonos y mi sentido del ritmo no es muy agudo.

—Como quieras, guapa —Claudia la contempló de arriba abajo y asintió—. Una pena, de verdad. Buen saqueo al armario de Cloe…

—Ha sido considerablemente persistente para que tome prestada su ropa —explicó la

investigadora ocultando una sonrisa de satisfacción.

—Ya veo. Deja que te convenza más a menudo —la rubia parecía incapaz de quitarle la vista de encima—. Oye, una copa si me la aceptas, ¿no?

—Sí, evidentemente. No te puedo negar ese ofrecimiento —procuró sonar cautivadora.

—Estupendo. Te busco en un ratito, ¿vale?

La doctora le sonrió y se giró lentamente para encaminarse hacia la barra. Por algún motivo, se sentía capaz de todo con Claudia porque le quedó patente que era irresistible para la chica. *No está disgustada conmigo. Eso es un avance*. A pesar de lo placentero de su triunfo, regresó a la realidad al observar el rostro de su hermana. Cloe no estaba tan complacida como ella y supo el motivo al conducir la mirada tras la de la mayor. Las culpables de su malestar eran Eva y Silvia, obviamente, las cuales estaban enredando sus labios, no demasiado lejos de su localización invariable. Realmente, había sido su propio egoísmo el que consiguió pulverizar los añicos del corazón, ya roto, de la mayor.

—Lo siento —le dijo acariciándole el brazo suavemente, con una mancha de turbación en su consciencia.

—¿Me pides otro tequila? —le solicitó Cloe sin mirarla—. Voy un momento al baño. Ah, Max quería otro.

—Serán tres, entonces. Yo los pago.

Era un detalle minúsculo en comparación con el daño causado y lo sabía, pero la sensación de culpabilidad no era susceptible de abandonar su cabeza. *¿Podré ahogarla con alcohol? Es un experimento interesante y, de esa forma, también atajaría la inhibición para cuando me encuentre Claudia. Lo veo propicio, sí.*

El muchacho apareció justo a tiempo para tomarse su chupito, pero Carla se alarmó con el tardío retorno de su hermana. Era consciente de que la escena no le fue grata y necesitaría unos minutos para recobrar la compostura. No obstante, Max logró aplacar su desasosiego adormeciendo sus neuronas con más bebidas alcohólicas.

—Hola, guapa —un hombre desconocido se acodó en la barra, demasiado próximo a ella —. ¿Qué bebes? Te invito a otra ronda.

—No, gracias. Tengo la capacidad de pagar por lo que estoy consumiendo —le dijo como el hecho constatado que era—. Muy amable.

—Venga, una y ya está —él le bordeó los hombros con el antebrazo—. También podemos bailar.

—Insisto en que no es necesario y tampoco bailo —Carla se sintió incómoda, pero no pudo librarse de su extremidad—. ¿Te importa?

—Mujer, es por hacerte compañía. Te veo muy sola.

—En realidad, estoy con él —la doctora señaló a Max, que parecía aturdido.

—Déjala tranquila, tío —el muchacho miró mal al señor—. ¿No ves que la estás

molestando?

—Qué graciosa tu amiga —el desconocido le dio un toque desagradable en el brazo.

—Amigo. Es evidente que se trata de un chico —Carla frunció el ceño, irritada por la afrenta a su acompañante.

—Lo que sea. Me interesas más tú —los dedos del impertinente señor avanzaron por su espalda de forma descendente.

Con un movimiento brusco, la palma que estaba intentando esquivar se alejó precipitadamente de sus lumbares y la científica vació sus pulmones con alivio. Al girarse, la visión del hombre, atónito, la sorprendió desde el suelo. En seguida, descubrió a Cloe parada junto a él y aún sujetándolo por la camiseta.

—Como te vuelvas a acercar a mi hermana, te reviento, payaso —espetó la mayor de las Álvarez, con la rabia atravesando su puño en alto.

—¿A ti qué coño te pasa? —le gritó el pesado.

—Cloe, déjalo —Carla la sujetó por el brazo—, por favor.

Su hermana le echó una última mirada al desconocido y lo soltó tras inhalar profundamente. La menor le sonrió levemente cuando sus irises verdes se posaron en ella. No era la primera vez que casi se metía en un lío en circunstancias parecidas. Sin embargo, Carla conseguía calmarla, aunque, en esa ocasión, ya fuesen adultas racionales. *No deja de ser mi hermana mayor ni cuando le hago daño involuntariamente*. A pesar del mal momento vivido, la inundó cierta nostalgia y su mente fue capaz de recordarle que Cloe siempre estuvo para ella. *Aparentemente, esa particularidad continuará en el tiempo*.

—¿Estás bien? —le preguntó la segunda entrenadora—. Todavía le parto la cara al gilipollas ese.

—Cálmate —le pidió ella—. No ha ocurrido nada.

—Creo que te prefiero con traje —la rubia comenzó a abotonarle la camisa—. Y no bebas más, ¿vale?

—Mhm —asintió la menor como una niña pequeña—. No te preocupes.

—No puedo evitarlo, microbio.

—Hacía mucho que no te referías a mí con ese término —la doctora la contempló perpleja.

—Desde que terminaste la carrera —se rio Cloe—. Te metiste a genetista, o como se llame, y no sé nada de eso.

—Yo…

—¿Qué ha pasado? —Claudia se materializó ante ellas—. Joder con la gente, tío. Que no se apartaban.

—Un señoro pasándose de listo —la sub entrenadora negó con la cabeza—. Me parece

que mejor nos piramos.

No le fue menester explicarle que no deseaba marcharse. Su hermana mayor lo entendió por su mirada y sonrió derrotada:

—Oye, Clau. Tú que no bebes, ¿me la llevas a casa luego?

—Sin problema —le aseguró la bailarina con una sonrisa—. A los dos, ¿verdad, Maxi?

—Por ti, me quedo —el chico le guiñó un ojo—, aunque… ¿te vas a ir sola?

—No te rayes, enano. Me doy un paseo con el fresquito y, en nada, estoy en casa. No metáis mucho ruido al llegar.

La angustió un poco que Cloe se marchase en su estado. No estaba ebria como ella, pero sí desolada por el hallazgo de Eva intercambiando las más de setecientas especies de bacterias de su boca con las de Silvia. Sin embargo, su cerebro no se encontraba en posición de resistirse a Claudia y todo lo que conllevaba tenerla cerca. La bailarina la obligó a sentarse junto a Max y alteró la promesa de invitarla a un trago en pro de una botella de agua. Por eso, las dejó para ir a la barra brevemente. El problema fue que la atención de Carla se posó en sus glúteos.

—Vas a tener un desprendimiento de retina de tanto mirarle la pelvis —claramente, el comentario de Max pretendía ser una broma científica, pero era errónea.

—Técnicamente, cuando se desprende la retina, la visión se vuelve borrosa —lo corrigió —. Además, la pelvis está en la parte anterior del cuerpo y yo estoy observando la posterior. Ahora sí, porque se ha girado.

—Ya, ya, pero no me cambies de tema. Te mola mucho, ¿eh?

—¿A mí? —dudó la investigadora—. Es extenuante repetirlo, pero soy heterosexual. Ahora, comprendo el hastío que atraviesan las personas LGBTQIA+ cuando tienen que «salir del armario» —hizo las comillas en el aire para recalcar la expresión coloquial.

—Tú hetero y yo era mujer, pero no me niegues que le estás mirando los abdominales mientras viene.

—Su anatomía me parece tremenda… tremendamente interesante por el desarrollo muscular que presenta. Tiene una estructura ósea fascinante y sus músculos dorsales son realmente atrayentes.

—Una para ti —la bailarina le dio agua al chico— y otra para la doctora borracha. Qué mal ejemplo eres para tus pacientes.

—No tengo. Soy genetista —Carla la observó confusa—. Mi campo de actuación está dentro del laboratorio.

La siguiente hora no la retuvo demasiado en su mente. Lo que había estado tomando con anterioridad alcanzó su cerebro y le trastocó los sentidos. Su conversación con Claudia se disipó en el aire viciado de la discoteca y, para cuando lo procesó, ya se encontraba en el coche. Por suerte, Max continuaba a su lado en el asiento trasero y Eva era la copiloto.

Su desconcierto se extendió al parar en una puerta que no era la de su vivienda habitual.

Aparentemente, Claudia pretendía dejar en casa a su amiga y, después, llevarla a ella con el chico a su piso. A la investigadora no le importó y se recostó en el coche cómodamente. Además, la bailarina las acompañó hasta el interior de su hogar.

—Buenas noches, *people* —Max intentó susurrar—. Shhh, Cloe se va a enfadar si habláis fuerte.

—Eres tú el que se ha tragado un altavoz, tío —se rio la rubia encantadoramente—. Vete a dormir, corre.

Él le hizo caso de inmediato y se perdió en el salón. Tras asegurarse de que estaba bien, Claudia le ofreció apoyo para que la doctora alcanzase su habitación sin pérdidas de equilibrio. El cuidado con el que la trató le resultó sorprendente y su organismo no estaba conforme. No obstante, sus reflejos estaban mermados y acabó sentada en la cama intentando que su reacción no fuese lo único que estaba pensando. Evidentemente, su cuerpo se movió solo, antes de que su cerebro se lo impidiese, y acabó recostada con la bailarina encima. Después de todo, había tirado de la chica para terminar justo en esa posición. Su raciocinio se perdió cuando apresó sus labios y notó la suavidad que les correspondía.

Sus dedos avanzaron por la zona abdominal de Claudia mientras la rubia introducía la lengua en su boca. Con la respiración agitada, se aferró a lo que pudo: sus nalgas. Ansiaba respirar, pero la capacidad pulmonar de la bailarina no parecía tener fin y continuaba devorando sus labios con afán.

Tras separarse un poco, la mayor procedió a atacar su cuello con la misma urgencia y notó unos dedos deshaciéndose de su camisa con diligencia. Carla deseaba más que unas simples caricias repartidas en su torso y se lo acabó concediendo al introducir la mano por debajo del top que le había prestado Cloe. Le fue tan sencillo hacerla gemir con un simple roce que la científica se sobrecogió. Sin ser consciente, sus articulaciones coxofemorales se elevaron buscando el cuerpo sobre ella. Ya no estaba ebria por el alcohol, sino por los estragos que estaba causando Claudia en su piel. No era su primera vez en el ámbito sexual, pero jamás la había enardecido semejante excitación.

Instintivamente, desabrochó los pantalones de la mayor sin saber dónde la llevaría eso, pero le dio la oportunidad de observarla al conseguir que se levantase. La chica se desnudó con premura frente a ella y Carla recorrió cada centímetro al descubierto, con las pupilas implosionando y los irises azules remitiendo en sus órbitas oculares. Claudia se apresuró a quitarle los suyos también y se quedó inmóvil un instante.

—Esto… Estás muy borracha —la rubia pareció recobrar la cordura.

—No tanto —le mintió descaradamente—. Estoy en pleno uso de mis facultades mentales y tú muy buena.

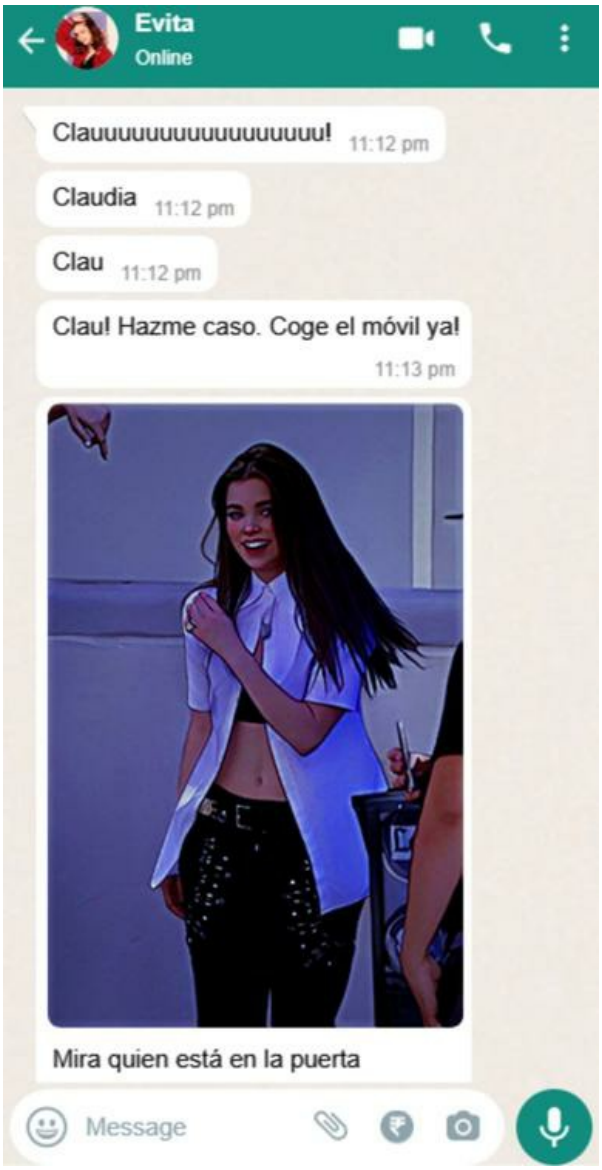
La bailarina lo meditó un segundo, pero acabó consumiéndola el deseo y volvió para recorrerle el torso con la boca. El hormiguero en su vientre ascendió junto al rastro candente de sus labios, que terminaron atrapando los suyos nuevamente. Por suerte, Claudia no se detuvo más. Unos, probablemente, experimentados dedos se sumergieron en su ropa interior y dejaron que la ínfima fricción con su sexo le arrancasen un suspiro impaciente.

Carla se aferró a la parte baja de la espalda de la chica y se dejó hacer cosas que no estaba procesando, pero le resultaron realmente placenteras. Ni siquiera supo cuando se detuvo la rubia porque su cuerpo continuó convulsionando sin que notase su peso. La vio echarse junto a ella en la cama. Sin embargo, sus palabras no llegaron con claridad al cerebro de la agotada científica. Tras unos minutos de exhalaciones, sus párpados se rindieron al cansancio, dejándola en completa oscuridad.

Capítulo 20: ¿Por qué te largas?

Claudia se estiró esquivando el sol cegador. Estaba entumecida y en una cama que no era la suya. *¡Joder! Qué colchón tan duro tiene esta mujer…* A pesar del dolor de cuerpo, estaba contenta. Se había acostado con Carla y lo había gozado más de lo que esperaba. La morena ya no iba a poder negar lo evidente. Sin embargo, su entusiasmo no duró mucho cuando se dio cuenta de que la científica no estaba allí. *¿Me ha dejado sola? Qué feo esto, Carlita*. Se rio saliendo de entre las sábanas y se vistió con pereza.

Probablemente, su amiga se iba a preocupar al ver que no estaba en casa. Por eso, sacó su móvil de los pantalones que, mágicamente, estaban colgados en una percha y le escribió. Estaba al mínimo de batería, pero se entretuvo mirando la foto que le mandó Eva la noche anterior.



Su colega había salido en busca de Silvia y entró un poco en pánico al ver a Carla porque Cloe también estaba allí. Sin embargo, la cosa no se le dio tan mal porque se la calzó

morreándose con su compañera de baile, sin hacerle ni caso a la segunda entrenadora. *Fue una noche estupenda para todas. Bueno, Cloe no parecía muy contenta cuando se largó… Es problema suyo, por no decirle a Eva que le mola de una santa vez.*

Abandonó la habitación tranquilamente y se dirigió a la cocina en busca de su científica favorita, pero solo encontró a la mayor de las Álvarez, que la miró frunciendo el ceño.

—Buenos días —la saludó ella con una sonrisa.

—Tardes casi. Son las doce —Cloe elevó una ceja—. ¿Qué…? ¿Cómo…? Llevas la ropa de ayer.

—Suele pasar —se rio Claudia—. ¿Qué cocinas?

—Lasaña. ¿Te quedas a comer? No, espérate —la segunda entrenadora salió del aturdimiento—. ¿Qué haces aquí con la ropa de anoche? No me digas que…

—Vine a traer a tu hermana y a Max… y me quedé —la menor se encogió de hombros—. ¿Dónde está Carla? Odio despertarme sola cuando estoy con alguien.

—No sé, pero me ha dicho algo de una urgencia… ¿Despertarte…? ¿Te has acostado con mi hermana?

No fue capaz de identificar si la chica estaba enfadada o impresionada. Confusa, seguro. La bailarina optó por guardar silencio y esperar a que le gritase o le partiese la cara. Después de todo, se había tirado a su hermana pequeña.

—Lo de esta mujer es flipante —la alta rodó los ojos—. ¿Cómo fue? No, no me lo digas.

—¿No te molesta? —dudó Claudia—. Casi revientas a un tío *random* por ponerle el brazo encima.

—Era un baboso y la estaba incomodando. Tú, en comparación, eres una opción mucho mejor. Vas en serio, ¿no?

—Sabes que me mola —la bailarina no encontró ninguna razón para mentirle—. La única que no se da cuenta es ella.

—Bueno, pues si Carla quiere, espero que vaya bien la cosa.

—¿Me vas a decir eso de que, como le haga daño, me partes la cara?

—No, para nada. Es mayorcita, puede defenderse sola y me caes bien. Vas a ser la mejor novia a la que puede aspirar —Cloe asintió levemente—. Entonces, ¿te quedas a comer? Aunque no te pienso llamar cuñada, eh.

—Me quedaría, pero Eva me mata si no vuelvo y se lo cuento todo —se rio Claudia—. Por cierto, ¿cómo la has liado tanto con ella? Me da escalofríos oírla llorar día sí y día también.

—No necesitaba escuchar eso, precisamente —la mayor agachó la cabeza con tristeza—. Además, ¿no se está tirando a tu amiga?

—Iba en serio con lo de que gritó tu nombre mientras follaban. Lo de Silvia es… una distracción estúpida. Tú la cagas y ella también. Sois tal para cual.

—Ya… —la sub entrenadora rio con ironía—. No creo que sea buena para ella. Le va a ir mejor con… Silvia.

—Cloe, Eva no quiere a Silvia. Te quiere a ti, en su cama o donde sea —le soltó la bailarina, harta de tonterías—. Estás perdiendo el tiempo.

—Me voy a ir, Claudia. A Corea, otra vez. Le he escrito a mi entrenador y puedo volver en cuanto acaben los partidos este mes. Para la pretemporada de primavera, estaré allí, pero no se lo digas.

—Te la vas a cargar, por gilipollas. Más aún y, entonces, la que te tendrá que partir la cara soy yo.

—Merecido lo tengo, ¿no?

—Venga, tía, no me seas… Estás hasta las trancas y la tienes a un pasito. ¿Por qué piensas que lo vuestro es tan imposible? Eres la única que no se cree buena para Eva porque, para ella, eres una puta diosa del Olimpo que le da mil vueltas a todas las tías, tíos y bichos vivientes del planeta.

—Se fijó en mí porque me parezco a Lola Índigo —Cloe suspiró con cansancio—. Que no sé dónde vio el parecido, pero da igual. No le gusto yo de verdad.

—Un aire sí que le das —la bailarina la observó detenidamente—. Aun así, me da que le molaste por eso, pero se enamoró de ti, no de una cantante y bailarina a la que admira.

Algo le dijo que no iba a convencerla. Quizás, fue la cara de la chica o su forma de negar con la cabeza. Nunca había visto a nadie tan derrotada ni triste como a ella y le jodía tremendamente. Por una parte, se lo merecía por hacerle daño a Eva. Por otra, quería que se dejase de tonterías y fuese feliz con su amiga. Le había cogido cariño a la mayor de las Álvarez y tenía la necesidad de ayudarla, pero no estaba en su mano. Cloe era la única que podía acabar con la tortura a la que estaba sometiendo a ambas.

—Dile a tu hermana que me llame luego, porfa —le dijo antes de marcharse.

—Mhm. A ver si se deja de decir que es hetero ya —se rio la mayor sin muchas ganas—. Le va a ir estupendamente contigo, espero.

Ella también, y se pasó el camino de vuelta a casa cantando a pleno pulmón. Estaba muy contenta, demasiado, pero no podía evitarlo al recordar a Carla, desnuda bajo ella. *Estoy pilladísima*. Se rio al admitírselo cuando salió del coche. La doctora la volvía loca, para bien, y la tenía como una adolescente con un *crush*. *¿Empieza a hacer calor o son mis hormonas revolucionadas? Claudia Guerrero, ¿te vas a echar una novia seria a los treinta y uno, por fin? Las demás van a flipar cuando nos toque hacer otro tour y les diga que se acabó lo de perrear en las discotecas porque tengo moza*.

—¿Por qué traes esa cara de boba? —le preguntó su amiga cuando se cruzaron en el pasillo—. No me digas que has follado —la chica abrió mucho los ojos—. ¡Has follado! ¿Con quién? Si te fuiste a llevar… No te habrás tirado a Max, ¿verdad? ¡Asaltacunas!

—Soy lesbiana, Eva. ¿Cómo me voy a acostar con un tío? Además, es muy joven para

mí.

—Pues solo me quedan dos opciones y no creo que seas tan mala pécora para tirarte a la tía que le gusta a tu *best friend* —la castaña se señaló con el pulgar—. Entonces… ¿Carla?

—Carla —asintió la bailarina sonriendo de oreja a oreja—. Se ha pirado a urgencias antes de desayunar, pero, ayer, se quedó bastante contenta —se rio—. O le van a tener que dar un Óscar.

—¿Mayer?

—¿El de las salchichas?

—Claro, por hetero.

Claudia se echó a reír. Hasta los chistes malos de la jugadora le parecían graciosos. Por lo menos, su amiga se alegró de que estuviese eufórica con el futuro que se le presentaba, aunque ella no se encontrase muy bien anímicamente.

—¿Tú qué tal con Silvia? Se ha ido a la vez que yo, hoy —la rubia le dio un codazo.

—Sin más —Eva se encogió de hombros—. Echamos un rato entretenido.

—Con tanto entusiasmo, no —ironizó ella—. Cualquiera diría que estás haciendo la declaración de la Renta, en vez de follarte a una bailarina profesional.

—Ya… Buenísima en el escenario, pero lo que es en la cama…

—Igual, no congeniáis.

—O Cloe me dejó las expectativas altísimas, como el Everest.

Claudia quiso decirle que las fuese rebajando porque la sub entrenadora se iba a volver a largar, dejándola rota en el proceso. Si su amiga se había acostado con todo el que pillaba para olvidarla la primera vez, acabaría en el psiquiátrico al enterarse. Prefirió dejarlo estar por el momento. *Le va a doler más cuando ya no esté, pero se arrancará la tirita de golpe y no estará un mes preguntándose qué ha hecho mal*.

Estuvo toda la tarde con ella, intentando animarla y lo consiguió a medias con películas de risa y chucherías. En eso, se habían convertido sus sábados desde que le ocupó la habitación libre, pero no podía pedir más. Le encantaban esas horas, tirada en el sofá con Eva sin preocupaciones. Echaba de menos los nervios pre-concierto, pero no tenía prisa por recuperarlos. *Para nada. Voy a disfrutar de mi amiga y mi… Carla*.

Desde ese momento, su cabeza la invadió la doctora y, al anochecer, no pudo contenerse. No sabía si aún estaba trabajando o se le habría pasado a Cloe darle su recado. Así que dio el paso ella misma y la llamó.

—¿Diga? —la científica sonó demasiado tranquila para estar en urgencias.

—Me estaba preocupando ya —le confesó—. ¿Dónde andas?

—Ah, Claudia. No estoy caminando, precisamente. Si lo usas como expresión coloquial, me encuentro en casa.

—¿No te ha dicho Cloe que me llames? —dudó la bailarina.

—Mhm, cuando regresé.

—¿Entonces? Estaba esperando. ¿Has vuelto hace poco?

—No. Vine a almorzar y no tuve la necesidad de salir nuevamente.

No entendía nada. Claramente, no la había llamado porque no le dio la gana. *Esta relación empieza fatal, Carlita*.

—Da igual —cedió Claudia—. Te has ido muy rápido esta mañana. Pensaba que podríamos hablar, después de lo de anoche.

—¿Anoche? —la confusión de la menor atravesó la línea hasta su oído—. Mis disculpas, pero ¿a qué te refieres?

—A lo que hicimos —se rio ella.

—¿Podrías darme más detalles? Estaba demasiado ebria y el alcohol se ha empleado con mi memoria a corto plazo. Solo recuerdo que Cloe se marchó del local y que estabas en mi cama esta mañana. ¿Me trajiste tarde y te quedaste?

—¡No me jodas, Carla! —la rubia empezó a entrar en pánico—. No tiene gracia.

—Evidentemente. El alcoholismo y la pérdida de memoria son temas serios —declaró la morena calmadamente—. Debería hacerme un estudio. Parece que el tequila provoca reacciones adversas en mi cerebro.

—¿Te estás quedando conmigo? Dime que sí, por favor.

—Noto cierta preocupación en tu voz. ¿Dónde está la gravedad del asunto? No me importa que te quedases, pero hazlo vestida, por favor.

—Carla, estaba desnuda en tu cama porque, ayer, nos acostamos.

—¿Qué?

No pensó ver a la científica perder la compostura nunca, estando sobria al menos, pero su tímpano discrepó con su grito alarmado. Entonces, le quedó clarísimo que no estaba bromeando y, de verdad, no se acordaba.

***

Despertarse al lado de Silvia, cada vez se le hacía más agobiante. La noche con la chica había sido divertida, pero ni remotamente parecida a la que podría haber pasado con Cloe. Además, el sexo estaba bien, aunque se dio cuenta de que la colega de Claudia no la hacía correrse con tanta fuerza como la segunda entrenadora. Ni por asomo. La primera vez, le echó la culpa a los sentimientos que tenía por su antigua compañera y lo intentó arreglar siendo ella la que tomaba el control. Sin embargo, esa segunda, tuvo que fingir para acabar con su tortura mental que no la dejaba tener un maldito orgasmo porque solo estaba pensando en una rubia diferente a la que la estaba tocando. Por suerte, la pobre Silvia tenía las horas contadas en su habitación y no la volvería a ver en un tiempo. Ya se reirían de las horas que habían pasado

desnudas si se encontraban más adelante. Por el momento, nadie iba a conseguir que se quitase a Cloe de la cabeza y, mucho menos, superar los orgasmos que le había dado la mayor.

Afortunadamente, Claudia estuvo ocupada toda la noche del sábado y no la arrastró a ninguna discoteca con su compañera. A pesar de levantarse sola, no durmió muy bien tampoco. Su amiga estuvo el teléfono hasta las tantas y la oía elevar la voz de vez en cuando. A eso, se le sumó la cara de decepción de Cloe cuando se cruzaron en el antro dos días antes. No podía olvidarla. *Estaba cabreada. Que se joda. Si fue ella la que me dijo que no me necesitaba. ¿Qué más le da con quién me líe si no somos nada? Vamos, no tiene derecho a enfadarse*. Su problema era que seguía importándole cómo se sentía la segunda entrenadora y no iba a poder cambiarlo. Le dolía tanto…

—Buenos días —saludó cuando Claudia entró en la cocina.

—Buenos, buenos… no son —la rubia estaba cansadísima.

—Pues días, solo. ¿Qué te pasa? Ayer, estabas muy contenta con lo de Carla.

—No se acuerda, Eva. De nada.

—Pero… ¿no te dijo que para adelante con todo? —le preguntó ella confusa.

—Sí, y parecía que no iba tan borracha. Es que, si no, no le pongo ni un dedito encima. ¿Quién es capaz de decir «pleno uso de mis facultades mentales» estando como una cuba?

—Carla. Es lo único sencillo que ha dicho desde que la conocemos —Eva se encogió de hombros—. Entonces, ¿qué ha pasado? Supongo que hablabas con ella por teléfono.

—Sí, hemos estado intentando aclararlo hasta las cuatro de la mañana —la bailarina resopló exhausta—. Nos vemos en persona esta tarde.

—Planazo, ¿eh? —ironizó la castaña—. Buena suerte con la doctora de los genes de oro.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Tirarme en el sofá a esperar a que se pase la vida —respondió la jugadora sin ganas.

—¿Por qué no llamas a Silvia? Podéis ir a dar una vuelta o algo, como colegas, aunque no te guste para nada más.

—Se va mañana. Tiene que estar ocupada haciendo las maletas. Además, voy a necesitar unas cuantas horas si Cloe se presenta a grabar el podcast, hoy.

—¿Crees que irá? —Claudia no sonó convencida—. Después de que la echases para el último…

—Capaz y sí. Otra cosa no, pero orgullosa es un rato —Eva negó con la cabeza—. Llegará y me dirá que se lo prometió a Rodri, que no podía faltar.

No se equivocó. Esas fueron las palabras justas que le soltó Cloe en cuanto se paró delante de la mesa del estudio. Así que ella le contestó que hiciese lo que quisiese, aunque no le apetecía tener a la rubia al lado durante una hora y media. Por suerte, se entretuvo hablando de cómo le iba a Rodri en el show. Sorprendentemente, su amigo estaba aguantando y su relación con Ethan iba a la misma velocidad que las bolleras de una serie. Le parecía impresionante, pero

lo seguía animando en la distancia. Pronto, acabaría el *reality* y lo tendría de vuelta para contarle todo el drama que se había perdido.

—Vamos a hablar de la nueva canción de Lucía, ¿no? —intentó sonar animada—. Un temazo. Esta niña es una maravilla componiendo.

—Sí, es muy moñas —Cloe se encogió de hombros—. Cora estará encantada con tanta dedicatoria, que no son sutiles precisamente.

—Pues, a mí, me gustan mucho sus letras. Ojalá, alguien me dedicase, aunque fuese, un texto corto así de bonito.

—Eso se arregla poniendo una Lucía en tu vida.

—Ya, pero solo hay una y es la novia de mi mejor amiga. Además, se ve que me molan más las mujeres que son todo lo contrario a ella y solo me hacen sufrir.

Cloe desvió la vista cuando le echó una mirada recriminatoria, pero Eva salvó la situación cambiando de tema nuevamente y centrándose en el que les tocaba esa semana. No tenía ganas de hablar del maldito *benching*, pero se lo había prometido a una de sus seguidoras. *¿A quién se le ocurre?* Claramente, estaba muy en contra de hacer eso. *La gente tóxica es la única capaz de seguir dando esperanzas a alguien mientras encuentra algo que le convenga más, aunque no tengan interés en la persona.*… Por lo menos, su compañera estaba de acuerdo con ella y no acabaron discutiendo. Eso sí, tras detener la grabación, volvieron a la incomodidad y agradeció que la rubia no quisiese hablar seriamente, como en los últimos domingos. No había recogido sus cosas tan rápido para salir de allí en la vida. *Rodri, ven pronto, por favor.*

Se arrepintió un poco al llegar a una casa vacía. Al menos, se había sentido acompañada en presencia de Cloe. Aun así, se puso a ver el nuevo episodio del programa en el que estaba su amigo y se le pasó el rato escuchando una voz familiar. *Esperemos que se traiga al surferito. Nos podríamos ir de fiesta cuando vuelva. ¿En serio, Eva? ¿No has tenido suficiente juerga?*

Cenó sola también. *Ojalá que a Claudia le esté yendo genial.*… Cuando la chica no regresó ni para medianoche, intuyó que sí y se fue a dormir con la sensación de no haber hecho nada bueno ese día. Probablemente, el siguiente no sería mejor. Le tocaba ir a entrenar y la mujer de sus sueños y pesadillas estaría allí. *Es la segunda entrenadora. La voy a estar viendo hasta que se jubile… o me cambie de equipo. Quizás, puedo volver a Derecho y hacerme abogada… Sí, de las Titans. ¡Serás estúpida!*

Sus pensamientos la derrotaron y no los recuperó hasta que volvió a abrir los ojos por culpa del despertador. Prácticamente, rodó fuera de la cama junto a su desánimo y llamó a la puerta de Claudia. *Sí que se le habrá dado bien la noche… Eso o se ha ido temprano. ¿Tenía clase hoy?* Nuevamente, desayunó con su soledad y se dirigió a la casa de las *Titans*, tras mandarle un mensaje preguntándole si estaba viva.

—Buenos días —Cloe casi le dio un infarto.

No se había dado cuenta de que la rubia estaba apoyada en la pared de la entrada. *Solo falta que tenga el pelo rojo y Cora a su lado para que sea como la primera vez que nos vimos*. La mayor incluso llevaba esa camiseta blanca de tirantes de los Rolling Stones. Sin embargo, a

diferencia de ese día, tenía una camisa de cuadros verdes encima y una chaqueta de cuero para resguardarse del frío. *De verdad, tengo memoria solo para lo malo…*

—¿Qué haces ahí plantada como un olivo, rubia? —cuestionó Eva al salir de sus recuerdos, sin pensar.

—No he ido a nadar hoy y estoy esperando a que vengan del gimnasio —la chica se encogió de hombros—. Llegas temprano, para ser tú.

—Claudia me entretiene por las mañanas, pero me parece que está en tu casa y no me ha dado conversación en el desayuno —ella imitó su gesto—. Espero que no tarden en llegar o nos vamos a congelar.

—Tengo el chaquetón en el coche. ¿Lo quieres? Puedo ir a…

—¡No! Tampoco tengo tanto frío —mintió la castaña—. Era un decir.

—Ah, bueno…

La incomodidad las envolvió como si no se hubiesen visto hasta desnudas, varias veces. Eva prefirió mirar al suelo con toda su atención porque no sabía si podría controlarse fijándose en su compañera. Si contemplaba sus ojos verdes un solo segundo, se perdería en ellos y le comería la boca allí mismo. *En otras circunstancias, ya lo habría hecho. No, quieta. No te quiere ni de follamiga. Piensa en otra cosa. ¿Qué habrá pasado con Claudia? Seguro que se ha tirado toda la noche dale que te pego, como una perra. Y yo durmiendo sola. Mmm… Nunca he dormido con Cloe tampoco. ¿Qué clase de relación es esa? Ni tocarla ni nada, qué desastre. Ella lo hacía todo y se piraba*.

—Eva —la mano en su hombro la sobresaltó y Alma sonrió divertida—. Vamos para dentro, que siempre eres la última. Se viene una semanita intensa.

—¿Por? Hasta dentro de dos, no empezamos los partidos oficiales —la capitana no recordaba otra cosa en su agenda—. ¿Te han entrado las prisas porque liga asiática se está terminando ya?

—No, pero habrá que aprovechar a Cloe.

—Su contrato dura todo el año, Alma. No la presiones para que nos vuelva unas máquinas en cinco días.

—¿No te lo ha dicho? —la mujer frunció el ceño—. Se vuelve a Corea al acabar el mes.

—¿Cómo? ¿Cuándo ha pasado eso? —preguntó la castaña sorprendida—. ¿La han echado? Es buena entrenadora y…

—No, es ella la que ha decidido marcharse. A mí, me viene fatal —se rio Alma—. Mei se va a poner de parto en un par de meses, como mucho, y no sé si me va a dar tiempo a encontrar una sustituta mejor para Cloe.

La cabeza de Eva iba a explotar. No entendía absolutamente un carajo de lo que estaba sucediendo. *¿Por qué se pira otra vez? Se está equivocando. Le va a ir mejor como entrenadora… No puede dejarnos así. Las Titans se van a la mierda sin ella. Y yo… ¿Por qué, Cloe? ¿Será por…? Imposible. No es por mí, pero…*

Sin darle tiempo al cerebro de hacer su trabajo, caminó hacia el interior de la vivienda y la buscó. Ni siquiera la detuvo el nudo en la garganta. Para cuando procesó lo que estaba haciendo, ya había tirado bruscamente del hombro de la segunda entrenadora. Cloe la miró confundida y no pudo evitar escupirle las palabras con rabia y dolor:

—¿Por qué te largas otra vez?

Capítulo 21: Una Lola en el balcón y un tío en el salón

—¿Te vas? —el resto se le acercó, encabezadas por Belén.

—Otra vez —recalcó Eva con los ojos llorosos.

—¿Nos dejas? —preguntó Azu.

—Pero si no ha empezado ni la liga —apuntó Roxy—. ¿No tienes un contrato?

Cloe empezó a agobiarse con tanta atención indeseada. Pensaba que podría marcharse en silencio y no tener que aguantar esa presión. Aun así, lo que más la abrumó fue la cara de dolor de la capitana. Podría estar conteniendo las lágrimas, pero su rabia se lo estaba complicando. Un millón de punzadas atravesaron el corazón de la rubia y se instalaron en su garganta.

—Tranquilas. Dejadla respirar —Alma acudió en su ayuda como un bote salvavidas—. Si tuvieseis algo mejor, vosotras también os iríais. Además, echará de menos jugar. No es lo mismo que entrenar. Y, hablando de eso, todas a vuestros puestos. Vamos a empezar.

Era mentira. No extrañaba lo de ser jugadora profesional, pero fue una buena salvada de la mujer, que le apretó el hombro para darle ánimos. Sin embargo, nada iba a borrar la mirada de Eva, rindiéndose antes de irse a su mesa. La segunda entrenadora se sentó en su silla y observó el monitor, un poco fuera de sí. Se le iba a salir el corazón del pecho y el aire no parecía llegar a sus pulmones. Cuando empezó a darle vueltas la habitación, no pudo aguantarlo más.

—¿Alma? —la voz casi no le salió del cuerpo.

—¿Qué? —la entrenadora borró la sonrisa al verla—. Estás muy pálida. ¿Te ocurre algo? —la mujer se levantó cuando ella negó—. ¿Por qué no vamos a que te dé el aire?

—Ya… ya voy yo. Ahora vuelvo.

Cloe esprintó hacia la puerta de la calle y dejó que el aire frío le guantease la cara. Le sentó bien, pero no lo suficiente. Se tuvo que apoyar en la pared y acabó resbalando hasta el suelo. La presión en el pecho cada vez dolía más y las ganas de vomitar se instalaron en la boca de su estómago con un contrato fijo. En cuanto vio las gotas oscureciendo la tela de la rodilla de sus pantalones, cerró los ojos y respiró descontroladamente, abrazándose las piernas mientras lloraba. *No, no, no. Para, por favor*. Sabía lo que le estaba pasando y solo ella podía socorrerla. Por eso, sacó su móvil con las manos temblorosas y la llamó:

—Es improbable. Comprueba nuevamente la muestra, por favor. Disculpa, Cloe, me encuentro ya en el laboratorio —su voz sonó reconfortante—. ¿Qué necesitas?

—Carla, no puedo… respirar.

La mayor le narró todo lo que le había ocurrido en ese par de minutos interminables y se llevó la mano al pecho. Su hermana no necesitaba ser médica para saber lo que le estaba pasando.

—¿Un ataque de ansiedad? Cloe, hace años que no… Cloe, sí que puedes respirar. Despacio. Inhala, exhala lentamente —la menor tomó el control de la situación—. Acabará pronto. Los síntomas no son preocupantes y lo sabes. Inhala, exhala —lo hizo sonoramente junto

a ella y la rubia se concentró en su voz, a pesar del ruido de sus movimientos—. Estás permitiendo que te invada un miedo irracional a que te ocurra algo malo. No va a suceder. No huyas de él y descubrirás que no tienes de qué temer. Cloe, es ansiedad, lo sabes. Probablemente, a causa de un estímulo externo que te ha estresado repentinamente —la calma de Carla pareció surtir efecto, que ella notó enseguida—. ¿Mejor?

—Sí, gracias —la sub entrenadora respiró profundamente limpiándose las lágrimas.

—Fantástico. Y, ahora, ¿me vas a contar el causante de tu estado o debo inferir que posee el nombre de la primera mujer bíblica?

—Se ha enterado de que me quiero ir —la mayor luchó contra el nudo que presionaba su tráquea.

—¿Del equipo? —dudó su hermana.

—Del país. Se me olvidó decírtelo, pero estoy pensando en volver a Corea.

—¡Ni de coña! —se le escapó a la morena—. Perdón… Buenos días, doctor Ortega —se aclaró la garganta—. ¿Estás demente? ¿A qué viene esa necesidad? No, espera a que salga. Estoy molestando en el pasillo.

Un minuto después, la científica le repitió su última pregunta y ella no supo qué responderle. Solo tenía en mente el gesto de Eva cuando la giró.

—No puedo más —le confesó—. No puedo verla así, ni con nadie, ni… nada. Con lo fácil que sería morirme…

—¿Y dejarme sola? —no esperó esa contestación de la menor—. ¿Te enfadaste conmigo por marcharme y pretendes hacer lo mismo? Eres una egoísta, Cloe. Y una cobarde. Además de tremendamente estúpida. Intentas no dañar a las personas que te importan y es lo único que haces.

—Carla, no me daban ataques de ansiedad desde que vino la policía a decirnos que mamá se había tirado por un puto puente —protestó la rubia—. Y, ahora, me dan por estar en la misma habitación que Eva.

—No, se producen porque no te estás relacionando con ella como deseas. Reconócelo y deja de evadir tus problemas. Te estás dificultando tu propia vida. ¿No has padecido bastante? Lo de mamá no fue tu culpa. La portadora del sesenta por ciento de nuestros genes decidió abandonarnos. Lo de tu progenitor tampoco. Su ingreso en prisión estuvo causado por sus propias acciones. Los abuelos… estaban próximos a su finitud. Perecemos, antes o después —la doctora soltó una leve risa irónica—. Yo me marché por necesidad, actuando egoístamente, y tú no ibas a poder revertirlo. Rehúye de conclusiones infundadas sobre mi displicencia contigo, o lo que conjeturases estos años —hizo una pausa—. Cloe, ¿qué deseas tú?

Se quedó callada unos segundos. Esperando a que las palabras atragantadas llegasen a ella.

—Quedarme —admitió con una lágrima rodando por su mejilla.

—¿Qué es lo mejor para ti?

De nuevo, sucumbió al silencio. No le era fácil decir lo que llevaba pensando meses.

—Eva…

—¿Y vas a retornar a un país que no anhelas? Apartada de aquello que estimas idóneo para tu persona y de la mujer que te podría generar un estado mental de bienestar continuo si dejases de eludir tus sentimientos.

—No sé…

—Doctora Álvarez, tenemos un problema —oyó débilmente a un hombre.

—Un segundo, por favor —le pidió su hermana—. Cloe…

—Sí, sí, vete. Siento haberte sacado del trabajo —la interrumpió la mayor—. ¿Hablamos en casa?

—Eso ni lo sopeses, *Titana*.

La segunda entrenadora colgó riéndose. Al igual que sus ataques de ansiedad, no oía ese mote desde hacía mucho. *Algún día, le diré que acepté la oferta de las Red Titans solo porque me llamaba así de pequeña, al ser mucho más alta que ella. Seguro que piensa que fue una mera coincidencia… Menudo rapapolvos me ha echado la rata de laboratorio*. Al parecer, ambas se estaban guardando cosas que querían decirle a la otra y lo estaban soltando por turnos.

No iba a negar que se encontraba un poco mejor, pero se tomó unos segundos más para respirar el aire, aunque fuese contaminado, y dejar que el sol calentase el rastro de sus lágrimas. Sin embargo, una sombra le tapó la luz al instante.

—¿Estás bien? —Alma le tendió la mano.

—Lo estaré —le aseguró incorporándose con su ayuda.

—Pensaba que ya lo sabía. Lo siento.

—Se iba a enterar igualmente —ella se encogió de hombros—. Sé que voy a parecer una indecisa de mierda, pero… ¿puedo quedarme en las *Titans*?

—No lo vas a parecer porque se me ha olvidado comentárselo a los de arriba. Ups —la entrenadora le sonrió ampliamente—. Aquí no ha pasado nada, ni nadie quería dejar su puesto. Así que, a trabajar, entrenadora Álvarez. La liga no se gana sola.

La mujer le pasó el brazo por los hombros y la acompañó hacia el interior mientras ella se reía. No podría haber pedido una entrenadora mejor en su tiempo como jugadora y, ahora, tampoco deseaba que hubiese sido otra. Alma era increíble, en todo, y la consideraba más una colega. *¿Por qué me quería ir? Soy gilipollas*.

Al regresar a la sala, la entrenadora decidió que era buena idea echarse la culpa por lo sucedido y decir que les había gastado una broma con lo de que Cloe se iba. Las *Titans* protestaron y le rogaron que no les diese esos sustos. Sin embargo, la capitana no se lo tragó. *Con el historial que tengo, es normal que no se lo crea. Es la única que me conoce bien*. Obviamente, el resto de la semana, comprobó que estaba en lo cierto porque Eva no paró de lanzarle indirectas sobre largarse y mencionar Corea hasta en las comidas. Quizás, eso último

estuvo justificado cuando almorzaron coreano, pero el resto iba a hacer daño. Casi tanto como la historia que puso en Instagram el viernes por la noche:



—Sí me voy a ir, sí, pero de la vida —resopló entrando en la cocina.

—¿La disconforme publicación de Eva? —Carla le provocó un infarto.

—¿Qué coño haces a oscuras? —Cloe se llevó la mano al pecho.

—Me encontraba conversando con Claudia, a la par que tomaba una infusión, y anocheció.

—Menudo susto, joder —la mayor abrió el frigorífico—. ¿Quieres hamburguesas para cenar?

—Las prefiero para almorzar mañana, gracias —su hermana se levantó y pululó a su alrededor—. Cloe… ¿No te agradaría una barbacoa o un almuerzo en el balcón?

—¿En el balcón? —se extrañó ella.

—Mhm. He consultado la previsión meteorológica y se va a producir una elevación considerable de las temperaturas, coincidiendo con el inicio de la primavera.

—¿Y quieres comer fuera? ¿Tú?

—Por supuesto. ¿No recuerdas cuando éramos infantes? La abuela asaba carne y adquiríamos nuestra dosis diaria de vitamina D en la terraza —Carla le pintó la escena realmente bien—. Era divertido. Ahora, contamos con una mesa en el balcón y es una excusa espléndida para cocinar hamburguesas.

—No es mala idea —la rubia se encogió de hombros—. Además, si no me convences tú, lo va a hacer Max. Pero que sepas que me has jodido la cena. ¿Qué hago yo ahora?

—¿Pedimos sushi? —propuso la doctora emocionada—. No va a ser como el colindante al puerto de Boston, pero me sigue gustando.

—Cambiar hamburguesas por sushi… ¡Pija! —bromeó la segunda entrenadora riéndose.

—Exquisita, gracias —la menor le sonrió—. Voy a informar a Max.

—Abuela, ¿tú has visto esto? —dijo mirando al techo, cuando estuvo sola—. Tu nieta no está bien de la cabeza. Ninguna de las dos…

Oyó un leve maullido que la distrajo y comprendió que tenía un gato hambriento a los pies. Caos le reclamó su cena y tuvo que dársela bajo la impaciente mirada del felino, que casi la hizo caerse cruzándose entre sus piernas. Por un instante, había olvidado todo el drama con Eva. *¿Cómo arreglo yo eso? Cloe, déjate de tonterías y dile que estás loca por ella. Si te pegas la hostia por hacer tanto el imbécil este tiempo, pues ya está. Te lo mereces, pero sobrevivirás. Lo peor que puede pasar es que me confirme que no quiere nada conmigo y el sexo ha sido algún tipo de fantasía con la Índigo.*

A pesar de todo, la historia de la castaña le quitó el sueño. No le entraba en la cabeza cómo se podía haber enamorado de ella. Eva no era su tipo, tenía demasiada energía para su gusto y, cuando se conocieron, le pareció una pesada. Sin embargo, ahora, solo tenía que pronunciar su nombre e iría corriendo como un perrito. Le encantaba y solo deseaba que esa sensación durase mucho tiempo. Era contemplarla y necesitar comérsela, observarla saltar como loca por un vídeo de su artista favorita y querer llevarla a un concierto en primera fila, verla insistir sobre que no se había equivocado escogiendo personaje en *Impact* y tirarse una partida entera cambiando el suyo para conseguirle la victoria… *Dios, ¿cómo la puedo querer tanto con los dolores de cabeza que me da? Estoy a nada de internar en un psiquiátrico.*

—Cloe, ¿te encuentras bien? —Carla le puso la mano en la frente.

—¿Qué? —ni siquiera se había dado cuenta de que estaba en su mundo.

—Se te enfría el té —señaló su hermana—. Hoy, te has levantado extremadamente inconexa. ¿Qué está ocupando tu mente desde tan temprano?

—¿A estas alturas de la película me vas a preguntar eso? —se rio ella—. He tomado una decisión. Voy a decirle a Eva que no quiero pelearme más, que mejor follamos en serio. Igual, no con esas palabras, pero ya tú sabes.

—Por fin —la menor se alegró—. Aunque Claudia me ha comentado que sigue un poco molesta porque te vas…

—Ya… Eso no sé cómo solucionarlo. Todavía no se cree que me quedo. Lo entiendo, pero a ver cómo la convenzo —Cloe se encogió de hombros—. Por cierto, poco hemos hablado de ti y Claudia. ¿Te acuestas con ella y no me dices nada?

—¡No me he…! —la doctora se detuvo y respiró hondo—. No tengo recuerdos de ese suceso.

—Qué mal te sienta el alcohol, Miss Boston. Para una vez que te decides, acuérdate por lo menos de lo bueno.

—No deseo otra cosa.

—Te mola nuestra amiga la bailarina, eh —la picó la segunda entrenadora.

—No voy a confirmarlo, pero tampoco a desmentirlo. Estoy procesando mis emociones para con ella.

—¿Emociones? ¿Tú tienes de eso? —la rubia fingió sorpresa—. Tómate tu tiempo, pero no mucho. Se te vaya a escapar. Aunque está coladita por ti…

—En realidad, existe un ínfimo problema que me preocupa sobremanera —la científica suspiró—. En Boston, tengo…

—¡Buenos días! —Max la interrumpió—. Qué ganas de hamburguesa, ¿no?

—Son las once de la mañana, enano —se rio Cloe.

—Lo sé, y voy a desayunar poco para no llenarme —el chico le sonrió ampliamente—. Tenías razón, Carla. Hace más calor.

—No te recomiendo acostumbrarte —la investigadora negó con la cabeza—. La semana que viene, llueve nuevamente.

—El tiempo está loco, *ho* —él se sentó con unos cereales—. Para que, luego, digan que no hay cambio climático.

Por suerte, ese día les dio una tregua y tuvieron sol durante toda la mañana. Sin embargo, se la pasó en el interior y, sobre todo, en la cocina. Así, se relajó un poco y dejó de pensar en conversaciones que podrían ocurrir de mil formas diferentes en un futuro próximo. Estaba cansada de repasar y medir sus palabras. *Como salgan, han salido. Espero que bien y que no se enfade. Del lunes, no pasa que hable con ella*.

En realidad, se dio cuenta de que no tardarían tanto en hacerlo cuando Max esprintó al oír el timbre y la voz de Claudia se extendió por el pasillo. Obviamente, la bailarina no llegó sola, sino discutiendo con Eva. Por lo que entendió Cloe, la castaña no sabía que la iba a llevar allí y la había engañado. *Nos van a hacer lo mismo que Rodri a Cora y Lucía… y me voy a dejar. Cambio de planes, cerebro. Vamos a decirle lo mucho que nos gusta antes de lo planeado. Colabora y no me dejes cagarla, por favor*.

Su intuición no falló y, cuando sacó la comida a la mesa del balcón, la capitana de las *Titans* era la única que, casualmente, estaba fuera de la casa. Dos segundos después, la chica le estaba gritando a su amiga que la sacase y Claudia se cruzó de brazos negando con la cabeza.

—Hasta que no lo arregléis, no —la bailarina tiró del brazo de Carla—. Vamos a sentarnos, que va para largo.

—Qué inesperado —ironizó Cloe sentándose—. Y qué originales.

—Muchísimo —la castaña hizo lo mismo—. Como si hubiese algo que hablar.

—Sí que lo hay. Me encantó tu historia de ayer. Una canción preciosa, pero no me voy a ninguna parte.

—No iba por ti. Ya sabes que me encanta Lola Índigo.

—Y yo, de paso, por el parecido, ¿no? —la mayor se puso seria y se dejó de juegos.

—Pues no, lista.

—Eva… —la rubia la miró fijamente.

—Vale. Puede que, al principio, cuando nos conocimos, sí me gustases por eso. Ahora, precisamente, me encanta ella porque se parece a ti —la capitana rodó los ojos—. Aunque me hace menos daño, la verdad.

—Lo sé y lo siento… otra vez —Cloe se levantó para ocupar el asiento junto a la chica —. Soy gilipollas.

—Mucho, pero da igual. Tú te vas a ir, lo mismo que uno de mis mejores amigos me abandonó y me dejó tirada con el podcast —la menor suspiró dramáticamente—. Bueno, como Cora también. Al final, todo el mundo se larga.

—¡Que no me voy, coño ya! —la segunda entrenadora se desesperó—. Sí, lo había pensado… y decidido, pero tuve un ataque de ansiedad y, al llamarme Carla, me ayudó a entender que quiero quedarme aquí —le soltó a toda prisa—. Tú estás en España, en las *Titans*, y es donde yo deseo estar también. Así que olvídate de Corea, por dios.

—Espérate. ¿Un ataque de ansiedad? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

—¿El lunes? No sé. Eso da igual. ¿Me has escuchado? Me apetece quedarme contigo, Eva. Fui imbécil al decirte que no te necesitaba. Es mentira. ¿Podemos volver a estar como antes?

—¿Antes cuándo? Porque han pasado muchas cosas desde que volviste —la castaña frunció el ceño, expectante.

—Pues… ¿olvidamos que te dije esa gilipollez? Necesito que estemos bien porque me gustas un huevo y me estoy volviendo más loca que *la* Lola en la canción esa en la que quema Madrid.

—*Para olvidarme de ti*.

—¿Eh?

—La canción. Se llama así. Todo en mayúsculas —la jugadora se rio adorablemente—. De ese disco, me gusta *Slowmotion*. Aunque *Ultravioleta*… No, no, mejor…

Pasó de dejarla que le nombrase toda la discografía de Lola Índigo y le comió la boca con

todas sus ganas. Demasiado se había contenido para el ansia que le estaban generando los labios de Eva. No pudo parar de mirárselos mientras hablaban y ya no quería dejar de besarlos. Así que, le agarró la cara con ambas manos para que no se le escapase y le mordió el inferior, antes de volver a atraparlo entre los suyos.

***

—Hacemos un equipazo —Claudia alzó la mano—. ¡Choca! No me dejes colgando.

—Ah —Carla obedeció, desconcertada—. Me alegro de que lo hayan solucionado.

—Tu hermana se come a Eva y nosotras muertas de hambre —la bailarina no dio la sensación de estar eufórica—. ¿Abrimos ya? No tiene pinta de que vayan a seguir hablando.

—Quiero mi hamburguesa —protestó Max—. Vamos a sacarlas, por favor. Que se vayan a la cama luego.

La que no pareció demasiado contenta fue Cloe. Probablemente, porque corrieron la puerta del balcón cuando sus manos discurrían por la región femoral de Eva y las de la chica paseaban por su línea semilunar. Su hermana mayor las retiró de inmediato y se colocó recta en la silla.

—Os habéis cansado de la bromita muy pronto, ¿no? —la segunda entrenadora se cruzó de piernas con arrogancia.

—Y vosotras lo habéis solucionado más pronto todavía —replicó Claudia con tono socarrón—. Ni que os tuvieseis ganas.

—Comida —recordó Max lacónicamente.

—Que sí, que ya comemos —la bailarina puso las órbitas oculares en blanco—. ¿Te han dado envidia estas dos o qué?

—Se enfría —el muchacho se encogió de hombros—. Las hamburguesas frías no molan.

Mientras ambas discutían sobre lo que suponía ingerir alimentos a baja temperatura, un ápice de orgullo invadió a Carla al ver a Cloe sonreír. Claudia estaba en lo cierto y hacían un equipo realmente bueno. Habían tramado el plan de reunirlas y encerrarlas a medias. En un principio, su convicción en el éxito del mismo era débil, pero le había probado lo contrario y, por fin, parecía que iban a librarse del hartazgo que era la discordia entre su hermana y Eva.

El único pesar que tenía era que no pudo conversar mucho con Claudia. La chica quiso que todo saliese a la perfección y se pasó la semana entera escribiéndole sobre el tema. *Aún existe la posibilidad de hacerlo hoy. Es probable que la pareja se ausente al terminar de almorzar y Max… No coincidimos demasiado en las tardes. No importa. Le puedo pedir a ella que me acompañe a mi habitación y podemos conversar sobre… lo que ocurrió. Quizás, esperaba algo o desea que suceda de nuevo. ¿Me opondría en tal caso?*

—¿Qué te pasa? —Cloe captó su atención con un toque suave en la rodilla—. No estarás pensando en tu ADN y tus genes, ¿no?

—No. Me he dejado la investigación en el laboratorio, si es a lo que estás haciendo

alusión —ella le sonrió levemente—. Es… otro tema. No tiene importancia.

—Eres mi hermana pequeña. Para mí, todo lo tuyo la tiene. ¿Quieres…? ¿Me acompañas a la cocina? Creo que necesitamos agua.

La menor le agradeció la excusa y asintió. El camino por el pasillo se le hizo infinito, pero exhaló aliviada cuando la mayor alcanzó la encimera y se apoyó en ella, esperando a que comenzase a hablar. No sabía cuándo pasó y se le hizo extraño al principio por el tiempo perdido. Sin embargo, volvían a tener ese vínculo familiar que las había unido en momentos difíciles. Carla era capaz de hacer que Cloe se abriese emocionalmente y ambas le contaban sus turbaciones a la otra en busca de ayuda sororal.

—Me inquieta Claudia —le confesó al instante.

—A mí, me inquietan más los críos y los señoros, pero continúa.

—No la comprendo —comentó ella ignorando el intento de ser hilarante—. El fin de semana pasado, precisaba comunicarse conmigo con urgencia sobre… nuestro encuentro sexual. No obstante, desde que le expliqué que me era imposible recordarlo, ni lo ha vuelto a mencionar —suspiró.

—A lo mejor, cree que tú piensas que fue un error o un rollo de borrachera y no quiere decirte nada por si te molesta —la mayor frunció el ceño, pensativa—. A ver… Si me molases y con lo que insistes en ser «hetero» —representó las comillas con los dedos—, yo tampoco tocaría tema. ¿Por qué no le dices tú algo? Que no te acuerdas, pero te gustaría o que deseas probarlo sobria.

—No deseo… —su cerebro la detuvo antes de que mintiese, pues no tenía motivos—. Es una situación complicada y no pretendo hacerle daño a Claudia. Debo solventar unos asuntos antes de cuestionarme nada. Aun así, es difícil en estos momentos.

—¿Por qué? ¿Qué te impide decirle que te gusta si pretendes estar con ella, de verdad? Igual, no soy la más indicada para dar consejos sobre esto, pero no seas yo, no pierdas el tiempo negándote lo evidente.

—No tengo intención de refutarlo. Sin embargo, necesito reagrupar mis propios sentimientos y pensamientos primero. Mi impasse se basa en que, en Boston…

Le fue imposible, por segunda vez, contarle los detalles de su dilema mental porque llamaron al timbre y la mayor se ofreció a abrir. La siguió unos cuantos pasos por detrás y se detuvo en la entrada del pasillo, a la expectativa.

—Emm… ¿hola? —saludó Cloe, extremadamente confusa.

—*Hi!* —conocía esa voz y le paró el corazón—. Soy prometido a Carla.

—¿Qué? —la segunda entrenadora pestañeó atónita.

—Yo prometido de Carla —le repitió el hombre muy despacio—. *Her fiancée*.

Su acento americano era inconfundible y la científica notó la piloerección avanzando por cada centímetro de su piel. *No, por favor. No es el momento más oportuno*. Su última esperanza detonó al contemplarlo cruzar el umbral de la puerta tras su hermana.

—Carla, aquí hay un tío que dice que es tu prometido —Cloe lo señaló, aún aturdida.

—¡Carla! —exclamó él, exultante.

—Oh, *fuck* —soltó ella.

Capítulo 22: Follaje: a Argentina de viaje

Claudia observó a Carla hablando con el recién llegado. El hombre era castaño claro y juraría que con los ojos azules, pero no lo veía bien. Claros eran seguro. Además, debía medir un metro ochenta y tantos, por lo menos, y estaba más fuerte que el vinagre. Sin embargo, a la bailarina solo le preocupaba la cara de tensión que tenía la científica. No parecía que le agradase la visita. Por suerte, Cloe volvió al balcón para aclararle todas sus dudas.

—¿Quién es el guaperas? —le preguntó Eva.

—El prometido de Carla —la segunda entrenadora negó con la cabeza—. No sé de dónde ha salido ni la movida que se traen, pero estoy flipando.

—¿Tu hermana se va a casar con *esi mozu* que *ta curiosísimo*? ¡Yo por él cuchaba en chancles!

—Si no se lo queda ella, me lo quedo yo. Nunca he visto a nadie que le haga tan buen culo los pantalones de pinza —la castaña juntó las manos como si rezase—. Señor, gracias por crear gente así de carne y hueso, que parecen dioses del Olimpo. Con él, sí que comería manzanas prohibidas…

Cloe la miró elevando una ceja, no muy contenta con su comentario. A decir verdad, Claudia tampoco lo estaba. No tenía nada que hacer contra aquel «dios del Olimpo» y, menos, si ya estaba prometido a Carla. *He llegado muy tarde, pero se acostó conmigo. ¡Hostia puta! ¡Le ha puesto los cuernos!*

—Tú estás más buena —su amiga le dio una palmadita en el muslo a la mayor—. Él puede ser… Poseidón, pero tú eres Zeus. Diosa de los dioses.

—Con la cantidad de diosas que hay, ¿me comparas con un señor barbudo con mala *follá* que se transformaba en animales para violar muchachas? —Cloe la observó con cara de pocos amigos—. Me siento hasta ofendida.

—Ya ves tú. Están Artemisa, que era muy sáfica y *guapina*, o Afrodita, rubia y sexy, aunque con la misma mala leche —señaló el chaval—. Cualquiera le pega más que Zeus. Además, al novio de Carla diría que Apolo, que era el rubito perfecto.

—Max, cállate. No me ayudas —Eva lo miró mal—. ¿Entendéis que yo no soy de Humanidades ni mitología? Solo sé de esa gente por las pelis y, básicamente, me gustan las de magia… con magos, brujas y troles en las mazmorras —se dirigió a la sub entrenadora—. ¿Te viene mejor ser una diosa nórdica? Me da que son muy potentes. Y, si no, puedes ser lo que te dé la gana, rubia. Si tuviese que elegir entre tú y él, te escogía de cabeza. Estás más buena, eres más guapa, más alta no, pero seguro que follas mejor.

La jugadora continuó unos minutos extra halagando a la mayor mientras ella se echaba en la silla, divertida cuanto menos. Claudia no lo estaba pasando tan bien y ni siquiera le hizo gracia el intento de su amiga por salir del lío en el que se había metido. La bailarina estaba a punto de colapsar mentalmente porque Carla seguía hablando con el hombre. No se habían tocado, pero él le sonreía de vez en cuando. *No le debe de estar contando lo nuestro… Claro, porque no existe nada entre nosotras. Ahora que estaba consiguiendo avanzar con ella…* Casi se levantó y se

marchó cuando los vio caminar hacia donde estaba.

—Me veo en la obligación de presentar formalmente a James, mi novio —la doctora evitó mirarla—. *They are my older sister,* Cloe*, and her friends,* Eva, Max, Claudia.

Su inglés no era buenísimo, pero sabía que le había dicho a su «novio» que era amiga de Cloe. *Pues la amiga de tu hermana te lo hizo hace dos noches mal contadas*. En una frase, consiguió enfadarla. Quería salir de allí, pero iba a dar mucho el cante y se mantuvo sentada con la vista fija en el edificio de enfrente. Aun así, estuvo pendiente de la conversación con el americano que, al parecer, era médico de trasplantes en el hospital de Boston donde había trabajado la científica. *Estupendo. Más puntos a su favor para ser el marido perfecto*.

—Es buen prometido, ¿eh? —intervino Claudia sin disimular su molestia.

—Técnicamente, no. Es cierto que hizo la proposición pertinente, pero recibí la llamada que me informaba de la muerte de mi abuela antes de darle una respuesta —explicó Carla—. Es un asunto por tratar.

El prometido no-prometido sonrió cuando lo miraron. Su español tenía que ser tan limitado que no se estaba enterando de un pijo. Se preguntó si, por eso, la investigadora hablaba como si se hubiese tragado un ensayo universitario, para que no la entendiese. Probablemente, sería igual de correcta en todos los idiomas. *¿No dijo Cloe que hablaba un chorro? Cinco o seis, por lo menos. ¿Por qué me estoy preocupando de eso ahora? Tengo a un tiarrón, con el que se puede casar, justo enfrente. Qué ojazos tiene… Sus bebés van a ser preciosos. ¿Querrá hijos? ¿Qué más da? Serán con James, en todo caso*.

—Lo vas a fundir con los ojos —le susurró Eva al oído—. Deja de mirarlo así.

—Sácame de aquí, por favor —le suplicó ella.

—Deberíamos irnos —su amiga actuó enseguida—. Tengo que verme el *reality* para mañana y se me hace tarde.

—¿Ya? ¿No lo puedes ver luego? —Max hizo un puchero.

—Tiene cosas que preparar, enano —Cloe salió en su ayuda también—. ¿Nos vamos tú y yo por ahí? Así, dejamos a Carla hablando con su… James.

—¿Me llevas a los recreativos que hay donde el cine? —el chaval se entusiasmó.

—¡Venga! Recogemos esto y…

—Permíteme hacerlo a mí —la menor de las Álvarez miró a su hermana—. Podéis retiraros.

—Genial. Vámonos —la mayor pareció pillar una indirecta que nadie más captó—. Todo el mundo a la calle, que hace un día estupendo.

Claudia no lo pensó dos veces. Se levantó y caminó con decisión hacia la puerta. No quiso ni mirar atrás. Respiró tranquila cuando estuvo fuera de aquel piso que parecía haberse encogido, pero no se detuvo hasta llegar al coche. Ni siquiera había sido consciente de cómo le hervía la sangre. *Te lo has buscado tú solita. ¿Por qué te metes con heteros? Ahora, te quedas jodida y no agradecida. Eres un desliz, solo eso*.

—Madre mía, la telenovela se complica —bromeó Eva llegando junto a ella—. Con lo bien que estábamos.

—James se ve majo —comentó Max, ajeno a todo—. Y es médico como ella. Eso mola.

—Bicho, ¿por qué no vas tirando a por el coche? —Cloe le dio las llaves—. Tengo que decirle una cosilla a Eva.

—Soy mayor para ver cómo la besas, eh. ¿Por qué seguís pensando que soy un *guaje*? —protestó él.

—Es la altura —le respondió la mayor—. Y que te llevo catorce años. Anda, tira. Ahora te alcanzo.

El chico se fue refunfuñando como un adolescente mosqueado y ni siquiera eso consiguió hacer reír a Claudia. En otra ocasión, se estaría partiendo de risa al verlo. La sub entrenadora esperó a que estuviese lo suficientemente lejos para dirigirse a ella:

—No parece que sienta nada por él. No te preocupes.

—Da igual lo que sienta, si se va a casar con él —saltó la bailarina, pagando su enfado con quien no debía—. Además, no me apetece hablar del tema.

—Vale, vale. No me pegues —Cloe levantó las manos en señal de rendición, antes de tocarle el brazo a Eva—. Nos vemos…

—Mañana —terminó la castaña—. Para el podcast.

—Eso. Avisad cuando lleguéis o… ¿os venís a los recreativos?

—Mejor volvemos a casa —le respondió su amiga tras mirarla brevemente—. No está el horno para bollos.

—Ya veo… Tened cuidado en la carretera.

Cloe se marchó sin más, cosa que agradeció. No quería saber nada de Carla, ni de James, ni de nadie. Estaba deseando irse a su cuarto, tirarse en la cama y no salir en un mes. *Puta vida, tío. Si lo sé, me voy a recorrer el mundo mientras me avisan para otro tour. Con lo bien que estaría yo en una playa tailandesa, tostándome al sol y sin pensar en tías buenas heteroconfusas que tienen prometidos guapos y vidas ideales en Boston. Claudia, no. ¿Sabes qué? Que te quiten lo bailao… y lo follao de paso*. No superaba que la científica, con lo correcta que era siempre, le hubiese sido infiel a su novio americano, por muy borracha que estuviese. *¿Cómo no se está volviendo loca? No se la ve ni arrepentida… Está mal de la cabeza. Yo me sentiría fatal. Pobre chaval…*

Al llegar a casa, se echó en el sofá porque decidieron ver una película estúpida para entretener a su cerebro. Eva la dejó un segundo para ir a cocinar palomitas y cometió el error de meterse en Instagram. Por un segundo, dudó de si hacer lo que estaba pensando. Sin embargo, no se pudo contener y acabó pulsando en el perfil de Carla. Desde allí, seguro que tenía acceso al de James. Era buena para esas cosas y no tardó en encontrarlo revisando la escasa lista de seguidores de la doctora. Por suerte para su paz mental, su amiga regresó antes de que viese nada.

El hombre siguió en el fondo de sus pensamientos mientras la película de risa avanzaba. Era una chorrada que le hubiese hecho gracia, pero no estaba de humor. Su enfado no la abandonaba y estaba perdiendo la cabeza. *¿Por qué se acostó conmigo? ¿Estaba tan borracha? Quizás, quería hacerlo de verdad… Tiene novio, joder. Aun así, no tengo derecho a estar cabreada. Me dijo que era hetero y yo seguí insistiendo. Tendría que haberlo dejado estar y fijarme en otra. Claudia, si no te dicen que les gustan las mujeres, ni lo intentes o te comes una hostia como una puta catedral. Esto me pasa por enamoradiza*.

—Ni un solo comentario en hora y media —Eva la miró durante los créditos—. ¿Quieres hablar?

—Me siento engañada, estúpida, y es mi culpa —le soltó con un suspiro—. ¿Cuántas veces ha dicho que era hetero?

—Muchas. Parecía un disco rayado, pero se lio contigo igualmente. Es ella la que tiene novio y lo ha ocultado. Tú eres libre de tirarte a quien quieras.

—Pero estaba borracha y me lo creí cuando me dijo que no.

—No te tortures con eso. ¿Cómo ibas a saber que no se acordaría? Además, ¿quién te dice que no es una excusa para no admitir que le gustó y que no es tan hetero? —su amiga negó con la cabeza—. Si Cloe dice que no quiere a James, ella que la conoce mejor, puede que fuese a dejarlo y se tuviese que venir a España antes.

—No sé, tía —la rubia no estaba segura—. No me apetece comerme la cabeza con eso.

—Clau, era ella la que tenía que haber dicho que tiene novio, sea cual sea la historia que tengan.

Por más que lo intentó la jugadora, no consiguió quitarle el cabreo. Incluso estaba molesta consigo misma por haber caído tanto. Lo peor era que iba a seguir viéndola hasta en la sopa y no solo si salía, sino en sus pensamientos. *Pero si no nos encontramos en persona, es más fácil olvidarla. ¿Cómo hago eso? Porque es la hermana de Cloe, que está con mi mejor amiga y vendrá a todas las discotecas. Paso de quedarme en casa por una tía. Ya me las arreglaré.*

Mientras Eva se duchaba, no pudo evitar continuar con lo que estaba haciendo antes de la película y entró en el perfil de James. Estaba buscando una foto de él con Carla, pero era todo un profesional. Lo vio con su pijama de cirujano y su mascarilla, unas cuantas imágenes con otros médicos en convenciones y una con un perro. *¿Será suyo? No veo yo a Carlita siendo muy fan de eso, eh*.

Casi le dio un infarto. El doctor perfecto no era fachada y se dio cuenta al pinchar en una publicación muy llamativa. Básicamente, estaba semidesnudo. Tardó un segundo en pulsar y ampliarla para ver de qué iba.



¿Calendario solidario? Lo que me faltaba, tío. Encima de estar petado y ser guapo, es buena gente. Yo así no puedo. Tengo que olvidarme del tema porque no hay nada que hacer contra el doctor sexy del año. Si parece que se ha escapado de Anatomía de Grey. ¡Maldito seas, James!

—¿Qué te pasa? —su amiga la pilló dando golpes a mano abierta contra el colchón.

—¿Qué me pasa? ¿Que qué me pasa? —Claudia se levantó y caminó hacia ella—. Que me voy a Argentina a decirle a Lali que termine el disco pronto. No aguanto más. Necesito irme de gira por el puto mundo, menos a Boston. Boston ni pisarlo —la cogió por las solapas del pijama y la zarandeó—. ¿Por qué me tenían que gustar las tías? ¿Por qué? ¡Estáis todas locas!

—Pero ¿qué te bicho te ha picado? —Eva se la quitó de encima.

—Bicho no, mostrenco… de metro ochenta y siete. Que, hasta yo, dudo de mi sexualidad al verlo. ¡Es que me lo tiraba y soy bollera! ¡Bollera!

—¿Tú no te has visto con esos bikinis tanga que te pones? Que estás muy buena… —la

castaña miró al cielo como fantaseando—. ¡No! No me hagas pensar cosas sucias contigo, que eres mi amiga.

—¿Qué…? ¡Ew! Tía…

—Era por animarte, joder. Si a mí, ahora, me gustan las rubias oscuras o castañas claras… no tú, más altas.

—Que yo no soy Cloe, eh.

—Ya me he dado cuenta y yo estoy muy satisfecha. De hecho, tengo una marca de la última vez, que no se me quita, en… —la jugadora empezó a bajarse el pantalón.

—¡No quiero verlo! —la bailarina la detuvo justo a tiempo—. Guárdate eso para tu novia.

—No es mi novia —su amiga se encogió de hombros.

—¿Cómo que no? —se extrañó ella.

—No hemos hablado de eso, pero da igual. Ya lo haremos. Estamos con tu problema. Sigo pensando que tú le molas más a Carla. Con James, no le cabía ni un alfiler por el culo de la tensión… —Eva negó con la cabeza decepcionada—. Pregúntale a ella directamente. Así te quitas de rollos.

—No. Paso. No me interesa nada de Carla. No le gustan las mujeres y yo soy una tía —Claudia se plantó con determinación—. No quiero problemas. Fue divertido mientras duró, pero ya está. Me voy a olvidar de ella para siempre y buscarme una novia decente. Bollera, si puede ser.

***

Se despertó contenta. A pesar de que su amiga lo estuviese pasando mal, no pudo evitarlo. *Le gusto a Cloe. Un huevo.* Sacudió la cabeza al ver en el espejo la sonrisa de imbécil que había puesto. Por suerte, Claudia apareció en la cocina como siempre, medio desnuda y con los calcetines hasta las rodillas. Eso sí, eran grises con nubes llorando lluvia. *Muy apropiados.…*

—¿Qué tal la noche? —le preguntó.

—Mal. No he pegado ojo pensando en lo buena que está Carla, lo bueno que está James y lo buenos que van a estar sus hijos —suspiró la rubia.

—No veo a Carla siendo madre —Eva hizo una mueca de disgusto—. Qué turbio todo.

—Hasta yo quiero niños con él —dijo la bailarina derrotada—. ¿Tú lo has visto?

—Mhm. De cerca, y sigo prefiriéndote a ti. En realidad, me gusta Cloe. Pero, entre el Capitán América de Boston y tú, ganas tú de una —la jugadora la miró fijamente—. Los señoros musculosos están sobrevalorados, las tías que tenéis la línea esa aquí —le señaló un oblicuo—, sois infinitamente más sexy. Te apuesto lo que quieras a que la doctora de hielo preferiría chuparte los abdominales a ti. Palabra de bisexual.

No pareció convencerla ni por esas. Aun así, tuvo que dejarla sola para ir a grabar el

podcast. *Espero que se encuentre bien*.

La que estaba genial era Cloe. *Se ve que la primavera la sangre altera, pero ella también*. La rubia perdiendo ropa conforme aumentaban las temperaturas la calentaba tanto que ni el sol. Hasta le daba igual no haber hablado sobre ser novias. *¿Por qué le quedan tan de puta madre los crop tops? Porque se puede poner un saco de patatas en la cabeza y romperse de lo buena que está. Me va a venir la regla pronto porque esto no es normal. Qué revolución de hormonas, niña.*

—Buenos días —la saludó la mayor, sonriendo—. ¿Qué tal? ¿Cómo está Clau?

—Triste, dramática, con el corazón roto… —ella se encogió de hombros—. ¿Qué tal Míster América?

—Parece un anuncio de pasta dental blanqueante, pero no los he oído follar.

—¿En serio? —Eva se alegró levemente.

—Mhm. James ha dormido en el sofá y Max conmigo. Me había olvidado de lo que se mueve el enano —se rio la rubia—. Creo que tengo moratones hasta en el carné de identidad de las patadas que me ha metido.

—Seguro que a Clau le gusta esta información. Lo del sofá, no lo de tus heridas de guerra nocturna. ¿Has hablado con Carla sobre la movida del prometido?

—Poco, pero él está enamoradísimo y ella no. Mi hermana está más pillada por Claudia que por el doctor guaperas. No tengo ni idea de qué ha pasado entre ellos.

—Pues Claudia está a punto de marcarse un tú —la jugadora negó con la cabeza—. Dice que se quiere pirar. Las rubias que huyen por una tía tiene que ser el comienzo de un chiste malo, fijo.

—Me lo merezco —la mayor rodó los ojos—. ¿A dónde va?

—Argentina, a decirle a Lali que se dé prisa —se rio Eva—. Creo que era broma, pero quién sabe.

Estaba segura de que su amiga cambiaría de idea en cuanto le contase lo que había descubierto sobre la relación de la científica con su novio, si es que aún lo era. Sin embargo, antes tenía que grabar el podcast. Para ir adelantando la alegría de la bailarina, le envió un mensaje contándole que había problemas en el paraíso médico.

Sus hormonas la hicieron olvidarse de las demás y aferrarse al filo de la mesa para no hacer una locura y tirarse a Cloe mientras hablaba sobre Rodri y el drama que se formó en el *reality* porque el surfero californiano no era su único pretendiente. Probablemente, la rubia le daba a posta en la pierna con la rodilla, para ponerla nerviosa. Y lo estaba consiguiendo.

Le costó muchísimo concentrarse, pero consiguió terminar la grabación a salvo. Tenía el útero en ebullición y no podía hacer nada porque la productora y la chica de sonido seguían allí. Solo deseaba subir a la segunda entrenadora a la mesa y comérsela. La mayor le puso la mano en el muslo para que dejase de mover la pierna. *Son los nervios. Déjame. Me voy a volver Spiderwoman y trepar por las paredes.…*

—¿Estás bien? —le preguntó Cloe con la voz más grave de lo normal.

—No, y tú tienes la culpa —le soltó sin pensar.

—Cuando te pones así, parece que estás suplicándome que te folle —le susurró la mayor.

El aliento en su oreja fue la gota que colmó su calentó y se derramó en sus bragas. *Novia o no, puede hacerme lo que quiera. ¿Cómo consigo salir de aquí con ella? ¡A la de ya!*

—Oye, he venido andando. ¿Me acercas a casa? —Cloe era más lista o lo tenía todo planeado—. Si no te importa, claro.

—¡No! No, para nada. ¿Nos vamos o…?

—¿No recoges tus cosas? —la rubia parecía divertida.

—Sí, mi portátil —asintió la menor sin nada en mente—. Dame un minuto.

—Te espero fuera, preciosa —la segunda entrenadora le guiñó un ojo antes de echar a andar—. Date prisa. Hace calor… en la calle.

¡Hace calor en todas partes! En todo mi cuerpo… Llegó de milagro al coche sin ponerle ni un dedo encima. Ni siquiera disimuló cuando empezó a caminar tras ella para mirarle el culo descaradamente. No se aguantó más cuando se montaron en el vehículo y tiró del filo de su top para acercarla y besarla. Cloe se rio al separarse para respirar.

—Tu coche es muy pequeño. Mi piso está cerca —la rubia elevó las cejas—. Carla se ha ido a enseñarle la ciudad a James y Max no está…

No tuvo que decirle nada. Arrancó y condujo de inmediato. La sub entrenadora no la dejó enfriarse y le puso una mano en la rodilla, que no se quedó allí. Estuvo a punto de parar el coche cuando avanzó por debajo de su camiseta y le rozó levemente el abdomen. Al irse con Claudia el día anterior, se había quedado con las ganas de acostarse con la rubia de sus sueños. Sin embargo, ahora, tenía la oportunidad de redimirse.

El piso de las Álvarez estaba en la segunda planta solo, pero se le hizo infinito el viaje en ascensor. Cloe apoyó las dos manos en la barandilla y se echó hacia atrás, de tal forma que parecía flexionar sus abdominales. Le encantaba esas dos líneas que los enmarcaban y se perdían en sus pantalones. *En cuanto entremos, se las chupo*. No obstante, tuvo que esperar unos segundos mientras la mayor cerraba la puerta. *¿Este cuadro estaba aquí ayer?* No recordaba si lo había visto en el pasillo de entrada y se quedó mirándolo. El clic de la cerradura la devolvió a la realidad y tardó un segundo en girarse para empotrarla contra la madera.

—¿Me vas a follar ya o tengo que esperar otro año? —el tono de ruego caló la voz de Eva.

Cloe le contestó con el cuerpo, empujándola hasta pegarla a la pared de enfrente. La rubia sonrió con picardía antes de lanzarse a por sus labios. La lengua que invadió su boca le nubló todos los sentidos, pero estaba lo suficientemente lúcida como para llevar las manos a su culo. Aun así, la mayor las obligó a quitarlas para poder sacarle la camiseta. Volvió a colocarlas en el mismo lugar cuando se entretuvo besándole el cuello y descendió muy lentamente hasta su pecho. La sub entrenadora le agarró la teta que no estaba mordiendo y le arrancó el primer

gemido del día.

En un minuto, la tuvo recorriendo su vientre con la boca hasta que se arrodilló ante ella. Le desabrochó los pantalones despacio mirándola fijamente y volvió a ponerse de pie cuando la vio tragar saliva. La sonrisa de Cloe le dio un escalofrío, aunque no supiese distinguir si era de pura maldad o de satisfacción por tenerla tan nerviosa. La mayor la cogió por el cuello, sin apretar y descendió tortuosamente lento, presionando las uñas contra su piel hasta que pudo insertar los dedos en sus bragas.

—Mmm —murmuró la rubia mirándola de arriba abajo con lujuria.

—¿Qué? —preguntó Eva entrando en pánico.

—Me encanta lo cachonda que te pones con un par de roces tontos —Cloe se le acercó para susurrarle en el oído—. Pero más me va a gustar verte correrte en segundos.

—No me voy…

Las palabras se le atragantaron cuando notó los dedos rozándole el clítoris y mandando una descarga eléctrica inesperada por toda su columna vertebral. *¿Por qué siempre tiene que llevar la razón?*

—Te odio mucho —prácticamente, le gimió.

—Ódiame lo que quieras, pero te voy a follar igual.

La segunda entrenadora la aprisionó contra la pared y empezó a mover los dedos a un ritmo constante. Tomó su mandíbula con la mano libre y la obligó a elevar la cara para darle acceso a su garganta. Cloe la recorrió con la lengua pausadamente hasta llegar a su barbilla. Sin embargo, prefirió concentrarse después en la base de su cuello. Tras un ligero mordisco que acompañó introduciendo dos dedos en ella, besó el punto exacto en el que se había detenido. El contraste entre la fuerza con la que la penetraba y la delicadeza de sus labios acariciándole la garganta, volvieron a Eva demente y no supo a lo que aferrarse. Aun así, los abdominales de la rubia le parecieron un buen lugar y estaba segura de que los arañó sin querer. *Si vamos a hacerlo a menudo otra vez, no debería dejarme las uñas tan largas*. El pulgar de la mayor, encontrando su clítoris por sorpresa, la hizo olvidarse de todos sus pensamientos. Cerró los ojos en cuanto los movimientos de la sub entrenadora se volvieron muy rápidos.

—Cloe —jadeó su nombre a duras penas—, más fuerte, por fa…

La alta la obligó a callarse atrapando su boca con brusquedad y metiéndole los dedos con energía. El dolor que le causó al morderle el labio inferior, con todas sus ganas, se mezcló con el placer y casi consiguió que llegase al orgasmo. Lo que sí lo hizo fue el ritmo imparable al que la penetró mientras rasgaba la piel de su hombro con los dientes y le agarraba un pecho por debajo del sujetador. Definitivamente, había echado de menos estar atrapada contra la pared sin poder moverse por la presión del cuerpo de Cloe.

—Te he hecho sangre —la mayor le pasó el pulgar por el labio.

—Da igual —suspiró ella con una sonrisa—. Ahora, te hago yo a ti y estamos en paz.

Eva avanzó con la intención de comérsela, pero se vio frenada por unas manos en sus

hombros.

—Vamos a mi cuarto —le dijo Cloe—. Follar en el pasillo es muy divertido, pero estamos tentando a la suerte.

La castaña ni lo pensó. La agarró por la muñeca y tiró de ella hasta la habitación. Sin embargo, fue la rubia la que la empujó a la cama. Esperó unos segundos a que se le pusiese encima o hiciese algo, pero la chica solo la contempló. Al menos, se la estaba comiendo con los ojos.

—¿Hola? —la jugadora movió la mano intentando sacarla de su mundo.

—¿Te he dicho lo buena que estás? —le preguntó la segunda entrenadora frunciendo el ceño.

—Mmm… ¿no? No sé. Normalmente, te lo digo yo a ti —se rio ella.

—Muy mal por mi parte —negó Cloe seria—. Esos muslos me están llamando para que les haga doscientos chupetones, pero dame un segundo —se giró para salir.

—¿Dónde vas?

—A la cocina.

—Pero vuelves, ¿no?

—Sí, tranquila. Solo voy a por agua. ¿Quieres algo?

—Comerte el coño —le soltó Eva—, si puede ser, vaya.

—Ahora vengo.

La rubia se marchó riéndose y la dejó muy desconcertada. *Más vale que vuelva de verdad o la mato*. Respiró tranquila al verla entrar con una botella, que dejó en su mesita antes de acompañarla en la cama. *¡Por fin es mi turno! Me la voy a comer enterita*. Estaba deseando de hacerle de todo. Sin embargo, cuando se le sentó encima a horcajadas, Cloe les dio la vuelta y comenzó a besarla. *Supongo que, primero, hay segunda ronda para mí. No me voy a quejar*.

Capítulo 23: Cuatro besos y una noticia

Se despertó alarmada por culpa de su móvil y se tiró de la cama para cogerlo. Pilló la camiseta de la silla y salió de la habitación respondiendo la llamada:

—Buenos días, Alma —bostezó lo más silenciosamente que pudo.

—Buenos días, Cloe. ¿Te he despertado?

—Un poquito. Normalmente, me levanto media hora antes de ir —se rio ella entrando en la cocina—. ¿Qué pasa? No son ni las ocho.

—Tengo que ir a una reunión con los directivos. Me acaban de avisar —la mujer suspiró cansada—. ¿Te importa recoger a las niñas y llevarlas al gimnasio antes del entrenamiento?

—Sí, claro. Yo lo hago. No te preocupes.

—Gracias, Cloe. Te dejo. No vaya a ser que, encima, me echen la bronca por llegar tarde. Ya te contaré cuando vuelva.

La entrenadora colgó y la dejó cuestionándose qué querrían los señoros. Por experiencia, sabía que sería una chorrada o hacer cambio de patrocinadores. *Nunca son felicitaciones. Con lo que curramos para que se lleven ellos la pasta…* No le quedó más remedio que ahogar su curiosidad en tareas cotidianas. Tenía que preparar el desayuno antes de recoger al resto de las *Titans*, las que no estaban durmiendo en su cama precisamente.

Ni siquiera le pareció extraño despertarse junto a una Eva semidesnuda, como había temido en tantas ocasiones. Podría acostumbrarse a eso en un abrir y cerrar de ojos. También entendía que la jugadora estuviese cansada después de tirarse toda la tarde gritando su nombre y gimiéndole en la oreja. Por suerte, Carla regresó discutiendo con su *American Dream* cuando ella le estaba dando un descanso a Eva y no le dijo nada sobre la visita que se quedó a dormir.

Parece que ya se ha levantado, Miss Boston. ¿Querrá tortitas también? Nunca la he visto comer por la mañana. Se toma un café y se va… Bueno, más para Eva. A decir verdad, solo estaba cocinando para la castaña porque ella tampoco desayunaba demasiado, pero se sentía responsable de la chica y de que tuviese energía para entrenar. A eso, también se podría acostumbrar. *Total, ya lo hacía cuando era la capitana de las Titans y vivíamos juntas. Al final, lo voy a echar de menos. Hasta a Cora y sus estúpidos vasos de leche a las seis de la mañana cuando no podía dormir pensando en Lucía. Maldita pitufa…*

Carla se tomó su tiempo en llegar a la cocina, pero Cloe se ocupó en emplatar las tortitas y ni se dio cuenta. Por eso, se llevó un susto de muerte cuando notó unos dedos apartándole el pelo de los hombros. Su corazón quiso salírsele del pecho latiendo a toda prisa. Sin embargo, lo atribuyó a los labios que le besaron el lateral del cuello, justo debajo de la mandíbula. Definitivamente, las manos que se colaron por debajo de la escasa ropa que llevaba no eran de su hermana.

—Esta camiseta es mía, rubia —la suave risa de Eva le hizo cosquillas en la oreja—. Y no deberías ir en bragas, le vayas a dar un infarto al doctor macizo con este culo que tienes.

Después de la palmada que le dio la chica en un cachete, se giró para verla y le sonrió

satisfecha. En otras circunstancias, ya se lo estaría haciendo en la encimera. Además, Eva solo llevaba los pantalones y el sujetador, lo que le pareció una provocación en toda regla. Sin embargo, tenía obligaciones de sub entrenadora que se lo impidieron. Aun así, se quitó la camiseta y se la dio.

—Ponte eso y siéntate —le ordenó—. Voy a vestirme… con mi ropa. Más te vale estar comiendo para cuando vuelva —dijo poniendo las tortitas en la mesa.

—¡Jo! Yo quería comerte a ti —Eva hizo un puchero.

—Mhm. Ahora vuelvo.

Si esto fuese una peli de miedo, ya me hubiesen matado. Por rubia, por follar y por decirle eso, se rio de camino a su cuarto. No tardó ni dos minutos en ponerse algo y regresar junto a la menor, que estaba devorando el desayuno, igual que si no hubiese comido en una semana. Echaba de menos que alguien engullese lo que preparaba con tanto apetito y se quedó mirándola desde la puerta hasta que se dio cuenta.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —le preguntó la mayor yendo a prepararse un té.

—Casi me caigo de tu cama intentando buscarte medio dormida —le respondió la castaña con la boca llena—. Pensaba que te habías largado.

—Qué manía… —ella rodó los ojos—. Me ha llamado Alma y no quería despertarte. Además, ¿a dónde voy a ir? Es mi piso.

—Estás tú que me acuerdo de quién es la casa a las ocho de la mañana —Eva se encogió de hombros—. ¿Qué quería Alma?

—Tiene una reunión y me ha encargado recoger al resto para llevarlas al gimnasio. Así que te dejaré en tu casa y me iré para allá.

—No hace falta que me lleves, que vas a dar mucha vuelta. Me pillo un taxi o algo.

—No me cuesta trabajo. Ni que te fuese a llevar en brazos —bromeó la rubia—. Además, me da tiempo.

—No me supondría ninguna molestia acercarla —Carla las sobresaltó a las dos—. El hospital está en la misma dirección que su vivienda.

—Que no, de verdad. Que me puedo ir sola —insistió la jugadora—. ¡Oh! ¡Gatito!

Cloe observó a Caos restregarse con su hermana un segundo, antes de darse cuenta de que había captado la atención de Eva. El minino caminó con el rabo tieso hacia la castaña y le saltó encima sin ninguna contemplación. La chica lo acarició con cara de haber visto a la criatura más maravillosa del mundo y él se le sentó en las piernas tan tranquilo, mirando a su dueña.

—Sí, sí, ya te doy de comer —la mayor se levantó a prepararle su cuenco y se lo puso en la mesa—. Qué señorito eres.

—¡No le digas eso! —la riñó Eva—. Eres una cosita muy bonita, ¿verdad? Mira qué educado, comes como los humanos.

—Qué antihigiénico —suspiró Carla—. Yo la traslado a su casa —comentó dirigiéndose

a su hermana—. Es de interés mutuo.

—Ah, entiendo —Cloe asintió comprendiendo su intención de hablarle sobre Claudia—. ¿Qué vas a hacer con el Capitán América?

—Posiblemente, permanezca dormido varias horas. Después, ha convenido con Max ir a una exposición de vehículos antiguos —le explicó la científica—. Cuentan con un Chevrolet Impala de 1967 como el que conducía su padre y desea verlo.

—Dios, qué americano es tu novio —se rio la mayor—. En fin, mejor que esté entretenido. ¿Y el enano? Obviamente, no ha dormido conmigo.

—Se ha valido del sofá cama junto a James.

—¿Te vas a casar con él? —preguntó Eva de repente.

—¡No! —la investigadora se exaltó—. Ya lo hemos discutido apaciblemente. Jamás le di una respuesta a esa cuestión y no me encuentro preparada para ello.

—Pero ¿te gusta, por lo menos? —la castaña le rascó la cabeza a Caos, en su regazo—. ¿Estás enamorada?

—Poseo sentimientos hacia él, en efecto.

—¿Qué tipo de sentimientos? Porque los que yo tengo con tu hermana no son iguales que los que siento por… Claudia o Cora —la jugadora frunció el ceño—. Hay muchos diferentes.

—Están por determinar. Necesito un análisis más exhaustivo.

—Esto va para largo —Cloe se levantó—. Me voy ya a recoger a las *Titans*. No llegues tarde —avisó a Eva, antes de ponerle la mano en el hombro a Carla—. No te pongas a explicarle cómo funciona tu cerebro y las emociones, que os vais a tirar dos horas discutiendo, y no dejes que llegue tarde —insistió.

No le apetecía mucho dejarlas solas, pero no le quedaba más remedio y se marchó ignorando su preocupación. *A lo mejor, de casualidad, hablan de Claudia y Miss Boston despierta de una puñetera vez*. Su suerte fue que las chicas del equipo no le dieron ningún quebradero de cabeza y pudo nadar un rato para eliminar tensiones. Antes de darse cuenta, ya estaban de vuelta en la casa de las *Red Titans,* donde Alma estaba hablando con Eva sobre el embarazo de su esposa.

—¿Qué te han dicho los señoros con dinero? —le preguntó Cloe.

—Se ve que uno de ellos ha leído un artículo online o lo que sea y ha tenido la idea del siglo —la entrenadora rodó los ojos—. Básicamente, si el equipo está contento y unido, rinde mejor, o eso dicen. Como si no estuviésemos unidas… —resopló—. En resumen, tenemos que hacer alguna actividad divertida juntas. ¿Buena noticia? Tarde libre para todas. ¿La mala? La tenéis que pasar conmigo. ¿Qué os apetece hacer?

Después de diez minutos de ideas aleatorias y cada cual más loca que la anterior, decidieron ir a echar un par de partidas de bolos. No era su pasatiempo favorito, pero les vendría bien hacer algo relajado para terminar el día. Lo que no esperaba era que Azu les diese una paliza. La chiquilla era buenísima jugando y se alegró de no salir en la misma pantalla que ella.

—¿Solo te han dicho eso? —la segunda entrenadora no estaba tranquila.

—Sí, me querían para esa chorrada —Alma observó a Roxy lanzar la bola—. Me alegro de que les den un respiro, pero esto se les va a pasar en dos días y otra vez a entrenar sin parar.

—No te preocupes —ella le dio una palmada en la rodilla—. Las chicas saben que no es culpa tuya. Vamos a pasarlo bien, lo que dure, y ya está. Para la próxima, nos las llevamos de fiesta, por si es la última —se rio—. Son un buen equipo y, unas tardes así, no lo van a fastidiar.

—Lo sé. ¿Tú qué tal con Eva?

—¿Qué? —la capitana se giró hacia ambas.

—Nada. No estábamos hablando contigo —Cloe la hizo mirar a las pistas empujándole la mejilla con el dedo y volvió a la conversación —. Todo perfecto, la verdad. Bueno, arreglado, por lo menos.

—Me alegro —la mujer le sonrió—. Tú también eres una *Titan* y me tengo que preocupar por ti.

Lo sabía y se lo agradecía. En ningún sitio, se iba a sentir tan parte de nada como allí. Cada vez, lo tenía más claro. Podría ser malísima jugando a los bolos, pero se lo pasó tan bien con ellas que se le olvidó todo durante unas horas. Las risas de Eva, cuando Belén protestaba porque Azu tiraba la mayoría de los bolos, borraron de su mente que tenía un americano en casa, que se estaba intentando resistir a enamorarse de la castaña y que su vida estaba llena de muertes.

Volvió a la realidad problemática cuando atravesaron la puerta de la sala de entrenamientos. Era tarde y no se iban a poner a practicar, pero le recordó que solo era lunes y ya estaban los directivos dando por saco. Aun así, la capitana le pidió que la llevase a casa porque fue Claudia quien la dejó allí por la mañana y no tenía coche. Iba a pasar un poco de tiempo con ella y eso le gustaba.

—Gracias por traerme —Eva le sonrió al llegar a su puerta—. Si te quieres quedar…

—No creo que a Claudia le apasionen tus gemidos en estos momentos y Carla… no quiero dejarla sola con el percal que tiene.

—Una pena, pero lo entiendo —la menor tiró de su camisa abierta y la acercó—. Nos vemos mañana, entonces.

La jugadora se puso de puntillas y tomó su mejilla mientras la besaba. A Cloe le pareció una eternidad lo que, en realidad, fueron unos segundos. Los suaves labios de Eva envolvieron los suyos con lentitud y le pararon el corazón. Al separarse de ella, notó que le había robado el aliento. Sin embargo, no estaba ardiendo ni quería empotrarla contra lo primero que pillase. Era una sensación muy diferente que le calentó el pecho, sin ningún tipo de obscenidad. La miró confusa hasta que la castaña le sonrió ampliamente.

—Avisa cuando llegues, rubia —la menor entró en casa riéndose.

¿Tener novia se parece a esto? Quizás, no está tan mal. No, Cloe. Acordasteis volver a lo de antes de tu cagada. Si somos follamigas, me vale. No te enamores y lo arruines todo otra vez. A lo mejor, era tarde para eso, pero continuaba resistiéndose a admitirlo. Tan solo llevaba un par

de días bien con Eva y no lo iba a joder tan pronto. Así que, simplemente, le mandó una foto de Caos para confirmarle que había regresado sana y salva. Si le escribía algo, la iba a liar.



Era un poco absurdo, pero se notaba menos triste de lo habitual. *Nos han venido bien los bolos a todas, supongo*. La que estaba estresada a más no poder era Carla. Sin embargo, dejó de molestarla que teclease tan fuerte a la una de la mañana, cuando se quedó dormida. Hasta se levantó como nueva.

—¿Qué pasa, *sis*? —le preguntó la mayor a modo de saludo, al cruzársela en la cocina.

—Claudia es lo único que discurre por mi cerebro desde ayer —le confesó la menor sin miramientos—. Me atrevería a presuponer que me odia.

—No estoy yo tan segura de eso. ¿Has hablado con ella?

—No he recibido respuesta a los mensajes que le envié.

—Ya te contestará. No te agobies.

Conocía perfectamente por lo que estaba pasando su hermana porque era lo mismo que le ocurría a ella cuando Eva se enfadaba. En parte, se lo merecía por no haberle dicho a la bailarina

que tenía novio y acostarse con la chavala, se acordase o no. Sin embargo, intentó animarla. No le gustaba verla tan decaída por algo que tenía una solución muy simple. *Deja a James y dile a Claudia que te mola, que quieres estar con ella. Fácil.*

La menor se marchó con desgana. Al menos, el trabajo la distraería. *Tiene más capacidad que yo para centrarse en sus tareas, eso desde luego. Si fuera por mí, no daba ni una pensando en Eva todo el rato. Y en cómo pedirle disculpas, porque siempre la lío. Espero que la paz dure, esta vez.* Prácticamente, se cagó de miedo pensando que iba a pasar por otra pelea con ella cuando la jugadora le impidió entrar en la sala de entrenamientos al llegar.

—Te parecerá bonito —le dijo frunciendo el ceño—. ¿Has visto lo que me has hecho?

—Contexto, por favor —le pidió a punto de entrar en pánico.

Eva se bajó la camiseta de las *Titans* y le mostró la garganta. Cloe observó los chupetones que tenía sobre cada uno de los lunares en la base de su cuello, junto a las clavículas. Le encantaban aquellos dos puntos en su piel y se había empleado bien con ellos. Ni siquiera pudo evitar sonreír de lo orgullosa que se sentía.

—No te rías —le regañó la jugadora—. Tengo el cuerpo lleno y tú mucha suerte de que la equipación suba tanto. Si no, te mataba.

—¿Por qué? —la mayor se encogió de hombros—. No tiene nada de malo.

—Ah, ¿no? Si me preguntan, ¿les puedo decir que has sido tú?

—Adelante —la tentó la rubia elevando una ceja—. No tengo ningún problema con eso.

—Eres idiota.

La castaña le dio con la mano en el brazo y se fue a su silla para comenzar el entrenamiento. La segunda entrenadora se había pasado un poco de chula porque sí se tensó bastante cuando la capitana estuvo hablando mucho rato con Alma tras el almuerzo. *Como le esté echando la bronca, me va a matar de verdad. Soy mujer muerta*. De repente, ya no se sentía tan satisfecha de haberse ensañado con el cuello de la menor. *No es culpa mía. No me puedo controlar con ella delante. Me la quiero comer enterita*.

Lo peor fue que la entrenadora regresó sola a la práctica de la tarde. No le gustó nada que Eva se quedase en la cocina. Por eso, puso la excusa de ir a llenarse la botella de agua y fue a ver qué había pasado. La encontró pasándose la mano izquierda por el antebrazo como si quisiese borrarse algo.

—¿Qué haces? —dudó la mayor parándose ante ella.

—Me duele y Alma me ha dicho que me eche esto —la castaña señaló la crema sobre la mesa—. Creo que me hice daño ayer, jugando a los bolos.

—Lo estás haciendo mal.

Cloe arrimó una silla y tomó su brazo con cuidado para masajear la zona haciendo presión con los pulgares.

—Eres pro. Tienes que cuidarte las manos y los brazos —le riñó con preocupación.

—Ya, ya… —Eva agachó la cabeza avergonzada—. Eso me ha dicho Alma.

La segunda entrenadora se centró en el masaje y lo hizo lo mejor que sabía. Quizás, solo eran agujetas y le estaba dando demasiada importancia. Sin embargo, se quedó más tranquila cuando notó la tensión desvanecerse de los músculos de la capitana. No podía permitir que se lesionase.

—Ya está —la avisó Cloe al acabar.

—Gracias —Eva le besó la mejilla y le sonrió ampliamente—. Uy, perdón, entrenadora Álvarez. Eso no ha sido muy profesional por mi parte.

La castaña se levantó y se marchó dando saltitos mientras la rubia se quedó mirándola embobada. No había visto nada tan adorable desde que Caos se tiró en el pasillo y rodó para quedarse patas arriba, esa misma mañana. Lo peor fue que esa tontería y el simple beso en la cara consiguieron que se le acelerase el corazón. Hasta sintió cierto calor ascendiendo por su cuello. *¿Qué coño me pasa? Es la segunda vez que Eva me pone así. Debo tener las hormonas revolucionadas porque me va a bajar la regla, pero follamos el otro día y esto no es un calentón*.

No pudo quitarse la sonrisa de la capitana de la cabeza ni cuando ella se puso a protestar porque la habían matado injustamente. Por suerte, Alma la mandó a vigilar a Belén de cerca y la castaña quedó a su espalda durante el resto del entrenamiento. Sin embargo, su mente seguía atascada en lo rara que se sentía. *Me ha besado de tres formas diferentes en dos días y he acabado igual de acelerada con todas. Bueno, ayer cuando me besó el cuello, sí que quería darle lo suyo y lo de su prima, pero… ¿Qué me pasa? Nadie me pone así de nerviosa. ¿Será la ansiedad? Los acelerones de corazón y la falta de aire me cuadran, desde luego.*

—Vamos terminando por hoy —las avisó Alma sacándola de sus pensamientos—. Nos vemos mañana.

—¿Me llevas? —Eva le dio un infarto al tocarle el brazo, pero le sonrió y fue hasta peor —. Clau sigue en el estudio. Le ha dado fuerte lo de Carla y se pasa las horas bailando.

—Emm… sí, claro —respondió la rubia tensando el brazo bajo sus dedos.

—¿Estás bien? Llevas toda la tarde en babia —se rio la castaña—. No sé si pillarme un taxi, eh. Nos vayas a estrellar —bromeó.

—Estoy estupenda. ¿Nos vamos?

—Esperadme, que salgo con vosotras —la entrenadora terminó de apagar el ordenador—. Qué ganas de llegar a casa.

—Vives aquí al lado —la castaña se echó a reír.

—Demasiado lejos —la mujer fingió estar apenada—. Mei ha hecho *dumplings* para cenar y estoy deseando volver.

Ambas siguieron hablando de la esposa de Alma hasta que llegaron a la puerta vecina. Cloe, sin embargo, no les prestó mucha atención. Estaba más preocupada por las dos veces en que su mano chocó con la de Eva en el camino. Fue sin querer, pero le puso la piel de gallina pensar que la menor creería que lo había hecho a posta.

El trayecto en coche a casa de la castaña no fue mucho mejor. No entendía por qué estaba tan tensa, a pesar de que la menor se encontraba muy relajada cantando a su lado. *Se me está yendo la olla. Tranquilízate. No la vas a cagar otra vez y todo va bien. Demasiado… ¡No! Algo tiene que salir genial en la vida, ¿verdad? Vale de sufrir, ¿eh? Relájate ya.*

—Gracias por traerme —Eva se detuvo al salir del vehículo—. No te preocupes. Mañana, no dejo que Clau me lleve y voy con mi coche. Así, no te hago dar tanta vuelta.

Cloe asintió por inercia y se quedó mirándola. La jugadora le dedicó una sonrisa y cerró la puerta. *Pero dile algo, imbécil.* Se tuvo que bajar a toda prisa para alcanzarla. Sin duda, ese día, su cerebro estaba cortocircuitando como si hubiese metido la tostadora en el fregadero lleno de agua.

—No me molesta —le soltó cogiéndola por el brazo—. Me da igual traerte las veces que haga falta.

—No me digas eso, rubia —Eva elevó una ceja, divertida—. Sabes que me tomo las confianzas rápido.

—No me importa, de verdad —insistió la mayor sintiendo los nervios agolparse en su estómago.

—Tú lo que quieres es que te invite a mi casa, como ayer, porque no está Clau.

No le quedó muy claro si estaba bromeando o no, pero le dio lo mismo cuando la castaña la besó pegándola contra el coche. Los músculos de su abdomen acompañaron la tensión, que surgió en sus hombros, cuando la mano de la chica los recorrió. Eva la iba a matar de un paro cardíaco, pero ansiaba tanto sus labios que no pensó ni en detenerla. Broma o no, acabó casi en el interior de la casa. Por desgracia, el tono de móvil de la menor les cortó el rollo. Le jodió bastante que Claudia le dijese que ya iba para allá durante la breve llamada. Así que se marchó decepcionada, más caliente que el pico de una plancha y con el corazón a mil.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Carla al verla pasar por delante de su habitación—. Los capilares sanguíneos de tu rostro se han expandido.

—¿Eh? —dudó ella pasando a sentarse en la cama.

—Estás roja. Y tu *felis silvestris catus* persiste en yacer sobre mis sábanas —protestó su hermana señalando a Caos, al que la rubia estaba acariciando por inercia—. Es extremadamente molesto y también me interrumpe el sueño en su empeño de dormir sobre mí.

—Te quiere, déjalo —la segunda entrenadora suspiró—. ¿Pueden darte ataques de ansiedad pequeños?

—Técnicamente, existe la ansiedad moderada, que se caracteriza principalmente por una disminución del campo de percepción —la doctora frunció el ceño—. ¿Te está ocurriendo a ti?

—Si lo de la percepción es que estoy en las nubes, sí. No sé qué me pasa, pero, últimamente, se me va a salir el corazón del pecho cuando tengo a Eva cerca —le explicó Cloe —. Estoy súper tensa con ella. De hecho, me ha besado cuatro veces, de formas distintas, y me dan como palpitaciones cada vez que lo hace, siento que no puedo respirar…

—Puedo concertarte un análisis hemático, por si se trata de una alteración hormonal, o una cita con un especialista en salud mental, si lo deseas. No obstante, los síntomas que describes… —la doctora hizo una pausa y negó con la cabeza—. Considero que tu cuerpo ha alcanzado la conclusión de que estás enamorada de Eva, antes de que tu cerebro lo racionalice y te lo haga saber.

—Eso es imposible. No estoy enamorada de Eva. Me pone muchísimo y me encanta hacerlo con ella, pero enamoramiento no es. Ya te lo digo yo.

—La cascada hormonal que inhibe la fuente de razonamiento durante un enamoramiento también es partícipe al mantener relaciones sexuales y provoca el mismo efecto, carencia total de raciocinio. Por eso, es muy frecuente confundir sexo con amor. En esta situación, está claro. Lo que estás sintiendo es amor, como ya te he explicado. De hecho, opino que nunca fueron solo relaciones sexuales porque ya estabas enamorada de Eva al empezar toda la cuestión de ser… amigas con privilegios.

Observó a su hermana frunciendo el ceño. *No puede ser, ¿no? Aunque explicaría tantas cosas… Joder. Estoy puto enamorada de Eva*.

Capítulo 24: Sueño Americano

No la asombró que su hermana mayor acabase marchándose con la excusa de ducharse. No obstante, Carla comprendió que no deseaba continuar con una conversación que implicase profundizar en sus sentimientos. Obviamente, no se lo impidió porque ella misma tenía preocupaciones circundando en su mente y debía encargarse de dichos inconvenientes. Al igual que el de Cloe, los suyos contaban con nombres propios: Claudia y James.

—Disculpa, *felis silvestris catus*, estás encima de la cama en la que duermo —decidió ocuparse de la imperiosa necesidad de echarlo—. ¿Te importaría abandonarla antes de cubrirla de pelos y otros gérmenes? —Caos ni alteró su posición—. ¿No? Ya veo… No sé por qué Cloe te tiene tanto aprecio, debe ser la carencia de cariño que siente porque Eva no le presta la atención que cree merecer de manera continuada, pero bueno, ¿yo qué voy a saber? A mí, me resulta indiferente que Claudia no muestre ese mismo apego hacia mi persona porque no lo requiero —la doctora se llevó la mano al pecho para señalarse con displicencia—, aunque es realmente guapa… y ¿has reparado en sus extremidades inferiores? Ese desarrollo impresionante del músculo gastrocnemio seguro que es a causa del baile. No he visto a ningún espécimen, que se identifique como mujer, que posea esas piernas.

Se detuvo antes de divagar sobre el aspecto físico de Claudia. Técnicamente, no tenía problema con eso, precisamente. *Excepto cierta atracción innegable, pero porque tiene una estructura fascinante.* Lo que la estaba abrumando con respecto a la bailarina era la desaparición de la chica. En dos días, no había respondido a sus mensajes. Ni siquiera lo hizo cuando recurrió a llamarla esa misma mañana. Aquella circunstancia consiguió que la intranquilidad de Carla aumentase exponencialmente.

Por otra parte, se encontraba en una encrucijada con James. Había discernido que sus sentimientos hacia él permanecían inmutables desde que accedió a definirse como su novia. El hombre no había trascendido de amigo, aunque la etiqueta de su relación cambiase. *Es lógico. Acepté nuestro noviazgo por la comodidad que implicaba su presencia. No existía ningún tipo de atracción más allá. Es… o era mi mejor amigo y no deseaba dañar ese vínculo. Después de todo, solo James me trataba como si fuese humana dentro del hospital*. No obstante, antes de la proposición y la llamada sobre la muerte de su abuela, ya se había planteado el manifestarle su deseo de redefinir su relación romántica. Incluso contaba con un billete de avión a España, que consiguió adelantar a causa de los acontecimientos.

No era la primera vez que se cuestionaba los motivos para escapar del «Sueño Americano» idílico que todo el mundo anhelaba. No entendía por qué ella no deseaba estar con un hombre inteligente, genéticamente atractivo y que vestía tan bien. James disponía de una estructura ósea espectacular para llevar los trajes de una manera correcta. Además, su salario era cuantioso, cosa que muchas personas codiciaban. Técnicamente, se consideraría favorable convertirse en su esposa. *Cómodo, desde luego. Sin embargo, mi consciencia me impediría hacerle semejante daño a James y privarlo de la oportunidad de conocer a una persona que lo hiciese feliz. Es un buen hombre, pero jamás seré capaz de corresponder lo que siente por mí.* Sin duda, debía hablar con él cuando fuese propicio. Evidentemente, se había buscado la investigación en España porque no pretendía regresar a esa vida con el cirujano. Darle vueltas

solo los haría más miserables a ambos.

—Miss Boston, la cena —anunció Cloe deteniéndose en la entrada de su habitación—. Oye, ¿cómo es que tienes la puerta abierta hoy?

—He sido lo suficientemente ingenua como para creer que tu félido abandonaría mi cuarto si lo ignoraba.

—Ingenua no, lo siguiente —se rio la mayor—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que es su casa y nosotras sus sirvientes? Caos, comida.

—Fascinante —Carla observó al felino descender de la cama de un salto y caminar hacia su dueña—. Parece que comprende las palabras que indican alimentarse.

—Tiene treinta y dos músculos en cada oreja para ignorarte mejor, pero lo entiende todo.

—Me sorprende que conozcas esa información.

—No me insultes —su hermana rodó los ojos—. Tú eres la hermana lista, pero yo soy la ingeniosa. Necesito saber cosas para ser así de tocapelotas. Vámonos a cenar, anda. ¿Dónde están Max y el James Dean de Boston?

—James Dean era un rebelde. No creo que se pueda aplicar a la personalidad de…

—Pero se llaman James los dos —la interrumpió Cloe—. No pienso discutir contigo sobre iconos de Hollywood ahora. Tengo hambre.

Durante la cena, su hermana pretendió convencerla de conversar con su presente novio, el mismo que se encontraba recorriendo Madrid con Max. La doctora era consciente de su responsabilidad con el hombre y consideraba primordial hacerlo en las próximas horas, pero de una forma cordial y respetuosa. Sin embargo, no se encontraba capacitada mentalmente para hallar las palabras apropiadas. *¿Por qué es tan complicado finalizar una relación amorosa? Será que siento afecto amical hacia él. No existe ninguna excusa plausible por la que retrasarlo.*

—Estoy perdiendo el control de mi propia mente —declaró observando a Caos comer—. Me encuentro en una disyuntiva y no sé cómo tratarla.

—Habla con él —Cloe elevó los hombros con la vista fija en el plato.

—Me refería a Claudia. Con James, dialogaré luego. No me voy a ir a descansar sin hacerlo.

—¿Qué te pasa con Clau, entonces? —la mayor apoyó la mandíbula en sus nudillos.

—Es ella la que no parece querer conversar conmigo y no consigo que lo haga. Por tanto, no puedo aclararle mi situación con James.

—Situación que va a terminar porque te mola ella, ¿no?

—Va a concluir porque no he desarrollado sentimientos pasionales hacia él —la corrigió Carla—. Aunque es cierto que debo admitir la existencia de… curiosidad.

—¿Me estás diciendo que Claudia te da… curiosidad? —la segunda entrenadora la contempló irritada—. ¿Solo eso? ¡Venga ya! A mí, me has dicho no sé qué pollas del cerebro

enamorado y el tuyo es un curioso. Flipo contigo, Miss Boston. La ciencia te libre de admitir que te pone una tía y quieres tirártela.

—Los sentimientos son complejos —le recordó ella.

—Que no hace falta que digas que eres bollera o bisexual… pansexual… Puedes ser una puta ameba si quieres, pero te gusta Claudia y la has cagado. Eres una Álvarez, enhorabuena —la ironía opacó las palabas de Cloe—. Ahora, vas y la buscas, le pides perdón por ocultarle lo de James, le cuentas que lo habéis dejado y le comes la boca. Ya está, así de simple.

No apreció el tono con el que quiso hacérselo entender, pero tampoco podía discutirle nada. Algo en su interior se sentía atraído hacia la bailarina y era innegable. Probablemente, le era primordial seguir el brusco consejo de su hermana e ir en su busca en persona. Especialmente, porque la mayor ya había pasado por aquel escenario, con Eva, en múltiples ocasiones.

—*Good evening, ladies* —James la sobresaltó al entrar en la cocina.

—Este hombre es alucinante —Max tomó asiento junto a ella—. Nos hemos ido al museo de ciencias naturales y sabe un montón de dinosaurios. Es como Carla, pero en tío. Ah, Cloe, recuérdame darle las gracias a Alma por apuntarme a clases de inglés el año pasado por si me pillaban en un equipo extranjero.

La doctora abandonó su silla y le solicitó unos minutos de su tiempo al cirujano. Él la informó de que ya había cenado con Max y contaba con una infinidad de segundos para dedicarle. Todo ello sin perder la sonrisa. Así que el salón los acogió a ambos un instante, antes de que James insistiese en que lo acompañase al balcón porque deseaba comprobar si era capaz de ver la Torre de Cristal que le había mencionado el muchacho.

A pesar de la distracción inherente de su futuro exnovio, James le prestó atención en cuanto ella comenzó a hablar:

—James, no puedo con esto ahora —le fue sincera en palabras simples—. Prefiero cesar la relación en este punto.

El hombre la observó confundido. Sin pretenderlo, había usado su idioma nativo y era obvio que él no la comprendía con su escaso nivel de español. Por eso, le repitió las mismas palabras en inglés y aguardó su respuesta pacientemente.

—*It's okay, my love* —el cirujano asintió sonriendo.

James le aseguró que no se encontraba enfadado ni decepcionado. Entendía a la perfección que ella no había conseguido alcanzar el grado sentimental que él estaba experimentando y que la mejor opción era terminar la relación. También le indicó que le dolería un tiempo, pero que lo afrontaría con tal de no perder su amistad.

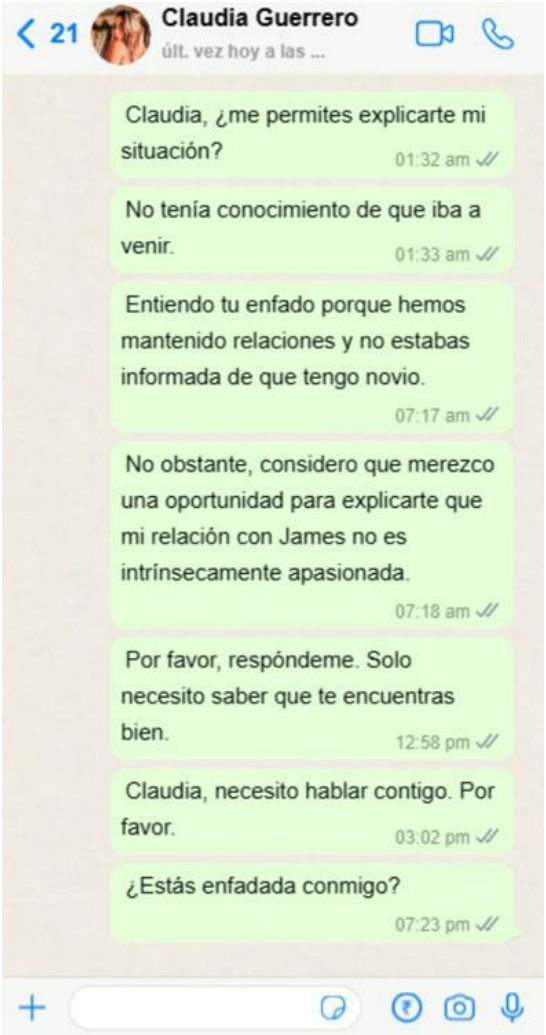
—*Sorry* —Carla suspiró.

—*No worries! Can I, at least, get a hug?*

El cirujano abrió los brazos esperando a que se le acercase y, luchando contra su instinto, lo hizo. El abrazo de James fue liberador, cuanto menos. Sin duda, era tan noble que lo habría

extrañado en su vida, si él no le hubiese requerido que mantuviesen el contacto. Incluso le recordó que contaba con casa en Boston cuando desease ir y le ofreció la posibilidad de enviarle los pocos enseres que había abandonado en su vivienda compartida a causa de la celeridad con la que tuvo que viajar a España. No obstante, a ella le pareció propicio recuperarlas en persona cuando tuviese la oportunidad de desplazarse a la «ciudad intelectual», como era conocida en América. Se lo agradecía inmensamente, pero no pretendía causarle más inconvenientes y, así, se aseguraba una excusa para visitarlo en cuanto la situación retomase cierta naturalidad entre ambos.

Por primera vez en varios días, la calidad de su sueño mejoró considerablemente, gracias a un problema menos que afectaba a su cerebro en constante movimiento. Si bien era cierto que James tuvo que permanecer bajo su mismo techo, no lo hizo con la pesada carga de ser su novio. A pesar de eso, aún le preocupaba Claudia y no fue capaz de evitar revisar su chat compartido con la bailarina al apearse de la cama.



Debería plantearme seriamente lo de acudir a su vivienda personalmente. De esa forma, no tendrá opción sino hablar conmigo. Es una alternativa espléndida, según Cloe. A pesar de su determinación, quiso discutirlo más ampliamente con su hermana y esperó hallarla en la cocina,

como cada día. Esas mañanas con ella eran su remanso de paz y le proporcionaban un ápice de energía para afrontar su jornada. No le importaba siquiera si reinaba el silencio entre ambas. Sin embargo, la mayor ya estaba acompañada cuando se acercó por el pasillo y Carla se detuvo al escuchar la voz de James. Su intención no era espiar, pero el hombre parecía decaído.

—James, *my friend, you know… I know… We know…*

Al parecer, la científica era la única que no tenía conocimiento sobre qué estaban conversando. Sin embargo, Cloe intentó consolidar la idea de que él sería tremendamente afortunado de hallar a su alma gemela cuando menos lo esperase. Además, sustentó su teoría garantizándole que sería bastante pronto porque era un hombre estupendo, palabras con las que la menor de las Álvarez estaba de acuerdo. Sin embargo, el cirujano no estaba tan seguro de sus argumentos y le confió alguna inseguridad que Carla no había percibido nunca.

—*Are you serious... Black?* —la mayor suspiró tras el intento de chiste en referencia a la saga del niño mago—. Paso demasiado tiempo con Eva…

—*What?* —la confusión de su exnovio no la sorprendió.

—Que pareces primo de los dioses griegos, hijo de puta —dudó que su hermana no supiese decirle tal expresión en inglés, pero no cuestionó su exasperación.

—Hijo de… *what?*

—*You really handsome*, hijo de puta.

La científica retuvo la risa que pretendió abandonar su amígdala e hipocampo. No era menester que la descubrieran asistiendo a una conversación ajena. Asimismo, Cloe se puso a comentarle seriamente que él querría a alguien tanto como a su hermana en un futuro y dejó de parecerle apropiado permanecer en el pasillo. Por eso, se retiró a su habitación de inmediato. No le importaba esperar para tomar su escaso desayuno y le restaba tiempo de sobra para desplazarse al laboratorio.

—Buenos días, *honey. I mean,* Carla —James se rio deteniéndose frente a su habitación —. Tu hermana me enseña a mí decir *bye* —el hombre pareció practicar las palabras mentalmente durante un segundo—. Que… te… vaya bien, chocho.

Aquel fue el punto exacto en que sus neuronas no consiguieron contener su comedimiento y acabó soltando una carcajada. A su exnovio le divirtió tremendamente y le dedicó una sonrisa cariñosa. Sin embargo, la alegría no le duró demasiado cuando le explicó que había adelantado su vuelo y partía en escasas horas. Cuando ella regresase, James ya habría abandonado la vivienda. Una pesadumbre invadió su pecho puesto que le costaría verlo marchar así. Ni siquiera le había dado la noticia por la que viajó a España en primer lugar. *No tendrá importancia. Quizás, solo buscaba una respuesta a su propuesta de matrimonio.*

—*I'll miss you* —le aseguró Carla accediendo a su abrazo.

—*Me too, but call me! Don't be a stranger*.

Su ofrecimiento de acompañarlo al aeropuerto fue en vano, puesto que Max y Cloe ya lo hicieron antes y él decidió escoger al muchacho para no perturbar el horario laboral de ninguna

de las hermanas. Así que se quedó con la mayor en la cocina tras la despedida. Cuando la puerta se cerró, la invadió un vacío incomprensible. Su año con el cirujano permanecería en su memoria y, ciertamente, deseaba que él en su vida también.

La segunda entrenadora la contempló un instante, sin decir nada, y deslizó un sobre de tamaño folio que había visto una centena de veces durante su estancia en Boston. Cuando llegó frente a ella, como si de una película de mafiosos se tratase, no le quedó duda de que pertenecía al hospital donde trabajó, por el logo serigrafiado en la esquina superior.

—Miss Boston, creo que deberías de, mínimo, agradecérselo. En general y, sobre todo, por esta información.

No comprendió a qué se refería hasta que analizó el contenido. El regalo de despedida de James era un informe completo con datos de interés sobre su progenitor ignoto. Su exnovio asistió a una cirugía en Ohio, donde realizaron múltiples trasplantes a un mismo paciente, y allí lo encontró. Inclusive, adjuntó dos fotografías: una que Carla olvidó en su antigua casa, en la que posaba junto a su padre durante su infancia, y otra del propio James con el mismo señor, más envejecido. Además de toda esa información, un tríptico cayó tras el resto de papeles. Lo examinó unos segundos esperando averiguar por qué necesitaba saber que habían proyectado una conferencia relativa a los trasplantes cardiovasculares en Madrid. Su primera impresión fue creer que al americano le hubiese gustado asistir. Sin embargo, lo entendió al ver la imagen de uno de los ponentes.

—¿Vas a ir a ver la presentación del doctor Miller? —Cloe dio dos toques con el índice en la hoja impresa—. Deberías. Es tu padre.

Capítulo 25: Decepciones médicas

La música inundó nuevamente la sala con su tempo lento, pausado. Su cuerpo empezó a moverse por sí mismo y su mente divagó por el ritmo, alejada de los pensamientos que la llevaban agobiando toda la semana. Otra cosa no, pero esa coreografía la iba a clavar de tanto como la había ensayado en los últimos días. Sin embargo, cuando se quedó sola, decidió bailar para ella misma. Simplemente, puso la primera canción en su lista y se dejó llevar por lo que ordenase su cerebro al resto de extremidades. No quería pensar.

Una hora después, se tomó un descanso para beber agua y sentarse en el suelo del estudio unos minutos. *Sigues siendo igual de estúpida*, se dijo al ver su reflejo en el enorme espejo. No podía soportar tanta tristeza y se acabó tumbando, agotada más mental que físicamente. *¿Por qué me tiene que gustar Carla? Conozco a veinte bolleras y me pillo por la única hetero. Es que hasta Cloe hubiese sido mejor opción, aunque le mole a Eva. Dolería, pero es mi mejor amiga y le dejaría el camino libre. Pero Carla… ¡Joder! Soy imbécil. Claro que tiene novio. ¿Qué esperabas? Una tía como esa soltera es imposible.*

Lo peor era que Eva le había dicho que parase antes de darse una hostia y era su culpa por no hacerle caso. Sin embargo, solo pasó por esa situación una vez y no recordaba que hubiese dolido tanto. Quizás, la música a todo volumen en los altavoces no estaba ayudando tampoco, con la cantante diciéndole que ignoró señales fallidas. *Mejor pongo a Lali y ensayo canciones que, probablemente, ni vuelva a cantar en el siguiente tour. Eso o tiro de Lola Índigo y que sea lo que tenga que ser, pero ya vale de música triste. Me voy a hundir en la mierda, más de lo que estoy*.

Por suerte, nadie le impedía quedarse en el estudio hasta la madrugada, si quería. Uno de los dueños, con el que trabajó en un par de ocasiones, le había dado sus llaves porque era la primera en llegar y la última en irse. Esa fue su rutina desde que el tiarrón americano se plantó en el piso de las Álvarez. Dejaba a Eva donde las *Titans*, se iba a bailar, volvía a casa de noche, se comía un sándwich y se metía en la ducha, antes de acostarse. Durante horas, ignoraba los mensajes y llamadas de Carla. Y lo repetía todo el día siguiente. Era consciente de que se deshidrataría llorando si veía lo que tenía que decir la doctora y prefería hacerlo sudando.

A la que sí le cogió el teléfono fue a Silvia, que ya se encontraba de vuelta en Argentina, o eso creía ella.

—Adivina dónde estoy —se rio su compañera.

—¿De fiesta con Lali? Perreándole a alguna bailarina de su próxima colaboración —bromeó Claudia bastante en serio.

—¡Qué va! Es por la tarde, ¿cómo voy a estar de fiesta? Y no le he perreado a nadie… aún —Silvia hizo una pausa dramática—. ¡Estoy en Texas!

—¿Qué haces allí, loca? Ni se te ocurra perrearle a nadie, te vayan a meter un tiro por obscena —ella soltó una carcajada—. En serio, ¿qué se te ha perdido en Texas?

—Me he venido a hacer la Ruta 66. Lali no va ni por la mitad del disco y se ha puesto a grabar una serie, así que lo retrasa. ¡Tenemos más tiempo libre!

—No me jodas…

—Cualquier diría que no te alegras, chica. Te puedes quedar en España un par de meses extra con la doctora que te gusta.

—¿Alegrarme? Ni te imaginas la movida que tengo encima.

Claudia pasó a contarle la que se había liado desde que su colega se marchó y Silvia entendió por qué no estaba dando saltos de felicidad. También estuvo encantada de recordarle lo mal que lo pasó con su ex y le aseguró que lo superaría pronto. Aun así, ella no estaba tan segura. Le había dado demasiado fuerte con Carla y llevaba seis días sin pensar en otra cosa. De hecho, se le pasaron muy despacio y no consiguió creer que ya era viernes hasta que su compañera le propuso que convenciese a Eva para ir a divertirse y emborracharse.

—No creo que esté muy por la labor —Claudia se incorporó para sentarse—. Se ha echado novia… o lo que sean. Seguro que prefiere quedarse en casa follando o salir con ella directamente.

—¿La rubia de los ojos bonitos que la volvía loca? —preguntó Silvia.

—La misma. Cloe —ella suspiró—. Aunque esa descripción te pega a ti también —rio sin ganas.

—Yo no la volvía loca —su colega soltó una carcajada—. Fue divertido mientras duró, pero era sexo. A lo mejor, si vuelvo algún día y no tiene novia formal, lo retomamos, pero sin compromisos.

—Me encanta lo fácil que te pones la vida, Silvi.

—No me va mal. Estoy haciendo lo que me gusta y soy libre de tirarme a quien quiera porque ¡viva la soltería! Ya tendré tiempo de sentar la cabeza —pudo oír a la chica moviéndose —. En fin, te dejo, que me esperan unas cuantas horas en moto hasta Alburquerque. Te llamo cuando llegue a California y te cuento qué tal la experiencia.

—¡Pásalo bien y cuidado en la carretera!

Por un momento, contempló la pantalla de su móvil tras colgar y se preguntó si sería tan malo echar un vistazo rápido a los mensajes de Carla. Su teléfono le respondió volviéndose completamente negro y bloqueándose. Gracias a eso, Claudia espabiló y se levantó para continuar bailando hasta vaciar su mente de la doctora. *Pues nada, Lola va a ser*.

Cambió la música drásticamente y se entregó a una canción sobre una discoteca, que no hablaba de amores ni desamores, solo sobre lo alucinante que eran quienes la cantaban. Le tendría que valer unos minutos. Y la siguiente también. Y otra. Así, infinitamente hasta que la voz de los altavoces no fue la única en la sala.

—¡Claudia! ¡Te vas a quedar sorda!

Al girarse, Eva la miró expectante y le indicó que bajase el volumen o lo parase del todo. Tuvo que hacerlo.

—Mira que me encanta Lola Índigo y verte bailar, pero madre mía —su amiga rodó los ojos.

—Espero que te paguen una millonada si mueves el culo así de bien en el escenario —Cloe asintió dándole un repaso con la vista hasta que Eva le golpeó el brazo—. ¡Auch! Niña, la manita quieta, que eso duele.

—Pues esos bonitos ojos lejos del culo de Clau o te los arranco, rubia.

—Perdone usted —la mayor levantó las manos en señal de rendición—, pero los tuyos lejos del de Lola Índigo.

—Ya estamos… Que…

—A ver, parejita, ¿habéis venido a discutir aquí? —interrumpió la bailarina.

—No somos una parejita y no, no hemos venido a eso —la castaña resopló.

—Lo que seáis. Eva, ¿no te llevaba tu… Adán a casa?

—Yo estoy más buena que un señor milenario en bolas, pero… —la mayor observó de arriba abajo a la jugadora—. Sí, me incita al pecado. Era una referencia fácil, pero te la acepto.

—Eres idiota —su amiga volvió a darle en el mismo sitio con el puño—. Clau, son las diez y hace una semana que casi no te veo. He venido a sacarte del estudio y llevarte a cenar. Tu cuerpo me lo agradecerá.

—Estoy bien. Ya cenaré luego —ella negó con la cabeza—. Además, mi cuerpo está perfectamente.

—Perfectamente sudado —apuntó Cloe—. Si no consigo que salgas de aquí, la pecadora original me va a dar la chapa todo el finde. Vente a cenar. Tengo buenas noticias y un americano menos en casa.

—¿James se ha ido? —dudó Claudia.

—Correcto. Y tienes a mi hermana que se sube por las paredes como la niña del exorcista. Yo encantada porque, cuando está ansiosa perdida, se pone a limpiar y tengo el piso que hasta la campana extractora me deslumbra al cocinar —la segunda entrenadora suspiró renegando—. Te lo cuento todo mientras comemos.

—¿Es una trampa? —sospechó la bailarina.

—No, no. Solo vamos las tres, a casa —le prometió Eva—. Te hago la ensalada de pollo que tanto te gusta.

—Carla está en el laboratorio, de hecho —le aseguró la más alta—. Se ve que un compañero la ha liado parda y ha mezclado muestras o sepa dios. Tiene una noche movidita por delante porque casi me ha gritado al llamarla. Casi.

Claudia acabó aceptando no muy convencida. Si Cloe le estaba mintiendo, se le daba genial. Por suerte, pudo respirar tranquila al ver que la doctora no estaba en su casa y tampoco apareció «por casualidad» mientras se duchaba. Solo las tres, le valía.

Durante un rato de cena, ninguna dijo nada. Ella porque estaba muerta de hambre y se ocupó en masticar, principalmente. Aun así, no se le escapó la tensión que había entre las otras dos. La mayor de las Álvarez estaba evitando que Eva la tocase y su amiga la miraba de reojo

con el ceño fruncido. *¿Otra vez están igual? Qué angustia…*

—¿No tenías noticias? —preguntó Claudia sacándolas del bucle.

—Ah, sí. Igual te lo ha dicho ya, pero como no lees sus mensajes… —Cloe se encogió de hombros sin malicia—. Carla dejó a James. El martes, creo. No me acuerdo, pero que ya no están juntos, vaya.

—¿No estaban prometidos? —se extrañó ella.

—¿Ves lo que pasa por meterte a llorar en el estudio? —le reprochó Eva—. Te has perdido dos capítulos de la telenovela.

—No estaba llorando —refunfuñó la bailarina.

—No estaban prometidos. Él se lo pidió y ella se vino a España sin responderle —retomó la sub entrenadora—. Carla empezó a salir con él porque era su mejor amigo y la trataba bien en Boston. Mi hermana es listísima para la ciencia, pero más tonta que barrer un desierto cuando se trata de sentimientos —rodó los ojos desesperada—. Bueno, no es tonta. Tiene mala suerte cuando piensa.

—Pero, entonces, ¿lo han dejado? —su cerebro estaba cansado de tanto baile y le costó procesar.

—Que sí, que la doctora de los genes de oro no sentía nada por el americano guapetón —le explicó su amiga—. James se ha pirado soltero y ella se ha quedado aquí.

Recuperó su esperanza un poquito, pero no quiso confiarse. Técnicamente, a Carla seguían sin gustarle las mujeres y su cerebro continuaba recordándole que podría haber sido un experimento de los suyos. Por eso, no creyó a Eva cuando se puso a montarse una comedia romántica en la que la doctora descubría que le gustaba Claudia y venía a buscarla al no soportar estar tantos días separada de ella. *Es absurdo, pero ha dejado a James. Si no lo quería, ¿qué hacía con él? Bueno, si ese tío me pidiese ser su novia, hasta yo me lo pensaría. No, eso es una tontería. Algo debió sentir. Yo no estaría con nadie por quien no tengo sentimientos. No todas las personas funcionan igual. Claro, algunas ni funcionan.*

—Shhh. Me está llamando —Cloe se sacó el móvil del bolsillo—. ¿Qué pasa, Miss Boston?

—He regresado a casa y soy la única presente.

—Ah, sí. Como me dijiste que tenías lío en el laboratorio, me he venido a cenar con Eva porque Max está de fiesta.

—¡Hola, Carla! —saludó su amiga acercándose al teléfono—. ¿Has resuelto ya la cosa esa de las muestras?

—Emm… sí —la doctora no pareció muy segura—. Disculpad si interrumpo.

—No te preocupes. Acabamos de empezar el postre —le respondió la mayor—. Me termino esto y voy, ¿vale?

—No es necesario —se apresuró a decir la científica—. Solo me hallaba un poco

preocupada.

—No te rayes. Te he dejado comida en la nevera, por si no has cenado.

—Oye, Carla, ¿qué ha pasado con James? —cuestionó Eva nada sutilmente—. Cloe me ha dicho que se fue.

—Sí, supongo que carecía de sentido que permaneciese aquí tras nuestra precedente ruptura. Asimismo, le aguardaban operaciones importantes que no podía retrasar más.

—¿Lo habéis dejado? —la castaña fingió sorpresa.

—Es extraño que no te lo haya contado mi hermana, pero sí. Nuestra relación no tenía un pronóstico favorable en el tiempo —la científica suspiró—. No estaba lo que se conoce como enamorada de James y no pretendía damnificarlo de una forma tan cruel impidiéndole que hallase a alguien que sí.

—Muy responsable por tu parte. Y, ahora, ¿qué?

—¿A qué te refieres?

—No sé, hija, que si vas a buscar el amor verdadero o te gusta alguien —la jugadora la miró al otro lado de la mesa—. Si te has dado cuenta de que no estás enamorada de James será por algo.

—Estoy… calibrando mis emociones. No deseo hacerle daño a ninguna persona que me importe. Las Álvarez tendemos a ser una fuerza destructiva imparable. ¿No es cierto, Cloe?

—Amén, hermana. Nunca mejor dicho —la mayor se rio—. En fin, que ya mismo voy. No te preocupes y no te pelees mucho con Caos.

—¿Calibrando sus emociones? —Eva frunció el ceño cuando colgó—. Clau, te has enamorado de Wall-E.

—No llames robot a mi hermana, pecadora de la pradera. Eso solo lo puedo hacer yo.

—No os vais a cansar de hacer chistes con mi nombre, ¿verdad? —la castaña resopló con hartura—. Que soy atea y no me gustan las serpientes. Ni las manzanas… Soy más de melocotones.

—¿Seguimos hablando de fruta o eso es una metáfora? —cuestionó Claudia.

—Fruta, mal pensada —su amiga rodó los ojos—. Sois una tortura, por separado y juntas.

—Es que tu madre nos lo puso a huevo con lo del nombre —la segunda entrenadora se encogió de hombros.

—Peor fue lo de la tuya, Cloe María —la bailarina se aguantó la risa.

—¿Te llamas… Cloe María? —Eva estalló en carcajadas—. Te acabo de perder el poco respeto que te tenía.

—Que era ninguno. Y sí, por desgracia, me tuvieron que poner el María porque el cura no me bautizaba si era solo Cloe —la más alta rodó los ojos—. Voy a matar a Carla por llamarme así delante de ti, bocazas. Y tú deja de reírte.

—Eso, que el tuyo es de risa también y tu madre no tenía excusa, que bastante bíblico es Eva —Claudia la señaló con el dedo.

—¿Cómo se llama? —se emocionó la rubia abriendo mucho sus ojos verdes.

—¡Ni se te ocurra! —la amenazó su amiga—. ¿Tú no te tienes que ir con tu hermana?

La bailarina se negó a decírselo, aunque le insistió bastante, y Cloe se marchó decepcionada mientras Eva se partía de risa con su nombre completo. Aquella cena, por lo menos, la había divertido un rato y olvidó la tristeza. Además, se convenció un poco de que su idea del experimento era una tontería porque Carla se preocupaba por la gente que le importaba y ella se consideraba una de esas personas. *Quizás, es mucho asumir, pero mínimo como amigas le tengo que importar*.

No durmió como para tirar cohetes porque su mente decidió analizar cada palabra de la doctora y la forma en que había esquivado la pregunta de Eva sobre si le gustaba alguien. Aun así, se levantó ese sábado sin la necesidad de irse corriendo al estudio y sudar sus penas. Le iba a venir bien un día de reposo. Lo que no esperaba era descansar hasta de su mejor amiga y aburrirse porque seguía durmiendo mientras su cuerpo se había acostumbrado a despertarse temprano.

Se tomó su café tranquilamente, sin prisas, revisando redes sociales. Concretamente, TikTok porque Carla no había llegado a tanto y no corría el riesgo de encontrarse con su cara. Obviamente, lo tenía plagado de gente bailando canciones de moda y pasó vídeos inconscientemente hasta que la voz de Lucía la hizo detenerse. *Qué bien canta esta chiquita. Luego dice Eva que tengo suerte por trabajar con gente famosa. ¿Y ella? Que, la primera vez que sale del pueblo, se echa una amiga que se lía con la influencer top de este país. Bueno, y del planeta casi, que ya canta casi más en inglés que en español. Ya mismo la invitan a Coachella. ¿No estuvo el año pasado? Igual y sí*. Lo buscó en internet y, efectivamente, le salió el cartel del festival con un «Lucía Gómez» debajo de varias artistas. *Le tengo que decir a Lali que haga una colaboración con ella. Sería la hostia y…*

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el timbre. ¿Quién se presentaba en una casa ajena a las nueve y media un sábado? Claramente, Eva no estaba esperando a nadie porque ni se levantó y le tocó ir a ella. Se quedó tiesa al ver por la mirilla a Carla en su puerta de espaldas. Entró en pánico y corrió hasta su cuarto. Su amiga ya estaba acostumbrada a verla en bragas, pero no podía abrir así. Se puso una bata a toda prisa y volvió a bajar justo cuando la científica se estaba yendo. La morena se giró al escuchar el sonido de la puerta y se quedó mirándola en silencio tanto rato que consiguió incomodarla.

—¿Hola? ¿Te ha dado un ictus? —Claudia frunció el ceño al no recibir respuesta—. ¿Te puedo ayudar en algo? —le pasó la mano por delante de la cara.

Para cuando quiso darse cuenta, estaba en el interior de la casa, con la puerta cerrada y con la espalda pegada a ella por la presión del cuerpo de Carla.

***

Sus días estaban discurriendo con lentitud y lo atribuyó al estrés que la subyugaba.

Estaba tremendamente ansiosa porque Claudia persistía en no hablar con ella. Asimismo, se hallaba consumida por la impaciencia que implicaba aguardar a la llegada del sábado, cuando tenía lugar el simposio al que acudiría su progenitor. Afortunadamente, James estaba consiguiendo tranquilizarla. No habían interrumpido su conversación desde que ella le envió un mensaje de agradecimiento tras su marcha.



Aún era incapaz de comprender cómo se había dado cuenta de su atracción por Claudia. *¿Acaso soy tan evidente? Ni yo tengo la certeza inequívoca de en qué situación me encuentro con ella*. Obviando su incertidumbre, no contaba con la capacidad de decidir si era un interés amistoso o vínculo afectivo de mayor calibre. Sin embargo, no le gustaba la forma en la que perdía el control con la mujer. El único modo de recuperar una ínfima parte de él era manteniendo su espacio organizado. Por eso, se puso a descontaminar la cocina, aunque era viernes por la noche.

Su nefasta fortuna y lo inhábil que se tornaba cuando estaba intranquila, la impulsaron a apresurarse y terminó vertiendo el contenido de un táper, cuya cubierta no aislaba bien el interior, sobre su pijama recién puesto. *Magnifico. Ahora, debo cambiarme*.

—Miau —una constricción en su pierna precedió a la vocalización felina.

Al bajar la vista, halló a Caos abrazándose a su tobillo.

—¿Qué te sucede, *felis catus*? —cuestionó.

El felino se sentó y la observó fijamente. Tras unos segundos en silencio, Carla optó por desestimar su maullido y caminó hacia su habitación. La mancha continuaba expandiéndose por su camiseta y, si no lo remediaba, tendría que volver a tomar una ducha. La mascota de su hermana la persiguió y se aposentó sobre su cama. Ya se había habituado a que el félido descansase allí mientras se vestía, pero lo hizo deprisa igualmente. Sin embargo, le pareció descubrir lo que ansiaba a Caos cuando el animal lamió la parte superior de su pijama. *Probablemente, haya derramado algún líquido que le gusta*. Le costó arrebatársela varios intentos y, al conseguirlo, simplemente la insertó en la lavadora.

Creyó haberse librado de él. No obstante, seguía en el mismo lugar cuando ella regresó.

—*Felis catus*, ¿te importaría abandonar mi cama? Deseo dormir sola —Caos la ignoró—. Entiendo. ¿Puedes hacerte a un lado, por lo menos?

Ante la inmovilidad felina, se recostó como pudo y suspiró cuando el animal se desplazó para quedar pegado a su tórax. Al final, cedió y lo acarició despacio.

—¿Por qué insistes en acompañarme? Sabes que tus gérmenes y bacterias me importunan. Aunque es cierto que tu presencia fortalece mi sistema inmunológico de forma pasiva… Quizás, debería haber considerado ese dato antes de juzgar tu compañía. Igual que desacredité mi fascinación por Claudia. ¿Tú estimas que poseo sentimientos hacia ella? —la doctora suspiró rascándole la cabeza—. Cloe no lo duda, pero ella también desmiente que esté enamorada de Eva. Si nos basamos en la ciencia y lo que manifiesta mi organismo mientras estoy con Claudia, podría alcanzar cierta certidumbre sobre la teoría de que me gusta. Caos, tu nombre es considerablemente apropiado en nuestras circunstancias existenciales. Debo buscar un estudio para saber si comprendes tu nombre. No concibo por qué la mayoría de la población humana siente aversión hacia tu especie —la científica lo observó dormir pacíficamente—. Así, tranquilo, te podría calificar como adorable. Me disgusta esa palabra, ¿sabes? ¿Quién anhela serlo? Yo no. No apreciaría que la persona que me atrae me describiese de dicha forma. ¿Cómo crees que me definiría Claudia? ¿Formal? ¿Necesito un cambio? Cloe me prometió ir de compras casualmente —el felino se aproximó más a ella y estiró las extremidades delanteras hasta topar con su bíceps—. Sí, sí, ya me callo e intento dormir. Lo siento.

Disculparse con un felino doméstico era algo que no consideró hacer nunca. *No obstante, las situaciones permutan, no se mantienen constantes. Posiblemente, eso es lo que ocurre. Yo tampoco puedo permanecer invariable, va contra la propia evolución humana. Debería conversar con Claudia en cuanto tenga la oportunidad apropiada*. Sin embargo, recordaba que tenía un asunto más urgente del que encargarse: la conferencia de cardiología. Por eso, se rindió al sueño planeando las palabras que expresarle a su padre biológico.

Estaba entre acongojada y exultante de que, por fin, fuese a conocerlo. Asimismo, debía ser un hombre digno de admiración, un cardiólogo con una reputación intachable. De un modo idéntico en que juró no parecerse a su alcohólica madre, deseaba asemejarse a él. En su mente, lo imaginó como un doctor al que admirar y un padre al que acudir con sus problemas profesionales y personales. Probablemente, estaría incluso orgulloso de su trayectoria como genetista y los

estudios tan importantes que había realizado. Su encuentro sería perfecto.

La impaciencia la indujo a presentarse en el lugar del congreso con demasiada antelación y se sintió como una adolescente cuando no le quedó más remedio que apoyarse en la pared. Por si acaso, intentó no arrugar su traje favorito y se cercioró de tenerlo abrochado correctamente. Incluso quitó cada pelo de Caos manualmente, uno a uno. *Debería comentarle a Cloe el problema con el pelaje de su gato. Es lógico que empiece a mudarlo a partir de ahora y no podemos permitir que lo ingiera en tanta cantidad. Es malo para su sistema digestivo… y para la ropa*.

Unos pasos aproximándose la hicieron elevar la vista. La persona a la que estaba buscando caminaba hacia la entrada del recinto junto a otros señores, que serían cirujanos también con toda seguridad. Carla meditó sus acciones un instante y acabó acercándose a la puerta apocadamente. Se recordó a sí misma que debía respirar hondo mientras se debatía sobre si presentarse en su idioma nativo o favorecer al doctor Miller con el que intuía que era el suyo. En última instancia, se decidió por hacerlo en español porque él debía conocerlo a la perfección si había hecho uno de sus másteres allí, como indicaba su biografía.

—Disculpe, doctor Miller —le tendió la mano cordialmente, tras cruzarse en su camino —. Soy la doctora Carla Álvarez.

—¿Doctora? En prácticas, ¿no? —dijo el hombre, con un leve acento, y la contempló detenidamente de arriba abajo.

—No, soy la jefa de la investigación genética que se está llevando a cabo en el Hospital Universitario La Paz.

—Ah, laboratorio —el señor se rio irónicamente—. Eso me encaja. Eres demasiado joven para ser una auténtica doctora.

—Técnicamente, sí que lo soy —respondió ella confusa—. Me gradué la primera de mi clase durante el doctorado y he asistido en urgencias. Solo preferí la rama investigadora.

—¿Y te han hecho jefa de ese estudio? Qué valor tienen en España —su progenitor negó con la cabeza, profundamente decepcionado—. Poner al mando a una mujer… Será un pasatiempo. Total, no vais a curar el cáncer —se rio.

—En realidad, estamos tratando de modificar linfocitos para cargarlos de enzimas y que ataquen a las células cancerígenas —Carla empezó a irritarse—. Así que no, no lo vamos a curar, pero pretendemos que el propio sistema inmunológico de los pacientes lo haga por sí mismo.

—Desperdicias el tiempo, criatura. Al menos, no se lo haces perder a los médicos de verdad con tus cosas de fémina. Estarías mejor de enfermera.

—¿Disculpe? —la científica pestañeó boquiabierta.

—Las mujeres no pueden ser buenos médicos —manifestó el doctor Miller como si fuese un hecho constatado—. Esto es así.

—Me va a disculpar, pero no comparto esa afirmación. Dos estudios, uno canadiense y otro basado en Suecia, han demostrado que los pacientes con una cirujana femenina tienden a

presentar menos complicaciones porque las mujeres somos más cuidadosas.

—Irrelevante —el señor la desestimó con un gesto de mano y resopló hastiado—. ¿Qué quieres? No he venido a discutir con una cría sobre la evidente superioridad masculina en cualquier campo científico.

—Emm… —por un segundo, la dejó sin palabras—. No soy una cría. Tengo treinta años, pero supongo que su superioridad le ha hecho olvidar que dejó a una insignificante mujer embarazada hace exactamente el mismo tiempo —estaba furiosa y olvidó su autocontrol—. Murió, por cierto. Cometió un suicidio, concretamente. No es que le interese demasiado, pero yo sí que deseaba conocer al portador de mis genes. Ahora, va a ser uno de los arrepentimientos que perduren en mi memoria, gracias a usted —se atrevió a señalarlo con el dedo—. No, gracias no. Lo único que tengo que agradecerle a su ego es que la considerase inferior y la abandonase. Al menos, cuento con una hermana mayor que cuidó de mí como usted nunca podría haberlo hecho y a la que, siendo mujer, no llega ni a la suela de los zapatos.

—¿Has terminado? —el doctor Miller la observó impasible—. Hay una conferencia a la que debo asistir y tienes razón, todo esto no me interesa. No quiero ninguna hija. Soy un médico importante, con una vida que alguien como tú me estropearía. Tengo una reputación que mantener. Vete con tus berrinches a llorarle a tu pseudo-hermana, cría.

—¿Sabe qué? —Carla respiró hondo, aguantando las ganas de darle un puñetazo al puro estilo de las Álvarez—. Que le jodan. ¿Ve? Mi hermana también me ha enseñado más que usted. Enhorabuena por ser tan importantemente gilipollas.

Se marchó antes de recurrir a la violencia seriamente porque su corazón se había acelerado a causa de la rabia y su cerebro abandonó toda racionalidad. Aquel señor misógino y con un ego que no cabría ni en Boston, nunca sería su padre si no fuese por la biología. Ya no deseaba asemejarse a él. De hecho, ni quería cruzarse con su persona el resto de su vida. *Quizás, hubiese sido mejor idea no buscarlo*.

La cólera la desplazó involuntariamente y su primer instinto fue lo que la arrastró hasta casa, una en la que no habitaba. Solo quiso acudir a una persona y el timbre se lo puso tremendamente fácil. Sin embargo, cuando se dio cuenta y pretendió marcharse la puerta se abrió. *Debería haberlo meditado antes*. Sintiendo la ira recorriendo sus terminaciones nerviosas aún, se giró. No obstante, la imagen de la bailarina le rebajó la furia abruptamente.

La mujer había hecho un trabajo pésimo intentando taparse con una bata, cuyo color no le importó, y Carla delineó el contorno de sus pechos con los ojos hasta llegar a su abdomen. *¿Cómo es posible que tenga una anatomía tan magnifica?*

—¿Hola? ¿Te ha dado un ictus? —Claudia frunció el ceño moviendo la mano frente a sus irises—. ¿Te puedo ayudar en algo?

Cerebro, funciona. Para de mirarla de esta forma y haz algo. Lleva a cabo cualquier acción, por favor. No le obedeció de la forma que deseaba. Simplemente, acabó empujando a la mayor al interior de la vivienda y aprisionándola contra la puerta, tras cerrarla. No supo discernir si fue a causa de su enojo o por la cascada de hormonas que inhibió su fuente de razonamiento, pero la besó vehemente.

—¿Qué haces? —la bailarina la apartó con desconcierto—. Pero ¿tú no eres hetero?

—¿Para qué categorizarnos si ya lo hace la sociedad?

—Pero… —Claudia negó desesperada—. Uff, es que me gusta mucho tu cerebro. Estás muy buena, pero como piensas es…

Carla le sustrajo la oportunidad de retirar sus palabras y cuestionarse sus acciones interrumpiendo su corriente de pensamiento con un apresamiento de sus labios. La bailarina no iba a ser un arrepentimiento ni una decepción.

Capítulo 26: Sexo científico y asistencia lumínica

Trasladarse a la habitación no les supuso ningún obstáculo, pero que Claudia se alejase de ella para deshacerse de su chaqueta fue bastante desesperante. Sin embargo, la mayor continuó besándola al instante y desabrochó sus botones paulatinamente sin darle un respiro. Sus pulmones no podían expandirse debido a que una boca ajena estaba impidiendo que inhalase oxígeno correctamente.

La bailarina se despojó de su camisa sin cuidado. Carla reprimió el impulso de agacharse y recogerla para doblarla apropiadamente. Le pareció mejor idea perseguir sus sedosos labios y permitir la entrada de un húmedo órgano muscular móvil en su cavidad bucal. Tras retirarla, Claudia mordió su repliegue musculocutáneo membranoso inferior y continuó recorriéndole el cuello hasta llegar al trapecio. Sin embargo, cesó todos sus movimientos.

—¿Estás segura? —la rubia la miró preocupada.

—Sí.

—¿Estás borracha? No me mientas, eh.

—Claudia, son las nueve y media de la mañana.

—¿De resaca? —iteró la mujer frunciendo el ceño.

—¿Deseas realizarme un test de alcoholemia? —se desesperó ella.

—Quiero hacerte muchas cosas, en realidad.

—Y… ¿estás esperando una invitación formal para llevarlas a cabo?

Definitivamente, no aguardó demasiado para proseguir y lo agradeció porque su temperatura corporal se elevó exponencialmente cuando besó su músculo pectoral mayor izquierdo.

—No, espera —la bailarina se detuvo nuevamente.

—Claudia, la paciencia no es algo que pretendo cultivar en estos momentos —la doctora se impacientó.

—Dos segundos. He tenido una idea que te va a encantar —la muchacha caminó hacia el armario—. Oye, ¿qué música te gusta?

—Emm… —Carla la observó confusa—. ¿Crees que este es el instante más apropiado para interrogarme sobre mis gustos musicales?

—No, no me lo digas. Mi móvil está en la mesita.

—No considero que poner música nos haga ningún favor. Eva va a protestar.

—Eva está durmiendo y no la va a despertar ni la estampida de *Jumanji*. Además —la rubia tomó sus auriculares *circumaurales* y se los colocó a ella—, es solo para ti. Aunque… siéntate en la cama.

—¿Qué pretendes? —cierto temor la invadió.

—Siéntate y te lo enseño.

Claudia retiró los auriculares momentáneamente mientras ubicaba el teléfono en sus manos con una aplicación abierta y la invitaba a reproducir las canciones que le apeteciese. La científica le hizo caso y se distrajo hallando una lista complaciente. Sin embargo, estuvo al borde de un infarto de miocardio cuando un trozo de tela sin identificar cubrió sus ojos. Era suave, pero eso no la inquietaba menos.

—Tranquila —la bailarina removió el móvil de sus manos antes de situar los auriculares sobre sus oídos de nuevo y pulsar un botón en el derecho—. Ahora, me escuchas, ¿verdad?

—Por encima de la música, sí, pero no te veo, obviamente.

—No te pases de lista y túmbate o quito la trasparencia y te quedas sin oírme. Son muy caros y cancelan el ruido mejor que el botón de *mute* de la tele.

—Claudia, no me apetece jugar a…

La mujer la silenció con un beso y consiguió que se recostase empujándola con su cuerpo. No obstante, su calor se evaporó rápidamente y supo que la había abandonado una vez más. Lo siguiente que recibió fue un nuevo sobresalto en cuanto el movimiento de sus manos quedó restringido. Con la simple percepción del tacto frío en sus muñecas, tuvo la capacidad de notar lo que las limitaba, o lo intuyó.

—¿Me has esposado? —exclamó Carla alterada.

—Shhh. No grites. Son de un disfraz de poli —Claudia se sentó a horcajadas sobre ella —. Te prometo que te va a gustar. Tienes que aprender a dejarte llevar y no querer controlarlo todo.

—Pero…

—No, Carla. Yo tengo el control ahora —la interrumpió con tono comandante—. Relájate y disfruta. Bueno, si no te mola algo o tienes algún problema, dilo.

Exhaló inquieta, pero ya no podía ni quería cambiar de opinión. Su cuerpo incluso se tensó al notar que Claudia pretendía retirarle el sujetador. *¿Por qué estoy haciendo esto? ¿En qué momento he considerado que, acabar aferrada a una cama, era lo que precisaba? Yo solo debía conversar con ella. Esto no es conver… Carla, para. Hace mucho que deseas que suceda justo lo que va a ocurrir. Céntrate*.

La música avanzando por su canal auditivo la asistió sin pretenderlo y su cerebro siguió el ritmo, que contrastaba enormemente con la velocidad pausada que la bailarina había escogido para rozar su clavícula con los labios. Nada más notar un suave beso en su esternón, se le erizó la piel, comenzando por ese punto exacto. El mismo fenómeno de contracción involuntaria de los músculos erectores actuó sobre las protuberancias en sus mamas cuando el aire frío colisionó contra ellas, al ser despojada del sujetador en última instancia. Inhaló profundamente, puesto que su respiración era lo único que podía controlar.

Una fricción leve, con un tacto suave como el pelo de Caos, descendió parsimoniosamente por entre sus pechos. Comprendió que eran los dedos de Claudia cuando

llegó a su línea alba y el contacto se expandió en forma de mano por el resto de su abdomen. Prácticamente, su sistema nervioso simpático no fue capaz de refrenar aquel reflejo vestigial y continuó teniendo la «piel de gallina» con cada ligero roce de la bailarina.

Curioso el hecho de que las sensaciones se intensifiquen cuando ciertos sentidos están opacados. Ciertamente, ha sido buena idea por su parte. Su concentración regresó con la pérdida de sus pantalones, de los que la mayor se deshizo ágilmente antes de dejar tres besos livianos en sus abdominales inferiores, por los que también deslizó la lengua. Al menos, eso era lo único que se ajustaba con la percepción de un rastro húmedo enfriándose rápidamente. El contraste fue un golpe en su circuito mesolímbico, que liberó una cantidad de dopamina insuficiente. Sin embargo, le pareció que secretó una cuantía desorbitada cuando la boca de Claudia se posó en el músculo grácil, en la cara interna de su muslo izquierdo. Hasta entonces, no había sido consciente de que sus niveles de adrenalina estaban privando a su estómago del flujo sanguíneo correspondiente y este lo replicó en forma de nudo.

Se obligó a no jadear demasiado fuerte, pero, para ello, necesitó contener la respiración porque la bailarina terminó de desnudarla en un instante. No se encontraba mentalmente preparada para lo que iba a suceder, aunque todo su organismo lo desease con impaciencia. Además, el no poder contemplarla en su absoluta majestuosidad continuaba activando su respuesta «de lucha o huida» involuntariamente. Por suerte, su canción favorita vibró en sus oídos hasta convertirse en impulsos nerviosos con destino a su cerebro y la relajó lo suficiente como para no entrar en pánico al percibir la boca de Claudia danzando libremente junto a su órgano sexual. Sin embargo, se vio en la necesidad de clavarse las uñas en las palmas de las manos, al no contar con nada más a lo que aferrarse.

Su cuerpo se sacudió por sí solo y ella se negó a respirar. Si lo hacía, vocalizaría demasiado fuerte y no se lo podía permitir. La privación de oxígeno a las estructuras anatómicas de su sistema respiratorio fue una pésima idea porque la sensación de ahogo solo logró acrecentar cada uno de los estragos que la bailarina estaba provocando en su cabeza y el resto de su ser. Literalmente, comenzó a escuchar campanas cuando sus neurotransmisores la inundaron de dopamina y serotonina a partes iguales, contribuyendo al torbellino sensorial que la impidió seguir conteniendo el aire e indujo una oleada de convulsiones corporales que fue incapaz de dominar. Su temor a ser descubiertas se convirtió en gemidos y su corazón latió a un ritmo desenfrenado, acompañándolos. Se había centrado tanto en lo que sentía que solo fue consciente de la penetración de Claudia al notar sus dedos retirándose de su vagina. Le dio todo igual. Excepto su tronco cerebral, el resto de su cabeza se apagó y la dejó jadear en paz.

La mayor la despojó de las esposas, lo cual alivió sus extremidades superiores, y le subió la venda ocular a la par que retiraba los auriculares. Tras eso, se tumbó junto a ella y la contempló un segundo, antes de alcanzar su móvil para detener la música.

—¿Estabas escuchando AC/DC? —cuestionó Claudia, entre divertida y sorprendida.

—*Hells Bells* —asintió la doctora con la respiración más regulada—. ¿Por qué te desconcierta tanto?

—No, nada. No me lo esperaba —la risa de la rubia le consiguió un poco de serotonina —. Espero que tu viaje al infierno haya merecido la pena.

—Técnicamente, no hay una canción más apropiada y sí, ha sido muy placentero. Gracias —Carla sonrió inconscientemente—. Además, soy una Álvarez, he crecido escuchando rock por Cloe y es una de mis favoritas.

—No he dicho nada, entonces —la bailarina trazó círculos en su abdomen desnudo con la yema de los dedos—, pero es la primera vez que me dan las gracias después de follar.

—Eso sí es sorprendente. Deberían agradecértelo si siempre lo haces así —bromeó ella.

—¿A que sí? Las tías son unas maleducadas.

No pudo evitar reírse junto a la mayor, a pesar del agotamiento. No obstante, su cerebro volvió a activarse para importunarla en su felicidad postcoital. Intentó silenciarlo sin éxito.

—Lo siento, pero me voy a marchar —expresó con pesadez.

—¿Qué? ¿Por qué? Quédate —las pupilas suplicantes de Claudia se encogieron, al igual que el corazón de la menor.

—Se supone que me encuentro en un simposio, conociendo a mi progenitor, y Cloe prometió recogerme cuando finalizase. Si no acudo al piso, la haré conducir para nada en su día libre y se preocupará.

—¿Has encontrado a tu padre? —se emocionó la bailarina—. ¿Cómo ha ido?

—Catastróficamente mal, pero no me apetece conversar sobre ello —la científica se incorporó—. Sé que tenemos una conversación por mantener. ¿Te importa si es en otro momento?

—No, para nada. ¿Quieres que te lleve a casa? —Claudia la siguió mientras se vestía.

—Me vendrá bien el paseo. Gracias, igualmente. De nuevo, siento marcharme así de precipitadamente.

—No me importa, pero… —pudo notar la incertidumbre en su voz— vamos a hablar sobre esto y todo lo demás, ¿verdad?

—Si dejas de ignorar mis mensajes y llamadas, sí.

—Perdón —la mujer agachó la cabeza arrepentida.

—No, lo comprendo —Carla la tomó por ambas mejillas—. Durante nuestra futura conversación, permíteme explicarte lo de James. Obviamente, esa relación ha terminado, pero soy consciente de lo injusta que he sido contigo. Dialogamos pronto, ¿vale?

Ciertamente, le dolió abandonar a Claudia, que la observó con intranquilidad y, ni un inocente beso en los labios, consiguió que confiase en sus palabras. Sin embargo, le pareció propicio meditarlo antes de embarcarse en más acciones guiadas por una subyacente rabia hacia el señor con quien, desafortunadamente, compartía genes.

A pesar de lo miserable que se sentía por aquella precipitada marcha, el azar aún tenía un encuentro sorpresa preparado y se manifestó con forma de Eva en el pasillo. La jugadora la observó con una sonrisa sardónica mientras ella se abotonaba el resto de la camisa pacientemente.

—Yo no te he visto aquí, si me echas una mano con tu hermana —la castaña creyó oportuno chantajearla.

—¿Sabes qué? No.

—¿No? —Eva se mostró desconcertada.

—No. Estoy harta del miedo a la decepción, de cuestionarme cosas y de… todo —exhaló exánime—. Sí, acabo de abandonar la habitación de Claudia porque, sí, hemos mantenido relaciones sexuales. No obstante, somos adultas y contaba con el consentimiento de ambas. Así que, no me importa lo que pienses.

—Vale, tranquila —la muchacha elevó las manos—. No se lo iba a decir a Cloe ni nada, solo meterme un poco con Clau. Y tampoco te estoy juzgando. Relax, chiquita.

—Pero…

—Ah, que hay un «pero» —la interrumpió la jugadora profesional.

—Pero te voy a ayudar con mi hermana porque también estoy cansada de su miedo, de que no te exprese sus sentimientos por él y, sinceramente, considero que eres una mujer que la podría hacer tremendamente feliz —continuó ella con seriedad—. No voy a permitir que cometa nuevos errores contigo y te deje escapar. Por tanto, llévame a casa y te cuento todo lo que desees saber sobre ella.

***

Algo no iba bien. Lo podía notar y no dejaba de comerse la cabeza. *Si es que todo son preocupaciones en la vida.* Cuando no era una cosa, era otra. En particular, estaba que se subía por las paredes a causa de Eva… como siempre. Había cierta tensión entre ellas y no de la que le gustaba a Cloe, esa que acababa con un buen empotramiento. Obviamente, sabía que la culpa era suya porque no cambió nada y seguía evitando que la tocase. Probablemente, la capitana de las *Titans* se estuviese hartando y, aunque no lo dijese, estaría cabreada.

La solución que encontró fue disfrutar de la soledad de su mañana libre viendo una película de miedo. *Nada mejor para desestresarse. Necesito una muy gore*. Se decidió por una que no empezó demasiado mal, pero era tremendamente predecible y con más sangre que un punto móvil de donantes de la Cruz Roja. Le valía, por el momento.

—¡Aj! *Disgusting* —ni se había dado cuenta de que Carla estaba en la puerta veinte minutos después—. Eso es demasiado plasma para una sola escena. Parece que el tejido vivo se ha multiplicado anómalamente por el pecho de ese hombre. ¿Por qué ves escenas tan desagradables?

—¿Qué me estás contando? —Cloe la miró frunciendo el ceño—. Si eres médica…

—Doctora, sí, pero de investigación.

—¿Y la diferencia está en…? —ironizó la segunda entrenadora.

—Remarco que mi campo de acción no es con seres humanos. Bueno, sí, mis compañeros de laboratorio, pero no conversamos demasiado sobre asuntos no relacionados con

muestras genéticas.

—Lo que tú digas, pero ¿qué te pasa? Porque, normalmente, no te paras a discutir sobre sangre o lo que estoy viendo —la mayor sospechó que había pasado algo malo—. Te vas derechita a ducharte y descontaminarte de tu trabajo extenuante… o de venir de la calle.

—¿Qué me ocurre? —la menor se repasó la ropa de arriba abajo, alisando arrugas inexistentes, con el tono de voz más agudo—. Estoy bien, perfecta, impecable… como siempre. ¿Qué te hace pensar que me sucede algo?

—Tú actitud.

—¿Y a ti qué te pasa? —dijo la científica intentando copiarla para desviar el tema y no mentirle más—. Estás viendo una película demasiado encarnizada, hasta para ser tú.

—Nada, estoy perfecta, impecable… como siempre —la imitó ella.

Ambas se miraron fijamente un instante. No necesitaban tanto para saber que acabarían contándose sus preocupaciones. Ni un minuto aguantaron así.

—La estoy cagando con Eva otra vez porque sigo sin dejarla que me toque para no enamorarme y ya lo estoy —dijo Cloe sin pensar.

—Mi progenitor es un misógino y he coitado con Claudia siendo plenamente consciente de mis decisiones —le explicó Carla a la misma vez.

—¿Qué? —la mayor la miró atónita y dio un par de palmaditas en el sofá—. Cuéntame eso. Ya.

—¿Cuál de las dos situaciones, concretamente? —la menor se sentó junto a ella.

—Me interesa antes lo de acostarte con Clau, pero no sé, como se hayan desarrollado los acontecimientos porque menudo giro dramático, Miss Boston.

—Entonces, siento no aplacar tu curiosidad por mi consciente incursión en el sexo lésbico, pero lo del señor que puso un porcentaje genético en mi concepción ha sucedido primero.

Carla le contó todo lo que había ocurrido con el doctor Miller y Cloe casi le tiró el mando a la televisión de la indignación. Sin embargo, el aparato no tenía culpa y el señor gilipollas no parecía afectar mucho a su hermana, aparte de haberla cabreado en el momento. La científica incluso le aseguró que lo había meditado bien y no le merecía la pena dedicarle ni un solo pensamiento a semejante individuo. A pesar de ser la pequeña, era más madura que ella porque la rubia le habría partido la cara si le hubiese hablado así en su presencia.

Después, la cosa se puso interesante y se le bajaron los humos. Estaba clarísimo que le molaba Claudia si su primer instinto había sido ir a llorarle, metafóricamente, a ella. *Ahora que lo pienso, no la he visto soltar ni una lagrimita en años… Meh, lo hará en privado, como todo el mundo.*

—Vaya con el cisne negro —Cloe asintió impresionada—. Me está creando un conflicto porque un diez como bollera, pero ha atado a mi hermana pequeña a la cama y no sé si necesitaba tantos detalles en idioma científico. ¿Qué tal la experiencia, entonces?

—Realmente, referirte a ella como «cisne negro» es tremendamente desacertado porque no es una *ballerina*. Yo lo describiría mejor como danza urbana, ¿no crees?

—Lo que sea, Carla. No ignores la pregunta.

—Bueno… no estoy tan segura de haber tenido un orgasmo tan intenso durante el resto de mis relaciones sexuales —la doctora evitó mirarla, avergonzada—. No recuerdo la anterior vez con ella, pero esta… no puedo ni explicarlo con los términos que conozco. Me falta vocabulario.

—Te tragaste un diccionario, así que dejarte sin palabras es todo un logro —la rubia se rio levemente—. Bien por Claudia. ¿En qué habéis quedado? ¿Te has echado novia antes que yo?

—En conversar detenidamente en otra ocasión.

—¡No me jodas, Carla! Lo tenías a huevo para decirle que te gusta —Cloe se llevó las manos a la cabeza.

—No creo que fuese el momento exacto. Asimismo, tenemos ciertos temas que aclarar previamente —su hermana negó—. Es complicado, como lo tuyo con Eva. ¿Te apetece explicarme por qué tú no le has expresado tus sentimientos todavía?

—Es complicado —repitió la rubia con tono burlón—. No puedo. No sé cómo hacerlo y, cada vez que está cerca… de una forma no sexual, me bloqueo —suspiró agobiada—. Es como si mi cuerpo quisiese decírselo y mi cerebro estuviese constantemente gritándome que yo a ella no le molo, que lo voy a fastidiar todo, que no la merezco.

—Es un miedo irracional, Cloe. Eva siente lo mismo que tú, lo sabes —la menor le acaricio la rodilla con simpatía—. Cuanto más la pretendas alejar, el daño causado puede ser superior. De ese modo, solo conseguirás que se distancie de ti permanentemente.

—He perdido mucha gente que me importaba, y que no. Ahora, sé que no quiero destruirlo todo, si está en mi poder evitarlo.

—No te va a abandonar, si dejas de intentar desprenderte de tus emociones y desenredas la situación con ella.

—Ya… Pero no sé qué hacer.

—Podría recurrir a un aspecto psicológico y ofrecerte la opción de una terapia de choque. No obstante, prefiero evitarte el ataque de ansiedad y darte una alternativa compatible —Carla se lo pensó un segundo—. No es lo óptimo, pero ¿concibes alguna forma de no hacerlo cuando estés cerca de ella? Que no sea por mensaje, por favor. Demostrárselo o tener un gesto romántico.

—Se me da fatal el romanticismo —Cloe resopló—. Soy una negada para estas cosas.

—Entonces, déjame que reflexione y me haga una idea de tus posibilidades ante los distintos resultados.

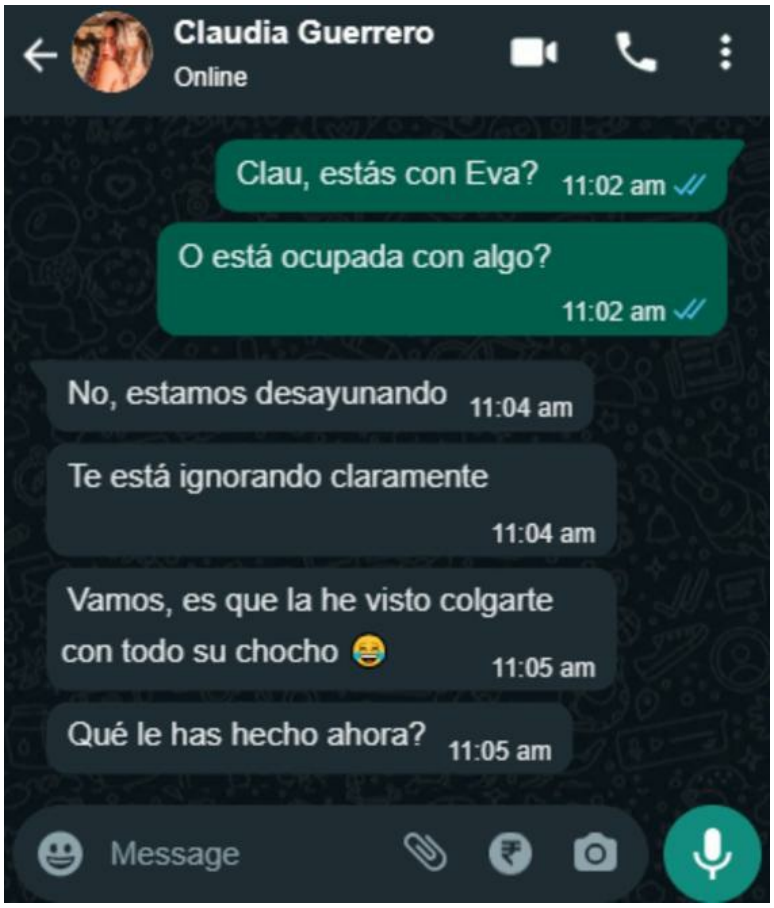
—Me encanta recurrir a la ciencia. ¿Presentación en PowerPoint con todos los planes haces o no?

—Si es necesario para hacértelos entender y que abandones la ironía, sí.

—Follar te ha vuelto muy *sassy*, eh.

Su hermana se levantó rodando los ojos y la dejó a solas con su película. Se había perdido la mitad, pero no fue muy difícil seguir el argumento con dos muertes nuevas y el asesino persiguiendo a una tercera chica desesperada. *¿Por qué gritas? Te va a pillar en… ¿Ves? Por tonta. Las tías de las pelis de miedo nos bajan la media intelectual*.

La distracción no le duró ni una hora y se volvió a comer la cabeza durante los créditos. Sabía que Carla le había dicho que no lo hiciese por teléfono, pero ella no era la hermana más racional y le escribió a Eva para preguntarle si podía llamarla. Lo que no esperó fue que la dejase en visto. Por mucho que insistió, solo recibió los dos tics azules y una puñalada en el corazón. Incluso cuando marcó su número, no dio ni un tono antes de cortarse. *¿Qué coño? ¿Me ha colgado?* La invadió el pánico un segundo y procuró tranquilizarse. Quizás, estaba ocupada. *Claudia lo tiene que saber*.



Está cabreada. Siempre llego tarde a arrepentirme. Ya la conocía y no había otra explicación. *¿Qué hago ahora?* El gran gesto romántico que le había aconsejado la científica le parecía una estupidez, pero no tenía una solución mejor y sí una idea kamikaze que no implicaba ser impulsiva e ir a casa de Eva a enfadarla con una discusión más. Después de todo, las palabras de Carla sobre perderla permanente se habían instalado gratuitamente en su cerebro y ya estaban remodelando el dormitorio principal.

Una búsqueda rápida en internet, le indicó que era muy tarde para hacer locuras. Así que le tocó esperar impacientemente hasta una hora prudencial y, cuando llegaron las cinco, escogió el comodín de la llamada:

—¿Cloe? —la voz al otro lado sonó adormilada—. Dame un segundo.

—Mátala de mi parte —gruñó su excompañera.

—Cora, vuelve a dormirte —oyó una puerta cerrarse y a Lucía bostezar—. Cloe, son las ocho de la mañana.

—San Google me ha dicho que las nueve —se disculpó ella.

—¿Han cambiado la hora en España ya? En el resto del mundo, no lo hacen.

—¡Mierda! Lo siento, pero agradece que no te llamé a la una de la mañana —la sub entrenadora se agobió por la que estaba liando—. Te puedo hablar luego.

—Ya me he levantado —negó la cantante—. Voy a prepararme un té mientras me cuentas qué te pasa.

—Lo mismo de siempre: Eva. Mi hermana me ha dicho que le diga lo que siento siendo una romántica porque, cara a cara, no tengo los ovarios y he pensado en ti. Eres una moñas. Ayúdame.

—No sé si sentirme halagada u ofendida. Es muy temprano —su amiga se rio—. ¿Qué quieres que haga yo exactamente?

—Pues había pensado que le dedicases una canción, pero eso es demasiado lento y necesito decírselo ya —su desesperación habló por ella—. ¿Te acuerdas del texto que le escribiste a Cora? ¿Me echas una mano haciendo algo de ese rollo? Se me da fatal lo de expresarme.

—No te preocupes. Sé que no puedes sacártela de la cabeza.

—Ni con agua caliente. Desde que me chupó los abdominales, supe que no había vuelta atrás.

—¿Que te chupó qué? —se sorprendió Lucía—. ¿Cuándo ha pasado eso?

—Cuando estabais de vacaciones, en la isla de tu cocina. ¿No te acuerdas?

—Preferiría olvidarlo. En fin, ¿voy a por mi portátil y nos ponemos en videollamada? Así, compartimos pantalla —le propuso la chica.

—Sí, por favor. Espero lo que haga falta.

Dos minutos después, estaba sentada en su cama con el ordenador delante y un tsunami de palabras que quería decir, pero no se atrevía, flotando en su mente. La cara de Lucía no tardó en aparecer en el monitor. La cantante dio un sorbo a su té y se subió las gafas, antes de mirarla con un poquito de odio, por despertarla tan temprano seguramente. Ella se disculpó otra vez.

—No pasa nada —Lucía le sonrió—. Total, tengo el día libre y Cora un partido en dos horas.

—Alma me hace estar al tanto de las jugadoras de otras ligas y he visto que tiene unas estadísticas buenísimas, ¿no? Menuda racha lleva.

—Sí, están muy contentos con ella, pero… —la menor suspiró—. La han llamado de un equipo de Seúl y otro de San Francisco, con ofertas mejores. ¿Qué tal es Corea? Me da que vamos a acabar allí cuando termine la temporada.

—Está bien si te acostumbras —Cloe se encogió de hombros—. Mucho entrenamiento y poco tiempo libre. Se lo toman bastante más en serio. ¿Te vas a ir con ella?

—Mhm. Puedo trabajar desde donde sea y la discográfica me paga los vuelos al estudio, tours, etcétera.

—Es una idea loca, pero cabe la posibilidad de que, en unos cuantos meses, sea la entrenadora oficial de las *Titans*. ¿Crees que Cora se vendría de vuelta? Porque me gustaría fichar a la mejor DPS de la liga norteamericana.

—Si no quiere, yo la convenzo —se rio su amiga—. Echo de menos España. Hasta salir de fiesta con vosotras.

—Si me aprueban la propuesta, serás la primera en saberlo —la segunda entrenadora le sonrió.

—Bueno, al texto. A ver si, para cuando volvamos, Eva y tú estáis juntas de una vez. Que sois unas pesadas con vuestros dramas —bromeó la cantante—. ¿Qué quieres decirle exactamente?

—Que me perdone… otra vez, que soy gilipollas, que lo siento, que la quiero, que voy a dejar de ser imbécil y que me puede tocar lo que quiera —soltó sin respirar.

—Entiendo el porqué del texto. Todo eso no cabe en una tarta.

—Comerle el coño a Cora te está volviendo muy graciosa, ¿eh? Me caías mejor cuando llorabas por ella —Cloe rodó los ojos—. Rubia, no me toques los ovarios. Voy en serio.

—Perdón, perdón —Lucía se aguantó la risa—. Vamos a tener que darle una vuelta a las repeticiones y a las palabras, pero los sentimientos están. ¿Qué te parece si…?

La cantante se lo presentó como si fuese fácil, pero la retuvo toda la tarde cambiando y retocando cosas que no convencían a ninguna. Al final, a quien le dio la una de la madrugada fue a Cloe. Entre medias, vio a Cora marcharse, regresar victoriosa, a Lucía prepararse la comida y almorzar mientras ella cenaba en su cuarto, y a la DPS quejarse de que seguían allí, pero no avanzaban, aunque Eva fuese muy sencilla de complacer. Desde luego, admiraba a la menor si pasaba por ese proceso con cada canción que componía y, encima, rimando.

—Yo lo dejaría así —Lucía lo repasó con los ojos—. Está genial. Además, te está amaneciendo.

—¿Segura? Creo que… —la duda la abrumó.

—Cloe, está genial —la detuvo su amiga—. Ni yo lo hice tan bien con el de Cora. Es perfecto y le va a encantar —la intentó tranquilizar.

—¿Me haces otro favor? —le pidió la mayor—. ¿Lo lees tú? Tienes la voz más bonita y yo no sé entonar.

—Hecho, pero le dices que es tuyo, ¿eh? Y que no se te olvide acompañarlo de un «Te quiero».

Capítulo 27: Sentimientos desbloqueados

Solo a ella se le podía ocurrir llegar temprano a un sitio en el que no le apetecía estar. Ni siquiera estaba allí la técnica de sonido y le iba a tocar esperar con sus nervios. Por lo menos, podría organizar sus notas y sus pensamientos sobre cómo fingiría que no pasaba nada ni estaba mosqueada con Cloe porque había vuelto a la tontería de que no la tocase. Ignorarla le fue bien el día anterior, pero hacerlo en el móvil era más fácil que en persona.

Mientras iba la rubia, se puso a mirar sus redes y distraerse con las historias de Lola Índigo. Era buena distracción. Sin embargo, también se encontró con el último vídeo de Lucía. *Ya está otra vez con los textos bonitos para Cora. Ojalá, yo me echase una novia así.*

—Quiero odiarte, casi tanto como sacar de mi cabeza y mi pecho todo lo que siento por ti —comenzó su amiga—. Olvidarme de tu pelo castaño, tu mirada penetrante y tu sonrisa genuina. Deseo no querer besarte a cada instante, bajarle la intensidad a mi cuerpo cada vez que tus ojos se encuentran fortuitamente en los míos.

No sabía que Cora tenía el pelo castaño en realidad. Supongo que hace mucho que no la veo. Debería hacerle una videollamada y ver si lo tiene azul aún. Era precioso, incluso la tercera vez que lo vio porque, esa mañana, Cloe se lo había pasado por WhatsApp y lo había puesto en su Twitter también. Además, la historia que estaba ojeando era de la segunda entrenadora, y no de Lucía. *Por lo menos, es buena amiga y la apoya. Bueno, siempre se llevó mejor con ella que con Cora. ¿Le gustaría de verdad? ¿A quién no le gustaría Lucía?*

—Buenos días —la mayor interrumpió sus pensamientos.

—Buenos días —saludó ella educadamente—. ¿Qué tal?

—Bien, supongo. ¿Y tú?

—Me alegro. Yo bien, también. Estupenda.

Cloe se sentó asintiendo. *Qué… incómodo todo. Es solo una hora. Ya mismo acabamos*. Intentó motivarse para que no quedase el podcast muy raro. Sin embargo, le llamó la atención que la rubia estuviese nerviosa, como si quisiese decirle algo todo el rato. *A lo mejor se ha dado cuenta de que no estoy contenta. Corre, dile algo normal.*

—Tu hermana se acostó con Claudia ayer —soltó sin pensar.

—Sí, eso parece —la chica sacudió la cabeza saliendo de su mundo—. Se ve que fue una experiencia… épica.

—Mhm. Clau ha vuelto a los calcetines alegres con verduras sonrientes.

—¿Emm? —Cloe frunció el ceño, confusa.

—Cuando vino James, se los ponía grises con nubes y cosas así —le explicó Eva riéndose incómodamente—. Le cambian los calcetines según el estado de ánimo. Tiene como tres cajones llenos.

—Ah, curioso…

El silencio que se hizo pesado hasta que la productora indicó que iban a empezar a grabar. Podría haber aprovechado la oportunidad para preguntarle lo que quería. Llevar a Carla a su casa el día anterior ya no le parecía tan productivo. Obviamente, había averiguado la estupidez por la que Cloe se negaba a que le devolviese los favores cuando se acostaban y Eva se moría de ganas de decirle que si le merecía la pena no dejarse tocar para no enamorarse, porque ella ya lo estaba. Si ambas tenían sentimientos, solo perdían el tiempo con tonterías. *Cuando acabemos. A ver… Cloe, ¿eres gilipollas? No, no, no. Demasiado agresivo. Cloe… Mmm… ¡Ya sé! Cloe, parece que te ha gustado el texto de Lucía. Así me siento yo por ti, imbécil. Igual lo de imbécil es pasarse, pero lo demás me vale. Buena idea, sí. Si admito lo que siento por ella, no le puede dar miedo a darse la hostia. Para que luego digan que soy tontita…*

Armada con su plan infalible se animó y el podcast terminó saliendo decente, aunque su compañera estuviese en la luna cada dos por tres. Quizás, sí que tenía algo que decirle. Aun así, pensó que era mejor empezar ella para no darle la oportunidad de alejarla. Estaba harta de que Cloe decidiese que su vida sería mejor sin ver su estúpida cara bonita y sus preciosos ojos verdes. Por eso, recogió muy despacio al acabar y esperó a que las otras dos chicas se fuesen. *Venga, díselo.*

—El texto de Lucía… —comenzó.

No le dio tiempo a pronunciar ni una palabra porque Cloe le comió la boca y acabó contra una pared. *Qué mal se le da lo de hablar, pero qué bien besa…* Le era imposible resistirse y, después, la rubia ya no se marchaba corriendo, así que tendría un momento para decirle lo que quería. Claramente, no se iba a negar a que la mayor le metiese la mano en los pantalones y… Se había olvidado de un pequeño inconveniente por el que debería habérselo impedido, pero no estaba pensando siquiera. Solo se acordó cuando la chica la miró confusa y retiró los dedos manchados de sangre, los cuales observó frunciendo los labios. *¡Maldita regla cortarollos!*

—Es que no me has dado tiempo a nada —se excusó Eva—. Si no me comieses la boca así y me dejases hablar… Con lo que me gusta a mí hablar.

—¿Tú también? —Cloe le enseñó los dedos.

—¿Cómo que yo también? —se indignó la castaña—. ¿Qué otra te has tirado ya que tenga la regla?

—Da igual, no importa —la mayor se le acercó para intentar besarla nuevamente.

—No, no, no. Nada de no importa —la jugadora la apartó y se cruzó de brazos—. ¿Con quién más te estás liando?

—Buah, déjalo, se me ha quitado todo el calentón.

Cloe resopló y caminó hacia la salida. Para cuando le dio tiempo a procesar, ya se había ido. Eva se quedó, anonadada y con la calentura que le había dejado la rubia en su cuerpo, mirando la puerta boquiabierta. *Pero… Si Carla me dijo que siente cosas por mí, ¿a quién se está tirando?* Eso no se lo esperaba de la mayor y tardó un buen rato en reaccionar.

De regreso a casa, su cerebro se puso insoportable durante todo el viaje en coche porque no entendía qué estaba ocurriendo. Empezó la mañana queriendo contarle lo que sentía y la iba a

terminar con el corazón roto. *Por tonta. Le has dado mil oportunidades y sigues volviendo como un perrito faldero. La primera vez que se empeñó en dejar de ser follamigas, tenía que haber cortado por lo sano. Carla me la ha liado con lo de que su hermana solo piensa en mí, que le late el corazón súper fuerte conmigo y que nuestros «encuentros sexuales» implican algo sentimental. ¿Para qué le hago caso?* Iba a tener que tirar sus ilusiones a la basura y olvidarse de Cloe para siempre. Fue la única salida que vio en el momento.

Le pareció fácil, pero se comió la cabeza toda la tarde. *¿Quién tenía la regla también? Seguro que, por eso, ha venido a quitarse el calentón conmigo. Solo me está utilizando y a la que quiere tanto, como dice Carla, es a la otra. ¡Yo soy la otra! ¿Me está usando? ¡¿Me está usando?!* Con su mente aún gritándole, acudió a la única persona que le quedaba para quejarse de la maldita Cloe y llamó a su mejor amiga:

—Eva, te voy a matar —la sorprendió Lucía contestando.

—Emm… ¿No está Cora? —dudó ella.

—Sí, está… ocupada —la palabra se le atragantó a la chica—. Cora, no, si… ¡Para!

—¿Estáis…? —la castaña se dio cuenta de lo que había interrumpido—. Me cago en la fruta y en todos los santos. ¿Por qué cojones folla hoy todo el mundo menos yo?

—Eva, ¿qué coño quieres? —la cantante resopló, o jadeó, desesperada—. Cora, para, por dios. Estoy intentando…

—¿Acabas de decir coño? —la voz de su amiga peliazul sonó lejana y sorprendida.

—Sí, es que estaba a punto de correrme cuando ha llamado la otra mitad dramática de Ron y Hermione.

—Ron es Cloe, ¿verdad? —se rio Cora—. Porque era pelirroja y eso…

—Yo no me parezco a Her… Da igual —Eva negó con la cabeza—. Os dejo y me voy con mi dolor de ovarios y corazón. Seguid a lo vuestro.

Colgó al instante. Lo último que quería era arruinarle el polvo a su mejor amiga. No era culpa de Cora que Cloe fuese imbécil y que ella también por hacerle caso. No pudo evitar seguir pensando en cómo de usada se sentía y que la segunda entrenadora había engañado a todo el mundo. *Hasta su propia hermana se cree que le gusto yo. Increíble.*

Por suerte, Lucía la sacó del bucle un rato después al devolverle una videollamada. Aun así, la sorprendió de nuevo porque lo hizo con el móvil de la peliazul, que estaba haciéndoles algo de comer, que no era su novia.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó la rubia—. ¿Y qué ha hecho Cloe ahora? Aparte de lo obvio.

Eva empezó a contarle el encontronazo palabra por palabra. No las iba a olvidar tan fácilmente con el daño que le habían hecho.

—Pero ¿habéis hablado? —Lucía la miró desconcertada.

—Hablar… hablar. Lo que se dice hablar…

—Ya me entiendes. Que si habéis discutido los términos de la relación.

—¿Qué términos? ¿Tú no eres cantante? ¿Desde cuándo te has vuelto abogada? —la castaña rodó los ojos—. Además, ¿a qué relación te refieres? No éramos nada.

—Espera… ¿No te ha contado…? —Lucía parpadeó más confusa aún—. Claro que no, es Cloe. ¿Crees que el texto que he publicado y que ella ha puesto hasta la saciedad es casualidad? Lo escribió ella. Yo solo le eché una mano. Me pidió ayuda porque está loca por ti, pero es tan inútil como Cora para las cosas del amor.

—¡Eh! —oyó a Cora de fondo.

—Lo siento, cariño, pero admítelo —la cantante se encogió de hombros—. Tú y Cloe sois la misma persona estúpida en diferentes cuerpos muy sexis.

—No puedo competir con tu lógica, pero me siento ofendida igual —la peliazul entró en su campo de visión.

—¿El texto era para mí? —dudó ella incrédula.

—Sí, aunque, claramente, no te lo ha dicho —la rubia suspiró—. Es boba. Ni habrá llegado a explicártelo, ¿verdad?

—No. Me lo mandó por WhatsApp, pero creí que te estaba apoyando. Yo qué sé.

—Es más torpe de lo que pensaba —soltó la menor desesperada—. Mira que le insistí en que te dijese que era suyo.

—Se tiraron un día entero con el maldito texto —señaló Cora.

—Bueno, una noche para Cloe, pero sí. No la había visto tan insegura de sus palabras en la vida —su novia pareció estar decepcionada y apenada—. Cualquiera diría que es una persona exigente, pero dudó hasta de la última coma porque quería que fuese perfecto.

Eva se quedó mirando la pantalla como si aquella conversación fuese una alucinación, pero estaba pasando de verdad y la pareja seguía hablando sobre todo el esfuerzo que había puesto la segunda entrenadora en el dichoso texto. *¡Por eso, lo del pelo castaño! Como el mío… Es que soy tonta*. Literalmente, lo había escuchado tres veces y no lo entendió. Estaba ciega. Entonces, cayó en que, probablemente, Cloe quiso decirle algo sobre el tema durante toda la mañana y no lo hizo. *Cuando empecé con lo del vídeo de Lucía, se creyó que lo pillé y me besó*. Sin pretenderlo, la rubia le había dicho más con ese beso de lo que ella fue capaz de ver. *Pero lo tuvo que arruinar todo… Aunque yo también habría intentado follar si me hubiese puto enterado de que el texto era para mí*.

—Eva, ¿sigues ahí? —la voz de Cora la sacó del bucle.

—¡Sí! Sí, estaba pensando —respondió ella—. ¿Por qué no me ha dicho nada?

—Está cagada de miedo —la peliazul suspiró—. ¿Os queréis dejar de tonterías?

—Es Cloe la que no sabe hablar —se defendió la castaña.

—¿Y tú qué? —Lucía parecía indignada—. Vale que Cloe no es muy expresiva, pero ¿tú le has confesado tus sentimientos?

—¡Lo sabe! Sabe que me gusta —exclamó la *Titan* entrando en pánico—. ¿Cómo no lo iba a saber?

—¿En serio, Eevee? —la mayor de las tres rodó los ojos—. Joder, tía, díselo. Cuando le aclares que la quieres de verdad, no tendrá motivos para pensar que no hay posibilidad de estar contigo.

—¡Sí! ¡Eso voy a hacer! —Eva se levantó motivada—. Voy a ir a su casa y… Son casi las doce de la noche —se volvió a sentar en la cama desmoralizada—. Mejor mañana.

—Mejor —dijo la pareja a la vez antes de reírse.

—Pero no lo dejes, eh —la amenazó sutilmente la cantante—. Y llámanos con buenas noticias… sobre esta hora, si puede ser, mientras almorzamos.

Eva se disculpó por interrumpirles el polvo y las dejó tranquilas por si querían retomarlo. Iba a ser una idea buenísima si se iba a la cama y dormía un rato. De todas formas, la vería al día siguiente para el entrenamiento y, luego, la llevaría a casa si, casualmente, Claudia no la recogía.

Por suerte, Cloe no parecía enfadada, aunque sí callada, durante sus horas con las *Titans* y no la obligó a regresar sola, como se temió. Sin embargo, los nervios se la comieron todo el tiempo y Alma le regañó por estar fuera de sí. Además, tampoco ayudó que la rubia ni la mirase en el trayecto en coche hasta su casa. *Venga, díselo. No, no, mejor lo hago suavecito. No vaya a ser que le dé pánico y pise el acelerador a lo loco.*

—Cloe, ¿podemos hablar un momento?

—Si es por lo de ayer…

—No, no es eso —la detuvo Eva y respiró hondo—. Creo que ha habido una confusión tonta.

—¿Crees? —la mayor se giró hacia ella con ironía.

—Es culpa de las dos. Yo no sabía que el texto era de ti para mí, como los regalos de cumpleaños, y tú no me lo aclaraste —la castaña pensó un instante cómo continuar—. Yo también tuve una noche entretenida con Lucía y Cora ayer. Por eso… Déjate de textos, indirectas y mierdas porque estoy harta. Dime qué quieres de mí. Sinceramente, hemos llegado a esta situación por lo mismo de la última vez. ¿Por qué no me dejas tocarte cuando follamos?

Decidió que era mejor darle la oportunidad de explicárselo ella misma, aunque lo sabía por Carla. Se mordió la lengua un momento, pero se lo acabaría confesando todo. No saldría del coche sin hacerlo.

—El sexo lleva a… otras cosas —le respondió Cloe bajando la vista—. Y no quiero.

—¿El qué? —la menor intentó que siguiese hablando.

—No quiero… enamorarme de ti —la rubia acabó susurrando.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema con eso? Porque, si enamorarse es malo, estoy jodida.

—Ya somos dos.

—No, ya está. Que le den a esto —Eva explotó de la pura desesperación—. Cloe, mírame —esperó impacientemente hasta que lo hizo—. Estoy coladita por ti y me muero de ganas de estar contigo. Enamorada es poco, la verdad. ¿Ves? No es tan difícil. Se acabó la inmadurez, ¿vale?

—Yo… —la segunda entrenadora cerró los ojos y resopló—. Lo siento por milésima vez. Sé que te estoy haciendo daño y te juro que no es para nada mi intención, pero no quiero perderte. Igual, te has dado cuenta de que, cuando quiero a alguien, tienden a irse o a abandonarme. No sé qué coño haría si me pasa contigo —la chica fijó la vista en ella y apretó los puños—. Eva, lo quiero todo contigo, pero tengo tanto miedo a cagarla otra vez y perderte o a… arruinarte la vida que no puedo funcionar como una persona normal cuando estás cerca. Lo siento —terminó agachando la cabeza.

Eva puso una mano sobre el puño que había cerrado y le elevó la cara con la otra, cogiéndola por la barbilla.

—No más jueguecitos, ni enfados, ni intentar que no te toque —la castaña le sonrió con ternura al ver una lágrima caer por su mejilla—. No me voy a ir a ningún lado. Si no quieres una relación seria conmigo, es el momento de salir corriendo. Si no, bésame, que se te da mejor que hablar.

Rezó con todas sus fuerzas para que Cloe estuviese procesando sus palabras y no pensándose lo de escapar. Casi le dio un infarto porque estaba tardando demasiado en hacer cualquiera de las dos cosas que le había propuesto y apenas le dio tiempo a asimilar que sus labios estaban siendo atrapados por los de la rubia. Se le iba a salir el corazón del pecho, pero no podía estar más feliz.

—Por cierto, antes de que haya confusiones extra y por si no lo pillaste tampoco —Cloe se separó un segundo—. Soy yo la que también tiene la regla.

—Me da igual. Cállate —ella la agarró por la cara y la besó.

***

Seguía esperando su momento. Tras el encuentro con Carla, no la había vuelto a ver porque la doctora estaba muy ocupada en el laboratorio y no terminaban de coincidir para hablar en persona como ambas querían. Los mensajes le sabían a poco y las escasas llamadas se le quedaban cortas. Por eso, se alegró cuando quedaron para salir ese viernes. En principio, iban a estar las dos solas, pero no supo cómo acabaron aceptando una fiesta grupal. En realidad, fue culpa suya por decirle a Eva que tenía planes fuera. Su amiga le comentó que quería celebrar su sorprendente noviazgo y ya se apuntaron las demás en cascada.

Técnicamente, aún no se creía que Cloe hubiese dejado de liarla y estuviese saliendo con Eva, pero la castaña ya no lloraba ni iba refunfuñando por los rincones y la cosa prometía ser real. En el fondo, hasta tenía curiosidad por verlas juntas y no le molestó tanto que se acoplasen a su cita con Carla. *Con suerte, así está relajada también y me cuenta la movida de su padre*. Era lo único que le importaba porque le había quedado claro que lo de James solo fue un intento de ser «normal». Le hacía hasta gracia que la propia científica se creyese una rarita y probase a estar enamorada del primer chaval que fue agradable con ella solo por demostrar que no era un robot

sin sentimientos.

—Nos están esperando ya —Eva le metió prisa—. Cloe dice que hay mucha cola para entrar, pero que vayamos tirando.

—Odio las filas de las discotecas —protestó Claudia cogiendo las llaves del coche—. ¿No os conocen ya para saltárnosla?

—Eso solo funcionaba con Lucía y Rodri —se rio la castaña—. Lo de ser pro *gamer* no abre tantas puertas.

—Deshonra sobre tu vaca por no ser famosa.

—¿Y tú? Eres bailarina de una artista top y ni por esas nos cuelas.

—Te colaría… si fuese con Lali, pero nadie se fija en la gente que baila detrás de la cantante —ella se encogió de hombros—. Vámonos ya, que te espera tu novia.

En realidad, le daba un poco igual Cloe. Solo quería ver a Carla, y comerle la boca, si podía. Tenía la seguridad de que la doctora se sumergiría en una conversación bien completa antes de que eso pasase, pero no descartaba nada yendo a un sitio con alcohol. Le iba a tocar cuidar de ella para que no acabase como una cuba, pero le dio igual al encontrarla en la distancia. Sin embargo, la científica no le puso fácil lo de controlarse porque, otra vez, llevaba ropa de su hermana y estaba buenísima con el top corto de manga larga y unos pantalones negros súper pegados. *Lo mismo viene a hablar conmigo que se pira de misión secreta para la CIA.*

—¿De qué te ríes? —le preguntó la mayor de las Álvarez al alcanzarlas.

—Carla parece un ángel de Charlie con eso puesto —ella se encogió de hombros.

—Se lo he dicho y mira que le he dado vía libre para saquearme el armario —la segunda entrenadora rodó los ojos—. No sabía ni que tenía ropa así.

—Por ese motivo, he seleccionado este atuendo —se defendió la investigadora—. Está en desuso y son de los únicos pantalones que se me ajustan en cuanto longitud.

—Es que tienes las piernas muy largas, rubia —Eva se paró junto a su novia sonriendo—. ¿Qué tal el día? ¿Cómo ha ido el secuestro de Max?

—Bien, me ha llevado a…

Claudia desconectó al notar que Carla se acercaba a ella y le dejaba espacio a la pareja. *¿Sería una locura preguntarle aquí mismo? A lo mejor, la cola de la discoteca no es ideal para hablar de temas serios. Bueno, ni el interior tampoco. A ver cómo nos las apañamos…* Al darse cuenta de que la científica no decía nada, ella también se quedó callada y observó a la gente avanzando lentamente, aunque le interesó más su amiga. Eva y Cloe ni se habían besado al llegar. *¿Seguro que están saliendo y Evita no se ha hecho ilusiones otra vez? Como se la vuelva a liar, la mato y se queda sin Lola del Hacendado.* Además, estuvieron tan en silencio como ellas un rato. La única que parecía nerviosa era la jugadora, que no dejaba de moverse como si se mease. *A que no están juntas y se lo va a pedir hoy. No, si me dijo el lunes que ya tenía novia. Esto es más raro…*

—¿Quieres parar? —Cloe resopló echándole una mirada.

—Tengo frío, ¿Vale? —se quejó su amiga.

—Es que ¿a quién se le ocurre venirse sin chaqueta? —la mayor rodó los ojos—. Estás muy guapa, pero esto no abriga nada.

—Si no me hubieses metido prisa… Tengo las manos heladas —la castaña se las frotó.

—Deja de quejarte ya —la segunda entrenadora suspiró cogiéndole una mano y metiéndosela en el bolsillo de la cazadora con la suya—. Aunque haga calor por la mañana, de noche refresca.

A Eva le dio igual lo que le riñese porque le había dado la excusa perfecta para pegarse a ella y rodearle el brazo cariñosamente. Claudia sonrió al verla tan contenta. *Ya era hora*.

—¿Tú no tienes frío? —le preguntó Carla.

—¿Qué? ¿Yo? No —la bailarina se miró los *shorts*—. Soy de sangre caliente.

—Científicamente hablando, todos los seres humanos presentamos esa «sangre caliente» —la doctora hizo las comillas—. Es lo que nos distingue de otros mamíferos y la mayoría de los reptiles.

—Me refería a que… Da igual —Claudia se rio ante su seriedad—. No tengo frío, no.

—Bien. Es óptimo mantener una temperatura corporal constante, a pesar de los cambios externos.

—Es lo que yo digo siempre —bromeó ella.

La investigadora la observó impasible y la hizo borrar la estúpida sonrisa de su cara por la incomodidad. *Esto va a ser más difícil de lo que pensaba. Pero está tan mona cuando se pone así…*

Al entrar por fin, les tocó sentarse en la barra porque todo Madrid había decidido ir allí. Por tanto, no encontraron sitio para todas y Cloe se ofreció a quedarse de pie, cosa que a Eva le vino estupendamente para estar a su altura y comerle la boca mientras les servían la bebida. Claudia le tenía un poquito de envidia, pero sabía que ella haría lo mismo en su lugar.

Dos chupitos después para el resto y media botella de agua en su cuerpo, apareció Max con otro chaval tres veces más alto que él. Lo presentó como su colega, pero todas sabían que ahí había algo, aunque ninguna dijo nada.

—Ah, toma —el chico le dio una chaqueta de cuero blanca a Cloe—. ¿Para qué la quieres si ya llevas una puesta?

—No es para mí, enano —la mayor se la puso a su novia por los hombros—. Gracias por pasarte por casa a cogerla.

—Nada. Entonces, ¿estáis saliendo de verdad? —cuestionó él—. ¿He perdido la apuesta y le debo veinte pavos a Cora?

—¿Qué le pasa a este equipo apostando con la vida amorosa del resto? —Eva rodó los ojos—. Sí, estamos juntas.

—Tú te callas, que apostaste con Lucía y Cora —se rio la segunda entrenadora.

—Empezasteis vosotras y me sentía excluida —se excusó la jugadora.

—Pero si te faltó apostarte el coche —Max soltó una carcajada—. Eras la que más remaba ese *ship*.

—Con Rodri como capitán —asintió la mayor.

—Jamás imaginé que Cloe contaría con un grupo tan allegado —dijo Carla para ellas dos, no para el resto—. En su adolescencia, no le conocí amistades duraderas. Interesante.

—Es Eva —observó Claudia—. Es imposible no hacerte amiga suya. En el pueblo, siempre estaba rodeada de gente. Vaya dos se han juntado, ¿eh?

—No considero que mi hermana hubiese podido hallar a alguien que la complementase mejor.

—Es la única persona con la que ha estado Evita que me cae bien —admitió la bailarina —. Tiende a fijarse en todos los gilipollas.

—Cloe es… brusca, pero, en el fondo, no es mala —la científica sonrió viendo a la mayor aguantar a su amiga dándole con el dedo en la mejilla—. Su crueldad está solo dirigida a aquellos que dañan a quien le importa, incluida hacia ella misma.

—Como vaya para Eva alguna vez, me la cargo. Lo sabes, ¿no?

—Estoy convencida de que, antes de lastimarla, se marcharía de su vida —Carla la miró muy segura de sus palabras—. Créeme, ha aprendido la lección.

Los ojos azules de la investigadora se clavaron en los suyos y le pararon el corazón. Ella jamás se iría a ninguna parte si tuviese la opción de quedarse junto a aquella mirada para siempre. Aun así, su atención la captaron los labios de la menor y su cerebro dejó de funcionar. Solo pensaba en besarlos una y otra vez. Por suerte, Max la distrajo al despedirse porque se iba con su «colega».

—¡Ah! —gritó Eva agarrando del brazo a su novia—. ¡Vamos a bailar! ¡Me encanta esta canción!

—¿En serio me vas a hacer bailar algo de *la* Lola? —se quejó Cloe.

—Hasta en el día de nuestra boda, rubia —se rio su amiga bromeando—. ¡Te quiero, te borro, te beso, te olvido! ¡Tú eres mala suerte! —canturreó pasando a su lado y arrastrando a la chica.

—Cuídamela —le pidió la mayor señalando a su hermana con la cabeza—. Eva, me vas a arrancar el brazo. Qué angustia de niña…

Claudia las observó un instante hasta que alcanzaron la pista de baile y, luego, se centró en la morena, que estaba terminándose su coctel. *Por fin, solas. ¡Mierda! ¿Ese es el segundo o el tercero? Da igual. No parece que esté borracha*. Esperó pacientemente a que la chica pidiese otra copa y se girase hacia ella.

—Tenemos una conversación pendiente, ¿no? —le dijo directamente.

—En efecto. Yo la hubiese mantenido ante un plato de sushi y música ambiental, no… esto —Carla señaló al aire—. No obstante, no encuentro la necesidad de aplazarlo más. Primeramente, permíteme disculparme por el malentendido que ha causado mi inmadurez. No pretendí ocultarte mi relación con James, pero te aseguro que no tenía sentimientos románticos. Es solo un buen amigo.

—Le pusiste los cuernos a él, no a mi —Claudia se encogió de hombros—. Lo que me preocupa es que, siendo hetero, nos hayamos acostado dos veces.

—Cierto… Se podría concluir que no soy muy «hetero» entonces —la científica lo pronunció imitándola—. Obviamente, siento atracción por ti y considero que es evidente. Asimismo, no dejo de recordar nuestro último encuentro sexual, incluso estando en el laboratorio. Como comprenderás, circunstancia que es sumamente desfavorable para mi investigación.

—Lo entiendo, pero ¿es bueno o malo para ti? —la bailarina estaba luchando por no perderse—. No es que no me importe tu trabajo, pero quiero saber si piensas que es un error que nos acostásemos.

—¡No! Para nada —la menor volvió a calmarse tras exclamar—. En lo particular, no lo veo negativamente. Fue… interesante.

—Carla, que no soy un experimento científico, joder —la rubia rodó los ojos—. Di que te gustó como a una persona normal, pero que no quieres nada conmigo porque te estorbo para ser la genetista del año o lo que sea.

—Tu hipótesis no es del todo acertada, puesto que el experimento se encuentra del todo concluido y a mí me apetecería repetirlo, solo por satisfacción personal.

La doctora la miró fijamente sin mostrar ni una sola emoción. Sin embargo, su tono insinuó más que su cara y la estaba confundiendo. ¿Quería volver a hacerlo con ella, pero sin ser nada? ¿O era su forma de decirle que comenzasen una relación seria? No tenía nada claro. Se suponía que habían quedado para aclarar las cosas y estaba oscureciendo. *¿Cómo le pregunto para que me responda directa, sin tantas vueltas, que sí o que no quiere ser mi novia?*

Para su desgracia, la pareja volvió y Carla se entretuvo hablando con su hermana sobre lo feliz que la veía. Además, Eva se empeñó en que fuese al baño con ella porque, si la acompañaba su novia, no iba a poder mear.

—Las *Titans* y los baños no somos buena combinación y sigo *reglosa* —su amiga le puso cara de cachorro al salir del cubículo—. Tengo el útero al rojo vivo, nunca mejor dicho.

—No me digas que no habéis follado desde… —Claudia la observó boquiabierta—. Eva, tía…

—Lo he intentado… y Cloe también, pero siempre pasa algo —se quejó la castaña—. Dos veces, nos ha pillado Max, con los entrenamientos imposible, tú que ya no te pasas toda la noche en el estudio y, ayer, me llamó Cora a medio desvestir. Además, no quiero hacerlo en un baño.

—Joder, dímelo y me quedo ensayando —ella rodó los ojos—. Mira, hoy que se quede a

dormir y, mañana, yo me voy tempranito. La casa para vosotras todo el día. Ah, y apaga el teléfono. Solucionado.

La jugadora se lo agradeció mientras regresaban, aunque ella no sabía cómo había aguantado sin tirársele encima a Cloe en cada esquina. A Claudia le hubiese resultado insoportable con solo verle un trocito de piel. Por eso, entendió que se pegase a la mayor como una lapa y acabase metiendo las manos por los lados de su chaqueta para abrazarla con cualquier excusa estúpida. La segunda entrenadora no pareció molesta, pero siguió hablando con su hermana tranquilamente mientras rodeaba a su novia con los brazos. En realidad, estaba discutiendo con la doctora porque, aparentemente, ya iba canica, firulais, pedal, más borracha que una cuba... *Pues nada, he perdido la oportunidad de preguntarle en serio a la Carla sobria*.

Se desesperó cuando la científica fue al baño y se quedó lamentándose con la parejita. Por suerte, Eva no estaba tan borracha como para meterle mano a Cloe en su presencia y lo agradeció. La alta incluso le preguntó cómo iba la cosa.

—No muy bien, la verdad —le respondió ella—. Lo de hablar… imposible hoy.

—Venir con vosotras no ha sido buena idea —admitió la segunda entrenadora—. Había pensado que Carla estaría tranquila, pero no he tenido en cuenta el alcohol. ¿Y si te pasas mañana por casa?

—O el domingo —sugirió la jugadora—. Tú y yo estaremos en el podcast.

—Eso, así tenéis el piso solo para vosotras —asintió la mayor—. Yo te diría que pruebes mañana mismo. ¿Para qué dejarlo más? Te aviso en cuanto se levante y me piro cuando vengas.

—Nos intercambiamos las viviendas —se rio Claudia—. Buen plan. Tengo que aclarar el tema con ella ya.

—Es lo mejor que haces —le aseguró Eva—. Por cierto, ¿dónde está? Lleva un rato en el baño.

—Voy a buscarla —su hermana resopló.

—No, quédate con tu novia —la bailarina se levantó en su lugar—. Yo lo hago.

Estaba convencida de que Carla no podría sorprenderla más, pero se equivocó al encontrarla en medio de la pista. Iba caminando hacia ella con el top como bufanda. *¿En qué momento se lo ha quitado?* Eso le preocupó menos que las miradas que arrastraba a su paso y los ojos que se la estaban comiendo.

—¡Carla! ¿Qué haces? —exclamó quitándole la camiseta del cuello—. Ponte esto.

—Estoy haciendo lo que quiero —le contestó la morena.

—¿El qué? —se cabreó Claudia metiéndole la camiseta por la cabeza—. ¿Pasearte desnuda por la discoteca para que alguien te lleve a su casa y te viole?

—¿Tú me violarías? —la investigadora la miró con esperanza.

—No sería capaz de aprovecharme de ti en ninguna circunstancia. Estoy tratando de cuidarte, mema.

—No me llames mema —la chica hizo un puchero.

—Pues vístete y vámonos.

Cloe se enfadó con la menor y decidió que habían tenido suficiente. Así que le tocó llevarlas a su casa antes de que la doctora la liase más. Fue todo un alivio para la bailarina. Cuanto antes se fuese a dormir, antes podría ir a hablar con ella sin que estuviese borracha. La ansiedad la iba a matar si seguía sin hacerlo. A pesar de eso, todavía quería echarle una mano a su amiga.

—Oye, ¿por qué no te quedas con Eva? —le dijo a la segunda entrenadora—. Yo llevo a tu hermana y, luego, me vuelvo.

—Vas a dar mucha vuelta —se negó la mayor—. Mañana, nos cambiamos mejor. No la quiero dejar sola conforme está.

La castaña asintió, como si le diese permiso para no insistir o le agradeciese el intento. Sin embargo, procuró darles espacio al dejarlas en el piso de las Álvarez. Cloe aceptó quedarse con la jugadora en su puerta mientras ella acompañaba a Carla hasta su cuarto. A decir verdad, la bailarina tampoco quería despegarse de la doctora. Tenía tanto que decirle y sentía una urgencia en el interior que necesitaba quitarse de encima. *Relájate. Hay tiempo de hablar, pero solas. Voy a tener la oportunidad pronto*. No pudo dejarlo estar:

—Carla, ¿qué quieres de mí?

—Todo —se rio la chica—. Me gustas de una forma tan irracional que no lo comprendo.

—¿Acabas de admitir que…? Estás muy borracha —negó ella cansada.

—Irrelevante.

La científica le agarró la cara con ambas manos y dejó un suave beso en sus labios. El cerebro de la rubia explotó y lo quiso todo. Sin embargo, la morena las separó para sonreírle.

—Me fascina la harmonía de tu rostro. Jamás había analizado los rasgos faciales de nadie con tanto interés. Debe ser a causa de mis sentimientos por ti.

—No sabes lo que dices —Claudia rodó los ojos.

—Lo sé y puedo demostrarlo.

Carla volvió a besarla, con más intensidad esa vez, y le mordió el labio inferior antes de continuar comiéndole la boca. La bailarina se dejó llevar porque no deseaba otra cosa en ese momento. No obstante, al notar la mano de la investigadora recorriéndole el muslo desnudo, recobró el sentido y se apartó de ella como si fuese una llama incandescente. La morena se sentó en su cama y la observó unos segundos.

—No me puedes hacer esto siempre que te bebas media discoteca —Claudia se giró hacia la puerta respirando hondo para despejarse—. Me confundes y no quiero…

Al mirarla, la científica había caído rendida sobre el colchón. La mayor le quitó los zapatos y la arropó como pudo, echándole las sábanas de un lado por encima. *Dormida parece hasta decente*. La rubia se paró un instante a contemplar lo guapa que era y suspiró abandonando

la habitación. Ya trataría con la doctora por la mañana, cuando se creyese lo que tenía que decirle y no pensase que sus sentimientos se debían al alcohol en su organismo.

Capítulo 28: Punto de no retorno

Se despertó con un calor horrible, que intentó solucionar pateando las sábanas hasta que dejaron de taparla. Sin embargo, cuando quiso volverse a dormir, se dio cuenta de que el problema era ella. Más bien su mente. Ya podía dar mil vueltas en la cama que Eva no salía de su cabeza. Quizás, si no se hubiese imaginado desnudándola y tocándola, habría logrado descansar. Era tarde para eso porque no era capaz de borrar esa imagen y avanzaba cada vez que cerraba los ojos. Todo su cuerpo estaba en llamas y se desesperó viendo los minutos pasar muy despacio.

Seis días. Llevaba una maldita semana saliendo con la castaña y las pocas oportunidades de acostarse que habían tenido, se las interrumpieron. Le faltó poco para comérsela en el coche el último día que la llevó a su casa. Iba a explotar si no lo hacían, pero estaba intentando ser un poco romántica y menos sucia, cosa que no se le daba nada bien. Se acabaría rindiendo, lo sabía. Sin embargo, quería demostrarle a Eva que era buena novia, decente si se lo proponía y que no solo pretendía ser su follamiga. Así que, esa mañana, decidió apañarse sola, por si le funcionaba y se dormía.

Sus dedos no iban ni por el filo de las bragas cuando se le paró el corazón de golpe y sus pensamientos sobre la jugadora se volatilizaron.

—¡Joder, Caos! Qué susto —Cloe acarició al gato, que le había saltado encima—. ¿Tú no estabas con Carla? ¿Se ha levantado ya? Tengo que avisar a Clau.

Abandonó la comodidad de su cama y la idea de masturbarse, con Eva paseándose desnuda en su mente, y salió de la habitación resoplando. Efectivamente, su hermana estaba en la cocina mirando un punto fijo en la pared.

—La resaca bien, ¿no? —se rio la mayor.

—Esas dos palabras no tienen sentido tan relativamente cerca una de la otra —se quejó la doctora rodando los ojos—. Y la respuesta es negativa.

—¿Por qué bebes tanto si, luego, te encuentras mal? —se preocupó Cloe.

—Pretendía confesarle a Claudia lo que siento y mi valor desapareció en cuanto la vi.

—Pues, si se lo dices borracha como una cuba, no se lo va a creer —la rubia se encogió de hombros—. Además, así, solo consigues que piense todo lo contrario, que te enrollas con ella solo cuando bebes. Yo que tú, me dejaba de tonterías o te va a pasar lo mismo que a mí con Eva.

—Soy perfectamente consciente de ello, gracias.

—Carla, le molas un huevo a Claudia. Dile que ella a ti también. Nadie te va a juzgar ni vas a ser peor científica por estar saliendo con alguien que te gusta de verdad.

—Y si…

—Que no te comas la cabeza, Miss Boston —la mayor la interrumpió—. No sirve para una mierda cuando está tan clara la cosa. Hazme caso y no pierdas tiempo. En cualquier momento, la llaman para un tour y te quedas compuesta y sin novia.

—Tienes razón. Debería comunicarme con ella de inmediato —la investigadora asintió

convencida—. Nada en la vida es para ser temido, es solo para ser comprendido.

—¿Qué? —Cloe la miró confusa.

—Lo afirmó Marie Curie. Nos explica que, aunque podemos amedrentarnos con lo desconocido, no debemos limitar nuestro deseo de entenderlo.

—Sí, vamos, que te vas a arrepentir más de no haberlo intentado que de equivocarte.

—Ciertamente, aunque la frase correcta no la pronunció Maquiavelo de dicha forma.

—Me lo suda ese señor —la segunda entrenadora frunció el ceño—. Que hables con Carla, coño.

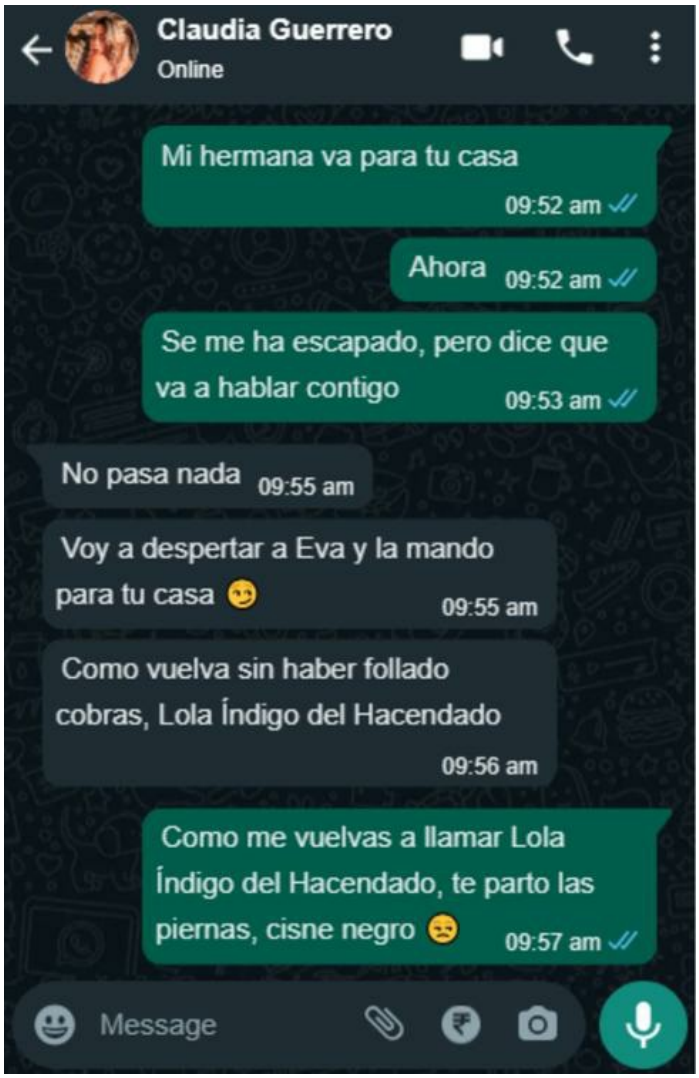
—Sí, sí, ya voy. No me distraigas con citas célebres —su hermana salió de la cocina.

—No irás a hacerlo por teléfono, ¿no? —ella la siguió.

—No, me dispongo a desplazarme hasta su casa. ¿No crees que es sumamente apropiado?

—Sí, claro. Que te vaya bien y no vuelvas sin decírselo todo, eh.

A la mierda el plan. Cloe la observó marcharse sin poder detenerla. Se le había escapado, pero aún podía avisar a Claudia para que no la pillase de sorpresa.



Al menos, Eva iba a tener tiempo de salir de allí y ella de ducharse. Mientras llegaba la castaña, podría vestirse y ofrecerle algún plan aleatorio. *Podemos ir a desayunar fuera si… Max no ha vuelto, Carla se acaba de pirar… Lo tengo en bandeja. No estoy como para desaprovechar oportunidades*. Sus ideas dieron un giro en un segundo y tenía clarísimo lo que quería hacer con su novia, aunque le sonase raro llamarla así. El universo y la impulsividad de las Álvarez, por fin, las dejaría solas. *Ya era hora*.

Se dio toda la prisa que pudo y se puso lo primero que pilló: los pantalones de chándal de las *Titans* y una camiseta sin mangas con casi todo el lateral abierto. No tuvo tiempo ni para pensar en coger otra ropa porque el timbre la interrumpió y hasta se tropezó por el pasillo al ir a abrir. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando la sonrisa de Eva se borró mientras la miraba de arriba abajo. *Tenía que haberme puesto otra cosa. Esto no es…* La menor no le dio la oportunidad de arrepentirse más cuando la besó como si llevase un año sin verla y la fue empujando hacia el interior.

—Buenos días, rubia —se rio Eva dejándola respirar—. Qué tremenda estás por la mañana temprano.

—Eres de lo que no hay —Cloe le acarició la mejilla—. ¿Quieres desayunar?

—Especial, dice mi madre. Y sí, quiero desayunar… te, a ti.

La chica elevó las cejas y la mayor no tardó en agarrarla de la mano para tirar de ella hasta su habitación.

—¡Gatito! —exclamó la jugadora al ver al animal—. Qué mono eres.

—No, no, no. Caos, no me la distraigas —su dueña lo cogió de la cama para dejarlo en el pasillo—. Ahora mismo, es mía. Luego juega contigo.

La rubia le cerró la puerta y lo dejó sentado allí, mirándola. Le duró la pena dos segundos, hasta que se encontró a Eva subiendo la mirada sin prisa. Ya ni se ocultaba al mirarle el culo. Por eso, ella tampoco se contuvo y la empotró contra la pared para besarla como se merecía. Aquellos labios tan suaves la iban a volver loca. No obstante, tenía un plan mejor que follar con rabia, como siempre.

Sentó a la jugadora en la cama y se coló entre sus piernas mientras ella la observaba con las pupilas ocultando casi todo el color marrón de sus irises. Cloe sumergió los dedos entre la chaqueta vaquera y los hombros de la chica para quitársela muy despacio, a lo que la castaña respondió parpadeando confusa. Normalmente, ya la tendría desnuda, pero quería tomarse su tiempo por una vez. Por eso, sujetó las manos de ella y las colocó en su cintura con delicadeza. Eva parecía estar adorando boquiabierta aquel simple gesto y tuvo que levantarle la cara con suavidad, atrapándole la barbilla entre el índice y el pulgar. Los ojos de la menor la contemplaron llenos de incertidumbre y se posaron en sus labios cuando la rubia llevó ambas manos a su cuello. Aun así, le molestó un poco que no se hubiese ni movido.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la mayor en un susurro—. ¿No quieres hacerlo?

—No, es que… ¿esto es un sueño o estoy flipando? —la castaña miró sus propias manos —. Te estoy tocando.

—Espero que no sea eso lo único que me hagas —Cloe le sonrió, poniéndole un mechón de pelo tras la oreja con cuidado.

—¿En serio? ¿Me vas a dejar?

La rubia la agarró del cuello, no tan suavemente, y la empujó para que se tumbase en la cama antes de besarla despacio, sin urgencia. Sus labios atraparon los de Eva con ganas y profundizó lo que había empezado hasta que no pudo respirar. Entonces, se irguió sobre la menor, quedando sentada encima de ella, y se quitó la camiseta. Eva no tardó en enderezarse también y paseó las manos por su espalda desnuda poniéndole la piel de gallina. Su novia volvió a observarla con el entusiasmo de un Golden Retriever al que le iban a dar de comer y la desesperó un poco. Sin embargo, se le olvidaron las quejas cuando la abrasadora boca de la chica alcanzó su garganta y la hizo suspirar. Probablemente, la jugadora notó su pulso acelerado porque hasta ella escuchó su propio corazón latir a toda velocidad.

Los labios de Eva dejaron un rastro en dirección descendente y acabaron rozándole un pezón mientras dejaba besos a su alrededor. La rubia acabó perdiendo las manos en el pelo de la menor cuando jugó a volverla loca con la lengua y a recorrerle los abdominales con los dedos, en

busca del pecho descuidado. Se le escapó un jadeo suave al notar la vista de la jugadora clavarse en la suya. Nunca le había parecido tan seria y le gustó. Tampoco sabía que tenía la fuerza suficiente como para levantarla y darles la vuelta.

La castaña se mordió el labio inferior contemplando su torso desnudo muy lentamente antes de recórreselo con suaves besos, mordiscos, lamiéndolo y tocándolo a su gusto. Cloe se contuvo porque también quería hacerle lo mismo, pero la menor se levantó para quitarle los pantalones sin cuidado ninguno, ni paciencia. La rubia intentó no reírse pensando en que estaba tan concentrada como jugando a *Impact*, pero le hizo gracia. Cosa que se le olvidó al verla quitarse la camiseta. Cuando volvió a colocarse encima de ella, no supo cuál de las dos estaba más caliente. *Yo, siempre yo*.

La mano dominante de Eva se paseó por su cuello, entre sus pechos y su abdomen hasta llegar al filo de sus bragas. La castaña la torturó un poco delineando sus ingles con las uñas mientras reanudaba el camino de besos hacia la zona, sin prisa ninguna. Le tocó armarse de paciencia y desear con todas sus ganas que llegase a donde la necesitaba. Sin embargo, la jugadora se entretuvo dejando mordiscos suaves por su estómago y quitándole la única prenda que la separaba de estar completamente desnuda.

Por suerte, no la hizo sufrir mucho contemplándola detenidamente y se arrodilló ante ella para besarle la cara interna de los muslos y, después, decorarla con saliva al lamerlos. Algo muy caliente explotó en su interior cuando la menor lo hizo sin apartar la vista de sus ojos y se incorporó levemente apoyándose en sus codos. No obstante, Eva la obligó a recostarse de nuevo cuando separó sus labios mayores con el índice y el corazón para sumergir la boca en su sexo. Con solo notar su lengua recorriéndolo entero, supo que iba a ver las estrellas. Estaba empapada y la chica solo lo iba a empeorar.

Al parecer, la jugadora era igual de hábil con la lengua que con los dedos. No supo muy bien qué le estaba haciendo, pero le empuñó el pelo con las dos manos, tras sentir sus músculos contraerse a la vez que la penetraba despacio. Cuando la menor cogió un ritmo constante, sustituyó la boca por el pulgar y se desplazó mordiendo cada trozo de piel hasta acabar rasgando su barbilla. No fue capaz de soportar que la observase gemir tan fijamente y cerró los ojos involuntariamente. Había perdido el control de su cuerpo y era como un vaso bajo el grifo de agua caliente. Se estaba llenando despacio, sin parar, y se encontraba a punto de rebosar. En un instante, se desbordó por culpa de los labios que se instalaron en su mandíbula. Sin embargo, Eva no se detuvo y, en pocos segundos, ya llevaba su taza imaginaria por el filo. Cloe gimió fuerte que la vez anterior, clavándole las uñas en la espalda.

En cuestión de minutos, se corrió dos veces más sin que la castaña tuviese intención de detenerse. La rubia la cogió por el brazo para que lo hiciese al sentir que su cuerpo se sacudía solo y casi no podía respirar si no era por medio de fuertes jadeos.

—Eva… ya —consiguió decirle con un hilo de voz.

—Pero tengo que aprovechar —la risa de su novia le hizo cosquillas en la oreja—. Con lo que me ha costado que te dejes y averiguar que eres multiorgásmica…

—Por favor —le suplicó apretándole la muñeca sin fuerzas.

—Vale, pero me debes cinco más antes de que me lo hagas tú a mí —la chica cedió y retiró la mano despacio—. Seguro que diosito no ha escuchado su nombre, viniendo de ti, tanto. Bueno, ni yo el mío.

Cloe quería decirle, irónicamente, lo graciosa que era, pero tenía que normalizar su respiración primero y su novia la besó cariñosamente. Tampoco le dio ni un segundo de paz mental cuando se levantó de la cama y recuperó su ropa. El pánico le recorrió todos los músculos que se habían relajado al fin.

—¿Dónde vas? —le preguntó la mayor respirando aceleradamente.

—Estás muy buena, pero tengo hambre y no alimentas, rubia —se rio Eva—. Mientras te recuperas, voy a hacernos algo de comer. Que ya es hora de almorzar.

¿He estado follando mal todo este tiempo o es porque la quiero? Sonrió cuando desapareció en el pasillo y la escuchó llamar «bonito» a Caos. A pesar de querer ir a ver qué hacía en su cocina, no pudo moverse ni un centímetro. La había dejado reventada y se estaba arrepintiendo mucho de no haberle permitido hacerlo antes… meses antes.

Le costó alrededor de un cuarto de hora recuperarse y decidió abandonar la cama porque se iba a quedar dormida si no lo hacía. Aun así, se vistió despacio y fue tranquilamente en su busca. Se apoyó en el marco de la puerta a contemplar cómo cocinaba mientras tarareaba alguna canción de su cantante y bailarina favorita. *Al final, se lo voy a tener que agradecer a la maldita Lola Índigo y le voy a coger cariño.*

Nunca había visto a Eva tan calmada ni haciendo de comer tan diligentemente. Por eso, no se podía creer que fuese la misma chica que un año atrás le pidiese lasaña constantemente porque quemaba hasta el agua. La mayor sonrió acercándose sigilosamente para abrazarla por la espalda. La volvía loca y ya no era capaz de ocultarlo.

—¿Ya puedes respirar? —bromeó la castaña riéndose—. Estoy haciendo espaguetis porque tenéis la nevera casi vacía.

—Tiene buena pinta —ella le besó el cuello sin intenciones ocultas.

—Cloe, no me distraigas, eh —la advirtió la jugadora girándose—. No te quiero quemar la cocina y, follar donde duerme la comida, está feo.

—Yo no he hecho nada —la rubia levantó las manos en señal de rendición.

—¡Buah! Es que eres tan guapa —Eva le dio un pico rápido—. Dale de comer a tu gato, que se me ha sentado en los pies maullando antes de oírte levantarte.

—Voy.

La segunda entrenadora la miró un segundo más y suspiró. *Definitivamente, es porque la quiero.*

***

Su nivel de seguridad comenzó a descender en cuanto detuvo el motor del coche junto a la acera. No hallaba los vocablos exactos para comenzar su conversación con Claudia. Recordaba

lo sucedido la noche anterior y era perfectamente consciente de la incredulidad que subyacía en la mujer. Con total certeza, la culpa solo le pertenecía padecerla a ella, puesto que no fue completamente sincera. No obstante, tras las oleadas de arrepentimiento, subsistía un ápice de esperanza. Deseaba, de verdad, estar con la bailarina.

Inhaló profundamente y tocó el timbre con un enredo fraguándose en su pecho. En tanto que no le abriese semidesnuda, todo iría bien. Su cerebro estaba prevenido y dispuesto para lo que sucediese. Afrontaría las consecuencias de sus actos como adulta que era. A pesar de su determinación, fue incapaz de sorprenderse al contemplarla en la puerta. Incluso le pareció ilógico su atuendo porque no comprendía si tenía frío o no. Por una parte, llevaba unos calcetines negros hasta las rodillas con un patrón de cráneos formando el espectro de un arcoíris, junto a unos *shorts* vaqueros. Eso le indicaban que sus pies debían estar a una temperatura inconsistente con el resto de su cuerpo. En cambio, la sudadera roja le presentó el mismo dilema al ser gruesa, aunque corta. Definitivamente, no sería ella quien protestase al verle los oblicuos.

—Ya estás otra vez mirándome así —Claudia suspiró, sacándola de su abstracción.

—¿Puedes especificar? —le pidió Carla—. «Así» es un adverbio demostrativo demasiado impreciso.

—Como si fuese un conjunto de genes debajo de un microscopio.

—¿Te refieres a un genoma? —cuestionó la científica inocentemente.

—Lo que sea, me has entendido —la bailarina se cruzó de brazos—. ¿Qué quiere, doctora Álvarez?

—Pasar, si no te importa. Y conversar, si cuentas con tiempo libre.

La mayor contempló sus opciones durante un momento que le resultó eterno y se apartó levemente, dándole a entender que podía entrar. Carla no dudó en hacerlo a toda prisa porque no deseaba que se arrepintiese. Le era sumamente importante permanecer allí y dialogar extensamente, antes de crear más confusiones innecesarias. El alcohol no estaba de su lado en esa ocasión y Claudia no disponía de motivos para desconfiar de sus palabras.

—Primeramente, disculparme por mi comportamiento, como viene siendo frecuente desde que nos conocimos —expresó tras tomar asiento en el sofá—. Nuevamente, cometí un error etílico contigo. Esta vez, tengo consciencia de lo que pasó y de tu dubitación. Solo deseaba explicarte que mi nivel de alcohol en sangre no me hizo insincera ayer por la noche.

—Me he perdido un poco —Claudia frunció el ceño—. ¿A qué te refieres? Porque pasaron muchas cosas.

—Te confesé mi atracción por ti y tú no confías en mis intenciones, ¿no es cierto?

—Pues la verdad es que no mucho —la mujer elevó las clavículas—. Parece que solo te gusto cuando bebes y me siento como el juguetito de una *heterocuriosa* con una doble vida.

—Te aseguro que tal afirmación no es cierta —Carla se indignó ante tal acusación.

—Según tú, eres hetero.

—Ya te expliqué que prefiero no reincidir en etiquetas que son constructos sociales.

Existen varias especies animales que no lidian con dichos distintivos, aunque entablan relaciones homosexuales.

—A ver, comentarista del *National Geographic*, ¿qué tiene que ver eso?

—Simple. Pretendo ser uno de dichos especímenes. Se han documentado parejas homosexuales de pingüinos macho en numerosos zoológicos del mundo y algunos se enfrentan a una paternidad sustrayendo huevos, pero también se da el caso de uniones lésbicas en dichas aves —la científica intentó ejemplificar su punto—. No considero que exista ninguna limitación en el reino animal que no prevalezca a las sociedades humanas.

—¿Enhorabuena a los pingüinos gay? —ironizó la bailarina, observándola confusa.

El intento de expresarle sus deseos no estaba funcionando. Por un instante, meditó la forma certera de hacer que comprendiese sus intenciones. Había creído de verdad que, usar aves terrestres homosexuales, sería sumamente suficiente.

—Claudia, ¿a qué le das más importancia? —le preguntó directa—. ¿Palabras o acciones?

—Mi madre siempre dice que las palabras pueden ser todo lo bonitas que tú quieras, pero lo que valen son los hechos —la mujer frunció los labios con resolución—. A mí, me da igual lo que digas si luego haces lo contrario.

—Magnifico. Déjame demostrarte la veracidad de mis frases con mis actos.

—¿Cómo?

No comprendía por qué las dudas persistían en la mente de Claudia, pero conocía la forma de exterminarlas. Por eso, en un simple e inesperado gesto, la besó sujetando su cara con ambas manos. Esperaba que, de ese modo, pudiese aclararle todo lo que los pingüinos no consiguieron.

En un principio, la bailarina se abandonó al beso. Sin embargo, se resistió cuando posó la mano en su rótula. La mayor se distanció físicamente y negó vehementemente con la cabeza. Carla exhaló abatida. Comenzaba a comprender lo infructuoso de aquella contienda, puesto que ya parecía perdida.

—Besándome así, no me siento menos juguete —le explicó la mujer muy seria.

—Pero estoy sobria —le discutió ella.

—Y la última vez que follamos también, pero viniste porque estabas cabreada con tu padre.

—Eso es irrelevante. Te buscaba a ti.

—No sé, Carla. Estoy hecha un lío y no ayudas comiéndome la boca, me confundes más y no me puedo controlar contigo —Claudia la contempló con pena tras sus irises—. Luego, me siento súper estúpida porque solo soy un entretenimiento.

—Te reitero que no es cierto. No obstante, comprendo que no vamos a resolver nada en este momento —la doctora se levantó del sofá—. No te preocupes. Hallaré el modo de

demostrarte la veracidad de mis acciones.

Pese a que Claudia pretendió detenerla, acabó marchándose. Estaba levemente enfadada con su persona por no haber sido capaz de expresarse mejor, pero no se rendiría con tanta facilidad. Había asistido al sufrimiento que padeció su hermana y no se permitiría repetir los errores conocidos. Por eso, se autoimpuso la misión de recuperar la confianza extraviada de la bailarina. Lo meditó detenidamente y estaba completamente convencida de que deseaba una relación formal con ella, etiqueta homosexual o no. Evidentemente, podría definirse como bisexual o, incluso, pansexual para zanjar la cuestión, pero dudaba que la mujer llegase a conformarse con sus afirmaciones.

¿Qué hago ahora? ¿Cómo es posible que no cuente con formas adicionales de concluir esta situación? Debería haber revisado mi hipótesis y prevenirme ante los posibles resultados de la práctica. Supongo que no soy demasiado racional cuando se trata de Claudia. Exhaló entrando en su vivienda y caminó por el pasillo, sumida en sus pensamientos, hasta detenerse frente al salón. Contempló la escena un instante. Cloe se hallaba viendo una película que, al juzgar por la oscuridad en la pantalla y la chica semidesnuda corriendo por el lúgubre bosque, era de miedo. Además, se había acomodado poniendo ambos pies, uno sobre otro, en la mesita de café. La cabeza de Eva descansaba en su regazo y el resto de su cuerpo en el sofá, mientras se distraída con el móvil, evitando mirar hacia la televisión. Por último, la mayor se encontraba compartiendo cucharadas de helado con su novia y tenía otra dedicada exclusivamente para Caos, que las acompañaba, pegado a su dueña.

Qué poco higiénico. Aun así, es interesante la rapidez con la que ha crecido el felis catus. Tiene un tamaño de gato adulto ya. A pesar de divagar un momento, su mente anhelaba vivir algo como lo que observaba, con Claudia. Su suspiro hizo que Cloe notase su presencia.

—¿Qué te pasa? —cuestionó su hermana.

—¿Sabes la cantidad de bacterias que tienen los félidos en su cavidad bucal? —mencionó ella.

—Luego tiro la cuchara, pero ¿qué te ocurre?

—He ido a disculparme con Claudia y… —Carla observó la pantalla sin pretenderlo— me ha salido mal.

—¿Quieres que te peine el pelo? —la mayor la señaló con el utensilio lleno de producto helado congelado.

—¿Por qué quieres cepillarme el cabello? —cuestionó la menor desconcertada.

—No sé, es lo que hacen en las pelis moñas que te gustan.

—Yo no veo películas románticas.

—¡Venga ya! —Cloe le rodó los ojos—. Si te he pillado varias veces llorando viendo *Todos los días de mi vida* y no creo que fuese por los abdominales de Channing Tatum.

—Es absolutamente fascinante que, por una vez en una comedia romántica, sea el protagonista masculino el que tenga que desvivirse por alguien y no sea su homóloga femenina.

—¿No decías que no las veías? Eso es confirmarlo.

—No importa —la investigadora negó con la cabeza.

—¿Cómo te ha ido con Clau? —intervino Eva apoyándose el móvil en el esternón.

—Inesperadamente mal. Su escepticismo no nos permite avanzar en la relación.

—No se cree que seas bollera —Cloe se rio—. Eso te pasa por insistir en ser hetero.

—Es que no lo soy —le recordó la menor.

—Puede ser bi —la jugadora observó a su novia—, como yo. Existimos, eh.

—Pues que quiera hacer cosas de bollera con ella —la mayor elevó las clavículas—. ¿Se lo has dicho claramente?

—Considero que no he podido ser más honesta. No comprendo el porqué de sus dudas. Asimismo, me es imposible trazar una nueva forma de intentarlo.

—¿Sabes qué? Voy a ver qué me cuenta Clau y te digo qué puedes hacer —Eva abandonó la comodidad del sofá—. No voy a dejar que la tonta de mi amiga haga contigo lo mismo que la idiota de mi novia hizo conmigo.

—¡Eh! —protestó la aludida.

—Eres idiota, supéralo —la castaña dejó un beso rápido en sus labios—. Os aviso cuando hable con ella. Esto no se queda así. Adiós, Caos —lo acaricio despacio—. Deberíais ir pensando planes de emergencia por si falla todo.

La chica se marchó tras posar la mano en su trapecio y contemplarla con determinación. No iba a rechazar su ayuda con lo perdida que se hallaba en esa desconcertante situación con la bailarina. Era consciente de que existía una solución y la encontrarían entre las tres.

—Lo que necesitas es despejarte —Cloe se levantó—. Llevas muchos días trabajando hasta tarde y rayada con lo de Claudia.

—¿Qué propones? Porque mi cerebro está repleto de ella.

—Una distracción. Venga, vámonos. Te debo un día de compras.

—¿Ahora? —cuestionó Carla confusa.

—¿Qué mejor momento, Miss Boston? Mientras Eva averigua qué coño le pasa, nosotras pensamos algo y nos entretenemos cambiándote el look. Si le pones muchísimo, seguro que se deja de tonterías.

Aún con sus reservas, aceptó el impromptu plan de su hermana y se dirigieron a la calle que les indicó la doctora. Cloe le dio tregua al centrarse en el tráfico. No obstante, tras bajarse del coche, reincidió en el tema que las atañía. Por fortuna, no se demoró en percatarse en cierto detalle que la hizo cambiar de cuestión:

—¿Dónde me has traído, pija?

—Si voy a renovar mi vestuario, será en mis términos —le explicó ella.

—Última vez que me fio de ti.

Tras varias protestas, Cloe le permitió pasear entre percheros con vestidos que eran opciones interesantes. Perdió de vista a su hermana y se centró en las infinitas posibilidades de *outfit*. Minutos más tarde, Carla la halló en una sección donde exhibían trajes y fue a presentarle su primera elección. La mayor, en seguida, abandonó el que se encontraba contemplando. No obstante, llamó la atención de la menor por el vistoso tono rubí.

—Por encima de mi cadáver —Cloe retiró el vestido de sus manos—. Vas a parecer una monja y no queremos eso, precisamente.

—Pero…

—Espérame aquí.

La segunda entrenadora la observó de arriba abajo y se ausentó nuevamente. Cuando regresó, le entregó dos perchas que la hicieron cuestionarse el haber aceptado ese viaje. Uno de los vestidos era extremadamente transparente, rojo, y con una abertura desde la cadera prácticamente. El segundo presentaba un color esmeralda y un escote prominente, por la escasez de tirantes, junto al busto decorado por patrones foliáceos brillantes. Aun así, la falda le resultaba corta.

—No son de mi estilo —renegó la doctora.

—Esa es la idea. Este para ir de fiesta —su hermana señaló el primero—. El otro para un evento más… formal. Ambos de infarto. Ve a probártelos.

—Lo hago si tú te pones ese traje —negoció la menor.

—¿Para qué lo quiero?

—Porque te ha fascinado. ¿Tenemos un acuerdo?

—Bueno, venga. No tengo nada mejor que hacer.

Al salir con el sugerente atuendo rojo, Cloe la observó asintiendo y descruzando los brazos por delante de su chaqueta rubí. Ese traje había sido entallado para su hermana, la cual parecía una modelo de alta costura. De igual forma, su reflejo en el probador le demostró que ella podía ser… sexy. Sus sensaciones con el vestido fueron indescriptibles.

—Estás buenísima, Miss Boston —se rio la mayor—. ¿Te gusta?

—No estoy segura de que vaya a terminar arrepintiéndome, pero tengo intención de adquirirlo —Carla se rindió—. Tú estás deslumbrante también.

—Lo sé, pero se va a quedar en la percha de la que salió. He visto la etiqueta y es una puta locura. ¿Por qué es tan caro?

—Es un Valentino, Cloe —le reveló ella—. Su precio es lógico.

—Puede ser una Valentina si quiere, pero nada justifica el pastizal de este cacho de tela.

—No seas ridícula. Los materiales de…

—No me des la chapa. Pruébate el otro mientras me lo quito.

Su hermana la impulsó hacia el probador y lo cerró. La científica se contempló en el espejo y sonrió al ver las curvas de su cuerpo. Era refrescante mostrar algo de piel por una vez. *¿Le pareceré atractiva a Claudia?*

Su segunda opción se asemejaba más a algo que ella usaría y se relajó al salir. La Cloe que la recibió, con su ropa informal, asintió lentamente antes de manifestar lo guapa que estaba. Un par de palabras de ánimo fueron suficientes para incentivarla a comprarlo. Ciertamente, sentía la necesidad de hacerlo. No obstante, su hermana la dejó con la decisión final al recibir una llamada de su novia. Por eso, aprovechó para caminar hacia la caja mientras la mayor se dirigía a la salida. Una lectura del microchip de su tarjeta de crédito y dos bolsas después, abandonó el local.

—Tenemos plan —la abordó Cloe al salir—. Eva dice que lo único que necesitas es pedirle una cita.

—¿Una cita? —preguntó con recelo.

—Mhm. Dile que quieres una formal, a donde ella quiera y le demuestras lo buena novia que puedes ser.

—¿Suena… sencillo?

—Venga, te llevo a su casa y me piro con Eva, para que estéis solas.

—Considero que no es una idea óptima —negó Carla—. Cabe la posibilidad de que tenga que volver porque Claudia no desee salir conmigo de dicha forma y no me apetece en demasía regresar caminando.

—Te dejo el coche y pillamos el de Eva.

—Está bien —accedió la doctora acercándole una bolsa—. Para ti.

—¿Qué…? —la segunda entrenadora investigó el interior—. No lo quiero. Es un traje muy caro. Devuélvelo.

—Eres mi hermana —le insistió ella—. Deja que haga yo algo por ti de vez en cuando. Además, mi salario en Boston era… elevado.

—Si Claudia no quiere una novia lista, guapa y rica, está loca —se rio Cloe rodeándole los hombros—. Anda, vamos. Ya te lo devolveré de alguna forma.

—¿Me haces pollo al limón para almorzar mañana? —se atrevió a bromear la científica con una amplia sonrisa.

—Y el resto de tu vida, microbio.

Capítulo 29: Documentación para tres

Se lo buscó ella sola por decirle a Eva lo que quería de Carla. Su amiga ni se ocultó y la volvió a abandonar en cuanto las Álvarez se presentaron en la casa. Otra vez, se encontró a solas en el sofá con la morena intentando convencerla de que iba en serio. Claudia ni siquiera sabía qué pretendía. *En realidad, me dijo que lo del sexo había sido interesante. Quizás, es eso. Follar y cada una a su cama*.

Diez minutos más tarde, después de mucha insistencia científica de la menor, acabó con la lengua en su boca. Le costó centrarse en lo que estaba pasando y se apartó ligeramente.

—¿Qué sucede? —Carla frunció el ceño.

—Esto no… ¿Qué estamos haciendo?

—Compartir bacterias bucales —la duda en la voz de la doctora la confundió.

—No, ¿qué es…? —la rubia las señaló a ambas.

—Lo que tú desees que sea. Te he reiterado en múltiples ocasiones mi atracción hacia ti y trato de demostrártelo.

No supo cómo volvieron a acabar besándose, pero Claudia seguía igual de desconcertada. Sin embargo, no podía resistirse a la morena, que ya se estaba desabrochando la camisa. Su temperatura corporal se elevó hasta niveles insospechados. Los labios de la investigadora eran tan adictivos y sus manos ansiaban tocarla. Aun así, sus dedos hicieron lo que dijo su cerebro y la apartó una segunda vez. La chica resopló desesperada y se levantó.

—Lo siento, Claudia. Olvídalo —Carla cogió su chaqueta.

La doctora caminó hacia la puerta con la intención de irse y el pánico la invadió. *¿Qué prefieres nada con ella y arrepentirte o follar, por lo menos? ¡No seas estúpida!* Corrió para detenerla y le agarró el brazo. Dejó de dudar tanto, porque ya se preocuparía de eso, y le comió la boca en el acto. Ni siquiera pensó en nada. Solo quería mantenerla cerca y recorrerle todo el cuerpo con la lengua.

A pesar de su iniciativa tardía, fue Carla quien la empujó de nuevo al interior del salón y sobre el sofá. En un instante, la tenía sentada encima a horcajadas, moviéndose contra ella mientras le mordía el labio inferior. La menor le dio un segundo para respirar mientras le quitaba la camiseta y la agarró del cuello para girarle la cara y comerle la oreja. Claudia estaba tan aturdida, con las ganas de la doctora, que solo respondía a sus hormonas revolucionadas.

Tampoco se esperó que la científica tomase el control y empezase a recorrerle el pecho con las manos. Probablemente, se lo puso demasiado fácil al no llevar sujetador, pero le dio igual. Los dedos, que comenzaron en sus abdominales, acabaron en su pezón derecho, acariciándolo ligeramente. La chica lo pellizcó antes de descender con la boca hasta él. Su cálido aliento le provocó un escalofrío que culminó en una descarga eléctrica por toda su espalda cuando lo succionó. La lengua de Carla hizo maravillas y sus dientes le arrancaron un gemido inesperado. Ni siquiera sabía que, con ese poquito, podría estar a punto de tener un orgasmo.

La morena siguió jugando con sus pechos hasta que Claudia sintió una explosión en su

estómago que la dejó sin aliento. Sin embargo, la doctora continuó su camino con la lengua por el abdomen y dejó un mordisco en el hueso de su cadera al tirar de los pantalones. Debía estar tan mojada como la aleta de un pingüino gay pescando y la menor solo consiguió empeorarlo cuando le marcó los muslos con los dientes. Cuanto más fuerte se los hincó, más quiso que siguiese. Sin embargo, se derritió en el sofá al ver su tanga volar en un movimiento rápido.

—Túmbate —le pidió Carla.

Nunca la había escuchado tan directa y le encantó. Su cerebro se había desconectado y su cuerpo solo respondía a la voz de la científica. Por eso, se encontró con la espalda contra el asiento del sofá y ella encima al segundo. *¿Cuándo se ha quitado la camisa? ¡Dios! Qué buena está.*

Carla la besó intensamente y le acarició la lengua con la suya un instante mientras sus dedos se deslizaban en su interior y se curvaban hacia la parte de arriba de su vagina. La doctora no estaba teniendo ningún cuidado con ella y se lo hizo saber clavándole los colmillos en el hombro a la vez que la penetraba con fuerza. Después, perdió toda noción de lo que pasaba. Solo notó la palma de una mano libre empujando su monte de Venus y un pulgar en su clítoris. Los movimientos rápidos y bruscos de la científica en su sexo, los labios alrededor de su pezón y unos dientes rasgando su piel con determinación, consiguieron que se corriese a una velocidad que ni en toda su vida.

La morena se puso a besarle la mandíbula mientras ella recuperaba la respiración tras el clímax. No la iba a dejar tranquila tan pronto y estaba preparada. Le acabaría quitando todas las dudas… o no.

—Joder, Carla —resopló notando sus labios en la garganta—. ¿Segura que no has hecho esto antes?

—Me he estado documentando —la menor la miró como si nada.

—¿Has visto porno? —se rio ella.

—No, he leído estudios sobre el orgasmo femenino.

—No jodas. Voy a tener que leer más… —Claudia le dio una cachetada en el culo—. Si quieres hacerlo a diario para ponerlo en práctica, yo me dejo —bromeó.

—No es algo que me importase —le dijo la investigadora muy seria.

—¿En serio? ¿Quieres follar más veces conmigo?

—Sí, era parte de mis intenciones. Lo que deseaba hacerte comprender.

—Por mí, estupendo. Cuando quieras, vaya.

—Magnífico. ¿Podemos continuar ya? —la chica le recorrió los abdominales con la mano—. Todavía puedo recuperar tu fase meseta en receso y aproximarte a un nuevo orgasmo. Además, los estímulos sensoriales mantienen mi excitación.

—Déjate de mesetas —la bailarina la tomó por la cara—. Ahora, me toca a mí.

Casi se cayó del sofá intentando darle la vuelta a la situación, pero mereció la pena solo

por tener a Carla debajo de ella. Sin embargo, la chica estaba demasiado vestida a su parecer. No perdió ni un segundo en quitarle toda la ropa que le estorbaba y comenzar a devorar cada centímetro de su piel. Ni siquiera le extrañó que la morena eligiese el blanco para conjuntar su ropa interior y tampoco le importó demasiado cuando el sujetador acabó en el suelo.

Iba muy lanzada besándole el cuello y las clavículas, como si lo hubiese querido hacer durante semanas. Sin embargo, la chica dobló la pierna en un acto reflejo cuando le mordió un pecho y le rozó el aún sensible sexo con la rodilla obligándola a abrir la boca para exhalar. Sin pretenderlo, Claudia movió las caderas adelante y atrás buscando estimulación y acabó sentada sobre el muslo de Carla. La morena la agarró por la cintura y guio sus movimientos, cada vez más rápido, hasta que se deshizo en gemidos.

La menor se incorporó para sujetarla por la espalda mientras jadeaba y el simple contacto de sus pezones en las costillas la empujó a besarla para seguir haciendo de todo con ella. Aun así, ya era hora de que le devolviese el favor y le comiese algo que no fuese la boca. Si bailar era un chute de endorfinas, oír gritar a Carla eran dos.

Tres o cuatro horas después, se dejó caer en el sofá, sudada y agotada, observándola recoger su ropa para vestirse. La doctora tenía marcas rojas por todas partes y se rio al verle una en el culo. *Pocas son. Tenía que haber aprovechado.* Volvió a la realidad cuando la científica se abrochó los pantalones y se ocupó en los botones de su camisa.

—¿Te vas? —le preguntó la rubia.

—¿Deseas que me vaya? —dudó Carla deteniéndose.

—No, la verdad, pero hemos quedado en follar… ¿a diario? —le recordó ella tentando el asunto—. No sé qué implica eso. Si solo lo hacemos y te vas o si te quedas a comer… lo que sea.

—Son las ocho y veintidós de la tarde —la morena observó su reloj—. Lo cierto es que prefiero aclarar ese acuerdo. No estaba pensando con claridad en un momento tan excitante.

—Te has arrepentido —la bailarina asintió rendida.

No le sorprendía, pero sí estaba decepcionada porque le hubiese durado hasta justo después de enfriarse. No pintaba muy bien eso de no ser una distracción para la menor.

—Así es. Deseo rectificar mis palabras hasta cierto punto —la científica se sentó junto a ella—. Estoy exhausta de conducir a malinterpretaciones por no expresarme correctamente. Por eso, me veo obligada a retirar lo de que no me importe mantener relaciones contigo diariamente —le puso la mano en la rodilla—, puesto que sí lo haría, si no me concedes una cita primero y me dejas demostrarte que no solo pretendo aprovecharme de ti.

—¿Quieres… salir conmigo? —cuestionó Claudia confusa.

—En efecto. El sexo es impresionante, no me malentiendas, pero busco un vínculo serio. No soy Cloe y no voy a aceptar ser tu… amiga con beneficios solo porque me gustes. Asimismo, considero que tú no eres Eva y no pretendías ofrecerme dicho acuerdo tan a la ligera.

—Es mejor follar contigo que nada —la bailarina se encogió de hombros.

—Pues siento informarte de que no tengo intención de volver a acostarme contigo si no

me das una cita seria y conversamos como adultas sobre dónde va esto, como dicen coloquialmente.

—¡Sí, claro! Una cita me viene genial, estupendo, maravilloso… —dijo la rubia a toda prisa—. ¿Cuándo?

***

Se despertó con una mezcla rarísima de pánico y calentura. Incluso le costó reconocer que estaba en una cama que no era la suya. Sin embargo, la mano de Cloe entre sus piernas y la cara en su cuello, la hicieron saber que estaba en casa de la rubia. Todo había sido un sueño, uno en el que le estaba comiendo la boca a una tía que no era su novia… con la mayor presente. *¿Eso se considera engañarla? Supongo que no, pero igual se cabrea*.

La segunda entrenadora se pegó más a ella y le rodeó el vientre con el brazo para que no se moviese. Por suerte, seguía dormida y no iba a notar lo nerviosa que la había puesto su propio cerebro flipando inconscientemente. *Relájate. La vas a despertar y no ha sido nada. Le puede pasar a cualquiera y, técnicamente, ella también iba a participar*. No tenía ni idea de por qué besó a otra si con Cloe le era suficiente, pero eso se lo tendría que preguntar a la psicóloga o a expertos en sueños estúpidos.

—Deja de moverte —se quejó la rubia adormilada—. No ha sonado el despertador todavía y quiero…

La alarma en su móvil la interrumpió y la segunda entrenadora gruñó al girarse para apagarla. La mayor se estiró antes de mirarla en la semioscuridad de la habitación.

—¿Qué te pasa? —le preguntó entrecerrando los ojos—. Normalmente, tengo que arrastrarte fuera de la cama para que te despiertes.

—¡Nada! —mintió Eva.

—No estarás nerviosa por la entrevista, ¿verdad? —Cloe se tumbó de costado y apoyó la cabeza en su mano.

—No, no. Hasta se me había olvidado. ¿Era hoy?

—Mhm. Me dijo Alma que te llevase antes de irme con las demás. Así que me llevaré tu coche donde las *Titans* —su novia le acarició el vientre cariñosamente—. No te preocupes, eres mejor capitana de lo que yo lo fui y se te dan muy bien estas cosas.

—Mhm —la castaña le sonrió intranquila.

—¿Qué quieres desayunar? —la rubia se levantó—. ¿Habrá vuelto Carla ya? Como sigan así, me voy a tener que intercambiar la casa con tu amiga.

La risa de la sub entrenadora, mientras salía de la habitación, la relajó. Era cierto que sus nervios no se debían a la entrevista para la web de la liga de *Impact*. Ya había hecho unas cuantas junto a Alma desde que Cloe se fue y no le importaba pasarse una hora contestando preguntas sobre el equipo. Sin embargo, la imagen de su obsceno sueño la estaba molestando y tenía miedo de soltarlo sin pensar, como hacía con todo. Si no enfadaba a su novia ese día, sería

un milagro.

Intentó no decirle nada. Durante el desayuno, le prestó toda su atención a Caos y la escuchó hablar levemente sobre un par de mensajes muy crípticos que le había mandado Lucía. Solo le contestó cuando le preguntó si Cora estaba igual de rara porque la peliazul parecía de lo más normal. Siguió bastante callada de camino a la entrevista y agradeció que le pusiese música, pero no tanto los dedos en el muslo, que la hizo dar un bote nervioso en el asiento.

—Tranquila. No te voy a hacer nada en el coche mientras conduzco —se rio Cloe poniendo la mano en el volante de nuevo—. Aunque, conforme estás, igual hasta te relajaba. Solo son unas preguntas, Eva. Les da igual lo que les digas. Luego, tienen que recortar un montón.

—Ya…

—Además, Alma va a estar contigo.

La mayor le acarició la mejilla y le dedicó una sonrisa antes de parar el motor. Ella respiró hondo al ver a la entrenadora saludándola con la mano desde la puerta. Tenía la excusa perfecta para salir de allí a toda prisa sin haberla cagado. Así que, le dio un rápido beso a la rubia y se bajó.

—¡Suerte! —fue lo último que oyó de su novia.

—¿Por qué parece que has visto un fantasma? —le preguntó Alma—. Siempre vienes muy contenta a estas cosas.

—Me he despertado antes de la cuenta —le dijo la castaña—. Supongo que no he dormido bien.

—¿Los nervios? —se rio la mujer sabiendo que no era eso.

—Sí, pero por otro tema. ¿Vamos para dentro?

—Mhm. Ya sabes, estamos trabajando duro para ganar, pero…

—Nuestras rivales son fuertes y van a ser partidos muy intensos que nadie querría perderse —completó la capitana—. Me lo sé de memoria.

—Estupendo —la entrenadora le rodeó los hombros con el brazo—. Se te ve bien con Cloe.

—Sí, a ver lo que dura…

—¡No digas eso! Está contenta desde que empezasteis a salir. Te quiere muchísimo.

—Ya, pero soy capaz de cagarla y todo a la mierda.

—No creo que pase. Estáis hechas la una para la otra.

Ella estaba menos convencida que Alma, pero tampoco sabía lo que había sucedido esa mañana. Sin embargo, a Eva se la estaba comiendo por dentro. *Se lo tengo que contar. Cuanto más tarde, más posibilidades de que se enfade. Bueno, a lo mejor, Cloe también ha pensado en otras tías. Técnicamente, yo no he hecho nada. Ha sido mi estúpido cerebro y apenas estaba*

desnuda. Sí, eso. Puede que fuese ella quien le quitó la ropa.

El chico que la entrevistó tuvo que repetirle un par de preguntas porque estaba distraída, pero logró librarse diciéndole que no dejaba de pensar en el rato de entrenamiento que sus compañeras tenían sin ella.

—Supongo que se han quedado con vuestra segunda entrenadora. Estuvisteis en el equipo cuando empezó y fue tu capitana —le recordó el chaval—. ¿Cómo es trabajar de nuevo con Strix, ahora que os entrena?

—Genial. Cloe siempre ha sido muy buena jugadora y estamos aprendiendo mucho. Creo que Alma no ha podido encontrar a nadie mejor para el puesto.

—¿Y no se te ha hecho raro el cambio de dinámica?

—¿El cambio de dinámica? —repitió Eva confusa, interpretando dobles sentidos que no existían.

—Sí, ahora, te dará órdenes y te dirá lo que tienes que hacer, como sub entrenadora, ¿no?

—Cuando era la capitana, también lo hacía —se rio ella sacudiendo la incomodidad—. Es una mujer profesional y se pone muy seria con *Impact*, así que vamos a ser las mejores este año. La antigua capitana, y la nueva también, no nos conformaremos con menos.

—Me alegra escuchar eso —el chico le sonrió—. Va a ser una liga interesante.

—Para no perdérsela.

Tras posar en un par de fotos y dedicarle un autógrafo al entrevistador, se reencontró con Alma, que la felicitó. Por fin, podía respirar hondo unos minutos, hasta que volviese a la casa de las *Titans* y se topase con su preciosa novia. Incluso le dolió ver el brillo en los ojos verdes de Cloe cuando le enseñó su móvil.



—Esta gente se da unas prisas que no veas —la risa de la mayor se le clavó en el pecho.

—Niñas, no os distraigáis —Alma se la llevó por los hombros—. Venga, Álvarez, que me has dejado a Belén sola y la está liando.

—¡Es Roxy, que no me defiende! —protestó su compañera—. Ya he muerto dos veces.

La rubia le sonrió antes de volver a su puesto y Eva se derritió observando la parte baja de su espalda, que estaba al descubierto por el *crop top*. Le encantaba cómo se le marcaba la hendidura de su columna y esos dos huecos a cada lado de ella. Por curiosidad, le había preguntado a Carla si era algo malo que los tuviese, porque la volvía loca besárselos, y la doctora le confirmó que los llamados «hoyuelos de Venus» favorecían la circulación de la sangre en las lumbares de su hermana, consiguiendo que llegase antes al orgasmo. Desde entonces, la jugadora se fijaba más en ellos y solo pensaba en Cloe corriéndose mientras le mordía la zona.

—¡Eva, muévete! —Alma dio una palmada delante de su cara—. Madre mía, cómo estamos hoy. Deja de babear con el culo de la segunda entrenadora y vete a tu sitio.

—No le estaba mirando nada —negó la capitana sentándose en su silla.

—Ya, claro. Y ella tampoco te lo ha mirado a ti cuando te bajabas del coche —la mujer rodó los ojos—. Vamos con un dos contra dos, niñas. Eva, y sus ojos que no ven culos ajenos, con Azu. Cloe, tú siéntate para evitar distracciones y revisa las jugadas de Roxy y Belén. Yo me encargo de las otras dos.

—A veces, odio que seas una entrenadora tan cercana —Eva resopló—. Un señoro dejaría estar lo del culo de Cloe.

—Un señoro, el que no dejaría estar es el tuyo —Alma se encogió de hombros—. No te quejes, anda.

El entrenamiento se le hizo eterno con la mujer y el resto de sus compañeras metiéndose con ella cada vez que miraba a su novia. Sin embargo, no tuvo tiempo ni para pensar en su sueño y sentirse ridícula. De eso, se iba a tener que preocupar al terminar por ese día y volver a casa, tras montarse en el coche con la mayor.

—Oye, ¿me dejas en el hospital? —le pidió Cloe.

—¿Qué? ¿Por qué? —ella entró en pánico.

—Carla todavía tiene mi coche y me ha dicho que vaya a recuperarlo, pero no te preocupes, que me voy a tu casa en cuanto lleguemos al piso y me cambie.

—Ah, vale —Eva se relajó momentáneamente.

—Por cierto, ¿qué tal la entrevista? —la mayor cambió de tema con una sonrisa—. No me has podido decir cómo te ha ido.

—¿Te digo la verdad?

—Sí.

—Te quiero coger —le soltó la jugadora usando la misma palabra que la canción que escuchaban.

—¿Qué? —la rubia giró la vista hacia ella.

—Ha ido bien —se avergonzó la castaña.

—¿Y cuándo dices que quieres coger entonces? —su novia se rio levemente—. Porque llevas un día de lo más rarita.

—Lo sé. No te enfades, pero…

—Ninguna frase que no me cabrease empezó así —la cortó la chica—. ¿Qué te pasa?

— Es que… ¿Tú alguna vez has pensado en tener un trío?

—¿Un trío? ¿Quieres hacer uno o…?

—No, no, no, pero… —la menor dudó si decirle la verdad, aunque no le quedaba de otra ya que había empezado—. He soñado que pasaba.

—¿Has soñado que te liabas con dos tías? —la carcajada de la segunda entrenadora la puso más nerviosa—. Dime que estaba yo por lo menos.

—¡Sí! Claro que estabas tú. Lo siento…

—¿Por qué? Es un sueño. Cuéntamelo. ¿Quién era la otra?

—No sé. Una tía *random*, probablemente. Pero no llegó a pasar nada. La besé y me desperté.

—Qué triste. Nos quedamos sin trío —bromeó Cloe para hacerla sentir mejor—. Tendremos que buscar otro.

—No quiero hacer un trío.

—Mejor, porque te acapararía todita para mí sola. La tía *random* se iba a aburrir mientras te hacía de todo.

—¿Me lo repites cuando vengas a mi casa? —Eva consiguió calmarse al fin.

—No te lo voy a repetir, te lo voy a enseñar.

La mano de Cloe alcanzando su muslo ya no le molestó tanto. Se sentía un poco tonta por no haber pensado que la rubia se tomaría a cachondeo su sueño y creer se enfadaría. Para cuando llegaron al hospital, no quiso ni parar el coche. Tenía ganas de chuparle los abdominales allí mismo, pero se tuvo que conformar con un beso que no duró lo suficiente.

—Te veo luego, ¿no? —le preguntó Eva al verla abrir la puerta.

—Sí, voy para allá en media hora, como mucho —Cloe le guiñó un ojo antes de bajarse —. ¿Quieres que pille algo de cenar de camino?

—¿Pizza?

—¿Cuatro quesos?

—Y una mexicana para Clau, que hoy está en casa.

—Échala —bromeó la mayor riéndose—. Igual Carla se quiere venir a verla…

—Eso, tráete a tu hermana pequeña. Que se entretenga con mi amiga mientras follamos. Planazo.

—No te sienta bien la ironía, pecadora del Edén.

—No me llames eso —se quejó la castaña.

—¿Manzanita? —la picó la rubia.

—Ni de coña.

—¿Mi niña? —Cloe se aguantó la risa.

—Pues… —ella no iba a desaprovechar la oportunidad—. Puedo ser tu niña… de la escuela, Lola del Hacendado.

Su novia la miró con la boca entreabierta un segundo y cerró la puerta dramáticamente antes de enseñarle el dedo corazón. Eva se rio observándola dirigirse al interior del hospital. Ella también sabía jugar a eso. Probablemente, se arrepentiría más tarde cuando Cloe se lo devolviese multiplicado por dos. Aun así, ese «mi niña» de broma había hecho que su corazón latiese el doble de rápido. No le hubiese importado escucharlo de verdad.

Al llegar a su casa, descubrió que Claudia también estaba alegre porque ese viernes tenía una cita con Carla y la estaba planeando, aunque no sabía dónde llevarla. La dejó buscando sitios elegantes en Madrid y fue a ducharse mientras llegaba la segunda entrenadora. Sin embargo, se tuvo que dar prisa al escuchar su móvil. *Ojalá que no sea para decirme que no viene o la mato*. Se quedó mirando la pantalla un segundo, desconcertada, pero se alegró de ver quién la llamaba:

—¡Abuelo! —exclamó al descolgar—. Cuánto tiempo, eh.

—Sí, bueno, es que eres la nieta ocupada de la familia —le reprochó el hombre—, pero me ha dicho tu prima Valeria que te has echado moza.

—Ah, sí. Ya estaba tardando… —ella negó como si no tuviese remedio—. Es la antigua capitana del equipo, que volvió del país donde estaba y, ahora, es segunda entrenadora hasta que Alma se retire.

—La chiquita esa con el pelo rojo que te tenía *ennortá*.

—Sí, Abu, sí. Pero ya no lo tiene rojo y yo sigo *apollardá* —Eva se echó a reír.

—Eso siempre. Tienes más pájaros en la cabeza que un nido. ¿Cuándo me la traes para que la conozcamos tu abuela y yo? Que no te la robo, eh. Estoy de buen ver, pero seguro que le gustas tú.

—Pues no sé si va a querer —la jugadora ignoró lo chistoso que estaba—. Le tendría que preguntar.

—Dile que os venís para acá este finde de semana, que hace mejor tiempo y le vendrá fenómeno el calorcillo andaluz —el señor intentó venderle el viaje—. En el pueblo, se está bien.

—Abu, es de Jaén. Estará harta de calor.

—Uh, ¿vecina? Mira, mejor. Así es graciosa y no una *saboría*. Tráetela, que me la llevo a

los olivos, a fumigar. En su tierra, se lleva mucho.

—No veo yo a Cloe cerca del campo —la chica soltó una carcajada—. Seguro que es de las que dicen que allí solo va a comerse una paella.

—Bueno, pues le pongo un poquito de pan con aceite. Compré del bueno el otro día en la cooperativa.

—Abu, déjate de intentar sobornar a mi novia, que me la vas a robar de verdad. A ver si la convenzo y vamos este finde.

—Venga, tú díselo. Aquí os esperamos tu abuela y yo.

Dejó el móvil sobre su cama al colgar e intentó reconocer la canción que provenía del salón. Parecía que Claudia había encontrado algo interesante y estaba contenta. Ella también, porque la idea de su abuelo era buena. No lo había pensado, pero tenía ganas de presentarles a su novia. Cloe se iba a llevar genial con ellos, seguro.

Le costó escuchar el timbre con la música, pero bajó a toda velocidad, como una cría emocionada. Con lo mal que lo había pasado durante todo el día por una tontería, solo podía recuperar horas de felicidad. *Espero que se quede a dormir. Aunque, si quiere ir al gimnasio mañana, se va a tener que levantar súper temprano. Al final, será mejor que se intercambien.*

—¡Clau! ¡Baja la música! —Eva la vio suspirar al abrir la puerta—. ¡Te vas a quedar sorda, perra mierda! —le echó una mirada de arriba abajo—. Hola.

—Pensaba que eras tú la de la canción. Como te gusta tanto Lola Índigo… —Cloe rodó los ojos con un tonito celoso.

—A Clau también le mola. ¿Has venido para criticar mis gustos musicales, rubia?

—No, te traigo la cena y el postre. ¿A que soy buena novia?

—Qué raro suena lo de novia… —negó ella apartándose de la puerta—. Entra, anda.

La mayor saludó a su amiga dejando la pizza frente a ella y se sentaron a cenar. Obviamente, la bailarina le preguntó por Carla, que se había quedado a terminar algo del trabajo. La doctora no tenía intención de unírseles más tarde, pero sí le había dicho a su hermana que Claudia podía videollamarla. Eso les dio el resto de la noche a solas y acabaron besándose en su cama a la media hora. Cloe le estaba quitando la camiseta cuando la detuvo.

—Espera, tengo que preguntarte algo —la castaña la miró sonriente.

—¿Tiene que ser ahora? —su novia hizo un puchero tirando del borde de sus pantalones.

—Es que, si no, se me va a olvidar.

—Eva… —la rubia suspiró—. ¿Qué es?

—Me ha llamado mi abuelo. Creo que voy a ir a casa este finde. Quieren conocerte. ¿Te vienes? —le dijo a toda velocidad.

—¿A tu casa? ¿A conocer a tus abuelos? —la rubia no parecía convencida—. ¿Este finde?

—Eso he dicho. Bueno, a mi familia en general —asintió la menor—. Si no quieres, no pasa nada.

—¿A ti te apetece que vaya?

—¡Claro! Mi abuelo te va a adorar.

—Nunca he visto Huétor Tájar…

—¿Eso es un sí? —se emocionó Eva.

En cuanto Cloe asintió, la jugadora se le tiró encima y comenzó a besarle toda la cara. Hasta se terminó de quitar la camiseta para ella mientras la mayor le agarraba el culo. Le esperaba una noche muy divertida y un fin de semana mejor.

Capítulo 30: Qué cuadro de familia

Pasar casi cinco horas encerrada en un coche escuchando a Lola Índigo en bucle tenía que ser ilegal, pero lo soportó porque Eva no dejó de decirle lo contenta que estaba por ir a ver a sus abuelos. Se notaba que los echaba de menos, casi tanto como Cloe a los suyos. La ventaja que tenía la menor era que, si los visitaba, ellos le responderían.

—Te presentaría a los míos, pero me vas a tener que llevar a Jaén, al cementerio —bromeó la mayor cuando estaban casi llegando.

—Bueno, yo solo te voy a presentar a los que me quedan vivos —se rio la castaña—. Ah, y a mis tíos y primos.

—¿Tu familia es muy grande?

—Mi padre es el mayor de tres hermanos y mi madre la menor de cuatro —Eva le sonrió —. Somos nueve primos, pero en el pueblo solo está Valeria, su hermano David y los mellizos, que son los pequeños.

—Me he perdido a la mitad —negó Cloe—. Qué pila de gente. Y de todos, tú eres la decepción de la familia, ¿no? —bromeó.

—La segunda, de hecho. La primera es mi prima Lara, futbolista y bollera —la jugadora se encogió de hombros—. Su padre encantado de que su niña juegue al fútbol, pero su madre dice que mire usted, que si le van a abrir la cabeza un día, que eso no da de comer… No sé, a lo mejor viene mañana de Granada con la novia.

—Me vas a tener que hacer un árbol genealógico, eh.

—Luego te lo hago —la menor le dio una palmadita en la rodilla parando el coche—. Espera, que voy a abrir la puerta.

Cloe la observó confundida bajarse del vehículo. Se habían detenido delante de una reja verde por la que cabían dos vehículos, mínimo, y que daba a un camino embaldosado, el cual adornaban unos árboles grandes y frondosos. Estaba flipando porque aquello tenía pinta de ser una finca enorme. Sin embargo, Eva abrió como si nada y regresó.

—No me habías dicho que eres millonaria —bromeó la rubia demasiado en serio.

—Porque no lo soy —se rio su novia.

—Eva, acabas de abrir una verja que ya quisieran los castillos de las pelis.

—No seas exagerada —la castaña rodó los ojos—. Además, es terreno compartido. Está la casa de mis abuelos al lado de la mía y las olivas de toda la familia por detrás.

—¿Olivas?

—Sí, rubia, para que no eches de menos tu tierra —la jugadora se rio—. Tienes casi trescientos olivos y cincuenta almendros para correr, si te agobias.

—¿Trecientos? —se sorprendió Cloe—. Niña, estás montada en el dólar.

—Ya te he dicho que es familiar. La mayoría de mi abuelo todavía. Además, en todo caso, mis padres son los ricos, que la pasta es suya.

—¿Ves? Eso suena a mucho dinero. ¿Toda tu familia se dedica al campo?

—No, mi tío Antonio es el único que va con mi abuelo —Eva arrancó por fin.

—¿Y tus padres?

—Mi madre es abogada y mi padre farmacéutico.

—Ah, ¿por eso estudiaste derecho? —le preguntó la mayor.

—Sí, quería ser tan guay como ella, pero luego vi de qué iba la cosa —se rio la jugadora —. Mejor me dedico a *Impact*.

Volvieron a parar el coche a unos metros de la valla y le tocó bajarse. Dentro del terreno, había dos grandes casas blancas, muy cerca una de la otra. Básicamente, una era un chalé de gente pija y la otra tenía un toque rústico, ambas rodeadas de árboles. Obviamente, su novia la guio hasta la que parecía más moderna cuando sacó la mochila del maletero. Eva tuvo que tirar de ella porque se paró a mirar un camino que salía del lateral de la vivienda derecha y continuaba varios metros hasta un patio con una piscina y un techado, bajo el cual había una gran mesa de jardín junto a una barbacoa.

—¡Mamá! —la castaña abrió la puerta como si nada—. ¡Ya estoy aquí!

—¿Por qué tienes que gritar tanto siempre? Eso viene de la familia de tu padre —oyó a la señora aproximarse por un lateral.

Cloe observó las escaleras que tenían delante y la entrada a la izquierda, por la que apareció la mujer. Era una cabeza más baja que su hija, pero se parecían muchísimo. La única diferencia notable eran los ojos azules de la madre, que no tenían nada que ver con los marrones de Eva. Eso y que estaba teñida de un rubio claro. Aun así, las gafas rojas, grandes y cuadradas, la hacían parecer joven, a pesar de darle la sensación de ser muy seria. Sin embargo, la mujer demostró mucha energía. Literalmente, eran la misma persona, aunque su novia tenía la voz un poco menos aguda.

—Mamá, esta es mi novia —las presentó la jugadora—. Se llama Cloe María, como tú.

—¿Cloe? —dudó la segunda entrenadora.

—No, lo dice por el María, encantada —la señora rodó los ojos antes de abrazarla fuerte —. ¿Te dicen así o…?

—Solo Cloe está bien —la chica intentó sonreírle cuando se enderezó.

—Qué alta eres, chiquita —se rio su suegra—. ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Mucho tráfico?

—No, salimos muy temprano —le respondió Eva—. ¿Y papá?

—En la farmacia. Le he dicho que se venga antes hoy porque tu abuela se ha empeñado en que comamos todos fuera. Va a hacer paella. ¿Te gusta, Cloe?

—Sí, sí, no soy delicada para comer.

—Estupendo —María le dedicó una sonrisa antes de dirigirse a su hija—. ¿Por qué no dejáis las cosas, le enseñas la casa y vas a presentársela?

La castaña ni se lo pensó. La tomó de la mano y entraron primero por donde había salido su madre. La planta baja tenía una vivienda completa, con su cocina, salón, baño y una habitación. Eva le explicó que allí era donde lo hacían casi todo, aunque su habitación estaba en la parte de arriba. Subiendo las escaleras, le enseñó una cocina más pequeña, otros dos cuartos, un estudio y un baño enorme, además de una terraza. Era como tres veces su piso en Madrid.

Cloe estaba deseando ver dónde dormiría con su novia y no le extrañó nada que la hija única tuviese una habitación enorme, con una cama de matrimonio para ella solita y un *setup gamer* completísimo. Tampoco se sorprendió al encontrarse una estantería encima de la mesa, llena de discos de su cantante favorita y videojuegos varios. Aun así, la dedicación de la chica hacia *Impact* se la recordó un cuadro con una de las ciudades que se representaban en el juego.

—No me juzgues mucho —Eva se apoyó en su escritorio.

—Estuve quince años compartiendo una habitación, que era la mitad que esto, con Carla —la mayor caminó hacia ella—. Teníamos un póster de Queen tapando un agujero que hicimos tirándonos un libro. No preguntes —negó riéndose—. No te voy a juzgar por tener un cuarto tan guapo, niña rica.

—Que no soy rica —la menor se tensó cuando la atrapó poniendo las manos a ambos lados de su cuerpo—. He tenido suerte en la vida.

—Yo sí que tengo suerte contigo —Cloe la besó lentamente.

—No te emociones, rubia —su novia la empujó sin mucha intención—. Primero, tienes que conocer a mis abuelos.

—¿Y pedirle tu mano a tu padre? —bromeó ella.

—Estás graciosa tú, ¿no?

La jugadora tiró de su camiseta para acercarla y darle un beso rápido antes de obligarla a salir de la habitación. Hubiese preferido quedarse haciendo otras cosas, pero le habló tanto de sus abuelos que hasta tenía ganas de ver si, como a su madre, Eva se les parecía.

No dieron ni dos pasos hacia la casa con pinta de ser más antigua, cuando una señora salió por la puerta y se detuvo con las manos en las caderas. Tenía el pelo corto y blanco y las gafas le ocupaban media cara. Sin embargo, su novia era su viva imagen. Al acercarse, comprobó que Eva iba a ser la más alta de la familia, si eso no lo cambiaba su padre. Al igual que su madre, su abuela daba una sensación de seriedad que se volatilizó en cuanto abrazó a su nieta súper sonriente.

—Anda que avisas de que has llegado —le reprochó la mujer.

—Hemos ido a dejar las cosas —la jugadora le sonrió también—. Abuela, mi novia, Cloe.

—Bienvenida, encantada —la señora pretendió darle dos besos.

—Gracias, igualmente —la rubia se agachó para saludar.

—No, que se llama Bienvenida —se rio Eva.

—Hija mía, qué alta eres —la mujer la miró de arriba abajo—. Te dolerá toda la espalda de besar a mi nieta.

—¡Abuela! Tampoco me lleva tanto…

—Pero si te saca una cabeza. Me tenía que haber casado con un hombre más alto, para compensar.

—¡Anda ya! Por cierto, ¿dónde está el abuelo?

—¿Dónde va a estar? En la huerta. Ahora, le ha dado por plantar rábanos —la señora rodó los ojos—. Vete a buscarlo. Nosotras os esperamos aquí, ¿verdad, Cloe?

La rubia asintió sin procesar todo lo que implicaba quedarse a solas con la abuela de su novia. Parecía una mujer entrañable, pero capaz era de decirle que se alejase de su nieta o le iba a meter un tiro. *He visto muchas películas americanas. Tiene pinta de que son una familia muy unida. Espero que no me odien. Compórtate. Tienes que gustarles o Eva te deja, fijo. No creo que soportase que les cayese mal…*

—Me ha dicho mi marido que eres de Jaén, ¿no?

—Ah, sí. De toda la vida —Cloe le sonrió.

—¿Vais luego a que conozca a tu familia también? —le preguntó la señora.

—Amm… Solo tengo una hermana y ya ha estado hasta de fiesta con ella —le respondió ella incómoda.

—¿Y tus padres?

—Han… muerto los dos. Me criaron mis abuelos y también han fallecido.

—Ay, pobre. ¿No tienes tíos tampoco? —Bienvenida la miró con pena.

—No, ninguno.

—Bueno, tú no te preocupes. Mi Eva tiene para prestarte. Mira, te regalo a mi Antonio si quieres. Es muy apañado para el campo y es el que menos problemas me da.

—Gracias, lo tendré en cuenta —la rubia se rio—. De momento, con Eva me sobra.

—Ay, es que es… Muy nerviosa, es muy nerviosa —la mujer la cogió por el brazo para enfatizar—, pero es buena niña. De buena, tonta. Al menos, esta vez, se ha echado una novia bien guapa. Estuvo con el hijo de la Paquita, que el pobretico mío no es nada apañado.

—Sería simpático —Cloe se encogió de hombros, sin saber qué decir.

—¡Qué va! Un *saborío* como su padre. Y, luego, la *malafollá* de su madre —continuó la señora como si la conociese de siempre—. Los *Follones* son todos iguales. Qué familia…

—Dicen que todos los tontos tienen suerte. Ese chaval la tendría al salir con la niña guapa del pueblo, ¿no?

—A ver, mi Eva no es fea, pero mi Valeria es más bonica. Ya verás cuando te la presente.

Aunque, tú ni mirarla, eh, que estás ennovia.

—No se preocupe. Bastante me ha costado ennoviarme con ella para fijarme en su prima ahora —la rubia negó conteniendo la risa—. No soy de esas.

—Así me gusta. Mira, ya vienen.

Cloe observó hacia donde señalaba. Entre las dos casas, su novia se acercaba riéndose con un anciano que estaba ligeramente peor conservado que su abuela. Aun así, le sorprendió que fuese bastante guapo, igual que las dos mujeres a las que había conocido hasta el momento. *A alguien tenía que salirle Eva*. Sin duda, el señor era el que menos se le parecía, pero llamaba la atención con sus ojos azules súper claros. *Seguro que, en su juventud, era el guaperas del pueblo*.

—A los buenos días —saludó el hombre—. ¿Qué hacéis ahí plantadas como un olivo? Ni que no tuviésemos casa.

¿Esta mujer no tiene ni un familiar introvertido? Qué alegría.

—Abu, te presento —la castaña se paró junto a ella—. Mi novia, Cloe. Este es mi abuelo, Custodio.

—Encantada —la segunda entrenadora se tuvo que inclinar menos para darle dos besos.

—Igualmente. Pero no os quedéis ahí. Vamos a sentarnos. ¿queréis tomar algo?

—¿Bienvenida y Custodio? —le susurró la alta a su novia de camino a la casa—. En Huétor Tájar, ¿no tenéis Pacos, Manolos, Antonias, Franciscas…?

—Sí, Cloe María, sí tenemos, pero ninguna tiene tu gracia —la castaña la empujó hacia el interior—. Tira para adentro, anda.

La vivienda de los abuelos era bastante típica. Hasta le hizo gracia que tuviesen una mesa camilla para poner un brasero entre los dos sofás. Ella se sentó en el pequeño, muy pegada a Eva, mientras su abuela le ofrecía todo lo que tenía en la nevera. Por vergüenza, no aceptó nada. Quizás, también tuvo algo que ver que el señor Custodio la estuviese mirando fijamente como un policía en un interrogatorio. Cloe evitó devolverle la mirada y se entretuvo con la decena de retratos de nietos haciendo la comunión. En seguida, encontró a su novia. *¡Hostias! No ha cambiado nada. Tiene pinta de ser una niña demonio. Seguro que la liaba parda y estaba todo el rato castigada*.

Se le contrajeron hasta músculos que no sabía que tenía cuando Eva le puso la mano en el muslo para llamar su atención y sonreírle. En realidad, ella estaba más tensa que las cuerdas de un violín desde el principio; hasta la última neurona la tenía en modo alerta.

—¿No tienes frío? —le preguntó el hombre muy serio—. Vas muy fresca. No entiendo esas *modernuras* de llevar la barriga al aire.

—Pues a mí me gusta —su nieta le echó un vistazo rápido.

—Mmm… —el señor negó con la cabeza—. Tú te habías ido a China o por ahí, ¿no?

—Sí, a Corea —le respondió enderezándose en el sofá.

—¿Y parece que has vuelto?

—No me encontraba cómoda allí —Cloe tragó saliva—. No hay nada como España.

—Yo me fui a Suiza de joven, a trabajar. No estaba a gusto, pero me pagaban.

—Aquí me pagan también —se atrevió a contestarle la rubia—. Menos, pero está Eva.

La segunda entrenadora se empezó a sentir como un gato acorralado. Por una parte, no podía controlar tanto la fiera que llevaba dentro. Por otra, sus abuelos la habían educado para ser respetuosa. Si Custodio seguía presionándola así, iba a acabar soltándole algo de lo que se arrepentiría. Aparentemente, había encontrado a la única persona de la familia que no estaba dispuesta a ser simpática con ella por salir con Eva. *Relájate. Tengamos el fin de semana en paz*.

—Si mi nieta se va, ¿tú te vas detrás? —insistió el señor.

—Depende de si ella quiere y de si voy a tener trabajo —Cloe miró a su novia—. Prefiero que no me mantenga nadie ni ser un estorbo.

—¿Y si se vuelve al pueblo? ¿Tú te ves viviendo aquí?

—¿Por qué no? Me he pasado más de media vida en un piso de Jaén. Andalucía es casi toda igual, donde mejor se está.

—Esta niña no me gusta para ti —Custodio se dirigió a Eva.

La rubia lo observó, mordiéndose la lengua. *A tomar por culo lo de caerle bien a su familia. ¿Qué le he hecho yo a este señor?* La jugadora frunció el ceño, pero no dijo nada, y su abuela perdió la sonrisa.

—¡Me encanta! —continuó el hombre riéndose—. Anda que te ha costado echarte una pareja decente.

—Custodio, por dios, no le des esos sustos a la chiquita —Bienvenida resopló—. Mi marido es un guasón, no le hagas caso.

—¿Qué? Tenía que ver si es buena para mi nieta —el señor se ganó un manotazo de su esposa.

—Abuelo, me la vas a espantar —se rio Eva acariciándole la rodilla—. Con lo que me ha costado…

—No creo. Se le nota que ha pasado por cosas peores —Custodio la miró suavizando el gesto—. Sabe cómo hacer más daño con las palabras que con los puños y no se achanta. Te viene bien una novia con un poquito de carácter.

—Un poquito mucho —lo corrigió la castaña—. Además, va a ser la entrenadora, tiene que saber… cosas.

Cloe se relajó cuando el hombre volvió a ser un sol de persona y se interesó por su vida. Hasta la invitó a ir a las fiestas del pueblo y tomarse un vinillo con él. A decir verdad, los abuelos de Eva la trataron como si llevase años siendo de la familia y estuvo muy a gusto con ellos en cuanto perdió la incomodidad inicial. Tanto que hubiese preferido quedarse allí, en lugar de tener que ir a conocer al resto de sus tíos y los primos que quedaban por el pueblo.

Resultó que los mellizos que le había mencionado eran unos críos de unos diez años muy ruidosos y a los que les sudó los cojones quien fuese. Cloe lo agradeció porque lo suyo no eran los niños. Aparte de esos dos, David le puso mala cara siendo un poco homófobo para tener veinte años, como le explicó Eva después, y su hermana Valeria sí era tan guapa como le había comentado Bienvenida. Por si acaso, se abstuvo de mirarla mucho. No quería que cierta abuela le sacase los ojos y los colgase de un almendro.

Al último que conoció fue a Roberto, su suegro, que regresó de trabajar para comer. Sin duda, la castaña había sacado la mandíbula tan afilada de él y el color de los ojos, pero era un hombre poco agraciado. Llevaba una melenita, morena y canosa, y tenía la nariz bastante prominente. Además, le sorprendió el pequeño aro en la oreja izquierda. En vez de farmacéutico, le podrían haber dicho que era un director de cine de terror y se lo hubiese creído al verlo con sus vaqueros y su chaqueta de cuero desteñida.

—¿Cómo va en el equipo? —le preguntó Roberto señalando a su hija con la cabeza.

—Bien. Es la mejor —le aseguró Cloe—. Se distrae con facilidad, pero se centra en el juego.

—Le pasa desde niña. Es el TDH —el hombre negó con la cabeza—. De pequeña, parecía trillizas. Se metía en cada lío por hablar tanto… Menos mal que la mandan al psicólogo. Si no, estaría peor.

—Bueno, ahora de mayor, se ha moderado —intervino María—, aunque le han vuelto a recetar medicación, ¿no?

La rubia miró confusa a su novia, que estaba de cháchara animadamente con su prima. No tenía ni idea de lo que le estaban hablando sus padres. Sin embargo, se tenía que haber dado cuenta por los pequeños cambios en su comportamiento, como que hubiese sustituido la Coca-Cola habitual en las comidas por agua y que, las veces que habían salido, estaba sospechosamente sobria. *Estoy cieguísima, tío. Alma lo tiene que saber, ¿por qué no me ha dicho nada? ¿Y Eva? Soy un desastre de novia… Aunque eso explica tantas cosas. Supongo que su infancia tampoco sería fácil. Cada una tiene sus problemas…*

—¿Y tú vives con tu hermana? —Bienvenida la sacó de sus pensamientos—. ¿Es mayor que tú?

—No, es menor, y sí, estamos compartiendo piso porque se nos presentó de repente lo de irnos a Madrid —le respondió con una sonrisa.

—¿También está en eso de los juegos? —le preguntó Custodio.

—No, es médica, pero investiga enfermedades y cosas de laboratorio —Cloe no supo muy bien cómo explicárselo—. Es la lista de las dos.

—Ni que tú fueras tonta —se rio Eva uniéndose—. Carla, su hermana, no es tan inteligente para según qué temas. Vamos, tiene a Clau bebiendo los vientos por ella y ni cuenta.

—Ay, ¿cómo está Claudita? —la abuela se llevó la mano al pecho—. Hace mucho que no la vemos. Con la de horas que se pasaba aquí contigo, eh.

—Bien, bien. Liada con sus cosas de bailarina profesional —la castaña le sonrió—. Le dije que se viniese, pero tiene una cita con la hermana de Cloe y no se la iba a perder.

—Mira tú qué bien —asintió la mujer—. Así, podéis salir juntas las cuatro. Cuando era joven, hasta que no salían mis hermanas, no podía irme yo con tu abuelo. Y, a las once, tenía que estar en casa.

—Mamá, eran otros tiempos —María rodó los ojos—. ¿No ves ahora la chiquilla? Con novia y todo. Han cambiado las cosas.

—Si no se hubiese visto mal en mi época, yo también me hubiese casado con una mujer. Te quitas de problemas.

—No, no, damos más que un hombre —se rio Cloe—. Que se lo digan a su nieta.

—Eso, abuela. Además, con lo que quieres tú al abuelo…

—A veces, no tanto —la señora negó frunciendo los labios.

—¡Mentira! Me quieres con locura y no te puedes resistir a mis encantos —Custodio la agarró por la cara y le llenó la mejilla de besos—. Si hasta te tiraste del moño con *la* Juana por mí.

—No fue por ti, fue por una *chuminá* —se defendió Bienvenida—. Si fuiste tú el que venía detrás de mí. Yo le tenía el ojo echado al hijo de *la* Martirio.

—Por encima de mi cadáver te ibas a casar con ese *cipollo*. Le meto un *calamonazo* que todavía le está doliendo. Vamos, le falta pueblo para correr.

La rubia se aguantó la risa hasta que Eva estalló en carcajadas. Al parecer, esa dinámica era normal durante las comidas familiares y la mayor comprobó que sus abuelos eran así todo el rato. Le caían bien y hasta le dio pena perderse la cena con ellos porque su novia la sacó a enseñarle Huétor Tájar y comieron en un restaurante cerca del parque. A decir verdad, se había imaginado que era un sitio pequeño, pero no dejaba de ser acogedor. Se podría acostumbrar a estar allí, antes que a Madrid.

También agradeció que sus suegros viviesen, prácticamente, en la planta baja. Así, tenía un poco de intimidad con su chica. Por algún motivo, no se sentía tan cómoda con sus padres como con sus abuelos. Le daba la sensación de que pasaban un poco más de ella que los ancianos. De hecho, a pesar de su choque inicial con Custodio, la habían acogido bien y estaban pendientes de que se sintieran a gusto en todo momento. Hasta le decían a Eva que la llevase a ciertos sitios y le enseñase cosas o le diese algo para comer porque estaba «muy delgadilla».

—Si te levantas antes que yo, te puedes ir a nadar a la piscina —la castaña le sonrió sentándose en la cama—. Mi abuelo la llenó cuando le dije que ibas al gimnasio a hacerlo.

—Qué majo. Lo tendré en cuenta —la rubia se apoyó en el escritorio cruzando los brazos —. No me habías dicho que tomas medicamentos para el TDH.

—Pensaba que lo sabías por los reconocimientos médicos —Eva se encogió de hombros —. ¿No te los pasa Alma?

—Se ve que no entra dentro de mis responsabilidades.

—Bueno, estoy acostumbrada desde pequeña. No es para tanto.

—Si vas a ser mi niña, es para tanto —la rubia se le acercó—. Es importante saber estas cosas.

—¿Cómo…?

—Me fijo más en ti de lo que piensas. Se te puso cara de imbécil antes de soltar el chistecito de la escuela —la mayor se arrodilló frente a ella y le tomó las manos—. Eva, te quiero y, si te pasa algo, quiero saberlo.

—Que no es… —la castaña se quedó con la boca abierta—. ¿Me quieres?

—Desde que me chupaste hasta el alma cuando Rodri nos hizo jugar a la Jenga maricona de colores hace año y medio.

—¿Sabes que yo…?

—Lo sé —Cloe la interrumpió.

No necesitaba oírlo, pero no le importó que la besase con todas sus ganas. Eva tiró de ella para que se incorporase y se le sentase encima a horcajadas. No era como tenía planeado que fuese esa conversación. Quería que entendiese que podía confiar en ella con sus dificultades vitales y que supiese que estaría ahí para lo que surgiese. La jugadora era su remanso de paz y pretendía que la chica se sintiese igual.

A pesar de que se acabaron las palabras, la castaña le alegró la noche desnudándose. Hasta tuvo la brillante idea de que la atase a la cama, siempre y cuando le pudiese devolver el favor luego. Cloe no tenía ningún problema, pero sí le estaba irritando algo en lo más profundo de su mente. Por eso, aprovechó la oportunidad que su novia le presentó en bandeja de plata.

—¿Qué haces? —le preguntó la menor al verla bajarse de la cama.

—Nada. Solo voy a coger una cosita —le respondió la rubia.

—Cloe, esa es mi mochila —enfatizó la chica frunciendo el ceño—. Tú no usas la de las *Titans*.

—Ya —la segunda entrenadora le dedicó una sonrisita burlona—, pero tu cartera no está en la mía, ¿verdad?

—¿Para qué quieres mi…?

—Para que dejes de reírte de mí, Eva… —la mayor leyó su carné de identidad—. ¿Alejandra? ¿Te llamas Eva Alejandra?

Mientras Cloe se partía de risa, su novia se desató de puro pánico y le arrebató la cartera. Era demasiado tarde, ya lo había visto y no podía dejar de reírse.

—Eres idiota —la jugadora le dio un empujón.

—Eso ya lo sabías, Eva Alejandra —ella la cogió del brazo—. Venga, no te enfades. Tenía que saberlo. A ver si dejas de llamarme Cloe María de una vez.

—Te odio tanto…

—Mentira —Cloe intentó besarla.

—No, ahora, te quedas sin follar, por imbécil.

—Eva, joder, que era broma.

Su novia comenzó a vestirse despacio, aunque ella se dedicase a ponerle cara de cachorrito, y se tumbó en la cama. Le dio la espalda el tiempo suficiente como para acostarse a su lado y abrazarla. La rubia le besó el cuello lentamente y aprovechó para meter la mano por debajo de su camiseta. Sabía que no estaba tan enfadada como quería hacerla creer y la castaña no pudo aguantarse la risa. A la segunda entrenadora, le dio igual no hacerlo. Tenía todo el tiempo del mundo. Además, estaba cansada de tanto saludar gente. Los Maldonado eran agotadores en tanta cantidad. Eran demasiado enérgicos para ella.

Por suerte, descansó mejor que en el resto del mes y le costó salir de la cama. La piscina era tentadora, pero más lo fue Eva aferrándose a su brazo como un koala dormido. Al final, prefirió quedarse un rato más hasta que la molestaron las voces del exterior.

Procuró no despertar a su novia al vestirse y salir de la habitación. Obviamente, sus padres, hablando en la planta inferior, no tuvieron el mismo cuidado y su abuela barriendo la puerta tampoco.

—Buenos días, madrugadora —la mujer le sonrió—. ¿Cómo has dormido?

—Bien —la rubia le devolvió el gesto—. ¿Le ayudo en algo?

—No, hija, no hace falta. Si ya mismo termino. Aunque podrías ir a decirle a mi marido que vaya a por unos churros para cuando se levante Eva.

—Sí, claro. ¿Dónde está?

—Allí, en los olivos —la señora le señaló el enorme campo—. Dale una voz.

Cloe asintió y caminó en la dirección indicada. No podía ser tan difícil encontrar a un señor entre tantos árboles que no se movían. Solo tuvo que seguir el sonido de la motosierra. Sin embargo, su móvil la paró un momento. Le extrañó que Lucía la videollamase, pero, con lo rara que estaba, como para no contestarle.

—¿Qué pasa, rubia? —la saludó al verla en la pantalla—. ¿Tanto me echas de menos?

—Me has pillado —bromeó la cantante—. ¿Dónde estás? Tienes muchos árboles detrás como para que sea Madrid.

—Huétor Tájar. Eva me ha traído a conocer a su familia.

—Oh, qué formal todo. ¿Y qué tal?

—Bien, bien. Son todos… —la mayor buscó las palabras apropiadas— tan locos como Eva.

—Cloe… —a la chica no se le escapaba ni una.

—Estoy jodida, Lucía. ¿Sabes esas personas que sufren muchísimo al romper con su pareja porque la familia de ella era como una segunda?

—Sí, me pasa con mi suegra. La madre de Cora es un amor.

—Uff, es que sus abuelos me hacen echar muchísimo de menos a los míos. Si Eva me deja… No sé… Su abuela me da tanta paz… En fin, me has llamado tú. ¿Qué pasa, rubia?

—Cora y yo vamos para España la semana que viene.

—Ah, sí. He visto que han ganado —la segunda entrenadora le sonrió contenta—. Se merece unas vacaciones.

—En realidad… Cloe, que me caso —la vio dar botes mientras la pantalla se sacudía—. ¡Que me ha pedido matrimonio!

—No jodas, Lucía. ¡Enhorabuena! Vaya con la pitufilla indecisa, eh.

—Lo sé. Pero le he dicho que, si no es en Galicia, no hay boda —la cantante no podía parar de sonreír—. Así que, ve haciendo las maletas para el mes que viene porque ni se lo ha pensado y tenemos que aprovechar antes de que empiece la liga de allí, que Eva es su padrina y, como tú eres la mitad de la mía, me tienes que ayudar —se rio.

—Joder, me alegro un montón, pero menudas prisas, chocho —Cloe se contagió de su risa—. Quién nos iba a decir que sería tu padrina, o media, ¿eh?

—Es verdad. Con lo que te odiaba cuando te conocí, sirenita del infierno.

—Ah, no, ya no soy pelirroja. No puedes usar ese apodo.

—¿Barbie metalera?

—Muy básico. Pasas demasiado tiempo con Cora —se negó la mayor—. Ya me buscarás mote. Vete a follar con tu… prometida.

La chica le sacó la lengua antes de colgar. *Increíble. Menos mal que Carla me regaló el traje, si no, a ver que me pongo. Bien hecho, pitufa. Va a ser una boda preciosa, seguro*.

Le costó unos segundos terminar de procesar la noticia, pero se alegraba por ellas. Nunca había sido fan de las bodas, pero tenía claro que ella también se casaría si Eva quisiese. *Fijo que no le gustan esas cosas. Mejor busco a su abuelo, que ya sé que los churros son apuesta segura*.

—¡Custodio! —lo llamó al verlo.

—Cuchi, la jiennense. ¿Qué pasa? ¿Vienes a supervisar que cuide bien mis olivos?

—No. Que me ha dicho Bienvenida que si puede ir usted a por churros para su nieta.

—*Foh*, cómo se pone la Bienve de mandona por la mañana. ¿Te vienes una *chispitilla* conmigo y te enseño dónde está la churrería del Mateos? Así vas tú para la próxima. ¿O te ha mandado algo más mi señora?

—No, no —Cloe se rio—. Nada.

—Venga, que te cuento la vez que se me perdió mi Eva y casi echo a pelear a su madre y su abuela —el hombre le puso la mano en la espalda para guiarla.

No habían dado ni dos pasos cuando la castaña apareció corriendo y gritando su nombre.

Iba en pijama aún y, probablemente, ni se había peinado.

—¡Se casan! —exclamó sin aliento al alcanzarla.

—Se casan… —asintió ella.

—Es que no me lo creo —la jugadora dio saltitos de la emoción—. Nos vamos de boda, rubia.

—*¡La vín!* Ya me voy yo solo a por los churros si no —Custodio resopló—. Luego, me contáis quién se casa.



Capítulo 31: La cita

Por fin, parece feliz. Carla almacenó el móvil en el bolsillo interior de su americana y se incorporó inquieta. Los últimos minutos de intranquilidad la llevaron a las redes sociales.



Sin embargo, no halló el entretenimiento suficiente para aplacar sus nervios momentáneamente. Por eso, buscó el consuelo de su félido amigo en el sofá. Caos recibió sus caricias con un ronroneo que fue en crescendo.

—*Felis catus*, como miembro de una especie extremadamente inteligente que eres, ¿no conocerás tú cuánto debo esperar aún para que Claudia se digne a aparecer? —un leve maullido

la increpó—. Lo sé, pero me aseguró que llegaría a las ocho. Resta un minuto para esa hora y…

El timbre interrumpió su discurso. *Puntual. Impresionante.* No se demoró en ir hasta la puerta, seguida por el felino, y abrir. La bailarina la saludó con una amplia sonrisa. Deseaba que, al verla, sus nervios se apaciguasen. No obstante, solo aumentaron ante la inminente cita con ella.

—¡Hola! —Claudia se agachó a mimar a Caos—. Tu dueña me ha dicho que te echemos un ojo mientras no está —comentó desviando la vista hacia la menor—, que me quede aquí a dormir.

—No será necesario. Yo puedo ocuparme de él.

—¿Y si quiero quedarme? —la rubia se levantó.

—Supongo que no puedo impedírtelo.

—No, pero, después de la cita, lo discutimos —la mujer le guiñó un ojo—. ¿Nos vamos? Creo que te va a gustar. Además, vas perfecta, guapísima.

—Igualmente —la doctora la contempló de arriba abajo.

El trayecto en el vehículo de Claudia fue ameno y no demasiado extenso. La bailarina se encargó de amenizárselo preguntándole si había visto la publicación de su hermana y comentando lo bien que se encontraba con Eva. Estaba de acuerdo y, aparentemente, la jugadora le había confirmado a su amiga la aceptación que Cloe tuvo entre los integrantes de su familia. Aquello la hizo cuestionarle el poco conocimiento que poseía sobre el árbol genealógico de su acompañante.

—¿Tienes padres? —le preguntó.

Eso es un interrogante estúpido, Carla. Es imposible que exista sin la consecuente procreación paterna.

—¿Vivos? Sí —se rio Claudia—, pero divorciados. Mi madre se volvió a casar y mi padre se juntó con un hombre al darse cuenta de que era gay. Tengo dos hermanastros pequeños también. Uno cumple veinte pronto.

—¿Tu padre es homosexual? —cuestionó la menor.

—Sí, es de los que han salido tarde del armario por la presión de vivir en el pueblo. Se casó con su mejor amiga hasta que no pudo ocultarlo.

—Suelen comentar que las situaciones ocurren en su debido momento.

—Mhm. Él salió hace ya, cuando yo tenía trece años o así —la mayor parecía sumida en sus recuerdos—. Se murió mi abuelo, que era súper homófobo, y mi padre le pidió el divorcio a mi madre. Siempre decimos que mi abuela dobló servilleta del disgusto.

—¿Falleció pronto?

—Al año, más o menos, pero porque estaba muy mala.

—¿Y tu madre qué opina? —se interesó Carla.

—Creo que se lo olía —la bailarina se rio—. Se llevan bien, pero él se fue a vivir a Granada con su pareja y no se ven mucho.

—Entiendo. ¿Tu deseo de ser bailarina profesional de dónde proviene?

—Mi señor padre —Claudia soltó una carcajada sincera—. Yo tenía como seis años y él estaba obsesionado con la música de finales de los 90. Nos poníamos a ver vídeos de la época y repetía mucho el de Ricky Martin. ¿Ves? Mi madre lo tenía que saber fijo. En fin, que sale mucha gente bailando en el de *Livin' la Vida Loca* y le dije que quería hacer eso. Así que, me apuntó a clases. ¿Cuándo supiste tú que querías ser genetista?

—Probablemente, tras el suicidio de mi madre y el descubrimiento de que Cloe tenía un progenitor distinto —la científica exhaló—. Fueron circunstancias duras para ambas, pero me motivó a tratar de encontrar las pequeñas similitudes que demostrasen que era algo más que una «media hermana» —explicó indicando las comillas con los dedos.

—¿Querías ser otra cosa antes?

—No del todo. Siempre soñé con ser doctora, solo que no comprendía las opciones de especialización. En términos generales, estoy contenta con mi carrera laboral hasta ahora.

—¿Y Cloe? —la mujer se detuvo en la acera—. Porque Eva casi es abogada, en vez de *gamer*, y hubiese sido un fastidio.

—A mi hermana le apasionaba dibujar. Estuvo estudiando para convertirse en tatuadora, pero se le presentó la oportunidad de ganar dinero con el videojuego y lo abandonó todo. No lo entendí en el momento, pero considero que no fue mala decisión.

—Para nada. Gracias a ella estamos aquí —Claudia sonrió sujetando la puerta—. Literal y figuradamente.

Carla observó a su alrededor mientras su acompañante adquiría las entradas. No le fue difícil darse cuenta de que se hallaban en el museo. Había sido una buena elección por parte de la bailarina, puesto que no había estado allí hasta dicha cita. *Una actividad cultural es una gran opción. Enriquecedora a la par que divertida. No sé por qué esperaba otra cosa de ella, pero mejor así.*

Lo único que no le encantó del plan fue el silencio que las acompañó durante un buen rato de la visita. Le parecía muy interesante la historia detrás de cada cuadro. Sin embargo, Claudia era más cautivadora con cada paso que daban. Aquella faceta seria y contemplativa le gustaba. Aun así, se obligó a romper la serenidad de la sala vacía en la que se encontraban.

—¿Sabías que ese retrato pertenece a Carlos II? No soy una entendida en Historia del arte. No obstante, si contemplas el espejo detrás de él, puedes percibir la decrepitud y decadencia de los —el roce de la mano de la mayor contra la suya la puso nerviosa— *austraquios*… Austriacos… Austrias, la familia de los Austrias —se corrigió de inmediato.

—Se me da fatal la historia, pero ¿este no era el que dijo que le habían dado un chocolate embrujado? —cuestionó Claudia como si no hubiese sucedido nada.

—Mhm. Creyó que lo habían hechizado con materia cerebral de una persona fallecida y

fue objeto de exorcismos con ciertos brebajes que agravaron su estado de salud.

—Si hubieses sido mi profe, no habría aprobado —la chica se rio.

—¿Tan mal explico? —dudó ella.

—No, pero me pasaría las clases embobada mirándote. Tienes unos ojos preciosos, por cierto.

—Gracias —la científica no fue capaz de retener una risa nerviosa—. La escasez de melanina en las capas frontales de mis irises es la culminación de múltiples genes combinándose entre sí.

—Azules, Carla. Dime que los tienes azules, como una persona normal —la cálida sonrisa de la rubia hizo que su corazón se acelerase—. Me encanta tu cerebro, pero me pierde más lo guapa que eres y lo buena que estás.

—Eso… —la doctora contuvo el aliento cuando se acercó demasiado— no ha sido demasiado acertado. No obstante, creo que me ha hecho comprender tu preocupación.

—¿Cuál de todas? —se rio la bailarina.

—Que consideres mi atracción como una mera excusa para mantener relaciones sexuales contigo.

—Ah, pero es que sé que te mola follar conmigo.

—No, me molas tú —enfatizó la investigadora con afán imitativo—. El sexo es una actividad placentera, pero secundaria, solo contigo.

—Mi preocupación viene de que, de la noche a la mañana, ya no insistes en ser hetero. Me confundes.

—Claudia, no es mi pretensión. Tengo sentimientos reales hacia ti —le confesó Carla seriamente—. ¿Acaso tú no te considerabas heteronormativa hasta que descubriste lo contrario? Al igual que tu padre.

—Supongo que sí, pero me lo has dicho tanto que…

La menor le impidió que continuase, atrapando sus labios entre los suyos en un suave beso. Al distanciarse, la bailarina la observó con una expresión que no supo interpretar, pero no le dio una mala sensación.

—Hace mucho que pretendo dejar las palabras difusas —la científica le tomó la mano—. Comprendo tus reservas a causa de mi insistencia en una orientación sexual con la que ya no me identifico. ¿Sabes qué? Tengo los ojos azules y estoy enamorada de ti, Clau. ¿Soy suficiente normal ahora?

Capítulo 32: Calcetines y ordenadores rotos

Se había pasado el fin de semana en el piso de las Álvarez. Carla no la había dejado marcharse y la tenía todo el rato pegada, lo cual no era ningún problema. Le encantaba lo sobona que se había vuelto y tener sus manos por todas partes, incluso cuando no estaban follando. Sin embargo, le había dado un descanso mientras se duchaba y Claudia aprovechó para echarse en el sofá con Caos. El gato tampoco la abandonó esos días y estaba orgullosa de un par de trucos que aprendió el animalito.

—¿Deseas usar la ducha antes de marcharte? —la doctora apareció en el salón secándose el pelo con una toalla.

—No, gracias —ella le sonrió—. Eva tiene que estar al llegar.

—Como quieras —la chica se sentó a su lado.

—¿Esos calcetines son míos? —la bailarina elevó una ceja.

—Mhm, pero no poseo ningunos tan largos y son… adorables.

—Es porque tienen sushi, ¿no? —se rio la mayor.

—Puede.

Claudia tiró de la científica para que quedase apoyada en su pecho mientras le rodeaba los hombros con el brazo por la parte delantera. Carla tuvo que estirar las piernas por fuera del sofá y se quedó así un rato. La rubia le besó la cabeza y observó sus propios calcetines. *La verdad es que son graciosos*.

—¿Intentabas competir con mi hermana?

La morena le enseñó su propia publicación en Instagram:



—Me has pillado —la rubia le dio a «Me gusta» en el móvil—. Nosotras somos más guapas que ellas.

—Discutible. Cloe tiene una simetría facial muy placentera. Mira —Carla la enseñó otra publicación.



—Aún no he pensado en cómo empezar esa conversación —admitió la morena suspirando mientras ella se reía.

—Pues vas tarde, Carlita, que vienen de camino. No es tan difícil. ¿Cómo te dijo que estaba saliendo con Eva?

—Simplemente, usó un «ya tengo novia». Me comentó cómo había sucedido y me aseguro que estaban juntas por fin.

—Mira, buena forma. No lo pienses tanto. Creo que, precisamente, Cloe no se lo va a tomar mal y, si no, soy yo la que debería temer por su vida —bromeó Claudia acariciándole la mejilla—. Tu hermana está muy fuerte.

—Anatómicamente hablando, no deberías envidiarle nada.

—¿Estás diciendo que estoy buena? —la bailarina sonrió con picardía.

—Mucho —asintió la menor—. Tienes un desarrollo muscular impresionante.

—Voy al *gym* casi a diario y bailo…

La puerta interrumpió lo que estaba diciendo y Carla se incorporó esperando ver a su hermana. A los dos segundos, reconoció la voz de Eva avanzando por el pasillo y, poco después, la tenía parada en la puerta del salón.

—¿Qué pasa, parejita? —les preguntó Claudia—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—¡Genial! —le sonrió su amiga—. Para la próxima, os venís con nosotras.

—¿Te ha gustado Huétor? —ella se dirigió a la mayor.

—Muy bonito —le aseguró Cloe—. Pensaba que sería pequeño, pero está súper bien. No me habías dicho que esta es millonaria.

—Que no lo soy —la jugadora rodó los ojos.

—Hay gente con bastante pasta en el pueblo, pero a los Maldonado los conoce todo dios —se rio la bailarina—. En cuanto vayas un par de veces, sabe quién eres hasta la última abuelilla de allí.

—Estupendo, ¿voy a ser la novia de la hija de *la* María para siempre? —bromeó la segunda entrenadora.

—No, la novia de la nieta de la Bienve —se rio Claudia—. Su abuela es más famosa.

Entre risas, vio a Carla darle vueltas a la cabeza. Le notaba las ganas de decirles algo y no se atrevía. No quería robarle el momento, pero sí darle un empujoncito no sutil:

—Oye, ¿a ti te molesta que me tire a tu hermana?

—Depende de lo mal que folles y las intenciones que tengas —Cloe se encogió de hombros—. Eso sí, mejor no uses esa expresión. Pareces un señoro.

—Lo primero, que te lo diga ella. Lo segundo, lo sabes tú.

—Entonces, ¿para qué preguntas? —la mayor rodó los ojos.

—Porque hemos comenzado una relación formal en vuestra ausencia —intervino la científica.

—¿Sois novias? —se emocionó Eva—. Fue bien la cita, supongo.

—Me alegro de que, por fin, te hayas decidido, Miss Boston —la segunda entrenadora le revolvió el pelo—. ¿Salimos las cuatro un día de estos para celebrarlo?

—Estaría genial —asintió la castaña.

—Por cierto, Clau, avisa cuando vengas a tirártela —la imitó la alta con retintín— y nos intercambiamos la casa.

Quizás, no hubiese sido la forma acertada de comentárselo, pero la mayor de las Álvarez no se lo tomó a mal y le servía. Carla se relajó también. Ella no entendió muy bien su miedo porque sabía que a Cloe no le importaría que saliesen, pero supuso que la aprobación de su hermana le daría algo de tranquilidad. Después de todo, era la única familiar que le quedaba viva, con la que tenía una relación cercana. Por si acaso, decidió ganársela una mijita más:

—Mira lo que le he enseñado a tu gato —Claudia lo sujetó como si fuese el Rey León—. Caos, sonríe.

Gracias a un vídeo que vio en Instagram, se le ocurrió adiestrarlo para que subiese un

poco el hocico y mostrase los colmillos, casi cerrando los ojos en el acto. El animal se ponía muy gracioso, aunque pareciese que había olido pescado podrido. Sin embargo, la segunda entrenadora la observó impasible. Solo Eva se partía de risa.

—Eres más tonta que una mata de habas —Cloe resopló.

—He hecho a tu novia reír, por lo menos —Claudia se encogió de hombros.

—Bueno, un punto para ti. Eres mi cuñada favorita, por ahora.

—¿Has oído eso? Soy la cuñada favorita de tu hermana —le dijo a Carla, muy orgullosa.

—Ha mencionado un «por ahora» —señaló su novia.

—Irrelevante, como tú dices. Soy su favorita y ya está.

—Cuñada preferida, ¿nos vamos? —le preguntó Eva—. Mis abuelos me han dado táperes de comida y tengo que meter cosas en el congelador. Oye, ¿por qué no os venís a cenar hoy mismo?

Las Álvarez quedaron en pasarse por su casa después y ellas se marcharon. Su amiga le pidió detalles sobre su recién comenzada relación con Carla. Básicamente, después de que la doctora le dijese que estaba enamorada, la besó y le pidió que fuese su novia. Sus dudas se disiparon porque estaba segura de cada palabra de la menor. Hubiese mentido al decir que no se lo había cuestionado otra vez, pero el resto del fin de semana con la científica le dejó claro que estaban saliendo de verdad porque, en parte, culpaba a la incredulidad por esa incertidumbre.

Por suerte, la velada fue genial y la menor incluso apoyó la cabeza en su hombro cuando se sentaron en el sofá a que Cloe y Eva les contaran su viaje al pueblo. Ni siquiera retiró la mano cuando entrelazó sus dedos. Además, ambas hermanas se quedaron a dormir sin pensárselo.

Se divirtieron muchísimo y descubrió lo maravilloso que era pasar tiempo con las Álvarez fuera de una discoteca. Incluso vio a Eva más graciosa de la cuenta cuando se puso una bata de laboratorio o de doctora, que solo ella sabía de dónde había salido, y trató de imitar a Carla. «Intentar» siendo la palabra clave porque su amiga no era un diccionario con patas y no pasó de un par de datos científicos, que su novia decidió corregir refunfuñando. Sin duda, iban a tener que hacer quedadas tranquilitas en casa a menudo y estar así de a gusto, aunque se tirasen hasta las tantas hablando de todo y de nada.

De madrugada, Carla cayó rendida sobre su pecho en cuestión de minutos y Claudia disfrutó de acariciarle el pelo hasta que la invadió el sueño. Hacía mucho que no estaba así con nadie y no se dio cuenta de cuánto lo extrañaba hasta que apareció ella. *Esperemos que no tenga que volver a echarlo de menos. No me rompe el corazón si me deja, lo pulveriza para siempre. No, no pienses así. Os queréis y no va a pasar nada.*

A diferencia de sus primeras y ebrias veces, la investigadora seguía allí por la mañana. De hecho, la despertó su alarma y la morena gruñó adorablemente al escucharla. La rubia se incorporó al verla levantarse y la observó desde la cama. Estaba tan guapa temprano que le dio igual que no fuese a estar con ella el resto de día.

—Oh, *fuck* —la escuchó maldecir entre dientes—. Parece que me olvidé una muda de

calcetines en casa. ¿Te importaría cederme un par?

—Claro. Los altos están en el cajón de arriba, los cortos en el de abajo —Claudia abandonó la comodidad de su colchón.

—¿Por qué posees tantos? No lo comprendo.

—Pues… fácil, para prestártelos a ti.

La mayor la abrazó, entrelazando los brazos sobre su vientre, y le besó la mejilla. La doctora le sonrió buscando unos que le gustasen. Por fin, iba a poder volver a irse a bailar tranquila, por puro entretenimiento mientras su novia trabajaba, y no por la ansiedad que le causaba querer a Carla sin posibilidades de ser su «algo más».

***

Su mañana empezó como siempre, aunque junto a Cloe. La rubia se hizo un té verde demasiado caliente y estaba esperando a que se enfriase, sentada en su cocina mientras ella jugaba con las tiras de sus pantalones. No había visto su armario, pero debía tener tres o cuatro iguales porque le vio unos parecidos la noche anterior. No le importaba; esa prenda le hacía un culo increíble a la mayor y los adornos en el muslo o la rodilla le permitían tocarla sutilmente. La segunda entrenadora se le acercó para ver qué hacía con el móvil y se apoyó en su hombro contemplando las publicaciones del día anterior y una de Claudia que se perdió cuando estaba en Granada:

clau_guerrero



Le gusta a dra_alvarez y 18.229 personas más

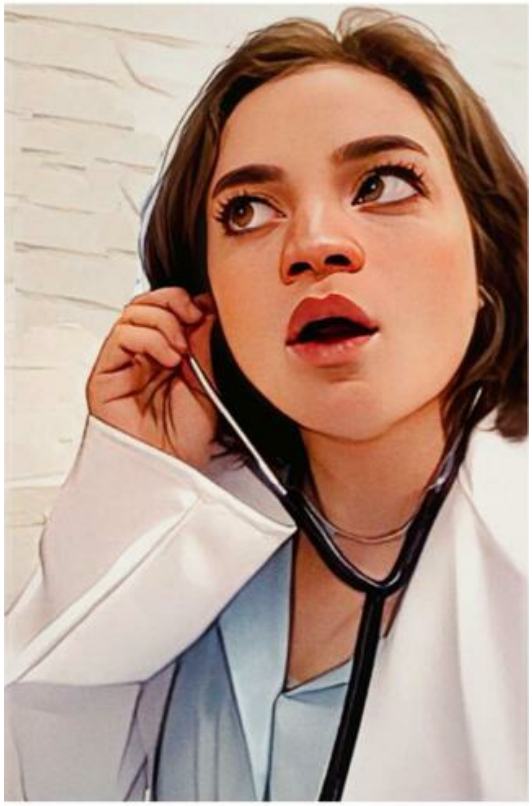
clau_guerrero He terminado en el fisio y estoy esperando a mi doctora favorita @dra_alvarez ven ya!

Ver los 8.559 comentarios

Add a comment...

Hace 1 día

dra_alvarez



Le gusta a Strixter y 232 personas más

dra_alvarez Es inadmisible que me hayáis convertido en el chiste de esta familia, @Strixter @clau_guerrero @3v3
Yo no me expreso de esta forma cuando me hallo en urgencias.

Ver los 53 comentarios

3v3 Que no dice! Pero si me sale súper bien imitarte, cuñada 😀

Add a comment...

Hace 18 horas



Claudia apareció con Carla al rato. La científica estaba roja y llevaba la velocidad de una ardilla hiperactiva.

—¿Queréis desayunar? —les ofreció Eva.

—Lo siento, no puedo personarme tarde en el laboratorio y tengo un tiempo escaso para acudir —la doctora miró su reloj—. Voy a deshora.

—Es lo que tiene follar por la mañana —Cloe la observó por encima de la taza, dando un sorbo—. ¿Te llevo?

—No hace falta, la dejo en el hospital de camino al estudio —comentó la bailarina llenando su botella de agua—. Así, te da tiempo a llegarte por tu casa y cambiarte.

—Esta es mi ropa limpia —la segunda entrenadora se contempló un instante—. La camiseta es diferente y los pantalones de ayer eran marrones oscuros.

—Eso, Clau. Estos son negros —se rio la jugadora—. Anda, llévate a tu novia, que tiene mejores pulmones que yo, o va a llegar tarde.

—Sí, ya nos vamos —su amiga se paró antes de salir—. Y la recién follada soy yo, no ella. Se pone muy mandona por las mañanas.

Eva miró a Cloe sorprendida hasta que la rubia se echó a reír. Le parecía increíble la

forma en la que Claudia y Carla habían pasado de dudar tanto a ser una pareja perfecta en una sola cita, pero se alegraba por ambas. Parecían unas adolescentes enamoradas y felices, y llevaba bastante sin ver a su amiga así. *Supongo que las Álvarez se parecen en algo más que en la sonrisa. Cuando quiere, son muy decididas*. Había descubierto ese detalle la noche anterior porque ninguna de las dos sonreía muy a menudo. Sin embargo, estuvieron cenando a gusto y se relajaron los suficiente hasta para reírse.

—Igual, sí deberíamos aprovechar y pasarnos por tu casa —la castaña se levantó—. Tengo táperes para ti —le dijo sacándolos de la nevera—. Ese es lo que quedó de los tallarines con aguacate y calabacín que tanto te gustaron ayer.

—Jamás pensé que serías buena cocinera, pero ¿me intentas sobornar con sobras?

—Un poco —Eva se encogió de hombros—. A mi ordenador le pasa algo y el manual está en coreano.

—Ah, me quieres por mis habilidades lingüísticas —la mayor se puso de pie elevando una ceja.

—No solo por eso, pero se te da bien lo de comerme el coño con ese pedazo de lengua que tienes —bromeó ella mordiéndose el labio.

—Uy, cómo estamos —la rubia se le acercó peligrosamente—. Ahora, te miro el ordenador, pero el coreano se me resiste más que tus piernas. ¿Qué hay en el resto de táperes?

—Son de parte de mi abuela.

—¿Para mí? —se sorprendió Cloe.

—Pone tu nombre, pero lo metieron todo en la misma bolsa —la jugadora se encogió de hombros—. Ah, y esta garrafa de aceitunas de parte de mi abuelo con esta nota. ¿Qué pone?

—Nada, es privado.

Eva intentó arrebatarle el papelito de las manos, pero su novia tuvo la brillante idea de estirar su brazo a todo lo que dio y le fue imposible alcanzarla ni dando saltitos. Lo único que consiguió fue quedarse pegada a ella.

—¡Eso no vale, rubia!

—Si me das un beso, te dejo que la leas.

La castaña cedió al chantaje solo porque ella también se beneficiaba y la sujetó por los huesos de las caderas para besarla como merecía. Hasta pilló un poquito de esa lengua que la volvía loca en la cama. Al separarse, Cloe le sonrió dándole la nota y la menor la leyó antes de que se arrepintiese:



Sus abuelos consiguieron que hiciese un puchero de lo mucho que los quería. Se habían portado muy bien con la mayor y ambos estaban encantados con su novia. Su abuela incluso le había dicho que, si Cloe echaba de menos a los suyos, que la llevase al pueblo a verlos a ellos, que le haría todas sus comidas favoritas. *A partir de ahora, los vamos a compartir, rubia. Así no estarás triste porque los tuyos murieron.*

—¿Vamos a ver qué le pasa a tu ordenador, niña? —la segunda entrenadora le apretó la barbilla con cariño.

Eva aprovechó que subieron a su habitación, con la rubia tirando de su mano, para recorrerla con la mirada. Sus ojos viajaron por la parte baja de la espalda desnuda y acabaron en el culo de su novia. *¡Dios! Qué buena está. Pero ¿cómo tengo tanta suerte?*

La segunda entrenadora se sentó en su silla y encendió el ordenador, en el cual se abrió una pestaña con un error que la castaña había estado ignorando toda una semana. Le indicó que el manual estaba en el primer cajón a su derecha y se sentó en su cama a observarla. Sin embargo, la mayor se quedó parada al abrirlo.

—¿Qué cojones? —exclamó Cloe sacando dos puñados de papelitos, mirándola.

La jugadora había olvidado que estaban ahí y tardó en reconocerlos. Cuando lo hizo, notó el calor instalándose en sus mejillas.

—Pues… lo que ves —acabó encogiéndose de hombros.

—¿En serio? —su novia la observó, haciendo una pausa dramática—. ¿Quién ovarios escribe su número de teléfono en papel, en este siglo? —su tono sonó a enfado.

—Pues por lo visto mucha gente —le contestó Eva con una sonrisa pícara.

Cloe se levantó para echar los papeles en la papelera que tenía junto al escritorio, cerrando el cajón a su paso.

—Aham, ya veo —la rubia caminó hacia la puerta.

Eva reaccionó enseguida. Le estaba haciendo mucha gracia la actitud de la segunda entrenadora. Nunca esperó que le fuese a molestar esa tontería. Tan solo eran unos cuantos números de teléfono que jamás había llegado a marcar por falta de interés. La tomó por el brazo y la giró para que quedase frente a ella.

—¿Estás celosa? —le preguntó con chulería, mirándole la boca descaradamente.

Para cuando se dio cuenta, la mayor la había pegado contra la pared y tenía sus manos sujetas por las muñecas tras su espalda.

—No lo estoy —el aliento en su nuca la hizo estremecerse.

—Ya…

Eva no pudo continuar la frase al notar los labios de la chica en su cuello, que se volvieron mordiscos agresivos conforme se acercaban a su hombro. Con la mano que no tenía las suyas prisioneras, Cloe decidió que era buena idea acariciarle el otro lado de la garganta y descender muy lentamente por sus pechos. Cuando llegó a su abdomen, a la castaña le estaban temblando las piernas de la impaciencia y la incertidumbre. *Como me la líe y me deje así, la mato*. Sería algo propio de la chica que, en parte, estaba esperando. Sin embargo, los dedos de la rubia acabaron esquivando su ropa interior y arrancándole un gemido sorprendido. Notó la sonrisa de su novia tras morderle la oreja y soltar un sonidito de satisfacción.

No supo lo que se le venía hasta que esa maldita mano juguetona empezó a darle vueltas a su clítoris agresivamente y cada nuevo bocado de Cloe por su cuello la hicieron aguantar la respiración con un nudo deseando estallar en su vientre. A los pocos minutos, ya estaba hecha un flan, gimiendo con la cara pegada a la fría pared.

—No estoy celosa porque yo puedo hacerte esto siempre que quiera —la segunda entrenadora la soltó.

Eva se mantuvo de pie apoyándose en el muro. *Ya te pillaré, rubia infernal del demonio. ¡Joder! Qué bien folla.* Cloe se encaminó hacia la puerta y, cuando llegó al pasillo, se giró a mirarla.

—Y vámonos ya, que luego me regaña Alma porque llegamos tarde.

Capítulo 33: Abuela, seguimos siendo hermanas

Estaba un poco estresada. En un par de días, Lucía y Cora aterrizarían en Madrid para preparar unas cuantas cosas de su boda y tendría que ayudar a la cantante. Además, ese viernes terminó con Alma diciéndole que, probablemente, iba a tener que encargarse de las *Titans* durante toda la liga ella solita porque su esposa tenía previsto salir de cuentas para entonces. No sabía si estaba preparada para perder el «segunda» de su título como entrenadora. Por suerte, Eva acudió a su piso para animarla y decirle que era la mejor del mundo. En parte, también fue a estar con ella.

Todo ese estrés, acabó evitando que se durmiese hasta que estuvo reventada y su mente entró en un estado de seminconsciencia que se convirtió en un sueño demasiado real:

—Sí, Carla está bien —le confirmó—. Ahora, tiene novia, como yo. Claudia te va a encantar. Es un sol de chiquilla y la quiere mucho. Hasta le da igual que se pase mil horas en el laboratorio.

—¿Y tú cómo estás? —le preguntó su abuela poniéndole la mano en la rodilla y mirándola como solo ella sabía—. Te dejé un poquillo triste la última vez.

Cloe observó un instante las tumbas sin nombre frente a ella y la fría piedra en la que estaba sentada. Después, miró a la mujer, cuya sonrisa iluminaba la luz de la luna.

—Agobiada, como siempre —se rio la chica—. No sé si voy a ser buena entrenadora sin Alma controlando. ¿Y si la cago?

—Pues lo arreglas con la cabeza, buscando soluciones a los problemas. Eres la única que supo cómo hacer que Carla dejase de llorar cuando lo habíamos probado todo. ¿Te acuerdas?

—Fue una bebé muy cansina —ella sonrió al acordarse—, pero solo quería verme la cara todo el rato.

—Pero lo conseguiste tú. Si fuiste capaz de callar a tu hermana, vas a poder ser buena guía para esas chiquillas. Además, tienes la ayuda de Eva.

—Por ahora. La he hecho sufrir mucho. Sé que me quiere, pero ¿y si se cansa de que sea imbécil? ¿Y si me deja? La puedo liar en cualquier momento.

—Si eso pasa, aprenderás a convivir con el dolor hasta que sane la herida —su abuela le acarició el pelo—. Siempre has sido fuerte, Cloe, pero no olvides mostrarle tu corazón —dijo poniéndole la mano en el pecho—. Esto es lo importante.

—La quiero mucho, abuela. Tengo miedo a perderla por hacer alguna tontería.

—Ay, mi niña. Lo único seguro en el futuro es la muerte. Eva te ha esperado tanto tiempo, que deberías pensar en cómo hacer que le merezca la pena. Ámala, tú que sigues viva. Seguro que es lo único que quiere de ti. No la dejes ir por una inseguridad que ya no te pertenece.

La rubia miró a la mujer fijamente. La calidez de sus sonrientes ojos verdes y la

familiaridad de su cara la llenaron de paz un momento, la misma que la inundaba con ansiedad al reflejarse ese color en el espejo cada mañana. Eran los mismos, pero tan diferentes… Ni siquiera la calma de un cementerio vacío en mitad de la noche fue tan relajante. No supo cómo llegó Caos a su regazo hasta que su abuela le pasó la mano por el lomo.

—Cloe, estoy orgullosa de ti. Todo va a ir bien. No huyas más, de ellas, de ti. Y cuida de Carla. Puede que el resto se marche, pero tu hermana siempre será eso: tu hermana. Volverá cuando os necesitéis.

—¿Abuela? —la chica aprovechó el instante de silencio que llegó tras su consejo—. Siento haberme ido y dejar que murieses sola —las palabras se atragantaron como un nudo en su garganta y las lágrimas rodaron por su cara—. Lo siento.

—Lo sé, tesoro —la mujer secó sus mejillas con una sonrisa—, y te sigo queriendo.

De repente, la pequeña niña rubia fue la que se encontró con un gato en brazos y en la soledad de un cementerio vacío al amanecer.

La desconsolada mujer fue la que se despertó llorando sin control. Le faltaba el aire, casi tanto como su abuela en la dura realidad, y sus sollozos asustaron a Caos, que saltó por encima de la chica dormida junto a ella. Eva se giró protestando y se quedó quieta al verla.

—Cloe, ¿qué te pasa? —le preguntó asustada—. ¿Cloe?

Al ver que las palabras no podían salir de su garganta, la jugadora la abrazó con fuerza. La mayor se refugió en sus brazos y dejó que las caricias en su pelo la consolasen hasta que estuvo lo suficiente tranquila para que el llanto cesase. Los latidos del corazón de Eva fueron los encargados de hacerla dormir de nuevo, recorriendo el incesante camino entre la intranquilidad y la constancia en tan solo unos minutos. Su respiración se acompasó con ellos y la oscuridad acudió en su busca, porque la soledad y el miedo la abandonaron, asustados por el calor de su novia.

Cuando volvió a despertarse, observó la semioscuridad de la habitación durante unos segundos. Se sentía extrañamente descansada y respiró una calma a la que no estaba acostumbrada. Eva se encontraba boca abajo con la mano en sus abdominales y Caos enroscado sobre su espalda. La amaba tanto que le dio igual hasta que le babease la almohada.

Dejó a la jugadora dormir un poco más y se fue a la cocina, procurando no hacer mucho ruido y que el gato no la pisotease. Su amigo peludo la miró levantando la cabecita, pero prefirió la comodidad de la castaña y se quedó allí. Así que, Cloe hizo el desayuno tranquilamente. *¿Querrá tortitas? ¿Por qué no? Ni que tuviese nada mejor que hacerle*.

Al terminar y emplatar el desayuno, puso la mesa, esperando que no tardase en levantarse. Caos entró a paso ligero en la cocina y supo que no venía solo. Mientras Eva llegaba, le rascó la cabeza y lo ayudó a subirse a su taburete antes de echarle de comer.

—Tengo la cintura que parece que me ha dormido un gato encima —la castaña se estiró en la puerta.

Cloe caminó hacia ella y la abrazó fuerte, sin decir nada. Su novia tardó unos segundos en reaccionar por la sorpresa, pero se lo devolvió rodeando su espalda. Entonces, fue cuando la

rubia se dio cuenta de que encajaba perfectamente en sus brazos.

—Gracias —le susurró la mayor sin soltarla.

—¿Por? —dudó la jugadora.

—Por todo. Gracias. Te quiero.

—Y yo a ti, pero estás muy rarita —la risa de Eva le acarició el cuello—. ¿Eso son tortitas?

—Ah, sí. Siéntate a desayunar, que se van a enfriar.

Sabía que la chica no iba a decir ni mu sobre la noche anterior para evitarle la incomodidad de haberla visto así. Sin embargo, tenía que hacerle caso a su abuela, o su subconsciente, y mostrarle su corazón. Probablemente, Eva se llevó un susto de muerte y merecía entender el porqué. Por eso, reunió el valor suficiente mientras la observaba devorar la comida.

—Soñé con mi abuela —le explicó brevemente—. Anoche.

—Mmm… ¿Algo malo? —la castaña la miró fijamente.

—No —ella negó con la cabeza—. Me dijo que está orgullosa de mí, que cuide de Carla y que te quiera mucho.

—Una señora muy sabia —la menor sonrió señalándola con el tenedor—. Hazle caso.

—Eso pretendo. Siento haberte despertado… así.

—No pasa nada. De hecho, si hay una próxima vez, espero que me despiertes tú y no ese bicho peludo, eh.

—Lo haré —Cloe miró a Caos, que pareció sentirse aludido—. Gracias por estar.

—¿Se lo dices al gato o a mí? —bromeó su novia—. Deja de agradecerme *chuminás*, es raro. Aunque no te lo creas, yo también te quiero y me gusta… estar —le puso la mano en la rodilla con seriedad—. Cloe, te quiero. Para lo bueno, lo malo y los sueños.

No hizo falta que se lo repitiese para que confiase en ella, pero las palabras de Eva estaban cargadas de algo más que le paró el corazón un milisegundo. O, quizás, fue la sonrisa que le dedicó la menor antes de seguir desayunando tan tranquila. *No sé si a ella le merecerá la pena, pero a mí desde luego que sí.*

No supo en qué momento decidió que una buena forma de agradecerle que se quedase ese sábado allí era dejar que le hiciese lo que quisiese. Sin embargo, Eva estaba demasiado animada, contándole cualquier cosa sobre la boda de Cora y Lucía, que no pilló la indirecta cuando la obligó a sentarse en su cama. Por eso, se lo pondría fácil y buscó en su armario lo que llevaba tiempo esperando darle. Así que, Cloe le tiró aquel arnés negro con un dildo enganchado para sacarla de su mundo.

—Toma, póntelo y haz lo que sepas con él —le dijo la rubia.

Eva miró su regazo, con el juguete encima. Luego, subió la vista hasta ella y, después,

volvió a observar el pene de silicona.

—¿Esto es para la cabeza? —bromeó la castaña aguantando la risa—. ¿Como un disfraz de unicornio de la poca leche?

La rubia se acercó y la cogió por la camiseta para tirar de ella. En cuanto la tuvo de pie, la empujó con decisión hacia la pared y tomó su garganta con los dedos agresivamente. La obligó a girar la cara para tener acceso a su cuello y le pasó la lengua desde la base del mismo hasta la mandíbula. Tras eso, se separó sin soltarla y la miró fijamente, tan seria que la jugadora tragó saliva intimidada.

—¿A ti qué te parece? —le preguntó la mayor.

Su novia le miró la boca un instante antes de agarrarle el culo a dos manos y avanzar hacia ella, pegándose todo lo que pudo. La besó con tanta intensidad que le vació los pensamientos en un instante y solo los recobró cuando su espalda chocó contra el armario. Un segundo después, estaba intentando llenar sus pulmones de aire mientras era Eva la que la agarraba por el cuello.

—Yo lo uso contigo si tú lo usas conmigo en otra ocasión —la menor clavó los ojos en los suyos.

Cloe la observó fijamente, notando el calor invadir su cuerpo y no fue capaz de evitar las ganas de besarla. Cuando se separaron de nuevo, se empezó a quitar la camiseta sin esperar más.

—Pues vete poniéndotelo —le dijo con el torso desnudo.

***

La habituación a compartir su tiempo con Claudia había sido sencilla. No obstante, le extrañaba cuando se distanciaban por motivos laborales. Ese domingo, ocurrió de la misma forma que la noche anterior porque la bailarina acudió a la grabación de un vídeo para el estudio al que asistía. No comprendió la necesidad de usar un helipuerto con nocturnidad, pero supo que se trataba de un mero detalle estilístico, lo cual no fue de su agrado. Prefería dormir con ella y no separadas por semejante horario. Aun así, lo soportó.

Superó la noche centrándose en analizar los informes de unas muestras con resultados adversos para su investigación. Debía sondearlos hasta encontrar el error. Tomó asiento frente a su portátil y procedió a usar sus auriculares con cancelación de ruido, aunque técnicamente le pertenecían a Claudia, para evitar las distracciones que Eva pretendía provocar con sus gemidos en la habitación contigua.

Por un interés elemental, Caos se presentó para proporcionarle compañía. Sin embargo, entendió que el félido ambicionaba su atención cuando le posó las patas delanteras sobre la rodilla y se extendió hasta que pudo darle en la cara con la cabeza. Repitió el gesto en varias ocasiones, obligándola a detener su investigación.

—*Felis catus*, ¿te importaría abandonar mi habitación? Deseo leer estos informes antes de dormir.

El animal la ignoró y continuó acercando el cráneo a su boca hasta que cedió y le dio un

suave beso. Había aprendido que, claudicando a sus extorsiones, paraba de entorpecer sus acciones. Sin embargo, Caos no se conformó y le maulló sentándose junto a sus piernas.

—¿Qué sucede ahora?

Al contemplarlo, su compañero piloso vocalizó nuevamente y, al verla suspirar, caminó por el teclado de su portátil. Su cuerpo peludo ocultó la mayoría de la pantalla y le impidió continuar con su trabajo. El félido acabó tumbándose sobre las teclas con su vientre hacia arriba y las patas delanteras flexionadas como si de un *Tyrannosaurus rex* se tratase. Le maulló reiteradamente hasta que Carla claudicó y enterró la mano en su panza para rascársela.

—Tu suavidad es insólita —admitió la doctora—. No obstante, esto no está sucediendo. Debe mantenerse confidencial entre nosotros o Cloe se reirá de mí eternamente, ¿de acuerdo?

Una de las patas que imitaban las garras de un dinosaurio prehistórico convulsionó y la hizo comprender que estaba contento con aquel gesto. Por eso, continuó durante un rato.

—Vale, eres mono, pero no me delates. Aunque empiezo a entender que no me vas a permitir trabajar, ¿cierto?

A los pocos minutos, Caos rodó y terminó enroscado sobre sí mismo entre sus piernas. El felino reposó la cabeza en el tobillo que se encontraba sobre el otro y cerró los ojos. La científica lo contempló un instante en su completa adorabilidad. Sin embargo, volvió a centrarse en sus informes poco después. A pesar de aquello, su concentración mermó nuevamente al notar la vibración de su móvil, pero se contentó leyendo el nombre en la pantalla:



La impresionó la velocidad con la que su propio dedo pulsó el vídeo recibido. En él, su novia bailaba hasta la extenuación, a pesar de ser un mero ensayo. Sus movimientos eran tan elegantemente sexys que la dejaron eclipsada, viéndolo una y otra vez en bucle.

Se le complicó lo de dormir cuando pretendió hacerlo porque sus neuronas seguían danzando al ritmo de Claudia practicando con maestría. Por suerte, no se combinó con el persistente problema que presentaba su investigación. Gracias a esa casualidad, consiguió descansar con la imagen de su novia en la mente. Afortunadamente, halló nuevos mensajes de la bailarina al examinar su móvil por la mañana.



Nunca la había seducido tanto una simple imagen, pero debía continuar con su vida mientras aguardaba ver a Claudia. Así que caminó hacia la cocina con la intención de desayunar antes de proseguir releyendo informes. No esperó que Cloe la contemplase rápidamente e invadiese su espacio personal con un abrazo. La desconcertó instantáneamente y se demoró en darle una palmadita en la espalda, aún dominada por la confusión.

—¿Qué? —cuestionó la científica—. ¿Qué sucede?

—He recuperado a mi hermana pequeña, una *mijica* —la segunda entrenadora junto el pulgar y el índice delante de su cara, con un espacio ínfimo entre ambos—. ¿Esta camiseta no te la di yo?

—Cuando tenía dieciséis —le confirmó la menor—. Pretendiste comprarme una nueva,

pero yo deseaba la tuya.

—Te queda mejor que a mí.

—Es por la diferencia en estatura. En tu cuerpo, da la sensación de ser corta.

—Buah, sigue impecable de todas formas —Cloe la contempló asombrada—. Sabía que la cuidarías bien. ¿Te acuerdas la que nos lio la abuela?

—Se enfureció muchísimo porque me llevaste al concierto en contra de su voluntad.

—Tres horas hasta Sevilla para verlos. Me pasé una semana tatuando gente en el estudio de un colega, sin licencia ni nada y por veinte euros, para comprar las entradas.

—Fue mi primer evento musical del estilo y ansiaba ir, aunque tus métodos me alarman en retrospectiva —ella la observó frunciendo el ceño—. No obstante, estaba tan incrédula cuando me las mostraste…

—Bueno, ¿y lo afónica que estabas al día siguiente? Impresionante. Cantaste *Hells Bells* más alto que Brian Johnson. Estabas obsesionada con esa canción.

—Aparentemente, aún se me aplica esa afirmación —intentó bromear Carla, sabiendo que no lo comprendería.

—Sabes que siempre fui de Metallica, pero bienvenida de vuelta, microbio. Espero que no vuelvas a cambiar el rock por los trajes de chaqueta formales.

—Solo para trabajar —le aseguró la doctora.

—Me vale.

—¿De qué os reís? —cuestionó Eva reuniéndose con ellas.

—Mi hermana, la heavy —Cloe la giró por los hombros—. Parece hasta normal. ¿Ya te has despertado?

—Mhm. Tenemos un podcast que grabar —la jugadora las observó—. Y sí, pareces muy normal. A Claudia le va a encantar este nuevo *look*.

Carla le dedicó una sonrisa y tomó asiento tras prepararse una taza de café. Eva la acompañó al instante mientras la mayor emplataba comida para Caos en su cuenco. El felino ya se encontraba en su taburete, junto a la doctora, y ella extendió el brazo para tomar el plato que le ofreció su hermana. Lo situó delante del félido, que comenzó introduciendo la pata y llevándosela al hocico para lamerla. *¿Cuándo ha aprendido estas cualidades humanoides tan civilizadas?* No se lo había cuestionado antes, pero le resultó extraño al observarlo con detenimiento. Simplemente, se había habituado a que Caos fuese educado y adorable cuando lo deseaba.

La pareja le proporcionó conversación durante el desayuno y se marchó a la grabación de su podcast conjunto, brindándole la oportunidad de regresar a su trabajo con la concentración pertinente que requería. Tuvo que acudir a un antiguo manual en busca de respuestas. No obstante, se despistó levemente con lo que halló en su interior. Una foto olvidada la hizo sonreír involuntariamente. *Cloe necesita conocer este descubrimiento*.



—¿Tenías esa foto? —fue la primera cuestión que le presentó su hermana al regresar.

—Aparentemente. ¿Eva no ha vuelto contigo?

—No. Quiere preparar unas cosillas para el cumple de Clau y se ha quedado en su casa.

—¿Qué pretende hacer?

—Nada, un ratito de piscina y una cena para las cuatro —Cloe le restó importancia—. Pero quiere hacer una tarta de queso.

—Mmm… Extraordinario —asintió ella—. Claudia estará contenta cuando se la entregue. Debería adquirir un regalo. ¿Sugerencias?

—Yo que sé, es tu novia. Yo le he pillado una pistola de masajes —se rio la segunda entrenadora—. Lo mejor es que le regales algo con significado bonito.

—Lo meditaré —la doctora suspiró.

—Si quieres que nos demos una vuelta por el centro comercial…

—No será necesario.

—Pues enséñame la foto. Era la que enmarcó la abuela, ¿no?

Las dos caminaron hasta su habitación, donde le mostró la fotografía. Cloe sonrió ampliamente y trazó los bordes con el índice. Su gesto fue nostálgico, pero no desdichado. Carla la contempló a ella. La niña de cuatro años que sostenía al bebé en la imagen se había transformado en una mujer compleja, afligida en el interior e imperturbable en la superficie. La admiraba tanto como lo mucho que no supo valorarla de adolescente. Prácticamente, era la única constante invariable en su vida y la apreciaba por ello, siendo consciente de que aquella alegría triste perduraría en su tiempo. Las entradas al primer concierto en su recorrido vital no fue un acto aislado por complacerla. Fue uno de cuantiosos intentos para que su desarrollo personal acabase siendo impecable y, su sacrificio, no fue en vano. No se había arrepentido de regresar de Estados Unidos porque había obtenido algo que consideraba perdido, junto con las memorias de ambas.

—¿Recuerdas aquel día de tormenta? —le preguntó la menor—. Cuando cumpliste nueve años.

—Mhm. Cayó un rayo en el balcón y te cagaste de miedo —se rio Cloe.

—Hasta que me prometiste que, en casa, no nos iba a suceder nada. Bajaste las persianas de nuestra habitación conjunta y me mantuviste entretenida todo el tiempo preciso.

—Te pusiste a llorar al oír los truenos. ¿Qué iba a hacer?

—Era tu cumpleaños y dedicaste la tarde y noche a simular ser mi paciente —Carla la contempló seria.

—Ah, sí. El abuelo te compró el maletín de juguete lleno de cacharritos de médico. Eras su favorita, eh —la segunda entrenadora negó con la cabeza, divertida—. A los cinco años, ya me diagnosticaste mierdas de las que no tenía ni idea. Eras una chiquilla muy lista. Eres —se corrigió—. Sabía que llegarías lejos.

—A pesar de lo cual, completaste mis deberes durante una semana —la doctora seguía sin comprenderlo.

—Porque se pensaban que te los estaba haciendo igualmente. Desde que los llevaste así, ya no preguntaron más.

La mayor soltó una carcajada, orgullosa de su éxito… o falta del mismo. Siempre consideró que Cloe era una insubordinada con absoluta indiferencia por todo. No obstante, con perspectiva y madurez suficiente, había percibido que no era cierto. Por Carla, siempre tuvo preeminencia y la científica descubrió un miedo irracional a que no la hubiese abandonado para continuar con su vida.

En incontables ocasiones, la mayor lo había descuidado todo para atenderla a ella. No le importó nunca si era un bebé jovial o una adolescente angustiada, una estudiante estresada o una científica en busca de ser una eminencia en su campo. Aunque Carla se alejó, el consuelo de que Cloe persistía en su empeño por recuperar una relación errante la perseguía a donde fuese. Incluso en su reconexión, su hermana insistía en cuidarla y la doctora se demoraba en percatarse. No era hasta que se detenía a pensarlo que advertía los pequeños gestos cargados de

preocupación. Como cuando su hermana llegaba puntual a recogerla, obligándose a salir antes de los entrenamientos, o cuando le dejaba *snacks* y el almuerzo preparado al enterarse de que no volvería hasta la noche. Además, usualmente, le permitía usar el baño primero para ducharse, aunque tuviese prisa.

—¿Sigo siendo tu prioridad? —cuestionó la menor.

—¡Claro! Sigues siendo mi hermana, ¿no? —la segunda entrenadora le sonrió.

—¿Y Eva? ¿Tu trabajo?

—Ah, te refieres a eso. Tú y Eva sois muy importantes para mí, obviamente, pero ya sois grandecitas para cuidaros solas. Si te puedo ayudar, lo haré sin pensármelo porque te quiero y somos familia.

—Pero debes preocuparte por ti misma —le reprochó Carla.

—Lo sé, no te rayes. Sé que, seguramente, seas más capaz de ayudarte sola de lo que yo haría, pero no puedo evitarlo, microbio. Pero, si me tengo que pasar otro cumple jugando a los médicos contigo para que no te dé miedo la tormenta, lo haré encantada y no por obligación.

No supo de dónde salió su risa ni el impulso de abrazar a la mayor. Sin embargo, lo hizo al instante, hasta que el timbre interrumpió su sororidad. No le importó demasiado porque Cloe siempre se hallaría allí para ella, se marchase o regresase cuando la necesitaba, y se entusiasmó al comprobar que era Claudia.

—¿Cómo están mis hermanas favoritas? —la bailarina palmeó el deltoides de la segunda entrenadora—. ¿Qué pasa, cuñada? ¿Y esa foto?

Capítulo 34: En casa con pingüinos

Se despertó de golpe, bastante alterada y respirando rápidamente. Eva gruñó frustrada al procesar que su sueño erótico con Cloe se había terminado. *Seguro que ya no me puedo dormir y continuarlo. ¿Qué hora es?* Su móvil le contestó, al desbloquearlo, que demasiado temprano para hacer nada. *¿Estará levantada? ¿Qué más da? Que venga a hacerse responsable del calentón que ha provocado*. En un minuto, estaba llamando a su novia.

—¿Qué te pasa, mi niña? —la mayor se rio antes de hacer una pausa para mirar la hora, probablemente—. Son las siete de la mañana. ¿Qué haces tú despierta?

—¿Dónde estás? —le preguntó ella con exigencia.

—A punto de entrar al gimnasio para nadar un rato. ¿Qué quieres?

—Ven a mi casa. Ya.

—¿Qué coño…? —la rubia parecía confusa.

—El mío. Estoy cachonda perdida por tu culpa y necesito que me quites el calentón porque no puedo dormir. Ya te entreno yo.

—¿Por mi culpa? Si nos vimos ayer y no… —Cloe suspiró—. ¿Me explicas que he hecho ahora?

—He soñado contigo —le confesó Eva—. Te ponías muy mandona, mirándome mientras me tocaba, y acababas follándome durísimo.

—¿Has soñado conmigo? —su novia se rio levemente, claramente divertida.

—Si no vas a venir, me hago el favor solita.

—Dame diez minutos.

Cloe tardó menos de siete en llamar al timbre y la jugadora esprintó rápidamente escaleras abajo para abrirle. En pocos segundos, ya estaban de vuelta en su habitación, comiéndose la boca con ansia. No le había dado tiempo ni a enfriarse y seguía pensando en el sueño, en como la segunda entrenadora estaba a punto de hacerle de todo. Ni siquiera se dio cuenta de que solo llevaba un sujetador deportivo hasta que pretendió quitarle la ropa. La rubia la detuvo cuando notó sus dedos avanzándole por los abdominales. La empujó suavemente y la observó de arriba abajo.

—¿No te estabas tocando sola? —le recordó su novia—. Adelante.

—Pero…

—Desnúdate —le ordenó Cloe arrastrando la silla de su escritorio.

La chica la puso frente a la cama y se sentó en ella, cruzando las piernas en una posición relajada. Eva la miró un poco intimidada. La mayor resopló impaciente y la apremió a quitarse el pijama que aún llevaba puesto. En realidad, era una camiseta del equipo y unos pantalones viejos. Probablemente, a su novia le dio exactamente igual porque solo quería verla desnuda. Así que acabó en bragas frente a la mujer de sus sueños.

—Siéntate y quítatelas —su lado mandón la puso demasiado.

La jugadora le hizo caso enseguida mientras la veía cruzarse de brazos e inclinar la cabeza despacio, como si estuviese disfrutando de cada segundo del espectáculo. La castaña se puso nerviosa y cachonda a partes iguales. Su sueño no sucedió exactamente de esa forma, pero estaba siendo mucho mejor. Fue incapaz de no morderse el labio cuando la segunda entrenadora le ordenó que empezase a tocarse con la vista fija entre sus piernas. Con tan solo un par de frases demandantes muy serias, la tenía hecha agua y le fue demasiado difícil contenerse al rozarse el clítoris hinchado. La excitación podía con ella, pero intentó tomárselo con calma o no duraría ni un minuto.

Cloe se impacientó y lo notó cuando se echó hacia delante, apoyando los antebrazos en sus rodillas tras separar las piernas. En cuanto Eva soltó el primer gemido, cerró los ojos para controlarse. Sin embargo, al abrirlos de nuevo, la tenía mucho más cerca. La rubia le puso la mano en el muslo izquierdo y se lo apretó con fuerza. Unos ojos verdes la observaron fijamente como los de un depredador acechando a su presa. Su novia se había convertido en una leona y solo le faltaba enseñarle los dientes para saber que la iba a cazar de un momento para otro. La castaña se sintió como un ñu cruzando tranquilamente el río que la iba a llevar a la perdición, ignorando el peligro.

—¿Y esta mano? —la sonrisa maliciosa de la mayor la dejó indefensa—. Parece que está aburrida.

La rubia le pasó el dedo por la mano con la que no se estaba tocando y la hizo tragar saliva nerviosa. Cuando el ansia empezó a devorar sus pupilas de cazadora en celo, Cloe la agarró por la muñeca y la obligó a pasarse los dedos por el cuello y el torso hasta detenerse en su pecho. Entonces, presionó la palma contra el dorso de la suya y la jugadora emitió un sonido de placer al sentir la agresividad aprisionando su pezón. La bola de fuego en su bajo vientre se volvió insoportable cuando la mayor arrastró ambas manos y acabó apresándolo entre su propio índice y corazón. En cuanto la hizo cerrarlos sobre aquel sensible manojo de terminaciones nerviosas, la menor tuvo que morderse el labio inferior con fuerza para no gritar. Ni siquiera la había permitido dejar de masturbarse.

—Abre las piernas para mí —le ordenó su novia con la voz más grave de lo habitual—. No pares de tocarte.

En un instante, le arrancó todos los gemidos que había procurado aguantarse. Solo le bastó insertar los dedos en su vagina con fuerza y penetrarla con energía. Todo el control que creyó tener Eva, se hizo añicos en su interior al notar dos dedos entrando y saliendo de ella con brusquedad. En su sueño, había sido durísimo, pero Cloe estaba redefiniendo ese concepto. La segunda entrenadora no se conformó y la agarró por el cuello para evitar que echase la cabeza hacia atrás. Su única forma de no perderse en aquellos dos agujeros negros que habían consumido el bonito verde de sus ojos fue cerrando los suyos propios.

—Mírame o paro —la urgencia de la segunda entrenadora la empujó un poco más cerca del clímax.

Le costó horrores obedecer porque estaba perdiendo el dominio de su cuerpo, pero se encontró con una leona satisfecha a la que solo le faltaba regresar arrastrando a su ñu y

comérselo delante de una manada hambrienta para demostrar su poderío. Le explotó la cabeza verla así de arrogante y se corrió tan fuerte que ni soñando hubiese sido así de placentero. No le quedó otra que dejarse caer sobre el colchón jadeando, en cuanto las manos ajenas se lo permitieron. Una sesión de entrenamiento en el gimnasio con las *Titans* no cansaba ni una milésima parte que el sexo con su novia, pero era infinitamente gratificante.

—¿Ha estado a la altura de tu sueño o quieres otra ronda? —le vaciló Cloe sentándose a su lado.

—¡No! Gracias —le dolió hasta reírse—. Ha sido mucho mejor, pero cómo te pones, cómo me pones… Me vas a matar un día de estos.

—Mientras sea follando… —su novia le dio una palmadita en el muslo—. Voy al baño un segundo. A ver si te recuperas para cuando vuelva.

—¿Para devolverte el favor? —ella elevó las cejas.

—Si te empeñas… Tienes una cara muy *sentable* y yo un coño muy comible —la rubia le guiñó un ojo.

Eva la observó salir de la habitación sin poder incorporarse siquiera. Probablemente, aún les daba tiempo de echar otro polvo alucinante y su idea le parecía buena. *Con que nos podamos mover para las diez, sobra. ¿Por qué decidimos grabar el podcast los domingos? Ah, por los entrenamientos. Meh, al final, nos vamos a tener que plantear hacer varios el mismo día, aunque el gaysultorio perdería el sentido porque no nos dejan sus problemas para el siguiente en los comentarios.*

—Oye, ¿tú sabes algo de Lucía y Cora? —Cloe la sacó de sus pensamientos—. ¿No se suponían que venían ayer?

—Mmm… Igual se les ha retrasado el avión —la castaña se encogió de hombros como pudo escuchando su móvil sonar brevemente—. A lo mejor es Cora. ¿Puedes mirar?

La rubia cogió el teléfono de la mesita mientras ella se incorporaba y leyó la pantalla, aun bloqueada, frunciendo el ceño.

—Rodolfo te ha mandado un audio —le indicó la mayor entregándoselo seria.

—¿Rodolfo? —dudó la menor.

Al entrar en el grupo donde lo había recibido, contuvo la risa y le subió el volumen para compartirlo con su novia. Tres estridentes segundos de un señor tirándose un pedo consiguieron que ambas se partiesen de risa.

—¿Qué coño? —cuestionó la mayor sin dejar de reírse.

—Me dijo Rodri que existía un grupo de pedos y me hace muchísima gracia —le explicó ella—. No sé quién eres, Rodolfo, pero olé tú y tus mañanas pedorras.

—¿Un grupo de pedos? —la segunda entrenadora no podía parar.

—Sí, todo audios. Si dices otra cosa, te echan. Es muy serio, eh —la jugadora le sonrió ampliamente—. Hasta los stickers son de pedos.

—Yo eso lo tengo que ver.

—Toma —Eva le pasó el móvil—. Voy a vestirme mientras te entretienes y, luego, ¿desayunamos?

—Por favor, tengo un hambre que flipas.

La sonrisa de Cloe le dio ternura. Algo que también había aprendido de las Álvarez era que, de vez en cuando, se podía ver las niñas alegres que fueron cuando sus ojos claros se iluminaban con pequeños detalles cotidianos que las devolvían a la normalidad que, en algún momento, creyeron tener. *Ojalá pueda hacerte feliz siempre. Te lo mereces, rubia*.

Durante el desayuno, la vio bastante animada. Incluso le dio la sensación de que tenía ganas de que llegase la boda de sus amigas. Eva tenía claro que ese tipo de celebraciones no eran de su agrado, pero intuía que era por tratarse de Cora y Lucía. Ella también estaba deseando ir porque le habían prometido una fiesta íntima y quería ver el pueblo de la cantante. La peliazul no paraba de darle la lata con que era súper bonito. Además, le hacía ilusión poder ir con su novia. *¿Se pondrá un vestido como en el evento aquel de las Titans? ¡Buah! Estaba impresionante. A ver si vuelve Rodri y nos vamos con Cora a comprar porque vaya padrinos poco preparados*. Por suerte para todos, Lucía había sido tan amable de invitarlos a casa de sus abuelos, ahora suya, un par de semanas antes de la ceremonia. Era con intención de que las ayudasen, pero les bastaba.

La mano de la mayor pasó por delante de su cara un par de veces y la obligó a volver de su mundo.

—Te llaman —la chica le señaló el móvil con la vista.

—Ah —la castaña le sonrió al reaccionar y descolgó—. Buenos días, abuelo.

—¿Qué pasa, prenda? —la saludó el hombre—. He estado ahí, donde *la* Justa, y me he acordado de ti.

—¿Qué hacías allí? —dudó ella.

—Llevarle unas poquitas almendras. Que se la encontró tu abuela el otro día y le dijo que le iba a dar para sus chiquillos. El más chico dice que quiere ser bailarín como su hermana y su padre se sube por las paredes —su abuelo se echó a reír—. Yo le he dicho que ¿para qué tanto regomello? El chavea tiene una maestra *apañá*.

—Ya ves —asintió Eva—. Claudia le va a enseñar mejor que nadie.

—No ni *ná*. Pues eso le he dicho. Claudita va a poner al chavea para irse a los conciertos con ella ya mismo —le aseguró él—. Oye, ¿y la novia? ¿Dónde la tienes?

—Aquí está, desayunando.

—Pon el altavoz ese —el hombre se quedó callado y le hizo caso—. ¿Ya?

—¿Cómo andamos, Custodio? —le preguntó Cloe a modo de saludo.

—Pues con los pies, chiquita. ¿O tú andas con las manos?

—Está fuerte para hacerlo —se rio Eva—. No la tientes.

—¡Bienve! Ven, que estoy hablando con tu nieta y su moza —su abuelo la llamó a gritos.

—Ven tú, que se me va a pegar el potaje —la escucharon lejana.

—Ea, aquí estoy. No veas cómo se pone la señora —protestó él.

—¡Buenos días, abuela! —exclamó la menor.

—Buenas, Bienvenida —la mayor sonrió como si la viesen—. ¿Cómo está?

—¡Cuchi! Bien, hija, bien. ¿Tú cómo estás? ¿Se está portando mi Eva?

—Sí, la tiene usted muy educada —se rio la rubia.

—¿Cuándo venís al pueblo otra vez? —cuestionó Custodio.

—Ya hasta el mes que viene no podemos, abu —le contestó la jugadora—. Tenemos una boda. Pero, antes de que empiece la liga, nos plantamos allí.

—¡Uy! Una boda. No será vuestra, ¿no? —bromeó la mujer—. Como te cases con mi nieta en secreto y no me invites, te retiro la palabra. Qué feo esto, Cloe, qué feo.

—No se preocupe. Si me caso con su nieta, voy en persona a invitarlos —se rio la rubia.

—La boda es de nuestra amiga Cora. ¿Os acordáis de ella? —les explicó la castaña—. La de la novia cantante.

—Ah, sí. La chiquita del pelo azul —recordó Custodio—. Mira tú qué bien por ellas.

—Bueno, cuando se acabe la boda, os bajáis para abajo, eh —les pidió Bienvenida—. Y tráete a Claudia.

Llegaron al límite de tiempo al estudio porque se entretuvieron mucho hablando con sus abuelos. Cuando la llamaban a ella sola, no tardaban tanto en colgar, pero parecía que Cloe les daba cuerda. Estaba contenta de que les gustase su novia y que la quisiesen casi más que a otros de sus nietos con solo una visita. Sin embargo, también le preocupaba un poco. Si seguían cogiéndole cariño a la rubia, les dolería si se separasen. A decir verdad, su miedo a que la mayor cogiese la puerta y se fuese volvía en contadas ocasiones. Ya lo había hecho antes, ¿qué le impedía repetirlo? *Espero que yo*. De momento, lo hacía sus dedos entrelazados mientras entraban a grabar el podcast.

—Si lo sé, me quedo durmiendo hasta mañana —protestó Cora al verlas—. Nos dijiste a las diez.

—Perdón, perdón. Estábamos de cháchara con mis abuelos —se disculpó Eva.

—¿Qué haces tú aquí, pitufa? —Cloe fue la que dio el paso y la abrazó.

—Vosotras —Lucía le sonrió apareciendo tras ella.

—¡Rubia! —la segunda entrenadora la estrechó con fuerza—. ¿Por qué no me habéis dicho que ya estabais aquí?

—¿Sorpresa? —la castaña se rio—. Sé que tenías ganas de verlas y les pedí que no te avisasen.

—Eso es mentira y lo negaré toda la vida —bromeó su novia—, pero me alegro de que hayáis vuelto.

—Son nuestras invitadas para el podcast de hoy —la avisó la *Titan*—. Vamos a hablar de convivir en pareja y… casamientos.

Lo llevaba planeando un par de días y le extrañaba muchísimo que Cloe ni se hubiese enterado con lo perspicaz que era. También influía que a Eva no le sobraba sutileza y lo había puesto en Instagram para que la gente participase en el *gaysultorio*:



—Muy maja la chica de sonido —comentó la cantante.

—Casi le da un infarto al verte y dos al pedirte un autógrafo, pero sí —Cora le pasó el brazo por los hombros a su rubia—. Bueno, ¿nos contáis cómo va la cosa y, después, nos vamos a comer tranquilamente?

Se quitaron la grabación, muy entretenida, antes de nada. Se podrían haber pasado mil horas hablando sobre los temas que propuso Eva, pero les interesó más lo que podían decirse en

privado. A pesar de llevar aproximadamente un año en distintos continentes, su relación no cambiaba y hasta se alegró de ver a Cloe y Cora metiéndose la una con la otra. La peliazul incluso aprovechó la oportunidad para reírse de la rubia por redes:



Eva se quedó con su amiga fregando los platos porque las dos rubias habían cocinado. Las oyó reírse en el salón y sonrió inconscientemente. Cora le dio un empujoncito con el hombro para llamar su atención.

—Te veo contenta, y a Cloe también —comentó su antigua compañera—. De hecho, ha pegado un cambio interesante. Ahora, sonríe y todo.

—¿A que sí? Creía que era imposible —bromeó la castaña—. Hasta me ha dicho que me quiere. Flipas, eh.

—Eso sí que es desbloquear logros. Te has pasado el juego, Eevee.

—Soy la mejor de *Impact* y de la vida —Eva fingió ponerse chula.

—Bromas aparte, me alegro por vosotras.

—Y yo, obviamente. Me tiene loquita desde que nos conocimos y se ha hecho de rogar, pero creo que va en serio.

—Mmm… Cuando vivíamos juntas, aprendí más de lo que no decía que de lo que sí —la peliazul asintió con seriedad—. Pasamos unas cuantas mañanas, muy temprano, hablando y estoy segurísima de que nos parecemos bastante. Otra cosa no, pero ya ves lo en serio que voy yo

con Lucía —le puso la mano en el hombro—. Cloe no es tonta y, aunque le haya costado reconocerlo, te quiere con todo lo que tiene. La vida no es un cuento Disney, la suya mucho menos, y tú lo sabes, pero me da que haría lo que haga falta para que la tuya lo sea. Es cabezota y una mala *follá*, y hace daño cuando piensa que te protege, pero tiene buenas intenciones.

—Lo sé. Me lo está demostrando. Además, por algún motivo, a mis abuelos les encanta —la castaña se echó a reír—. Te lo creas o no, le veo futuro a esto.

—Eso es lo importante. No pienses en cuánto va a durar, disfruta de cada día. Si estás esperando que ocurra el desastre, te vas a volver loca y terminará pasando.

—¡No! Eso nunca. La quiero de verdad, Cora. Me da igual lo que dure. Si es para siempre, mejor. Si no, dolerá mucho, pero estar con ella es… increíble. No sé ni describirlo. Es como…

—¿Estar en casa de nuevo? —la voz tras ellas la sobresaltó y se giró para encontrar a Cloe cruzada de brazos apoyada en la puerta—. No es mío, es de The Cure, pero yo me siento así contigo. Y, siguiendo la canción, «da igual el tiempo que me quede, siempre te querré».

—Me acabas de arruinar una canción favorita, moñas —Cora le rodó los ojos.

—Y tú me has estropeado el momento —Eva la empujó—. ¡Fuera de mi cocina!

—Lucía, ven a llevarte a tu novia, que me jode los gestos bonitos —bromeó la mayor—. Bueno, no, que yo venía a hablar con ella. Tengo algo importante que preguntarte, pitufa.

***

Carla la había llamado para que fuese a su casa y no tenía ni idea de por qué, pero le vino estupendamente. Tenía ganas de verla y no pudo hacerlo mucho entre ensayos y el trabajo de la científica. Por eso, el infarto fue más real que nunca cuando la recibió llevando una camiseta gris oscura de Pink Floyd que le llegaba hasta la mitad de los muslos desnudos. Por algún motivo, le pareció gracioso que aquel haz de luz blanco del logo saliese por el otro lado del triángulo en forma de arcoíris.

—¿Hola? —la morena pasó la mano por delante de su cara.

—Qué buena estás, chiquilla —Claudia le dio un repaso completo—. ¿Ya estás robándole ropa a tu hermana otra vez?

—No, esta me pertenece —la menor sonrió divertida—. Pasa.

La bailarina la besó rápidamente y entró sin pensárselo dos veces. Sabía que estaba sola porque Cloe había llegado en busca de Eva cuando ella salía y la oyó decirle a su amiga que Max se iba a vivir con su colega, aunque ya lo estaba haciendo prácticamente. *Esos dos se están liando, fijo*. A decir verdad, llevaba bastante sin ver al chaval por la casa de las Álvarez, pero, como salía tanto de fiesta, ni se lo había cuestionado. Además, lo que más le importaba de ese piso la cogió de la mano y la guio hasta su habitación.

—Te he traído una cosa —Claudia buscó en su mochila mientras ella bajaba a Caos de su cama.

—¿A mí? —dudó Carla.

La rubia le dio la pequeña bolsa y se quedó mirándola. La cara de la doctora le mostró su confusión al revisar el interior y sacar su mini regalo. No supo interpretar su gesto cuando desdobló los calcetines que le hacían juego con los ojos y tenían parejas de pingüinos agarrándose de las aletas. Aun así, no parecía muy contenta.

—¿Calcetines? ¿Debería sentirme un elfo libre?

—Eva se moriría con esa referencia a *Harry Potter*, pero no —se rio la mayor—. Claramente, son para que dejes de robarme los míos y porque… ¡pingüinos gais!

—Técnicamente, el sexo de estos especímenes es indescifrable al tratarse de dibujos.

—Le quitas la magia a todo, Carlita. Te van a echar de Hogwarts —ella rodó los ojos bromeando—. Los vi y me acordé de ti, pero si no los quieres…

—¡No! Son míos —la morena los abrazó con fuerza—. Gracias. Es un gran detalle y… me gusta que te acuerdes de mí.

—Me lo puedes agradecer de otra forma.

Claudia alzó las cejas un par de veces con una sonrisa pícara y, en un segundo, la tenía pegada a ella. Carla la besó con ganas, tantas que acabó agarrándole el culo a dos manos y la sorprendió gratamente.

—Mmm… Alguien está calentita —comentó orgullosa la bailarina cuando la dejó respirar.

—Es directamente proporcional al hecho de que la región de mi cerebro que…

—Que te pongo —lo simplificó la mayor sin permitirle terminar.

—Mucho —asintió la científica.

Ambas se rieron. Sin embargo, a la rubia le duró poco porque su novia la empujó hasta que se topó con la cama y la obligó a sentarse. Carla lo hizo sobre ella, a horcajadas, y se quitó la camiseta rockera para sorprenderla con la falta, más que evidente, de sujetador. Claudia aprovechó para contemplarla bien, como la obra de arte que era, y sus manos no pudieron quedarse quietas. Le recorrió el abdomen de forma ascendente y las dejó descansar en sus pechos. Los ojos azules de la doctora se pusieron oscuros y la intimidó un poco al mirarla como si fuese un lobo acechando a un ciervo que no se daba ni cuenta. La última vez que la observó así, acabó jadeando a las ocho de la mañana y con los músculos agotados de tanto tensarlos.

Carla la besó, pegando el torso a ella y la rubia la sujetó por la espalda, antes de pensar que era mejor agarrarle el culo con todas sus ganas. La menor tiró con urgencia de su camiseta para dejarla igual de desnuda y le mordió el labio inferior antes de sacársela por la cabeza. La morena movió las caderas contra ella cuando volvieron a comerse la boca. Sin embargo, no le dio tiempo a buscar su lengua porque la chica se levantó para deshacerse de sus pantalones y terminó tumbándola sobre la cama con impaciencia.

Claudia gimió al notar el calor de su piel contra la de ella y la mano que sujetó uno de sus pechos para atacarlo con los dientes. *Va a ser verdad eso de que las niñas buenas son las peores*. Se rio levemente al pensarlo.

—¿Qué sucede? —cuestionó la científica mirándola.

—Nada, nada. Tú sigue.

La obedeció en seguida y se impulsó para quedar a su altura. La besó lentamente, casi tan despacio como el recorrido que hicieron sus dedos por sus abdominales hasta meterse en sus bragas. Un leve roce en su clítoris hizo que arquease la espalda hacia ellos, buscando más. Los labios de la menor liberaron su boca y se entretuvieron en su cuello sin prisa. Poco después, los tenía rodeando nuevamente el pezón que aún no había recibido cariño. Definitivamente, Carla aprendía muy rápido y tuvo que aferrarse a la parte baja de su espalda cuando se introdujo en ella.

Los dientes en su garganta hicieron magia después de torturarla durante lo que le parecieron horas. La científica aumentaba y disminuía el ritmo de sus movimientos cuando notaba que estaba a punto de correrse. Al final, acabó estallando como un volcán en erupción y hasta le marcó las uñas en los riñones. La morena decidió darle un descanso tras besarle la mandíbula suavemente.

—Joder, Carlita —resopló—. No sé qué estarás leyendo, pero pásamelo.

—No necesito leer en demasía —se rio su novia—. Es anatomía fundamental. Tu clítoris es extremadamente sensible, pero no es solo externo. La clave está en penetrar con precisión y estimular los bulbos vestibulares también. Se encuentran conectados por venas y dan paso a un estímulo doble muy completo.

—Dios, fóllame en científico todo lo que quieras —Claudia se estiró entumecida—. Si es que no necesitas ni desnudarte para ponerme cachonda. Con que hables, sobra.

—Me halaga que te excite mi cerebro y… contamos con toda la mañana para que te «folle en científico» —la imitó la doctora entre risas.

Al escucharla, no se pudo contener y rodó para echarse encima de ella y comerle la boca. Le iba a tomar la palabra, pero bien. *Toda la mañana se ha dicho*.

Lo pasaron tan genial que le costó horrores separarse de su novia. Sin embargo, a Carla la llamaron de Urgencias y ella se tenía que ir a grabar un vídeo para el canal del estudio. *Quizás, no ha sido buena idea hacerlo tanto. ¡Bah! Sí que lo ha sido*. Al estirar en el suelo, sufrió levemente. Iba a acabar reventada ese día, pero mereció la pena.

Llegó a casa pasadas las diez de la noche, agotada y con un dolor de cuerpo impresionante. *A ver si ceno algo y me tiro en el sofá un mes*.

—¡Eva! ¿Estás aquí o te has ido a tener sexo salvaje con tu novia? —la llamó al entrar.

—Está en el salón —Cloe la asustó asomándose desde la cocina—. Y no, nada de sexo salvaje.

—Que sí, ya te compensaré —su amiga rodó los ojos al aparecer—. Has venido a ayudar, no a follar. Hola —la saludó sonriendo siniestramente—. ¿Qué tal el día?

—¿Bien? —dudó ella intranquila—. ¿Qué pasa? ¿Qué tramas?

—¡Nada! Absolutamente nada. Ven a sentarte, la cena ya mismo está, ¿verdad, Cloe?

—¡Cinco minutos! —le contestó la mayor.

La castaña le pasó el brazo por los hombros y tiró de ella. Algo no olía bien y no era la

comida de la segunda entrenadora, precisamente. *Ya me la va a liar*.

—¡Sorpresa! —exclamó Eva al cruzar el quicio de la puerta.

Claudia observó los globos y el cartel gigante de luces colgado en la barra de las cortinas. Ponía «*Happy Birthday*» y tenía unas cuantas fotos suyas bailando rodeándolo. El shock le impidió reaccionar como merecía.

—Mi cumple es mañana —dijo pestañeando rápido.

—Pero si empezamos a comer ahora, para las doce sacamos el postre y los regalos —su amiga estaba emocionada—. Tranquila, sé que no te gusta mucho celebrarlo. Solo somos las cuatro, una cenita tranquila. Cloe se ha ofrecido a hacer un menú súper *healthy* con cosas coreanas que aprendió y más verduras juntas de las que he visto nunca, y yo he hecho una tarta —sonrió orgullosa—. Carla debería traer sidra para brindar, pero llega tarde.

—Emm… Se le habrá complicado alguna urgencia —comentó la bailarina aún atónita—. Gracias, Eva.

—¡No es nada! —la castaña se dejó abrazar—. Venga, siéntate. Voy a llamar a tu novia para ver qué le queda.

Cuando Cloe se acercó a dejar platos en la mesa, le dio un abrazo de agradecimiento también y la mayor gruñó quejándose de las cosas que hacía por la jugadora. Eva siempre la había entretenido en su cumpleaños cuando el resto de colegas se empeñaba en salir de fiesta a celebrarlo, cosa que no le gustaba demasiado. La castaña solía llevarla al cine o hacer algo tranquilo en casa para que se relajase y la adoraba por ello.

Se sentaron a esperar a Carla mientras hablaban un poco más sobre baile y el pueblo. Por suerte, no tuvieron que esperar mucho y la doctora llegó un cuarto de hora después.

—Disculpad la tardanza —su novia le dio un rápido beso antes de ocupar la silla a su lado—. Yo me establecí aquí para investigar el ADN, no a impedir que lo abandoné por la cavidad torácica de un individuo que infringía las leyes viales de la DGT —comentó rodando los ojos.

—¿Otro borracho que se ha estampado con la familia que volvía súper feliz de la Warner? —preguntó su hermana.

—Efectivamente, aunque desconozco de dónde regresaban —Carla se quitó la chaqueta —. Además, he recibido la denegación del presupuesto para la obtención de un nuevo termociclador y me están apilando camillas con pacientes sin asignar delante del laboratorio. Madrid es un desastre sanitario.

—Me estoy estresando de escucharte —se rio Eva—. ¿Cenamos, por favor?

Todas aceptaron la propuesta y comenzaron a comer, alejando a la científica de su drama médico. Fue una noche tranquila, en la que hablaron de sus vidas. Las anécdotas con su amiga eran loquísimas y las Álvarez las entretuvieron con sus diferencias de hermanas. Además, la tarta de Eva estaba sorprendentemente rica y el «Cumpleaños feliz» poco desafinado.

—¿Calcetines? —cuestionó Claudia al abrir su regalo.

Carla asintió, decepcionada consigo misma probablemente. Le encantaron porque eran

muy ella. Un par tenía estetoscopios hasta la rodilla, otros con probetas que acababan en los tobillos y los últimos ADN.

—Menos mal que me has regalado tres pares porque no pensaba quitármelos ni para lavarlos —se rio la bailarina—. No porque sean bonitos, sino por el gesto.

—Debí escoger otra cosa, lo lamento —se disculpó su novia.

—¡No! ¡Son geniales! Gracias —Claudia la besó—. No me gustan las cosas caras ni los regalos ostentosos. ¿Has visto a Eva? Me ha dado unos pantalones para el *gym* —se acercó para susurrarle—. No se lo digas, pero tus calcetines me gustan más.

—¿Segura?

—Tan segura como que te quiero. ¿Me los pongo ya?

—Deberías lavarlos primero —le aconsejó la morena sonriendo—. Y yo también te quiero. Prometo que te regalaré algo mejor.

—Ah, ¿que lo de esta mañana no era compensación? —la picó ella.

—No era tu cumpleaños aún, pero mañana…

—Din don, maricón… —alguien la interrumpió entrando en el salón—. ¿Quién se ha muerto?

—No se ha muerto ni expirado nadie, Rodrigo —Eva se levantó a darle un abrazo—. Es el cumple de Clau.

—Si vais a montar una fiesta, haberme avisado, chochos —el chico tumbó su maleta en el suelo—. Tráete unos vasos, que esto lo arreglo yo.

—¿Ni un hola, ni decirnos qué tal Los Ángeles primero? —Cloe se echó a reír.

—Os lo cuento con este tequila californiano, que vais a flipar —el recién llegado se sentó junto a Carla—. Nena, tienes cara de que un chupito de esto te va a alegrar la vida.

—No, no, no, no, no —Claudia le arrebató el vaso para que no lo llenase—. Se le va la olla muchísimo cuando bebe.

—Sí, sí, sí, sí —Rodri se lo quitó de la mano—. Yo eso quiero verlo. Esto es muy triste parar ser una fiesta de cumpleaños.

—A mí me vale —la bailarina se encogió de hombros.

—Ni hablar. Además, pasado mañana, viene Ethan, mi nuevo novio, y le he dicho lo guay que sois —él sonrió con malicia—. Fiesta en la piscina, con Lucía y Cora, como en los viejos tiempos. Nos lo vamos a pasar genial.

Capítulo 35: El agua y las rubias son intocables

El sábado logró eludir una resaca que duraría hasta el domingo, pero la semana no comenzó demasiado bien. La situación sanitaria seguía requiriendo un apilamiento incesante de camillas en la puerta de su laboratorio. Por eso, realizaron todas las pruebas pertinentes por la mañana y dictaminó que el equipo trabajase desde sus respectivas viviendas en la tarde. No era óptimo, pero prefirió evitar las distracciones innecesarias que llevarían a errores.

Aprovechó el silencio del piso para dedicarle el tiempo a analizar los resultados desde el salón. No obstante, llamaron al timbre nada más abrir el documento. Se extrañó al no aguardar a nadie, pero solo era un paquete para su hermana, el cual dejó sobre su cama antes de continuar con su trabajo. Aun así, su paz se halló nuevamente perturbada ante un ruido desconocido, proveniente del cuarto de Cloe, que decidió investigar.

Detestó encontrarse a Caos con los dientes sumergidos en la caja que había llegado para la mayor. El félido la observó un instante y continuó creyéndose una especie de roedor.

—*Felis catus*, ¿te importaría detenerte? Ese paquete no te pertenece y puedes dañar su contenido con tus desgarradores colmillos.

Al ver que persistía, caminó hacia él y lo cogió en brazos para alejarlo de su objetivo. Terminó soltándolo en el sofá para poder controlarlo mientras completaba su jornada laboral. Sin embargo, Caos contaba con otros planes.

—*Felis catus*, bájate de la mesa —le ordenó—. ¿Qué te sucede? ¿Te encuentras mal? Normalmente, eres bastante educado.

La paranoia la llevó a observarlo de cerca y su desconocimiento en veterinaria a realizar una búsqueda rápida sobre posibles afecciones. En parte, no le sorprendió el resultado de la misma.

—Así que solo pretendes que te preste atención. Mmm… ¿Si tomo asiento a tu lado, te contentas?

Se desplazó, junto a su portátil, y el félido no tardó en seguirla. Se sentó cerca y la miró fijamente con su heterocromía ocular. Sin duda, deseaba algo más que un simple cambio de posición. Carla repasó todas sus acciones y discernió que no era comida, puesto que hacía una hora que almorzó con él. Caos se cansó de verla pensar y se tumbó, sin dejar de contemplarla. *Y si…* La científica extendió su mano, con la palma hacia arriba, en el sofá y aguardó un momento. El felino estiró sus patas delanteras hasta que fue capaz de tocarla y así se relajó.

—¿En serio? ¿Me vas a privar del uso de ambas extremidades equitativamente? Afortunadamente, no es mi mano dominante.

Caos pestañeó lentamente y se echó a dormir, ignorándola. *Magnífico. Por lo menos, se abstendrá de captar mi atención haciendo cosas indebidas*. Le fue suficiente para continuar con su trabajo, a una sola mano hasta que su compañero peludo cambió de posición y la liberó. Aun así, la mantuvo atrapada colocando la cabeza en el vasto anterior de su cuádriceps.

—¿Vas a venir? —escuchó a Cloe cuando regresó—. Sí, necesito hablar contigo. Vale,

nos vemos.

—Hola —saludó ella—. ¿Sucede algo?

—No, nada. Estaba hablando con Max —la mayor guardó su móvil—. El enano nos abandona.

—¿Finalmente, se muda?

—Mhm, pero se queda en Madrid con su colega. Bueno, su novio, supongo. Iba a esperar a la fiesta de Clau y va a tener que ser antes.

—¿Por? —Carla acarició a Caos preocupada.

—Alma ha tenido una reunión hoy —su hermana se rio, nerviosa—. Desde mañana, soy la única entrenadora de los *Titans*.

—Tal circunstancia es una gran noticia, ¿no? —ella se incorporó para felicitarla.

—La verdad es que sí porque, además, nos han dado bastantes días de vacaciones a todas. No sé cómo lo ha conseguido, pero me viene genial para la boda.

—Ella también acudirá con su esposa, ¿no?

—Mhm. Cora las invitó, obviamente.

—Probablemente, lo haya logrado por eso —la doctora se encogió de hombros—. ¿No será un problema el desplazamiento? Los embarazos son complicados para viajar.

—Me da que no va a estar tan embarazada para ese día. Vamos, que se ha ido directa al hospital al salir de la reunión. De ahí, que empiece *full* mañana. Espero que le vaya bien el parto a Mei.

—¿Deseas que lo compruebe mañana? —le ofreció la menor—. Una de mis ayudantes en el laboratorio está casada con un enfermero obstetra. Le puede pedir que me mantenga informada y trasmitírtelo.

—Sería un puntazo —asintió la mayor—. Así, no molesto a Alma, que estará de los nervios. Gracias. Es…

El timbre la interrumpió y Cloe exhaló. Carla la contempló mientras se dirigía a abrir. Su hermana se encontraba estresada nuevamente y dicha situación no le agradaba en absoluto. Su cerebro humano siempre había tenido un límite, cuyo umbral era altísimo. No obstante, cuando se le aglomeraban demasiados pensamientos en él, se acababa desconectando de la peor forma posible y detestaba ver a la mayor en esa fosa de ansiedad. *Cabe la posibilidad de que la fiesta de Clau le conceda un momento de relajación*.

—Mira a quién me he encontrado abajo —la voz de Claudia la distrajo.

Caminó por el pasillo para recibirla y la encontró rodeando los hombros de Max con el brazo izquierdo. El muchacho le sonrió tan ampliamente como su novia y le exigió a Cloe que le diese comida, a cambio de haber acudido. La bailarina se acercó a besarla. Fue lento e intenso, no su habitual beso rápido a modo de saludo. Por eso, la científica entendió que se hallaba más contenta de lo usual.

—¿Cuál es el motivo de tu euforia? —cuestionó la doctora.

—Tengo buenas noticias —la leve risa de Claudia sonó cálida y alegre—. En realidad, no sé si a ti te lo va a parecer, pero lo son, supongo.

—¿Por qué iba a dudar de su cualidad como «buenas» si tú crees que lo son?

—Porque voy a estar bastante ocupada —su novia hizo una mueca de preocupación.

—Entiendo. No obstante, sabes que yo también lo estoy y, a ti, no te supone ningún problema.

—Ya… eso sí.

—¿Entonces? ¿Cuáles son las novedades?

—¡Me han ofrecido un papel secundario en una peli de baile! —la mujer fue incapaz de contener su exultación ni un segundo más—. La directora de casting vio el vídeo del estudio y ha venido a hablar con unos cuantos de los que salimos en él.

—Es una noticia realmente estupenda, Clau, pero me inquieta lo que implica —Carla la observó fijamente—. A decir verdad, ya me encontraba un poco intranquila.

—¿Por qué? —la mayor la tomó por la cintura acercándola.

—Tu profesión requiere que completes tours en otros continentes, lo cual supone meses de ausencia.

—Ah, pues la noticia es buena, definitivamente —se rio Claudia—. Básicamente, porque se graba aquí y me voy a perder la gira de Lali. Bueno, menos la parte europea, supuestamente.

—¿En serio? —se alegró la investigadora—. ¿Te quedas?

—Mhm. Por lo menos, el resto del año y parte del siguiente.

Carla no pudo contenerse más y le devolvió el beso con el que la había saludado. Le resultó suficiente por el momento. Comprendía que no sería fácil cuadrar sus horarios mientras Claudia se enfrentaba a un rodaje, pero les ofrecía la facilidad de hallarse en la misma ciudad. Obviamente, ese tipo de películas requería que su novia asistiese a ensayos también y acudiría tarde a casa. No obstante, nada les impedía dormir juntas al final del día.

—Considero que ya existe un motivo justificado para esa fiesta en la piscina que ha planeado Rodrigo —le dijo tras poner distancia.

—Desde luego —Claudia le sonrió—. Esto hay que celebrarlo.

***

Por suerte para su salud mental, el viernes llegó rápido y, como todavía no la tenían súper controlada, les dio el día de descanso a sus *Titans*; ni gimnasio ni entrenamiento. Las chicas aprovecharon el fin de semana largo para volar a sus respectivas casas y Cloe se fue con Eva a ver a las mamás, que ya estaban con su pequeña en la vivienda que aún pertenecía a Alma. Le daba un poco de pena que su relevo le supusiese una mudanza a su antigua entrenadora, pero la mujer lo había planeado todo y se quedaron con el piso de su esposa para cuando se retirase, así

que no se iba muy lejos.

La niña de ambas se parecía muchísimo a Mei y tenía una carita muy redonda. Además, era risueña como sus madres y se rio bastante con las monerías que le hizo Eva. El matrimonio había cogido el nombre a la perfección y, hasta a la rubia, le pareció que Alegría era un bebé adorable. Ni siquiera Cora, que llegó después con Lucía, pudo resistirse a sus encantos.

—Va a ser de simpática como Mei —aseguró la peliazul.

—¿Estás diciendo que yo no lo soy? —Alma fingió indignarse.

—Sí, pero menos —su excompañera se encogió de hombros—. Admítelo.

—Bueno, vale, pero va a ser tan graciosa como yo —se rio la mujer—. No se me va a olvidar en la vida la cara que pusisteis todas cuando te dije que dejases a Lucía. Esta casi me pega.

—Coño, Alma, es que no sabes lo que nos costó que estuviesen juntas —se defendió Cloe ante su acusación—. No tuvo ni una chispa de gracia.

La ex entrenadora se echó a reír recordando un par de momentos que casi provocaron un infarto en las *Titans* originales. Habían sido más que un equipo y eso era lo que quería conseguir la rubia, ahora que tenía una responsabilidad. Lo estaba intentando con todas sus ganas, para que el legado de Alma no le quedase grande. Aun así, estaba preocupada por la falta de respuestas. Su primera reunión fue bien y consiguió lo que quería de los directivos, pero las jugadoras se le iban a resistir.

La fiesta improvisada para Claudia le vendría estupenda y, en parte, esa fue la excusa para no trabajar ese viernes. Incluso Carla se había tomado la tarde libre y se la dio a sus compañeros también. Su hermana había cambiado bastante desde que regresó y, poco a poco, recuperaba a esa adolescente que le quitó Boston. Cloe no llegaba a creer que las cosas fuesen bien por fin, pero no bajaba la guardia, por si acaso.

—¿Es necesario el traje de baño? —la menor sujetó una percha apareciendo en la puerta de su cuarto.

—Carla, lo gracioso de la fiesta es la piscina —la rubia miró el que había elegido—. Supongo que no tienes otro, ¿no?

—Evidentemente.

—¿Te presto uno?

—Si las opciones se asemejan al que hay sobre tu cama, no. Gracias, me niego.

—Bueno, ese no es tan monjil. Tiene un pase.

—Magnífico.

Su hermana se marchó contenta con su bañador negro de una sola pieza y la dejó cuestionándose cuál iba a ponerse ella. Tenía un par de posibilidades con las que pretendía volver loca a Eva. Era su único objetivo y tuvo la brillante idea de empezar pronto. *¿Por qué escoger cuando puedo enseñarle los dos?* Sonrió maliciosamente agarrando su móvil y una de

las opciones.



Se rio dejando el teléfono y poniéndose el normalito y cómodo bajo la ropa casual. Le hacía gracia que su novia siguiese babeando por ella como el primer día. Incluso, nada más conocerse, la pilló mirándola de arriba abajo como si se la quisiese comer. *Algunas cosas no cambian nunca.* Y prefería que se quedasen así.

Para cuando las Álvarez llegaron, ya tenían un despliegue importante montado, aunque solo estaban Claudia y Eva. Sabía que la mesa de fuera, llena de bebida, había sido idea de Rodri. Sin embargo, su colega se había ido a comprar con su novio californiano. No le importó demasiado porque la castaña estaba echada en una tumbona, junto a la que se sentó la bailarina tras abrirles. Cloe se quedó mirándola. *La que me va a tener que llevar a urgencias es ella. Uff… Contrólate un poquito. Es el cumple de Clau*.

—Qué buena estás —le susurró inclinándose sobre ella para besarla.

—Mhm —Eva tiró de su camiseta, juguetona—. ¿Qué te has puesto al final?

La mayor se quitó la ropa y le enseñó su decisión para verla incorporarse disfrutando de

las vistas. No pudo evitar reírse porque le recordó a esos dibujos animados a los que se les salían los ojos. Se sentó a su lado cuando le dejó un hueco en la tumbona y le puso la mano en el muslo porque necesitaba tocarla mientras hablaba con su hermana sobre Caos. Había querido llevárselo en cuanto Lucía le escribió que ella iría con Mori. Al parecer, Eva quería ver a su sobrino gatuno y era buena idea que socializasen. Además, ella también echaba de menos al gatito que la cantante adoptó poco antes de irse. *Esperemos que se lleven bien*. El suyo estaba contento encima de Claudia, por el momento.

—Desearía saber sus motivos para elegirte como asiento —comentó Carla—. Son criaturas fascinantes.

—¿No decías que lo odiabas? —la picó Cloe.

—Es indiferente mi aversión hacia él para tener curiosidad. Continúa siendo un animal repleto de bacterias y está perdiendo mucho pelo últimamente.

La entrenadora observó a Caos, que había estado mirándolas como si fuese un partido de pimpón y, ahora, parecía ofendido. *¿Has visto lo que me ha dicho tu hermana?*, imaginó que decía el minino. El animal le maulló con pena a la menor.

—Te lo traduzco —se rio la rubia—: calla ya, que me quieres mucho.

—Eso es incierto.

—Ah, ¿sí?

Cloe la miró elevando una ceja y cogió su móvil para enviarle la foto que había hecho esa mañana. Después, le indicó que mirase su teléfono, el cual acababa de sonar. Su hermana lo comprobó y, al instante, lo puso boca abajo contra su muslo. Le hizo gracia que la mirase mal. Probablemente, la estaba insultando mentalmente.

—¿Qué te ha mandado? —preguntó Claudia a su lado.

—Nada —intentó salvarse Carla.

Para su mala suerte, Eva era la *Titan* con los mejores reflejos y, antes de que pudiese evitarlo, ya le había arrebatado el móvil. La castaña se lo pasó a la bailarina, que se lo puso delante de la cara a la menor para que lo desbloquease.

—¡Eh! Eso es una invasión de mi privacidad —protestó la científica.

—Jódete, por ser una pija con iPhone y ponerle el reconocimiento facial —Cloe se echó a reír.

A los cinco segundos, las dos amigas se estaban partiendo de risa con la foto y su hermana rodaba los ojos desesperada ante un comentario de su novia sobre ser una princesita Disney durmiendo y la cara de mala leche de Caos:



No se había podido resistir. En cuanto la vio esa mañana durmiendo con Caos, supo que era su momento para conseguir las pruebas de que le había cogido cariño al gato. Ya la había visto en otras ocasiones acariciándolo, dándole comida que no le pertenecía y hasta jugando con él, pero su oportunidad llegó y Carla ya no podía negarlo más.

El meterse con su hermana paró un poco cuando escucharon el timbre. Lucía y Cora se habían encontrado con Max y llegaron a la vez. Tras los saludos, la cantante sacó a su gato negro de su mochila especial y el felino fue directo a por Cloe.

—Yo también te he echado de menos, Mori, pero tengo dueño —se rio la rubia cogiéndolo en brazos—. Vente, que te presento a tu primo.

Para cuando introdujo a los dos animalitos y regresó con el resto, Max se levantó y le pidió que hablasen. No sabía si iba a ser buena o mala, pero parecía que quería darle una respuesta a lo que le había ofrecido a primeros de semana. Por eso, fue a echarse algo de beber mientras lo hacían.

—¿Te lo has pensado ya, enano? —le preguntó ella llenando un vaso.

—Mhm —él le tendió la mano—. Acepto el trato, entrenadora. Pero explícame cómo va la movida.

—Será oficial cuando firmemos, pero bienvenido a las *Titans*, de nuevo —Cloe se la estrechó sonriendo—. Hablé con los de arriba y les dije que sería genial reunir al equipo antiguo.

—Ya, pero es de tías y yo, claramente, no lo soy.

—No hay nada escrito en contra de que sea mixto y, si nos dicen algo, podemos denunciar por discriminación —la mayor se encogió de hombros—. Además, sabes lo que quieren los directivos.

—Pasta —asintió Max.

—Les he comentado que es una publicidad estupenda. Las *Titans* originales más diversidad es lo que quiere ver la gente. Le tengo echado el ojo también a otra persona que juega de puta madre y no es profesional aún porque se identifica como no binaria. Los equipos tienen miedo a no encontrar patrocinadores por eso, pero yo he hablado con un par y a Microsoft les interesa bastante que anuncies su próxima Xbox.

—¿En serio? —se sorprendió su amigo.

—¿Te gustaría su logo en las camisetas o pasamos de su culo? —se rio la entrenadora.

—¡No! Pónmelo aquí —él se dio dos palmadas en el pecho—. ¿Me la regalarán si hago el anuncio?

—Por pedir…

Su colega la acompañó de vuelta muy emocionado, hablando sin parar de lo guay que iba a ser volver a las *Titans*, les *Titans* ahora. Cloe quería reventar todos los esquemas y darle oportunidades a gente buena de verdad, que formasen el mejor equipo de Europa. Solo tenía que saber manejar a los directivos y Alma le había enseñado estupendamente cómo hacerlo. En cuanto les mencionó la pasta gansa y les quitó el trabajo de hablar con patrocinadores potenciales que estaban deseando ponerse la etiqueta de «aliados» del colectivo, ya los tenía dándole todo lo que pedía. «Lo importante es saber explotar lo que nos molesta de ellos», le había dicho su antigua entrenadora, «Si quieren dinero, haz lo posible para que suene a cantidades ingentes. Si las marcas quieren atraer gente que no les importa en realidad, dáselo. Los señoros de arriba juegan con su posición privilegiada, nosotras con la cabeza».

—¿Puedes decirle a tu gato que deje de hacerle bullying al mío? —le pidió Lucía al llegar junto a ellas.

—*Nop* —la entrenadora se sentó a su lado—. Son como nosotras, rubia. Mira qué bien se llevan.

— Desde luego, Caos se mete mucho con Mori…

Cloe miró hacia donde le señaló la chica con la cabeza y observó a los dos felinos. Caos estaba prácticamente encima de Mori y el gatito negro tenía cara de pena, aunque parecía pasarlo bien con su nuevo amigo peludo. La mayor les hizo una foto para mandársela a su dueña. A los pocos segundos, la cosa cambió y fue el animalito de Lucía el que quedó encima:



—Son adorables. Están jugando, mujer —Cloe siguió riéndose—. Como cuando te perreé en la disco, ¿te acuerdas?

—Yo sí y preferiría que no, Lola del Hacendado —Cora la empujó para echarla del lado de su novia—. Gracias por calentarme el sitio.

—Todavía te echas las fotos de boda con el ojo morado, pitufa —la mayor la miró mal.

—¿Por qué os tenéis que pelear siempre? —Eva rodó los ojos.

—Ellas sí que son Caos y Mori en humanas —Lucía negó con la cabeza.

—Sí son —asintió la capitana de las *Titans*.

La castaña le quitó el vaso de las manos y le dio un trago. La miró extrañada porque, probablemente, esperaba que contuviese alcohol y solo era refresco. Ella se encogió de hombros sonriéndole divertida y la rodeó con el brazo.

—¿De qué hablabais? —le preguntó Cloe.

—Las hemos invitado a la boda y he hecho una broma sobre no conocerlas —le explicó Cora—. Claudia nos ha dicho sus cosas favoritas, siguiendo la coña, y tu hermana se ha puesto a

criticar la peli que le mola.

—*Intocable* es poco certera y, en ocasiones, banaliza las situaciones tan complejas que atraviesan las personas con discapacidad —Carla rodó los ojos—. Satiriza exageradamente eventos cotidianos y olvida que, a menudo, no se poseen las comodidades económicas del protagonista tetrapléjico.

—Sí, sí, pero la *pechá* que te pegaste de llorar es menuda… —le recordó la mayor.

—Pero no es mi favorita —insistió la menor.

—Desde que estamos viviendo juntas, te he pillado dos veces viéndola.

—¿Compartimos peli favorita? —Claudia le dio un empujoncito con el hombro y sonrió —. Me sorprende, doctora Álvarez.

—Es totalmente incierto —siguió la investigadora—. La estaba revisando por mero interés científico.

—¡Una polla jiennense! —Cloe se levantó de golpe—. Deja de poner excusas, Miss Boston.

La entrenadora la cogió, cargándola al hombro, y la soltó sobre la piscina aguantando su pataleo. Carla emergió del agua cabreada y la salpicó al verla reírse. Al segundo, Max ya se estaba tirando para inaugurar la fiesta por todo lo alto.

—¡Mariconas, no empecéis sin nosotros! —exclamó Rodri entrando en el jardín—. Yo que os iba a hacer un tequila *sunrise* al puro estilo californiano…

—Preséntanos primero, ¿no? —Lucía caminó hacia él.

—Hola, soy Ethan —el chaval fue repartiendo dos besos a cada una—. Encantado.

—Cloe —dijo ella siendo la última—. Qué bien te ha enseñado español Rodri.

—En realidad, mi mamá es argentina —se rio el surfero.

—Venía enseñado de casa —su amigo le dio una palmada en el culo a su novio—. ¿Quién me ayuda con las bebidas? Primero, un traguito y, luego, todas al agua. ¡Chocho de rana la última!

Cloe se ofreció junto a Lucía y se dejaron al resto hablando con el californiano. El muchacho parecía majo y era más alto que en los vídeos del programa. Eso sí, le dolía la cara de ser tan guapo. *Rodri no merece menos. Hacen buena pareja*. Las dos rubias se quedaron mirándolo unos segundos.

—No ganaría, pero me he traído al tío buenorro —se rio orgulloso su amigo—. ¿Qué opináis?

—Que me voy a casar, pero soy muy bisexual —bromeó Lucía.

—Que está muy fuerte —la entrenadora se encogió de hombros—. Por lo menos, no te has liado con el loco ese que te acosaba.

—Lo echamos pronto —asintió Rodri—. Lo de los *reality*… Cuánto drama innecesario,

pero qué bien me lo pasé, excepto por lo de no dormir mucho. A la gente se la suda las cámaras y follan de verdad.

—¿Ethan y tú…? —insinuó la cantante con curiosidad.

—Qué va, nena. Es muy formalito… Al salir, una *hartá*. Tres días me tiré con agujetas porque, claro, nos metieron en el hotel aquel de expulsados antes de la final y uno no es de hierro.

—Yo pensaba que todos esos programas están planeados —comentó la más alta.

—Mucho. Nos daban como indicaciones si no había drama suficiente, pero hacías lo que te daba la gana cuando no grababan —él le dio una copa a cada una—. Al final, es un *deschoche* aquello. Vamos, Ethan y yo llevábamos tres semanas durmiendo juntos para cuando terminó, y dos siendo novios oficiales.

—Por eso, dejáis de tener tanto tiempo en pantalla, ¿no? —se rio Lucía.

—Mhm. Estábamos casi todo el rato de cháchara en el sofá haciendo piececitos y eso no interesa. Y, menos, en español. ¡Uff! Cómo me pone el acento argentino, chochos —su amigo alzó el vaso—. ¿Por los noviazgos?

—Y los casamientos —añadió Cloe.

—Y dejarnos de tonterías con la gente que queremos —la cantante la miró directamente.

—¡Eh! Que Eva y yo estamos genial. No lo gafes.

Tras el brindis, terminaron el resto de cócteles y fueron a repartirlos. En realidad, se tomaron varios antes de meterse en la piscina y echar el rato allí. Fue bastante divertido porque, al caos que eran Eva y Max, se unieron Claudia e Ethan. El nuevo novio de Rodri era un descontrol que combinó a la perfección con el resto.

—Me gusta tu novia —el chico se acercó a ella en el borde—. Es muy divertida.

—Lejitos de ella, chaval —bromeó Cloe—. No vaya a ser que le entres por el ojo.

—Ah, no. Yo no me meto con minas con pareja —se rio él—. Es un quilombo. Además, soy gay y vos puedes… partirme la cara —dijo imitando el acento de España.

—Eso no lo dudes, Thor californiano —ella le siguió la coña—. Voy para fuera. ¿Quieres algo?

—No, gracias. Salgo yo también. No sé dónde está Rodri.

Lo picó un poco cuando Ethan se impulsó en el filo para abandonar la piscina sin usar las escaleras y ella lo imitó riéndose. El chico le aplaudió asegurándole que sí le partiría la cara con esos brazos tatuados. Cloe le dio una palmada en el hombro y lo empujó lejos del agua mientras se guaseaba. Entendía por qué le gustaba tanto a Rodri. Definitivamente, era buena gente y encajaba bien en el grupo.

La rubia se secó con la toalla y la colocó en la tumbona para ponerse cómoda a observar el panorama. Caos y Mori habían ocupado la de al lado. El gato de Lucía la miró, prácticamente encima del suyo. Se habían cansado de jugar y preferían el sol, cosa que apoyó la entrenadora.

Aun así, los tres estaban muy pendientes de la piscina, donde Eva y Claudia se habían aliado para tirar a Carla del donut flotante. Max intentaba impedirlo, pero acabó ayudando sin pretenderlo. Todas estaban muy contentas y le dio por recordar los días en el jardín de Lucía, la cual estaba provocando a Cora esquivando sus besos entre risas. Cloe rodó los ojos y casi se perdió a su novia echándole una foto, aún dentro.

—¿Qué haces? —le preguntó sonriendo—. Se te va a mojar el móvil.

—Sabe nadar, como tú —Eva le sacó la lengua—. Voy a grabar un vídeo para… una cosa. ¿Ya te has cansado de agua?

—Por ahora, sí.

—Tú te lo pierdes, rubia —su novia intentó salpicarla desde lejos—, pero me parece fatal que no te hayas liado conmigo en la piscina.

—No tientes, que todavía me vuelvo a meter y te doy lo tuyo.

—¿Y lo de mi prima? —se rio la castaña.

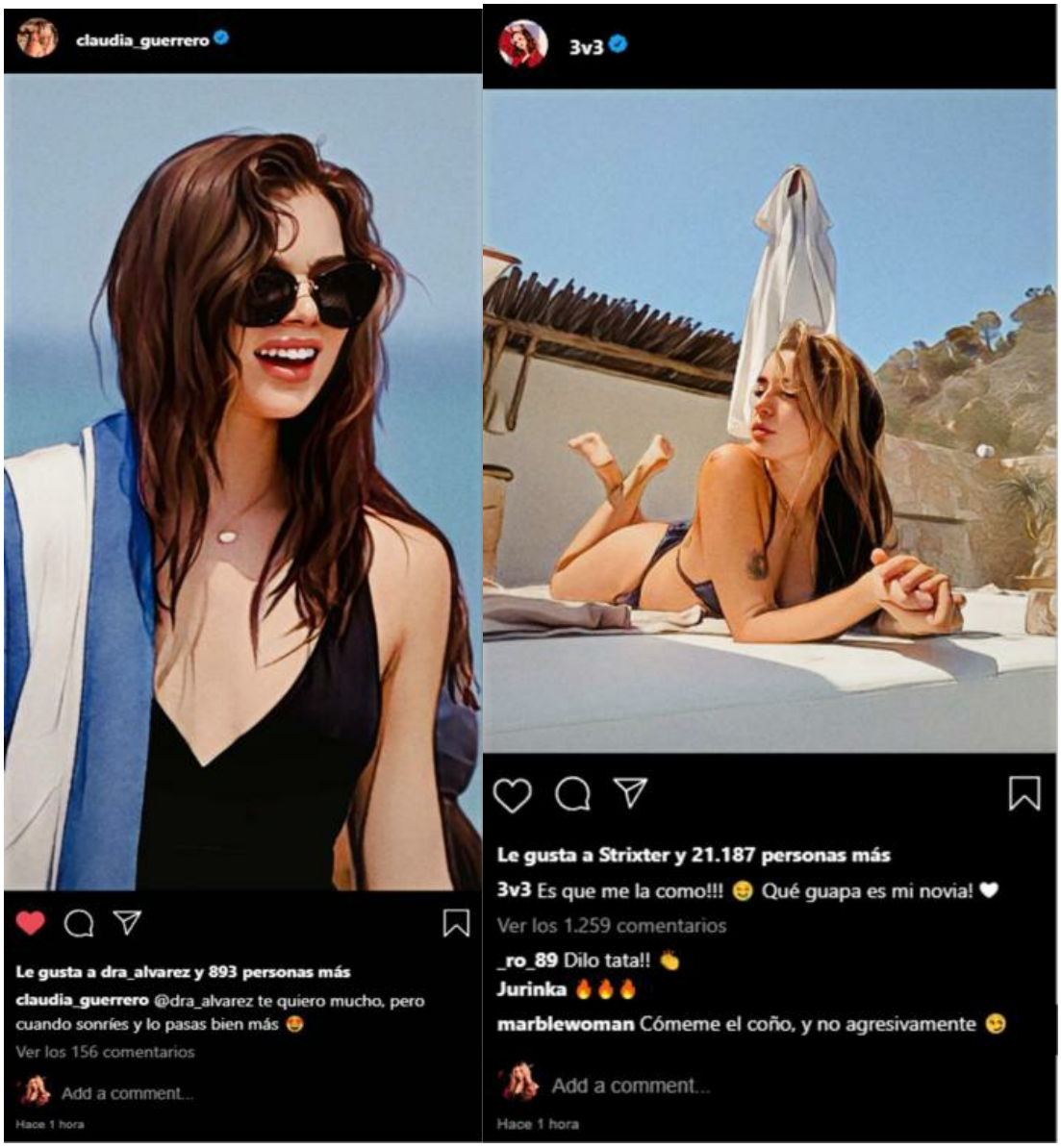
—No, que me pega tu abuela por hacerle cosas indecentes a tu prima Valeria.

—¡Qué sucia eres!

La jugadora se alejó impulsándose en el borde y la perdió en cuanto se chocó con Claudia. La bailarina la sumergió en el agua y se pusieron a pelearse de cachondeo. Ella se rio levemente. Definitivamente, adoraba a la capitana de su equipo y era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo. Eva incluso consiguió que dejase de pensar en qué habría pasado si hubiese escogido otro camino que no fuese el de ser pro *gamer*. Por eso, estar así con ella, le daba muchísima tranquilidad. Se olvidó de los problemas como futura entrenadora y se metió en Instagram a mirar sus notificaciones. No pudiendo evitar que las publicaciones del resto apareciesen al entrar:


3v3
Le gusta a claudia_guerrero y 2.345 personas más
3v3 "Por ahí viene tu crush! Corre, actúa normal!" versión: @claudia_guerrero
Ver los 712 comentarios
j.calderon90 Qué bien puesto está ese tatuaje ahí 👀
Add a comment...
Hace 1 hora


claudia_guerrero
Le gusta a Strixter y 1.863 personas más
claudia_guerrero @Strixter mira tu novia. Vente para acá ya o te la robo! 😋
Ver los 986 comentarios
anae_writing Y si no va @Strixter, ya la robo yo 😂
Add a comment...
Hace 1 hora



—Max está celebrando que es un Titan —Cora la sacó de aquella foto de Eva parándose junto a ella.

—Se lo merece porque lo es… en cuanto firme —la mayor observó entrecerrando los ojos por el sol—. Solo faltas tú, pitufa. Quiero a la puta ama de las DPS en *Impact*. ¿Le has dado una vuelta?

—Cloe, no es la mejor oferta que tengo —la peliazul se sentó en la tumbona de al lado y Mori se le subió encima al instante—. Sabes que me conviene más quedarme en Los Ángeles.

—¿Pero? —intuyó ella.

—Lucía está contenta aquí, con Rodri y con vosotras. Allí, se pasa las horas escribiendo sola en un apartamento o en el estudio de grabación y apenas le apetece salir. No hace falta que me lo diga, pero la cara que me puso cuando le conté que querías ficharme para las *Titans*… Me

voy a casar con ella porque quiero que sea feliz y… —su amiga se detuvo y observó al gato en su regazo—. ¿Cuándo firmamos el contrato? ¿Y cuándo empiezo? Porque me voy a Japón de luna de miel mientras está la liga de España.

—No te preocupes —la rubia se incorporó para tenderle la mano—. Te guardamos el sitio mientras estás de follaje japonés.

—Gracias, entrenadora trasnochada —su nueva DPS se la estrechó—. Fuiste buena capitana, así que estoy deseando ver qué tal se te da ahora. Alma hizo bien eligiéndote como sustituta.

—Y a ti para formar el equipo original. Gracias por aguantarme, pitufa. Lucía tiene suerte.

—Eva también —Cora miró hacia la piscina sonriendo levemente—. Pero, como se la líes de nuevo y llore otra vez, te rajo.

—No sé si me casaré con ella, pero yo también quiero hacerla feliz. Aquí, en Los Ángeles o en Corea —le dijo Cloe muy seria.

—Espero por tu bien que sea aquí, que voy a pasar de una millonada por tu culpa.

—¿Te importa más el dinero que tu primer equipo profesional? —la entrenadora se hizo la ofendida—. Qué feo esto, Cora, qué feo.

—¿Te ha poseído Eva? —se rio su compañera.

—No, eso de poseer a la gente también está feo. Pero me estoy meando fuertísimo. Ahora vuelvo.

Se alejó de la peliazul con una sensación de triunfo que no quiso celebrar tan pronto. Había conseguido lo que quería: reunir a su equipo, su familia. Ella no estaría para hacerles de defensa, pero eran las *Titans*, imparables en todos los aspectos. Además, con las nuevas jugadoras y les que planeaba reclutar, iban a ser lo nunca visto. Estaba deseando presentarlas oficialmente. Haría que Alma estuviese orgullosa de lo que había creado. Su antigua entrenadora las llevó a la victoria nacional, pero Cloe las pondría en el mapa para que absolutamente nadie pudiese cuestionar la valía de ese puñado de mujeres con un sueño en «un mundo de hombres». Las *Titans* eran una necesidad, no una afición. Eran profesionales, no unas crías jugando a ser buenas en *Impact*.

Lo único que se cuestionó en su camino al baño fue si Eva se mudaría a la casa que le ponía el equipo, cuando Alma y Mei se marchasen de ella. Era un requerimiento en su contrato y no podía cambiarlo ya. También le sabía mal dejar a Carla por su cuenta en el piso, pero podría estar a solas con Claudia y, si la castaña no quería irse con ella, su hermana tendría un sitio. Todas sus dudas nadaron hasta el fondo de su mente en cuanto abrió la puerta y se encontró a Rodri metiéndole la lengua hasta la garganta al surfero.

—Tío, siempre igual calzándome gente liándose en el baño… —protestó la rubia suspirando.

—Calla, maricona, que ya sé que tú le comiste la boca a Eva en uno también —su amigo

rodó los ojos—. ¡Es tradición familiar!

Capítulo 36: Sorpresas y veterinarias conocidas

Iba todo lo rápido que podía, pero no era suficiente. El timbre fue la gota que colmó su estrés y Cloe apareciendo acompañada en su cuarto tampoco ayudó mucho.

—No he terminado de hacer la maleta aún —les dijo señalando su armario abierto.

—Te dejamos en tierra, chocho —se quejó Rodri.

—Id tirando vosotros si no —solucionó la entrenadora—. Me pasas la dirección y la pongo en el GPS.

—No, os esperamos —Lucía se encogió de hombros—. A Cora se le ha perdido Mori y la tengo buscándolo.

—¿Cómo que se le ha perdido? —dudó la mayor.

—En el jardín —se rio el chico—. La está toreando.

—Esto con Caos no pasa… —Cloe rodó los ojos.

—Voy a ver si ha podido pillarlo ya —la cantante se marchó.

—Y yo a meter las cosas en el coche —el youtuber la siguió.

Cloe se quedó con ella y se sentó en su cama a observarla moverse como pollo sin cabeza por la habitación. La mayor incluso fue doblando la ropa que dejaba sobre la maleta. Tenía muchas ganas de irse a Galicia, pero Lucía les había dicho que el tiempo no acompañaba y tendrían que llevar algo de abrigo.

—¿Por qué parece que te vas un mes? —se rio su novia colocando sus calcetines en el compartimento con cremallera.

—Porque no sé qué llevarme —resopló ella.

—No te preocupes. Son unos cuantos días nada más.

—Ya lo sé. Clau me ha dicho lo mismo.

—Si te sirve de consuelo, Carla se ha tirado toda la semana metiendo y sacando cosas de su maleta. Es peor que tú.

—¿Cómo te han cabido todas mis bragas en ese hueco? —se sorprendió la castaña.

—Se llama doblar —la rubia se encogió de hombros—. Por cierto, quería hablarte de algo y, con todos los preparativos, no hemos tenido tiempo.

—No me digas que ha surgido un problema que nos va a joder la boda.

—No, qué va. Es… —Cloe se entretuvo con una sudadera—. Sabes que me tengo que mudar donde Alma, ¿no?

—Sí, nos lo dijo ella cuando te nombraron entrenadora —Eva se paró a mirarla—. ¿Te llevas a Carla? A los de arriba les importa una mierda si vives con alguien.

—Bueno, la idea era que te vinieses tú —la mayor la observó ansiosa—. Si no quieres, no

pasa nada. Lo entiendo, pero me gustaría.

—¿Quieres que me vaya a vivir contigo? —ella se quedó atónita.

—Sí, pero… ¿te parece muy absurdo?

—¡No! Me encantaría vivir contigo… otra vez.

—¿Y el «pero»?

—No hay ninguno —se rio Eva—. ¿Cuándo es la mudanza? Porque tengo que decirle a Rodri que se queda solo en casa… o con Ethan. Ah, y Clau.

—Carla ya le ha pedido a Claudia que comparta el piso con ella porque le conviene donde está.

—¡Coño! Qué rápida tu hermana —la jugadora negó con la cabeza—. Pues nada. A ver qué pasa con lo de Rodri y esta casa.

—Sí, claro. Yo me tengo que ir en cuanto volvamos, pero te espero lo que haga falta.

Cuando su novia le sonrió, no pudo evitar recorrer la distancia que las separaba y se coló entre sus piernas para besarla. Por una vez en su historia, Cloe mantuvo la calma racional que no solía tener y la mandó a seguir haciendo la maleta rápidamente. Después de todo, las estaban esperando y tuvo la suerte de que Rodri e Ethan se fuesen en el coche con Cora y Lucía porque, así, dejó de escuchar las quejas de su amigo durante horas.

Cloe se encargó de conducir hasta el pueblo de la cantante, aunque Chantada estaba casi al lado de Narnia. No se le hizo tan largo el viaje con la ayuda de Caos. Se puso al gatito, dentro del trasportín, en las piernas y le hizo monerías hasta que se durmió y Claudia la distrajo a ella.

—¿No os parece gracioso todo lo que ha pasado en… algo más de medio año? —la bailarina sacó la cabeza entre los asientos delanteros—. Vosotras por fin estáis juntas, yo me mudo al piso de las Álvarez y vuestras amigas se casan en mayo, el mes de las flores.

—Las que tú tienes, en el culo, menos para que te toque la lotería —Cloe le rodó los ojos.

—Me ha tocado con tu hermana —su amiga se encogió de hombros.

—Esa afirmación nunca me ha resultado demasiado romántica, a pesar de la opinión popular —intervino la doctora—. Comprendo la intención, pero me hace sentir como un premio material, puesto que la lotería es eso, precisamente.

—Todavía lo puedes retirar y decir que te ha tocado una condena —se rio la entrenadora bromeando.

—No, estoy muy contenta, gracias.

Claudia se acercó a la menor de todas y se puso a darle besos por toda la cara, a pesar de las protestas de la científica. Eva se rio antes de observar a su novia. *¿A mí también me ha tocado la lotería? No, yo diría que me he dejado hasta la dignidad currando para que se olvidase de las tonterías.*

—Para de mirarme así —le pidió Cloe—. Nos vamos a estrellar contra las que se casan y

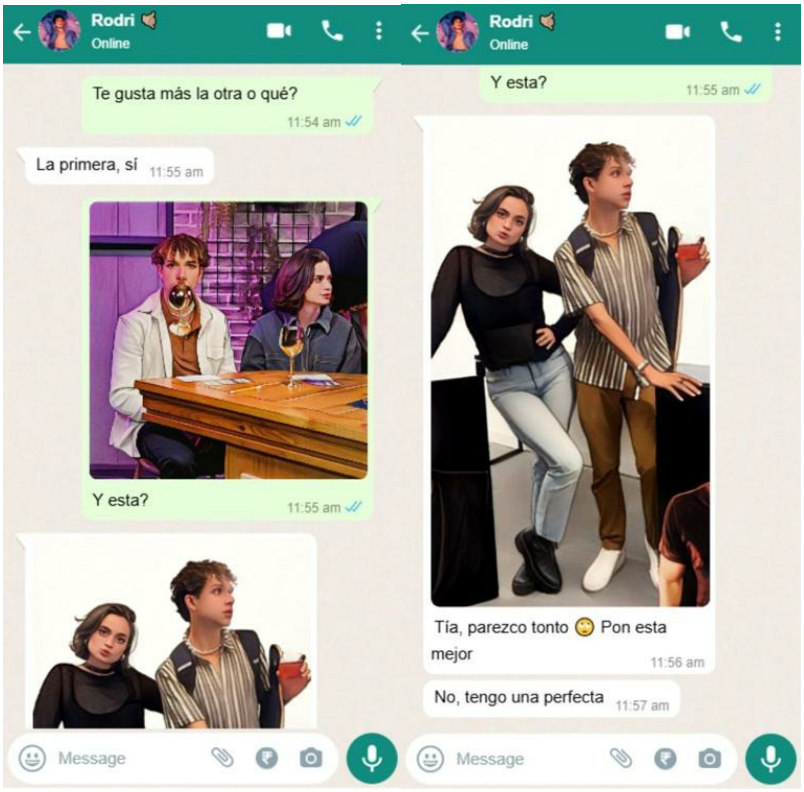
Rodri nos mata.

—Eres imbécil, pero sí que he tenido suerte al final —ella le sonrió.

—¿Qué? —dudó la mayor confusa.

—Nada. Los ojos en la carretera, rubia.

Para no distraerla más, se entretuvo eligiendo la foto que pondría para anunciar el podcast de ese fin de semana. En los pocos días en que Rodri había estado allí, habían grabado los suficientes como para no preocuparse hasta que regresasen, aunque tuvieron que tirar de preguntas acumuladas. Aun así, su amigo le había dado varias opciones de imágenes y siguieron discutiendo cuál poner hasta que se decidieron:





La casa de Lucía era preciosa, pero tenía un problema: dos habitaciones únicamente. Por suerte, la cantante había pensado en todo y alquiló otra en la calle de detrás. Así que, se tuvieron que dividir, tal cual lo habían hecho para el trayecto en coche. *Qué soluciones más fáciles encuentra el dinero*.

Ese día, estaban cansadas del viaje y la gallega solo les enseñó el pueblo, compraron comida para su estancia y salieron a cenar. Sin embargo, al siguiente, tuvieron que madrugar para ir a Santiago de Compostela, que les quedaba a una hora y media. Eva tenía el mapa mental estropeado porque iban allí a comprar trajes y demás para la boda, pero se casaban en Vigo. No entendía nada y le pareció que Lucía había perdido la cabeza. Aun así, era un recorrido por Galicia por toda la cara y no se quejaba. Además, la cantante les había prometido una noche en el hotel súper top donde celebrarían el banquete.

—¿Habéis invitado a mucha gente? —le preguntó la capitana de camino a la tienda.

—Qué va, es una cosa íntima —negó Cora—. Vosotras, Max con su novio… ya hablaremos de eso también… Alma y Mei, mi madre y poca más. En verdad, lo agradezco. No sabía si Lucía querría una boda por todo lo alto.

—Supongo que, si celebra con más gente, os van a acosar los medios. Oye, ¿sus padres

no van?

—No quieren. Se creen que lo nuestro va a durar un telediario.

—¿Y ella qué dice? —se preocupó Eva.

—Que ellos se lo pierden. Sé que le ha dolido y me parece horrible, pero va a estar más a gusto sin esos señores poniendo mala cara —la peliazul se encogió de hombros—. No sé qué es peor… Imagina lo que sentiría Cloe si os casáis y no va nadie de su familia, por razones obvias.

—Solo Carla… Aunque no creo que Cloe quiera casarse —se rio la castaña con tristeza —. ¡No te rayes! Nosotras vamos a estar para ti y para Lucía. Somos las *Titans*.

—El mejor equipo del mundo —su amiga le siguió el rollo—. Desde luego, nos va peor separadas.

—¡Eso es! ¡Juntas hasta la muerte!

—Bueno, no te pases.

Las dos se echaron a reír. Nunca pensó que estaría mirando trajes con Cora para su boda, pero fue una sensación más feliz que extraña. Lucía encajaba con ella como el Tetris que tanto le gustaba a su colega y les deseaba lo mejor. Ambas habían sufrido hasta estar bien. Sin embargo, la estabilidad llegó a su relación para quedarse y la peliazul estaba muy contenta eligiendo un conjunto a juego con los ojos de su novia. Justo eso quería ella con Cloe.

—¿Cómo es que vuelves a las *Titans*? —Eva tenía curiosidad.

—No se lo digas a tu novia, pero quería hacerlo —se rio Cora—. Le puse la excusa de que Lucía estaba contenta aquí.

—¿Y no es por eso? —dudó la castaña.

—Sí y no. Obviamente, Lu se muere de ganas por volver, pero yo también. La pasta de los *Hawks* está genial, no te voy a engañar. El problema es que echo de menos ser una *Titan*. Cuando me dijo Alma que Cloe era su sustituta, pensé que tenía que estar en este equipo. De capitana era una máquina, tú lo sabes, y sé que de entrenadora lo va a hacer de puta madre.

—Es muy buena —asintió la menor—. Y no lo digo porque estoy saliendo con ella.

—Ya… Por eso, quería volver y, cuando me lo ofreció, supe que era mi oportunidad. Lucía va a estar mejor y yo también. Además, así, mi madre no está tan lejos y puedo ir a verla también.

—Lo bueno es que ha mejorado la cosa. Alma ha conseguido un montón de ventajas y hasta nos han subido el sueldo.

Las dos se rieron. Eva la entendía. No era cuestión de dinero, sino de estar donde querían. Sus familias estaban allí y las personas que le importaban también. A su parecer, Cora hacía bien en volver porque su novia ya la siguió al otro lado del charco dejándolo todo. Le tocaba pensar en la cantante. Equipos había muchos, pero la capitana tenía la sensación de que, en ninguno, se encontraría tan a gusto como en las *Titans*. Era un mundo complicado y no pretendía ponérselo peor yéndose a otro país donde no estaría bien.

Al salir de la tienda, fueron a reencontrarse con el resto. Lucía no tenía muy buena cara cuando las alcanzaron y su novia negó con la cabeza cuando le preguntaron qué le pasaba. Al parecer, sus planes se habían ido a la mierda. Desde Los Ángeles, estuvo en contacto con una modista para adaptar el vestido de boda a su gusto y le acababa de decir que no llegaba a tiempo. Lógicamente, la chica tuvo que escoger otro diferente. Rodri y Cloe la ayudaron, pero no estaba demasiado contenta. Además, sus padrinos tampoco tenían los trajes a juego y se tendrían que apañar.

—No te preocupes —Cora la abrazó—. Vas a estar guapísima.

—Eso le hemos dicho —su amigo rodó los ojos—. Además, Cloe y yo tenemos qué ponernos. No vamos a ir súper conjuntados, pero eso se arregla con un par de flores y una corbata o pajarita.

—No te agobies, rubia —la entrenadora le puso la mano en el hombro—. El vestuario es lo de menos. Mientras no se os olviden los anillos…

—Rubia alta, no ayudas —Eva se rio levemente—. Lo importante es que os casáis, lo demás es secundario. Va a salir genial sin planearlo con muchísima antelación.

La chica pareció conformarse y aceptó dejar el tema para irse a comer tranquilamente. Aun así, Cora se encargó de decirle mil veces lo guapa que iba a estar y lo igual que le daba lo que llevase puesto porque se lo quitaría en cuanto estuviesen a solas. Era una celebración íntima y ninguna de las presentes se volvería loca pensando en los detalles.

Lo que estresaba a Eva era el plan de su querido amigo. Rodri le iba a provocar un infarto algún día con tanto idear. En esa ocasión, se inventó que tenían que regrabar algo del podcast para quedarse a solas con ella en la casa alquilada al volver. Básicamente, echó a Cloe con la pareja en busca de Ethan, Claudia y Carla. Los tres decidieron irse a dar una vuelta, mientras estaban con los preparativos de la boda, y no había ni rastro de ellos en esa vivienda.

—Esta es la idea más estúpida que has tenido nunca —le dijo la castaña.

—No, es la mejor porque conozco a mi *bestie* y Lucía nos va a adorar —replicó Rodri muy convencido.

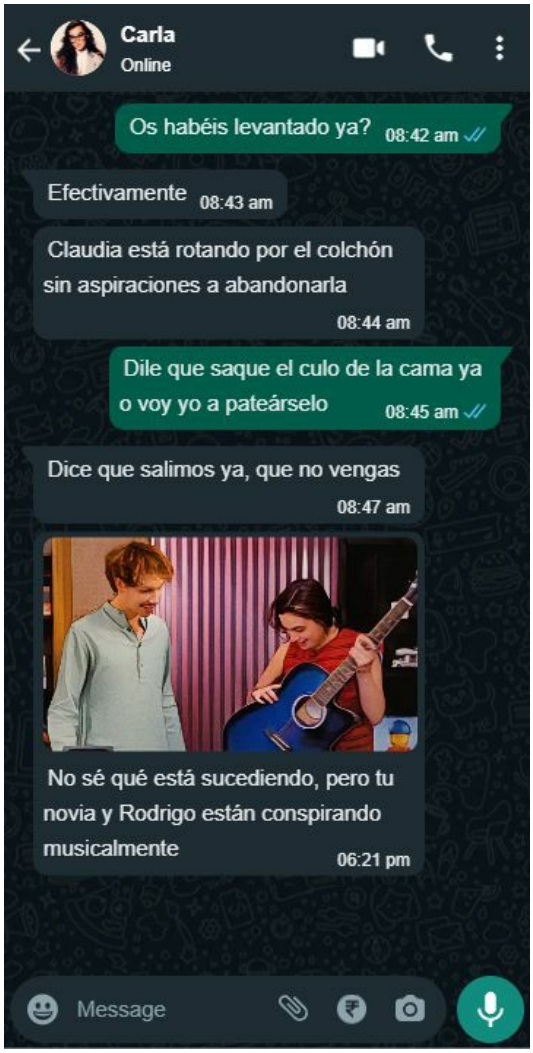
—¡Pero es cantante! —le recordó ella—. Y nosotros somos… tontos.

—¡Perdona! Habla por ti. Yo soy un talento en potencia. Cállate y empieza ya.

Justo cuando estaban a punto de llegar a la parte importante de su ensayo. Tres pares de ojos se fijaron en ellos y tuvieron que parar. Carla incluso le hizo una foto mientras Claudia le preguntaba con la mirada y un Ethan muy sonriente aplaudía.

—A tomar por culo la sorpresa, maricona —suspiró Rodri.

***



—¿Qué coño…? —Cloe observó la pantalla, confusa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Cora.

—Nada —mintió ella—. Las tres mosqueteras están en la otra casa ya.

—Mira, nos ahorramos la búsqueda —la peliazul se encogió de hombros—. Vamos a…

—¡No! —intentó detenerlas la mayor—. ¿Por qué no os relajáis un rato aquí? Lo último que queréis es tener que decirles que el vestido no es el que pidió Lucía cuando os pregunten qué tal va la cosa —su cerebro iba a la velocidad de la luz—. ¿Qué os parece si hago la cena allí y os llamo para comer? Un ratito solas os va a venir bien.

Su compañera no pareció convencida, pero aceptaron y la dejaron marcharse a ver qué demonios estaban haciendo las gemelas Olsen musicales. Al llegar, la miraron como ciervos a la luz de un coche en una carretera. La escena era un cuadro muy confuso del que no quería ni preguntar, pero tenía que hacerlo:

—¿Estáis de convivencia, *girls scouts*?

—Ni un palabra de esto a Cora y Lucía o te tragas la guitarra —la amenazó Rodri.

—¿Qué hacéis con esa…? —ella no supo ni terminar la pregunta.

—Tocarla. ¿A ti qué te parece? —el chico rodó los ojos.

—¿Desde cuándo tocas la guitarra? —Cloe se dirigió a Eva.

—Se la regalaron por su Comunión —se rio Claudia—. No veas la tabarra que dio. Todo el día con la guitarra en las manos.

—Definitivamente, nunca vas a dejar de sorprenderme —la entrenadora resopló—. ¿Me explicáis de qué va esta vaina?

Pensaba que no tendrían ovarios de hacer lo que se imaginó al ver el mensaje de su hermana. Sin embargo, Chip y Chop pretendían cometer un homicidio auditivo frente a la pareja a punto de casarse. Les daba igual hasta que una de ellas fuese cantante con discos y premios.

Por algún motivo, creyó que estaban locos, pero el mini ensayo con audiencia no se les dio mal. No eran ángeles celestiales, aunque se defendían. No obstante, a Cloe solo le interesó que Eva le acababa de dar un motivo más para perder la cabeza. *Gamer, abogada o guitarrista… Yo le daba duro igualmente*.

—Estáis fatal de la chola —Claudia negó con la cabeza.

—Es una sorpresa para ellas —la castaña se encogió de hombros—. Lo que no sé es cómo lo vamos a hacer para ensayar y prepararlo todo en el sitio de la boda.

—Considero que poseo la solución —comentó Carla—. Lucía manifestó su deseo de llevar a su félido a una veterinaria, amiga de ella, en Vigo. Cloe puede acompañarla con Caos y diferirla en caso de necesidad.

—¿Y Cora? —dudó Rodri.

—Ethan y yo nos la llevamos con cualquier excusa —dijo la bailarina.

—Tiene que recoger a su mamá del aeropuerto, ¿no? —les recordó el californiano—. La llevamos y aprovecháis el momento.

—¡Todo solucionado! —la *Titan* dio una palmada.

Cloe le veía agujeros a su plan. Sin embargo, Eva la acabó convenciendo para distraer a Lucía. No le fue demasiado difícil cuando cogió su guitarra y se puso a improvisar en la cama una canción tontísima sobre sus ojos y las hojas de un olivo. En realidad, no fue eso lo que la lio, sino que la besase y se quitase la camiseta del equipo. Le prometió que sería silenciosa, pero estaba segura de que habría despertado a sus compañeras de casa, si estaban durmiendo siquiera… Claudia tampoco era muy sutil.

Fuese como fuese, se encontró de camino a un veterinario en Galicia con la cantante, a tan solo un día de la boda, mientras Mulán y Mushu practicaban su interpretación acústica de «Todo contigo» de Yoly Saa. *Se les está yendo lo gallego de las manos. La que van a liar…*

—¿Qué te pasa? —le preguntó Lucía caminando a su lado despacio—. Estás en las nubes.

—Nada. Estaba pensando en… —Cloe la miró—. ¿Me ayudas a hacer una locura cuando

salgamos?

—Depende. No me tiro por puentes ni participo en orgías —se rio su amiga bromeando —. ¿Qué quieres hacer?

Cuando se lo contó, la cantante la observó como si Carla le hubiese explicado su día a día en el laboratorio con términos científicos. Era una mezcla de incredulidad y confusión. *Definitivamente, estoy tan loca como los Chip y Chop cantarines*. A pesar de su reacción inicial, Lucía se emocionó mucho por poder acompañarla a llevar a cabo su plan de psiquiátrico. *Hago cada cosa por Eva…* En realidad, llevaba unas semanas dándole vueltas y ya era hora de que fuese ella quien sorprendiese a su novia.

La menor se paró en una clínica veterinaria y le dio tiempo a observar el logo, con la silueta de un perro y un gato, junto al «Arcos» que le daba el nombre. Las puertas automáticas les dio paso a una sala de espera pequeña y acogedora. Solo tenía tres sillas y un mostrador, pero era más que suficiente. A la izquierda había dos habitaciones separadas por cristal, a través del cual vio a un par de chicas. La morena iba vestida con uno de esos pijamas como los de las enfermeras, pero verde y con huellas de perrito de colores. La otra chavala lo llevaba gris oscuro con gatitos y era pelirroja. Era mucho más bajita y estaba centrada en examinar al perro sobre la mesa. Un hombre mayor lo estaba sujetando, probablemente su dueño, y hablaba con ella como si fuese la propietaria.

La de las huellas en el uniforme se percató de su presencia y salió a informarlas de que las atenderían en cuanto la veterinaria terminase de curar a su actual paciente. Aun así, les preguntó si tenían cita y Lucía dio el nombre de Mori para confirmárselo. Cloe se había llevado a Caos por si necesitaba inventarse una preocupación *random* para entretenerlas, aunque esperaba que no porque su bicho peludo estaba perfectamente.

—Bos días —saludó la cantante cuando pasaron.

—¿Lucía? Hai tempo que non nos vemos —la veterinaria abandonó su lado de la mesa para abrazarla—. Como estás?

—Ben, grazas. E ti?

—Ben, ben. Que fas aquí?

—Eu caso mañá e o meu gato ten que ser desparasitado.

Cloe observó a la conocida de la cantante durante una conversación de la que entendió poco. Más por no prestar atención que por el idioma. *Dios, qué pelirroja tan guapa*. Lucía la cogió por el brazo sacándola de sus pensamientos.

—Esta es mi amiga, Victoria Arcos —la presentó—. Cloe es una de mis padrinos.

—Encantada —la chica le sonrió ampliamente—. Ya sabía que te casabas por las redes sociales, aunque no esperaba tan pronto. Enhorabuena, pero ni se te ocurra celebrar la boda en el mismo sitio que yo, que es el año que viene y nos van a comparar —bromeó.

—Gracias y no te preocupes. La nuestra es una cosa íntima. Cora no es muy amante de los eventos grandes ni la gente, en general.

—Delia tampoco y, con mi madre, ya hemos tenido bastante drama —Victoria negó con la cabeza—. Mejor que solo vayan las personas que nos quieren, ¿no?

—Éche o que hai.

—Bueno, vamos a ver cómo está este pequeñín.

La pelirroja le prestó toda su atención a Mori y le revisó hasta las orejas, a pesar de que al gato no le hizo mucha gracia. Después, le puso una pipeta y lo pesó antes de apuntarlo todo en su cartilla.

—¿Quieres que le eche un vistazo al tuyo también? —le ofreció Victoria sonriendo.

—Si no te importa… —Cloe puso el trasportín en la mesa—. Caos está bien y no le toca nada aún, pero así me quedo tranquila.

—¿Caos y Mori? Sois únicas para ponerle nombre a vuestros gatitos, eh —la veterinaria se rio—. Hola, bonito. Es más tímido que el tuyo, Lucía.

—Está fingiendo —la cantante rodó los ojos—. Se porta bien cuando quiere y le hace bullying a Mori. Juntos sí que son un caos.

Su gato la miró ofendido mientras la pelirroja lo revisaba metódicamente. Probablemente, lo había hecho un millón de veces, aunque fuese joven. Por algún motivo, le daba confianza y parecía que a Caos también. Lo que no le gustó tanto al minino fue que abriesen la puerta de cristal, que hizo mucho ruido. Una chica igual de alta que ella, castaña con el pelo tan corto como los vaqueros, se paró en la entrada hasta que la veterinaria elevó la mirada.

—¿Te queda mucho? Tu hermana nos está… —la recién llegada se quedó con la boca abierta cuando la cantante se giró—. ¡Hostias! Lucía Gómez.

—Te dije que la conocía —Victoria rodó los ojos.

—Pensé que te estabas quedando conmigo.

—En fin… Lucía, esta es la idiota de mi novia, Delia —las presentó la pelirroja—. Y ella es su amiga, Cloe.

—Encantada —les sonrió la castaña—. ¿Cloe? Podrías llamarte Lola… Índigo. Te pareces un huevo.

—Gracias, no me lo habían dicho nunca —ironizó ella.

—Jamás —se rio la cantante siguiéndole el rollo—. Ni siquiera su novia…

—Bueno, aquí tienes a Caos —la veterinaria interrumpió a su prometida antes de que hablase—. Está perfecto.

—Qué gato más guapo —Delia se agachó para verlo de cerca—. ¿Podemos tener uno así?

—No —Victoria suspiró—. Bastante tengo contigo, como para adoptar otro animalito…

—¡Oye! En todo caso, sería un perro —protestó la castaña.

—Sí, uno de esos grandes que son un poquito bobos.

—No me ofendes porque son muy graciosos.

Victoria decidió zanjar la conversación negando con la cabeza ante el gesto de orgullo de su novia y la empujó fuera de la consulta. Tras una foto con Lucía y una despedida, las dejaron en la clínica, con Delia intentando convencerla de poner un Caos en su vida. Cloe se quedó con la intriga de si lo conseguiría, pero intuyó que sí porque parecía cabezota. Le había dado la sensación de ser una Eva con unos cuantos centímetros más de altura.

—¿De qué conoces a la veterinaria guapetona? —se interesó la entrenadora de camino al coche.

—De una inmersión lingüística en inglés que hicimos juntas —le respondió Lucía—. Su novia, intuyo que esta, se fue a Noruega un tiempo y ella aprovechó para echar la semana esa porque se volvía loca sin nada que hacer sola —se rio—. Compartimos habitación en A Coruña hace ya… ¿ocho años?

—¿Y seguís hablando? —se sorprendió Cloe.

—WhatsApp llega a todas partes —su amiga se encogió de hombros—. Lo pasamos muy bien entre todos aquellos profesores británicos. Además, convivir veinticuatro horas durante siete días une mucho.

—Dímelo a mí, que voy a ser tu padrina de bodas por vivir una temporada con tu futura esposa.

A decir verdad, tenía mucho que agradecerle a esa temporada como jugadora. Se había enamorado de Eva, se llevó a Lucía como una gran amiga y un equipo que era casi su familia. *La de cosas que pasan en un año… Volvería a hacerlo sin duda*. A pesar de los altibajos y el cargo de conciencia que le dejó irse sin su abuela, le había merecido la pena.

Volvió al hotel con la cantante en cuanto la ayudó con su locura. Su amiga estaba muy sonriente y la advirtió de que no la delatase hasta que le prometió que no se lo diría ni a Cora. Lo que no entendió fue cómo no se olió nada cuando Rodri y Eva se chocaron con ellas y le dijeron que habían estado dando una vuelta por el sitio con la cara más sospechosa que había visto nunca.

—¡Mola muchísimo! —exclamó la capitana para cubrirse—. No me extraña que te quieras casar aquí.

Lucía se puso a hablarle de los mil detalles que le habían encantado de la sala de celebraciones del hotel y caminó sin cuestionar nada. Ni siquiera Cora hizo preguntas porque gente a la que conoció dos semanas atrás la acompañase al aeropuerto, en vez de su mejor amiga, la que estaba «completamente libre» ese día. *Tienen que ser los nervios por la boda o esto es surrealista. ¿Cómo va a salir todo tan bien? Hubiesen pillado a los cantantes del siglo. No tiene sentido…*

Dejó de preocuparse cuando se fueron a cenar con la madre de la peliazul y Julia les contó historias vergonzosas de su hija. Las usaría en su contra en cuanto tuviese oportunidad. Iba a ser la mejor entrenadora del mundo, pero a su nueva DPS no le gustaría nada. En realidad,

pretendía comportarse como la profesional que era. De amiga, no prometía nada. Había logrado mucho en el trabajo y no quería que Cora se marcharse por hacer el tonto. Hasta Alma le dio la enhorabuena, el día de la boda mientras le hacía una foto con Eva. Su novia la cogió por banda cuando estaba con Max y su novio haciendo lo mismo y le tocó hacer de fotógrafa:



En cuanto publicaron esas imágenes, supo que no había vuelta atrás para la parejita feliz. Se iban a tener que casar y estaba más que preparada para disfrutar de esa boda.

Epílogo

Se había reunido con Rodri para hacer sus cosas de padrinos, también conocido como vestirse y darle ánimos a la novia, a una de ellas. Además, Eva estaba haciendo lo mismo con Cora. Por eso, llamaron a la puerta de la habitación en la que se encontraba su cantante favorita y pasaron a verla. Solo recordó el incidente con el vestido cuando la tuvo delante, pero cualquiera hubiese dicho que no era el que ella quería porque le quedaba realmente bien. Estaba tan preciosa como siempre y ambos padrinos se lo repitieron hasta la saciedad. Necesitaba oírlo y se lo notaron.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Rodri mientras se preparaban.

—Mucho —admitió Lucía delante del espejo—. Y si… me dice que no.

—Te lo pidió ella —se rio Cloe—. Tranquila, sois la pareja perfecta. Si hasta se vuelve a España para que estés a gusto.

—Y tú te fuiste a L.A. por ella —añadió el chaval—. Eso es compromiso, chica. Vais a ser muy felices.

—Ya lo somos —sonrió la cantante—. Aunque el vestido no sea el que pedí y vosotros no vayáis a juego.

—La corbata sí, combina con el pelo de tu novia —señaló la mayor—. Venga, que estás guapísima. Así, me casaba contigo hasta yo.

—No lo digas delante de Eva —bromeó su amiga.

—Seguro que se lo impide… para casarse ella contigo —el chico rodó los ojos como si lo viese.

—Gracias por estar aquí —Lucía lo abrazó—, y por intentar quitarme la ansiedad —se dirigió a ella y le colocó bien el cuello—. No te eches para atrás, ¿vale? Eres mi padrina y, si yo me partí la cara por ser feliz con Cora, tú tienes que hacerme sentir orgullosa. Cuida de Eva.

La entrenadora asintió envolviéndola en un abrazo. Lo haría. Lucía la había ayudado mucho y quería que su amiga, su única mejor amiga, estuviese algo más que orgullosa de ella. Por eso, estaría allí, parada bajo un arco de flores, y esperaría hasta que Rodri llegase con ella del brazo mientras la mandíbula de Cora rozaba el suelo del jardín.

Eva la miró desde el lado de la peliazul y le guiñó un ojo con una sonrisa. Estaba tan guapa con su vestido negro que le costó recordar que se encontraba en una ceremonia que no era para ellas. La mujer de su vida se mantuvo calmada en su sitio, pero su corazón le indicó que tenía que sentir nervios al verla. Aun así, consiguió encontrar el remanso de paz en aquellos ojos marrones y los dos lunares de su cuello, mientras empezaba a hablar la señora que oficiaría la boda. Tan solo salió de su refugio seguro, en los labios de Eva, cuando le tocó entregarle a Lucía el papel donde había escrito sus votos:

—Quiero quererte ahora y siempre —empezó la rubia antes de abandonar la hoja y tirar de memoria—. Sentir como mis piernas tiemblan cada vez que te tengo delante. Sumergirme en la claridad de tus ojos y dejarme llevar por ese impulso irrefrenable de desear besarte. De acortar

esta y aquella distancia —señaló a Cora y, luego, a sí misma con una sonrisa—, que te imponías por odiarme —le guiñó un ojo a su futura esposa y esperó a que los presentes parasen de reírse —, mientras yo moría y muero por morderte, tocarte, enloquecerte… Y si… ¿jugamos? Siempre será un sí contigo.

—¿Sabes cuando alguien va a ser tu debilidad a pesar del tiempo o el espacio que os separe? —la peliazul tomó aire cuando le tocó a ella—. Eso me pasó contigo. Me autoimpuse un distanciamiento, una negación a sentir lo que sentía, sabiendo que algún día cogería tu mano y ya no la soltaría —dijo entrelazando sus dedos con los de Lucía—. Y claro que da miedo, un pánico que te cagas, pero sonríes y espantas el terror a perderte. Entonces, era conocedora de que no quería besar a otra persona, pero hoy lo afirmo con total rotundidad —nunca había visto los ojos de su compañera tan centrados en nadie como en ella—. Que me encanta perderme en ti y no encontrar la salida. Lucía Gómez, eres y serás la mujer de esta pro *gamer* con aspiraciones a pasar todo el tiempo juntas que la vida nos lo permita y que tú quieras.

Tras sus discursos, la pareja intercambió los anillos y «sí, quiero» que eran más que obvios. Sin embargo, Cora había tenido una mejor idea antes del típico beso. Eva le acercó un reloj de arena vacío y dos botellas pequeñas con granitos de colores, unos azules y otros amarillos simbolizando el color favorito de cada una. En un ritual precioso, las novias vertieron el contenido en el interior del reloj para formar su propio tiempo juntas. Después, Lucía besó a la peliazul como si fuese la primera vez en años y los asistentes se deshicieron en aplausos. Finalmente, estaban casadas. Bueno, cuando le firmaron el acta a la señora que ofició la boda.

Mientras sus amigas caminaban entre la gente y su correspondiente lluvia de pétalos, porque «lo del arroz es un desperdicio» según decidió Lucía, Cloe se reunió con Eva y le pasó el brazo por los hombros para reconfortarla. Su novia era un mar de lágrimas y no dejaba de repetir lo bonito que era todo.

—Mi pequeñina va a destrozar hombres —sollozó la castaña haciendo referencia a la película de Disney.

—Es mayor que tú —se rio la rubia secándole la mejilla con el pulgar.

—La que tiene el tatuaje de Mulán es ella y yo soy más Mushu —la capitana la miró con cara de cachorro.

—Y yo el grillo con suerte. Adjudicados los papeles, vamos para dentro. Tienes que prepararte mientras ellas se hacen las fotos.

—¡Ay! ¿Dónde está Rodri? —recordó la menor de repente—. ¡Rodrigo!

—Relájate, chocho —su amigo rodó los ojos acercándose—. Tienen un rato todavía. Su mánager le ha dicho a Lucía que publique una imagen que les pase la fotógrafa y se olvide del móvil un mes, hasta que vuelvan de la luna de miel por lo menos.

—Bueno, pero tira para el salón, que tenemos que probar los micros.

Eva lo empujó de vuelta al interior del hotel porque las modernitas de sus amigas quisieron la ceremonia a la luz de la luna y las fotos también. Aun así, la tecnología se alió con ella y terminaron la sesión pronto.



—Ya vienen —avisó Cloe tras ver la publicación.

—¡No! No estoy preparada —la jugadora botó en el sitio.

—Que sí lo estás —Rodri resopló—. Siéntate ya y coge la guitarra.

—¿Qué traman esos dos? —Alma se acercó a ella.

—Una sorpresa para la pareja —la rubia se encogió de hombros—. Van a cantar una de las canciones favoritas de Lucía porque no tienen sentido del ridículo.

—Es un gesto bonito —la mujer sonrió—. La chiquita también querrá que le canten a ella, de vez en cuando.

No lo había visto así, pero la exentrenadora llevaba toda la razón y la cantante se emocionó muchísimo con la actuación. Incluso Cora fue incapaz de borrar la sonrisa de sus labios. Al final, Cloe estuvo más que contenta de ver a Eva pasándoselo bien con su guitarra y a Rodri dándolo todo hasta dejarse las cuerdas vocales. No eran Lucía, pero pudo haber sido peor.

—Me gusta esto de que haya una sola mesa para todo el mundo —comentó Claudia mientras cenaban.

—Es bastante diáfano —asintió Carla a su lado.

—¿Estáis cogiendo ideas para vuestra boda? —bromeó Eva.

—Mmm… ¿tú te quieres casar? —le preguntó la bailarina.

—No me opondría a dicho acto —consideró su hermana—. Tiene bastantes beneficios fiscales.

—Y tú el romanticismo en el pie —la rubia rodó los ojos—. Yo si me caso es por amor, no para pagarle menos a Hacienda.

—Técnicamente…

—Carla, déjalo —la mayor de las Álvarez la detuvo, riéndose—. Te vas a quedar sin novia como sigas.

—Te quiero, pero ¿es primordial un acta que lo confirme? —negoció la doctora.

—¿Qué más da el papel? Lo bonito es compartir el momento con tus familiares y amigos —le explicó Claudia.

—Visto así… No obstante, desconozco a tu familia aún.

—Este finde, nos vamos para Granada y te la presento. Mi madre va a flipar cuando le diga que eres científica y mi padre te preguntará qué marca de champú usas. Va a ser una risa…

Ambas siguieron hablando sobre casamientos y ceremonias milenarias el resto de la cena, así que Cloe acabó uniéndose a la conversación de Max, Ethan y Víctor, el nuevo novio de su amigo, que estaban hablando de videojuegos. También se entretuvo un rato con Eva, que le pidió que se comportara cuando le puso la mano en el muslo y le subió el vestido, totalmente sin querer. Sin embargo, dos copas después, ya no le importó tanto que le agarrase hasta el culo cuando bailaban.

—¡Maricona! —Rodri se paró junto a ella mientras pedía una botella de agua en la barra —. ¿Nos haces una foto fuera a Ethan y a mí? Ahora que se ha acabado el *reality*, ya podemos decir que estamos juntos, y el jardín es precioso.

—Voy a decírselo a Eva y…

—No creo que se preocupe —él señaló a la castaña echándose un baile con Alma—. Es un minuto de nada.

La entrenadora cedió y salió con ellos para su foto de Instagram:



***

Llevaban horas de fiesta sin parar y las copas se le estaban subiendo a la cabeza en forma de mareo. Había intentado bajar el exceso de alcohol, al que ya no estaba acostumbrada por su tratamiento para el TDH, bailando con quien se ofrecía, pero esos últimos saltos con un Max imparable la terminaron de reventar. Así que, abandonó el salón de celebraciones y salió a tomar un poco el aire en contra de la voluntad de sus pies doloridos. El frío se pegó a su cuerpo, aunque estaba amaneciendo. Se apoyó en la barandilla del jardín que daba a la piscina y contempló la calma del agua inmóvil.

¿Será nuestra relación así de tranquila? Hasta hace poco, tenía demasiadas olas. Era un tsunami, básicamente. Bueno, Cora y Lucía empezaron igual y han acabado casadas. Aunque no sea en boda, ojalá Cloe y yo terminemos en un «para siempre». Parce que estamos bien… demasiado. Le preocupaba estar en el ojo del huracán y que fuese la calma antes de la tempestad.

Repasó toda su historia con la mayor. Al principio, se metía mucho con ella cuando eran compañeras en las *Titans* y Eva sabía que solo pretendía picarla, cosa que le daba igual porque le gustaba y ella también lo hacía. Después, algo cambió tras el jueguecito en que Rodri las hizo besarse y a la menor chuparle los abdominales. En ese momento, la rubia la rehuía, tanto que acabó cambiándose de equipo y de país. Luego, regresó y empezaron un tira y afloja que la volvió loca hasta que quiso dejarse de tonterías y ponerle las cartas sobre la mesa. *Y, ahora, estamos… genial*. A veces, aún le parecía raro despertarse a su lado, como si fuese un sueño, o verla en su cocina preparándoles la cena. *Supongo que sí va en serio. Me ha pedido que me vaya a vivir con ella… ¿Y si se arrepiente?* Por una parte, estaba ilusionada. Por otra, no quería creérselo y su cabeza era un caos.

Notó un peso cálido recubrirle los hombros y vio la tela roja caer sobre ellos despacio. Un segundo después, Cloe se apoyó a su lado en la barandilla, rozándola.

—Te vas a helar —le dijo su novia—. Esto no es Granada.

—En Granada, también refresca por las noches —ella se rio levemente.

—¿Qué haces aquí fuera tan sola?

—Tomar el aire.

—¿Te encuentras bien? —se preocupó la rubia—. ¿Quieres algo?

—No, tranquila —Eva le sonrió con cariño—. Supongo que ya no soy una cría que se tira hasta las tantas de fiesta como si nada.

—Los treinta no son los nuevos veinte —la entrenadora se encogió de hombros.

—No… Me va a tocar sentar la cabeza —la castaña le siguió el rollo—. Qué absurdo eso de «sentar la cabeza». ¿Por qué se dirá así? Sientas el culo, no la cabeza. Tu hermana lo tiene que saber, seguro. ¿Dónde está, por cierto? Hace rato que no la veo. Ni a Clau tampoco. No creo que se hayan ido a dormir ya, ¿no?

Cloe la observó fijamente mientras entraba en un bucle de preguntas que se respondía ella misma. Le costó darse cuenta de que esos ojos verdes, que tanto le encantaban, no se habían despegado de su cara ni un solo instante.

—¿Qué? —le preguntó al hacerlo—. ¿Por qué me miras así?

—¿Y si nos casamos? —le soltó la rubia tan tranquila.

—¿Qué? —Eva dudó de si estaba flipando.

—Te lo digo en serio.

—No estás de coña, ¿no? —intuyó la castaña al ver la sinceridad en sus pupilas.

—Piénsalo, llevamos un año queriendo estar juntas, pero sin estarlo porque somos imbéciles. Primero, yo. Luego, tú. Y, después, yo otra vez. Yo más que tú —la mayor suspiró con culpabilidad—. Ahora que estamos bien, ¿por qué no? Yo tengo claro que, el tiempo que me queda de vida, quiero pasarlo contigo —tomó sus manos y volvió a mirarla fijamente a los ojos —. ¿Qué me dices?

—¿Y mi anillo? —bromeó la menor, con seriedad—. No me voy a tomar en serio ninguna propuesta tuya si no hay anillo.

—En realidad, lo tengo en el coche —Cloe hizo una mueca, probablemente creyendo que la había cagado—. Pensaba que no iba a tener el valor de pedírtelo. Eva, voy en serio —se acercó más a ella—. Tú… Carla, Claudia… las *Titans* y Rodri, sois mi familia. Me has enseñado que no hace falta buscar casa en otro país porque mi hogar siempre serás tú y va a estar donde tú estés. Quédate en el equipo, quédate conmigo —le pidió con un tono de súplica en la voz—. Si no, me voy a Alaska detrás de ti si hace falta. Estoy cansada de huir, esconderme y saltar el charco buscando algo que se quedó aquí contigo porque te quiero, de verdad. Solo a ti.

Eva no dijo nada. Se lanzó a besarla sin pensárselo dos veces porque, si no, iba a llorar y estropear el momento sin poder hablar. Era mucho mejor comerle la boca como si no existiese nadie más en el mundo. No sabía expresarle de otra forma lo que estaba sintiendo en ese momento. Al separarse, le sonrió con toda su alma.

—Te quiero, mi Lola Índigo del Hacendado —exclamó cogiéndole ambas mejillas con las manos hasta que Cloe se rio.

—¿Eso es un sí? —preguntó la entrenadora expectante.

—¡Por supuesto que sí!

La castaña volvió a besarla, rodeando su cuello. Se tomó su tiempo y disfrutó de aquellos labios que serían su Edén para el resto de su vida, si nada lo jodía. Su ansiedad por un futuro condicional, lleno de «¿Y síes?» se evaporó en los brazos de Cloe y bajo la calidez de sus manos atravesando la tela de su vestido, donde cubría su cintura.

No era la única que deseó que el tiempo se detuviese para siempre. La mayor se abandonó al perfume dulce de la jugadora. Sabía que era un puto caos y todo lo que tocaba lo destrozaba, pero Eva seguía volviendo y reconstruyéndolo. No había conocido a nadie tan insensata ni persistente, pero la amaba con locura. ¿Cuál de las dos era la inconsciente, entonces? Le había abierto tantas puertas para que se marchase de su lado y la menor las cerraba como si fuese lo normal en su mundo, para quedarse. Todos sus miedos se desvanecían cuando la tenía al lado. Incluso intentando olvidarse de ella, su cuerpo la volvió a reconocer en cuanto se reencontraron en el tanatorio. Su cabeza podía decir misa, pero todo su ser se lanzaba hacia la castaña como un imán. Estaba más perdida que nunca en ella, pero, al menos, era un sitio seguro del que no se quería marchar.

El momento acabó antes de lo esperado, interrumpido por un ruido y casi una caída. Claudia se tropezó torpemente al salir de detrás de unos arbustos decorativos en los que la pareja no había reparado. La chica se aclaró la garganta, colocándose bien la chaqueta y les dedicó una sonrisa culpable.

—¿Estabais buscando setas o qué? —Cloe rodó los ojos al ver a su hermana aparecer tras la torpe, con dignidad y todo.

—Follando —le confirmó la bailarina—, pero me pido ser la niña de las flores en vuestra boda.

—Vas a ser el perro con los anillos por tirarte a mi hermana en unos setos, sucia —replicó la mayor de las Álvarez medio en broma.

—Me parece estupendo, pero quiero una foto de este momentazo —su cuñada le sonrió inocentemente.

—Vosotras primero —Eva empujó a la pareja—, que de una boda sale otra y os pienso hacer un cuadro gigante con la imagen para ponerle de título «Follando en un arbusto mientras a mi amiga le piden matrimonio».




claudia_guerrero
Le gusta a dra_alvarez y 2.105 personas más
claudia_guerrero Que se me casa mi mejor amiga! Eso de que "de una boda sale otra" va a ser verdad. @dra_alvarez ¿no le dices nada a tu hermana mayor de asuntos fiscales o esto sí es amor? 👀
Ver los 1.995 comentarios
ccoloradowriter ¿Otra boda? 😱 A esta me tenéis que invitar sí o sí. Con acompañante, por favor 😆
safica_mente Qué feliz se ve a Eva, se lo merece 😭
RodriShow Cómo que se casan? Quién le ha pedido matrimonio a quién? Estoy demasiado borracha como para esto, mariconas 🤯 Me pido pedirle matrimonio a Ethan en vuestra boda ya que estamos... 😈
Add a comment...
Hace 1 minuto

FIN

Agradecimientos

Escribir un libro siempre es una aventura. Hacerlo con tu mejor amiga hace que sea más divertido, sumamente entretenido y una verdadera locura. Gracias, Ana, por transformar en una de las mejores historias todo lo que se pasa por mi demente cabeza, por darle voz a temas tan delicados y hacerlo a la par tan agradable.

En cuanto a ti, queride lectore, gracias, gracias por formar parte de este relato, espero y deseo que lo ames del mismo modo que yo, que te rías, emociones y te lleve a sentirte identificade, porque entonces significará que, tanto Ana como yo, hemos hecho un buen trabajo.

Nuevamente gracias, amiga, ha sido un placer vivir este precioso libro de tu mano.

Y, por supuesto, gracias a nuestres apreciades seguidores, por su contribución, apoyo incondicional y participación. Sin vosotres todo lo que hacemos no tendría sentido.

J.Calderón.

No soy de poner mayúsculas porque elevar la voz no te da más razón, pero es importante agradecer a quien se lo merece. Así que GRACIAS, J. Gracias por tener las ideas que me ayudan a seguir escribiendo y dándole forma a mundos interiores que compartimos en esta mísera vida. Gracias por ser mi Cloe, pero también mi Claudia, mi Rodri y mi media Carla con ese cerebro tan «cognitivo» que tienes. Sin ti, estos libros no hubiesen llegado a la mitad de lo que son y tampoco se hubiesen convertido en historias de las que estoy tan orgullosa como para cometer la locura de tatuarme pronto. Más bien, he de ser gratificada con las circunstancias que nos arracimaron en aquel lugar que se convertirá en inspiración futura de inconmensurables trilogías. ¡Eso es ser el Rey Arturo, perra mierda!

Basta de chistes internos que nos han amenizado en el proceso porque también hay que dar las gracias a otras personas que nos acompañan. Para empezar, a mi madre y a mi tía que, a pesar de no ser sus favoritas, siguen leyendo estas locuras que salen de dos cabezas. Gracias a las dos por la vida, por las risas y por los llaollaos. No os descuidéis que, en cualquier momento, acabáis en uno de estos libros como personajes. Gracias por enseñarme a ser y no simplemente a estar.

Por último, quería dejarme lo mejor para el final a las personas que más importancia tienen en este proceso. Lo que viene siento tú, queride lectore. Gracias por leer y espero que hayas disfrutado de tanto caos. Como J. ya ha dicho todo lo que me gustaría sobre ti, voy a pasar a las menciones distinguidas:

Tati (@safica_mente), gracias por el apoyo incondicional y todo el *hype* que no decae en tu persona. Sigue siendo un gatito que compite con el mismo sol y no dejes de alzar la voz por la diversidad el colectivo recomendando y reseñando libros.

Carmen, me parece indignante lo que ha hecho esta señora, que ni te menciona. Pero yo también te lo agradezco (y Lucas de paso, cada vez que se come una lata). Gracias por la promo y por las risas. Me debes una comida todavía y que venga con bolos, a ver si ganas de una vez, chiquilla.

Canica, tú sabes quién eres. Gracias por enseñarme lo que es ir canica y tantas otras frases en las que te vas a reconocer. Y por seguir ahí, a pesar de las «cositas».

Ana E.

Puedes disfrutar del libro que comenzó este CAOS aquí:

Y si… ¿jugamos?



https://amzn.eu/d/0j9SfIMG

Para más novedades, síguenos en:

@j.calderon90
@anae_writing





@j_calderon90
@InkStorm21